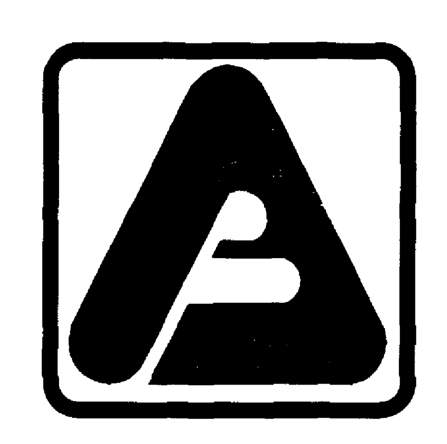
ARTURO USLAR PIETRI

NUEVO MUNDO MUNDO NUEVO





NUEVO MUNDO MUNDO NUEVO

ARTURO USLAR PIETRI

NUEVO MUNDO
MUNDO NUEVO

Selección y prólogo
JOSÉ RAMÓN MEDINA

Cronología y bibliografía ensayística
HORACIO JORGE BECCO





Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf 5011998800477
ISBN 980-276-321-7 (rústica)
ISBN 980-276-322-5 (empastada)

Coordinación editorial Clara Rey de Guido
Producción editorial Elizabeth Coronado
Corrección de textos Henry Arrayago
y Margarita Arias

Diseño Juan Fresán
Diagramación y fotolito electrónico ProduGrafica
Preprensa electrónica de portada CompuMedia
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

En la oportunidad de publicar esta valiosa colección de ensayos de Arturo Uslar Pietri, figura universal de las letras hispanoamericanas, queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la Fundación Cultural Chacao, promotora de valores culturales, por su colaboración con la Fundación Biblioteca Ayacucho, auspiciando este volumen que honra el acervo intelectual latinoamericano.

José Ramón Medina
Presidente

TIEMPO DE LA MAQUINA, MAQUINA DEL TIEMPO

LA URGENCIA de partir se posesiona de esa multitud que ha descendido desde la limpia primavera hasta la estación del metro de Nueva York. Mientras unos compran diarios y revistas en el puesto de periódicos, o sacan golosinas y bebidas de las máquinas expendedoras, un hombre alto, blanco, carirredondo, de traje gris bien cortado y un tanto pasado de moda, corbata discreta, ladeado un poco el sombrero gris oscuro de cinta ancha y ala vuelta hacia arriba, observa con parsimonia el mundo que lo rodea: alguno se asoma hacia el túnel como si al hacerlo pudiera anticipar la llegada del tren; otro, de abdomen abultado de bebedor de cerveza, ropa de obrero y una chapa amarilla en la cinta del sombrero, balancea, mientras habla con una muchacha, la ya vacía lonchera. Hay mujeres con grandes paquetes y sombreros casi iguales que recuerdan el símbolo de una empresa petrolera. La gran mayoría revela esa tensión de quien está dispuesto a defender algo: un lugar en la vida, un puesto en el metro. Llega el tren, se abren las puertas, la gente se aglomera, se roza sin verse, se empuja sin disculparse, como a la entrada del Yankee Stadium.

Estamos en 1948. Hace tres años que ha terminado la Segunda Guerra Mundial y comenzado a morir los sueños que los hombres habían sembrado en los resquicios de la angustia para cuando terminara, si es que terminaba bien, aquella hoguera universal. Como diría un novelista español al final de su guerra entre hermanos, "ha estallado la paz": las grandes naciones que había unido el enemigo común se distancian en busca de sus propios intereses económicos y políticos; la amenaza de una agresión atómica y bacteriológica tacha todas las promesas de la Carta del Atlántico, y las esperanzas de la Conferencia de San Francisco en lo que se dio en llamar "un mundo mejor", han pasado a mejor vida, valga el inagotable eufemismo. Apagado ya el rumor de los discursos que exaltan la democracia y la libertad que estuvieron a punto de perderse bajo los tanques del Eje nazifascista, Europa y el Caribe ven consolidarse los regímenes de fuerza; en América del Sur aparecen nuevas

dictaduras. El oscuro panorama del mundo plantea en los espíritus una agobiadora disyuntiva: o paz o destrucción.

El tren se detiene. Un hombre despliega su periódico: "Los rojos tienen la bomba atómica". El vagón cobra ambiente de refugio antiaéreo. El hombre de gris ha logrado sentarse, observa a esos hombres y a esas mujeres que se balancean tomados de las correas del techo: algunos conversan, otros leen una revista, otros sostienen precariamente un paquete, los más bajos casi cuelgan y pareciera que el botón del saco va a saltárseles.

El hombre pasea sin impertinencia los ojos de pesados párpados por aquella humanidad congregada momentáneamente por el viaje subterráneo. Su trabajo solitario entre soledades es el de mirar para comprender, penetrar con la imaginación en esas vidas, buscar en las aparentes trivialidades las improntas de una civilización y una cultura y sobre todo, "sentir y expresar con mejor tino lo más universal y válido de lo propio". Por lo que van leyendo los pasajeros, hace como un muestreo de las novelas que devoran millones de mujeres norteamericanas, de las revistas que entrarán en los hogares norteamericanos esta noche, de las conversaciones a que darán lugar los titulares de los periódicos, del sueño cumplido que representa el abrigo que con tanto garbo lleva una muchacha. Le gustaría penetrar en los caracteres hebraicos que sigue con tanta atención el señor sentado en el banco de enfrente.

Vuela el tren de andén en andén: quien sabe cuántos se plantean la posibilidad de un apagón en los intestinos de la ciudad. ¿Adónde van esas mujeres vestidas con elegancia repetida? ¿Qué buscan o han hallado en Nueva York esos hombres morenos de bigotito recortado que gesticulan en demasía y visten con exageración y casi seguramente hablan en español? Si el hombre de gris se quitara el Stetson mostraría el pelo castaño salpicado por algunas canas, la frente espaciosa y los ojos azules sobre una nariz de mucho carácter. Nadie podría imaginar que el pasajero de gris es "latino" y menos que es caribeño. Sus manos fuertes de dedos largos reposan sobre el portafolios que lleva sobre las piernas mientras sus ojos observan todo sin detenerse mucho en los rostros ajenos. ¿Cuántas novelas viajan en este vagón de fugitivos de la gran ciudad? Hay quienes no ven el momento de llegar a casa y quienes no quisieran llegar a la suya.

El portafolios negro lleva las notas que su dueño usara para dictar su clase en la Universidad de Columbia y quizá un artículo destinado a ese Pizarrón que ha comenzado a publicar semanalmente en *El Nacional* de Caracas y que recoge su mirada más honda: la que mira a su tierra y a su gente, vidas en las que se prolonga, destinos que siente suyos. Hace tres años que salió de Venezuela sin dejarla. Para quien estuviera frente a él dedicado al mismo juego trascendente de vivir otras vidas, el hombre puede resultar la más inextricable adivinanza, ya que más parece un próspero "chairman" de origen europeo que un escritor suramericano.

Pese a haber nacido en estas latitudes resulta Arturo Uslar Pietri el menos tropical de los escritores venezolanos, el más tesonero profesional de nuestras letras y "va siendo" en ese momento uno de los humanistas contemporáneos de más profunda y dilatada obra en lengua española cuyo cultivo del ensayo periodístico, gracias a la titánica voluntad del autor y a su disciplinada organización personal, mantendrá una férrea periodicidad a lo largo de cuarenta y nueve años que se ha traducido en admirable obra en la que la cantidad, la continuidad y la ocasional reiteración temática no atentan contra lo variado, novedoso y trascendente de esa montaña de palabras.

En un trabajo excepcional por lo acucioso y sistemático publicado en 1966 por las Ediciones de la Presidencia de la República, el profesor Francisco Barbadillo revela que para el 31 de diciembre de 1994 la obra artículo-ensayística de Uslar Pietri había alcanzado la cifra de 1.765 columnas con una que lleva por título "El mundo de la diversión", como si Uslar le hubiera concedido alguna a su espíritu austero y vigilante desde que, jovencísimo, descubrió su vocación de escritor y al asumirla como responsabilidad y como destino, se designó instrumento de transformación venezolana.

Arturo Uslar Pietri le ha conferido a su obra ensayística una alta servidumbre: la de orientarnos como patria y como continente. Para ello ha utilizado la eficacia del ensayo en la mayor parte de las modalidades en que lo clasifica el crítico mexicano José Luis Martínez, quizás con exclusión del que llama "ensayo de ingenio o divagación, que exige frescura graciosa e ingenio", y se nos ocurre que hasta esa buscada intrascendencia que han perseguido a ratos otros maestros hispanoamericanos del ensayo.

Uslar es "un viejo soldado de las letras" que no se ha dejado seducir por las palabras. Dueño de un vasto léxico, lo maneja con criterio económico, con el objetivo concreto de comunicar, lejos de ese lenguaje innecesariamente abstruso de los especialistas que atenta contra el español y contra la comprensión. No usa tampoco el fárrago libresco de quienes pretenden vendernos gato por cultura en un largo monólogo autosuficiente. Hace cuarenta y seis años, inspirado en una metáfora popular, reveló con otras palabras lo que fue desde entonces todo un programa expresivo: que el hombre no hable como un libro, sino que el libro hable como un hombre.

De allí que su voluntad de diálogo con el mundo se haya valido de los distintos géneros en busca de comprensión y comunicación: "El deseo de toda literatura verdadera, utiliza los géneros y las formas como instrumento, no para buscar verdades abstractas y generales, que no es la misión del artista literario, sino para buscar lo particular humano en cada ser en que la Humanidad se refleja".

Hace unos años escribí que más allá de su obra estrictamente literaria, se le considera como uno de los más certeros y brillantes pensadores y ensayistas en la vasta geografía del mundo de habla castellana,

de allí que a lo largo de esa existencia de escritor Uslar haya elegido conscientemente los géneros para, como dice él mismo, "llegar mejor a ciertos aspectos del ser que soy y de la relación con la circunstancia que me ha rodeado".

Cuando escoge el ensayo como instrumento y el periódico como intermediario, busca la eficacia de la comunicación. A través del diario han llegado a una vasta masa de lectores otros ensayistas de voz propia y huella honda como Germán Arciniegas. La distancia formal entre ambos consiste en que el colombiano lleva al ensayo un toque de humor y desenfado que le viene del diarismo, mientras que el venezolano incorpora a la experiencia del lector de periódicos la contención y la actitud reflexiva. Sólo se le advierte lo periodístico en el acierto al titular: "Los bolívares de hielo", "Proust en Turmero", "América no fue descubierta" y mil títulos más en cuyo efecto y paradoja hallamos sus lectores la tentación de lo insólito, la esperanza razonable y la oportuna preocupación.

A la barda endeble del ensayo (su indefinición es su indefensión) se le han abierto tantos portillos que algunos especialistas han puesto en la poesía una pica del ensayo, mientras que otros lo han considerado una suerte de "zona en reclamación" de la poesía en prosa y de la narración poética. En este caso, también serían ensayos "Las visiones del camino" y algunos poemas de *El hombre que voy siendo*, pero de lo que sí no cabe duda alguna es de que el tono narrativo de "La ciudad de nadie" hace de esta obra uno de los más cautivadores y penetrantes ensayos sobre lo norteamericano y hasta podríamos señalar rasgos suyos —clones, diríamos ahora— en algunas obras posteriores de muy reconocidos escritores del continente. Sin embargo, estamos seguros de que Uslar en su afán de deslindamiento no se hallaría a gusto con aquellas prolongaciones y préstamos entre los géneros.

Si la muy socorrida máquina del tiempo nos devolviera al año 1948, encontraríamos a un joven Arturo Uslar Pietri a quien la adversidad política ha devuelto plenamente a su actividad de escritor y estudioso de la cultura. Dicta en la Universidad de Columbia un curso sobre Literatura Venezolana que luego recogerá en libro bajo el título de *Hombres y letras de Venezuela*, lo dedica a sus hijos "para su aprendizaje venezolano". Todos sus paisanos estábamos incluidos en esa dedicatoria y como latinoamericanos, y como hombres, hemos venido siendo el objeto de su preocupación porque el hombre no sea tan sólo una ciega ruedecilla en el tiempo de la máquina.

A manera de programa espiritual, don Alfonso Reyes nos ha dejado unas palabras basadas en los tres órdenes del saber de que hablaba Scheller: "El puro saber de salvación nos convertiría en pueblos postrados de santones mendicantes y enflaquecidos; el puro saber del dominio en bárbaros científicos que, como ya vemos, es la peor especie de barbarie. Sólo el equilibrio nos puede garantizar la lealtad a la tierra y el

cielo. Tal es la incumbencia de América". Pero ese papel sólo se podrá cumplir a través de obras en las que campeen ese equilibrio y esa lealtad, como en la del gran mexicano y en la de Arturo Uslar Pietri. Con base en esos rasgos imprescindibles hemos espigado los ensayos que componen este libro.

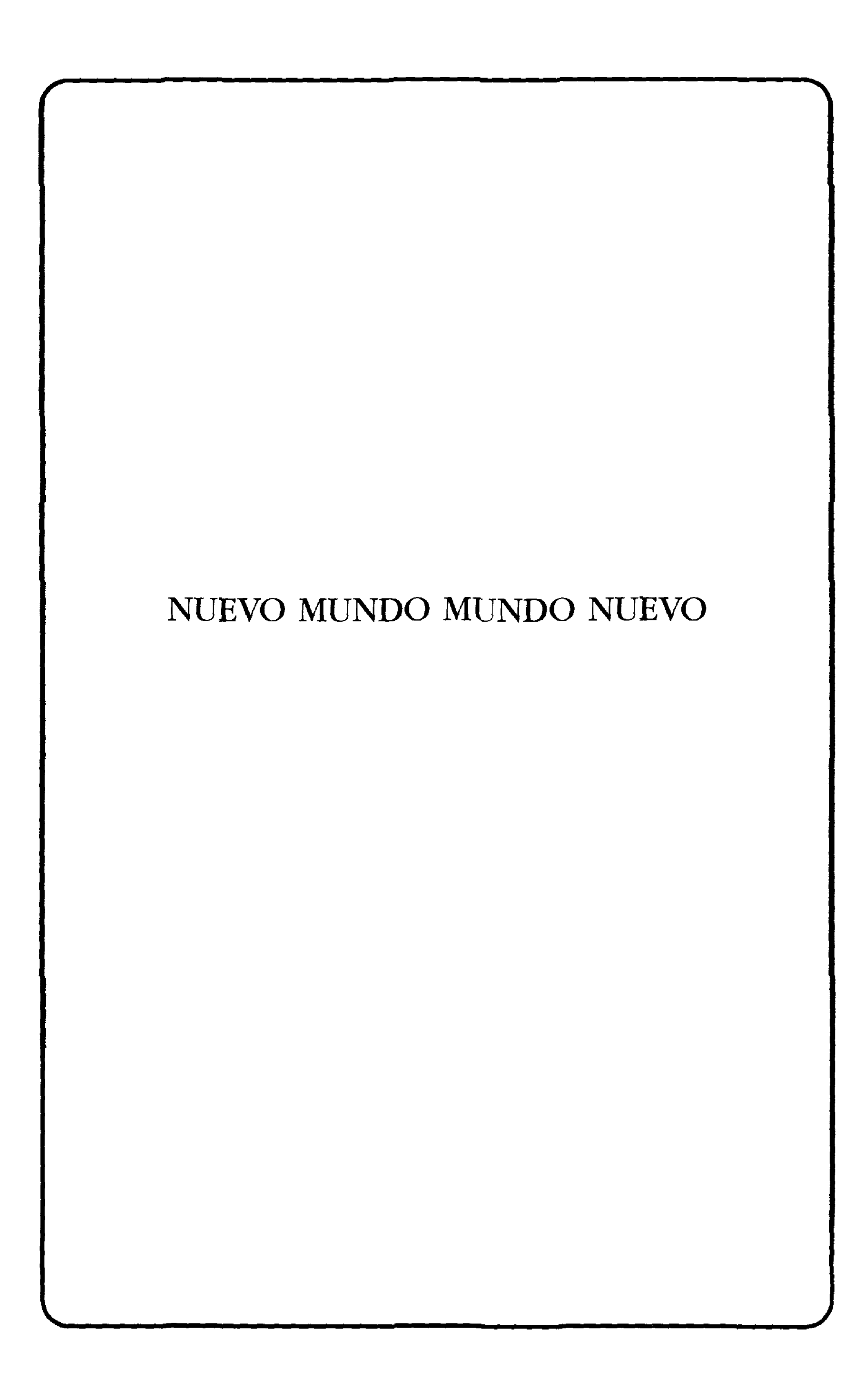
JOSÉ RAMÓN MEDINA

CRITERIO DE ESTA EDICION

Al final de cada ensayo se indica su procedencia. Cuando fue necesario se actualizó la ortografía y se corrigieron erratas advertidas.

La selección de los trabajos sigue estrictamente el orden cronológico en el que fueron publicados los libros que contienen los ensayos.

B. A.



NUEVO MUNDO MUNDO NUEVO

LO CRIOLLO EN LA LITERATURA

AMÉRICA FUE, en casi todos los aspectos, un hecho nuevo para los europeos que la descubrieron. No se parecía a nada de lo que conocían. Todo estaba fuera de la proporción en que se había desarrollado históricamente la vida del hombre occidental. El monte era más que un monte, el río era más que un río, la llanura era más que una llanura. La fauna y la flora eran distintas. Los ruiseñores que oía Colón no eran ruiseñores. No hallaban nombre apropiado para los árboles. Lo que más espontáneamente les recordaba era el paisaje fabuloso de los libros de caballerías. Era en realidad otro orbe, un nuevo mundo.

También hubo de formarse pronto una sociedad nueva. El español, el indio y el negro la van a componer en tentativa y tono mestizo. Una sociedad que desde el primer momento comienza a ser distinta de la europea que le da las formas culturales superiores y los ideales, y que tampoco es continuación de las viejas sociedades indígenas. Los españoles que abiertamente reconocieron siempre la diferencia del hecho físico americano, fueron más cautelosos en reconocer la diferencia del hecho social. Hubiera sido como reconocer la diferencia de destino. Sin embargo, la diferencia existía y se manifestaba. Criollos y españoles se distinguieron entre sí de inmediato. No eran lo mismo. Había una diferencia de tono, de actitud, de concepción del mundo. Para el peninsular el criollo parecía un español degenerado. Muchas patrañas tuvieron curso. Se decía que les amanecía más pronto el entendimiento, pero que también se les apagaba más pronto. Que era raro el criollo de más de cuarenta años que no chochease. Que eran débiles e incapaces de razón. Por su parte, el criollo veía al peninsular como torpe y sin refinamiento. Todo esto lo dicen los documentos de la época y está latente en palabras tan llenas de historia viva como *gachupín*, *indiano*, *chapetón*, *perulero*. La misma voz *criollo* es un compendio de desdenes, afirmaciones y resentimientos.

Esa sociedad en formación, nueva en gran medida, colocada en un medio geográfico extraordinariamente activo y original, pronto comen-

zó a expresarse o a querer expresarse. Hubo desde temprano manifestaciones literarias de indianos y de criollos. No se confundían exactamente con los modelos de la literatura española de la época. Los peninsulares parecían pensar que todo aquello que era diferente en la expresión literaria americana era simplemente impotencia para la imitación, balbuceo o retraso colonial. Algún día superarían esas desventajas y sus obras podrían confundirse enteramente con las de los castellanos.

Esas diferencias literarias existieron desde el primer momento. Empezaron a aparecer aun antes de que hubiera criollos. Surgen ya en la expresión literaria de los primeros españoles que llegan a América y la describen. La sola presencia del medio nuevo los había tocado y provocado en ellos modificaciones perceptibles. Esos españoles que venían de una literatura en la que la naturaleza apenas comparece, van de inmediato y por necesidad a escribir las más prolijas y amorosas descripciones del mundo natural que hubiera conocido Europa hasta entonces. Ya es la aparición de un tema nuevo y de una actitud nueva. Hay también una como ruptura de la continuidad literaria. Cuando van a narrar los hechos históricos de que son testigos, lo hacen resucitando antiguas formas ya en desuso. Van a escribir crónicas.

Se manifiesta también una como resistencia del nuevo medio cultural al trasplante de las formas europeas. A algunas las admite, a las más las modifica, pero a otras las rechaza. Los dos géneros literarios en que florece el genio español en la hora de la colonización: la comedia y la novela realista, no logran pasar a América. Cuando viene un gran novelista como Mateo Alemán, calla o escribe una Gramática. No hay en Indias quien imite a Lope de Vega, a pesar de que hubo tiempo en que todo el que podía sostener pluma de poeta lo imitaba en España. En cambio se cultiva con intensidad y extensión extraordinaria el poema histórico narrativo, que en España no llega a arraigar y tiene una vida efímera y postiza.

Esos rasgos y caracteres diferenciales no hicieron sino acentuarse con el tiempo, dándole cada vez más ser a la realidad de una literatura hispanoamericana que, fuera de la lengua, no tenía mucho en común con la literatura española.

Tardos fueron los españoles en admitir este hecho. Todavía a fines del siglo XIX Menéndez y Pelayo habla de la literatura hispanoamericana como parte de la literatura española y se propone, en la antología que la Academia le encomienda, darle "entrada oficial en el tesoro de la literatura española" a la "poesía castellana del otro lado de los mares". Con todo, Menéndez y Pelayo no puede menos que atisbar algunas de esas diferencias tan visibles. Para él la contemplación de las maravillas naturales, la modificación de la raza por el medio ambiente y la vida enérgica de las conquistas y revueltas sirven de fundamento a la originalidad de la literatura de la América hispana. Originalidad que para él se manifiesta en la poesía descriptiva y en la poesía política.

También hubo de notar las diferencias Juan Valera. Para él provenían del menor arraigo de los criollos, de la menor savia española. Esto les parecía inclinarlos al cosmopolitismo. No eran éstos rasgos que podían merecer su alabanza. Y tampoco se cuidaba de rastrearlos en el medio colonial para ver si tenían algo de consustancial con el espíritu del criollo.

Esta parca y un poco desdeñosa admisión de la diferencia llega sin modificarse casi hasta nuestros días. Reaccionan contra ella algunos pocos: Miguel de Unamuno, en parte, y Federico de Onís, de un modo tenaz y penetrante. Pero todavía cuando Enrique Díez Canedo se recibe en la Academia Española, Díez Canedo, que amaba y quería entender a América, habla de la "unidad profunda" de las letras hispánicas, y, concediendo una mínima parte a la diferencia, afirma que Garcilaso "el Inca", Alarcón, sor Juana y la Avellaneda, "españoles son y muy españoles han de seguir siendo".

Y, sin embargo, las diferencias existen, han existido siempre, se han venido afirmando a través del proceso histórico de la formación cultural de Hispanoamérica, están presentes en todas las obras importantes de su literatura desde el siglo XVI, lejos de debilitarse se han venido afirmando con el tiempo, y son mayores y más características que las semejanzas que la acercan al caudal y al curso de la literatura española.

No hay manera más clara de percibir toda la verdad de esta aserción que la que consiste en aplicar a cualquiera de las obras capitales de la literatura criolla los rasgos que se han venido a considerar como los más característicos y persistentes de la literatura castellana. La incompatibilidad brota al instante para decirnos que, precisamente en lo más fundamental, han sido siempre y son hoy cosas distintas.

Don Ramón Menéndez Pidal* autoridad legítima en todo lo que se relaciona con la lengua y literatura castellanas, ha señalado como los caracteres fundamentales de la literatura española los siguientes: la tendencia a lo más espontáneo y popular; la preferencia por las formas de verso menos artificiosas; la persistencia secular de los temas; la austeridad moral; la sobriedad psicológica; la escasez de lo maravilloso y de lo sobrenatural; el realismo y el popularismo.

Es obvio que estos caracteres que Menéndez Pidal considera "de los más típicos y diferenciales" de la literatura española no convienen a la literatura hispanoamericana. No son los de ninguna de sus épocas ni se reflejan en ninguna de sus obras más características y valiosas. No se hallan en la obra del Inca Garcilaso; es casi lo contrario lo que representa Sor Juana Inés de la Cruz; no aparecen en los libros del padre Velasco, de Rodríguez Freyle, de Peralta Barnuevo; no están en Concolorcorvo, y ni la sombra de ellos asoma en Sarmiento, o en Martí, en Darío o en

* *Bulletin Hispanique*, 1918. Vol. XX.

Horacio Quiroga. Aun las formas más populares de la poesía hispanoamericana, como Martín Fierro, se apartan visiblemente de ese esquema.

No hay duda de que son otros los rasgos que identifican a la literatura hispanoamericana. No sólo llegaron más atenuados a ella los rasgos castellanos, que se impusieron a toda la península, sino que desde el comienzo se afirmó en ella la necesidad de una expresión distinta, lo castizo no halló sino un eco superficial en su ámbito.

Examinada en conjunto, en la perspectiva de sus cuatro siglos, la literatura hispanoamericana presenta una sorprendente individualidad original. Desde el comienzo se manifiestan en ella caracteres propios que se van acentuando a lo largo de su evolución y que la distinguen de un modo claro de la literatura española y de todas las otras literaturas occidentales. Esos caracteres aparecen temprano, se van intensificando con el transcurso del tiempo y están en todas sus obras fundamentales. El mundo nuevo hallado en el Océano y la sociedad original formada en su historia llevaron el eco de sus peculiaridades a su expresión literaria.

No es difícil señalar algunos de esos rasgos característicos. Son los más persistentes y los más extendidos. Asoman en las más antiguas obras de la época colonial y continúan indelebles en las más recientes de las últimas generaciones. En grado variable se advierte igualmente su presencia en todos los géneros. Desde la historia a la poesía, al ensayo y a la novela.

El primero de esos rasgos propios es, sin duda, la presencia de la naturaleza. La naturaleza deja de ser un telón de fondo o el objeto de una poesía didáctica para convertirse en héroe literario. El héroe por excelencia de la literatura hispanoamericana es la naturaleza. Domina al hombre y muestra su avasalladora presencia en todas partes. A la árida literatura castellana llevan los primeros cronistas de Indias, más que la noticia del descubrimiento de costas y reinos, un vaho de selvas y un rumor de aguas. Los ríos, las sierras, las selvas son los personajes principales de esas crónicas deslumbradoras para el castellano que las lee desde la soledad de su parda meseta. Es con bosques, con crecientes, con leguas con lo que luchan Cabeza de Vaca, o Gonzalo Pizarro, u Orellana.

Aun cuando llegan las épocas más clásicas e imitativas, el jesuita expulsado hará su poema neolatino sobre la naturaleza salvaje de América, la *Rusticatio Mexicana* de Landívar. Cuando Bello invita a la poesía neoclásica a venir a América, la primera nota de americanidad que le ofrece es el canto a las plantas de la zona tórrida.

Pero ese dominante sentimiento de la naturaleza en la literatura criolla no es meramente contemplativo, es trágico. El criollo siente la naturaleza como una desmesurada fuerza oscura y destructora. Una naturaleza que no está hecha a la medida del hombre.

Cuando Sarmiento considera la vida política y social argentina para escribir a *Facundo*, el medio natural se convierte fatalmente en el personaje de su obra. No es Rosas, ni siquiera de Quiroga, de quien va a

hablarnos, es de la pampa. El la siente, criollamente, como un ser vivo, como una fiera monstruosa que amenaza la vida argentina.

Podría parecer baladí señalar la presencia de la naturaleza en los románticos, porque en ellos podría ser simple imitación de sus maestros europeos. Pero, en cambio, cuando la novela hispanoamericana comienza a alcanzar dimensiones universales, se afirma como su rasgo más saliente el de la presencia trágica de la naturaleza como héroe central. En ninguna otra novela contemporánea tiene la naturaleza semejante importancia.

El rasgo que me parece seguir a éste en importancia y permanencia es el que podríamos llamar del mestizaje. O de la aptitud y vocación de la literatura, como de la vida criolla, para el mestizaje. La literatura hispanoamericana nace mezclada e impura, e impura y mezclada alcanza sus más altas expresiones. No hay en su historia nada que se parezca a la ordenada sucesión de escuelas; las tendencias y las épocas que caracterizan, por ejemplo, a la literatura francesa. En ella nada termina y nada está separado. Todo tiende a superponerse y a fundirse. Lo clásico, lo romántico, lo antiguo con lo moderno, lo popular con lo refinado, lo racional con lo mágico, lo tradicional con lo exótico. Su curso es como el de un río, que acumula y arrastra aguas, troncos, cuerpos y hojas de infinitas procedencias. Es aluvial.

Nada es más difícil que clasificar a un escritor hispanoamericano de acuerdo con características de estilos y escuelas. Tiende a extravasarse, a mezclar, a ser mestizo.

Este rasgo tan característico de lo criollo se presenta también en las artes plásticas. En un sagaz ensayo ("Lo mexicano en las artes plásticas") José Moreno Villa habla del "fenómeno muy colonial del mestizaje", que hace que en los conventos del XVI encontremos esa extraña mezcla de estilos pertenecientes a tres épocas: románica, gótica y renacimiento. Esa tendencia al mestizaje le parece a Moreno Villa lo que fundamentalmente diferencia al arte mexicano del europeo, del que parece proceder y sus interesantes observaciones las resume en la siguiente forma, que viene a ilustrar de un modo muy útil nuestra tesis: "El siglo XVI se distingue por su anacronismo (mezcla de románico, gótico y renacimiento); el siglo dieciocho se distingue por su mestizaje inconsciente, y el siglo veinte se distingue por la conciencia del mestizaje".

Muchos son los ejemplos de este fecundo y típico mestizaje que ofrece la literatura criolla en todas sus épocas.

Garcilaso el Inca, buen símbolo temprano, es más mestizo en lo literario y en lo cultural que en la sangre. Elementos clásicos y barrocos siguen vivos en nuestro romanticismo. *Facundo* es un libro caótico imposible de clasificar.

Ese mestizaje nunca se mostró más pleno y más rico que en el momento del modernismo. Todas las épocas y todas las influencias literarias concurren a formarlo. Es eso precisamente lo que tiene de más raigalmente hispanoamericano, y que era lo que Valera juzgaba simple-

mente como cosmopolitismo transitorio. El modernismo surge por eso en América, y en España no tiene sino un eco momentáneo y limitado. Los hombres del 98 aprenden la lección modernista, pero en su mayor parte, reaccionan hacia lo castizo.

Esa vocación de mestizaje, esa tendencia a lo heterogéneo y a lo impuro vuelven a aparecer en nuestros días en la novela hispanoamericana. En ella se mezclan lo mítico con lo realista, lo épico con lo psicológico, lo poético con lo social. Tan impura y tan criolla como ella es la nueva poesía. A nada del pasado renuncia incorporando aluvialmente todo lo que le viene del mundo. No renuncia al clasicismo, ni al barroco, ni al romanticismo, ni al modernismo. Sobre ellos incorpora los nuevos elementos que florecen en la extraordinaria poesía caótica de un Pablo Neruda.

Frente a la tendencia de la literatura española "a lo más espontáneo" y "a las formas de verso menos artificiosas" la literatura hispanoamericana alza su antigua devoción por las formas más artísticas.

El gusto hispanoamericano por las formas más elaboradas y difíciles, por las formas de expresión más cultas y artísticas, no sólo se manifiesta en su literatura y en su arte, sino que se refleja en la vida ordinaria y hasta en el arte popular. Barroca, ergotista y amiga de lo conceptual y de lo críptico es su poesía popular. El cantor popular compone frecuentemente en formas tan elaboradas como la de la décima.

Ya el español Juan de Cárdenas, entre otros, señalaba en el siglo XVI el gusto del criollo por el primor del discurso y la ventaja que en esto llevaba al peninsular. Lope de Vega, por su parte, en el gran archivo de su teatro, señala como característica del indiano la afectación del lenguaje: "Gran jugador del vocablo". Y Suárez de Figueroa, en *El pasajero*, dice de ellos: "¡Qué redundantes, qué ampulosos de palabras!".

La larga permanencia del barroco y la profunda compenetración del alma criolla con ese estilo, es un fenómeno harto revelador en este sentido. Es el estilo que más se naturaliza y se arraiga en América. En cierto modo adquiere en ella un nuevo carácter propio. Sació el amor del criollo por lo oscuro, lo difícil, lo elaborado. Es hecho muy lleno de significación que a fines del siglo XVI, en el aislamiento de una villa de la Nueva España, Bernardo de Balbuena, un seminarista crecido y formado allí, concibiera el más complejo y rico de los poemas barrocos de la lengua castellana: el *Bernardo*.

El gusto del hispanoamericano por las formas más artísticas y arduas no se pierde. Sobrevive a todas las influencias y a todas las modas. Lo lleva a todos los géneros literarios, desde la novela al periodismo. Lo que primero le importa es la belleza de expresión. Eso que llaman estilo. Y que hace que la mayor aspiración de un escritor consiste en ser considerado como un estilista.

El barroco y el modernismo son tan hispanoamericanos porque satisfacen ampliamente esa sed de las formas más artísticas. No le parece al hispanoamericano que se puede ser gran novelista sin escribir

en una hermosa prosa. Ni se puede ser pensador sin una expresión artística. El prestigio de Rodó no venía de sus ideas, sino de su forma. Los novelistas más estimados en Hispanoamérica son los que emplean un lenguaje más armonioso y poético. Jorge Isaacs antes que Bles Gana. Y Ricardo Guiraldes antes que Manuel Gálvez.

El hispanoamericano no concibe la literatura sino como arte de la palabra, y la medida de ese arte es la forma.

Junto a este rasgo, y sólo en aparente contradicción con él, me parece ver surgir de inmediato el del primitivismo de la literatura criolla.

El mismo gusto de la forma y de la elaborada composición la lleva a una deformación de los datos inmediatos de lo objetivo, que a lo que se parece es a la estilización de los primitivos. Hay en la literatura hispanoamericana cierta forma de realismo que no es sino realismo de primitivo. Una realidad reelaborada por el estilo y por la concepción general del sujeto. Una como perspectiva de primitivo que hace que el pájaro del árbol del fondo resulte tan grande como la cabeza del personaje del primer plano.

Esta estilización primitiva de lo natural y de lo subjetivo rechaza la mera copia de la realidad y es un aspecto del sometimiento del criollo a una forma rígidamente concebida y elaborada.

Hay una perspectiva de primitivo en aquel tapiz de mil flores que es la *Silva* de Bello, y el *Facundo*, de Sarmiento, y en la poesía de Darío, y en la selva de Rivera, y en casi toda la combinación de paisaje, personaje y acción de la novela.

No sólo sabe a primitivo la literatura criolla por la estilización rígida, sino también por la abundante presencia de elementos mágicos, por la tendencia a lo mítico y lo simbólico y el predominio de la intuición.

Lo más de ella está concebido como epopeya primitiva, en la que el héroe lucha contra la naturaleza, contra la fatalidad, contra el mal. Es una literatura de símbolos y de arquetipos. El mal y el bien luchan con fórmulas mágicas.

Valor mágico tienen las más de las fórmulas y de los conceptos de los pensadores, de los poetas y de los novelistas. Expresan antítesis insolubles, en actitud pasional y devocional. El poeta lanza su conjuro contra el poder maléfico. El novelista describe la epopeya de la lucha contra el mal, que es la naturaleza enemiga, o la herejía, o la barbarie. El héroe moral representa la civilización y lucha contra la barbarie, que, a veces, no es sino la avasalladora naturaleza.

Es, por eso, una literatura de la intuición, la emoción y el sentimiento. Sentidor más que pensador, dirá Unamuno de Martí, que es uno de los más representativos. Las novelas de Azuela, Gallegos, Güiraldes, Alegría son míticas y mágicas. La misma actitud mágica e intuitiva que caracteriza la poesía de Neruda define lo más valioso del moderno cuento hispanoamericano, y es la esencia de lo que debía ser el pensamiento de los más influyentes pensadores. Qué otra cosa que una fórmula mágica es el conjuro de Vasconcelos: "Por mi raza hablará el espíritu".

Tampoco son la austeridad moral y la sobriedad psicológica rasgos de la literatura criolla. Lo son, por el contrario, la truculencia moral y la anormalidad psicológica. Es como otro aspecto de su inclinación por las formas complicadas y artificiosas.

Es literatura pasional expresada en tono alto y patético. Sus héroes son trágicos. La pasión y la fatalidad dirigen su marcha hacia la inexorable tragedia. Más que el amor, es su tema la muerte. Sobre todo la muerte violenta en sobrecogedor aparato.

Este gusto por el horror, por la crueldad y por lo emocional llevado a su máxima intensidad, da a la literatura hispanoamericana un tono de angustia. Lo cual la hace, a veces, una literatura pesimista y casi siempre una literatura trágica.

Sonríe poco. El buen humor le es extraño. No hay nada en ella que recuerde la humana simpatía del *Quijote*, o la risueña miseria del *Lazarillo*. Torvos, estilizados y absolutos principios contrarios del bien y del mal se afrontan en sangrientos conflictos. Patéticamente claman, batallan y triunfan o sucumben. La vida no está concebida como relación mudable, variada y equilibrada, sino como fatalidad absorbente y trágica.

Podría hacerse el censo de los héroes de la novela hispanoamericana. Asombraría la abundancia de neuróticos, de criminales, de fanáticos, de abúlicos, es decir, de anormales. Gentes de psicología compleja, atormentada y mórbida. Fanáticos de la creación o de la destrucción.

Estos rasgos no dejan de reflejarse en la poesía, en el ensayo y en el periodismo. Su tono es conmovido y exaltado. Hay como un acento apocalíptico consustancial con el espíritu criollo. La vida concebida como cruzada y como catástrofe.

La Araucana es un poema épico que termina con la trágica inmolación de los héroes. El espeluznante suplicio de Caupolicán no tiene antecedentes en la literatura castellana. Lo horrible y lo excepcional humano pueblan las crónicas de la conquista. Los *Comentarios Reales* están llenos de truculencia psicológica. Y Bernal Díaz. Y lo están también Fernández de Lizardi y Mármol. "Sombra terrible de Facundo, voy a invocarte", anuncia sobriamente Sarmiento.

Ni siquiera el realismo escapa a esta condición. Se busca en él la morbosa complejidad psicológica. Piénsese en el desasosiego moral, en el patetismo religioso, en la fatalidad trágica de los héroes de la novela realista hispanoamericana. Recuérdese, en dos extremos, a Rafael Delgado y a Eugenio Cambaceres. En *Laucha*, de Payró, se diferencia de sus antecesores picarescos, tan simples hijos del azar, del hambre y de la libertad, precisamente en el complejo desasosiego del ser, en la truculencia psicológica.

Toda la novela de la revolución mexicana está dentro de ese signo. Desde *Los de abdjo*, pasando por *Pito Pérez*, hasta la sombría y presagiosa fatalidad del Pancho Villa de Guzmán. Toda la novela indigenista andina. Toda la novela social con sus atormentados sufridores. Anormales, complicados, trágicos, excesivos sin sobriedad ni en el actuar ni en el sentir

son los personajes de Eduardo Barrios, los de Rufino Blanco Fombona, los más de Gallegos, los de *La vorágine*, los que pueblan los apesadillados cuentos de Horacio Quiroga.

El alma criolla está como en tensión trágica en su literatura. Esto es lo que a muchos ha parecido rezagada permanencia del romanticismo. A los que no saben ver en los fenómenos más americanos sino imitación de escuelas europeas. No es imitación, es rasgo del alma histórica y del ser individual reflejado en una literatura propia.

Los rasgos enumerados hasta aquí parecen convenir a todas las obras características de la literatura criolla. Están presentes en las más típicas de ellas y vienen a ser lo que en realidad las distingue y personaliza ante otras literaturas. Esos rasgos típicos aparecen como los más extendidos y los más constantes. Se les encuentra en todas las épocas y en todas las zonas de la literatura hispanoamericana. Otros hay transitorios o locales que no convienen con tal persistencia a toda la generalidad de su complejo ser de cuatro centurias.

Pero aun habría que señalar otro rasgo tenaz, que es uno de los más vivos reflejos de la vida y de la psicología hispanoamericanas. Y es que la literatura está predominantemente concebida como instrumento. Lleva generalmente un propósito que va más allá de lo literario. Está determinada por una causa dirigida a un objeto que están fuera del campo literario. Causa y objeto que pertenecen al mundo de la acción.

Cuando Sarmiento se pone a escribir a *Facundo* no lleva en mientes ningún propósito literario. Sus motivaciones y sus objetivos no pertenecían a la literatura. Escribe improvisadamente para defender su causa, para justificar su posición, para atacar a Rosas. No se sitúa frente a problemas de arte literario sino ante cuestiones de lucha política y de destino histórico colectivo. Su libro está dentro de una lucha. Es una forma de llegar a la acción. Si luego resulta una de las más grandes creaciones de la literatura criolla no será su autor el menos sorprendido.

El ilustre caso de *Facundo* es típico de la concepción hispanoamericana de la literatura como instrumento de lucha. Por eso también casi toda ella es literatura improvisada, llena de intenciones deformantes, lanzada como proyectil antes de madurar como fruto. No le debe a otras preocupaciones la hora mayor de los Proscriptos la literatura argentina. Ni a otras tampoco su florecimiento literario la revolución mexicana.

La pluma del anciano Bernal Díaz se mueve al servicio de una querella política, la causa del soldado del común contra la estatua clásica del glorioso capitán. Es obra de protesta. Y la sorda querella del indio contra el español es la que mueve al Inca Garcilaso. Es obra de denuncia. En los años de la Independencia su libro dará a luz todo su poder subversivo. Y *La Araucana* y el *Arauco Domado* son alegato de partido, como no deja de serlo, en lo mejor y más vivo, la larga crónica pintoresca de Castellanos, o las indiscreciones de Rodríguez Freyle.

Toda la literatura de los jesuitas desterrados es de combate y de reivindicación. Sin excluir a Clavigero y a Landívar. Bello, Olmedo y

Heredia están en las filas de la lucha cívica. Toda la literatura del siglo XIX está teñida de partidarismo. Es de conservadores o de liberales. De postulantes o de protestantes. Es periodismo político bajo otras formas. Que es lo que Lizardi hace con *El periquillo*. Y lo que hace Juan Vicente González con la historia. Y lo que hacen los románticos con la poesía.

Si algo caracteriza a la literatura criolla hasta hoy es que con mayor persistencia y en un grado no igualado por ninguna otra está condicionada y determinada por la política. Es literatura de defensa o de ataque de los intereses de la plaza pública. Es literatura que no se conforma con ser literatura, que quiere influir en lo político y obrar sobre lo social. Es literatura reformista. Lo objetivo le es extraño y está ausente de sus obras verdaderamente típicas.

Bastaría para demostrarlo pasar rápida revista a la novela. Desde *Amalia* hasta *El mundo es ancho y ajeno*. Toda ella es instrumento de lucha política y prédica reformista.

La poesía también manifiesta este carácter, desde los gauchescos hasta Pablo Neruda. Es poesía un poco oratoria puesta al servicio de la lucha. Ese carácter político de la poesía, que no escapó a Menéndez y Pelayo, está presente en todos sus mayores momentos. Ni siquiera durante el Modernismo ese rasgo desaparece. Se atenúa y modifica pero no se borra. La poesía modernista está dentro de una concepción política y muchas veces abiertamente al servicio de ella como se ve en el Rubén Darío de la "Salutación del optimista", de la "Oda a Roosevelt" y del "Canto a la Argentina".

Todo el ensayo hispanoamericano tiene ese carácter. Está hecho como para servir a propósitos reformistas inmediatos. Le interesan las ideas por sus posibilidades de aplicación práctica a lo social. Es en este sentido un pensamiento eminentemente pragmático volcado hacia lo político y lo social. Ese rasgo lo han advertido todos los que han estudiado el pensamiento hispanoamericano. En 1906 Francisco García Calderón señalaba en los criollos la preferencia por la filosofía con "aspecto social". "Su inteligencia –decía– es pragmática; apasionan los problemas de la acción". Y cuarenta años más tarde José Gaos, al analizar las características del pensamiento hispanoamericano, destaca la temática política y el aspecto pedagógico, informativo y docente. Lo llama un "pensamiento de educadores de sus pueblos".

Estos rasgos son sin duda los que más individualidad y carácter le dan a la literatura criolla. Los que precisamente le dan el carácter criollo. Las obras que carecen de ellos saben a cosa ajena o imitada de lo ajeno. A inerte ejercicio retórico. Las más grandes los tienen en grado eminente, y es su presencia lo que da el tono y el matiz diferencial a lo criollo.

Del claroscuro de la historia literaria viva surge con estos rasgos el rostro de la literatura criolla. Rasgos que son verdaderos y no ficticios porque también lo son del alma, de la vida y de la circunstancia criollas. Sobre ellos se ha ido alzando con sus poderosas peculiaridades lo que ya podemos llamar una literatura hispanoamericana propia. Ellos han sido

su condición y su destino. Sobre ellos ha crecido vigorosa y distinta. Sobre ellos está hoy y sobre ellos partirá hacia el porvenir.

Son esos rasgos los que la literatura hispanoamericana ha recibido de la tierra y de las gentes de su mundo, los que la identifican con él y los que, por ello mismo, en última instancia le dan personalidad y validez universal.

No sólo están presentes en las obras capitales de la literatura criolla, sino que es su presencia lo que hasta hoy define, más que ningún otro factor, lo criollo en literatura.

Son caracteres distintivos y propios de una literatura fuertemente caracterizada que, en lo esencial, se diferencia de la española, la más próxima, y más aún de las otras literaturas de Occidente. Ellos afirman la necesidad de considerar la literatura criolla en su ser, en su circunstancia, en su condición con un destino tan propio y tan caracterizado como el del mundo americano que expresa. Literatura original de un nuevo mundo.

Las nubes Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación, 1951, pp. 78-91.

LA FRONTERA ESPAÑOLA DEL REINO DE LA MUERTE

El hecho más importante de la historia es el mismo de la biología, es que *el hombre se muere como todos los demás seres vivos.*

Este tremendo hecho, más que ningún otro, determina todo el sistema de las cosas humanas. Desde cierto punto de vista, la historia es su producto y las civilizaciones su forma.

Detrás del molino de viento y de la máquina de vapor, en la hazaña de los héroes y en el fondo de las ideologías, más poderosa que la geografía, la que ha determinado la historia de los pueblos es la actitud ante la muerte, que es la base de la concepción de la vida.

Todo deriva de allí. Todo lo demás es consecuencial. Es fácil advertir que cuando un inglés del siglo XVIII se pone a inventar la máquina de vapor sin que en todos los siglos anteriores nadie lo hubiera hecho, no es porque estuviera animado de un talento mayor, ni que tampoco dispusiera de conocimientos más completos que los hombres de épocas anteriores. Es tan sólo que en aquella hora, para él, nada había más importante que la industria y la energía motriz, que el mundo y que la vida mundana. En tiempos anteriores los hombres de su capacidad escribían la *Summa theológica* o *La imitación de Cristo*, se retiraban a un monasterio, se iban a pelear contra los infieles o se ponían a levantar una pirámide inerte, porque para ellos, lo único importante era la muerte.

Lo que verdaderamente difiere entre ellos es la actitud ante la muerte. Unos no saben sino que van a morir y otros no quieren acordarse de que van a morir.

En la sucesión de las verdaderas épocas históricas no hay otra cosa que épocas de muerte presente y épocas de espaldas a la muerte. Eso es lo que señala los tiempos, lo que bifurca las civilizaciones, lo que, en definitiva, determina que haya o no eso que algunas veces se ha llamado el progreso humano.

La diferencia entre la Antigüedad Clásica y la Antigüedad Hebrea no es sino la actitud ante la muerte. El gran cambio que el cristianismo trae al mundo occidental no es sino el de la actitud de la muerte. Lo que

fundamentalmente distingue al cristianismo del paganismo es el *memento mori*. Lo más de la Edad Media es un tiempo de muerte presente, y la novedad del Renacimiento es la evasión del espíritu europeo de la contemplación de la muerte.

No es que los paganos o los renacentistas ignoraran enteramente que habían de morir. Sino que pensaban lo menos posible en ello. Era una impresión de terror que había que olvidar. Que había que olvidar en el arte, en el amor, en las elucubraciones mundanas del derecho, en la invención de máquinas, en los árboles, los desnudos y la música del concierto campestre. Para Anacreonte y Horacio el recuerdo de la muerte no era sino un estímulo para gozar del placer, y por eso, su lejano vástago Ronsard se vuelve hacia "las rosas de la vida" y predica el desprecio a la muerte.

La presencia cristiana de la muerte en Occidente, o lo que pudiéramos llamar la conquista de Occidente por la muerte, llega a su culminación en el siglo XV. Pero es una culminación tan patética como transitoria. Pronto vienen el Renacimiento y la Reforma a sacar al europeo de la cripta fúnebre. Una rebelión de la vida (arte y moral) contra el reino de la muerte.

Cuando esa gran crisis, ese suceso de incalculables consecuencias ocurre en Europa, España es la única nación que no altera su contemplación de la muerte, es decir, su concepción de la vida. Esa es la verdadera esencia de la Contrarreforma. España permanece. Tampoco su muerte había sido nunca enteramente igual a la del resto de Europa. Ni aún en el siglo XV.

Desde el Renacimiento en adelante la civilización occidental le vuelve la espalda a la muerte. Tiende a transformar la religión trascendente en moral, y la vida en fruición, ciencia y poderío. Lo que en gran parte ha resultado en una historia de terribles fracasos. Acaso por eso mismo hoy los occidentales empiezan a asomar el rostro hacia aquella lejana frontera, ya casi olvidada. Eso que llaman el nuevo espiritualismo, el nuevo idealismo, no es otra cosa, si es algo, que el comienzo de una nueva actitud ante la muerte. O el regreso a una vieja actitud.

Sería de nuevo el aprendizaje de la convivencia con la muerte. Algo ya muy olvidado. Acaso habría que ir a aprenderlo del único pueblo de Occidente que ha conservado ese arte supremo. Ese *Ars moriendi* tan complejo. Habría que irlo a aprender a España, porque España es la única frontera occidental del reino de la muerte.

Lo esencial del sentido de lo hispánico es la presencia de la muerte. Pero una presencia en la que no hay ni angustia, ni alegría, ni evasión, sino que se refleja en una mesura y en un tono peculiares de las cosas y las gentes españolas. Es fácil verlo.

Lo que más asoma en los iberos de Estrabón es ya ese patetismo sombrío pero sereno, violento pero sin amargura. El mismo que va a asomar luego en el arte, en la literatura, en la fiesta de los toros.

En el momento en que parece más absoluto en Europa el imperio de la muerte, en el propio siglo XV, la actitud española es diferente. Y es porque es una tradición de la raza y no una moda. Tal es la esencia de eso que se llama el senequismo tradicional hispánico, o el sentimiento senequista-cristiano.

Dicen los eruditos que en esa gran hora de la muerte en el siglo XV en Europa, se notan tres rasgos fundamentales que la caracterizan: una añoranza elegíaca de los grandes desaparecidos que es el repetido tema del *úbi sunt.* ¿Dónde están los Papas y los Emperadores de otros tiempos? ¿Dónde las hermosas princesas y los caballeros valerosos? Se fueron como "las nieves de antaño" dice Villón, o como las "verduras de las eras" dice Jorge Manrique.

A esta impresión delicada y nostálgica viene a añadirse otra más chocante y brutal: la de la corrupción cadavérica, la del hermoso cuerpo comido de gusanos y tornado en horrorosa podredumbre. Algunos han advertido en el fondo de esta actitud desesperada una concepción materialista, que se subleva ante la idea de la caducidad y la destrucción de la belleza. Pero lo que fundamentalmente implica es una invitación al arrepentimiento. Equivale a poner ante los ojos de quienes no piensan en ella uno de los aspectos más repugnantes de la muerte, pero para invitarlos a la vida beata. Y ése no era precisamente el caso de nuestros españoles.

En el cementerio medieval de los Inocentes, en París, estaba representado a lo vivo y con truculenta ingenuidad este tema. Había un deseo de impresionar a los diferentes mundanos. Eso es lo que vino a llamarse lo macabro. Lo macabro es la presencia de la muerte donde no se la espera, donde se espera la alegría o la belleza, en una forma inusitada revestida con el tocado de la doncella o con la risa del doncel. En este sentido lo macabro no es español. No tiene la muerte manera de presentarse de un modo inesperado o insólito a un alma verdaderamente española.

El último de los rasgos, que viene desde los clásicos, es el de la igualdad ante la muerte. Pero, ahora en el siglo XV, tratado en la zarabanda plástica de la *Danza de la muerte.* Nace en Francia esta danza y llega tarde a España. La muerte, al compás de su baile, va invitando a todos a seguirla. Al rey, al arzobispo, al menestral, al caballero. Hay más miedo de morir en la danza francesa y hay más miedo de perder su alma en la española. Es en los versos franceses donde el lastimoso acento se queja de la condición mortal:

Car il nest nul que mort ne fiere
C'est piteuse chose y penser
Tout est forgie dune matiere.

Estos rasgos no convienen sino de un modo relativo a la concepción española de la muerte. La misma concepción de la muerte como una entidad abstracta repugna a lo español. El español no piensa en la muerte,

sino en su muerte. Su visión no es la de la danzarina que va incorporando a todos a su multitudinaria danza. Cada hombre tiene su muerte. La suya. La de su soledad. La que con él anda siempre La que le es propia Y a esa no ha hecho toda su vida sino acostumbrarse a sentirla. A acompañarla sin alegría y sin tristeza, pero sin olvidarla una hora.

En su refranero está lo esencial de su actitud. Sabe vivir con ella: "Al que teme la muerte el panal le sabe a hiel". La espera sin sobresalto: "Ven muerte pelada, ni temida ni deseada". Y no se engaña: "Hasta la muerte nadie es dichoso". Y por eso lo que teme no es ser de pobre vida ("Del rey abajo, ninguno"), sino ser de "mala muerte".

Eso es lo mismo que está en las formas superiores de su expresión artística. Una actitud de desengaño. De fortaleza. Que es lo contrario de lo elegíaco.

La nota elegíaca no es española. El mismo Menéndez y Pelayo lo señala al hablar de Jorge Manrique. Lo elegíaco en las *Coplas* es en mucha parte retórica prerrenacentista. Lo español tradicional es el sereno cuadro final en el que el Maestre muere de su muerte.

Lo español es el ánimo igual, la fortaleza. Gómez Manrique lo deja dicho con mucha claridad al hablarnos de: los "grandes varones, los quales pasaron con gestos yguales, triunfos, plazeres, angustias e males... cuya fortaleza jamás se mudaba".

Con esos "gestos yguales" se vive con la muerte y se muere. No con terror, ni con desesperación. No con dramático arranque de arrepentimiento. El Marqués de Santillana se encarga de aclararnos el sentido de esa serenidad, cuando nos dice: "quien su vida llora, poco sabe desta vida".

Esos "gestos yguales" son el rito de la muerte española y caracterizan las mayores expresiones de su sentimiento de la muerte: el transfigurado coro que entierra al Conde de Orgaz, sin casi verlo; el displicente empaque con que el Doncel de Siguenza lee su libro desengañado; el prodigioso destino de don Juan de Tirso; y el gran arte popular de las corridas de toros, coreografía insuperable del "gesto ygual" en presencia de la muerte.

Es un sereno y desengañado menosprecio de lo mundanal. Elevarse sin ascetismo y gustar sin fruición. Ni olvidar, ni afligirse. Estar de pie sobre la roca firme de la verdad. Mirarse rodeado de lo perecedero y lo transitorio. Esa es precisamente la esencia de la virtud más elogiada y solicitada de los españoles de la época grande: la discreción. La discreción es la forma social del concepto hispánico del individualismo, la soledad y la muerte. Ese es el fondo del saber vivir y morir que Pero Díaz elogia en el Marqués de Santillana con el nombre transparente de "la clara virtud". Esa es la paciencia española. Todo es mudable y perecedero, y estamos para sufrir, trabajar y morir, pero nada debe sorprendernos ni descomponernos. Nada, en ningún momento, puede apartar de nosotros la muerte, y nada, como decía Medina a Juan de Mena, de "quanto aquí vees, non val un cornado". Eso es lo que los moralistas llaman el estoi-

cismo hispano, y lo que en el iluminante lenguaje de la tauromaquia se llama exactamente: "aguantar".

Ilustrar con ejemplos la impresionante permanencia de este concepto sería lo mismo que hacer desfilar todo el arte, toda la literatura, todas las formas profundas de la vida española. Desde su catolicismo hasta su cocina. Desde el romancero hasta la poesía mística. Desde los juegos infantiles hasta el *Gran teatro del mundo* y *La vida es sueño* de Calderón. Y eso es lo que explica el teatro del Siglo de Oro y la conquista de América. Y ese es el impresionante parentesco que hay entre todos sus hombres verdaderos: Cortés, Iñigo de Loyola, Cisneros, Lope de Aguirre, Don Quijote. La superficial diferencia, como lo sabía Don Quijote, es que unos peleaban a lo divino y otros a lo humano.

Por eso su vida, su religión y su arte han llegado a alcanzar en horas insignes, una unidad insuperable. Los une el concepto esencial de la muerte.

El catolicismo español no es una religión para la vida, una gimnasia moral para disminuir el pecado, ganar respetabilidad social y tranquilidad de conciencia, es sobre todo una religión para la muerte, para vivir muriendo. De allí su invencible repugnancia hacia el protestantismo, que, en cierto modo, es la religión reducida a una ética de la vida práctica, a una salud moral.

Y su arte, que es ciertamente el barroco, es el arte de la unidad de su vida, de su religión y de su muerte. El barroco es el arte del que mira al mundo como embeleco, y para quien lo mundano es apariencia, engaño y forma vana. Un jugar con las formas desengañadamente. La verdad esencial es otra, y la conocemos, pero éste no es sino el juego o el arte del desengaño.

Sola ha estado España hilando su vida con la sombra indeleble de la muerte. Sola, mientras los otros pueblos se embriagaban de lo transitorio.

Pero esta gran crisis de valores que viene atravesando trágicamente (o acaso cómicamente) el mundo occidental, y que se manifiesta en el renacer de olvidadas actitudes espiritualistas y trascendentales, puede anunciar el advenimiento de un nuevo tiempo de presencia de la muerte. Eso que algunos se han atrevido a llamar una nueva Edad Media.

Para esa vuelta, la frontera española del reino de la muerte es la única que queda abierta, y la palabra de los grandes tratadistas españoles de la muerte.

Allí toparán con el gran doctor de la muerte española, que es don Francisco de Quevedo. Hombre de tanto sentir y de tanto entender. Y darán con su gran tratado sombrío: *Los sueños*. Y en *Los sueños*, la expresión matriz de "La visita de los chistes".

Lo esencial de lo que España ha dicho y tiene que decir al mundo está en esas palabras, incompatibles con la velocidad, inconciliables con el progreso material, contrarias al capitalismo y al socialismo:

> La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de voso-

> tros mismos La calavera es el muerto y la cara es la muerte; y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura. Si esto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la ajena en el otro; y viérades que todas vuestras casas están llenas de ella, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérades aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte, y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podéis ser.

Esa es la raíz de la disidencia española, y lo que, en todo lo que toca, revela la presencia de España.

Las nubes. Ed. cit., pp. 135-141.

PIES HORADADOS

DEFINAMOS lo indefinible, esa sustancia mágica y maleable de que está *hecha la fábula. Algunas historias claras y exactas vagan desde lo remoto* en la memoria de los hombres como con un destino ejemplar. Mientras más avanza en profundidad el conocimiento, mientras más se complica la noción de las cosas y de sus relaciones, más parecen poder compendiarse y confundirse en aquellas consejas que van resultando extraordinarias. Son esencialmente símbolos y símbolos inagotables, casi como una cifra que abarca y ordena.

El mito es una ciencia previa a la que regresa, después de un largo vagabundeo verificador, la reflexión. Es un vasto espejo donde el mundo se mira entero y como en otra orilla. Allí está Narciso, que se enamora de sí mismo tras un cristal de agua. Narciso, que parecía tan simple, tan poético, tan gratuito, tan imagen fugaz, y ya su agua temblorosa se va haciendo minucioso tapiz de la vida humana y de su más oscura ansia. El arte, la ciencia, la religión, no son sino el disimulado amor del hombre por sí mismo; la creación estética es la emocionada confesión de nuestra propia belleza; el rigor científico es un arma de nuestro poderío; el sentimiento religioso es la forma de nuestro anhelo de inmortalidad y del orgullo de ser los hijos predilectos del Todopoderoso. Acaso tocados de otra gracia imprevista quedarían Miguel Angel, San Pablo y Aristóteles si como esencia de sus vidas hubiesen alcanzado a ver la tierna figura de Narciso enamorado de lo que no estaba en el agua. Mucho cabe en el hueco de esa figura, casi tanto como se puede imaginar y más, y también por aquí caemos en otro mito anchuroso, el del aparente tonel que lo infinito no alcanza a llenar. El mito es un apólogo cuya moraleja es el hombre total.

Los métodos clásicos del conocimiento van por tierra y paso a paso, se extravían en veredas, se duermen en espejismos, se multiplican y dividen en pequeñas redes vasculares que desesperan de lo ilimitado, pero pronto se advierte que por dentro circula una sangre idéntica, anterior a las ramificaciones que la contienen y a sus nombres momentáneos, y

en la que yace entero el sentido que mostrará, una vez acabada y cerrada, la red viva que crece; esa sustancia esencial es el mito.

Una iluminación primordial que los hombres van verificando penosamente, una intuición suficiente que explicará los misterios ulteriores, un conocimiento mágico.

El mito en su desnudez se presta deliciosamente al ejercicio espiritual y su contacto da riqueza cordial. Vasto en su limitación, profundo en su superficial llaneza, asombroso de perspectivas, nos mira con nuestros propios ojos el fondo del alma.

El hombre alcanza a explicar satisfactoriamente su propia especulación, se mueve felizmente en su vuelo espiritual pero se desconcierta, balbucea y perece por su oscura base telúrica. Lleva en ella, sin saberlo, la marca de su fatalidad constitucional. Pies horadados.

Y aquí está Edipo aguardándolo con su prodigiosa cauda de símbolos. El simple Edipo que está hecho como para una velada de pastores, de gente gustosa de lo extraordinario preciso, y con el que todavía no han acabado la muchedumbre de generaciones de investigadores, de zapadores, de capitanes aventureros de la inteligencia y de sus islas.

Edipo es un ser que cree venir de lo claramente conocido y viene del misterio absoluto. Como el hombre. Que huyendo del oráculo mágico va ciegamente a ejecutarlo. "Matarás a tu padre. Te desposarás con tu madre". Aquel anciano desconocido a quien en defensa propia has dado muerte en una encrucijada, aquella idea, aquella forma, aquella costumbre, ese es tu padre. Después hallarás nueva y como premio de victoria aquella entraña a la que ya estabas unido y pertenecías más que a cosa alguna en el mundo.

Los dioses nada pueden porque ellos están en el secreto y conocen la necesidad. Zeus puede parecer el demonio porque pone a los hombres enteros según su instinto, y no, como ellos quisieran estérilmente, sólo según su inteligencia.

Lo monstruoso no nace del crimen mismo, sino de su noción. El monstruo no es Edipo rey, feliz y poderoso. El monstruo es aquella fiera quejumbrosa y ciega que él ha hecho con sus propias manos y ha puesto a andar por los caminos. El monstruo es Yocasta colgada, Antígona sobrehumana y excesiva. El monstruo el que ya no ve lo real. Edipo o Tiresías. El que se ha adelantado o ha desecho la obra de Dios para poner la suya, el que no supo comprender a tiempo las hondas señales de sus pies que tocan la tierra. Pies horadados.

El mito está como un humo vistiendo formas contrarias y simultáneas, síntesis del gran combate del conocimiento aguardando con no se sabe qué faz el ataque humano, para devorar a quien no sepa vencerlo. Ninguna batalla es comparable en resultados a la que sostuvo sin esfuerzos aquel peregrino que halló la esfinge junto a los muros de Thebas, ninguna más decisiva.

La fiera de faz de doncella, la perra que canta, sólo propone un enigma. Pies horadados la mira sin reconocerla, porque el misterio capi-

tal se presenta y pasa sin que lo advirtamos, y la mira blandir el arma más terrible para el espíritu y su angustia: el enigma. Y la respuesta que la vence, una de las más hondas revelaciones, y que hubiera podido salvar a Edipo en lo sucesivo, es. el Hombre.

Porque en verdad, cuando Edipo sucumbe al fin, pese a su aparente victoria, es vencido definitivamente por la Esfinge. El acertó la palabra de la adivinanza, el vocablo frío, el Hombre, pero no su verdadero sentido.

La fatalidad de Edipo es no haber sabido guardar esta respuesta permanente al enigma.

No es vana esta furtiva mirada al mito en una hora de tan universal desasosiego Puede que la salvación esté en uno de estos distraídos gestos que inspira el cansancio, en una de estas contemplaciones gratuitas de lo que tenemos por más muerto.

Tal vez esté allí, como tantas otras veces lo ha estado, la clave de nuestro destino. Nuestra noche podría acaso iluminarse de manera definitiva con la clara visión reveladora de Narciso o con la imagen asombrosa y justa del tebano y su combate, o que ansiosamente perseguimos y buscamos, puede estar desde lo remoto con nosotros olvidado, y ésta sería otra historia simple y ejemplar, mito de los venideros tiempos.

Las nubes Ed cit , pp 142 145

LA TENTATIVA DESESPERADA DE JAMES JOYCE

EN LA CORTA calle gris que remata en el frente carcelario del Teatro del Odeón, en París, está la librería Shakespeare and Co., que es el santuario del joycismo en Europa.

La librería es un *book shop* muy inglés, con muebles de madera amarilla, cueros patinados y un dorado silencio que casi huele a mostaza. La patrona y sacerdotisa es Silvia Beach, una inglesa de flacos y enérgicos rasgos, vestida de oscuro y llena de afabilidad.

En las paredes de la trastienda hay retratos de Joyce, en los estantes libros de Joyce, y en un fonógrafo, pariente cercano de aquellos altos taxis de Londres, discos en que la voz instrumental de Joyce interpreta de modo inimitable la sinfonía telúrica de *Anna Livia Plurabella*.

Anna Livia Plurabella era para aquellos días la primicia madura y ejemplar de la vasta obra ilimitada en elaboración, cuyo título provisional y simbólico era *Work in Progress*.

En *Anna Livia*, dos lavanderas dialogan banalmente desde ambas márgenes del Liffy, riachuelo de Dublín. Su diálogo es la sustancia simultánea de un poema de la más extraordinaria riqueza verbal e intuitiva. En la ilación de las frases, y sin estar escritos separadamente, pasan, como un rumor fluvial, los nombres de más de trescientos ríos de la tierra, invocados y convocados para honrar al magro Liffy.

En la voz de Joyce el recitativo llega a adquirir casi el valor de un ensalmo, de una de esas monótonas y guturales salmodias con las que los magos árabes encantan a las serpientes.

En suspensión en las palabras, o quizás mejor en el eco de las palabras, ruedan vagas reminiscencias y fantasmas de otras palabras que se superponen y llegan por momentos a equilibrarse en el sentido de la frase o a proponer, con igual derecho todas, uno de los múltiples sentidos que ofrece aquel oscuro y rico resonar de gran bordón.

Poetas muy intuitivos, sutiles y mágicos han sentido en ocasiones, la condición precaria de las palabras y el estigma que en ellas pone el uso vulgar y ordinario, que oculta y mata sus valencias poéticas latentes.

La materia de la música es sólo de la música y no puede servir para otra cosa; pero las palabras del más bello verso del Dante, los vocablos de Shakespeare o de Góngora, prescindiendo de la ordenación y del sentido, que son gran parte esotéricos y extrínsecos, están diariamente en la boca de las más opacas unidades de la muchedumbre, sirviendo para todos los usos y desgastándose como una moneda vil.

El culteranismo español buscó una escapada estéril refugiándose en una sintaxis de fatigosa elaboración y en el empleo de voces que, por excesivamente cultas e inusitadas, resultaban tan apagadas, inexpresivas y pobres como las más borradas por el manoseo.

No fueron nunca felices esos ensayos de crear un instrumento propio para la poesía, una materia poética y solamente poética.

En nuestros días, James Joyce ha renovado el intento con un aliento y una ambición desmesurados. *Ulises*, su primer gran ensayo sinfónico, es un vasto poema informe, medio *Ramayana* y medio novela naturalista y psicológica, que agoniza en la creación de un ambiente, de una técnica, de una sustancia y de un lenguaje exclusivamente poéticos.

El tema es el de cualquier novelista del siglo XIX. Las formas más corrientes de vida de la clase media en una ciudad irlandesa. Sin embargo, ya desde el esbozo mismo de la obra asoma la audacia de la concepción y de la técnica escogida. En un millar de densas páginas se narran los ordinarios sucesos que en las veinticuatro horas de un día cualquiera ocurren a un miembro de la baja burguesía. Caminatas, charlas, encuentros, lecturas, monólogos, comidas, defecación, recuerdos, sueño. El libro está narrado con la poderosa libertad e imprevisión de la vida. La rica materia fluye, se condensa, pasa y se dispersa como en el más elaborado canto épico.

Y por ello, esta sección plana de una existencia rutinaria, puede llamarse sin humorismo Ulises. Es decir, el eco, la correspondencia de las mil fantásticas aventuras mitológicas de Odiseo en el mundo homérico.

Así como el dato real y el suceso ordinario se transmutan en epopeya fabulosa, también la lengua se sale de sus ataduras sempiternas para empezar a ser otra cosa, libre de la sintaxis y de la ortografía, para transformarse en un eco, en una huella, en una evocación de vocablos conocidos, pero que ya no son ellos mismos y pueden, por lo tanto, cargarse gratuitamente con todas las significaciones.

La obra de Joyce es un clima o una crisis. Nada en ella corresponde a las formas tradicionales del arte literario. Su sensación y su mensaje son más del tipo de los que provoca la música, que de los que engendra la literatura; todas las notas y los matices son pretextos para la evasión de la consigna preceptiva.

Toda la obra trasuda el empeño agobiante y heroico de alcanzar lo imposible, eludiendo con recursos mágicos las imposiciones y las leyes del método, de la lógica y de la expresión. Si por su similitud con algún estilo artístico pudiera definirse su tentativa, estaríamos inclinados a llamarlo barroco. Es barroco su esfuerzo por dominar el espacio, torturar

las formas y extraviar los sentidos. Es barroco su propósito de inventar una suma de emociones, sensaciones e intelecciones infinitas e indefinidas. Es barroca la impresión de fraude, de vano encantamiento, de *trompe l'oeil*, que sentimos al volver de su clima irrespirable y apasionante.

Joyce cierra y concluye la estéril desesperación de una época tortuosa del arte literario, en que florecen con inusitado esplendor el surrealismo y la novela policíaca. En que el cine ha ocupado en gran parte el sitio y la función social y estética de la novela. Y en que una poesía desmesurada e informe, intuitiva y morbosa, ha abandonado su curso tradicional para invadir las más inesperadas formas de expresión y actividad del hombre.

Su obra, que termina en sí misma, contribuirá a perfeccionar los medios técnicos del novelista y quedará sola y dramática en la vasta sala del museo literario, como la pintura de Uccello en las galerías del Renacimiento.

Joyce ha debido someterse a un terrible trabajo interior de limpieza, de purificación, de higiene. Ha debido arrasar y destruir todos los tabiques, todas las barreras, todos los ídolos de yeso que habían levantado dentro de él la tradición, la cultura, el estudio. James Joyce ha tenido que deseducarse por entero para poder ver como ha visto. Volver a nacer adulto con un ojo sabio y recién nacido. Ha tenido que hacer el enorme esfuerzo cartesiano de olvidar todos los libros, todas las lecciones, todas las reglas, para poder realizar ese milagro de ver de nuevo, pura y simplemente. De ver de pronto al hombre con unos ojos que no fueran los ojos de los otros. De descubrirlo un día, en una calle de Dublín, y tratar de verlo y comprender que había encontrado a Ulises.

Para Joyce, como para los dioses, no existe lo obsceno. Los creadores saben que un hombre se compone de todas sus partes. Sólo que cada quien ha tomado la parte que le agradaba para fabricar su muñeco. Unos han escogido los buenos pensamientos y han construido fantoches puros. Otros, nada más que las bajas inclinaciones, la parte terráquea del cosmos humano, y han modelado espantables abortos. Pero dentro de la vida, la verdadera y perdurable vida, andan holgadamente ambos extremos. Los radios del espíritu y del vientre se describen con simultaneidad en el existir; quien haga un corte transversal en él, y Joyce ha pasado una tajante hoja al través de un día del existir, encontrará el existir: espíritu y vientre, y otras cosas, y todas las cosas.

Lo obsceno es concepto morboso. Para quien vive verdaderamente no hay cosa obscena, para quien vive perdurablemente no hay cosa indig-

na. Todos nuestros órganos nos expresan. Nuestro sexo es como nuestros ojos o como nuestra inteligencia. Bueno es repetir con Terencio o con Whitman que todas las partes del cuerpo son dignas del canto.

Nuestra cultura está llena de cosas y regiones tabú. Tanto hemos ido apartando y poniendo de lado, hemos prescindido de tanto, consciente e inconscientemente, que ya, en cierto modo, lo que llamamos vida no es sino una parte limitada de la vida, lo que llamamos mundo es una fracción del mundo, lo que conocemos por espíritu y, en el sentido pauliano, por señor, es apenas una faz del espíritu. Ya señalaron los surrealistas, aleccionados por Freud, varios de esos reinos perdidos y partieron en pintorescas expediciones a su reconquista. Está allí el reino de los sueños. El arte, la ciencia, casi toda la experiencia humana, han sido inventados en la vigilia. Sin embargo, en la vida onírica se alteran las leyes naturales, las condiciones del espacio y el tiempo varían y la noción del límite se aleja. Otro tanto habría que decir de la lógica, que es una máquina, un artificio, una regla de juego, una puerta estrecha por donde no cabe toda la infinidad de los conceptos ilógicos, tan ricos, aquellos que suele encontrar el "ladrón de fuego" que conoció Rimbaud. La escritura automática de los surrealistas intentó penetrar en ese soterrado caudal.

Ulises, que es un intento de reconstrucción total del hombre y que por eso hace su periplo por la temerosa geografía de los reinos perdidos, lanza al abismo astrolabio y brújula.

La transmutación de la vida en mito es la tentativa de Homero. La dilución, la traza del mito en lo cotidiano, el eco y la forma del antiguo heroísmo en la existencia de la burguesía, el reflejo de las vastas soledades pobladas de oscuras armonías en la estrecha soledad del habitante de nuestras ciudades, es la tentativa de Joyce.

Ulises y sus compañeros llegan a la tierra de los lotófagos, "agentes que, sobre no hacerles ningún mal, los regalaron con lotos para que comieran. Tan pronto como hubieron gustado el fruto, dulce como la miel, se olvidaron de sus diligencias y ya no pensaron en tornar a la patria; antes bien, llenos de olvido querían quedarse con los lotófagos".

Ulises-Dédalus llega a la tierra de los libros. Son los grandes alimentos de la evasión y del olvido. En aquellos estantes silenciosos yace un riesgo mortal semejante al que encontraron en la playa los compañeros del astuto Odiseo.

Stephen Dédalus está en la biblioteca. La biblioteca del bibliotecario cuáquero. Está en la biblioteca, entre los lomos de los libros absortos.

Stephen Dédalus siempre ha estado en la biblioteca. El es el hombre libresco por excelencia. Surge espontáneamente de un halo de olorosas hojas impresas. Sus ojos no han visto paisaje, sus ojos no han visto sino la letra tremenda de los viejos manuscritos, y las góticas de los incunables,

y las elzevirianas de los tratados del Renacimiento. Sus manos saben acariciar bien las viejas vitelas amarfiladas, y si algún día sus ojos se han de llenar de sombra, él sabrá distribuirla en menudas islas de letras.

Stephen Dédalus no está en su ambiente sino en la biblioteca, y en ella él habla de las cosas más librescas, de esas cosas que sólo han sido pensadas para dormir en el silencioso yacimiento del libro.

Habla de los viejos libros, de los hombres que escribieron con rumorosa pluma los viejos libros, de las cosas que están dormidas en los viejos libros. "El arte no debe revelarnos sino ideas, esencias espirituales desprendidas de toda forma. Lo que importa por sobre todo en una obra de arte es la profundidad vital de la que ella ha podido surgir". John Eglinton ríe. "Espíritu puro, Padre, Verbo y Espíritu Santo. El Padre Universal. El hombre dios. Hiesos kristos, mágico de belleza, el Logos que sufre en nosotros a cada instante". El huevo dorado de Russell. "Las gentes no sospechan hasta qué punto las canciones de amor pueden ser peligrosas". Hamlet *ou le distrait*. Pieza de Shakespeare. En este concierto de sombras de hombres y de sombras de libros calza bien la invocación de Hamlet. Hamlet, el hijo por antonomasia de la sombra. "Hamlet, yo soy el espíritu de tu padre." Dédalus habla de Hamlet, que es buen tema para narrar, reflejada, la propia peripecia intelectual. Habla de Shakespeare. De Hamlet Shakespeare "que murió en Stratford a fin de que viviera para siempre aquel que llevaba su nombre". El relato es siempre autobiográfico. Nunca hallaremos nada mejor que nosotros mismos, y, como quien llena botellas, iremos llenando cuerpos vacíos con nuestra propia alma, y los pondremos a amar con nuestros amores, y a odiar con nuestros odios, y a justificarse con nuestras razones. Nuestra pesquisa no puede llegar más allá de nosotros mismos. Goethe lo sabía, y Byron; Stephen Dédalus lo sabe, y lo sabe James Joyce. "Vuestra madre es la reina culpable, Ana Shakespeare, antes Hathaway". Nuestro tino consiste en acertarnos a nosotros mismos siempre. "Un hombre de genio no comete errores. Sus errores son voluntarios y son los guías del descubrimiento". Dédalus habla, Eglinton sonríe. Bloom vendrá a consultar los diarios para copiar los avisos. "Cordelia. Cordoglio. La más solitaria de las hijas de Lear". El espíritu no puede hallar mejor objeto que dispersarse, que perderse para tener, a cada instante, la dicha de hallarse de nuevo enriquecido. Que nada quede sólido en nosotros, como, por lo demás, nada está sólido en ninguna parte. Que cada idea sea una abeja autónoma y nosotros no sintamos sino la vibración del enjambre viajero. "Así como nosotros, o Dana nuestra madre, tejemos y destejemos en el curso de los días la trama de nuestros cuerpos, así el artista teje y desteje su imagen. Y como el lunar de mi pecho derecho está aún donde estaba cuando nací, a pesar de que mi cuerpo se haya tejido y retejido múltiples veces, así al través del espectro del padre sin reposo la imagen del hijo sin existencia mira. En el intenso instante de la creación, cuando el espíritu, dice Shelley, es una brasa próxima a extinguirse, lo que fui es lo que yo soy y lo que, en potencia, puedo llegar a ser." Estamos sin

consistencia en medio de las cosas sin consistencia. A cada segundo haciéndonos y deshaciéndonos. Nunca hechos. Nunca terminados. Somos humo en el aire, aire en el vacío, corriente de agua sobre movible arena. Dentro de nosotros todo se construye para ser destruido. "Es sin duda todo en todo en todos nosotros, caballerizo y carnicero, y sería chulo y cornudo si no fuese porque en la economía del cielo, predicha por Hamlet, no habrá más matrimonio, el hombre glorificado, ángel andrógino, siendo su propia esposa." Solo, inmóvil, ante los hombres absortos, ante los hombres parlanchines de espíritus absortos, bajo la presencia misteriosa de los libros, hace danzar las invisibles ideas, y como habla de él, habla al mismo tiempo de todos nosotros. "Nosotros caminamos al través de nosotros mismos encontrando ladrones, espectros, gigantes, ancianos, mozos, esposas, viudas y cuñados villanos. Pero siempre encontrándonos a nosotros mismos."

Vuelven al mar los compañeros de Ulises. Azotan con los remos las espumosas aguas. Con el ánima afligida. Dédalus también regresa de los libros a la calle. Los compañeros de Ulises van hacia la tierra de los soberbios cíclopes, "gentes sin ley, que, confiados en los dioses inmortales, no cultivan los campos ni labran las tierras".

El muy reverendo John Conniee, S. J., de la iglesia de San Francisco Javier, Upper Gardiner Street, sale a la calle. Insólita aventura para el que sabe bien mirar, derrotero lleno de sucesos inagotables que no será posible desentrañar totalmente jamás. Un hombre que camina por las calles de una ciudad, el padre Conniee que anda por las calles de Dublín es tan abundante tema poético como Marco Polo. Esos cuantos instantes de una vida pueden estar tan llenos de acaecimientos interiores como lo están de aventuras exteriores los setenta años de Casanova.

El padre Conniee halla a una señora amiga, habla a los escolares, observa los edificios, hace comentarios sobre la necesidad de una línea de tranvías. Su pensamiento no reposa. Todas las cosas son pretextos para el discurso. "Bajo los árboles del paseo de Charleville, el padre Conniee vio una barcaza de turba amarrada, un caballo de sirga con la cabeza baja, un hombre a bordo con un sombrero de paja sucio, fumando, mientras fijaba una rama de álamo por sobre su cabeza. Todo muy pintoresco, y el padre Conniee pensaba en la bondad del Creador que había puesto la turba en los pantanos para que los hombres pudieran extraerla, distribuirla en las ciudades y aldeas y dar calor en el hogar de los humildes."

Toma el tranvía, "esa ágora de las pequeñas gentes". Le asaltan todos los menudos pensamientos que puede sufrir un ser en quien la acción intelectual no ha llegado a adquirir un desarrollo suficiente como para destruir el equilibrio del espíritu. Piensa en los negros, en los mulatos, en los amarillos. Piensa en ellos porque el señor Stratton, que le ha sonreído, tiene los labios oscuros. Las almas negras, mulatas y amarillas no lo inquietan sino desde el punto de vista de si ganarán el paraíso o no. El ha leído un libro con ese tema, lo recuerda y hace un comentario banal.

Baja del tranvía. Recuerda el buen tiempo viejo. Mira las huertas. Se quita los guantes. Lee su menudo breviario de cantos rojos.

Y ahora Ulises ha muerto. Después de su desesperada tentativa al través de los seres, de las islas y de los lances del oscuro mar de las palabras. Ha muerto Joyce entre un hondo ruido de lluvia. Sin luz en los ojos. Extenuado del inmenso periplo agotador.

Desde el canto épico la novela había bajado hasta la crónica. Desde el sagrado tumulto de Homero había palidecido la forma del mensaje sobre la vida de los hombres hasta languidecer en las alcobas del señor Bourget. Joyce regresa a contarnos la aventura de Ulises. Pero ya no la del griego salpicado de espuma y sangre, porque eso no habría pasado de ser un alarde arqueológico, sino la odiseica aventura presente del ser humano ante las mil formas de la circunstancia.

Joyce se pone a escribir una epopeya. Una epopeya contemporánea. Como Homero que narraba una guerra reciente. O el juglar Taillafer. No más alejado del suceso que canta de lo que estaba Per Abat de "la barba vellida". Va a cantar descomunales hazañas y extraordinarios hechos. Polifemo, los Cíclopes, las Sirenas, los odres de Eolo, los bueyes del Sol, los pretendientes de Penélope, desfilan y se entrecruzan en la densa materia de su canto.

Pero su canto no va a quedar prisionero y yerto entre los rígidos límites de las palabras. Junto con la tentativa de la epopeya, va a acometer la empresa de darles a las palabras el don que es de la música. Hacerlas capaces de contener una expresión innominada e ilimitada, y todos los mensajes simultáneos que la emoción del hombre quiera encontrar en ellas. Aladas palabras.

Esta fue la tentativa de Joyce. Ante la piedra de su tumba muchos hombres habrán de inclinarse con hondo recogimiento como ante los despojos de un héroe.

Las nubes. Ed. cit , pp. 181-189.

BOLIVAR

Con el siglo XIX se abre una honda, rica y oscura crisis del mundo hispánico. Las dos agencias fundamentales de su unidad: la Monarquía castellana y la Iglesia católica, que habían culminado en el absolutismo y la Contrarreforma, parecen eclipsarse.

Un día desaparece el rey de la cabeza del imperio en forma inesperada, y simultáneamente se viene extendiendo entre la gente culta o influyente un desdén filosófico por el catolicismo y por el fraile. El pueblo español, acéfalo, regresa a la behetría medieval, y los criollos de Indias se ven obligados a entrar en la Historia universal. Esa crisis, con toda su significación y su misterio, se encarna prodigiosamente en un hombre: Bolívar. Por eso pocas almas hay tan ricas y complejas como la suya. Su psicología es historia.

Las armas y las letras, el espíritu y la acción, el sentir y el presentir, el saber y el obrar, tenían en él una simultaneidad y una altura privilegiadas. Era brazos y era lengua, como lo quería Pero Mudo. Y vivía en el presente, en el pasado, en la fama y en la inmortalidad a un mismo tiempo, como tuvo que vivir el padre de Jorge Manrique.

No era tan sólo capitán, hombre de guerra, a pesar de que sus acciones y hazañas lo parangonan con los mayores. Tendría inmensa gloria con sólo la campaña del año 13 o con la campaña de Boyacá. Era también un fundador, un adelantado, un hombre de poner nombres a las nuevas cosas, de tomar posesión, de hacer la ley y de crear.

Era, de añadidura, un pensador. Vio más hondo y más claro que nadie, entre las convulsiones de los pueblos y los humos del pensamiento europeo, la verdadera condición de su América y el signo de su fatalidad.

Ya a estas alturas de la suma hay pocos que lo sigan, pero aún hay más.

Tenía en grado excelso el don de expresión de los grandes escritores. Lo que hacía correspondía a un pensamiento luminoso y se manifestaba en una expresión viva y hermosa. Sentía las voces.

Pero, aun por encima de todo esto, es una de las almas más cargadas de sed trágica que hayan conocido los hombres.

Nadie se ha parecido más a un mundo, y nunca un mundo, tan extenso, complejo y arduo, se ha expresado con más plenitud en su alma.

Bolívar es Nuestra América. Cuanto más criollos son los pueblos, los hombres más lo entienden y más cerca están de él.

El no representa un aspecto de América o una hora de su historia. Toda su tierra, todo su pueblo, todo su tiempo. En el Inca Garcilaso ya está algo de él, y en Sor Juana, y en Túpac Amaru, y en Bernal Díaz, y en la cúpula mexicana, y en el nacimiento quiteño, y en la música de Lamas. De él hay ya en los negros del cacao y de la caña, en los indios de la coca y de la yuca, en el quetzal, en el maíz, en la fiesta de San Juan, en el canto popular.

Hay quienes han dicho que se parece mucho a los capitanes de la conquista, y es cierto. Pero no es por azar de semejanza, sino porque tanto él como los otros eran esencialmente hispánicos.

Era cristiano, viejo, criollo, español del Pirineo, venido a Indias en el siglo XVI en la carne de su abuelo homónimo, con trescientos años para mezclarse a la tierra, para amasarse con ella y recibir la sangre ardiente y bulliciosa del negro, y la fría y taciturna del indio. No es tampoco azar que aquella alma cristalizase en la Venezuela de fines del siglo XVIII. No podía hacerlo mejor en otra parte. La tensión histórica de lo hispánico no era mayor en ningún otro punto del imperio. Era en aquella costa abierta a Europa, sin ciudades defensivas, donde el espíritu español iba a afrontar más desnudamente la crisis de la conciencia occidental en el marco de la contradicción americana.

Allí encarna en ese hombre. Como antes ese mismo espíritu, en otras horas críticas y en otras circunstancias, había encarnado en un Cortés y en un Trajano.

Recuerda a Cortés y a Trajano porque era tan español como ellos, es decir, hombre cargado de símbolos culturales que atraviesa las fronteras de otros mundos arrastrado por un ansia sobrehumana de unidad.

Las gentes superficiales lo que menos miran en Bolívar es lo poderosa y consciente que en él era la tradición. Lo fundamental no era lo de separatista, ni lo de revolucionario según el modelo de la filosofía del siglo XVIII. Más que lo que había aprendido en los libros nuevos, podía en él la intuición de la realidad tradicional. La Patria nunca le fue encierro ni Provincia. "Nuestra Patria es la América", dijo una vez. Pero en realidad la América española, una América homogénea y unitaria; y en el fondo de su más remota ambición lo que estaba era volverse sobre España, una vez libertada América, para libertarla o para reconquistar el sepulcro de Don Quijote, como hubiera entendido Unamuno, pero en todo caso para rehacer la unidad hispánica. A la manera del Cid, que se iba de Castilla para hacerla, y también a la manera de Trajano.

Una manera que, en su aspecto ético, es trágica y senequista.

En la hora en que los nuevos Estados abren los ojos buscando el rumbo y ensayando instituciones, él, en Angostura, ante los afrancesa-

dos, los enamorados de "las Luces", dice aquellas palabras que sólo medio siglo después, en la desesperanza del caos, empieza a comprender Hispanoamérica: "¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del Gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional".

Para él lo americano, lo criollo, no es sólo un hecho, es un ser vivo, y ese ser es el que tiene la clave de nuestro destino y al que importa conocer.

En esto difiere genialmente de los hombres de su tiempo. Para él no hay dos Américas, una culta y una rural que representa la barbarie. El sabe que esa barbarie rural es el vestigio, desfigurado en la soledad y en la aspereza del campesino, de los ideales de la civilización hispánica en la forma en que cuajaron en el siglo XVII. Para él no hay sino una sola América, que tiene que hacerse por sus hombres y que salvarse entera, y ésa es la autora de los acontecimientos pasados y de los presentes.

El no es un militar de escuela, como no es un pensador de sistema. Ha leído a Montecucculi, como ha leído a Montesquieu y a Rousseau y a Locke. Pero a la hora de atravesar los Andes lo hará bajo la fiebre de una inspiración heroica, de un sentimiento dramático del destino. Pertenece a la familia de Pizarro o de Juana de Arco, no a la de Wellington o a la de Federico.

Como también, a la hora de afrontar la organización americana, él se da cuenta de que es una empresa sin precedentes que debe tener sus propias soluciones.

Los Padres de la Revolución de los Estados Unidos no fueron sino los continuadores de un sistema político que les había sido propio durante toda la vida colonial. El *town meeting* se transformó, sin desnaturalizarse, en Asamblea republicana, y las Cartas de establecimiento, en Constituciones. No hubo crisis de valores, ni contradicción espiritual interna.

La crisis del mundo hispánico fue, ante todo, una crisis de valores. La serie de los acontecimientos exteriores: interrupción de la dinastía, batallas, alzamientos, congresos, constituciones, no fueron sino el reflejo de la crisis de las agencias fundamentales de la unidad y del orden.

Bolívar sabe desde el primer momento que la independencia no es sino una faz del problema. La guerra contra los españoles no es sino una primera etapa cruenta de un largo y doloroso proceso, en cuyo término ha de relucir la reconciliación de América con su destino. El lo sabe y lo está diciendo: "le temo más a la paz que a la guerra"; "los españoles se acabarán bien pronto, pero nosotros, ¿cuándo?"; "la independencia es el único bien que hemos alcanzado, a costa de los demás".

El sabe como nadie que América no es esa nueva España que los peninsulares han estado construyendo con tan tesonera grandeza. Pero

sabe también que su historia, que es su ser vivo, está impregnada de hispanismo hasta los tuétanos.

Y también sabe que eso que llaman la "civilización" los hombres de su tiempo y los que han de venir detrás de ellos, es decir, los ideales políticos y sociales del siglo XVIII francés, son en gran parte incompatibles con la realidad criolla.

Ese es su tema. Toda su acción y sus pensamientos derivan de allí. "No somos europeos, no somos indios". "Americanos por nacimiento y europeos por derechos." "Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte."

El quiere penetrar y descifrar el enigma americano. Y toda su pasión, en el sentido cristiano, va tendiendo hacia esa identificación. Hasta la mística fusión final, que hace que ahora, para entender a nuestra América, podamos lo mismo agotar los estudios corográficos y documentales que acercarnos a su alma.

Todo lo que va realizando es parte de esa gran empresa. En sus aciertos, y acaso más en sus fracasos.

Porque nadie ha fracasado con tan trágica grandeza como él, si no es precisamente Don Quijote. Si él se hubiera limitado a libertar países, a concebir leyes, a expresar profecías, sería un libertador, un legislador o un profeta más. Como Don Quijote, hubiera sido un caballero andante más. Pero él, lo que es, es el majadero, el que está golpeando y majando sobre las almas, las realidades y los misterios, para que el hombre no se duerma ni en el sueño, ni en la duda.

Nadie ha golpeado tan reciamente sobre América, sobre lo que América es, ni nadie le ha puesto la esfinge del destino tan en la cara. Es un majar en lo informe y en lo fluido, un "arar en el mar", que no se pierde.

El podrá, en la hora final, volverse con amargura hacia lo andado y pensar que ya está cuerdo, que ya está muerto, pero allí también se engaña. No seguiría haciendo tanto si no hubiera fracasado.

La vida de Bolívar puede dividirse, aparentemente, en cuatro tiempos. Un tiempo para crecer, que va hasta 1808, hasta los veinticinco años. Es la época de conocer, de descubrir, de ensayar, de ponerse en contacto con los hombres, con las cosas, con los países, con las ideas.

Empieza con el Catecismo del padre Astete y termina con *El espíritu de las leyes*. En el camino tropieza con *Emilio* y con Rousseau, en la persona de aquel extraordinario preceptor que se llamó Simón Carreño, Simón Rodríguez o, simplemente, Samuel Robinson, y que sabe ser el maestro innumerable de aquel solo discípulo. En el momento en que su sensibilidad despierta, Robinson intenta educarlo según el modelo de *Emilio* en el descubrimiento de la naturaleza.

Viene el primer viaje a Europa y el matrimonio a los diecinueve años. María Teresa Toro es casi irreal. Vive apenas los meses necesarios para torcer la vida sentimental de Bolívar, y muere desorbitándolo. Vuelve éste con Robinson a Europa, y allí va a encontrar el destino.

Cuando regresa a América ya está dedicado. Ha aceptado una misión inmensa. Y empieza el majar.

Los once años que siguen, hasta 1819, son el tiempo de creer. De creer, que es luchar y obstinarse contra el fracaso. Mira caer a Miranda y la Primera República. Ve evaporarse aquella fulgurante victoria del año 13 ante el galope de los caballos de Boves, y vuelve por tercera vez a aferrarse a las esperanzas contra las realidades, a la intuición contra los hechos, durante aquella penosa y desesperada campaña del Orinoco y de los llanos, que en la hora más comprometida se corona de triunfo en el Congreso de Angostura y en la batalla de Boyacá.

El tiempo de triunfar son los seis años que siguen hasta 1825. Allí están las mayores victorias, las apoteosis de pueblos enteros, las entradas triunfales, el endiosamiento, la Presidencia de Colombia, la del Perú, la fundación de Bolivia, el canto de Olmedo, la admiración de la Europa liberal, el saludo de Choquehuanca en el Cuzco y el estandarte de Pizarro.

Y desde 1826 hasta la muerte, en 1830, sería el tiempo de llorar. Años de desilusión y agonía. Todo se desintegra. Los hombres y los pueblos parecen volverse la espalda. No se le cree. Se conspira contra su vida. Se le niega y se le llama tirano. Nadie parece quererlo. Hasta que cierra los ojos en la casa del español Joaquín de Mier.

Pero no es tan simple y tan lineal la vida de un hombre tan complejo y tan trabado con lo telúrico y con lo espiritual de su mundo, su tiempo y su raza.

Fracaso y victoria, o contradicción, hay en todas las horas de su vida. El no es el que cumple un deber, sino el que se inmola. El que se sacrifica a un gran fin inalcanzable. Un alma trágica. Nunca se ha puesto a medir el tamaño de su empresa. Se propuso cosas enormes que no logró realizar. Y realizó cosas sobrehumanas, para las que no parecía tener medios.

En el año de 1813, con un puñado de soldados bisoños, perdido en las gargantas de un ramal de los Andes, declara solemnemente la guerra a muerte al imperio español. El año de 1826 convoca a un Congreso americano, que debe transformarse en una asamblea de todos los pueblos de la tierra, para discutir las cuestiones de la paz y de la guerra y crear una nueva vida internacional.

Esa es la grandeza. Y al modo hispánico. Y eso es lo que él va a llamar, con tanto sentido, su majadería.

Su gusto literario se había formado en el neoclasicismo. Cuando con tanta donosura hace la crítica del poema de Olmedo, cita sin vacilaciones a Horacio, a Boileau y a Pope.

Pero cuando se pone a escribir se olvida de esa preceptiva tiesa y artificial, y no guarda de ella sino la invitación a la claridad.

Su prosa tiene un vigor, una flexibilidad, un ritmo vital, que no se encuentra en ningún prosista castellano de su tiempo.

Sus cartas y sus discursos revelan un excepcional don de expresión. Puede Bolívar tomarse por el primer prosista hispanoamericano de su hora.

Recuérdese el estilo de la época: la frialdad, el sonsonete, el retórico alargamiento de aquellas oraciones pomposas y huecas que escribían los maestros de entonces.

Jovellanos estaba todavía diciendo: "¿Iríamos a inclinar la rodilla ante el sátrapa de Madrid para ayudarle a usurpar el trono de Pelayo y robar a nuestro Fernando VII la herencia de los Alfonsos y los Fernandos de Castilla? ¿Iríamos a mezclarnos con los Ofarriles, Urquijos y Morlas, con los caballeros Arribas y Marquinas, para ser, como ellos, insultados y despreciados por los insolentes bajáes del tirano, o iríamos a confundirnos entre los demás apóstatas de la patria para ser, como ellos, escupidos y escarnecidos por nuestros fieles y oprimidos hermanos, para ostentar a su vista la ignominia que cubre siempre el rostro de los traidores y para ser a todas horas objeto de su odio y execración?".

No menos frío artificio hay en Leandro Fernández de Moratín o en el arcaizante conde de Toreno, que rueda pesadamente su carro de palabras:

> Sin muro y sin torreones, según nos ha transmitido Floro, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También desguarnecida y desmurada, resistió al de Francia con tenaz porfía, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En ésta como en aquélla mancillaron su fama ilustres capitanes, y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en menos de un año cercaron los franceses a Zaragoza: una, malogradamente; otra, con pérdidas e inauditos reveses. Cuanto fue de realce y nombre para Aragón la heroica defensa de su capital, fue de abatimiento y desdoro para sus sitiadores, aguerridos y diestros, no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

Es toda una nueva sensibilidad y un nuevo sentido lo que se revela por contraste en la prosa bolivariana, tan directa, tan viva: "Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud". Esa fuerza que trae el sentimiento a la palabra y la levanta en algo más que en sustancia, ese don de la poesía, que apenas se vislumbra en los espesos párrafos de la época, arde en Bolívar con una agilidad de llama:

"¡Hijas del sol! ¡Ya sois tan libres como hermosas! Tenéis una patria iluminada por las armas del Ejército Libertador; libres son vuestros padres y vuestros hermanos; libres serán vuestros esposos, y libres daréis al mundo los frutos de vuestro amor."

Las educandas de Arequipa, hechas a los soporosos sermones, debieron cerrar los ojos, deslumbradas ante la evocación luminosa que les desnudaba la sensibilidad.

La prosa de Bolívar, como su persona y como sus hechos, tiene los nervios de un fino potro. Es cosa viva y trémula. Nunca está haciendo frases. Escribe para expresar aquellos relámpagos, aquellas intuiciones, aquellas angustias que le atraviesan la mente. La frase es directa, enérgica, contrastada. No sabe a literatura. Sabe a hombre verdadero. Es confesión. El está en lo que dice, por encima de retórica y reglas, y aun con esas incorrecciones que asustan a los que no saben del idioma sino la gramática.

Y por eso, al cambiar de tono, cambia de forma su prosa. Cuando ya no es la arenga fulgurante, o el análisis político, sino la triste memoria de las cosas pasadas, sabe escribirle a su tío Esteban Palacios aquella elegíaca carta de Cuzco:

"¿Dónde está Caracas, se preguntará usted. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de las glorias del martirio... yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres, y yo los representaré a presencia de la posteridad."

El discípulo de los neoclásicos se expresa como un romántico. Como un hombre de pasión, de poesía y de sentimientos. Más que don Alvaro, va a resultar él el héroe del romanticismo hispánico. El ser, de verdad o de ficción, de vida o de sueño, en quien culminan esos viejos rasgos que el romanticismo va a descubrir en los hombres excepcionales.

Treinta y tres años después de Miranda, dos años después de Bello, doce años antes de Sucre, nace Bolívar en la misma Venezuela de ellos.

En él culmina lo que ellos anuncian y realizan.

Ese año de 1783 es el mismo en que Miranda sale de las filas del ejército español y pasa a los Estados Unidos a iniciar y a iniciarse en su misión. Crear un mundo americano libre y uno: una Colombia.

Lo que Miranda concibe como sueño político, lo va a concebir Bello como empresa cultural: la salvación y reconstrucción del mundo hispánico sobre la lengua y los valores espirituales.

Y Sucre, aquel Mariscal de veintinueve años, que en el corazón del imperio español, en el reino de Pizarro, a la cabeza de una legión de soldados de todas las Indias, vence al último y más poderoso ejército virreinal, es ese pensamiento convertido en acción esplendorosa.

Lo que en estos hombres está con magnificencia impresionante es un destino y una conciencia colectivos. Los venezolanos de aquella hora sentían como nadie en América la sensación de la unidad y de los valores universales. El mundo de su tiempo les brindó la ocasión excepcional. Venezuela se transformó para ellos en una base de operaciones, como Castilla para los castellanos de la Reconquista, y como España para los españoles del imperio.

Fue un país sacrificado a un concepto y a una emoción. Un pueblo que se desangró al servicio de una ambición de grandeza. Lo que importaba no eran los pueblos o los campos de la provincia nativa, la riqueza

de los ricos o la pobreza de los pobres, la paz o la prosperidad, sino la Independencia de América, el destino de la libertad, "la esperanza del universo", "el imperio sagrado de la naturaleza", la justicia y la gloria.

Toda esta emoción está encarnada en Bolívar.

Es una pasión por lo desmesurado, por lo absoluto, por lo glorioso. Un ansia de no estarse, de acción, de posesión, de plusultranza.

El largo contacto de lo español con el mundo y con las razas mágicas que encontró en América, llega a su clave en este hombre difícil, tan criollo, tan español, tan universal.

En él Venezuela ardió y se consumió como una mecha en dar aquella llama que deslumbra, ilumina y atrae.

La tercera parte de la población venezolana pereció, directa o indirectamente, en la guerra. La prosperidad alcanzada a fines del siglo XVIII desapareció. El arcaduz quedó sin agua, la tierra sin semillas, el arado sin brazos. Los campesinos se volvieron soldados y andaban por los pantanos de Guayaquil o por el altiplano del Titicaca. El antiguo mayordomo era ahora general o magistrado. Los soldados que regresaban no sabían volver al campo. Preparaban golpes armados contra las autoridades o merodeaban las soledades como bandoleros.

Los hombres que enterraron a Bolívar creyeron que habían enterrado el sol de una edad dorada de gloria. "Ha muerto el sol de Colombia", clamaban. Les parecía que empezaba una época de sombras, de decadencia, de memorias.

Por contraste, lo que habían hecho antes les parecía más grande y maravilloso. Eran cosas sobrehumanas. Aquéllos no habían sido hombres, sino semidioses.

Pero el pueblo, que había dado aquellas almas, seguía en lo esencial siendo el mismo. El mismo, con el añadido de que su sentido mágico estaba ahora más vivo con la leyenda o con la historia de Bolívar.

Bolívar había sabido llevarlo a la grandeza y a la gloria. Cuando volviera otro Bolívar volvería a la grandeza y a la gloria.

Las dos pasiones fundamentales del alma popular venezolana, el mesianismo y la igualdad, quedaban vivas y ansiosas trabajando su historia.

Bolívar lo ha hecho, para siempre, un pueblo hambriento de grandeza.

Letras y hombres de Venezuela. Madrid-Caracas: Edime, 1958, pp 54-66.

ANDRES BELLO, EL DESTERRADO

De los ojos tan fuertemientre llorando
Tornaba la cabeza a estáualos catando.

El hombre que con queda voz interior lee los mutilados versos donde fulgura el primer resplandor en la lengua del alma y de la pasión de una raza que, prodigiosamente, es todavía suya, alza la cabeza y fija la vista en los altos ventanales empañados de niebla.

Está envejecido y refleja cansancio. Las arrugas, las canas y la calvicie prematuras no han destruido la bella nobleza de su rostro ni la honda serenidad de aquella mirada azul, que parece reposar sobre las cosas sin prisa, pero también sin esperanza.

Los guardianes del British Museum, que pasan silenciosos junto a su habitual mesa de trabajo, lo conocen bien. Es mister Bello, un caballero de la América del Sur, que desde hace diecisiete años visita asiduamente la rica biblioteca. Unas veces se enfrasca en la lectura de los clásicos griegos y su rostro se ilumina de una plácida sonrisa de niño sobre los renglones de una erudita edición de la *Odisea*. En otras ocasiones lo ven mecer tímidamente la mano, como marcando con vago gesto el compás de la medida de una égloga de Virgilio, y, en otras, se hunde en la *Crónica de Turpín*, o en un tratado de fisiología, o en el grueso infolio de *Las siete partidas*.

Cuando entra al gran edificio y se dirige a su sitio, se hace ligero y firme aquel pesado andar que arrastra entre la neblina de las calles. Se despoja de su raído abrigo y de su viejo sombrero, se sienta y suspira acongojadamente.

Pero en aquel invierno de 1827 no hace otra cosa que leer y releer con infatigable ansia el *Poema del Cid*. Día a día se llenan con su menuda y enrevesada letra los cuadernos de apuntes que lleva. Se propone analizar a fondo y reconstruir el poema, su lengua, su gramática, su sentido y su historicidad.

Pero no es sólo la curiosidad intelectual lo que ahora lo mueve: es una aguijoneante ansia de saber, de escudriñar, de comprender, de poseer, que lo arrastra a todos los campos del conocimiento, que lo embriaga de secretas y sutiles voluptuosidades, que le muestra con demo-

níaca tentación los oscuros y dilatados reinos que se le ofrecen en la sombra. Ahora, tanto como todo eso, hay un impulso del sentimiento, una sorda apetencia de su propia sensibilidad, que lo lleva a repetir con emoción contenida los ásperos versos del juglar:

Vio puertas abiertas e uzos sin estrados,
Alcándaras vacías, sin pieles e sin mantos,
E sin falcones...

Y es que la gesta de *Mio Cid* es el patético canto del destierro y de la dolorosa lucha del caballero castellano por no desasirse y desprenderse de lo suyo. Y él, como Ruy Díaz, es también un desterrado y también se ve reducido a batallar y conquistar sin tregua para que no perezca en él lo suyo, sino que se afirme y se agrande. En las vidas altas, como en las sinfonías, siempre hay un tema, más o menos oculto, más o menos continuo, que es el que les da su unidad, su sentido y su grandeza. El tema de la vida de Bello aparece en esa visión primera de su prolongado peregrinaje por la gesta del Cid, y desde que lo advertimos, todo lo que parecía fría erudición revela ser sentimiento vivo y dolor creador. Su humanismo tiene la calidad heroica de la gesta del desterrado que lucha por salvar y rehacer el país de su espíritu.

Una última mirada "de los sos ojos tan fuertemientre llorando" había lanzado Bello, desde lo alto de la empinada cuesta por donde serpenteaba el camino de recuas, hacia el valle verde y azul, con sus rojos bucares, donde quedaba Caracas, bajo sus techos oscuros, entre sus coloridas tapias y sus rechonchos campanarios.

Aquella pequeña ciudad indiana, para sus veinte años, en la vuelta del siglo, había sido un recoleto paraíso de lentas dichas infinitamente matizadas. La creciente riqueza del cacao, que traía más y mayores navíos al puerto, también había hecho más altas y hondas las salas de las casas, más llenas de luces y reflejos las arañas, más pulidos y suaves los enchapados muebles ingleses, más sonoras y esplendorosas las sedas de las faldas y de los cortinajes, más profusa la plata en las alacenas y más numerosos y variados los libros.

Bello frecuentaba las tertulias literarias que celebraban en sus casas los jóvenes de las más ricas familias. La de los Ustáriz y la de los Bolívar, donde aquel atormentado e inquieto Simón vivía sorprendiéndolos a todos con las historias, verdaderas o imaginadas, de su vida y de sus viajes: viudo a los diecinueve años, famoso petimetre de París a los veinte, desordenado lector y hombre de opiniones radicales y atrabiliarias. Ya era allí Bello, aunque no el menos mozo, el más considerado y oído.

Muy temprano comenzó su fama de estudioso y de inteligente. Era todavía un niño y ya conocía el latín como pocos canónigos y los vericuetos y encrucijadas de la dialéctica. Había aprendido por su cuenta el inglés y el francés y traducía y adaptaba para aquellas tertulias un trozo de Corneille, una escena de Voltaire o algún soneto de Shakespeare.

En los conciertos de música sagrada o profana era de los que podía opinar con más tino, gracias a las enseñanzas de su padre, don Bartolomé Bello, que tocaba con gusto algunos instrumentos.

Era la música la más alta expresión cultural de aquella minúscula y refinada sociedad. Se celebraban con frecuencia conciertos en las casas de los más ricos señores y en ellos se oía no sólo música de los grandes maestros europeos, algo de Mozart o de Haydn, algunas muestras de los polifonistas italianos, sino también la insuperada expresión sinfónica de aquella admirable familia de música que había florecido para entonces y en la que se destacaban un Olivares, un Landaeta, un Lamas. Era la fina y sorprendente diadema musical de aquella sociedad entregada a los ocios más fecundos y más corruptores.

Los primeros treinta años de su vida habían transcurrido en aquel ambiente a la vez recoleto y encendido del ardor de contenidas pasiones.

En aquellos años se condensó su condición espiritual, cuajó su vida en los moldes definitivos y se plasmó para siempre la hermosa serenidad de aquel rostro del divino asombro ante la inmensidad interior y exterior que contemplaba.

La fama de sus estudios se extendía entre todos los pobladores de la pequeña villa. Se le consultaba, se le oía, se solicitaba su concurso para todas las iniciativas importantes. Un halo de gravedad circundaba su frente juvenil.

Leía de todo y a todas horas con una pasión inagotable. Los viejos infolios, los libros recientes, las discontinuas gacetas de Francia o de Inglaterra que llegaban al azar de los lentos veleros.

Sus lecturas y el conocimiento de la historia del último medio siglo, en el que habían ocurrido acontecimientos tan extraordinarios y decisivos como la victoriosa rebelión de las colonias inglesas de América, la revolución de los franceses y el ascenso apocalíptico del poderío de Napoleón, presentaban a su inteligencia los claros signos de un tiempo de transición, del que no podrían escapar alma o tierra algunas.

A esa Caracas de 1800 había llegado por unos meses aquel joven europeo Alejandro de Humboldt, con su equipaje repleto de libros, apuntes, hojas de herbolario, dibujos, pieles, conchas, fragmentos de roca, pilas eléctricas, barómetros, sextantes, y otras raras cosas.

Venía a inventariar y revelar la naturaleza americana al mundo y a los americanos. Bello procuró estar a su lado lo más posible y aquel contacto mágico acabó de abrirle las pesadas puertas contra las cuales había estado golpeando tímidamente su intuición. Ya el paisaje no era tan sólo un tema de égloga. Cada planta y cada piedra tenían su nombre y su ser y podían vislumbrarse los sutiles canales por donde la vida natural se comunica e integra en una unidad prodigiosa. La geografía dejaba de ser una nomenclatura; los climas, las montañas, los ríos, las lluvias, las plantas, las razas, los astros, eran partes de un proceso inmenso donde estaba tejido el destino del hombre y de su historia.

No todo estaba en los claustros y en los viejos libros, sino que había que ir a la naturaleza, y había tanto gozo en clasificar una hoja de hierba como en medir las exactas cantidades de un verso de Horacio.

Humboldt era hombre universal. Venía del mundo hacia el mundo y nada era extraño ni a su curiosidad ni a su sentimiento. Lo mismo exponía una teoría sobre la temperatura de las aguas del Atlántico o las causas de los terremotos de Cumaná, que analizaba los aspectos políticos y sociales de la Revolución Francesa o trazaba un colorido cuadro sobre los sucesivos estadios de la sociedad humana, que él veía curiosamente representados en las diferentes zonas del territorio venezolano.

Oyéndolo debía soñar Bello con la gloria de un Lucrecio americano, con la hazaña de una poesía culta expresando el misterio de aquel mundo al que los hombres se habrían asomado, ciegos. Y no pocas de las reflexiones que aquellas lumbraradas despertaban en su penetrante capacidad de analizar tendrían por objeto la vida y el futuro de la tierra venezolana.

El fermento de la época había prendido visiblemente en los espíritus ansiosos y pasionales de muchos de aquellos mozos, que en edad eran sus iguales, a pesar de la infranqueable distancia que entre ellos y él ponía su aureola de serenidad y de sabiduría. En muchas cosas coincidían: en el amor de la literatura, en el entusiasmo por las ideas generosas, en el anhelo de crecer y de servir. Pero en otras diferían fundamentalmente. Muchos de ellos soñaban con una gloria teñida de violencia y de sangre y pensaban en trágicas conmociones que los hicieran dueños del destino de un mundo donde pudieran plasmar en realidad sus audaces y ardientes visiones, mientras que el espíritu de Bello sentía la necesidad del orden y la paz para poder fructificar.

Algunas de esas dramáticas oposiciones debieron surgir más de una vez en los tiempos en que hubo de dar clases a Simón Bolívar, un mozo dos años menor que él. No debía reinar mucha regularidad en aquellos cursos interrumpidos y desviados por la desorbitada curiosidad del discípulo, por su orgullosa impertinencia y por los frecuentes estallidos de una naturaleza autoritaria y soberbia. Debieron comprender ambos, desde el primer momento, que no eran dos temperamentos hechos para entenderse.

El aprecio creciente de que Bello era objeto lo había de llevar, naturalmente, a desempeñar funciones públicas. Reinaba en las Españas Carlos IV y era su Capitán General y Gobernador en la Provincia de Venezuela don Manuel de Guevara y Vasconcelos, quien mucho distinguía al joven criollo y gustaba de invitarlo a sus fiestas, donde éste recitaba versos de ocasión.

Cuando vino la expedición de la vacuna, Bello fue nombrado Secretario de ella y compuso con mesurado entusiasmo un elogio de aquella humanitaria empresa regia, dedicándolo al Príncipe de la Paz, al fabuloso Godoy, que se movía en el claroscuro de una fama escandalosa.

Tiempo después fue hecho Oficial Segundo de la Secretaría de Vasconcelos, donde a poco sus luces, su laboriosidad, su discreción, debieron transformarlo en el más calificado funcionario.

Desde que Napoleón invade a España, en 1808, los sucesos se precipitan y a poco pasan de aquel medio tiempo de pavana al agitado alboroto del "joropo" popular.

La serena mirada contempla los acontecimientos y parece mirarlos desde arriba, de una altura inaccesible a la pasión o a la descompostura.

Viene el 19 de abril de 1810; se constituye la Junta de Caracas, y la plebe, ebria de su primera hora de libertad, arrastra por las calles empedradas los retratos del rey y grita enronquecida hasta el anochecer, poniendo temor en las gentes recogidas en las hondas casonas y en los ajardinados claustros de los conventos.

El golpe había estado a punto de fracasar. Poco antes había sido descubierta la conspiración. Muchos de aquellos jóvenes turbulentos fueron detenidos por breve tiempo y otros confinados a sus casas o a sus haciendas.

Las mil lenguas de la calumnia comenzaron a bisbisear en la penumbra. Entre sonrisas de incredulidad o de complacencia, muchos se hicieron eco de la repugnante infamia que señalaba a Bello como el delator de la conspiración.

La maldad de algunos y la mezquindad de muchos, incubadas al calor del estrecho recinto de aquella sociedad que vivía del juego mortal de su propio espectáculo, colmaron la medida de la amargura para Bello. Parecían querer complacerse en hacerle pagar en tortura moral los aplausos que habían tenido que tributarle a su talento.

Era como si de aquel valle risueño, de aquella compañía en que todos eran amigos y conocidos, de aquellas virtudes ensalzadas y ostentadas, se hubiera levantado una legión de furias invisibles para rebajar y destruir al que creía no haber hecho sino el bien.

Vivo como el primer día se conservó siempre en el alma de Bello el dolor de aquella herida, sobre la que habían "escupido hiel". A ella aludió, con el pudor de su grandeza, en varias ocasiones, y en su poesía se repite a distancia el desdeñoso perdón de quien no pudo olvidar.

Con esa medida de amargura salió Bello de su tierra por primera y última vez. Era irrisoria compensación el nombramiento que llevaba de Secretario de la misión diplomática que, integrada por Bolívar y López Méndez, envió en 1810 la Junta de Caracas ante el Gobierno británico.

Aquel hombre hermoso, robusto y tranquilo que llega a Londres en el umbral de la treintena, acaba de abandonar su paisaje, su familia, sus costumbres, su lengua. Ya no va por las calles soleadas y coloridas de la Caracas de su adolescencia, sino por las húmedas y neblinosas avenidas, donde a media tarde flotan los faroles como coágulos de luz amortecida. En lugar del corto radio que lo separaba de todos los rincones familiares y de todos los rostros amigos, ahora se perdía por la vasta urbe, llena de miseria y de riqueza, y se topaba en los vastos salones dorados con el

tedio del "dandysmo" distante y de la nobleza altanera. En lugar de los bosques de Catuche y de Chacao, de los rojos bucares, de los inmensos cedros, de las mecidas palmeras, las fantasmales arboledas esfumadas en niebla y agua de Hyde Park; y en vez del materno castellano criollo, con sus claras sílabas abiertas, lo rodeaba el ahogado rumor de aquella lengua gutural y apelmazada.

Aquella nueva etapa de su vida, que llegó a ser larga de diecinueve años, fue la de la pobreza, el abandono y la soledad. Después de unos breves meses esplendorosos en los que Bolívar derrochaba el dinero, en los que se reunían con las más célebres personalidades en la casa de Miranda, en Grafton Street, en los que eran el objeto de la curiosidad de aquella sociedad *snob*, vinieron los largos años de pobreza y de estudio, de mucha niebla, muchos libros y pan escaso, en que el hombre de traje raído se refugiaba en su mesa del British Museum para proseguir la silenciosa fiesta inagotable que le estaba reservada.

Los escasos sueldos de su Secretaría se le pagaban mal o nunca. Los sordos días iluminados por el estudio se interrumpían con las noticias que llegaban de la patria remota. La guerra se había desatado con violencia infinita. Miranda había caído arrastrado en la vorágine. Sus amigos de la niñez eran héroes o fugitivos. Caracas y las principales ciudades habían sido despobladas por la guerra o arrasadas por el terremoto. Estaba derruida la vieja casa de la esquina de las Mercedes y tan sólo quedaban en pie algunos árboles y los granados bajo los que corrió su infancia. Bolívar se había convertido en jefe de la revolución y aquellas contradictorias condiciones que le había conocido se habían trocado en los elementos de una extraordinaria vocación heroica.

Aquella visión sangrienta y convulsionada surgía en mitad de las horas grises y frías. ¿Debía volver a luchar junto a los suyos? ¿Debía permanecer fuera para alcanzar en el sosiego la madurez de aquella obra que, con serena convicción, estaba seguro de que tan sólo él podía realizar en América? ¿Debía esperar a que pasara la racha de la violencia para volver después, reconocido por todos, a ser el organizador, el legislador, el padre civil de la república? ¿Y qué podía ofrecerle aquella tierra agitada y desgarrada por la guerra? Lo fundamental de su espíritu, la raíz de su cultura, la imagen inmortal de su alma colectiva la estaba recogiendo él y acendrando en los libros del British Museum.

En 1814 se casa con Mary Ann Boyland. Es una inglesa, una mujer del norte y de la niebla, que no habla su lengua ni puede entender sus versos. Es el mismo año en que Boves, a la cabeza de sus feroces jinetes, parece que va a anegar en sangre y fuego a Venezuela.

Empiezan a nacer los hijos, y la pobreza y la estrechez se hacen mayores. Los niños juegan en las sombrías callejas del barrio pobre y cantan canciones inglesas. Su nombre se hace irreconocible en la pronunciación de sus compañeros de juego. Bello se esfuerza en hablarles español, en hablarles de su raza, de su pueblo, de la civilización a la que pertenecen. Le parece que aquel mundo neblinoso que está devorándo-

lo acabará de tragárselo por entero en sus hijos el día en que el inglés llegue a ser la lengua materna de ellos. Su mujer sigue siendo extranjera; sus hijos no conocen la patria lejana, que cada día parece hacerse más remota e inaccesible, y la pobreza lo persigue y lo atenaza con su infinita cauda de humillaciones y amarguras, de la que no es la menor la de no poderse dedicar de lleno a sus estudios y a su obra.

Más tarde enviuda y en 1824 vuelve a casarse con otra dama inglesa, Isabel Dunn, quien le da nuevos hijos. Es el año de la victoria de Ayacucho, y el joven héroe que la gana es el hermano de María Josefa de Sucre, aquella fina mujer que fue el hondo amor juvenil de Bello en Caracas.

Su destino parece ser el de marchar agobiado y alejarse de todo lo que ama. No es sino el desterrado y por eso se aferra con tanta ansiedad a lo que ha podido llevarse consigo: la ciencia, la literatura, la lengua y la imagen de América.

Por eso resulta tan revelador que en sus investigaciones sobre la literatura española haya de detenerse por largo tiempo, por todo el tiempo de su vida, en el estudio y la meditación del poema del Cid. No sólo porque es el monumento auroral del alma castellana y el poderoso vagido de su lengua, que son esencia unificadora de su América, sino porque también es la gesta del desterrado, la hazaña del paladín que lucha para reconquistar lo que le han arrebatado, del que convierte la desgracia en grandeza y alegría "Albrizias, Alvar Fáñez, ca echados somos de tierra".

En el momento en que se sumerge en el poema del Cid va llegando a su término aquella larga etapa de Londres, que es la de la angustiosa espera, la del aprendizaje inagotable de la pobreza y la del rumbo borrado.

Entre la modesta casa, que es casi tugurio; el trabajo en las ambulantes oficinas de la Legación de la Gran Colombia o de Chile, las clases a los hijos del ministro Hamilton, la ocasional charla con Blanco White, el laborioso descifrar de los manuscritos de Bentham, la vasta sala del Museo Británico y sobre el sabor de humillación del hombre que sabe lo que vale y se siente injustamente preterido, vienen a asaltarlo las visiones esplendorosas de su tierra.

Entonces parece olvidar todo lo demás. No oye el áspero quehacer de Mrs. Bello y las riñas de los chicos, no mira el empañado cristal de niebla que cubre la ventana ni los maltrechos muebles, sino que únicamente siente aquella poderosa voz interior, "flor de su cultura", que brota en la contenida cadencia de unos versos perfectos:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso...

Desfilan las estremecidas palmeras, el maíz, "jefe altanero de la espigada tribu", el cacao con sus "urnas de coral", el banano, amigo de la mano esclava, los jazmines del cafetal, las flores, todo el coloreado

hálito del gran drama de la vida vegetal y animal del trópico, y después la visión "del rico suelo al hombre avasallado", abierto a la paz y a la dulzura de la vida, sin que la emoción llegue a alterar un acento ni a perturbar el sereno ritmo de la *Silva* inmortal.

Luego, con esa misma pluma, vuelve nuevamente a escribirle a Bolívar o a Revenga, para implorar:

"Carezco de los medios necesarios aun para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita, me lleno de arrugas y canas, y veo delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí ni a mi familia nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad...".

Aquella larga etapa de espera no puede prolongarse más. Han sido años de intenso estudio y de definitiva formación de su carácter. No puede continuar allí y tampoco puede regresar a su tierra, donde concluida la lucha de la independencia, dispersados o muertos sus amigos, destruido o cambiado mucho de lo que aún vivía en su recuerdo, ya nadie parece acordarse de él, y empiezan a brotar como una lepra la anarquía y la desintegración.

¿Qué iría a hacer en medio de las lanzas de los bárbaros, ebrios de su negativa fuerza, aquella cabeza cargada de pensamientos y aquella serena mirada?

Es entonces cuando se abre la tercera y definitiva etapa de su vida con el viaje a Chile en 1829. El signo del desterrado vuelve a afirmarse ante el pesado paso de aquel hombre de cuarenta y ocho años, lleno de conciencia, de fe en los destinos superiores del espíritu y de reflexiva desesperanza en su destino.

La Europa que deja es la de la batalla de los románticos. Los versos de Byron y los de Hugo han resonado con sus ricos ecos en aquella alma clásica. Ha ensayado, con alegre curiosidad, su mano en la versión de algunos fragmentos de *Sardanápalo*, y ninguna de aquellas novedades escapan a su amor de la belleza ni alarma al asiduo lector de los griegos, de los cantares de gesta y del romancero; pero tampoco lo arrastran a sacrificar la perfección de la forma ni la pureza del lenguaje. Ese difícil fruto del esfuerzo paciente, de la fina sensibilidad y del estudio es el que le da ese sabor de eternidad sin fecha a todo lo que escribe y que empieza a ganarle el título intemporal de "Príncipe de los poetas americanos".

Vuelve a alejarse en el destierro. Es su "largo penar". Va ahora a aquella provincia perdida en las playas australes del remoto Pacífico, a la que llega después de dar la vuelta a toda la América, de rebasar el Trópico y de pasar por las heladas soledades del estrecho de Magallanes.

Aquel Santiago aislado y pueblerino, al que entra Bello en pleno invierno, debió añadir más amargura a aquella "casi desesperada determinación" que lo llevó a irse de Londres. Era para entonces Chile un país más atrasado e inculto que la refinada Caracas que había abandonado en 1810. Pero él va revestido de aquella determinación forjada en los largos años de miseria y de abandono. Chile es parte de aquella América

a la que ha consagrado su devoción entera y para cuyo servicio se ha estado preparando y armando sin tregua y sin desmayo desde la primera hora de su iluminada adolescencia. Es acaso la más remota, la más pobre, la más extraña a su sensibilidad, pero también, y tal vez por ello mismo, aquella donde con más profunda huella pueda ensayar sus fuerzas y darse a las ansiadas tareas de crear en tierra y humanidad las formas de sus ideales de civilización.

Aquella convicción es la que lo sostiene en los fríos días de su llegada a la pensión de la señora Lafinur y es la que después irá aumentando, al convertirse en ternura y en contento, cuando la flor de la juventud chilena venga a rodearlo como al maestro del destino. Bello, el desterrado, se ha ido refugiando paulatinamente en las formas más universales y permanentes de lo que fue el mundo de su natividad. El valle de Caracas se ha quedado atrás, sin posible retorno; en lugar de la luminosa masa del Avila, contempla ahora la ruda mole del Huelen; el mundo español se desintegra y debate en una larga y trágica crisis; pero ya desde Londres, desde las primeras horas de su presencia ante la soledad sin eco, se había aferrado a lo que no era perecedero y tenía poder de salvación: la ciencia, la literatura, la lengua, las claves de la unidad cultural hispánica.

Tal vez por eso parece a quienes se le acercan superficialmente hombre frío, sin calor de sentimiento, apegado a las formas inertes del pasado, cuando en realidad no era sino el que quería conservar el fuego y salvar las fórmulas de una vida fecunda.

Bello se refugia con fervorosa dedicación en el estudio de la lengua porque sabe que es la sangre de la unidad orgánica de Hispanoamérica, que su razón considera como el supremo fin de sus pueblos, y también, sin duda, porque su sentimiento halla en la unidad lingüística y cultural la patria posible.

En 1835, a los seis años de su llegada a Chile, publica sus *Principios de ortografía y métrica de la lengua castellana*. En 1841, aquel revolucionario y profundo *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*.

Entre tanto escribe en alguna ocasión: "Sé lo que cuesta el sacrificio de la patria", o aquellos melancólicos versos:

Naturaleza da una madre sola
Y da una sola patria...

Y envía a sus hermanos o a su vieja madre crepusculares cartas penetradas de emoción.

Lo que no le impide verse enfrascado en la áspera polémica con Sarmiento joven. Aquella polémica en la que Bello mira con horror asomar, al través de la encrespada prosa de aquel talento volcánico e improvisador, el rostro pavoroso de la desintegración cultural de América y la amenaza de un desvío sin rumbo en el camino hacia la civilización.

En 1847 sale su *Gramática de la lengua castellana*. Es un anciano de cerca de setenta años, movido por el poderoso anhelo de toda una vida, el que completa la extraordinaria hazaña, viva, fecunda y combatiente que está en esa grande obra.

En la vida de la lengua castellana hay dos dramáticos momentos cargados de destino: uno es aquel en que el habla del condado de Fernán González se transforma, bajo los Reyes Católicos, en el instrumento de la unidad y de la culminación de la raza española, y el otro es aquel en que roto y desmembrado el gran imperio, queda en la lengua la mayor esperanza de la reconstrucción de la unidad moral y cultural de las Españas. Dos de las mayores figuras de humanistas hispánicos realizan el sino de esas dos grandes horas. La hazaña de Nebrija, que hizo la primera gramática de una lengua moderna, porque "la lengua es la compañera del imperio", la repite Bello, el criollo, que liberta la gramática castellana de la imitación latina y la rehace para que no se repita en América "la tenebrosa época de la corrupción del latín".

Refugiado en lo que ya nadie podía arrebatarle, en la forma más alta y perdurable de su patrimonio, Bello llega a cumplir plenamente su misión de servidor del espíritu y de la civilización.

Chile crece y se densifica a su alrededor y se va pareciendo a su poderoso y sereno sueño de grandeza. Un generoso calor de gratitud lo rodea y lo halaga. Está sentado como en un trono de su vitalicio sillón de Rector de la nueva Universidad. Dirige *El Araucano*, va puntualmente a su curul de senador, se enfrasca en los trabajos de las comisiones legislativas, hace el monumento jurídico del Código Civil, y en los ratos tranquilos se pasea por la sala de su biblioteca fumando un oloroso habano y dialogando con sus discípulos con palabras llenas del don de la sabiduría.

Junto a su majestuosa serenidad de roca fundadora pasa la marejada de la pugna de "pipiolos" y "pelucones", y ruedan, como el trueno, las lejanas conmociones que sacuden los pueblos americanos. Ya no se alejará más sobre la tierra. Bajo su sombra benéfica crece vigorosa la cultura chilena. Hijos del espíritu le nacen de su tarea sin tregua, y desde opuestos campos convergen hacia él Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui. Bajo la luz de su "enemiga estrella" ve ir muriendo uno a uno los hijos de su carne.

Cuando se acerca la hora de la muerte Venezuela se desangra en el caos de la Guerra Federal; la escuadra española ataca al Perú; un resplandor trágico parece cernirse sobre todas sus tierras; pero ya puede cerrar los ojos sosegados, después de tanto ver, de tanto hacer, de tanto esperar, adormecido en el rumor de la lengua que une a sus americanos en una abierta patria común.

Letras y hombres de Venezuela. Ed. cit., pp. 96-111.

JUAN VICENTE GONZALEZ, EL ATORMENTADO

AQUEL HOMBRE corpulento y desgarbado, todo hacia arriba, delgado de piernas y abultado de espaldas, ancho de cuello y de cabeza, que parece una grulla, y que gesticula hablando con descompasada voz de tiple, es Juan Vicente González.

Anda por las empedradas aceras y por las lodosas calles de la ciudad de Caracas, en una especie de soliloquio en voz alta, que anuda con los que va encontrando al azar de su caminata. El traje es viejo y descuidado, grandes lamparones lo manchan; la camisa no es limpia, y por los desgarrados bolsillos asoman periódicos, papeles, cortaplumas y pedazos de pan a medio comer.

Conoce a todos los que viven en la pequeña ciudad. Sabe sus vidas, sus pensamientos, sus ambiciones, sus envidias, sus pasiones, los secretos de alcoba, las flaquezas, las vergüenzas. Su alma se parece a la de los mejores y a la de los peores de aquellos hombres, y porque la conoce los conoce.

Es injusto, violento y apasionado. No perdona nada en los otros. Le parece que el mundo, su mundo, ha caído en manos de bárbaros malévolos. Antes, en la hora de su nacimiento, estuvo habitado por seres radiantes, héroes y semidioses. Pero habían sido destruidos. Habían ido cayendo o alejándose. Y él había venido a sentirse solo, entre enemigos, hablando, dialogando y evocando sus sombras familiares. Las lejanas de los héroes clásicos. Las próximas de Bolívar, de Ribas, de Bello. La que ya en la última hora va a surgir de la huesa de Fermín Toro. Sobre esa tumba dirá sollozando, con una infinita sensación de soledad: "Ha muerto el último venezolano".

Su mundo era, en gran parte, aquella ciudad y aquel valle. Nunca supo salir de allí. Ha vivido siempre en los sombríos corredores de aquellas casas chatas y soporosas, cerradas en torno a su patio de yerbas y arbustos.

Allí ha nacido el año de 1811. El año en que estalla dramáticamente en América la crisis del mundo hispánico. El siglo final del imperio se

cierra con la campanilla de los Ayuntamientos que proclaman la instalación de las nuevas Juntas.

Ha nacido oscuramente. "Una mujer del pueblo formó mis entrañas", dirá después, no sin intención. No ha de saber quién es su padre. No pertenece a ningún linaje. Brota como solo, del limo de la gente del común. Por eso, tal vez, se siente más de la ciudad, más de la tradición, más de lo colectivo, que aquellos otros que tienen un padre y una madre individuales y están confinados dentro de un clan familiar estrecho. Lo recoge y lo educa una mujer de bien, que sabrá hacer en lo cristiano el oficio de madre.

Mucho trompicón doloroso debió dar, en aquellas calles empedradas de orgullos y de prejuicios de casta, el desgarbado mozo. Mucho debió sufrir y padecer. Lo más característico y perdurable de su psicología debió forjarse y fijarse en aquellos años en que conoció el sabor de la humillación y la asfixia del resentimiento. Allí debió aprender a despreciar y odiar. Y allí debió echar las bases de aquella religión individual de la grandeza y de la gloria, como escape y como salvación, que iba a ser la verdadera suya, a despecho de su exaltado catolicismo.

Hay, por lo menos, una gran hora iluminada en esa adolescencia turbia y dolorosa. Es el año de 1827, cuando Bolívar vuelve a Caracas por última vez, después de larga ausencia. Viene de Bolivia y del Perú, viene de Ayacucho, envuelto en una leyenda más dorada y brillante que sus charreteras. Es el héroe. Es un ser mágico, casi sobrehumano. El adolescente devora aquella estampa con sus ojos, mientras Bolívar preside el acto con que la recién organizada Universidad lo festeja. Y esa imagen va a grabarse indeleblemente en su alma.

Bolívar, o lo que para él es lo mismo, la encarnación de lo heroico, de lo grandioso, de lo sublime, va a transformarse en el objeto de su culto y en la inspiración y el consuelo de su vida.

Cuando en los años finales lo recuerde no dirá que lo ha amado, no dirá que ha aprendido a conocerlo; dirá simplemente: "la naturaleza me había hecho boliviano", y estará diciendo tan sólo lo que le parece una verdad evidente de su alma.

En sus especiales condiciones, y entre los hombres pequeños que le parecían haber sucedido a aquella generación de gigantes, no era mucho lo que podía esperar. Llega a pensar en hacerse sacerdote. Pero de pronto desiste.

Son años de formación y de lecturas desordenadas. Lee, aprende y enseña. Da clases, modestas clases mal remuneradas, en algunos colegios y en casas particulares.

Y ha empezado a escribir. Ya él sabe, y los demás van a saberlo bien pronto, que dentro de aquel desairado corpachón la Providencia ha puesto el don de la expresión. Escribe en periódicos ocasionales, escribe algunos furtivos versos sin vuelo, y hace prosa política rápida, fulgurante, poderosa.

Casi sin darse cuenta se va liando en la agria lucha que los nuevos grupos políticos se hacen a través de gacetas y rumores. El tiene el poder de la invectiva y lo usa con una fuerza y una incontinencia angélica. Fustiga a los que odia y a los que desprecia. Y odia y desprecia a los más de aquellos hombres con quienes se encuentra en las estrechas calles camino de la ambición que él conoce, del apetito que él sabe, de la pequeñez que él les encuentra.

A los veintiséis años se ha casado con Josefa Rodil y empiezan a nacer los hijos.

Lee a los románticos franceses y españoles. A los grandes como Chateaubriand, como Rivas, como Hugo, como Michelet; y a los transitorios como Casimir Delavigne. Aquel patético clamor rebelde, aquellos terribles contrastes del sentimiento, aquel sino fatal que preside los hombres y las cosas, aquella santa soledad de la rebeldía, fascinan su espíritu. La familia de las sombras va creciendo con estos seres y con estos paisajes que salen de los libros.

Poco o nada entenderíamos de su alma si no le viésemos la enfermedad de orgullo que la tiñe. El orgullo es en González una defensa instintiva, casi biológica. Quiere valer más que los otros, confundirlos con su grandeza, porque siente la llaga viva de su nacimiento, afeándolo en aquella villa de ostentosa oligarquía de mantuanos.

Quiere exaltar hasta una altura de juez antiguo o de profeta su función de escritor, porque siente que la sociedad que lo rodea gravita hacia otro tipo humano, hacia el guerrero, el hombre de acción, el espadón de los alzamientos y las guerras civiles. El se esforzará en demostrar con el ejemplo que la pluma es más terrible que la espada y que tiene héroes más puros.

Lo que quiere es anonadar a aquellas gentes indiferentes, torpes o distintas. Traerlas a reconocer la grandeza que él encierra. Llegar a ser el guía moral, y acaso material, de aquellos bárbaros mezquinos. Confundirlos a toda hora y en toda ocasión con su fulgurante estilo, con sus imprecaciones bíblicas, con sus gemebundos trenos, con el torrente de su erudición, y para ello no vacila ni ante el plagio.

Muchas veces me he preguntado con dolorosa duda: ¿por qué plagió Juan Vicente González? ¿Por qué tan gran escritor, dotado tan espléndidamente, incurrió en ocasiones en plagios tan transparentes y visibles? Y he llegado a la conclusión de que fue por provincialismo, por orgulloso y rencoroso provincialismo. Su mundo se reducía a Caracas, a aquellos solemnes y orondos doctores, que él sabía ignorantes, o a aquellos militares, que él sabía ignaros. Para anonadarlos más en la hora de la invectiva o del despliegue de la comparación erudita, ya no le parecían suficientes los relámpagos de su propia pluma, y entonces era cuando, con malévolo candor, echaba mano de Michelet o de otro y vertía páginas que no eran suyas, como plomo derretido sobre las cabezas de sus enemigos.

Ese estrecho provincialismo fue la tragedia inconsciente de González. A él sacrificó su obra, a él sacrificó su honestidad de escritor, a él sacrificó su vida.

No quiso ser otra cosa que el Dante de aquella vida provinciana. El divino dueño de un infierno inmortal donde poner a todos los que odiaba y despreciaba: los tinterillos, los guerrilleros, los politicastros, los traficantes, los enemigos, en la tortura de la perpetua exhibición de sus culpas. Sus tercetos eran los editoriales de sus precarios periódicos, los gemidos de sus *mesenianas*, sus arrojadizas frases sueltas.

A los federales, de insignia amarilla, que se desbandan en una derrota ocasional, les escarnecerá por huir "bajo sus banderas de color de miedo". A Páez octogenario: "la mano de Dios se ha endurecido sobre la cerviz del viejo impenitente"; al deshonesto agente fiscal que lo saluda en la calle con el remoquete de Tragalibros le replica fulminante: Tragalibras.

Su vida es un sueño atormentado de grandeza y de venganza, encuadrado en los rostros, las calles y las tapias de su ciudad natal. Muchos de los tormentos de González no son sólo suyos, sino que provienen de un estado de ánimo colectivo. En él son más visibles porque es el más patético de todos, el más explosivo y torturadamente romántico.

Ese rasgo innegable es el hecho del contraste entre las condiciones que la vida ofrecía para sus contemporáneos y para sus inmediatos antecesores los hombres de la independencia.

No eran ni mejores, ni peores; en lo sustancial eran los mismos. No eran los degenerados hijos de los héroes, sino los sacrificados miembros de una generación para quien ya no había posibilidad de gloria ni de empresas universales. Ya no quedaban Ayacuchos que librar, ni discursos de Angostura que escribir, ni Congresos de Panamá que convocar. Ya habían pasado los tiempos en que un aprendiz de barbero de Puerto Cabello, podía transformarse en el general Flores, Presidente del Ecuador, y en que el hijo de un isleño de Caracas, podía llegar a ser amigo de las reinas y general de la Revolución Francesa.

La escena se había empequeñecido y empobrecido espantosamente. Todavía tropezaban en las calles las reliquias de esa otra generación gloriosa: algún viejo soldado que había ido con su lanza hasta el Cuzco; algún letrado que había estado en los Congresos de Bogotá.

Una psicosis colectiva de humillación debió manifestarse en aquellos hombres nuevos. ¿Qué podían hacer ellos que igualase lo que habían hecho sus padres? Y por eso mismo tenían una fatal inclinación al pesimismo, a la negación, a la desesperanza y a la aventura. Todo iba de mal en peor, todo estaba perdido. Se sentían los juguetes de una decadencia violenta, de una degeneración galopante. Nunca se les ocurrió pensar que aquel Aramendi, que cazaban como un bandolero en los llanos, había sido uno de los más gloriosos adalides de la liberación, y que, tal vez, cualquiera de aquellos otros bandidos o guerrilleros, como

Zárate o como Cisneros, podrían alcanzar la estatura heroica si hubiera la ocasión.

Habían sido deslumbrados y no podían ya ver claro en lo que los rodeaba.

En nadie se refleja mejor el choque de esas circunstancias espirituales como en este hombre afiebrado, violento, declamatorio y desdeñoso.

Cuando en 1840 funda Antonio Leocadio Guzmán *El Venezolano*, de donde saldrá el partido liberal, González lo acompaña. El ambiente de novedad y de conmoción lo incita. La gruesa chicha fermentada de la demagogia de Guzmán le parece un vino nuevo. Pero es sólo por un momento.

Pronto se pelean. Guzmán se convierte en "Guzmancillo de Alfarache". Años después explicará estas volteretas, diciendo: "Páez fue el odio de mis primeros años; la naturaleza me había hecho boliviano. En mis luchas políticas, precisado a apoyarme en algún partido, caí en el que Páez presidía; las turbaciones le habían dado autoridad; los peligros hicieron de él un ídolo; la fiebre del entusiasmo ajeno se deslizó en mi corazón".

En 1846 fundará *El Diario de la Tarde*, y allí dirá: "*El Diario de la Tarde* contrae el solemne compromiso de refutar *El Patriota*, *El Diario* y todo bicho guzmancista que alce golilla y la haga de escritor". Ese mismo año tendrá el mezquino gusto de ir, como jefe del cantón, a prender a Guzmán, perseguido por conspirador, en el pintoresco escondrijo que se ha fabricado en la cocina de su casa. Tiznada de carbón y de ceniza asoma la desmelenada cabeza del enemigo en derrota.

Pero ha llegado Monagas a la presidencia. Van a venir tiempos difíciles para la parcialidad política de González. Guzmán, el reo y el desterrado de ayer, volverá al Poder.

Los ánimos están en tensión y la pugna entre las facciones se agudiza. González es Diputado al Congreso cuando ocurre el oscuro motín del 24 de enero de 1848, en que la Cámara es atacada y disuelta por un populacho armado, como mejor no hubiera podido desearlo el presidente Monagas. Hay muertos y heridos. Hay escenas trágicas y escenas jocosas. El gran estadista Santos Michelena, padre de las finanzas de la República, sucumbe asesinado.

González está entre los que huyen. Su carne siempre ha sido flaca. Un bárbaro le pone la mano al cuello y levanta la relampagueante lanza. Pero, providencialmente, se oye un vozarrón autoritario que lo detiene: "¡A Tragalibros no, que ese es el que me enseña a los muchachos!". Era el pintoresco caudillo de los llanos y compadre de Monagas, general Juan Sotillo. González era institutor de sus hijos, como de otros jóvenes, con lo que ganaba lo esencial del sustento.

Allí está, en violenta síntesis, su verdadera situación. El lancero a caballo que le perdona la vida, un poco grotescamente, y él, que emprende el camino de educarle los hijos para tratar de destruirlo en ellos y de vengarse.

Al año siguiente funda el colegio de "El Salvador del Mundo". El anfibológico nombre deja en la duda si el salvador es Jesús o el saber.

Allí estará hasta 1858, aparentemente fuera de la lucha política, pero utilizando el colegio, los actos públicos, la formación de los alumnos para seguir su lucha, fomentar sus rencores y saciar su pasión.

Así lo explicaría después: "Aliviamos nuestro corazón pintando sus torturas de todas las horas durante el infame mando de los Monagas, cuando parecíamos pintar la de algún bárbaro de las Galias o de España. Tal jefe burguiñón es José Tadeo; tal amigo vendido a los tiranos era Arcadio, el hijo de Lidonio; José Gregorio era Gondebaldo; Aper o Vecio, el proscrito patricio, era Uztáriz, y en la carta de Lidonio a Broba, su discípulo y pariente, deseábamos que el público leyese nuestros propios sentimientos".

Es esa la época en que más parece vivir entre sombras, entre fantasmas y recuerdos, entre rencores y melancolías. El desorden de su espíritu es extremo. Invoca los grandes personajes trágicos de la historia universal. Una historia que es más como un cantar de gesta, donde héroes fatales y hermosos perecen ante la adversidad, lanzando frases tenebrosas y ardientes como batallas. Lee o declara o salmodia, con aquella atiplada voz que hace sonreír a los discípulos, los trozos fuertes de sus vates favoritos: Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Calderón, Tasso, Goethe, Chateaubriand.

En las horas más tristes, cuando cae un amigo y se cierra de negro el horizonte de sus esperanzas, escribe una *meseniana*, una breve elegía en prosa trémula y casi sollozante. Dirá en ella: "Creen algunos al leer escritos los acentos escapados a mi corazón que son creaciones del ingenio, frívolos juguetes de la exaltada fantasía. Miden por sus sensaciones los latidos de mi pecho, arrojan mis dolores en el molde de sus vanidades y acusan de exagerada mi imaginación por la debilidad exagerada de la suya. ¡Ay!, esos pensamientos son los ramos agitados por la tempestad del árbol de mi vida, y al tocarlos brotan sangre, como los del bosque encantado por Armida". Es la hora en que la dinastía de los Monagas asienta cínicamente su mano corruptora.

González mantiene el contacto con los prohombres del partido derrocado. Páez está en el exilio; pero Manuel Felipe de Tovar está en Caracas, y Fermín Toro, mientras herboriza en sus tierras y pinta el retrato de su mujer, mantiene vivo el fuego de la reacción.

Mientras, enseña o declama, traduce manuales y escribe algunas obras breves: la biografía del padre Alegría, la de Martín Tovar, que concibe como la introducción de un amplio estudio de la historia del poder civil en Colombia y Venezuela, y que, como las más de sus obras, se quedará en frustrada tentativa. En el prefacio anuncia: "Al escribir la historia filosófica del civismo en Venezuela, no es que preparemos su advenimiento; hacemos, por el contrario, su oración fúnebre; perecieron todos los elementos que debían constituirlo".

En la historia inmediata él no ve sino un cúmulo de fatalidades, errores y crímenes. El mal viene de atrás y está tejido en todas las formas de la vida pública. Llegará a pensar que el punto de partida de la desgracia nacional está en la guerra a muerte de Bolívar el año 13, o, aun antes, en la violación de la palabra dada y en las persecuciones de Monteverde el año 12.

Es un país diezmado en sus mejores hombres y perseguido por un sino enemigo. Esta concepción catastrófica y romántica está en el fondo de su pensamiento y la comparte con los mayores varones de su tiempo.

El olímpico Bello está en Chile levantando un majestuoso templo a Minerva. Nunca lo ha conocido, pero lo admira por sobre todos, después de Bolívar. Cuando Carlos Bello, el hijo del grande hombre, viene de paso a Caracas a conocer a su abuela y a sus tíos, lo asalta aquella descompasada figura, inquiriéndole noticias de su padre, ponderándolo sobre toda hipérbole y recitándole atropelladamente sus versos, que sabe de memoria.

Rafael María Baralt, su contemporáneo (nació en Maracaibo en 1810, murió en Madrid en 1860), tampoco está en Venezuela. Después de escribir, antes de los treinta años, su admirable *Historia*, con aquella prosa de tan interior cadencia y tan recatada riqueza, ha tenido que marcharse, ha huido en 1842. Ahora está lejos, en Madrid, acogido y exaltado entre las mayores figuras literarias del momento. De tarde en tarde las gacetas traen algún frío poema suyo de yerta y neoclásica pulcritud. Ha alcanzado grandes triunfos. Es el primer criollo a quien la Real Academia Española abre sus puertas. Va a suceder al tempestuoso Donoso Cortés. Y González ha leído y releído aquel discurso de recepción, en que la forma y el concepto se unen en una perfección exangüe.

Baralt se ha salvado de aquella brega mezquina que consume sus días. Se ha puesto fuera del alcance de la envidia, de la injuria, de la pequeñez. Su gloria resplandece inalcanzable en lo lejano. Ha publicado el *Diccionario de galicismos* y se sabe que trabaja en la monumental obra de un Diccionario Matriz de la Lengua Castellana. Baralt se ha salvado, piensa con tristeza. Es el sino. ¿Qué tiene aquella tierra hermosa que hace insoportable la vida para sus mejores hijos y que los frustra o los dispersa?

Allí cerca está otro, Fermín Toro (1807-1865). Este no se ha querido ir. Es también hombre de ciencias. Estudió en Londres geología, química y griego. A los veintitrés años fue diputado al Congreso, donde produjo el deslumbramiento de una elocuencia directa, subjetiva y esplendorosa. Había sido oficial mayor de Ministerios y diplomático. Fue el brillante hombre de la misión a España en 1846 para negociar el tratado de reconocimiento de la independencia.

Era para todos como un paradigma moral. Un sereno héroe sin charreteras, en medio de los chafarotes desenfrenados.

En la ocasión del asesinato del Congreso, en 1848, en que tan flaca estuvo la carne de González, Toro tuvo firmeza de acero.

Mientras duró el torrente de los Monagas se mantuvo retirado, metido en su campo y en sus cavilosas angustias de patriota.

No había descendido Toro a mezclarse en el combate menudo y diario en que se había agotado González, pero tampoco se había marchado a otro suelo menos combatido a rehacer su tienda. Tal vez tuvo que ver en esa aceptación desdeñosa aquella dulce y firme Mercedes Tovar, su prima y su mujer, con quien se había casado a los veintiún años.

Estaba dotado de grandes condiciones de escritor, un movimiento suelto y melodioso de la frase, un gran dominio del lenguaje y el don de la luz de la imagen.

Aun en la poesía se le transparentaba el orador. Un orador sin tribuna, sin asamblea, en un país en que las grandes cuestiones no se disputaban con discursos, sino con los disparos de las asonadas.

Había escrito poco. Algunos borrosos novelines románticos. Una académica descripción de la repatriación de los restos del Libertador, donde resalta el vivo trazado de algunos cuadros vigorosos. Y, sobre todo, una memoria en forma de reflexiones sobre la famosa ley de libertad de contratos de 1834, que inspirada en el más noble entusiasmo por los principios liberales, trajo la libertad de usura, creó una mortal pugna entre agricultores y comerciantes, dividió la sociedad y acarreó odio y desprecio a los jueces y a las leyes. Todo eso lo advirtió Toro con clarividente penetración.

Aquel sermón es el vivo retrato del estado social del país en su época. No pudo pintar con más honda compenetración el rostro de su Mercedes en las largas tardes del retiro campesino. Aquel orador nato, que vivía en una hora romántica y declamatoria, se despoja, baja a los números, describe los hechos, cita los documentos, analiza las fuerzas sociales y mira la realidad viviente en su mecanismo desnudo. No hubo por entonces en Hispanoamérica análisis más penetrante y más exacto de la vida social y económica. Pero había de caer en el vacío.

Era el sino que sentía González. Era, en el fondo, como si Toro también se hubiera ido. O se iban, o fracasaban. O desterrados, o frustrados.

Pero llega el año de 1858, y en el mes de marzo Monagas cae inesperada y espectacularmente.

González exulta. Las amarguras y las tristezas se olvidan. Liberales y conservadores se han unido para realizar, por fin, la felicidad de la patria. González se lanza a la calle, increpa, perora, suelta incendiarios chispazos, los mugrientos bolsillos van más llenos que nunca de papeles. Cierra el colegio. A poco funda *El Heraldo*, el diario en que su talento de periodista político va a culminar.

En Valencia se ha instalado la Convención Nacional que va a darle forma jurídica a la nueva era política. Los hombres más notables de todos los partidos se dan cita allí en un torneo de elevada oratoria.

Preside el diputado por Aragua, Fermín Toro, que ahora tiene tribuna, asamblea y muchas cosas que decir. Y dice los más hermosos, los

más penetrantes, los más iluminados, los más conmovedores discursos que se hayan dicho en Venezuela.

La jauría se desborda sobre Monagas caído, y entonces, como una insalvable valla moral, se alza la voz de Toro: "Los que hemos resistido al torrente turbio y sangriento de diez años, que ha arrastrado, es preciso decirlo, media República; los que tenemos todavía las manos ensangrentadas de asirnos a las malezas de la orilla para no ser arrebatados, somos los que estamos más dispuestos al perdón, y los que vengan por la senda penosa y áspera del arrepentimiento a llamar a las puertas del templo de la concordia encontrarán siempre mi voz para decir: ¡perdón!".

Cuando otros se embriagan de palabras huecas y de ideas generales, cuando se enciende la escaramuza vana de las teorías políticas mal aprendidas, él tiene los ojos clavados en la dura realidad que no se le oculta: "Si nuestros abuelos resucitaran, encontrarían que no progresan siquiera (las parroquias) en la parte material. El Nuevo Mundo parecería el Viejo al contemplarlo lleno de ruinas. Los pueblos no crecen: la parte más bella de Venezuela, los valles de Aragua..., no hay más que ver los pueblos: tienen todo el aspecto de milenarios. ¿Qué se deduce de todo esto? Que falta civilización".

Esos van a ser los años cimeros y finales de González. Allí resonará el "crescendo" postrero de aquella atormentada sinfonía. Es su hora más fecunda, más activa, más rica y más dramática y contradictoria.

El año de 1858, derrocado Monagas, había tomado el Poder el general Julián Castro, un oscuro oficial, apoyado por una superficial coalición de conservadores y de liberales. La insinceridad de esa fusión, las vacilaciones y la incapacidad de jefe favorecieron pronto el estallido de otra revuelta armada.

El año de 1859 se enciende la larga, cruenta, destructora y extensa Revolución Federal, que va a durar cinco años. Las masas venezolanas reanudarán bajo el caudillaje de Zamora, primero, y de Falcón y Guzmán Blanco después, la inagotable revuelta social que desde la independencia las venía arrastrando en seguimiento del caudillo mesiánico, que por violentos medios mágicos iba a darles la igualdad, o en todo caso, a personificarla.

Son largas horas confusas y difíciles. González, desde *El Heraldo*, combate con la furia y el ruido que le son naturales. Lapida a los enemigos, escarnece a los tibios, invoca sus grandes sombras favoritas para azuzarlas contra los réprobos. Puesto a la ventana de la destartalada imprenta, dictaba en alta voz los editoriales al cajista que los iba componiendo directamente. Acertaba a pasar algún contrario, y allí mismo, con sus chillonas voces, lo injuriaba en un retumbante párrafo.

La guerra se enconaba. Amigos cercanos perecen en el combate. El exclama: "¡Que sea la última que se derrame sobre esta tierra, cuyos frutos van a saber a sangre!".

Páez, el viejo león resabioso, vuelve en la hora del caos. Asume la dictadura. González rompe sus ligazones de partido y se pone contra él:

"Hele aquí que ya llega a rehacer la historia, a destruir la fábula de nuestro cariño, a morir en la infamia, después de haber vivido en una gloria impostora".

Ahora se ha quedado solo. Roto con sus antiguos compañeros de bando, sigue siendo el enemigo de los federales. Ha envejecido prematuramente y comienza a sentirse achacoso.

Su violento antipaecismo lo lleva a la cárcel. Pasa unos amargos meses entre las viejas bóvedas de La Guaira, donde estuvo Miranda preso, y la Rotunda de Caracas. En la soledad del calabozo redacta con recuerdos y tiradas de memoria un manual de historia universal. Pero a quienes mira no es a los héroes antiguos y medievales, sino a las criaturas de sus pasiones: "¡Ay! Esos que se agitan convulsos son fantasmas que remedan las formas de la vida, sombras que van a desvanecerse entre los sueños de la victoria".

Cuando triunfa la Revolución Federal se siente extraviado entre aquellos hombres desconocidos que han brotado en los campamentos y se han formado en las montoneras. Falcón le tiende la mano con magnanimidad y delicadeza.

En esos últimos años funda *El Nacional* y luego *La Revista Literaria*. Aquella publicación no contiene otra cosa que sus escritos. Biografías por entregas, largo preámbulo a una refutación del *Jesús* de Renan, *mesenianas* desgarradas, pensamientos sueltos.

Parece querer refugiarse y aturdirse en aquella actividad desordenada.

Se acerca su hora. El lo adivina con melancólica desesperanza. Bello ha muerto sin volver, en su gloriosa y fecunda ancianidad. Ha muerto Baralt, maduro aún; Fermín Toro muere. Se va quedando solo. Se va quedando sola aquella patria imposible que él ha amado. Siente casi físicamente, la ráfaga del trágico sino.

> ¿Qué nuevas desgracias amenazan a mi patria? ¿Qué reciente crimen se ha cometido en nombre de la santa libertad? Es que acaba de abrirse una tumba, y ha caído en ella el último venezolano... Llorarle es afligirse con los destinos de un pueblo, condenado a vivir de la ceniza de sus días pasados... En todas partes se agita el hombre sobre el mar de la vida, llena de vanos dolores.
>
> Pero en nuestra tierra desgraciada, hasta la copa del placer se llena de ajenjo; la primavera de los años se extingue sin honor; suspira la virtud en el menosprecio; toda esperanza es quimera; la existencia es un sueño doloroso...

Creía escribir el epitafio de los hombres de aquella generación frustrada y, a la vez, hacía el suyo propio.

Ya nada esperaba del mañana, y cuando volvía la vista hacia el pasado nada veía claro, ni hecho, ni logrado, sino apenas como el eco de un lejano tumulto.

Va a morir en 1866. Está agonizando. Al amigo que se acerca al lecho le dice las palabras últimas tan suyas: "El sol de mañana no alegrará mis tristes ojos".

Juan Vicente González es el más grande de los románticos venezolanos. En él culmina y se manifiesta en vida, expresión y sentimiento todo lo característico de la tendencia.

Ya para 1835 se leían en Venezuela algunos románticos franceses. No dejaba de llegar algo del duque de Rivas y de Espronceda, y después mucho de Zorrilla; pero la pauta para nuestros románticos la daba Francia.

Los canales que hacia la Ilustración y el racionalismo franceses se habían abierto desde el siglo XVIII se habían ampliado y ahondado con el sentimiento antiespañol que trajo la lucha por la Independencia.

Chateaubriand, Madame Staël, Hugo, Lamartine y después Musset, fueron los dioses a quienes, en verdad, se rendía un culto que era más externo y formal que otra cosa.

Poco se ha estudiado en sus características y en su trayectoria esa larga y peculiar dolencia que es el romanticismo hispanoamericano, y es lástima, porque más que ningún otro movimiento podría revelar algunos rasgos esenciales del alma criolla.

Es el primer y más dilatado movimiento literario que surge en Hispanoamérica después de la Independencia, y aunque en lo esencial viene de fuera, toma un carácter propio y peculiar en la nueva tierra. Llega a tener un aire de cosa consustancial, de característica permanente del ánimo.

No se acaba el romanticismo en América cuando sus fuentes se agotan en Europa. Sigue viviendo, crece y se arraiga con mayor fuerza. Los grandes poetas románticos hispanoamericanos son precisamente de fines del siglo XIX: el venezolano Pérez Bonalde y el uruguayo Zorrilla de San Martín. Y todavía hoy perdura y reaparece esta pervivencia secular, con los treinta años escasos que dura el modernismo.

No hubo contagio importante de país a país. Los alisios aventaron la semilla a través del Atlántico y cayó con independiente simultaneidad en las separadas playas americanas. Los lectores caraqueños de Lamartine poco o nada sabían del platense Echeverría y de su *Elvira*.

Es también rasgo curioso y significativo que el romanticismo, que en Europa fue sobre todo una batalla de poetas líricos y dramáticos, en nuestra América culminará en prosistas. Su obra mayor es *Facundo*.

En Venezuela florece en la *Biografía de José Félix Ribas* y en toda la obra de González. Junto a ella poco significan las resonantes declamaciones de Abigaíl Lozano o las domésticas melancolías de José Antonio Maitín, que, con todo, son los más importantes poetas venezolanos de la época de González.

En González, como en Sarmiento, y como en los mayores escritores de su tiempo, pueden mirarse claros algunos de los rasgos básicos del romanticismo hispanoamericano.

En ellos, el romanticismo es más cuestión de temperamento que de procedimiento artístico. No parecen ensayar nuevas formas y buscar novedades literarias, sino más bien regresar y reencontrarse. Regresan

de la mitología de cartón y se despojan de la receta neoclásica para revelar algo que les es más propio: lo individual, lo natural, lo local. Lo que sienten y no lo que han aprendido. Y en eso, aunque no lo piensen, se parecen a los españoles.

El eminente hispanista inglés E. Allison Peers, que ha dedicado veinte años de su vida y una obra monumental (*A History of the Romantic Movement in Spain*) al estudio del romanticismo español, distingue en éste un rasgo muy importante, que él llama la resurrección romántica (*romantic revival*). Esa resurrección o regreso aparece en el mantenimiento, aun en los más afrancesados momentos del siglo XVIII, de la tradición española de la comedia de capa y espada o de figurón frente a la preceptiva académica de Luzán, el romance popular, a los temas medievales de las gestas y al teatro barroco.

La llegada del romanticismo a España tiene un aspecto de vuelta a la tradición desdeñada. Ribas va a buscar el tema de un cantar de gesta desmenuzado en el romancero. En la disputa de Böhl de Faber con Mora, el alemán defiende lo español, lo "romancero", y el peninsular defiende lo culto, lo europeo.

No es sino una invitación al pasado, a lo nacional, a lo que se tenía por inculto y bárbaro, lo que el gran pontífice alemán del romanticismo, Augusto von Schlegel, lanza a los españoles y a sus vástagos americanos, cuando escribe: "Calderón es la más alta cumbre de la poesía romántica".

Los hispanoamericanos no tenían una literatura tradicional a la que volverse, pero tenían lo tradicional y lo regional que reencontrar. Iban a ver sus indios, sus villas, sus tierras, sus particulares conflictos. No tenían Edad Media que reconstruir, pero la invitación a lo individual resonaba profundamente en aquellas almas tan raigalmente ibéricas. El romanticismo, para ellos, era, con la liberación de lo neoclásico, la libertad de expresar lo propio. Su sentimiento individual ante la fatalidad colectiva. La libertad de llorar sin atenerse a reglas. La sensación de lo fatal era viva en ellos. No debió parecerles un azar que don Alvaro fuese indiano.

Pero la nota de la rebelión satánica les es en gran parte ajena. No se alzan contra Dios. Más bien le dan un matiz de sentimentalismo individual a la tradición católica. Y pocas veces bajan a la barricada de la calle, como lo hacían sus maestros franceses. No es raro encontrar entre los románticos americanos los que lloran y se lamentan por un orden perdido y destrozado por las patas de los caballos de las montoneras. Juan Vicente González es de éstos. Mira con repugnancia fermentar el caos social que lo rodea y añora a Bolívar como un dios muerto.

Pero no deja de mirar a ese mundo pequeño y variable, desde su propio yo. La vara con que lo mide es la de sus pasiones, sus tristezas, sus esperanzas. Y cuando grita y clama, clama y grita con un calor de sentimiento individual que es la esencia de lo romántico. Por eso lo más hermoso y alto del romanticismo venezolano hay que irlo a buscar, no

en las estrofas de Lozano o Maitín, sino en aquellos editoriales, en aquellas patéticas imprecaciones que iluminan la prosa de González.

¿Qué nos queda de Juan Vicente González? Sin duda, un repleto anecdotario, que se cuchichea de generación en generación, como toda leyenda.

Fuera de eso, que es patrimonio emocional del pueblo venezolano, nos queda su obra, que es escasa, impura y fragmentaria.

Pocas veces en la historia literaria un temperamento tan grande de escritor se ha malbaratado con tan poco fruto.

No ha habido en todo el romanticismo criollo escritor mejor dotado, ni prosa más sensitiva, plástica y resonante. Sin excluir a Sarmiento. Ha podido dejar González uno o varios de los libros fundamentales de su tiempo. Apenas le hubiera bastado con evadirse un poco del afán cotidiano y de la mezquina querella y dejar correr la tempestuosa pluma sobre algún tema histórico capital, sobre algún personaje de la tierra, o sobre los mismos sueños y temores de la propia alma criolla.

Pero en él la literatura fue un arma, un arma arrojadiza para un combate sin ángel contra hombres, las más veces oscuros. Se agotaba sin renovarse, y enceguecido en la pugna, perdía de vista los grandes fines y los grandes deberes.

Su obra se reduce a la vigorosa biografía de José Félix Ribas, a los esbozos biográficos sobre Martín Tovar y los padres Alegría y Avila, a los artículos dispersos, a las sollozantes *mesenianas* y a la heterogénea montonera heroica de sus editoriales políticos.

La biografía de Ribas da la medida de González como escritor. Es libro escrito con sosiego y sin plan. Es, más que la biografía de un héroe, una alucinada evocación de la época de la guerra a muerte. Es a ratos una gran novela romántica, a ratos una penetrante interpretación histórica, por momentos un panfleto político, y siempre una obra de poesía, un atormentado escorzo de luchas y de encabritadas pasiones, pintado con el encendido frenesí de un Delacroix. Las pinturas de escenas y los retratos, en contrastado claroscuro, son otras tantas joyas de la prosa hispanoamericana.

Vemos a Coto Paúl, el demagogo, tomar la palabra en la Sociedad Patriótica: "Un hombre se levanta y usurpa la palabra; pero no es un hombre ese cíclope, con dos agujeros por ojos, afeado por la viruela, de cabeza enorme cubierta de erizadas cerdas, de ideas febriles servidas por una voz de trueno".

De la espantable tiniebla emerge Boves, el feroz caudillo de los realistas:

> El héroe y el bandolero se confundieron tanto en él que hubiera sido difícil arrojar una línea divisoria. La tradición espantada conserva el retrato de este bárbaro: de cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las del ave

de rapiña. Su cuello, que tiraba hacia atrás y sus miradas que concentraba a veces, y a veces paseaba con inquieta curiosidad, daban a sus movimientos aquel imperio y fiereza de que no le fue dado eximirse a sus mismos superiores.

Distraído en medio de sus pensamientos lúgubres, que visitaban sin duda sangrientos fantasmas, volvía en sí por una sonrisa feroz o por miradas de fuego, que precedían a sus silenciosos furores. El no tenía de esas palabras enfáticas de calculado efecto, que usan sus semejantes, ni tronaba en una tempestad de amenazas crueles; frío como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia por pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos.

No puede tener mayor esplendor trágico el perfil inquietante. Pero no es esto sólo. Allí mismo llama a Boves "el primer jefe de la democracia venezolana", y con esta simple palabra ilumina, como un relámpago, los hondos repliegues de la historia social y se adelanta a lo que cincuenta años después, con la brújula del positivismo, van a empezar a comprender los sociólogos y los pensadores criollos.

Las *Mesenianas*, por su parte, son poemas en prosa de tono elegíaco, en los que canta a sus grandes muertos, las esperanzas difuntas y las desgracias de la patria. Las llama "lágrimas condensadas, preludios furtivos del canto eterno al dolor que suena en mi alma".

La idea y hasta el nombre los toma del mediocre y entonces famoso poeta romántico francés Casimir Delavigne, que el año de 1850 había publicado en París un volumen de poesías con el título de *Messéniennes, chants populaires et poésies diverses*, en cuyo prefacio decía el editor que "no hay ninguna de sus *Mesenianas* que no sea el eco de una añoranza del pasado, en vista del presente". También son añoranzas las de González, pero es en lo único que se asemejan a los pedestres versos del francés.

Lo más importante del resto de su obra es su periodismo político, el de *El Diario de la Tarde*, el de *El Nacional* y, especialmente, el de *El Heraldo*. No lo ha habido más brillante, más poderoso, más poético. Es en veces una sibila que vislumbra visiones de espanto, en veces un orador de torrentosa elocuencia, y siempre un poeta, por el poder de la síntesis y por la fulguración de la imagen.

Tal vez lo más vivo, lo más perdurable, lo más original de su obra está en esos editoriales resplandecientes como incendios e impetuosos como asaltos. No hay que buscar en ellos ni justicia, ni verdad histórica, sino pasión humana, pero pasión subida a los más altos y maravillosos tonos de la expresión.

Algún día habrá que editar esa zarza ardiente donde se refleja un gran espíritu, un gran romántico, no superado en ese género tan peculiar, tan significativo, que fue el periodismo político hispanoamericano del siglo XIX.

El medio y las circunstancias frustraron en gran parte aquellos dones excepcionales En cierto modo, no fue sino un gran espíritu preso entre estrechos límites Un prisionero, entre tantos desterrados, aquel Juan Vicente González cercado de sombras atormentadoras.

Letras y hombres de Venezuela Ed cit , pp 156-177

EL MESTIZAJE Y EL NUEVO MUNDO

DESDE EL SIGLO XVIII, por lo menos, la preocupación dominante en la mente de los hispanoamericanos ha sido la de la propia identidad. Todos los que han dirigido su mirada, con alguna detención, al panorama de esos pueblos han coincidido, en alguna forma, en señalar ese rasgo. Se ha llegado a hablar de una angustia ontológica del criollo, buscándose a sí mismo sin tregua, entre contradictorias herencias y disímiles parentescos, a ratos sintiéndose desterrado en su propia tierra, a ratos actuando como conquistador de ella, con una fluida noción de que todo es posible y nada está dado de manera definitiva y probada.

Sucesiva y hasta simultáneamente muchos hombres representativos de la América de lengua castellana y portuguesa creyeron ingenuamente, o pretendieron, ser lo que obviamente no eran ni podían ser. Hubo la hora de creerse hidalgos de Castilla, como hubo más tarde la de imaginarse europeos en exilio en lucha desigual contra la barbarie nativa. Hubo quienes trataron con todas las fuerzas de su alma de parecer franceses, ingleses, alemanes y americanos del norte. Hubo más tarde quienes se creyeron indígenas y se dieron a reivindicar la plenitud de una civilización aborigen irrevocablemente interrumpida por la Conquista, y no faltaron tampoco, en ciertas regiones, quienes se sintieron posesos de un alma negra y trataron de resucitar un pasado africano.

Culturalmente no eran europeos, ni mucho menos podían ser indios o africanos.

América fue un hecho de extraordinaria novedad. Para advertirlo, basta leer el incrédulo asombro de los antiguos cronistas ante la desproporcionada magnitud del escenario geográfico. Frente a aquel inmenso rebaño de cordilleras nevadas, ante los enormes ríos que les parecieron mares de agua dulce, ante las ilimitadas llanuras que hacían horizonte como el océano, en las impenetrables densidades selváticas en las que cabían todos los reinos de la cristiandad, se sintieron en presencia de otro mundo para el que no tenían parangón. La plaza de Tenochtitlán era mayor que la de Salamanca, descubrían frutas y alimentos desco-

nocidos, hallaban un cerro entero de plata en Potosí, un jardín de oro en el Cuzco, y podían fácilmente creer que oían quejarse a las sirenas en las aguas del Orinoco, o que topaban con el reino de las Amazonas, o que estaban a punto de llegar a la ciudad toda de oro del rey Dorado.

La sola presencia avasalladora de ese medio natural fue bastante para cambiar las vidas y las actitudes de los hombres, pero hubo algo mucho más importante como fue la presencia y el contacto con los indígenas americanos. Se toparon con millones de hombres desconocidos, diseminados a todo lo largo del continente, que habían alcanzado los más diversos grados de civilización, desde la muy alta de mayas, mexicanos e incas, hasta las elementales de agricultores, cazadores y recolectores de las Antillas y de la costa atlántica.

En cierto modo, la historia de las civilizaciones es la historia de los encuentros. Si algún pueblo hubiera podido permanecer indefinidamente aislado y encerrado en su tierra original, hubiera quedado en una suerte de prehistoria congelada. Fueron los grandes encuentros de pueblos diferentes por los más variados motivos los que han ocasionado los cambios, los avances creadores, los difíciles acomodamientos, las nuevas combinaciones, de los cuales ha surgido el proceso histórico de todas las civilizaciones.

Las zonas críticas de los encuentros han sido precisamente los grandes centros creadores e irradiadores de civilización. Grandes zonas de encrucijada y de encuentro conflictivo fueron la Mesopotamia, todo el Mediterráneo oriental, Creta y Grecia. El inmediato resultado creador de esos encuentros fue el mestizaje cultural. Convivieron en pugna, resistencia y sumisión, y mezclaron las creencias, las lenguas, las visiones y las técnicas. El mestizaje penetró hasta el Olimpo.

Mientras más se penetra en los orígenes griegos, más surge la rica y todavía en gran parte inextricable variedad de estirpes, invasiones, migraciones, mezclas y aportes de muchas gentes venidas por las rutas guerreras de la masa continental y por las rutas piratas del Egeo. Guerra y piratería, conquista y comercio, navegaciones y colonizaciones fueron como los distintos hilos que tejieron el increíble tapiz de eso que más tarde hemos llamado el milagro griego. Ningún griego del tiempo de Pericles y menos aún del de Alejandro hubiera podido sentirse de pura casta y de no adulterada herencia cultural.

Este caso se repite a lo largo de la historia en todos los grandes centros creadores de civilización, no estrecha y mezquinamente como una mera consecuencia de la mezcla de sangres, sino como un poderoso fenómeno paralelo y distinto, lleno de vitalidad nueva y de posibilidad creadora. Gentes que podían no tener en sus venas mezclada la sangre de los pueblos del encuentro, pero que llevaban en su espíritu la creadora confluencia de vertientes contrarias. Abraham fue sin duda un mestizo cultural, como lo fue también Moisés.

Roma es una de las más evidentes muestras de la originalidad creadora del mestizaje cultural. Todas las culturas del mundo conocido trajeron su aporte a ella.

La historia del Occidente cristiano es la del más extraordinario y aluvional experimento de mestizaje cultural. Las lenguas modernas son el archivo viviente y el mejor testimonio de esa caótica mezcla. Occidente se afirmó y creó su originalidad histórica sobre la empresa contradictoria de sus grandes mestizadores de culturas y creencias. Habría que mirar a esa luz la obra de los grandes mestizos creadores de la civilización occidental.

Cómo podemos entender a Carlo Magno de otra manera que como a uno de los más grandes mestizos culturales de la historia. Eso que algunos han querido llamar el "renacimiento carolingio" y que tiene su personificación en el gran caudillo que personificó el desesperado ensayo de injerto en la vida germánica de la romanidad cristiana no es otra cosa que la combinación, muchas veces violenta y a ratos sometida, de dos mundos culturales que muy poco tenían en común. Nada es más simbólico que mirar al caudillo bárbaro, con su lengua no reducida a letra, con su cohorte de jefes primitivos, coronarse emperador romano entre los latines del papa y las fórmulas palatinas del difunto imperio.

Grandes creadores de mestizaje cultural fueron Federico II Hohenstaufen, Alfonso X de Castilla, los arquitectos del románico, los escultores del gótico, Dante, Cervantes, Shakespeare.

La historia de España ofrece acaso la más completa y convincente muestra del poder creador del mestizaje. Indígenas ibéricos, cartagineses, romanos, godos, cristianos, francos, moros, judíos contribuyeron a crear la extraordinaria personalidad de su alma compleja y poderosa Toledo es una de las ciudades más mestizas de Occidente y acaso sólo en ella pudo darse el fascinante caso de mestizaje cultural del Greco.

Palabras como mudéjar, mozárabe, muladí, romance, ladino, no son otra cosa que testimonios irrecusables de un vasto, largo y complicado proceso de mestizaje que tuvo por escenario y personajes la Península Ibérica y sus gentes.

Por un absurdo y antihistórico concepto de pureza, los hispanoamericanos han tendido a mirar como una marca de inferioridad la condición de su mestizaje. Han llegado a creer que no hay otro mestizaje que el de la sangre y se han inhibido en buena parte para mirar y comprender lo más valioso y original de su propia condición.

Se miró al mestizaje como un indeseable rasgo de inferioridad. Se estaba bajo la influencia de las ideas de superioridad racial, que empezaron a aparecer en Europa desde el siglo XVIII y se afirmaron en el XIX con Gobineau, que dieron nacimiento a toda aquella banal literatura sobre la supremacía de los anglosajones y sobre la misión providencial y el fardo histórico del hombre blanco encargado de civilizar, dirigir y encaminar a sus inferiores hermanos de color Se creó una especie de complejo de inferioridad y de pudor biológico ante el hecho del mestizaje sanguíneo. Se quería ocultar la huella de la sangre mezclada o hacerla olvidar ante los europeos, olvidándonos de que Europa era el fruto de las más increíbles mezcolanzas y de que el mestizaje de sangre podía ser

un efecto, pero estaba lejos de ser la única causa ni la única forma del mestizaje cultural. Lo verdaderamente importante y significativo fue el encuentro de hombres de distintas culturas en el sorprendente escenario de la América. Ese y no otro es el hecho definidor del Nuevo Mundo.

Es claro que en el hacer de América hubo mestizaje sanguíneo, amplio y continuo. Se mezclaron los españoles y portugueses con los indios y los negros. Esto tiene su innegable importancia desde el punto de vista antropológico y muy favorables aspectos desde el punto de vista político, pero el gran proceso creador del mestizaje americano no estuvo ni puede estar limitado al mero mestizaje sanguíneo. El mestizaje sanguíneo pudo ayudar a ello, en determinados tiempos y regiones, pero sería cerrar los ojos a lo más fecundo y característico de la realidad histórica y cultural, hablar del mestizaje americano como de un fenómeno racial limitado a ciertos países, clases sociales o épocas.

En el encuentro de españoles e indígenas hubo propósitos manifiestos que quedaron frustrados o adulterados por la historia. Los indígenas, en particular los de más alto grado de civilización, trataron de preservar y defender su existencia y su mundo. Su propósito obvio no era otro que expeler al invasor y mantener inalterado el sistema social y la cultura que les eran propios y levantar un muro alto y aislante contra la invasión europea. Si este propósito hubiera podido prosperar, contra toda la realidad del momento, América se hubiera convertido en una suerte de inmenso Tibet. Por su parte, los españoles traían la decisión de convertir al indio en un cristiano de Castilla, en un labrador del Viejo Mundo, absorbido e incorporado totalmente en lengua, creencia, costumbres y mentalidad, para convertir a América en una descomunal Nueva España. Tampoco lo lograron. La crónica de la población recoge los fallidos esfuerzos, los desesperanzados fracasos de esa tentativa imposible.

Los testimonios que recogieron fray Bernardino de Sahagún y otros narradores entre los indígenas mexicanos revelan la magnitud del encuentro desde el punto de vista del indio. Desde aquellos desconocidos "cerros o torres" que les parecían las embarcaciones españolas, hasta aquellos "ciervos que traen en sus lomos a los hombres. Con sus cotas de algodón, con sus escudos de cuero, con sus lanzas de hierro". Hay el encuentro extraordinariamente simbólico de la pequeña hueste de Cortés, armada, compacta y resuelta, con los emplumados y ceremoniales magos y hechiceros de Moctezuma, enviados para que sus exorcismos los embrujaran, detuvieran y desviaran. O aquellas palabras que el jefe mexicano le dirige al capitán castellano: "Tú has venido entre nubes, entre nieblas. Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad: Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial, que habrías de venir acá".

Lo que vino a realizarse en América no fue ni la permanencia del mundo indígena, ni la prolongación de Europa. Lo que ocurrió fue otra cosa y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo. El mestizaje comen-

zó de inmediato por la lengua, por la cocina, por las costumbres. Entraron las nuevas palabras, los nuevos alimentos, los nuevos usos. Podría ser ejemplo de esa viva confluencia creadora aquella casa del capitán Garcilaso de la Vega en el Cuzco recién conquistado. En un ala de la edificación estaba el capitán con sus compañeros, con sus frailes y sus escribanos, metido en el viejo y agrietado pellejo de lo hispánico, y en la otra, opuesta, estaba la Ñusta Isabel, con sus parientes incaicos, comentando en quechua el perdido esplendor de los viejos tiempos. El niño que iba a ser el Inca Garcilaso iba y venía de una a otra ala como la devanadera que tejía la tela del nuevo destino.

Los *Comentarios reales* son el conmovedor esfuerzo de toma de conciencia del hombre nuevo en la nueva situación de América. Pugnan por acomodarse en su espíritu las contrarias lealtades impuestas desde afuera. Quiere ser un cristiano viejo de Castilla, pero también al mismo tiempo, no quiere dejar morir el esplendor del pasado incaico. Un libro semejante no lo podía escribir ni un castellano puro, ni un indio puro. *La Araucana* es una visión castellana del indio como algunos textos mexicanos, que ha recogido Garibay, son una visión únicamente indígena de la presencia del conquistador. En el Inca Garcilaso, por el contrario, lo que hay es la confluencia y el encuentro.

En aquellas villas de Indias, en las que dos viejas y ajenas formas de vida se ponían en difícil y oscuro contacto para crear un nuevo hecho, nada queda intacto y todo sufre diversos grados de alteración. A veces la Iglesia católica se alza sobre el templo indígena, las técnicas y el *tempo* del trabajo artesanal y agrícola se alteran. Entran a los telares otras manos y otros trasuntos de patrones. El habla se divierte del tiempo y la ocasión de España y se arremansa en una más lenta evolución que incorpora voces y nombres que los indios habían puesto a las cosas de su tierra. El "vosotros" no llega a sustituir al "vuestras mercedes". Nombres de pájaros, de frutas, de fieras, de lugares entran en el torrente de la lengua. Los pintores, los albañiles, los escultores y talladores introducen elementos espurios y maneras no usuales en la factura de sus obras. Todo el llamado "barroco de Indias" no es sino el reflejo de ese mestizaje cultural que se hace por flujo aluvional y por lento acomodamiento en tres largos siglos.

Se combinaron reminiscencias y rasgos del gótico, del románico y del plateresco, dentro de la gran capacidad de absorción del barroco. El historiador de arte Pal Kelemen (*Baroque and Rococo in Latin America*) ha podido afirmar:

> El arte colonial de la América Hispana está lejos de ser un mero trasplante de formas españolas en un nuevo mundo; se formó de la unión de dos civilizaciones que en muchos aspectos eran antitéticas. Factores no europeos entraron en juego. Quedaron incorporadas las preferencias del indio, su característico sentido de la forma y el color, el peso de su herencia propia, que sirvieron para modular y matizar

el estilo importado. Además, el escenario físico diferente contribuyó a una nueva expresión.

Se podría hacer el largo y ejemplar itinerario de los monumentos plásticos del mestizaje: desde la iglesia de San Vicente del Cuzco hasta el Santuario de Ocotlán en México, pasando por las viejas casas de Buenos Aires, por las capillas de Ouro Preto, por las espadañas de las iglesias de aldea en Chillán, en Arequipa, en Popayán, en Coro o en Antigua. Tampoco eran iguales a las de Europa las gentes que iban a orar en esos templos. Venían de hablar y tratar con indios y con negros, en sus creencias, en sus palabras y en sus cantos había elementos anteriores a la Conquista y otros traídos de Africa. Todo un mundo de superstición terrígena convivía con el escueto catecismo de los misioneros.

Fuera de lo más externo de la devoción y de la enseñanza, todo era distinto y nuevo. Las consejas españolas se habían mezclado con las tradiciones indígenas. La lengua, que había llegado a ser tan escueta y eficaz en *Lazarillo* tiende en América a ser juego de adorno y gracia. Se la oye resonar y cambiar de colores como un gran juguete. Se la recarga y pule como una joya de parada.

Las letras mismas sufren cambios de estilo, de objeto y de género. Aunque pasan novelistas, y algunos tan grandes como Mateo Alemán, no pasa la novela a la nueva tierra. Tampoco pasa en su esplendor la comedia del Siglo de Oro. Hay como una regresión a viejos estados de alma y a modos que ya habían sido olvidados. Resucitan la crónica y la corografía, la poesía narrativa toma el lugar del lirismo italianizante, de la comedia se regresa al auto de fe y al ministerio medieval. De la tendencia a lo más simple y directo de la literatura castellana, se pasa al gusto por lo más elaborado y artístico, del realismo popular en letras y artes a la estilización, al arcaísmo y al preciosismo. Hay como una intemporalidad provocada por el fenómeno del mestizaje.

Quienes observan la historia cultural de la América Hispana notan de inmediato ese rasgo de coexistencia simultánea de herencias y de influencias que la distingue de la sucesión lineal de épocas y escuelas que caracteriza al mundo occidental desde el fin de la Edad Media. Es un crecer por accesión y por incorporación aluvional que le da ese carácter de impureza que hace tan difícil clasificar con membretes de la preceptiva europea monumentos, autores y épocas de la creación cultural latinoamericana. José Moreno Villa (*Lo mexicano*) lo ha observado al estudiar el arte colonial mexicano y ha dicho textualmente: "Las artes o modos artísticos son aquí de aluvión, es decir, que no obedecen a un proceso interno evolutivo como en Europa."

La verdad es que es un proceso de formación que corresponde a un tiempo biológico distinto del que alcanzó Europa después del Renacimiento, cuando su gran época de mestizaje creador comenzaba a cerrarse. Unificada la herencia cultural europea comenzó un tiempo de dominante evolución lineal interna, mientras que en América se abría un nuevo tiempo caótico de mestizaje.

Esa conciencia de individualidad distinta, creada por las circunstancias distintas y por las herencias contradictorias, la advierten pronto las grandes personalidades del pensamiento.

Los europeos del tiempo de Buffon, de De Pauw y de Raynal llegaron a pensar que la América pertenecía a otra edad del planeta y que en ella el clima no sólo creaba seres y condiciones de vida diferentes, sino que provocaba un cambio profundo en las características de la especie humana, tal como la habían conocido los europeos. Se habló de la precocidad y de la prematura senectud de los americanos.

La gente americana rechazó estas simplezas llenas del candor seudocientífico de la Ilustración, pero en cambio, nunca dejó de sentir sus profundas y constantes diferencias con los europeos.

Simón Bolívar había concebido la Independencia de la América Hispana como la consecuencia del hecho de existir una personalidad histórica diferente con un destino distinto al de Europa. En su extraordinario Discurso al Congreso de Angostura, en 1819, hace lo que podemos llamar la proclamación solemne de los derechos históricos del mestizaje americano. Dice: "...no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado". Cuatro años antes, en Jamaica, ya había formulado el mismo pensamiento: "Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil".

Ese "pequeño género humano" era la única base para la pretensión a un destino histórico para la América Latina. Un hombre tan culto, tan europeo, tan universal como Andrés Bello piensa que ha llegado la hora de que su América exprese su propia personalidad, en una lengua común pero no subordinada, con temas propios y con una visión de comienzos de nuevo tiempo. Piensa en una oportunidad romana y virgiliana para el Nuevo Mundo. Reemprender la aventura del hombre con una nueva voz y un nuevo aliento. Ha terminado el imperio español, pero no tiene por qué comenzar un tiempo oscuro de incomunicación y decadencia. Es el tiempo para que se manifieste la nueva personalidad de América de "Occidente hija postrera".

Tan avasalladora es la vocación de mestizaje y el fondo histórico del fenómeno cultural que se pone de manifiesto, aun en aquellos casos en que los hombres de pensamiento pretenden reaccionar intelectualmente contra la tradición y la herencia del pasado e instaurar un nuevo rumbo. Nadie más abierta y desesperadamente que Sarmiento pretendió europeizar, sajonizar o desnaturalizar el hecho americano, sin embargo en nadie es más visible que en él el aluvión de contrarias influencias de la historia y las lecturas, del pasado y el presente. *Facundo* es un

libro maravillosamente impuro que no podía escribir sino el gran mestizo cultural de su tiempo que era don Domingo Faustino. El culto por la democracia sajona, por el racionalismo, por la civilización decimonónica europea va junto con la admiración por el payador, por el rastreador, por el gaucho que parecía el enemigo de la civilización y la encarnación de la barbarie y hasta por el caudillo Quiroga, que recibe de sus manos el más fascinante retrato. Esas eran las que las gentes simples llamaban y todavía llaman las contradicciones de Sarmiento y que no eran sino el reflejo, en aquella grande y abierta sensibilidad creadora, del mestizaje vivo americano. Lo que él miraba en Facundo, en el Chacho, en las gentes que lo rodeaban en Mendoza y en Cuyo, en el gauchaje, no era ni podía ser barbarie, sino el estancado y mezclado resto de la civilización que los españoles de los siglos XVII y XVIII intentaron implantar en América. Ese rezago ya era impuro y mezclado. También la condición de su ideal de civilización era inalcanzable: convertir en ciudadanos de la Nueva Inglaterra o en discípulos de Guizot a los hijos de un proceso histórico diferente, en marcha y peculiar. Sarmiento no era, ni podía ser, acaso inconscientemente, sino un gran continuador de la fundamental empresa del mestizaje americano. Lo que se proponía era abrir la entrada a nuevos afluentes y nuevos aportes para enriquecer y universalizar más el caldo de creación del Nuevo Mundo.

Acaso en ningún otro aspecto sea más visible esa vocación americana de combinación, mestizaje e impureza que en el gran momento creador del modernismo latinoamericano. Los hombres que dieron el paso inicial para romper con el pasado y la tradición literaria: Darío, Silva, Gutiérrez Nájera, Casal, Herrera y Reissig, Lugones, etcétera, pretendían romper amarras con lo hispanoamericano para incorporarse en cuerpo y alma a una cierta zona y hora de la literatura de Europa. Habían recibido noticias de los decadentistas, parnasianos y simbolistas franceses. Habían leído o adivinado, en las breves ediciones amarillas del *Mercure de France*, a Verlaine, a Moreas, a Régnier, a Kahn y a una falsa Francia de falso siglo XVIII con marqueses, princesas y abates. Todo el decorado, todas las innovaciones métricas, vinieron en ellos a yuxtaponerse sobre su impuro romanticismo americanizado, sobre sus reliquias y atisbos de la vieja poesía castellana, para dar como resultado uno de los más heterogéneos, ricos y contrastados movimientos que han conocido nuestras letras. Confundidos por los temas exóticos, por las novedades estróficas y métricas muchos llegaron a dudar de si estos grandes poetas representaban a la América. La representaban sin duda y, precisamente, por el innegable y poderoso carácter de mestizaje creador que es lo esencial del movimiento modernista. Eso también explica por qué esa tendencia surge y florece en la América Hispana y no en España. Tamaño ensayo de mestizaje literario y cultural no podía ser hecho en aquella hora sino por quienes en su condición, en su psicología, en su situación histórica estaban abiertos y preparados para la impureza creadora del mestizaje.

Llegaron a creer, en ciertos momentos, que se habían escapado de su mundo americano para convertirse en hijos de París. Era lo que no sin cierto rubor Darío llamaba su "galicismo mental", y sin embargo lo que estaban demostrando de modo plenario era su genuina e irrenunciable capacidad de asimilación aluvional de hijos y continuadores del gran destino de mestizaje de la América Hispana. Podría tomarse el modernismo como uno de los momentos culminantes de la vocación de mestizaje del Nuevo Mundo y de su extraordinaria posibilidad de creación.

El modernismo no es un episodio aislado, su voluntad de mezcla y de incorporación aluvional sigue activa en el desarrollo ulterior de la literatura de la América Hispana. Las grandes novelas americanas de la tercera década del siglo expresan esa impureza receptiva en su poderosa combinación de realismo, costumbrismo, simbología, forma épica y trasfondo mágico. ¿A qué época o a qué escuela europea podrían asimilarse Gallegos, Güiraldes, Rivera, Azuela? La poesía de Gabriela Mistral es una trémula confluencia de tiempos y modos. El aire barroco que mueve las frases de Asturias y Carpentier está mezclado con elementos románticos, con sabiduría surrealista y con la atracción por la magia de los pueblos primitivos. Un libro como *Los pasos perdidos* o como *El señor Presidente* refleja, en el más mestizo lenguaje creador, el mestizaje original y profundo del Nuevo Mundo. Jorge Luis Borges es el más refinado manipulador de la vocación y de los elementos del mestizaje cultural. La torrencial voracidad transformadora y caótica de Pablo Neruda tiene sus raíces y su razón en el poderoso fenómeno del mestizaje americano.

No sólo hay una vocación de superponer influencias y escuelas sino que, además, hay una deformadora capacidad de asimilar y desnaturalizar las influencias, que no es otra cosa que la avasallante consecuencia cultural del hecho americano.

Esa vocación no podría limitarse a lo social, a lo artístico y a lo literario, sino que se manifiesta también en el mundo de las ideas. El aluvión y la hibridización ideológica dominan casi toda la época nacional de los países de la América Hispana. Sobre las instituciones, más vividas y sentidas que escritas, de las *Leyes de Indias* y de las *Partidas* vinieron a injertarse las creaciones políticas y las novedades ideológicas del racionalismo francés. Roto irremediablemente el orden colonial se quiso implantar sobre sus restos esparcidos y resistentes un orden ideal copiado de Francia, Inglaterra o Estados Unidos. Como tentativa de ruptura y de contradicción era apenas más aventurada que la de los conquistadores de implantar sobre las sociedades indígenas, sobre sus lenguas, sus creencias, sus usos, sus milenarias condiciones, las formas, las normas y los contenidos de la monarquía cristiana de Castilla. Se invocaba el derecho divino para justificar la República, se apoyaba la Independencia en la venida del apóstol Santo Tomás en figura de Quetzalcóatl, se invocaba a Manco Capac para darle una base emocional a los nuevos estados republicanos y democráticos, las ideas de Saint-Simon

se mezclaron con las de Rousseau, el escotismo con el positivismo. Si se intentara, de modo sistemático, hacer la historia de las ideas en la América Hispana, desde la Independencia hasta la Primera Guerra Mundial, se descubriría el más barroco, contradictorio y mezclado panorama. La llamada crisis institucional del mundo americano, tan vieja como su independencia y tan ardua y compleja como la propia condición de su ser colectivo, no es sino la manifestación histórica de esa formación aluvional continua. La América Hispana busca sus instituciones, adopta la república representativa y ve surgir el caudillismo autóctono, en una angustiosa búsqueda de su propia identidad, entre los mirajes contradictorios y oscuros del pasado y las solicitaciones de su nostalgia europea.

La gran época creadora del mestizaje en Europa ha terminado desde hace mucho tiempo. Los mitos de la superioridad racial, del pasado histórico, de la pureza de la herencia nacional actuaron como frenos y diques empobrecedores. Tal vez el romanticismo es la última tentativa mayor por volver a descubrir la veta del mestizaje cultural. En las artes plásticas, acaso los cubistas, con su importación de la escultura negra, intentaron la aventura de sacar el arte de Occidente del camino de abstracción y de pureza al que fatalmente iba a caer.

En cambio, la América Hispana es tal vez la única gran zona abierta en el mundo actual al proceso del mestizaje cultural creador. En lugar de mirar esa característica extraordinaria como una marca de atraso o de inferioridad, hay que considerarla como la más afortunada y favorable circunstancia para que se afirme y extienda la vocación de Nuevo Mundo que ha estado asociada desde el inicio al destino americano.

Es sobre la base de ese mestizaje fecundo y poderoso donde puede afirmarse la personalidad de la América Hispana, su originalidad y su tarea creadora. Con todo lo que le llega del pasado y del presente, puede la América Hispana definir un nuevo tiempo, un nuevo rumbo y un nuevo lenguaje para la expresión del hombre, sin forzar ni adulterar lo más constante y valioso de su ser colectivo que es su aptitud para el mestizaje viviente y creador.

Está ella ahora abierta y lista para recibir y transformar en una gran tentativa de unidad y síntesis el presente vivo de sus múltiples herencias y para realizar, en la víspera del siglo XXI, una hazaña de renovación y renacimiento cultural similar al que en su tiempo hizo Roma o hizo Occidente.

Su vocación y su oportunidad es la de realizar la nueva etapa de mestizaje cultural que va a ser la de su hora en la historia de la cultura. Todo lo que se aparte de eso será desviar a la América Latina de su vía natural y negarle su destino manifiesto, que no es otro que el de realizar en plenitud la promesa de los Garcilaso, de los Bolívar, de los Darío, de los constructores de catedrales, para la obra de un Nuevo Mundo.

En busca del Nuevo Mundo. México: Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 9-26.

LAS CARABELAS DEL MUNDO MUERTO

LENTO, sin duda, fue el viaje de descubrimiento de Colón. Sesenta días de trabajoso y desesperado navegar lo trajeron desde el Puerto de Palos hasta la madrugada de la playa de San Salvador. Amanecieron los españoles, sin saberlo, en un Nuevo Mundo y comenzó una nueva fase irreversible de la historia universal. Eran castellanos del tiempo de los Reyes Católicos, cristianos devotos y cabales que cantaban la *Salve* para anunciar cada hora, formados en la concepción social y política de *Las siete partidas*, con la sensibilidad condicionada para gozar del gótico florido y del labrado plateresco, que concebían la vida como una interminable guerra de conquista en favor de un reino señorial y católico.

Eran literalmente misioneros de una cultura y de una ideología, que se proponían implantarla y difundirla entre gentes nuevas y distintas. Este fue, ciertamente el primer viaje de ideas que ocurrió entre Europa y América y fue también uno de los más rápidos y completos. Trajeron de un golpe y por entero todo lo que representaba y necesitaba saber un castellano del siglo XV.

Más tarde el viaje de las ideas se hizo más lento, divagante e incompleto. El racionalismo tardó en llegar a las Indias algo más de un siglo, si se toma como punto de partida la publicación del *Discurso del método*. El romanticismo, entre treinta y cincuenta años. El positivismo se retrasó no menos de una generación.

Este retardo en la comunicación de las ideas ha sido uno de los rasgos más permanentes y significativos en el proceso cultural de la América Hispana, que, por su parte, contribuye a formar y explicar el otro fenómeno del mestizaje cultural tan característico como fecundo en el mundo criollo.

Sobre el racionalismo neoclásico vino a injertarse el romanticismo, sobre el tomismo o el escotismo colonial vino a posarse la ideología positivista de los nuevos científicos. Esa mezcla y coexistencia de ideologías, doctrinas, escuelas y estilos trajo hibridizaciones, contagios, mixturas y

mezclas de los que brotaron algunos de los acentos y matices más originales del pensamiento y la creación hispanoamericanos.

El marxismo y el existencialismo de nuestros días no han llegado con menos retraso. Más morosos que las carabelas, han puesto decenios en atravesar el Atlántico y en llegar al abierto y abigarrado mercado intelectual de Hispanoamérica para exhibirse, ofrecerse y mezclarse con las más venerables creencias de la España de los Austrias, de los pensadores de la Ilustración criolla, de los liberales decimonónicos, de los retrasados seguidores de Spencer y de Taine, de los neoespiritualistas del modernismo, en mil combinaciones y aproximaciones para satisfacer o calmar la angustia ontológica del criollo, que desde hace cuatro siglos se pregunta incesantemente, sin hallar respuesta definitiva: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi destino?

Si se pudiera trazar en una carta la curva de vigencia y expansión de las nuevas ideologías, veríamos repetirse de una manera reveladora y significativa el retardo en llegar a la América Hispana y su prolongada sobrevivencia en ella. El positivismo podría servir de manera cabal para ilustrar este aspecto. Llega a extenderse y afirmarse entre nosotros cuando ya, de hecho, ha comenzado la reacción antideterminista en Europa.

El causalismo determinista rígido cobra fuerza en la concepción de Newton en la segunda mitad del siglo XVII, se extiende a las clases cultas de la Europa de la Ilustración por medio de la divulgación que hace medio siglo más tarde Voltaire; se afirma en el siglo XIX con las doctrinas de Comte, de Darwin y de Marx, y desemboca en las grandes y brillantes simplificaciones de Spencer, Stuart Mill y Taine hasta invadir el campo de la creación literaria con la aparición de la novela naturalista y experimental. Desde la abstracta fuente de los *Principia mathematica* viene a desembocar en *Nana*.

Cuando ese ciclo comienza a cerrarse en Europa, parece, por el contrario, afirmarse en Hispanoamérica. A la simple y escueta explicación mecanicista vienen a darle nueva fuerza las no menos retardadas lecturas marxistas. Sin embargo, los supuestos básicos sobre los que se había fundamentado el universo newtoniano y todo el causalismo determinista en las ciencias puras comenzaban a marchitarse y a desaparecer. A partir de 1902 surgen, en el campo de la física, de las matemáticas y de la mecánica, nuevas concepciones que resquebrajan la doctrina monolítica y cerrada del determinismo. Aparece la mecánica estadística y probabilística de Gibbs, la relatividad de Einstein, la segunda ley de la termodinámica con su principio negador de toda permanencia y progreso dentro de un sistema cerrado, la física cuántica, el microcosmos atómico y, dentro de él, tan perturbadores y revolucionarios principios como el de incertidumbre, que niega la posibilidad del determinismo en la previsión de la conducta y el futuro de las partículas y sólo permite una aproximación estadística y probabilística.

Sin embargo, la noticia del cataclismo declarado en el universo newtoniano, con todas sus implicaciones sobre la teoría de la causalidad determinista, tarda y tardará en llegar a Hispanoamérica.

Ciertamente en el transcurso del último medio siglo largo ha surgido una nueva física, una nueva mecánica, una nueva ciencia y, por lo tanto, una nueva concepción del universo que ya comienza a traducirse en los espectaculares cambios de la actual revolución industrial, con la automatización, la liberación y utilización de la energía atómica, la conquista del espacio y los avances de la bioquímica y la biofísica.

Ha sido tan grande y profundo el cambio de las nociones fundamentales y de las concepciones, que ha llegado a surgir una peligrosa separación y divorcio entre las ideas en que se funda la cultura tradicional y las nuevas verdades de la ciencia pura.

Lo más de las artes, de las letras, del pensamiento crítico, del pensamiento político y del análisis histórico y social, en medio de los que vivimos y por medio de los cuales nos expresamos reposan sobre supuestos científicos que han dejado de tener vigencia. De la ciencia divulgada, que llega a los lectores de periódicos y aun a muchos estudiantes de liceos y universidades, gran parte derivan de hipótesis que hoy no se tienen ya por verdaderas.

Esto significa que mientras las raíces de la mayor parte de lo que tenemos por válido en la esfera de la cultura tradicional están muertas, ignoramos en cambio y no hemos traducido a la conciencia de nuestra situación las nuevas verdades encontradas y sus inmensas consecuencias.

Mientras en el siglo XIX los positivistas cumplían una verdadera hazaña de la sinceridad y la lealtad científicas, al llevar a las ciencias sociales y culturales las nuevas verdades halladas en el campo de las ciencias físicas, matemáticas y naturales, los herederos actuales de los positivistas corren el riesgo de dejar de ser hombres de ciencia para convertirse en inesperados espíritus religiosos que repiten y mantienen, en lugar de la verdad científica, un dogma recibido.

Esta separación entre una ciencia viva aislada e ignorada, y una cultura tradicional que ha dejado en mucha parte de ser científica, ha hecho posible que hoy se llegue a hablar de la existencia de dos culturas.

C. P. Snow, hombre de ciencia y novelista británico, es uno de los que ha planteado el problema con mayor claridad y conocimiento de causa en su breve obra *Las dos culturas*. Para Snow el mundo de la cultura tradicional, en el que se mueven los artistas, los escritores y los llamados intelectuales, en general, reposa en gran parte sobre principios, hipótesis y doctrinas que ya han dejado, en su fuente y fundamento, de ser verdades científicas. Reposan sobre la concepción de un mundo gobernado por una causalidad determinista, mientras la ciencia verdadera, desde hace medio siglo o más, ha dejado de ser determinista para reflejarse a una posición de incertidumbre, de probabilidad, de estadística, en la que la ley de causa y efecto deja de tener la vigencia absoluta que los hombres del positivismo podían atribuirle. Casi podríamos hoy decir, para escándalo de Leibniz, que la naturaleza no procede sino por saltos, y que hay muy pocas y limitadas relaciones necesarias, en el campo de la mecánica y de la física, que puedan llamarse leyes en el

sentido estricto, rígido y cerrado que podían darle Newton, Montesquieu o Spencer.

Esta dramática separación entre el mundo de la ciencia nueva y las aplicaciones de la vieja ciencia, que continúan vigentes en la esfera de la cultura tradicional, condena a esta última a la muerte segura de un árbol cuya raíz está cortada. Puede parecer por algún tiempo todavía un árbol vivo y lozano, pero no pasará de ser apariencia.

Establecer la comunicación entre la nueva ciencia y el mundo de la cultura de los intelectuales, los artistas y los políticos es una de las más perentorias necesidades de nuestro tiempo. Esa comunicación tiene que traer como consecuencia la revisión y el rechazo de muchas de las doctrinas que hoy siguen gobernando el pensamiento y la acción de la mayoría de los hombres.

El alcance de las nuevas certidumbres o incertidumbres está todavía por conocerse y determinarse en su plenitud, pero ya no podemos ignorar que trae implícito un cambio más profundo y vasto que todos los que el hombre ha conocido hasta hoy. Un cambio que alcanzará el pensamiento, la sociedad, la economía, la manera de vivir, el trabajo, las comunicaciones, el orden humano y la concepción del mundo.

De esa revolución científica ya conocemos todos algunas espectaculares aplicaciones. Los cohetes espaciales, los cerebros electrónicos, las plantas de producción automatizadas, la utilización de la energía atómica, las delirantes posibilidades de la cibernética, la electrónica y los sistemas de comunicación. Teóricamente podemos ya telegrafiar un hombre, convertido en mensaje.

Mientras eso ocurre, el pensamiento occidental tradicional sigue operando sobre la aplicación de las que eran nuevas verdades científicas en la época de la reina Victoria o de Napoleón III. Carece de sentido tratar de continuar creyendo que la historia es una ciencia determinista, que podía aceptarse mientras el universo determinista newtoniano estaba vigente e incólume, en este tiempo en el que, por el contrario, cada día más parece que la física y la mecánica se vuelven historia, es decir, mero recuento y verificación del acaecer observable y de sus posibilidades.

Se ha sobrevivido el positivismo en la América Latina y su sobrevivencia tiende a hacer más peligrosamente profundo para nosotros el abismo que en Europa comienza a separar, con muy superficiales e incompletas comunicaciones, la nueva ciencia y el mundo de la cultura tradicional.

Ya el problema planteado para nosotros no puede ser solamente el de acortar el tiempo de viaje de las ideas, sino el de recibir ideas vivas y fecundas y no los retardados mensajes de un mundo de ideas ya en gran parte difuntas. Es como si las carabelas ideológicas y divulgativas que seguimos recibiendo hubieran partido de una Atlántida desaparecida, no de un Viejo Mundo vivo y vigente, sino de un mundo muerto.

Mucho de lo que leemos y de lo que pensamos está cortado y sin conexión con las nuevas verdades que hoy son la base de la física y de

las ciencias puras. En no pocos casos la concepción del mundo de nuestros ensayistas, novelistas y políticos, no sólo ignora sino que contradice abiertamente las bases vigentes de la verdad científica según la han conocido Einstein, Gibbs, Rutherford, Broglie.

Sin saberlo, intelectualmente, hemos pasado de ser los dueños de un mundo finito, racional y determinable a ser los extraviados huéspedes de un universo, tal vez infinito, en creciente desorganización, no determinable sino por aproximación y probabilidad, no completamente reducible a razón, que acusa en lo esencial un principio de indeterminación.

Mientras más pronto nos demos cuenta de este cambio y de esta nueva situación, y de las enormes consecuencias que implica, será mejor para el destino de nuestra América.

Podar lo muerto de la cultura tradicional y entroncarlo en la nueva savia de la ciencia actual es una necesidad perentoria en la cual puede estar implícita la posibilidad de salvación de la sociedad humana.

En la medida en que se salve esa separación e incomunicación entre las dos culturas, estaremos entrando plenamente en las inmensas posibilidades, desafíos y riesgos del tiempo nuevo que todavía no es enteramente el nuestro. Nos separa de él, como una muralla de niebla, el grosor de los prejuicios, de las creaciones ideológicas, de los ídolos del pasado, de las verdades a medias en cuya cómoda y ya no segura vecindad creemos poder seguir viviendo de espaldas al destino.

Literalmente está naciendo un mundo nuevo, una nueva cultura, de los que no podemos mantenernos en separación ni en retraso. Conocerla, aceptarla e incorporarla a nuestra vida y a nuestro pensamiento es la tarea primordial de los hombres de este tiempo, acobardados por la guerra fría, atenazados por una falsa ciencia dogmática, extraviados por caminos que ya muchos saben que no conducen a ninguna parte.

Esta debía ser la tarea y la búsqueda fundamental de nuestras universidades y de nuestros hombres de pensamiento. Ponerse al día con la ciencia nueva y anticipar sus inmensas consecuencias.

Hace poco tiempo dije en una reunión académica estas palabras de alerta y angustia que citaré para concluir:

> El árbol de la ciencia del bien y del mal está retoñando de nuevas raíces. Las consecuencias de ese cambio son inmensas y abarcan desde la concepción del mundo, hasta la estructura de la sociedad y la actitud del hombre frente a la naturaleza y el destino. En un tiempo en que tanto se ha hablado y se habla de revoluciones, pocos se han percatado de la inmensa revolución que está ocurriendo en el mundo de la ciencia y de sus aplicaciones, que ya han condenado a muerte muchas de nuestras ideas y ha de cambiar nuestras vidas mucho más allá de lo que revolucionarios y utopistas hayan podido nunca imaginar.

En busca del Nuevo Mundo. Ed. cit., pp. 27-35.

NOTAS SOBRE EL VASALLAJE

Dos grandes polos de absorción predominan sobre el mundo latinoamericano de nuestros días. Uno está constituido por la poderosa y múltiple influencia de la civilización de los Estados Unidos de América, que está presente y activa en todos los aspectos de la existencia colectiva, y el otro por el pensamiento, el ejemplo y los modelos del mundo socialista de Rusia, de Asia y, en alguna proporción, de Africa del Norte.

La influencia norteamericana abarca más el campo de la vida ordinaria, modas, usos, actitudes. La inmensa mayoría de la población latinoamericana expuesta en alguna forma al contacto de medios de comunicación está recibiendo, consciente o inconscientemente, una conformación norteamericana. Los servicios de noticias de la prensa y de otros medios son de origen norteamericano. No hay que olvidar que quien escoge la noticia y quien dice la noticia, lo hace fatalmente desde una determinada situación o de un evidente punto de vista. La mayoría de los programas de televisión son producidos en masa en los Estados Unidos y presenta el mundo de la gran ciudad convencional americana o el mito del Oeste. Una moral protestante y una escala de valores de clase media capitalista. La lucha contra el crimen organizado, el espionaje internacional, los conflictos amorosos y los ideales de vida de los habitantes de las grandes ciudades del Norte. Y como atractivos constantes el sexo en todas sus formas y la violencia. Besos y tiros.

En materia de revistas la influencia es evidentemente igual. Las publicaciones periódicas de mayor circulación en español son versiones de revistas del Norte, tales como *Life* en español, *Selecciones del Reader's Digest*, *Buen Hogar*, o adaptaciones del concepto y el contenido del periodismo americano como en el caso de *Visión*.

El cine, que es casi el único espectáculo popular, es predominantemente de los Estados Unidos.

En materia de vestido, costumbres, cigarrillos, bebidas, deportes, alimentos, mobiliario, decoración, vivienda, el predominio de lo norteamericano es extraordinariamente grande. La gente tiende a obrar y pre-

sentarse como los personajes del cine y TV, a los que imita y toma como modelos casi sin darse cuenta. En el lenguaje entran expresiones tomadas al azar de esa imitación: *okey*, prefijos como *super*, *extra*, buena parte del lenguaje deportivo y *hippie*. Además, toda la técnica de la trasmisión de información, de la publicidad y de la formación de opinión pública. Los sistemas repetitivos elementales, los *jingles*, las cantinelas comerciales, los incentivos sexuales añadidos a todo tipo de oferta, que llegan en ocasiones, por la exageración, a lo risible.

Se ha ido fabricando un arquetipo humano que tiende a ser imitado en la vida real. Un hombre que usa cierto tipo de camisas y pantalones, que fuma ciertos cigarrillos y los enciende de determinada manera, que tiene modelos para caminar, sentarse o reclinarse sobre el extremo de una mesa, que ha adquirido una técnica de tratar con las mujeres y que llega a creer, tanto se lo dicen los avisos, que ciertas aguas de Colonia lo pueden convertir en un amante irresistible. Se han creado ideales sociales: ser un duro a la manera de Chicago o del Oeste, ser un *play boy*, ser el que saca la pistola más rápidamente o el que sabe engañar y no se deja engañar.

Todo esto entra a torrentes por la prensa, las revistas, el cine, la radio, la televisión, la propaganda comercial y los ejemplos constantes de la vida diaria.

El otro polo lo constituye el ideal revolucionario alimentado en los ejemplos de Rusia, de la Europa socialista, de Africa del Norte y de China. El ejemplo de las luchas anticoloniales y de liberación nacional y la veneración casi supersticiosa por todo pensamiento y por todo arte del mundo socialista. Los que leen a los marxistas franceses, los que sueñan con una gesta heroica de liberación a lo Ho Chi Minh, los que aplican constantemente los más elementales esquemas marxistas a cualquier situación latinoamericana para sacar conclusiones que no siempre son verdaderas ni acertadas.

Esta influencia distinta se ejerce sobre un sector más restringido de la población hispanoamericana pero acaso más influyente e importante. Se ejerce sobre la juventud estudiantil en universidades y liceos y se recibe con un estado de espíritu casi religioso.

Cabría preguntarse ante los dos extremos, acaso personificables en las dos islas antillanas de Puerto Rico y Cuba, ¿dónde está la América Latina? ¿Es su destino parar en una gran Cuba o en un inmenso Puerto Rico? Y si así fuera, ¿no implicaría ello una especie de monstruosa operación de cambio de sangre, de lavado de cerebro, de renuncia a todo lo que de originalidad y de destino propio pudo y puede tener el Nuevo Mundo, para convertirnos en asépticas dependencias de mundos distintos?

Pero no es esto, con ser tan grave y fundamental, lo que queremos plantear ahora. Es algo estrechamente conectado con esto, sin duda, pero más alejado de la profecía y de la mística política y más en el

campo de las preocupaciones y de la acción de un hombre de nuestros días en estas tierras.

Y que, además, en cierto modo, constituye una necesaria consideración previa a todo planteamiento de la cuestión central para la América Latina, que no es ni puede ser otra que sencillamente ésta: ¿Estamos todavía en tiempo y ocasión de poder llegar a ser el Nuevo Mundo?

El que nos demos con entusiasmo o no, conscientemente o no, a un tipo de vasallaje despersonalizador, el que pongamos como ideal para nuestros jóvenes el convertirse en un convencido de las excelencias de el *american way of life* o en un fanático de la "revolución cultural" de Mao. Esta es la cuestión, como ya lo dijo alguien.

Esta es la cuestión y no es simple porque está profundamente intervenida y mezclada de realidades políticas, económicas y sociales y de poderosas motivaciones psicológicas individuales y colectivas. Tampoco puede llegarse en la simplificación a querer preservar como alternativa deseable, frente al *boy* y al "guardia rojo", una forma de costumbrismo latinoamericano, anacrónico y desincorporado del mundo. Frente a la "filosofía" del *Reader's Digest* y al *Manual* del Jefe Mao, la alternativa no puede ser "Allá en el Rancho Grande".

Habría que contestar dos preguntas previas: ¿Tiene, ha tenido y puede tener la América Latina alguna valiosa originalidad creadora? ¿Es posible, en una situación de vasallaje, tener una capacidad creadora original?

Si las dos respuestas fueran negativas no habría sino que escoger en el catálogo extranjero el modelo de sociedad que vamos a adoptar y el Mefistófeles, rojo o blanco, al que vamos a vender nuestra alma a cambio del bien de pertenecer y estar incorporados.

La primera de las dos cuestiones tiene, a mi modo de ver, respuestas tan obvias, que no es preciso pasar más allá de algunas ratificaciones.

La América Latina ha tendido a ser un mundo con características propias desde sus comienzos. Todo el complejo de ideas, ya viejas de cuatro siglos, centrado en torno al concepto de Nuevo Mundo, lo revela así. Lo fue más pronto y en un grado más abierto de lo que lo fue la América Sajona. Tiene todo el aspecto de un innecesario recordatorio repetir la vieja lista conocida de las catedrales y la pintura colonial, de los libros del Inca y de los ensayos sociales, tan repetidamente hechos, como forma de rechazo a lo europeo. ¿No ha sido casi un estado de conciencia constante al repetir en mil formas, las más de las veces sin conocer el antecedente, la frase de Vasco de Quiroga para Carlos V?: "Porque no en vano, sino con mucha causa y razón, éste de acá se llama Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino porque es en gentes y cuasi en todo como fue aquel de la edad primera y de oro...".

En cuanto a la posibilidad de una creación original en una situación política o económica de vasallaje, toda la historia está para contestar por la afirmativa, empezando por nuestra propia historia. Todo lo que de

original, y es mucho, tiene la América Latina, desde Garcilaso hasta Darío, y desde los traductores de catecismos hasta Bolívar, se hizo en condiciones de innegable dependencia.

Establecer una relación entre la independencia política y económica y la capacidad creadora es un sofisma. Las grandes creaciones de la mente humana se han hecho, precisamente, no en conformismo ante una situación favorable, sino en rebelión y protesta, tácita o expresa, contra una situación o un mundo adversos e indeseables. La enumeración de ejemplos es tan obvia que casi no vale la pena volverla a repetir, desde Dante a James Joyce, desde Mickiewicz hasta Kazantzakis, desde Miguel Angel hasta Picasso.

Acaso el mejor ejemplo, para probar que la situación de dependencia no significa necesariamente la esterilidad creadora, nos lo muestra la propia Rusia. Nadie, con el más superficial conocimiento, podría negar que la literatura rusa del medio siglo posterior a la Revolución es impresionantemente inferior a la del medio siglo anterior, durante el cual se publicaron *Los hermanos Karamazov* y *La guerra y la paz*. Y, sin embargo, no hay duda de que la Rusia de Nicolás I y Alejandro II era un país mucho más dependiente y vasallo, económica y culturalmente, de lo que ha sido la Unión Soviética después de 1917.

Es que la cuestión se plantea aun más allá del hecho y de su influencia innegable en la conciencia. Es cuestión de tener o no una conciencia vasalla. Es darse gozosa y pasivamente a algo que no es propio, o mantenerse en angustia y vigilia en la búsqueda y afirmación creadora de lo propio.

Reducir la creación literaria y artística a la simple condición de pasiva consecuencia de los hechos o de las estructuras exteriores, bajas o altas, es negar la condición fundamental de su existencia que es la libertad interior del creador.

En las condiciones externas más negativas, y hasta como necesaria respuesta a los degradantes límites que ellas pueden pretender imponer, surge la obra de arte como testimonio y como iluminación. En la abyecta corte puede refugiarse en un retrato cortesano como el de la familia de Carlos IV de Goya, en la servidumbre y la degradación del negro puede liberarse en música y canto popular como el *jazz*; bajo el despotismo del zar puede expresarse en la leyenda de un bandido generoso como Stenka Razine; en las más conformistas formas de tiranía puede surgir en la insospechable forma de la disección del mecanismo de tiranizar como en Maquiavelo, o en la irónica narración de un mundo supuestamente imaginario como en Swift o en Voltaire.

La verdad es que lo que casi no existe, porque equivale en buena parte a la negación de su naturaleza o de su impulso de expresión, es la gran creación del conformismo, el Quijote que elogie a los duques, a los barberos y al mundo que han pretendido forjar a su imagen y semejanza.

La mentalidad vasalla tiende a ser imitativa y estéril. No tiene su punto de partida ni en la disidencia ni en la protesta, sino en la acepta-

ción y la conformidad. La actitud del hombre integrado e incorporado a una situación totalmente aceptada tiende a arrebatarle toda individualidad y todo poder cuestionante. Quien ha llegado a la convicción de que todas las respuestas están dadas en el *Corán* no solamente puede, sino que hasta se siente obligado como una especie de servicio público a quemar la biblioteca de Alejandría, o por lo menos a no perder tiempo en escribir una sola página más que sería, de toda evidencia, meramente reiterativa o inútil. Nadie gasta tiempo y esfuerzo en encender una vela en pleno mediodía cegador, y el mundo de los artistas y los creadores literarios es el de los encendedores de velas en los rincones más oscuros del alma o de la sociedad.

Si no cae en la esterilidad la mentalidad vasalla se satisface en la imitación, que es la falsa crisis, el falso conflicto, el falso lenguaje, copiados del lenguaje y la forma que la crisis y el conflicto han revestido verdaderamente para otros hombres en otras latitudes. Es el reino de los parásitos literarios y artísticos que viven y chupan de seres distintos a ellos o de los que repiten, fatalmente sin contenido, los gestos y las posiciones que hombres de otras horas y mundos han adoptado ante terribles exigencias de sus realidades.

La pintura de la Revolución Mexicana pudo no estar sincronizada con la hora contemporánea del arte occidental, pero valía mucho más como arte, es decir como testimonio verdadero y válido, que el falso cubismo que podía hacer hombres que vivían la realidad de Managua o de Quito

No es esto condenar a un autoctonismo y, lo que es peor aún, a un costumbrismo al artista y al escritor de la América Latina. Hay que saber utilizar formas universales del lenguaje y del arte, pero en la medida en que se requieren o justifican como parte del esfuerzo de afirmarse frente, en o contra la realidad ambiente propia. Que es el problema fundamental de ser o parecer, de ser genuino o de ser falso, de encontrar o de repetir.

Hace muchos años, en un tiempo de turbio humor que tenía mucho de desesperación, aquel mal comprendido español universal que fue Ramón Gómez de la Serna se puso a escribir unas que llamó "falsas novelas". No eran falsas como novelas, sino como situación. Eran la falsa novela rusa y la falsa novela inglesa y la falsa novela americana. Falsas en el sentido de que partían de una actitud de imitación o "pastiche". Muchos propósitos válidos sobre el misterio de las situaciones y la existencia podían estar implicados en este juego aparente. Pero lo que ahora nos importa decir es que, acaso sin proponérselo, muchos no han hecho otra cosa que escribir, desde una hora muy precisa de su América Latina, la falsa novela francesa o el falso ensayo inglés o el falso poema ruso. Sin hablar del falso Picasso o del falso Brecht o del falso Ionesco o del falso Becket o del falso Zadkine o del falso Evtushenko o del falso Matters.

Hay distintas maneras de darle la espalda a la América Latina, sin darse cuenta, y de frustrarla en su vieja posibilidad de Nuevo Mundo. Una es la de incorporarse a la América Sajona, como consciente o inconscientemente lo hacen todos los días millones de espectadores de cine y TV o de lectores de "magazines". Otra es, acaso como reacción negativa ante esta posición y peligro, la de caer en las ajenas lealtades y traslaciones de una situación revolucionaria que no puede ser impuesta a la América Latina sin graves mutilaciones. Esto no tiene que ver con el tipo de régimen político. La mutilación y la negación pueden ocurrir por igual bajo una dictadura reaccionaria y pasatista o bajo una dictadura nacionalista o socialista. En ambos casos se trataría de hacer realidad la falsificación de la realidad propia. La falsa revolución rusa o el falso *american way of life*.

Ciertamente éstas no pasarían de ser tentativas desesperadas y finalmente imposibles. Tentativas, en lo colectivo, tan antihistóricas y condenadas al fracaso como la de Luis II de Baviera frente al siglo XIX prusiano, como la de los jesuitas del Paraguay frente a la hora de la expansión imperial, como la de los reyes españoles de hacer una Nueva Castilla en las Indias, y también, ¿por qué no?, como la de Lenin de establecer contra la realidad social una organización socialista antes de la rectificación de la NEP. El proceso de mestizaje cultural, que ha sido el signo y el destino de la América Latina, hace imposibles esos simples y asépticos trasplantes. Lo que va a surgir es, como en el pasado, una cosa distinta del modelo ultramarino que se quería reproducir, porque el mestizaje es, ciertamente, un proceso dialéctico. La tentativa fracasaría, en lo colectivo, como fracasó la empresa de la Nueva Castilla de los conquistadores, o de la Nueva Filadelfia o la Nueva París de los Libertadores. Lo que habría de surgir no tendría más del modelo trasplantado de lo que tuvo de República Cuáquera o Francesa nuestra República o de Reino de los Reyes Católicos nuestra Colonia.

Pero con todo ello es indudable que, aun cuando no se lograra el trasplante, el mestizaje del proceso podría ser distinto según los actores humanos e inhumanos que lo hayan de realizar. Y en esto radica la importancia de las posiciones individuales de quienes dicen las palabras y enseñan los caminos.

Es decir, los peligros de una conciencia vasalla, de una conciencia antihistórica que tienda a considerar la historia como una planta o como una enfermedad que puede ser propagada.

El remedio no puede ser un aislamiento, ni una beata complacencia nacionalista, ni menos un anacronismo sistemático solicitado como una droga alucinógena. Hay que estar en el mundo, pero en el juego real del mundo. Sabiendo en todo momento lo que se arriesga y lo que se puede ganar. Apostando lúcidamente a la contemporaneidad y a la universalidad, pero sin perder de vista la base de situación en que se halla el apostador.

Aunque parezca paradoja, el autoctonismo simple es también una forma de conciencia vasalla. Así como es conciencia vasalla querer hacer

la Nueva Ohio o la Nueva Pekín, en tierra americana latina, no lo sería menos, y sí más estérilmente, porque paralizaría el proceso de crecimiento, el querer perpetuar un pasado cualquiera, que como sueño es tan absurdo como el de querer preservar de la muerte a los mortales. Por lo demás, tampoco hay que olvidar que Ohio no es una nueva Londres, como Pekín no es una nueva Moscú, aunque se lo hubieran propuesto los respectivos iniciadores de los programas de trasplante, porque la localización histórica no puede permitirlo.

El socialismo latinoamericano será tan disímil de sus modelos, como lo fue nuestra República representativa. Lo cual no es un argumento contra el socialismo, pero sí contra las ingenuas tentativas de trasplante y vasallaje.

Ni exacta contemporaneidad, ni rigurosa universalidad uniforme son posibles, salvo como resultado transitorio y engañoso de una imposición global de fuerza. Hasta la física y las matemáticas modernas niegan ese sueño de poder llegar a un tiempo intemporal y a una localización universal. Que es precisamente la transformación en valores absolutos de las dos circunstancias más relativas que condicionan al hombre que son el tiempo y el espacio, o la tercera categoría que surge de la inextricable combinación de ambos.

Es seguro que haya que saber lo que pasa en el mundo para poder saber mejor lo que pasa en nuestra casa. En todo caso éste es el deber fundamental de los intelectuales, créanse insurgentes y resulten vasallos, o sean vasallos y se crean insurgentes.

Este es el drama, el tema y el destino fecundo de la *intelligentsia* de América Latina en esta grande hora de la historia. En la medida en que los hombres de pensamiento, los creadores y los artistas lo comprendan y busquen expresarlo en obras y mensajes, estarán dentro del maravilloso camino de hacer el Nuevo Mundo. En la medida en que no lo entiendan estarán de espaldas al Nuevo Mundo y a su prometida originalidad, aunque individualmente puedan convertirse en el Kandinsky del Brasil o en el Becket de Santo Domingo o, ¿y por qué no?, en el Víctor Hugo de Panamá.

El remedio para los riesgos de una conciencia vasalla no puede consistir en cambiarla por otra conciencia vasalla de signo contrario. El remedio para el falso lector del falso *Reader's Digest* no puede convertirse en el falso lector del catecismo del Jefe Mao ni tampoco, ciertamente, en llegar a ser un hermano adoptivo de Sartre o de Becket.

El remedio estará en enfrentarse con la más dura América nuestra y en buscarle la cara en insurgencia creadora. En regresar a luchar en nuestra América la pelea de nuestra América, de nuestro mundo, de nuestra hora, con un credo liberal o socialista, pero con el propósito de hallar lo nuestro y expresarlo, no para hacer el Massachusetts o la Bielorrusia de América Latina, sino la América Latina del mundo. Es decir, nueva y finalmente, la coronación de la vieja empresa de hacer el Nuevo Mundo.

En busca del Nuevo Mundo. Ed. cit., pp. 36-47.

LOS LIBROS DE MIRANDA

HACE MÁS de siglo y medio que rondamos en torno a una casa de Grafton Street, en Londres, sin lograr penetrar en su interior. Sabemos, como los huroneadores de la vida ajena, quiénes viven en ella, los nombres de algunos visitantes y ciertos aspectos de algún aposento.

Ha vivido allí, por años, el general Francisco de Miranda, un nativo de las Indias Occidentales, originario de la desconocida ciudad de Caracas, en la lejana Tierra Firme.

Viven con él su mujer Sarah Andrews y dos hijos: Leandro y Francisco. Los visitantes son muy variados: políticos ingleses, viajeros de los Estados Unidos, revolucionarios de Francia, criollos de México, de Lima, de Santiago o de Buenos Aires, abates y francmasones, españoles afrancesados, conspiradores italianos, oficiales rusos, gentes del Imperio Otomano, mercaderes, músicos, escritores y bellas y desenvueltas mujeres.

Sabíamos que la casa era espaciosa y amoblada con gusto. Había un busto de Apolo, uno de Homero y otro de Sócrates. El dios solar de la armonía y de la belleza, el fabuloso creador del lenguaje poético y el filósofo vagabundo dedicado al estudio del hombre que era el estudio de la verdad. Había recuerdos de viajes y de campañas. Porcelanas de Meissen y de Sevres, esmaltes rusos, grabados de Roma, armas, una flauta sobre un atril y una numerosa biblioteca.

Ahora, al fin, hemos podido penetrar en la biblioteca y examinarla.

Durante mucho tiempo la visión que tuvimos de Miranda fue la de un soldado de fortuna, gran aventurero en el más alto escenario del mundo, metido en la intriga de los grandes sucesos internacionales y tenazmente empeñado en lograr la independencia de la América Latina.

Sabíamos que había salido de Caracas a los veintiún años para incorporarse en el Ejército del Rey de España, que había combatido en Africa, que había sido destacado a La Habana y había tomado parte con las fuerzas españolas en la guerra de Independencia de los Estados Unidos, que por intrigas y acusaciones, que más tarde se demostró eran falsas, tuvo que retirarse del servicio. Vino entonces el tiempo de recorrer

libremente el mundo como un peregrino de la libertad. Toma asiento en Londres. Se hace conocer y considerar de los hombres más distinguidos de su tiempo. Es contertulio de los ministros, de los embajadores y de los generales. Propone planes a Pitt y a Wellington. Hace un vasto recorrido que lo lleva, como a un gran circo de la historia viva, a Francia, Italia, Grecia, Turquía, Rusia, los países escandinavos, Prusia, Holanda y, por último, a la casa de Grafton Street.

No ignorábamos que había alcanzado, por vocación heroica, el raro privilegio de participar de manera activa y destacada en las tres grandes conmociones universales de su época: la Independencia de los Estados Unidos, en la que toma parte como oficial expedicionario español; la Revolución Francesa, en la que comanda como general el Ejército del Norte, y la liberación de las colonias españolas de la América, en la que actúa como inspirador, precursor y generalísimo de las primeras fuerzas.

También sabíamos del sino trágico de sus tentativas para lograr la independencia de su América. La expedición del "Leandro", en 1806, *terminada en desastre. El regreso a Venezuela, en 1810, para presidir* el nacimiento y la trágica agonía de la Primera República. El prometeico amanecer de La Guaira. La larga prisión. La muerte en la Carraca de Cádiz el 14 de julio de 1816.

Con todo no era sino una visión superficial de hechos que apenas permitían vislumbrar la interioridad del hombre extraordinario que había cumplido tan prodigioso destino.

Cuando hace pocos años se descubrió en Inglaterra el perdido y casi olvidado tesoro de su archivo, se pudo asistir al redescubrimiento de la verdadera dimensión de aquel grande hombre.

Allí estaba en papeles, en datos, en apuntes, en diarios el testimonio de una inteligencia superior, de una curiosidad universal y de un sentido del tiempo y de las circunstancias de excelso actor de la historia.

Era ciertamente muchísimo más que un soldado de fortuna o que un precursor desventurado de la Independencia. De aquellos papeles surgía la gigantesca figura del hombre más culto y más universal de la América Latina de su tiempo.

Aparecía un ser excepcional para su hora, que todo lo había querido conocer y comprender. Estaba al día en todas las novedades de su época. Conocía los secretos del arte militar, hablaba de la *Biblia* con los sabios doctores escriturarios, del derecho de gentes con los diplomáticos, de las campañas de Turena y de Condé con los soldados, de fortificaciones y puentes con los ingenieros, visitaba los museos y las colecciones de obras de arte para comprender las distintas escuelas, leía a Winckelmann y a Mengs sobre el arte antiguo, hablaba de música con Haydn, citaba a Homero en griego y a Horacio en latín, y hablaba lo mismo de la historia de los aztecas que de la de los antiguos persas.

Sabíamos de su pasión por los libros. En los diarios de viaje, en los inventarios y en la correspondencia aparecen con frecuencia referencias a éstos (*Arch.* VII, 139 *ss.*). Así llegamos a conocer la variada y significa-

tiva lista de los que poseía en Madrid para 1780, y que hubieran podido servir para señalarlo de afrancesado, librepensador y hasta revolucionario. Los *Viajes* de Gulliver están allí, junto a Bernal Díaz, a Raynal y los filósofos del enciclopedismo ilustrado. En Pensacola compró libros y en La Habana vuelve a formar biblioteca. A todo lo largo de sus viajes compra libros, los lee, los anota y los envía en cajas a Londres. En Cronstadt o en Marsella, en Hamburgo o en París. Así se fue formando la biblioteca que en los años finales llenaba dos habitaciones de la casa de Grafton Street. Incluso en la prisión de la Carraca sabemos que estuvo acompañado de libros, entre ellos el *Quijote* y la *Biblia*.

Se había encontrado también la lista de los clásicos griegos que había dejado, en su testamento, a la Universidad de Caracas. Estos, según se ha podido comprobar, comprendían cuarenta y ocho títulos en más de un centenar de tomos. No podía menos que resultar inaudito que un general insurgente que, según se tenía entendido, había pasado su vida entre aventuras, guerras e intrigas, le dejara a la universidad de su ciudad natal lo esencial de la literatura clásica griega en un centenar de libros que habían formado parte de su biblioteca personal. Allí estaban, en bellas ediciones eruditas, los insignes poetas: Homero, Anacreonte, Píndaro, los grandes historiadores, los filósofos, los trágicos, los oradores: Arquímedes, Platón, Aristóteles, Herodoto, Eurípides, Plutarco, Jenofonte, Tucídides, la Antología, Pausanias.

En los ricos y heterogéneos volúmenes del *Archivo* aparecen frecuentemente las referencias a libros, lecturas, bibliotecas y tratos con libreros. En todos los altos de su peregrinaje europeo adquiere obras que lee con avidez en las noches de las malas posadas, entre una y otra visita de alguna ninfa de alquiler. Es constante en la correspondencia la referencia a libros y a préstamos de libros, como es el caso con el eminente J. S. Mill. En ocasiones envía a algún amigo el catálogo de sus obras. Está en relación constante con libreros que le ofrecen novedades. Se mencionan entre ellos Egerton, Dulan, White y el mismo Evans, a quien más tarde le tocó la triste tarea de dispersar en subasta la rica biblioteca. En estas adquisiciones invierte sumas importantes.

En una demostración de cuenta de Vansittart de diciembre de 1801 (*Arch.* XVI, 237) aparece una partida de 300 libras a favor del librero White y otra de 77 en beneficio de Egerton. Son sumas de consideración, aun sin tomar en cuenta el alto poder adquisitivo de la moneda en aquel tiempo.

A lo largo de los itinerarios surgen deliciosas estampas de su amor a los libros. Sabemos que en Suiza adquiere el *Elogio de la locura* de Erasmo con ilustraciones de Holbein, y que admira el paisaje de las montañas nevadas y los valles helvéticos leyendo a Virgilio y los idilios prerrománticos de Gessner. En la aldea de Reinefeld, asomado a la ventana del cuarto de la posada, lee las *Geórgicas* mientras alcanza con la mano las maduras frutas de un ciruelo. Otras veces lee a *Gil Blas* mientras se debate en el mundo picaresco de los posaderos y los postillones, o las

Confesiones de Juan Jacobo Rousseau que lo ponen a meditar sobre las circunstancias de su tiempo.

Es lector veraz e insaciable y además ama a los libros con la serena pasión del hombre culto. En las notas que escribe por la noche en la soledad de la alcoba está más viva la voluptuosidad de la lectura del libro que tiene a mano que la de las visitas de las mozas que el criado le trae. Es lo que le ocurre aquella noche del albergue de Amsterdam (*Arch.* III, 278) en la que se ha quedado solo y enfermo y ya tarde, antes de rendirse al sueño, pone en el papel aquella confidencia conmovedora: "Me he quedado en casa leyendo con gusto y provecho. Oh, libros de mi vida, qué recurso inagotable para alivio de la vida humana."

De las páginas del *Archivo* surgía por encima del hombre de acción un refinado sabedor de la cultura, conocedor del arte, amante de las letras y sediento de sabiduría.

Todo esto resultaba como la revelación de nuevos territorios y profundidades en la rica y compleja personalidad de Miranda. Empezaba a revelarse la singularidad y la superioridad intelectual de su persona entre la mayoría de los próceres de la Independencia americana.

Hubiera sido sumamente deseable llegar a conocer lo que había en aquella biblioteca, que tan rica se mostraba en el solo aspecto de los clásicos griegos. Nada revela mejor la calidad del espíritu de un hombre que los libros que lee o que posee. Es la manera de hablar con los grandes muertos, como entendía Gracián, y el mejor de los tres comercios que hacían grata la vida humana para Montaigne.

Ahora, al fin, ha sido posible saberlo, gracias al hallazgo que se ha hecho en los repositorios del Museo Británico de dos catálogos de subasta de libros, realizadas en Londres en 1828 y 1833. Doce años conservó la mujer fiel lo que quedaba de esos libros antes de animarse a entregarlos al mercader Evans, para que iniciara el día 22 de julio de 1828 la venta de "la valiosa y extensa biblioteca del difunto general Miranda".

Hojear esas páginas produce asombro. Lo que allí se enumera y que obviamente no era todo lo que Miranda llegó a poseer en libros, representa una de las bibliotecas privadas más ricas, variadas y cultas de su tiempo. No había en América ningún personaje, ni tampoco ninguna institución sabia que poseyera entonces un conjunto de esa significación y amplitud. El hombre que desembarcó en Coro, que combatió en Valencia, que murió en un oscuro calabozo de reo de Estado, era sin duda el criollo más culto de su tiempo.

La acción guerrera y revolucionaria aparece ahora como una faceta tan sólo, de aquella extraordinariamente rica y honda personalidad. No sólo miraba las cuestiones de la América Latina, como ya lo sabíamos, dentro del marco de la política internacional de las grandes potencias, sino que consideraba el destino y las circunstancias de su tierra y su gente desde el elevado mirador de la cultura universal, de la sabiduría antigua y moderna y del panorama general del hombre en el mundo.

Esa misma superioridad lo alejaba, en cierto modo, de su medio. No podían entenderlo los ansiosos, impulsivos y superficiales contertulios de la Caracas de 1811. Cuando hablaba de la República, no pensaba en el folleto en que se mal traducía la Constitución de los Estados Unidos, sino en el debate de Platón sobre la justicia, en las ideas de Hobbes y de Locke, en la historia de Gibbon, en la experiencia vivida en Francia y en la historia florentina de Maquiavelo.

Ahora mirando esos libros comprendemos mejor la magnitud de su grandeza y de su tragedia.

Dos fueron las ventas que efectuó Evans. La primera en julio de 1828 y la segunda, un lustro más tarde, en abril de 1833. En la primera se pusieron en subasta 780 títulos en 2.400 volúmenes, y en la segunda, 1.071 obras con 3.200 tomos. Al margen del catálogo constan los nombres de los compradores y los precios pagados. En su mayoría los precios fueron bajos. Ninguna de las obras sobrepasó el nivel de 17 libras esterlinas, que alcanzó algún ejemplar de extraordinario mérito, y las más se vendieron por algunos pocos chelines.

Los compradores fueron, en general, libreros. Figuran entre ellos dos emigrados españoles, que se dedicaban a este tráfico para sobrevivir en Londres. Son ellos Vicente Salvá, el famoso bibliófilo y gramático, y el canónigo Miguel del Riego, hermano del héroe del pronunciamiento liberal de 1820.

A la monótona voz del subastador se fueron dispersando los libros que en cerca de cuarenta años de ansioso e iluminado peregrinaje había reunido y manoseado el caraqueño. Estaban asociadas a aquellos volúmenes las horas más profundas y serenas de su apasionada existencia. Días de lluvia, de niebla o de desesperanza en que podía refugiarse en Herodoto, o leer con asombrada fruición el *Viaje sentimental* de Sterne, o las picarescas impertinencias del *Diablo cojuelo*, momentos de apremiosa consulta en que buscaba para anotarlas las técnicas de cultivo de plantas nutritivas, o de formaciones militares para el ataque, o los requerimientos para establecer un astillero eficiente. O en alguna noche de desesperanzado insomnio leer a Montaigne o meterse por el barroco laberinto de los *Sueños* de Quevedo.

Todo eso se iba con los libros que la buena Sarah había guardado por doce años. Habían llegado a la casa de Grafton Street las noticias de los reveses en Venezuela, el ominoso anuncio de la prisión, el traslado a Puerto Rico y a Cádiz. Se habían recibido los gruesos legajos del *Archivo* traídos en la fragata que no pudo llevarlo a la libertad. Habían transcurrido cuatro años de inverosímiles esperanzas alimentadas por breves noticias y recados salidos de la fortaleza gaditana, hasta que llegó la espantosa certidumbre, trasmitida por el criado, de que "entregó su espíritu al Creador mi amado señor don Francisco de Miranda."

Los hijos se habían marchado a la propia aventura de sus vidas, pero quedaba la casa intacta como si cada día se esperara la vuelta del dueño. Nada se cambió en los muebles, ni en la disposición de los aposentos.

Venían los visitantes y se sentaban a rememorar al rescoldo de los libros. Se servía una copa de oporto y se hablaba del pasado. Con frecuencia debía aparecer Andrés Bello en busca de alguna obra para la consulta, o algún refugiado español o criollo.

Hasta el día en que hubo que comenzar a vender objetos de valor para sostener el modesto pasar de la casa.

La decisión final y más dolorosa fue la de vender la biblioteca. Una parte en 1828, la otra en 1833, dieciséis años después de que los despojos de Miranda habían sido lanzados a la fosa común del presidio.

Ya había muerto Bolívar, Bello se había marchado a Chile, Páez presidía a Venezuela, Santander a la Nueva Granada y Flores al Ecuador, cuando Evans terminó de dispersar los libros de Francisco de Miranda. Entonces sí debió quedar finalmente vacía la casa de Grafton Street.

Pero es ahora cuando nosotros podemos acercarnos y contemplar, al fin, la biblioteca como estuvo en los días en que el general la vio por última vez, antes de emprender el fatídico regreso a su tierra nativa.

Es una biblioteca de trabajo, hecha no para el regodeo del coleccionista, sino para la formación y la curiosidad de un hombre. Hay, ciertamente, bellas ediciones, valiosas como monumentos de arte, pero lo que más impresiona es la variedad de temas, épocas y autores. Todo está allí, testimoniando el ansia universal de conocer de Miranda: poesía, teatro, ensayos, historia, religión, filosofía, viajes, bellas artes, agricultura, novela, ingeniería, lingüística, arte militar, medicina, ciencias naturales, enciclopedias y diccionarios.

Hay algunas joyas de bibliófilo como aquella maravillosa *Biblia políglota*, salida de las prensas maestras de Cristóbal Plantin, en Amberes, bajo los auspicios de Felipe II, entre los años de 1569 y 1572, que comprendía léxicos, opúsculos y gramáticas además de los textos hebreo, griego y latino, impresa en ocho volúmenes en cuarto, encuadernada en piel de Rusia y con cantos dorados, a la cual Miranda había añadido en dos tomos suplementarios otras ediciones y algunos apócrifos.

Junto a esta *Biblia* monumental, que alcanzó el precio, hoy ridículo, de £. 12.12, había otras muchas en variadas ediciones, inglesas, francesas, latinas y españolas, entre ellas las de Scío y de Casiodoro de Reina. No faltaba el *Corán*, ni algún tratado sobre el Concilio de Trento, ni los libros de Erasmo.

Estaba el vasto mundo conocido, desconocido y hasta imaginario, en maravillosas obras de viajes. Páginas para conocer y para figurarse las lejanas tierras que Miranda había recorrido y las que no conocería nunca. Estaba la *Collection of Voyages*, de Churchill y Harleian en 8 tomos, ilustrados y encuadernados en piel de Rusia y, también figuraba *Pilgrims and Pilgrimages* de Samuel Purchas, en una edición de 1617 en cinco volúmenes, que alcanzó el alto precio de £ 15.10. Era la fabulosa visión del mundo exótico que alimentó los sueños geográficos de poetas, estadistas y navegantes elisabetanos y de la que tomó Coleridge el

trasfondo de nombres, domos y ríos para evocar como un espejismo el inasible *Xanadu* de su prodigioso Kubla Kan.

Particularmente rico es el fondo de libros sobre la América Latina, que refleja el constante interés de Miranda por reunir y conocer la más completa información sobre aquellos pueblos. Están allí la *Historia de Venezuela* de Oviedo y Baños y el *Orinoco* del padre Gumilla con la presencia de la tierra natal. Pero también aparecen colecciones de historiadores primitivos de las Indias Occidentales, las obras de Acosta, de Cieza, de Pedro Mártir, los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso en la edición original, el libro de Clavijero sobre el México antiguo, la crónica de Bernal Díaz del Castillo sobre la Conquista de México, y las *Memorias* de Ulloa.

La descripción geográfica de la América Meridional hecha por Félix de Azara, varios diccionarios históricos y geográficos de las Indias Occidentales, las historias de Gomara y de Solís, sin olvidar el libro de Charlevoix sobre los jesuitas del Paraguay, una edición de Las Casas en francés, *Los incas* de Marmontel y la inevitable *Historia de las Indias* del abate Raynal, en su primera edición. Había también, y desgraciadamente nunca sabremos lo que estaba en ellos, diez tomos de impresos, folletos y obras varias relativas a Norte y Sur América.

Estaba presente también la larga y pugnaz familia de los filósofos. Los griegos en otras ediciones distintas de las que se destinaron a Caracas. Epicteto y Séneca con su lección de supremo desengaño y serenidad. Entre ellos aparece la gema incomparable de un libro salido de las muy nobles prensas de los Manucios, príncipes italianos del arte tipográfico del Renacimiento. Es la exposición de Asconio Pediano sobre las oraciones de Cicerón, en latín, salida de los talleres aldinos en 1547, enriquecida con correcciones manuscritas de Paulus Manucio y con dedicatoria al Dogo Matheo Dandolo.

Está Averroes con algunos escolásticos, pero sobre todo la aguerrida falange de la filosofía moderna que sacudía por entonces a Europa. Las *Obras completas* de Descartes, las de Pascal, todo Voltaire en 70 tomos, todo Condillac en 23, todo Rousseau en 35. Está Montesquieu completo junto a Hobbes y a Locke, y la nueva concepción del universo en los trabajos completos de Newton. Todas las potentes y fundamentales afirmaciones de la nueva ciencia del hombre y del cosmos.

No podían faltar las bellas artes. Miranda reúne los más ricos y raros libros de reproducciones, historia y crítica de las artes plásticas. Están las obras de Winckelman y de Mengs con la nueva filosofía estética del neoclasicismo. La colección de Bártoli con reproducciones a color, iluminadas a mano, de las pinturas antiguas, en tres tomos, editada en París en 1783 que alcanza el precio de £ 17, el más alto de la venta. Están allí el Museo de Palomino, las *Vidas de artistas* de Vasari, las *Antigüedades de Atenas* de Stuart, las antigüedades romanas de Adams y en dos preciosos volúmenes en colores la colección de vasos etruscos, griegos

y romanos de Sir William Hamilton, el legendario marido de la fabulosa Emma, editados en Nápoles en 1766.

Hay obras sobre las excavaciones de Pompeya y grabados de Palladio y de Piranesi. Muchas veces los debió hojear don Francisco con la imaginación perdida en recuerdos, contemplando aquellas vistas imponentes de las ruinas romanas y acaso se detuvo, curioso y pensativo, a mirar aquellas inmensas y deshabitadas estructuras del odio y la maldad que son las cárceles de Piranesi.

Las publicaciones de materia militar son numerosas y variadas como era de esperarse en aquel soldado de la libertad. Hay muchos ejemplares de biografías y de historia militar y reglamentos de infantería, de caballería y tratados de fortificaciones. Está la correspondencia oficial de Washington, la vida de César, las *Reflexiones militares y políticas* de Santa Cruz en doce tomos, el *Léxico militar* de Aquini y un Diccionario de los sitios y batallas memorables en seis tomos. Están entre ellos algunos libros que tocaban muy de cerca a la vida y a los sentimientos del dueño de la biblioteca. Así es el caso de la *Histoire de la Revolution de France* por Moleville, publicada en catorce tomos en 1801, y una *Vida del general Dumouriez*, editada en Hamburgo en 1795, en la que debió encontrar muchas cosas que objetar sobre aquellas campañas en las que él tomó parte junto al francés, a la que posiblemente debió poner glosas y acotaciones marginales, como lo hizo con el curioso libro titulado *Tratado de Re Militari hecho a manera de diálogo entre los ilustrísimos señores Fernández de Córdova y Duque de Nájera*, preparado por Diego Gracián y editado en Bruselas en 1590, en el que Miranda escribió de su mano: “Muy buen libro.”

Habría que mirar con emoción varias obras sobre Catalina II de Rusia, en especial las de Tooke, que debieron aumentar su nostalgia del tiempo despreocupado y feliz que pasó en la corte moscovita.

Las más abundantes son las obras literarias. Están allí junto con los grandes clásicos los creadores del Renacimiento: Boccaccio, Dante, Petrarca, Tasso, Ariosto, el Aretino con su picante regodeo, Bossuet y los grandes autores franceses del siglo de Luis XIV, y como en dos extremos del registro de la inteligencia humana Rabelais y Montaigne. Están también los autores más recientes y famosos de su propio siglo, aquellos que en los cafés de Londres habían creado un nuevo estilo satírico de razonar: Swift, Dryden, Richardson. No podía faltar un imponente conjunto de autores españoles. Hay varias ediciones del *Quijote*, entre ellas la monumental de la Academia. Aparecen allí Garcilaso de la Vega, Ercilla, Teresa de Jesús, Calderón, Lope, Quevedo y Gracián. Está entre esos libros el entonces raro y poco apreciado de Tomás Antonio Sánchez sobre las *Poesías castellanas anteriores al siglo XV*, editado en 1779, en el que por primera vez se publicó el poema del Cid. No debe caber duda de que este ejemplar debió utilizarlo asiduamente Andrés Bello en su prodigioso trabajo de investigación y crítica sobre aquel cantar de gesta.

Hay una edición de 1790 en tres tomos de las obras de Shakespeare, que merece retener la atención. En medio del predominio del gusto neoclásico que imperaba entonces y que consideraba casi monstruoso y de mal gusto aquel teatro, la posesión de este libro revela la independencia de criterio de Miranda.

Es notable la ausencia de obras románticas. Pareciera que el lector de Shakespeare no se atrevió a adquirir aquellas increíbles *Lyrycal Ballads*, con las que Wordsworth y Coleridge abrieron el esplendor del romanticismo inglés en 1798. Asoma apenas el prerromanticismo español en las poesías de Meléndez y hay un libro sobre los supuestos poemas de Ossián.

No están, ni podían estar en aquella subasta, todos los libros que leyó Miranda. Muchos debieron extraviarse durante su vida inquieta y peregrinante. De los libros y obras de arte que dejó en París casi no sabemos nada. Cierto es que no aparecen en los catálogos ni Schiller, ni Goethe, pero en cambio sabemos que con alguna reiteración menciona en sus apuntes la palabra *romántico* refiriéndose a paisajes, aun cuando sin darle el significado de escuela antineoclásica que vino a adquirir mucho más tarde. El hecho de que leyera a Ossián, a Gessner, a Rousseau, a Shakespeare, a los primitivos poetas castellanos y a los grandes anticlásicos del Siglo de Oro español, como el hecho evidente de que admirara con sincera emoción la menospreciada arquitectura gótica y se mostrara tan modernamente sensible al paisaje, nos hace pensar que Miranda estuvo abierto a la gran novedad renovadora del arte que se anunciaba en su tiempo.

Nada escapa a la curiosidad creadora de aquel hombre que estaba plenamente consciente de la hora de su destino humano. Hay obras de medicina y sanidad, hay cursos de agricultura y comentarios sobre la ley agraria española. La *Historia romana* de Gibbon, junto a las obras de Galileo y al *Ensayo sobre la fisiognomía* de Lavater. Había estado en presencia de Lavater, quien le había hecho la ficha de su carácter, como también había conversado con Haydn sobre Boccherini y con Klopstock sobre poesía religiosa.

Estaba la *Utopía* de Tomás Moro, con el *Teatro crítico* de Feijoo y con la *Historia natural* de Buffon en francés, en veintinueve volúmenes.

Como corona y síntesis del pensamiento de un hombre de su siglo está la edición de Lausanne de 1781, en treinta y seis tomos, más tres de grabados de la *Grande Encyclopedie* de Diderot y D'Alembert, que no era otra cosa que el panorama completo de la crisis de conciencia y de valores que acabó con el antiguo régimen y abrió la era de las revoluciones.

No faltaban las obras sobre jardinería. El peregrino de la Europa de la Ilustración había aprendido a amar la naturaleza y los jardines. Está allí el entonces muy reciente libro de Repton: *On Landscape Gardening*. Y también aparece la obra de Hirchsfeld: *Theorie de l'art des jardins* en tres volúmenes, edición de 1779. Por los diarios de viaje (*Arch.* III, 240)

sabemos que este libro fue adquirido en Hamburgo en 1788 y que provocó en Miranda el más vivo interés por el autor y por sus concepciones de jardinería. Se le enciende la imaginación, vuelta siempre hacia su América y el futuro de su libertad, y escribe: "El inestimable libro de Mr. Hirchsfeld sobre los jardines considerados como una de las bellas artes... que es uno de los mejores libros que he leído en mi vida." Para añadir a renglón seguido: "Qué lástima que una persona semejante sufra la indigencia y que no venga a formarnos Paraísos Terrestres en las faldas de los Andes".

Eran libros los suyos para anticipar y organizar el futuro de aquella "Colombeia" que iba a nacer de su acción. Todo lo que aprendía y reunía estaba destinado a ser aprovechado en aquella empresa. La jardinería del europeo innovador la veía trasladada a los altos valles y a las robustas cuestas de las cordilleras y pensaba en los jardines que la gran patria nueva y libre podía plantar a la sombra azul del Avila en su Caracas nativa.

Aparece una *Political Oeconomy* de Stewarts y también una traducción española de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith. Su interés por la novísima ciencia económica era evidente. Adam Smith es mencionado en su correspondencia. Lleva una presentación personal para conocerlo en un viaje a Edimburgo, sin resultado. Ya en 1783 poseía, entre sus libros de La Habana, un ejemplar de *The Wealth of Nations*, que no aparece en el catálogo de las ventas de Londres.

Entre las más sugestivas novedades surgen dos obras de Alejandro de Humboldt. Empezaban a aparecer entonces aquellos libros que eran literalmente la revelación científica del Nuevo Mundo. Es posible que alguno de ellos llegara, enviado por un librero diligente, después de que el dueño de la casa se había marchado a su lejana patria para no volver. El catálogo menciona el primer tomo del *Voyage aux Regions Equinocciales* de Humboldt y Bonpland, sin mencionar la fecha, pero cuya publicación fue de 1807. Se señalan igualmente las entregas 1, 2, 3 y 4 del *Essai Politique sur la Nouvelle Espagne*, cuya primera edición es de 1811. Ya no tendría tiempo de recibir, ni de leer, la deslumbradora visión del joven sabio alemán. Por el mismo camino de recuas, por la misma venta caminera que describe en su visita a Caracas, había vuelto el combatiente sin tregua para la lucha final.

El martes 23 de abril de 1833 concluyó la subasta del librero Evans. Habían quedado vacíos los dos cuartos de libros de la casa de Grafton Street, la biblioteca del frente y la pequeña, que él menciona en sus inventarios de muebles. De aquellos libros que habían acompañado su vida y su angustia no quedaba sino un puñado de monedas en las manos temblorosas de Sarah Andrews.

La última obra subastada fue un ejemplar manchado de las *Obras* de Jenofonte, traducidas por Diego Gracián y editadas en Salamanca en 1552. Lo adquirió por seis chelines el librero Riego, quien lo llevaría a su buhardilla de refugiado y de tratante.

Eran la *Anábasis* y la *Ciropedia* puestas en noble prosa renacentista por el servidor de Carlos V. La educación del gobernante ideal en la dura escuela del heroísmo y el fracaso y la retirada innumerable de los griegos que salieron de la frontera de su mundo.

No hubiera podido escoger mejor don Francisco el último de sus libros.

En busca del Nuevo Mundo Ed cit , pp 63-80

FEDERICO DE ONIS

SU ROSTRO recordaba de una sugestiva manera las facciones de la Dama de Elche. El óvalo alargado, los pómulos altos, la boca recta, los ojos semicerrados y algo oblicuos, parecía mirar desde la más lejana historia y desde la más segura serenidad. Hablaba Federico de Onís con una voz martillada, clara y reiterativa, que iba descubriendo a través de la paradoja y de la sorpresa las más profundas y valederas verdades del hombre y de la creación literaria.

Oírle hablar del *Quijote* era una experiencia incomparable. Era como oír a España hablar de sí misma en una búsqueda desesperada de su contradictoria identidad. A ratos era el propio caballero de La Mancha el que parecía hablar por su boca, contra las verdades convencionales de la erudición y de la historia escrita.

Se había formado a la sombra de las grandes figuras de la generación del 98. Su maestro, su paradigma, su antagonista y su demonio fue Unamuno. No Fray Luis de León, a quien consagró un extraordinario estudio, pero que estaba lejos de él por la indiferente calma sobrenatural con que miraba lo humano. A Unamuno, en cambio, lo acercaba la combativa y agónica ansia de sentir hasta el fondo la trágica condición humana.

Había nacido entre los dorados muros de la Salamanca de Nebrija y del Lazarillo, en aquel trasunto de la más esencial España; se había encaminado hacia la filología y la historia literaria y se encontró con el gran vasco que predicaba la angustia existencial y la sinrazón quijotesca del hombre.

No podía resignarse a ser un erudito, confinado a la glosa interminable de los viejos textos, sino que se daba cuenta de que lo más significativo de la cultura estaba vivo en el pueblo, en sus tradiciones, en su lenguaje, en sus creencias y mitos. Se escapaba de los aburridos doctores para ir a oír al cantor popular decir su romance de Gerineldos o su corrido de Pancho Villa.

Estaba en quijotesca y perpetua salida contra el conformismo y la vulgaridad, que nada tiene que ver con la originalidad virgen y profunda del pueblo.

En 1912, siendo un joven profesor de letras de la Universidad de Oviedo, lanzó aquel mensaje conmovedor donde pintaba al vivo el imponente anacronismo de las universidades españolas e invitaba a salir a reencontrar y a servir a la España viva, que estaba desamparada y sin luz.

En 1916 le invitan a fundar los estudios de letras hispánicas en la Universidad de Columbia en Nueva York. Allí va a iniciar una labor de prodigioso alcance. Todo lo que en los Estados Unidos, a nivel universitario, se ha hecho para estudiar y conocer la civilización, la historia y las letras del mundo hispánico tiene su directa raíz en la enseñanza y en la obra de De Onís. Fue un adelantado a la gran manera creadora de sus antepasados del siglo XVI.

Nunca fue un político militante, pero creía en la libertad y tenía la religión de la fe en la dignidad irrenunciable del hombre. No estuvo nunca enteramente de acuerdo con la vana parlería de muchos de sus amigos republicanos, pero cuando la República fue destruida a sangre y fuego, se quedó con su derrotada bandera, en un destierro a que él mismo se había condenado. Sólo los que lo conocimos cercanamente podemos medir la inmensidad del sacrificio que fue para él renunciar voluntariamente de por vida a volver a España.

En los años de la vejez se fue a Puerto Rico, en busca del rescoldo de lo español, a enseñar con la palabra, con el ejemplo, con la tenaz devoción por lo esencial.

Envejecía como Don Quijote, entero, firme, combativo, empeñado en llamar a los seres y a las cosas por sus estallantes nombres. Hablaba y disputaba todo el tiempo con sus grandes muertos y con los vivientes que le parecían merecer esa compañía. A su lado estaba, en la más afectuosa e intransferible de las guardas, la figura admirable de esa insigne mujer que se llama Harriet de Onís. Allí estaban en sonora ausencia o en antagónica presencia Unamuno, Ortega, Machado, Lorca, Juan Ramón Jiménez, Galdós, Cervantes y también los místicos y Jorge Manrique y Séneca.

De ellos aprendió a hablar con supremo y sabio desdén de la vida y la muerte. Era suya la suprema condición de los estoicos de ser inaccesible o invulnerable al mal o al temor.

Cuando el zarpazo del mal lo quiso convertir en un guiñapo viviente, su maestro Séneca le dijo quedamente lo que había que hacer. Con su propia y firme mano cortó el camino largo y fecundo de aquella vida que salió de la plateresca plaza de Salamanca para no volver.

En busca del Nuevo Mundo Ed cit , pp. 158-160.

EL MENSAJE DE ANGOSTURA

Hace ciento cincuenta años se alzó en esta sala, con resonancia de eternidad, la voz de Simón Bolívar. Era entonces apenas el jefe de una hermosa y desesperada causa. Venía de ocho años de encendida revolución y de agónica guerra y representaba en su persona, con indiscutible título, la revolución y la guerra. Había luchado mucho, porfiado mucho y ambicionado mucho. Estaba quemado por el sol, oreado por el viento del mar y de la llanura, reducido a músculos y nervios, hecho al peligro y al azar e iluminado por unos ojos que parecían no apagarse nunca. Representaba bastante más de los treinta y seis años de ruda y aventurera vida que llevaba y el dorado uniforme y la espada de honor, sobre el cuerpo breve, daban una inolvidable lección de la verdadera grandeza.

Ya no era el joven caraqueño de la corte de Madrid y de las tertulias del Palais Royal de París, ya no era siquiera el confiado y arrogante enviado de la Junta de Caracas ante el gobierno inglés para tratar de obtener ayuda para la futura independencia. Era, ahora, el hombre que había visto dos veces derrumbarse la República venezolana y se había lanzado a la inaudita tarea de levantarla de sus ruinas. Conocía la embriaguez de la victoria y la desesperación del fracaso. Había entrado en Caracas triunfador, convertido en ídolo sobrehumano por el entusiasmo popular, para poco después embarcar en Carúpano derrotado, desconocido y abatido a reemprender, en otra parte, lo único que tenía que hacer: continuar la lucha hasta la final liberación. Había aprendido con las duras lecciones de la guerra y la adversidad la magnitud sobrehumana de su empresa, había recorrido, combatiendo, desde las heladas cordilleras hasta las calcinadas llanuras, había marchado al través de las inmensas inundaciones y de las tempestades de polvo de la sequía, había visto caer sus hombres bajo las armas enemigas, o agotados por la escasez o minados por la fiebre. Marchaba con tropeles de ganado, caballos cerreros y hombres semidesnudos. Ve empobrecer ante sus ojos el vasto país que recorría y con todo eso tenía que lograr que la gente lo comprendiera y lo acompañara, transformar los peones en soldados, hacer ejércitos y

generales, derrotar al enemigo y formar los cuadros para instaurar con eficacia el orden republicano nuevo que era el objetivo de su combate. Dominar la geografía, transformar los hombres, ganar la guerra y crear un Estado, era el gigantesco empeño que hacía arder aquellos ojos iluminados y sacudía el magro cuerpo.

Estaba en la última y, acaso final, tentativa. Es la vuelta de Haití y el incansable martillear sobre los hombres y las circunstancias. Va a ser difícil formar un ejército, va a ser más difícil conducirlo a la victoria y va a ser más difícil aún formar un Estado que justifique y dé plena dignidad a la Revolución de Independencia. Es el tiempo en que los terribles rivales impetuosos, que no pueden alcanzar lo que él ve, le mezquinean el reconocimiento. Es la época de las pugnas sordas o abiertas con hombres agresivos y poderosos como Mariño, como Arismendi, como Piar, como Páez, como Bermúdez. Tendrá que lograr imponerse a ellos por los medios más elementales de la autoridad, sin vacilar siquiera ante el fusilamiento, ratificar su derecho al mando con victorias incontrastables, y elevar las mentes de aquellos hombres de acción a la altura del estado de derecho.

El panorama no era favorable. La Nueva Granada parecía pacificada y asegurada por el poder español. En Caracas, el general Pablo Morillo representaba, con castellana sobriedad y energía, la autoridad de Fernando VII. Apenas quedaban a los hombres de la revolución, Margarita, algunos pedazos de la costa oriental y cuerpos móviles en la inmensidad de la llanura. La República y el porvenir de la independencia se han reducido a Simón Bolívar y su puñado de hombres.

En 1817 logra liberar a Guayana y entra en Angostura. Es la más vasta provincia de la nación colonial pero al mismo tiempo la más despoblada y sin recursos. Protegido por el inmenso foso del arco del Orinoco, establece en el viejo pueblo su centro de operaciones. De allí partirá para incursiones y campañas al través del río y de la llanura y allí establecerá las seguras bases de la legitimidad republicana.

Bolívar sabe, lo ha sabido en todo momento, que la guerra no puede ganarse solamente con las armas. No habría espíritu, legitimidad, ni destino histórico en el puro hecho material de una victoria armada. No habría ni siquiera el impulso generoso para llevar al soldado más allá de los límites de su desamparo y de su riesgo.

Tan pronto pone pie en Angostura, junto con las más urgentes medidas militares, va a tomar dos iniciativas muy importantes. El 30 de octubre de 1817 funda el Consejo de Estado, que es un alto organismo de consulta para que todo el peso del poder no quede en sus manos y para replantar, en la tierra arrasada por la lucha, el árbol de las instituciones republicanas.

Hay principios a los cuales no ha renunciado nunca y no va a renunciar nunca: Venezuela va a ser una república democrática, y el Estado no deberá depender de un hombre.

El otro gran hecho es la fundación de *El Correo del Orinoco*. La revolución tenía brazos y corazón pero había de tener pensamiento para alcanzar toda su dimensión histórica. El 27 de junio de 1818 aparece el primer número. Son dos hojas, en torcida y menuda letra, salidas de una mísera imprenta que maneja Andrés Roderick. Frente al gran río adormecido y a la inmensidad selvática, dice el pequeño papel: "Somos libres, escribimos en un país libre". Allí escribían los hombres más cultos de la independencia: Roscio que domina la historia y el derecho político, Zea que está al tanto de todas las nuevas ideas, el humanista José Luis Ramos, el nestoriano Fernando Peñalver, y aquel Manuel Palacio Fajardo, joven, docto, que ha recorrido el vasto escenario del mundo civilizado entregado con pasión a aquella empresa de creación y de cultura política.

Saben bien que están perdidos en la vastedad geográfica, "en el centro de las inmensas soledades del Orinoco", como ellos mismos dicen, pero hablan como si se hallasen en la encrucijada de la historia y estuviera pendiente de sus palabras la conciencia del mundo civilizado. Escriben en una olvidada ciudad vieja del viejo río de El Dorado, sin recursos, "En un país, según declaran, en que no se han visto más libros que los que traían los españoles" para una población rala, dispersa, acogotada por la guerra y por la ignorancia y sin embargo publican las noticias de la política europea, difunden doctrinas de filosofía política, hacen polémica no sólo con la *Gaceta de Caracas* sino con todas las ideas y errores de los reaccionarios del Viejo Mundo, insertan los boletines del Ejército Libertador y los decretos del Gobierno, reproducen las publicaciones de Buenos Aires y de Londres y aun los documentos oficiales y los alegatos del jefe del ejército expedicionario español. El *Correo del Orinoco* es el testimonio y la orgullosa afirmación de que aquel puñado de hombres representa un poder intelectual y moral incontrastable frente al dominio colonial que no contaba sino con las armas para sostenerse. No eran insurgentes, como despectivamente se les quería llamar, eran una revolución con doctrina y pensamiento y presentaban títulos legítimos de tiempo y de razón para exigir que su América debía entrar en la historia por su propia cuenta y a parte completa.

Esa breve hoja impresa, que sale de la pobre imprenta de Angostura, asegura de una vez la superioridad intelectual y moral de la causa de la Independencia. No eran partidas de insurrectos las que se movían en las ilimitadas llanuras del Orinoco, sino la presencia avasalladora de un nuevo tiempo de la historia.

Esta es la grandeza de Bolívar, la de estar más arriba y la de ver más allá de los acontecimientos inmediatos. La de sentir el tiempo histórico, la de anticiparlo y la de llamarlo a vida y hecho con las más eficaces e inolvidables palabras. En su cabeza bullen las gigantescas concepciones que van a cambiar el presente y a apresurar el futuro. Piensa en términos de continentes, de nuevas y poderosas instituciones, de humanidad, de libertad para los hombres, de justicia y de poder verdadero y respeta-

ble para las nuevas naciones. Piensa en la unión de los países americanos, en la creación de un nuevo derecho, en un nuevo y más justo equilibrio del mundo con una América libre y rica que pudiera "mostrar al Mundo Antiguo la majestad del Mundo Moderno".

Sin embargo, no es un soñador ni un visionario. Ocho años de guerra, de dura adversidad y de desesperada lucha le han enseñado las inmensas dificultades de la empresa. Ve y conoce con toda claridad las fallas de los hombres y los obstáculos de la historia y de la naturaleza. Sabe que la libertad y la justicia no se imponen por decreto, que las fuerzas disociadoras y destructivas que vienen del pasado y de la condición social, oponen obstáculos aterradores. Que va a ser difícil convertir en soldados aquellos peones ignorantes y más difícil aún convertirlos en ciudadanos de una República. Pero su sentido de la realidad no lo lleva a aceptarla y a plegarse a ella. Si se hubiera resignado a ella no sería el héroe que es. Con aquella población escasa, formada en tres siglos de sometimiento absoluto y desarticulada y conmovida por ocho años de guerra, hay que hacer una República victoriosa y estable. Se proponía sacar del presente toda la posibilidad de futuro que contenía. Por eso no se resigna a ser el jefe de las partidas de insurrectos, sino que aspira a ser el Jefe del Estado de una sociedad de ley y de derecho tan respetable por su moral, su sabiduría y sus instituciones como por su voluntad de combatir.

Va a crear y a invocar con el nuevo patriotismo la nueva legitimidad americana. Es entonces cuando resuelve, antes de volver a la guerra de los llanos, convocar el Segundo Congreso de Venezuela.

En 1811 se había instalado el Primero en Caracas, lleno de las esperanzas de un tiempo auroral. Había sido un derroche de altas y ambiciosas esperanzas. Se oyeron las más conmovedoras oraciones sobre la libertad y sobre la democracia, se recitaron los derechos del hombre como una invocación religiosa, se vio llegar a Miranda como una leyenda viva de heroísmo y tenacidad, se creó una bandera y se sancionó una Constitución. Una Constitución que recogía las más idealistas aspiraciones del racionalismo, los más puros principios de la democracia, proclamaba el régimen federal y establecía un Poder Ejecutivo colegiado, de carácter casi nominal y simbólico, sin autoridad y sin fuerza. En verdad no llegó a aplicarse. Al terminar el estupor y la sorpresa de los sucesos lo que vino fue la caótica descomposición del orden colonial, que había sido suspendido pero no substituido, y el surgimiento canceroso de la guerra y la anarquía.

No era ahora el tiempo de las ilusiones, ni se podía diseñar en el papel un Estado ideal para un país cuya realidad parecía desconocerse. Lo que Bolívar tenía ante los ojos era la dura e inescapable verdad de aquellos largos años de inacabable guerra y de destrucción de las incipientes formas de asociación y de la escasa riqueza.

No hubiera podido, en verdad, convocar sino las dos provincias realmente liberadas: Margarita y Guayana. Las otras que añade no son sino

pedazos de territorio o ciudades sobre las cuales las fuerzas patriotas ejercen un dominio amenazado. Tampoco permitían las circunstancias celebrar ninguna forma de elecciones populares. Se escogerán para representar a un país disputado aquellos hombres que se han señalado por sus servicios en la guerra o por su lealtad a la Independencia.

Desde la ruina sangrienta de la Primera República el Libertador no ha cesado de reflexionar a fondo sobre las causas de aquel desastre y sobre el arduo problema de crear instituciones adecuadas a la vez a la realidad histórica de los pueblos y al propósito de crear una democracia sobre la herencia del absolutismo. Es lo que llama desde 1812, en el *Manifiesto de Cartagena*, "la ciencia práctica del gobierno" pero sin dejar de advertir que permanece "siempre fiel al sistema liberal y justo".

Es también lo que reitera, más pormenorizadamente, en 1815 en aquella iluminada Carta de Jamaica en la que recorre en la más deslumbradora síntesis todo el escenario del mundo americano, con su geografía difícil, sus poblaciones aisladas, las alternativas de su porvenir y las inmensas posibilidades de crecimiento y poderío que yacen en su seno de gigante dormido.

Ante esa realidad y ante ese desafío resuelve el 22 de octubre de 1818 convocar el Congreso que ha de reunirse en la ciudad de Angostura el 1º de enero del año siguiente. Es su propósito aprovechar esa excepcional ocasión para darle fisonomía, legitimidad y destino a la revolución de Independencia. Va a presentar una nueva Constitución que debe enmendar las fallas graves de la de 1811 y darle al nuevo Estado solidez y estabilidad, sin sacrificio de la libertad. Y dirá también su grande y definitiva revelación del Nuevo Mundo y de sus posibilidades reales. Va a hablar para toda la humanidad y para todos los tiempos. Va a levantar la lucha armada al nivel de una doctrina y de una concepción del destino colectivo.

En los ratos de descanso en Angostura consulta sus viejos papeles y anota los conceptos que le parecen importantes. Sin embargo, el pelear no le da tregua. Sale de Angostura a reunirse con Páez para preparar un encuentro decisivo con las fuerzas realistas en Apure. Va en la flotilla como pasando revista al inmenso panorama natural y humano. Ve las partidas de lanceros semidesnudos marchar por la llanura o acampar en los bosques de la ribera. Oye en la noche del campamento el eco de los cantos y de las músicas con que el soldado anima la angustiosa velada. Mira el inmenso cielo que cubre la soledad nocturna y por alguna constelación conocida sitúa las posiciones de la imaginación. Al noroeste, tras llanos y montes, debe estar Caracas dormida y lejana. Habrá repicado la hora en la esquina de San Jacinto que resonaba en los corredores y las alcobas de la vieja casa de su infancia. Más allá está el mar de los corsarios y de los navíos ingleses. Tanta ayuda que podría venir y tan sólo viene amenaza de la alianza de los reyes absolutos de Europa. Al oeste, está la alta sabana de Santa Fe de Bogotá, rodeada del cerco de hielo de sus inaccesibles páramos. Hasta allá habrá que llegar pronto para

hacer realidad la unión de la Nueva Granada y Venezuela en un solo país, en aquella Colombia con la que había soñado Miranda. A ratos habla con uno de aquellos oficiales ingleses, que han comenzado a llegar para ponerse al servicio de la República. Hablan de Europa, de las guerras napoleónicas, de las figuras políticas de la hora. El soplo que viene de la inmensidad es como el soplo de la historia.

No logra instalarse el Congreso el 1º de enero de 1819. No habían llegado sino los diputados de Margarita, Barinas, Cumaná y Guayana. Faltaban los de Caracas y Barcelona, a los que se iban a añadir más tarde, en voluntad de unión, los de Casanare.

El 21 sabe la noticia de la llegada a Angostura de frescos y numerosos contingentes de voluntarios ingleses. Son los comandados por Elsom y English. Forman parte del valioso grupo de hombres de esperanza y de lucha que han aceptado abandonar los viejos países para venir a servir la posibilidad parpadeante de una nación por hacer. Vienen a darse a una causa remota y hermosa, a meterse en el trópico encendido y en la cruel guerra primitiva, con ojos deslumbrados de novedad. Unos llegarán al Orinoco, otros recalarán en Margarita. Unos se regresarán en amargo fracaso, otros no lograrán adaptarse a las duras condiciones y estrecheces, pero otros se darán por entero al nuevo destino y con la patria nueva nacerán a una nueva vida.

Resuelve entonces suspender los planes de campaña y regresar a Angostura para instalar el Congreso y disponer la incorporación de los legionarios. Durante largos días baja por el ancho río, deteniéndose en las orillas a descansar y pernoctar. O'Leary nos ha dejado la conmovedora descripción de aquel viaje:

> Reclinándose en la hamaca durante las horas del calor opresivo del día o en la flechera que lo conducía a bordo, sobre las aguas del majestuoso Orinoco o bien a sus márgenes, bajo la sombra de árboles gigantescos, en las horas frescas de la noche, con una mano en el cuello de su casaca y el dedo pulgar sobre el labio superior, dictaba a su secretari en los momentos propicios, la Constitución que preparaba para la República y la célebre alocución que ha merecido tan justa admiración de los oradores y estadistas.

En su hamaca de criollo, con doscientos años de hechura americana en la sangre, en el comienzo de una difícil campaña, dice lo que nadie sino él podía decir, para darles voz y anuncio y rumbo a innumerables generaciones mudas y para plantear, primero y más profundamente que nadie, las grandes cuestiones abiertas del destino de los pueblos del nuevo continente. Va a hablar por el conquistador y por el indio y por el negro. Va a hablar por la nueva gente surgida de la confluencia de las sangres y de las culturas. Va a hablar por la promesa de las tierras vírgenes y de los hombres por venir. Por los poderosos y por los humildes, por los orgullosos señores y por los esclavos, por los que están en los claustros dormidos de las universidades y por los que labran los campos, por los muertos, por los contemporáneos, por los de mañana, por los que han

clamado sin eco y por los que no han tenido nunca voz, por el Negro Miguel, por Túpac Amaru, por las injusticias de ayer y las de mañana y hasta por darles una dignidad a las remotas riberas de la selva donde los europeos del nuevo mercantilismo han recomenzado a poner sus factorías esclavistas. Va a hablar de la realidad y de cómo modificar la realidad. Va a hablar de lo posible. Y lo va a hacer en las palabras más verdaderas, poderosas y resonantes que ningún hombre de su tiempo pudo hablar.

Debió de sentirse como un gran río de la historia hecho de muchos afluentes y de muchos legados. Es encarnación viva y real de su América y por eso, como nadie, logra ser la conciencia de un mundo. Recoge, arrastra, incorpora y rehace todos los aportes del pasado frente a todas las posibilidades del mañana. El Orinoco que lo lleva en su despacioso resbalar de gigante le enseña su lección de totalidad. Todo un mundo palpita en sus aguas. Ha mezclado los ríos blancos y torrentosos, con los negros y sombríos del remoto bosque, y con los leonados y terrosos, ahítos de medir leguas de campo yermo. Toca con sus remotas manos y con sus largos dedos líquidos las montañas que dan al Caribe, el gran circo de la inmensa cordillera de los Andes, y el misterio impenetrado de la vastedad selvática de la Amazonia. Las aguas de todos los paisajes geográficos están en él y ha reflejado en sus millares de afluentes el rostro de todos los hombres y de todos los seres que se han allegado a aquel inmenso espacio continental. No podía tener mejor mesa de trabajo Simón Bolívar para terminar su oración del destino americano.

Llega a la ciudad el 8 y fija la instalación del Congreso para el 15. Todo es atareo y aire de víspera en la urbe fluvial. Están allí para el Congreso o para recibir las instrucciones del Jefe Supremo los militares y los hombres más distinguidos de la revolución. Han cambiado las raídas ropas de campaña por el uniforme de gala y por la casaca de las ocasiones solemnes. Están allí los legendarios guerreros con sus generalatos nuevos y sus caras mozas: Santiago Mariño, Rafael Urdaneta, Tomás Montilla, Pedro León Torres, y están también los forjadores del estado de derecho y de la misión civilizadora de la República, los redactores del *Correo*, Roscio, Zea, Palacio, Ramos, y además Fernando Peñalver, Diego Bautista Urbaneja, Gaspar Marcano, Antonio María Briceño, y el impetuoso sacerdote y guerrero Ramón Ignacio Méndez, que paseará su apasionada figura de combatiente desde los campos de batalla hasta el solio de los Arzobispos de Venezuela.

El 15 en la mañana se instala el Congreso. Las tropas rinden honores a la llegada del Jefe Supremo y Capitán General de los Ejércitos. Se ponen de pie los diputados para ver entrar al hombre atezado y nervioso, resplandeciente de charreteras y entorchados que sonríe con aquella melancólica sonrisa que a tantos ha sorprendido. Toma asiento en su sitial. Le conceden la palabra y se pone de pie. En el silencio vivo se alza la voz firme, martillada, implorante y autoritaria:

"Señor: ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la Soberanía Nacional para que ejerza su voluntad absoluta!".

No es ficción, es creación. No es a un grupo de hombres reunido al azar a quien habla Bolívar. Habla, con convicción y fe que quiere transmitir a todos, al "Augusto Congreso", a "los Representantes del Pueblo de Venezuela", a la "fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del Destino de la Nación".

Aquellos hombres tienen que ser, y serlo para todos de hecho y de derecho, los representantes del Pueblo. Si no lo fueran, o no hubieran de ser tenidos por tales, la República no podría existir y quedaría reducida a la condición de una insurgencia armada. No es él, a la cabeza de sus hombres, quien debe y puede tener la autoridad. No es Páez, no es Mariño ni Bermúdez: si va a haber República, si va a existir país legal, la autoridad suprema debe residir en un Congreso que represente al Pueblo y que se exprese por medio de la ley.

En este gesto de subordinación de la espada combatiente ante la ley y de sumisión de la fuerza al Congreso están la lección y el símbolo fundamental de aquel acto. Bien sabe él, como lo saben todos, que la guerra no está ganada, que las más duras y difíciles campañas están en el mañana, pero no quiere poner en peligro la existencia de la República y que pueda confundírsela con el simple mando de un jefe afortunado.

Comienza por pintar la realidad social, producto de la historia y de la guerra. Busca en el pasado remoto e inmediato las causas "del desarrollo de todos los elementos desorganizadores". Un pueblo no es una masa plástica inerte, sino el resultado viviente del pasado, de los muertos, de las creencias, de las circunstancias, de la realidad. Nadie como él ha mirado todo esto antes en América con tan penetrante mirada. Los elementos del cuadro social son la mentalidad española, el complejo proceso de formación de la sociedad colonial, las formas de existencia asociada, la condición heterogénea de la vida colectiva, los costosos errores e idealismos del primer gobierno republicano y la guerra, que han llegado a constituir "el torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela".

La empresa que tienen que acometer no es simplemente la de ganar una guerra, o la de proclamar un más o menos transitorio e ineficaz régimen republicano, sino "la creación de una sociedad entera". De esta gigantesca magnitud es el empeño que viene a revelar ante los atónitos ojos de los nuevos diputados y de los nuevos generales.

La gran cuestión fundamental de nuestro mundo está allí planteada en los términos más certeros e inolvidables. El es el primero que contesta a la gran pregunta de la esfinge del destino de la América Latina: ¿Qué somos? "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos...". Esa condición contradictoria e inestable se agrava por la situación pasiva y marginal en que se ha mantenido a los

criollos bajo un régimen de autoridad y de derecho divino; "abstraídos y ausentes del Universo en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno", no habían podido "adquirir ni saber, ni poder, ni virtud". En estos tres requerimientos está la clave: saber, para alcanzar el más alto y difundido nivel de conocimientos científicos y prácticos; poder, para llevar a plenitud realizada toda la capacidad latente de crecimiento social y de adelanto económico, y virtud, que no es otra cosa que honesto amor del bien y afirmación de la dignidad humana.

En tales condiciones, en las que se trata nada menos que de "echar los fundamentos de un pueblo naciente", el Libertador señala la importancia de "la naturaleza y la forma de gobierno" que se haya de escoger.

Todo el pasado del hombre es el inmenso teatro de su reflexión. Mira sucederse en los anales de los tiempos los más hipócritas y los más descarados sistemas de opresión. La libertad ha sido un milagro transitorio, perecedero y difícil, "porque son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras de sí la tiranía". Por eso estudia y señala el rezago negativo del pasado, la herencia activa de un sistema de legitimidad autoritaria y de sociedad de castas, pero no para negar la posibilidad de un régimen democrático o para renunciar a ella, sino para afirmarla, como posibilidad histórica, realizable mediante la aceptación de los hechos ciertos y la modificación de las circunstancias sociales.

Lo que Bolívar dice es que la democracia, la libertad, la igualdad y la justicia no se decretan en las Constituciones, sino que pueden y deben surgir de una esforzada y continua labor de creación de una sociedad nueva. Es para esa inmensa tarea ciclópea para lo que llama a los hombres de su tiempo y de la posteridad, no para mantener fáciles y abyectas formas de opresión, ni tampoco para crear instituciones imitadas e ilusorias, sino para formar un estado democrático en nuestra América, teniendo en cuenta las características de nuestro pueblo y los obstáculos de la realidad.

Pensar lo contrario es infamarlo. No renuncia ni a la libertad ni a la justicia ni menos a la igualdad. Lo dice sin sombra de duda y con desafiante convicción: "Un Gobierno Republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela: sus bases deben ser la Soberanía del Pueblo: la división de los Poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios". Proclama esos principios por los que ha luchado y va a luchar toda la vida y señala en su proyecto de Constitución las formas por medio de las cuales cree posible alcanzarlos. "Necesitamos de la igualdad", dice, con el objeto de compensar las diferencias de la naturaleza y crear la unidad fundamental del pueblo y también pide "la garantía de la Libertad Civil". Su esfuerzo se dirige a la formación de un "espíritu nacional" que tenga inclinación hacia dos puntos capitales: "moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública". Lo que busca, con desesperada insistencia y angustia, es la creación de un orden democrático que tenga en cuenta la realidad

social y el carácter nacional. Lo que pide es, para repetirlo con su palabra conminatoria, "un Código de Leyes Venezolanas".

Porque hay que transformar a un pueblo, porque hay que hacerlo para la democracia, Bolívar invoca la importancia fundamental de la "educación popular". Pero la suya es una educación de la inteligencia y del carácter, no sólo para el saber sino también para la virtud. No sólo "luces", que sería la mira de una tecnología deshumanizada, no sólo "moral" que pudiera significar el mantenimiento de un rígido y anticuado conjunto de prohibiciones y castigos, sino "moral y luces", es decir la realización cabal del hombre entero, o para decirlo con sus viejas y conmovedoras palabras, junto al saber y el poder, la virtud.

En su sinceridad republicana no transige con las viejas formas establecidas de la injusticia. Ante un mundo que miraba la esclavitud como una institución legítima y que aceptaba y practicaba el tráfico negrero como comercio lícito, el hombre que se enorgullecía, más que de ninguna otra cosa, de ser llamado el Libertador, dijo medio siglo antes que Lincoln, que "no se puede ser libre y esclavo a la vez" y alzó la voz quebrada de emoción para exclamar: "Yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República".

Es sobrehumana la empresa en que está metido. No sólo tiene que recorrer inmensos países en temeraria guerra, sino que frente a la debilidad de la nueva nación por nacer se alzan los grandes poderes históricos. No es sólo España, que en todo momento puede desatar una suprema ofensiva, sino las otras potencias dominadoras que pueden, unidas o separadas, intentar hacer presa fácil de aquellas poblaciones agotadas por la inacabable lucha. No luchan contra España para caer bajo otra dominación extranjera. El objeto no es otro que la independencia y el derecho al propio gobierno y por eso Bolívar expresa la fórmula suprema y desesperada del nacionalismo irreductible de los pueblos americanos, al anunciar "su última voluntad para combatir hasta expirar por defender su vida política, no sólo contra la España, sino contra todos los hombres".

Para ese designio y ese desafío invoca su antiguo propósito de "la reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado". Cuando lo dice está hablando de un país distante e inaccesible defendido por los picos de la cordillera y por las tropas españolas. Su situación militar era aparentemente la misma de los últimos tiempos, cuando escribía sobre la liberación de Guayana: "tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa Fe... en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña; el que más logre esta ventaja será el vencedor". Sin embargo, antes de seis meses, habrá marchado con sus tropas miserables al través de los llanos inundados y del hielo y la ventisca de los páramos hasta Boyacá para caer con el increíble salto de un jaguar de los llanos sobre el sorprendido ejército realista y poner en el palacio del solemne virreinato las banderas de la América independiente. La

espada de Boyacá brilla con otra luz porque sobre ella reverbera el pensamiento del discurso de Angostura.

El Congreso restablecerá la legalidad de la República, elegirá a Bolívar Presidente de Venezuela, aprobará con modificaciones el proyecto de Constitución y coronará la obra de la campaña de los Andes al promulgar el acto fundamental de creación de aquel viejo sueño de unidad y de grandeza que ellos llamaban Colombia.

Todo esto se dijo y surgió en esta sala, frente al testigo inmenso y silencioso, grande como la ocasión misma, que es el Orinoco, y ante el asombro incrédulo y sobrecogido de aquellos pocos seres privilegiados.

Lo habían oído. ¿Es que, acaso, lo habían oído? ¿Es que tenían un término y una significación estricta y limitada aquellas palabras increíbles? Está la sala de pie, con lágrimas, encendidos los ojos, vitoreándolo. Está el inmenso auditorio de todo un continente y de toda la posteridad. ¿Lo hemos oído?

En pie y abierta está la gran tarea de "crear una sociedad nueva", de hacer la República, de crear un pueblo, para "el saber, el poder y la virtud", de luchar sin tregua contra las limitaciones y los obstáculos interiores y contra la gravitación de nuevos y crecientes centros de poder mundial. Es a todos nosotros a quienes habla. Oídlo. Desde el Río Grande hasta la pica de hielo de la tundra magallánica. Está hablando para todos nosotros. En esta sala, en la eternidad del compromiso histórico, en el empeño inagotable de crear país y de hacer patria para todos los americanos.

Oídlo. Ha dicho finalmente la inolvidable manda: "Empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías".

Bolivariana. Caracas: Horizonte S.A. de Seguros, 1972, pp. 63-82.

LA OTRA AMERICA

Esto que muchos llaman la América Latina es, de modo muy significativo, el mundo al que se le ha arrebatado el nombre. Siempre ha habido una metáfora o un equívoco, o una razonable inconformidad sobre su nombre. Nuevo Mundo, Indias, América fueron otras tantas denominaciones del azar y hasta de ignorancia. Cuando en su mapa Martín Waldseemüller puso en 1507 el auspicioso nombre, lo colocó sobre el borde de la masa continental del sur. La parte del hemisferio norte no vino a llamarse América sino tardíamente.

Desde que en 1776 las antiguas colonias inglesas del norte se proclamaron independientes y a falta de designación propia optaron por la elemental definición política de Estados Unidos de América, que definía someramente su forma de gobierno y su situación geográfica, se planteó el problema del nombre para el sur. Cuando se hizo visible y poderosa la expansión y la fuerza del nuevo país, el nombre de americano vino a serle atribuido de un modo creciente. Para franceses e ingleses del siglo XVIII, Benjamín Franklin era el americano y en cambio un hombre como Francisco de Miranda, que podía encarnar con mejores títulos la realidad del nuevo mundo, era un criollo, un habitante de la Tierra Firme, o un exótico indiano.

El hecho de que el nombre no corresponda exactamente a la cosa no es lo importante. Ningún nombre corresponde exactamente a la cosa que designa. Arbitrarias y caprichosas en su origen fueron igualmente designaciones como Asia, Africa o Europa para no hablar de Italia o aun de España. El problema ha sido la falta de una identidad suficiente y segura.

Larga, difícil, no concluyente y cuatricentenaria es la busca de identidad de los hijos de la otra América, de ésa que se designa todavía por tantos nombres objetables y casi provisionales como Hispanoamérica, América Latina, Ibero-América y hasta Indo-América. La presencia de ese cambiante complemento revela la necesidad de una no bien determinada diferencia específica con el género próximo.

Poco importaría el nombre viejo o nuevo, ingenioso o llano, si detrás de su planteamiento no se revelara una no resuelta cuestión de definición y de situación.

Ha tenido mucho que ver en todo esto la peculiar actitud del latinoamericano con el lugar y la hora. Ha sido la suya, desde el inicio, una situación para ser cambiada. Más que en ningún otro ámbito histórico se ha pensado allí en términos de porvenir y lejanía. Más que el hoy ha importado el mañana, más que lo visible lo invisible y más que lo cercano lo lejano. La búsqueda de El Dorado es una instancia ejemplar y extrema de esa mentalidad. Poco importaba la ranchería escueta y escasa de riqueza en que se hallaban, ante la idea de que estaban en el camino de El Dorado. Siempre se encontraban frente a una inmensidad por conquistar, ante la cual lo conocido y poseído resultaba desmesuradamente pequeño. Había un más allá en el espacio y el tiempo donde todo sería bueno y abundante.

Desde la llegada de los conquistadores se miró más el futuro que el presente. Venían a hacer "entradas", a conocer tierras nuevas, a buscar tesoros, a fundar para el mañana, con un proyecto en la imaginación.

Influyó en esto el hecho de ser América el primer gran encuentro del hombre moderno con un espacio geográfico totalmente desconocido y en gran parte vacío. Más importante que lo que había era lo que se podía hacer. El hecho mismo de llamarlo Nuevo Mundo revela esa concepción visionaria. No venían a sojuzgar ciudades y países sino a fundar lo que no existía y sin tomar mucho en cuenta lo que existía. Se crearon reinos, gobernaciones y provincias como un arquitecto traza en el papel el edificio por construir. Más que el presente importaba lo que podía ser hecho para el futuro. Se iba a hacer una Nueva España, una Nueva Castilla, una Nueva Toledo, a fundar la Orden de los Caballeros de la Espuela Dorada, o simple y llanamente, la *Utopía* de Tomás Moro.

La América Latina fue concebida como un proyecto. Todo lo que dicen los documentos oficiales más antiguos se refiere a lo que se puede hacer aquí. Esto va desde las *Cartas* de Colón hasta los discursos de Bolívar, desde la visión futurista y asombrada del jesuita Acosta en el siglo XVI hasta la descripción de las posibilidades del porvenir de que está llena la obra profética de Humboldt al final del período colonial.

La independencia misma tiene más que ver con un proyecto de futuro que con una realidad de presente. Es esa su mayor característica. Hay que crear para el mañana la más perfecta república que la humanidad haya conocido. No importan las limitaciones y los obstáculos del presente. Cuando en 1811 el Congreso venezolano dicta la primera Constitución hispanoamericana no parece tomar en consideración la situación real del país ni sus instituciones vigentes, ni su organización social o su economía, sino que se lanza, exento y libre de toda atadura con la realidad circundante, a invocar un orden político que requería la transformación de toda la realidad existente para poder funcionar.

Se iban al más remoto pasado o se lanzaban al más utópico futuro. Todo menos al presente. Por lo demás, el pasado remoto, actualizado o resucitado, de una leyenda dorada ha sido una forma tradicional del pensamiento revolucionario. La revolución, en el fondo es una nostalgia, una tentativa de volver a la olvidada y perdida Edad de Oro.

En los papeles de los creadores de la revolución hispanoamericana surge ese desdén por lo inmediato. En el archivo de Miranda abundan los testimonios de esta actitud mental. Miranda observa y estudia el funcionamiento de las más avanzadas instituciones políticas de la Europa de su tiempo, desde el ejército y los hospitales, hasta los jardines y el Parlamento, para transportarlos en su oportunidad al Nuevo Mundo, pero a la hora de darle un nombre al jefe de ese inmenso Estado nuevo que se iba a extender desde México hasta la Argentina, no encuentra ninguno mejor que el del Inca. Un Inca iba a presidir la vasta república mirandina, estructurada sobre las más modernas formas políticas ensayadas por Inglaterra y por la Revolución Francesa.

El primero que se percata del riesgo de esta posición es Bolívar, que en el Manifiesto de Cartagena y sobre todo, en 1819, en el Discurso de Angostura, señala el reiterado error de no tomar en cuenta la realidad social creada por la historia. No tuvo buen éxito este llamado al orden. El continuo batallar del siglo XIX está expresado en proclamas utópicas que muy poco tienen que ver con la realidad circundante. Se buscaba una perfección política abstracta y se la quería para mañana.

Todo esto que no ha dejado de ser visto caricaturescamente, tiene una innegable grandeza trágica. Tantos años de lucha y de enfrentamiento destructivo en las naciones hispanoamericanas pudieron ser vistos con orgulloso desdén por los Estados Unidos de la época y por las grandes potencias europeas, como una muestra de inferioridad o de incapacidad para la vida civilizada. También vinieron los positivistas con su diagnóstico pesimista a señalar las invencibles fatalidades de clima, raza y momento que nos condenaban a la barbarie o a la impotencia para la vida civilizada. Pero un pueblo que por tanto tiempo y con tanta pasión se da a luchar en busca de promesas de justicia, de libertad y de igualdad, revela una fibra moral extraordinaria. Hubiera sido ciertamente más útil y productivo resignarse a lo posible, trabajar dentro de lo dado y renunciar a buscar las formas superiores de la dignidad humana, pero se escogió tenaz y mayoritariamente el riesgoso y difícil camino de lo absoluto.

Se ha hablado a este respecto del "nominalismo" hispanoamericano. Creer que el nombre es la cosa, que proclamar la república es la república, que decretar la igualdad es la igualdad. Algo de ello hay, pero no es todo. Si hubiera sido todo, los pueblos habrían permanecido quietos o hipnotizados junto a los renovados altares sobre los cuales se habían puesto los nuevos ídolos de los grandes principios liberales. No fue así; cada vez que la promesa o la esperanza no se transformó en realidad tangible, se reencendió la lucha. Lo que provocó las largas guerras que

en el siglo pasado desgarraron a casi todo el mundo hispanoamericano y que tiene sus puntos culminantes en vastos conflictos colectivos como la guerra de las Reformas en México, la cruzada contra Rosas en la Argentina o la Guerra Federal en Venezuela, no era sólo la proclamación de un dogma político sino una sed de justicia que en las formas más variadas y a veces ingenuas alcanzaba a todas las capas sociales.

No merece tanto desdén y burlona conmiseración un mundo que ha sido capaz de luchar tanto y por tan largo tiempo por los más altos ideales humanos.

Sin embargo, desde los días de la reina Victoria y de la Tercera República francesa, ha habido una América digna de admiración por su riqueza, sus virtudes y su creciente poderío, que era la constituida por los Estados Unidos y acaso por el Canadá, y la otra América, tierra caliente, pintoresca y primitiva, buena a lo sumo para colonizar y explotar. Tierra de loros, vicuñas, indios emplumados, gauchos y caudillos ignaros. También de algunos exóticos productos coloniales: cacao, café, ron, melaza, tabaco y pieles, y de extraños e impuros poetas.

No era fácil, no lo ha sido nunca, identificar a la América Latina, que presenta tantas y tan contradictorias faces, por dentro y por fuera. Lo que parece su contradicción no es sino una forma de su mezcolanza no conciliada. Está llena de la pugna de las reliquias y de las novedades. Medio siglo después de que Humboldt oía con asombro discutir de las mayores novedades políticas mundiales en el viejo camino empedrado de La Guaira a Caracas, Sarmiento describía la detenida vida del siglo XVII en Mendoza. Y cuando Bolívar llega al Cuzco en 1825 debió de tener la sensación de mirar abierto un profundo corte transversal al través de la historia. Juntos, superpuestos y escasamente mezclados estaban allí gentes, hábitos y piedras de la vida incaica junto a las iglesias castellanas, a los frailes de misión y doctrina, a los doctores en "Utraque" y a un ejército que traía, junto con su gruesa pólvora, ideas de Rousseau y Montesquieu. Pudo tener al mismo tiempo en una mano el pendón de Pizarro y en la otra un proyecto de Constitución democrática. Lo saludaban con las viejas palabras ceremoniales del Inca o del Virrey y él hablaba de ciudadanos y república.

Hubo una edad española que se quedó detenida y retrasada en tierra americana. Lo dice la lengua que evolucionó más lentamente, lo dice el arcaísmo no sólo de voces, sino de usos que pervivió en la vida de los criollos de clase alta. La llegada de los Borbones al trono de España se sintió en América tardía y superficialmente. En lo esencial sobrevivieron el mundo y los valores de la casa de Austria.

Aquel cristiano viejo de Castilla, que era el heredero de una larga historia del encuentro de cristianos, moros y judíos en la península y que llegaba, como lo ha señalado Américo Castro, lleno de inquebrantable casticismo, no sólo vino a hallarse en un medio geográfico y social distinto, sino en presencia de otras razas con otras culturas. No es mucho lo que todavía sabemos del vasto y profundo proceso de mestizaje

cultural que tan dramática, dolorosa y ricamente ocurre en las nuevas tierras. Desde la disposición de la ciudad hasta la arquitectura del templo, desde el lenguaje hasta la condición del trabajo, desde el culto hasta la cocina, desde las formas de cultivar hasta las relaciones de familia y de sociedad, la presencia del indio y del negro se hace sentir con los más variados aportes. Lo que pasa en la América Hispana en esos tres siglos no se parece a nada de lo que ha ocurrido en otros continentes en los encuentros entre europeos y nativos. No pasó en la América del Norte, ni ocurrió tampoco en Africa o en Asia en los espacios de dominación inglesa o francesa.

No hay el equivalente de un Inca Garcilaso en la América anglosajona. No se creó un barroco africano o asiático como legado del encuentro con los europeos. No surgieron nuevas formas sociales o artísticas, sino que se superpuso lo europeo a lo indígena, la zona de contacto fue estrecha e inerte, la iglesia presbiteriana junto al templo indostano, o la minoría europea aislada de la mayoría autóctona. No se pudo dar un Sarmiento africano ni un Caspicara o un Aleijadinho angloamericanos. No podían darse porque el hecho fundamental del que esos hombres y esas creaciones surgieron, que fue el mestizaje cultural y racial, no se dio en ninguna forma significativa y poderosa ni en el norte de América ni en Africa ni en Asia. Culturalmente hubo, *avant la lettre*, un *apartheid*.

Si los Estados Unidos pudieron apropiarse para sí, frente al mundo, el nombre de América, relegando y obligando a las otras tres cuartas partes del continente a buscarse un apellido u otro nombre, no ha sido por una hábil jugada o por una afortunada promoción publicitaria.

Ha sido fundamentalmente el efecto del inmenso desnivel de desarrollo y poderío entre ellos y el resto de América. Ha tenido inmensas consecuencias de toda índole en la redondez de la Tierra el hecho espectacular de que en menos de dos siglos las trece colonias marginales de Inglaterra en la costa americana del Atlántico Norte se convirtieran en la más grande potencia económica, tecnológica y militar del planeta.

Con sorprendente rapidez y eficacia lograron tomar posesión útil de la inmensa masa continental que iba de océano a océano y establecer un sistema económico y un sistema de simples y efectivas libertades públicas.

Muchas han sido las causas y las explicaciones que se han dado para tan grande diferencia de crecimiento en las que entran desde el clima y la calidad de la tierra, hasta la ética protestante y la libertad económica.

Es la reaparición en territorio americano, en forma tajante y dramática, de la división de destino y mentalidad que la reforma protestante ocasionó en Europa, entre el Norte que creó el capitalismo, el racionalismo y el régimen parlamentario y el sur que se mantuvo fiel a la herencia medieval del absolutismo, de la economía señorial y servil, y del predominio del dogma religioso.

El rumbo de la otra América no lo decidió ella sino que en gran parte fue la consecuencia de decisiones que coincidieron casi con su nacimiento. Por los resultados de la jornada de Villalar, tan remota en el

tiempo y en el espacio, no tuvo gobierno representativo; por la dieta de Worms y por la política de la Casa de Austria en el siglo XVII no participó en el nacimiento del capitalismo industrial, en el desarrollo de la investigación científica y en la formulación del pensamiento racionalista.

En gran parte las dificultades de su historia han derivado de la necesidad de nadar contra la corriente, frente a la gravitación de esos hechos decisivos que le fueron legados, en busca de una posibilidad desesperada de incorporarse a otra historia y a otro tiempo.

La antinomia entre el alma heredada y la necesidad vital de estar al día con el mundo del progreso, explica muchas de sus contradicciones.

Mientras Carlos II montaba un anacrónico Auto de Fe en la Plaza Mayor de Madrid para celebrar sus bodas con el pasado, se escribía en La Haya el *Discurso del método*, se fundaban la Royal Society y el Banco de Inglaterra en Londres y se formulaba la física de Newton.

Desde entonces la brecha no ha disminuido y es de ese angustioso tamaño el salto contra el tiempo que los pueblos de herencia hispánica tienen que intentar. O el tiempo cambia o cambiamos nosotros.

Intentar dar ese salto por sobre la mentalidad heredada ha sido el fermento de la inquietud revolucionaria del mundo hispanoamericano, por lo menos desde el siglo XVIII. Los criollos descubrieron pronto el racionalismo, el progreso científico y el brillo de "las luces". Al través del ejemplo de la América Inglesa, de los viajes y de los libros que llegaban junto con el contrabando desde las islas herejes se abrió un ansia de ponerse al día y de repudiar el pasado. Voces nuevas, ideas nuevas, nuevas utopías para reemplazar las ya olvidadas comienzan a aparecer. Fueron precisamente los hijos y herederos de los privilegios de la conquista los que más activamente se lanzaron por la vía de la revolución. José Domingo Díaz, un monárquico venezolano, contemporáneo de la independencia, pudo escribir con asombro en su libro *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*: "Allí por la primera vez se vio una revolución tramada y ejecutada por las personas que más tenían que perder".

Ahora, con su nombre equívoco, con sus contradicciones no resueltas, con su ansia de futuro y de absoluto, con su carga de irracionalidad desafiante, la otra América ha entrado a la más inesperada y exigente edad que el planeta haya conocido.

En medio de la más grande y veloz transformación de todas las relaciones de valor y de cambio, en un confuso panorama de nuevas y crecientes posibilidades de utopía y de riesgo, la vieja tierra de utopía y de riesgo tiene que repensar su destino y prepararse para un futuro que resulte conciliable con sus visiones.

Se forman nuevos y grandes centros de poder en una dimensión y con unas consecuencias que el pasado nunca conoció. Ya no son los acorazados y los batallones de las viejas potencias coloniales. Estamos viviendo en la bipolaridad nuclear, en la Guerra Fría, en las nuevas formas de poder representadas por el monopolio tecnológico y por las

inabarcables empresas transnacionales. Ahora vemos surgir la posibilidad de nuevas concentraciones de poderío. Ya no son sólo los Estados Unidos y la Unión Soviética con sus respectivos aledaños de predominio, sino que se mira claramente resurgir la suma de poder de una Europa unificada, el Japón aparece como el mayor centro de poder tecnológico e industrial de Asia y no puede descartarse la posibilidad de una alianza de naciones de cultura anglosajona que podría comprender los Estados Unidos, el Canadá, Africa del Sur, Australia y Nueva Zelanda, a la que en alguna forma tendría que pertenecer la Gran Bretaña. Algún día encontrará formas de unidad el Africa Negra y el destino de China e India se formalizará ante el Japón. En ese mundo que viene de la creciente concentración y avance desigual del poderío tecnológico y económico, ¿qué papel va a desempeñar la América Latina?

Para apreciar esa posibilidad habría que considerarla en conjunto como una inmensa suma de espacio geográfico, de recursos naturales de todas clases, de climas y bosques y aguas y de humanidad. Una de las más grandes masas geográficas del planeta, una suma extraordinariamente homogénea de unidad cultural, que podría constituir una de las más unificadas concentraciones humanas del mundo por venir.

Hoy es el español el habla materna de más de doscientos millones de seres, numéricamente es la tercera lengua del mundo después del chino y del inglés. Si sumamos los pueblos de lengua castellana y portuguesa, cuya barrera lingüística es muy tenue, representaría más de trescientos millones, lo que los convertiría en la segunda comunidad lingüística del mundo actual.

Hay ciertamente la posibilidad de una gran suma potencial de poder en el mundo hispánico. La orgánica complementación de sus recursos humanos y naturales, facilitada por su comunidad cultural y linguística, podría crear las bases para uno de los centros importantes de poderío mundial en el mundo de mañana.

El mundo hispánico ha experimentado grandes momentos de toma de conciencia, en los que ha parecido sentir algún oscuro y poderoso llamado del destino.

La formación del Nuevo Mundo fue una de esas horas. Todavía no hemos valorado debidamente todo lo que significó la extensión cuantitativa del espacio político, económico y cultural, ni menos aún las alteraciones cualitativas que el hecho introdujo en los valores y en las concepciones.

Lo fue también la Guerra de la Independencia. La de la Independencia española y la hispanoamericana, que son dos manifestaciones de un mismo fenómeno. Se había roto el final vestigio del mito patrimonial de la Corona española, se había detenido el flujo inerte de la tradición y los pueblos tuvieron que enfrentarse a nuevas circunstancias. Hay todo un parentesco espiritual y una coincidencia de sentido en la actualidad y en los propósitos coetáneos y conformes que animaron sucesivamente

a Aranda, Miranda, Jovellanos, Bolívar y Riego. Una hora de la historia de occidente exigía respuesta adecuada y pronta del mundo hispánico.

El vasto y múltiple fenómeno que a fines del siglo XIX provoca toda una angustiada y profunda revaluación del pasado y una búsqueda del porvenir en el pensamiento y en las letras de lengua castellana y que representan hombres tan separados en el espacio, pero no en el sentido y en el sentimiento, como Martí, Ganivet, Unamuno, Darío y Rodó es otra de esas horas. Lo que en España se llama la generación del 98 y lo que en América se conoce como el movimiento modernista constituyen reacciones espontáneas y análogas frente a una circunstancia común.

No se ha evaluado todavía todo lo que significó en participación moral y en angustia espiritual la guerra civil española en toda Hispanoamérica. Era sentida como un nuevo episodio trágico de la vieja herencia y de la vieja vocación común.

Estamos ahora en otro tiempo similar. Se forman grandes concentraciones de poder mundial. El poderío científico y tecnológico, que es a la vez la base en nuestros días del predominio económico, militar y político, con todas sus implicaciones, se va concentrando en los países anglosajones, en la Unión Soviética y su familia de satélites y en el Japón.

¿Qué va a hacer el mundo hispánico? Girar pasiva y estérilmente en alguna órbita de poder ajeno o reunir sus recursos y sus fuerzas en una suma eficaz para entrar a dialogar a parte entera en el drama de la creación del futuro de la humanidad.

Decir como en la trágica "boutade" de Unamuno: "que inventen ellos", o ponernos a inventar nosotros.

No es tiempo para optimismos ni tampoco para pesimismos, sino para un realismo frío y ponderado que inventaríe recursos y defina posibilidades prácticas.

La otra América, que no es sólo otra por ser distinta a la anglosajona, sino por la necesidad de renovar y redefinir su presente y por su voluntad de futuro y la otra España, que ha de surgir, no tienen posibilidad mayor que la de unir y sumar conscientemente para el futuro lo que hasta ahora no es sino tácito rezago y herencia yacente del pasado común. El tiempo nos llama.

La otra América. Madrid: Alianza Editorial, 1974, pp. 9-20.

EL MITO AMERICANO

La utopía es americana. El juego de palabras (no hay tal lugar) de Tomás Moro no era sino el velo que el hombre prudente tenía que poner para atenuar las duras verdades. La utopía era el reino de justicia, que podía no pasar de pura y no tan gratuita imaginación frente al demasiado real y próximo reino de Enrique VIII de Inglaterra, el lugar donde había paz y bien, ante aquel otro de la desigualdad y la violencia donde "los carneros se comían a los hombres".

No era una ficción lo que escribía el canciller inglés, era un proyecto. Frente a la dura sociedad creada por la ciega y destructora política de poder, proyectaba un orden gobernado por la igualdad y la justicia. Mientras su contemporáneo Maquiavelo pintaba el infierno de la razón de Estado, Moro proyectaba el Paraíso del estado de razón.

Su *Utopía* está en América. No la coloca ni en Europa ni en Asia ni en Africa. El Asia entrevista en el libro de Marco Polo no dejaba mucho espacio para un orden de razón. Ni el reino del Preste Juan, ni el Africa de las cruzadas y las degollinas. Los viejos cronistas pintaban las tropas de Godofredo de Bouillon combatiendo en el Santo Sepulcro de Jerusalén con la sangre a la rodilla.

Es un marino de Vespucci, Rafael Hitlodeo, quien describe la encantada tierra sin odio, sin pobreza, sin privilegios. Tres hilos se anudan en esa hora de inicio de los tiempos modernos para formar esa visión de bien social alcanzable. Una es la vetusta imagen de la Edad de Oro que venía en la herencia de la Antigüedad Clásica. Estaba en el pasado, pero nunca los hombres dejaron de soñar en la posibilidad de un regreso a aquel tiempo de bienaventuranza. El otro era el ejemplo al través del Evangelio y de la tradición bíblica de la vida virtuosa de los primeros cristianos y el eco de la historia como parábola de la caída en el mundo de la muerte y del dolor cuando nuestros primeros padres perdieron el Paraíso. Lo pagano y lo cristiano se mezclaban en esa imborrable nostalgia.

El tercer factor lo dio el descubrimiento de América. Desde que circuló por Europa la carta de Colón a los Reyes Católicos dándoles cuenta del primer viaje, con ella fue la poderosa y conmovedora imagen de la bondad natural del hombre, que tan hondamente iba a dejar su huella en todo el pensamiento occidental.

Buena parte de la carta la ocupa la descripción de los indios con un asombro conmovedor. No conocían las armas ni el vestido, ni el vicio ni el valor del oro, daban con gusto de todo lo que tenían y parecían incapaces de hacer daño. "Andan todos desnudos, hombres y mujeres", "no tienen hierro, ni acero, ni armas", "son sin engaño y liberales de lo que tienen... y muestran tanto amor que darían los corazones", "ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que de aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas".

Quedaba así descubierta y descrita la Utopía desde 1493. Había un espejo mágico para que los europeos vieran toda la deformada y viciosa fealdad de su mundo frente a aquel otro. Muchas cosas estaban implícitas en ese contraste. Las sociedades humanas que estaban más cerca de la naturaleza parecían ser más justas y disfrutar de un estado de mayor felicidad que las sociedades europeas. ¿Qué pecado, qué caída, qué horrible error había cometido el europeo para que su orden social y político llegara a semejante caos de irracionalidad y violencia? Los pensadores se plantearon muy pronto el problema. Unos, a la manera de Tomás Moro, como invocación de un orden posible que devolviera al mundo civilizado aquellas virtudes del estado de naturaleza. La *Utopía* es el manifiesto revolucionario del siglo XVI, en un tono no menos subversivo y ambicioso que el llamado a regresar a la "philosophia Christi" de Erasmo y que la Reforma, tan metida en la política de poder y en el individualismo adquisitivo de Lutero.

Para otros fue la ocasión de una amarga crítica del mundo europeo. Montaigne, que tanto va a influir en todo el pensamiento occidental, lo advierte con segura penetración al hablar de los indios americanos, de la "gente de ese otro mundo que ha sido descubierto en nuestro siglo". "Lo que por experiencia hemos visto en esas naciones, dice, sobrepasa no solamente todas las descripciones con que la poesía ha embellecido la Edad de Oro y todas sus invenciones para fingir una feliz condición de los hombres, sino aun la concepción y el deseo mismo de la filosofía". Son aquellos salvajes los que han alcanzado aquella perfección de vida y los europeos "nosotros quienes los sobrepasamos en toda clase de barbarie".

Esa imagen del "buen salvaje", de la igualdad, la libertad y la felicidad de los seres que viven cerca del estado de naturaleza, es el concepto más importante que surge del hallazgo del Nuevo Mundo. Es el mito americano por excelencia y el don de América al pensamiento occidental, así como la papa fue su don a la economía. Lo habían lanzado Colón y Vespucci. Lo van a recoger y reelaborar los pensadores, los poetas y los políticos. Se puede trazar una larga genealogía del concepto. Erasmo lo recoge en un fragmento del *Elogio de la locura* en 1511. Tomás Moro

le da la forma definitiva y el nombre en la *Utopía*, cinco años más tarde. De allí en adelante se va a encontrar su eco en muchas cumbres literarias, en Montaigne, en el Shakespeare de *La tempestad*, en Voltaire, en Marmontel y, sobre todo, en Rousseau que lo convierte en dogma político. Todavía en el romanticismo sigue vivo en el Chateaubriand de *Atala* y en sus seguidores.

Ese concepto de un orden social americano más perfecto que el de Europa y que debía ser preservado y hasta imitado, no sólo lo tienen las gentes que quedan en el mundo de hierro del viejo continente sino quienes vienen, en diferentes formas, a integrarse al Nuevo Mundo.

La visión de Utopía hace un viaje de ida y vuelta entre las dos orillas del Atlántico. Del libro de Moro va a regresar a las guerras americanas para ensayarse en una realidad.

Varios y significativos fueron los ensayos de realización de la Utopía en el Nuevo Mundo. En la biblioteca del primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, había un ejemplar anotado del libro de Moro. El pensamiento utópico y erasmiano estaba vivo en la jerarquía eclesiástica de la Nueva España. El ensayo, tan poco estudiado, que hace Vasco de Quiroga en los hospitales-pueblos de Michoacán a mediados del XVI, se propone la realización del proyecto de Moro. En la carta que dirige a Carlos V se mezclan la visión de Moro y el pensamiento erasmiano en un radical proyecto de aislar a América de la influencia europea para que no repita sus vicios y llegue a ser verdaderamente un Nuevo Mundo. En el precioso documento, dado a conocer por el historiador mexicano Silvio Zabala, dice:

> La vida indígena es cuasi de la misma manera que he hallado que dice Luciano en las Saturnales, que eran los siervos entre aquellas gentes que eran de la Edad Dorada de los tiempos del reino de Saturno, en que parece que había en todo y por todo la misma manera e igualdad, simplicidad, bondad, obediencia, humildad, fiestas, juegos, placeres, desnudez, pobre y menospreciado ajuar, vestir, calzar y comer según que la fertilidad de la tierra se lo daba y ofrecía y producía de gracia y cuasi sin trabajo, que ahora en este nuevo mundo parece que hay y se ve en aquellos naturales, y a mi ver Edad Dorada entre ellos que ya es vuelta entre nosotros de hierro.

Lo mueve el deseo de restablecer el cristianismo evangélico: "La renaciente iglesia del Nuevo Mundo es una sombra y dibujo de aquella primitiva iglesia del tiempo de los Santos Apóstoles y de aquellos buenos cristianos, verdaderos imitadores de ellos, que vivieron con su santa y bendita disciplina y conversación". Para declarar luego la plenitud de su concepción: "Porque no en vano sino con mucha causa y razón, este de acá se llama Nuevo Mundo, no porque se halló de nuevo, sino porque es en gente y casi todo como fue aquel de la Edad Primera y de Oro".

Los trágicos protagonistas del destino europeo en aquella hora desgarradora del cisma y de la bifurcación de rumbos históricos, Erasmo y

Moro, venían a encontrarse inesperadamente en América. Marcel Bataillon, en su gran obra fundamental sobre *Erasmo y España*, observa:

> La zona más importante aunque menos visible de la influencia de Erasmo en América (fue) la ejercida anónimamente al través de los frailes evangelizadores del Nuevo Mundo... Del erasmismo español se derivó hacia América una corriente animada por la esperanza de fundar con la gente nueva de tierras nuevamente descubiertas una renovada cristiandad.

La imagen del buen salvaje venía a atizar el fuego del pensamiento occidental. Así como el imaginario Hitlodeo llega hasta Moro con la revelación de la Utopía, así también un día de 1520, en Lovaina, Erasmo recibió la visita de Fernando Colón. No sólo de libros debió de hablar el sabio con el hijo del Descubridor, sino que también entraría mucho en el diálogo la significación profética de la hazaña de Colón y el encuentro con el perdido mundo de la Edad de Oro. No hay que olvidar que el Almirante, al llegar en su Tercer Viaje, cerca de la desembocadura del Orinoco, pensó que debía ser uno de los cuatro ríos que según la tradición bíblica brotan del Paraíso.

Más tarde, en el siglo XVII y con mucha más extensión y permanencia que el ensayo de Vasco de Quiroga, vino la extraordinaria experiencia de las reducciones de indígenas levantadas por los jesuitas en el Paraguay.

En un celoso y hasta desafiante aislamiento, por siglo y medio, los padres de la Compañía mantuvieron una sociedad que en casi todo era la antítesis de Europa. Implantaron un orden comunitario igualitario y autoritario concebido de acuerdo con las ideas de la Utopía y de Erasmo.

Fue todo un vasto país, que comprendía buena parte del actual Paraguay, el que los jesuitas escogieron para sustraerlo del cuadro de la civilización europea en América. Levantaron ciudades con sus iglesias y sus plazas, con sus graneros y sus campos, con su trabajo organizado en los más mínimos detalles y con un régimen de paternal autoridad que proveía a todas las necesidades físicas y espirituales y aseguraba un orden pacífico inalterable.

En la descripción que desde Italia hace en el siglo XVIII, Muratori incluye un extracto del viaje a las Indias Occidentales de fray Florentino de Bourges, quien visitó las misiones jesuitas en 1712. Allí expresa:

> Todos en general llevan la más inocente vida digna de los primeros tiempos del cristianismo. Hay entre ellos la más completa unión y caridad. Sus bienes son comunes, completamente extraños a la ambición y a la codicia, no se conocen disputas ni demandas judiciales en aquellas colonias... No existe mina de oro y plata en todo el país, ni nada que invite al forastero a quedarse allí y si, como a veces ocurre, algún español toma esa vía para el Potosí o Lima, existen órdenes de la Corona española para no permitirles permanecer más de tres días en ninguna de las poblaciones; hay una casa de huéspedes en cada

asiento, pero al terminar los tres días el viajero debe continuar su jornada salvo en caso de enfermedad.

El propósito de aislamiento llegaba hasta el extremo de no enseñar el español a los guaraníes y de tener que traducir a la lengua indígena los libros necesarios para la instrucción general y la formación religiosa. Todavía hoy, perdidas entre la maraña salvaje, las ruinas de los templos y de las casas nos dicen de la magnificencia y grandeza de aquel extraordinario experimento social sin paralelo en el mundo.

El padre Charlevoix escribió a instancias del Duque de Orleáns su *Historia del Paraguay*, después de la disolución de la Compañía de Jesús y, al entrar en materia, declara que uno de sus principales objetos es describir

> aquellas repúblicas cristianas de las que ningún otro modelo ha aparecido hasta ahora en el mundo, repúblicas fundadas en medio de la más salvaje barbarie de acuerdo con un plan más perfecto que aquellos imaginados por Platón, Bacon y el ilustre autor de Telémaco, por hombres que para fundarlas no contaron con otro material que su sudor y sangre, por ningún otro motivo que la gloria de Dios y el bien de la humanidad y sin otra arma que el Evangelio, frente a la furia de los más irreductibles salvajes a quienes las armas españolas sólo habían servido para irritar, los han civilizado completamente y transformado en cristianos cuyas virtudes, por ciento cincuenta años, han constituido la admiración de todos los que los han visto de cerca.

Por una curiosa contradicción, el Siglo de las Luces, en su pasión racionalista, no va a sentir la contradicción inherente al hecho de exaltar la razón y la obra de intelecto y al mismo tiempo resucitar el mito naturista del buen salvaje. Para colmo de dificultades eran aquellos jesuitas, símbolo del oscurantismo eclesiástico, quienes hacen realidad, en una escala sin precedentes, la lucha contra la civilización occidental y el redescubrimiento de la bondad natural del hombre. Acaso esto pueda explicar el escaso eco que la extraordinaria experiencia de las reducciones del Paraguay tuvo en la literatura de la Ilustración.

El mito del buen salvaje va a agitar el siglo XVIII con toda su carga contradictoria. Su imagen reaparece ya en 1703 en las obras del barón de Lahontan, aventurero francés que vivió en Quebec y que escribió diálogos con los indios, en los que la simplicidad ingenua y sana del aborigen derrota y pone en ridículo la suficiencia de los prejuicios europeos. Como lo señala Paul Hazard: "Se puede afirmar con toda exactitud que todas las ideas vitales, la de la propiedad, la de la libertad, la de la justicia, han sido puestas en discusión por medio del ejemplo de lo lejano". "De todas las lecciones que da el espacio la más nueva, tal vez, fue la de la relatividad".

En nadie alcanza el mito americano mayor fuerza y decisiva influencia que en Rousseau. Con toda la carga de sus resentimientos personales, con el desprecio por aquella brillante sociedad francesa que lo desde-

ñaba, con su mal contenido ímpetu de agresión, va a encontrar en la exaltación de las virtudes espontáneas del hombre primitivo el más formidable instrumento de ataque contra aquel mundo de la *douceur de vivre* que tan nostálgicamente evocaba tantos años después Talleyrand. El ginebrino se convierte en el inesperado antagonista de la filosofía de las Luces y en el campeón de una naturaleza idealizada y mítica frente a la civilización occidental. Las consecuencias van a ser inmensas. En todo caso mucho mayores, políticamente, que las de la obra de Voltaire o de Montesquieu. Ya en 1740, en una de sus fallidas óperas, *La découverte du Nouveau Monde*, el ginebrino pone a Colón a dialogar con un indio en un contrapunto en el que asoman los sentimientos que van a animar más tarde sus dos famosos *Discursos*.

La civilización occidental no podrá olvidar con facilidad aquel decisivo día de 1749 en que el desconocido Rousseau fue a visitar, en la prisión de Vincennes, a Diderot. Acaba de leer el anuncio del concurso que proponía la Academia de Dijon sobre el vago y retórico tema de si la restauración de las ciencias y las artes había contribuido a corromper o a purificar la moral. Era un pretexto para una beatífica proclamación de fe en el progreso de las luces y de la inteligencia. Rousseau ha recordado aquella hora del destino. Fue su camino de Damasco. En estado de trance y entre sollozos le vino la idea de sostener la paradoja de que la civilización, tal como existía, no había significado otra cosa que degradación moral del hombre. Los argumentos le brotaban de manera incontenible. En carta a Malesherbes, escrita trece años después, recuerda: "Con qué simplicidad había demostrado que el hombre es bueno por naturaleza y que solamente nuestras instituciones lo han hecho malo".

Quedaba concebido y formulado el nuevo y poderoso mito que iba a justificar todas las rebeliones contra la civilización y que no era otra cosa que un injerto sobre el viejo tronco americano de la visión del buen salvaje. En ese Discurso, que gana el premio y lo lanza a la más inesperada notoriedad, recuerda las palabras de Montaigne sobre la barbarie europea y el elogio de los indios americanos. El *Contrato social* se va a abrir con la fórmula enfática e inolvidable: *L'homme est né libre, et partout il est dans les fers*.

De este modo, no sólo el *Contrato social* remonta su filiación a la *Utopía* sino que, en ambos, lo determinante es la antigua imagen de la felicidad natural del indio que Colón había presentado a Europa al día siguiente del Descubrimiento.

De Rousseau y los hombres de la Ilustración el poderoso mito va a regresar a América. Entre una y otra orilla del Atlántico ha ido y vuelto durante cuatro siglos la fascinante imagen. A la hora de concebir la Independencia, los hispanoamericanos leerán a Rousseau, a Raynal, a De Paw, a Marmontel y descubrirán con emoción que la más incitante novedad política tiene su justificación en el más remoto pasado americano.

Regresa a América bajo la forma revolucionaria de los derechos naturales del hombre. Cuando Jefferson redacta la Declaración de Indepen-

dencia de los Estados Unidos llama a estos derechos "verdades evidentes por sí mismas" y las enumera en una forma solemne y casi religiosa: "Todos los hombres han sido creados iguales y dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables que comprenden la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad".

La declaración de Filadelfia va a repercutir en Europa. Benjamín Franklin será, en cierta forma muy eficaz, el embajador del buen salvaje en la corte de Luis XVI. Y más tarde, ya entrado el siglo XIX y desatada la reacción contrarrevolucionaria que llevará a la creación de la Santa Alianza, el abate de Pradt y los liberales europeos verán como una luz de esperanza la proclamación de principios de la rebelión venezolana.

Está puesta allí la nueva y poderosa palabra: la felicidad. La búsqueda de la felicidad no había sido nunca antes un ideal político, sino a lo sumo un impulso y un refinamiento de ciertas individualidades. Se puede buscar la felicidad de la sociedad entera a través de las revoluciones desde 1776 y 1789 en adelante, porque hubo un tiempo en que los hombres fueron felices. Un tiempo, mítico, que es el del tema clásico de la Edad de Oro, y un tiempo histórico y real que fue el que sorprendieron los conquistadores en las nuevas tierras americanas. Se trataba de restaurar al hombre a aquel estado de simple felicidad que había conocido antes de que la civilización europea lo sojuzgara.

El Congreso Constituyente de Venezuela, en 1811, al sancionar la primera constitución de Hispanoamérica, recoge el eco de la sacralizada noción: "El objeto de la sociedad es la felicidad común y los gobiernos han sido constituidos para asegurar al hombre en ella". "Estos derechos son la libertad, la igualdad, la propiedad y la seguridad".

Más adelante vendrá la hora iconoclasta de los antropólogos y de los etnógrafos para destruir el mito del buen salvaje. Pero ya será tarde. La poderosa imagen mítica había hecho su camino en la historia y había dominado el pensamiento occidental en los tres siglos de su modernidad, desde que Moro escribe la *Utopía* hasta que se gana la independencia de las repúblicas americanas. Como lo revelaban los ingenuos ilustradores románticos, en sus grabados de inspiración americana, el Nuevo Mundo estaba representado por la majestuosa figura de un jefe indio coronado de plumas multicolores y de virtudes desaparecidas para la civilización.

La otra América. Madrid: Alianza Editorial, 1974, pp. 29-38.

LA CIUDAD DE NADIE

A Isabel

I

En 1528 Giovanni Verrazzano moría colgado de una verga en una nave española. Aquella mirada que se bamboleó en agonía de péndulo del azul de babor al azul de estribor fue la primera que contempló la bahía, y el río y la isla llena de árboles en soledad. La isla fue Angolema; el río, Vandoma y la bahía, Santa Margarita. Unos nombres que venían de la corte de Francia y que pasaron por sobre la soledad como un vuelo de golondrinas.

Durante ochenta y cinco años más no se oyen sino el canto del pájaro, el rumor de la marea, el silbido de la flecha del indio, o el eco de los pies que danzan las danzas ceremoniales.

Después, asoma por la bahía la "Media Luna" con todas las velas desplegadas. Era el velero en que el capitán Henry Hudson venía buscando el paso del Noroeste para los holandeses. Lo que encuentran es aquel río que llaman de las Montañas y muchas ricas pieles que tienden los indios de la isla. Pieles para el frío de los holandeses y para el comercio de los holandeses. Pieles que más tarde no tuvo Henry Hudson cuando, buscando el paso más al norte, la tripulación lo abandonó en un bote a los hielos boreales.

Los gruesos y cabeceantes barcos holandeses siguieron viniendo a la isla a buscar pieles. Bajaban a tierra por el día y daban a los indios unos trapos rojos, unas cuentas de vidrio, un pedazo de espejo a cambio de pieles de castor, de zorro, de ardilla, de conejo salvaje. La noche la pasaban en el barco. Y cuando la sentina estaba llena, alzaban la remendada vela y rodaban con el viento por la bahía hacia el mar.

Hasta que un día del invierno de 1613 se le incendió el barco a Adrián Block. Se llamaba "Tigre" y se puso amarillo y fiero de fuego entre la niebla gris y los gritos grises de las gaviotas. Adrián Block tuvo

que construir una choza para pasar el invierno con su gente. Y allí empezó la ciudad.

Diez años más tarde ya habían trazado una calle, ya llamaban a la tierra Nueva Bélgica, ya tenían un gobernador holandés y un sello. El sello ostentaba en el centro una piel de castor extendida.

Los indios parecían llamarse Manados o Manhattan. El gobernador, Peter Minuit, con su sombrero de copa y sus calzones abombados, rodeado de rojos soldados armados de arcabuces, les compró la isla a los indios. El cacique venía envuelto en sus pieles. Peter Minuit fue poniendo en el suelo cuentas de vidrio, adornos de cobre, pedazos de telas, algún cuchillo. Los rechonchos tratantes iban sacando mentalmente la cuenta: cinco pesos, dieciocho pesos, veinticuatro pesos.

Luego emprendió la construcción de un fuerte de piedra en forma de tortuga, que se llamó fuerte Amsterdam, levantó una empalizada protectora en torno a las casas, dividió la tierra en granjas, en *bouweries* holandesas y la ciudad de Nueva Amsterdam empezó a crecer hasta tener doscientos habitantes.

Diez años más tarde hubo la primera guerra con los indios y se construyó una valla para la defensa del poblado. A lo largo de ella se extendió la calle de la valla, a la que los ingleses llamaron después "Wall Street".

Se sembró trigo, se trajeron ganados, se sucedieron los gobernadores holandeses. El último tenía una pierna de palo y se llamaba Peter Stuyvesant. Y no encontró entre sus gobernados quienes quisieran ayudarlo a resistir cuando los ingleses vinieron a tomar la isla. Nadie quería hacerse matar con los negocios tan prósperos.

La ciudad hubo de llamarse Nueva York, por el hermano del rey de Inglaterra y el fuerte, Jaime, por el rey. Y en el escudo de la "Nova Ebora" la piel del castor se redujo a un rincón para dejar el lugar a las aspas de un molino y a dos barriles de harina.

Era un reducto de comerciantes ingleses y holandeses en el extremo meridional de la isla que había sido de los indios. Se comerciaba con Europa, con las Antillas, con la harina de los colonos, las pieles de los indios y las melazas de los antillanos. Se comerciaba con los piratas que traían ricos botines del Golfo de México. En rojas casas de ladrillo vivían los rubicundos mercaderes.

También había negros. En la calle donde estuvo la valla pusieron el mercado de esclavos. Los panzudos mercaderes venían los días de subasta, venían los negros hacinados, los mandaban a levantarse para observarles la musculatura, les hacían abrir la boca para mirarles los dientes y se llevaban finalmente uno solo, o una pareja, o una familia entera. Resultaban buenos los negros. Hubo un momento en que hubo más negros de servidumbre que colorados comerciantes. Lo que era peligroso. Se tomaron providencias. Se les prohibió hablar, reunirse o salir de noche. Se les vigilaba.

Hasta que Mary Burton se presentó un día diciendo que los negros tenían una conspiración para asesinar a los blancos. Y los blancos se adelantaron a asesinar a los negros. Todos los negros que señalaba Mary Burton fueron ejecutados. Hasta que Mary Burton desapareció y las gentes se olvidaron de su historia.

Los negocios eran más prósperos que nunca. El ron, la melaza y los negros servían para hacer grandes fortunas. El puerto se llenaba de velas que venían de los más lejanos mares. La mancha de la pequeña ciudad iba trepando por el campo de la isla.

Todo iba bien, pero a los ingleses se les ocurrió cobrar nuevos impuestos. Y las gentes se lanzaron a protestar. Los pesados comerciantes salieron de sus almacenes más rojos aún con la indignación. Las gentes del pueblo se echaron a la calle a dar voces y a buscar pelea. Hubo tiros con los soldados ingleses.

Un día vino de Boston el general Washington a leer la Declaración de Independencia proclamada por la Convención reunida en Filadelfia.

En esa larga hora de crisis, mala para los negocios, el hombre que representa la ciudad es Hamilton. El que más va a trabajar para que la república sea buena para los negocios. Funda bancos y empresas, organiza las finanzas de la nueva república para que no pesen sobre la bolsa de los comerciantes. Organiza la primera gran parada que recorre las calles de Nueva York. Con un gran velero de madera y papel que representa la Constitución y millares de gentes en traje de fiesta desfilando durante horas por la calle. Coloca a la ciudad bajo la perpetua advocación de las paradas, que desde entonces ya no cesarán. Habrá infinitos desfiles. Todo se resolverá en un desfile, con carrozas, con muñecos, con disfraces, con estandartes, con fantásticos uniformes. Con una muchacha de lindas piernas que, vestida de tambor mayor, hace piruetas a la cabeza.

Es grande la ciudad que ha visto el desfile de Hamilton. Tiene cerca de sesenta mil habitantes. Que son los mismos que se apretujan en una estrecha calle para ver a Washington juramentarse como el primer Presidente de la Unión. Ya hay numerosos coches de caballos que recorren las calles. Y hasta algunos edificios de tres pisos. Pero todavía el Presidente, para hacer ejercicio, puede darle por la tarde la vuelta entera a pie.

Diez años después entra el siglo XIX. Las campanas que anuncian la primera hora del año nuevo anuncian el comienzo de un prodigio. El nacimiento de una ciudad universal que a nada se parece, que va a ser independiente de los seres que la pueblan y que va a crear formas de vida que no parecen corresponder a la dimensión ni al ritmo del hombre. La gran feria y la parada perpetua a la que vendrán hombres de toda la tierra a admirarse de ser hombres.

La primera cosa extraña que ocurre es que un día, un excéntrico, llamado Robert Fulton, echa al río un barco que en lugar de velas tiene humo y que, sin embargo, navega.

Desde entonces las cosas cambian y parecen precipitarse. Empiezan a llegar barcos llenos de inmigrantes. Vienen irlandeses, italianos, polacos, alemanes. Se concentran en barrios propios donde resuena la lengua materna y predomina el color del viejo país.

Cuando han pasado veinte años del siglo ya la población ha doblado. Ha doblado en cantidad y en velocidad. Empieza a haber una rapidez desconocida. El soñoliento inmigrante se sacude al desembarcar y comienza a andar de prisa. Ya la ciudad es tan grande que tiene un tranvía de caballos. Y un día por la mañana se llena de los gritos de unos muchachos que llevan el primer periódico de a centavo y vocean las noticias.

Se empiezan a llenar de casas las calles cuadriculadas que han sido trazadas más allá del nido de lombrices de las callejas de la vieja ciudad.

Para 1840 ha vuelto a doblar la población. Las calles están llenas de hombres de altas chisteras y abullonadas levitas. Se abren los primeros trenes y los primeros telégrafos. Hay unas tabernas inmensas, llenas de cobres brillantes y de lámparas, en cuyas mesas se hacen negocios, se conciertan contrabandos, se planean expediciones para el interior y se sienta, con otras gentes raras, un pálido caballero atormentado que se llama Edgar Allan Poe.

Para 1860 ya hay más de ochocientos mil habitantes en la isla. Los Bancos empiezan a parecer palacios, las estaciones de los trenes ferias, las tiendas tumultos. Unos hombres anchos y rudos que vienen del Oeste hacen crujir las pulidas tablas de las tabernas. Junto al piano está el escenario, donde unas muchachas gordas levantan las piernas entre muchos trapos mientras cantan una canción que los parroquianos acompañan con la cabeza. Los magnates ferrocarrileros construyen mansiones laberínticas. El comedor es la nave de una catedral gótica, el salón es la sala de armas de un fuerte románico, la biblioteca viene de un castillo alemán rococó. Jim Brady, el de los diamantes, resplandece como una constelación. Debajo de una profusión de mecheros de gas.

La ciudad pasa de la mitad de la isla cuando empieza a recorrerla el estruendo del primer tren elevado. Es por el mismo tiempo en que, como un gran esqueleto de dinosaurio, el puente de Brooklyn se extiende y se extiende sobre el río, sin quebrarse, hasta unir las dos orillas. Desde los edificios de diez pisos se divisa el puente descarnado como un juguete roto.

Poco tiempo después se levanta en la bahía la estatua de la Libertad. Un fantasma de bronce neblinoso que va a personificar la nueva ciudad.

Son los alegres años del noventa. Los ricos negociantes invitan a comer a las bellas contraltos. Vienen marqueses y condes de Europa a casarse con las hijas de los magnates ferrocarrileros. Hay alumbrado eléctrico. El hotel Waldorf Astoria se alza en la Quinta Avenida como un palacio encantado. En labrados salones una servidumbre de circo trae difíciles platos, cuyos nombres sólo se pueden escribir en francés. Los jóvenes ricos, de bigote recortado y pulidas uñas y la muchacha ahogada en encajes y sedas miran con asombro al negro de turbante, panta-

lones bombachos verdes y babuchas rojas que trae un complicado instrumental de cobres y porcelana para servir el café. La luz parpadea cuando algún millonario enciende el cigarro con un billete de cien dólares.

Después se hunde el Titanic y viene la Primera Guerra Mundial. Ya la ciudad alcanza los extremos de la isla, las calles empiezan a llenarse de automóviles de todos los colores y además de los elevados corren los trenes subterráneos. Se han construido rascacielos. La estructura de acero se disfraza de motivos góticos.

Cuando termina la guerra la ciudad entra en una vida febril y expansiva. A la muchacha de Gibson con su moño y sus encajes sucede la *Flapper*. Una falda corta, un zapato puntiagudo, unos andares masculinos, una breve melena laqueada, un cigarrillo en la boca, un sombrero de campana y un traje sin cintura. Los hombres que la acompañan usan estrechos pantalones y largos sacos. Y entran apresuradamente a las tabernas clandestinas donde se vende el peligroso whisky de los contrabandistas.

La trepidación de la ciudad, la trepidación de los trenes elevados y subterráneos, de las máquinas de remachar, del taconeo apresurado de la muchedumbre, se ha convertido en música. Es la era del *jazz*. Algunos saxófonos parece que van a llorar estrangulados. Al Jolson clama convulsamente por su madre, pintado de negro. La música canta a Chicago, a *Sussie*, a las tiendas de bananas, a la tristeza de San Luis. Charlie Chaplin huye por unos callejones arrastrando un niño.

Los gángsters usan clavel en el ojal y ametralladora Thompson envuelta en el abrigo. El tableteo de las lejanas ametralladoras suena como las máquinas de escribir en las oficinas. Texas Guinan se baña desnuda en una piscina de champaña. Rodolfo Valentino se muere y toda la ciudad se llena de mujeres llorosas que acaban de salir del hospital.

El edificio Woolworth sube a sesenta pisos, el edificio R. C. A. llega a setenta pisos, el Chrysler a setenta y siete, el Empire State a ciento dos.

Jimmy Walker, el alcalde, es tan buen mozo como un actor, tan gastador como un gángster, tan poderoso como un banquero, tan atractivo como un campeón de polo, tan elegante como el Príncipe de Gales, tan galante como un héroe de novela. Cinco millones de personas están enamoradas de él. Y él sale de los teatros resplandecientes para entrar en los *dancings* dorados y de los *dancings* para llegar, con dos horas de retraso, a presidir las más esplendorosas y resonantes paradas que la ciudad ha visto.

Cuando las gentes alzan la cabeza hacia el cielo es para ver las grandes letras de humo que ha trazado un avión: "Tome Coca Cola".

Todos se van a hacer ricos. El hombre que friega los portales sueña con tener un yate. El yate de míster Morgan costó tres millones de dólares. Las acciones suben en la Bolsa, tan rápidas como los pisos de los rascacielos. Todo el mundo puede especular.

Hasta que ocurre el pánico de 1929. Los que tenían una oficina de cristales en el piso sesenta se tiran por la ventana, o bajan a vender manzanas a la acera. Las calles se llenan de vendedores de manzanas. Los teatros se quedan solos y apagados. Las largas colas de los que buscan empleo se apretujan a las puertas de las agencias. Los periódicos se llenan de avisos en letra menuda en los que se ofrecen en venta toda clase de cosas y se solicitan empleos de toda especie. Los bancos de las plazas se llenan de hombres sin afeitarse.

Las gentes oyen los radios. No hay sino malas noticias. Habla el padre Coughlin y dice que hay que reformarlo todo, que se ha vivido en pecado contra la justicia social, que la culpa de los males la tienen los judíos. Los hombres barbudos escupen con odio debajo de las tres bolas de oro de la tienda del prestamista donde acaban de dejar el marco de plata del viejo retrato de la familia. Nadie compra manzanas. Por el radio también se oye la voz de un nuevo Presidente que habla desde Washington. "No hay que temer sino al temor", dice.

Comienza la recuperación económica. Ahora no sólo habla el radio sino que hablan las películas. La isla va sintiendo cada vez más su propio espíritu y su peculiar carácter. Sus rasgos se acentúan y definen con el cese de la copiosa inmigración. No se parece siquiera a los burgos que le han incorporado. Está en medio del río como un buque, como un buque en viaje en el agua fugitiva, sin contacto posible con los burgos que se divisan en las lejanas orillas.

En donde debería estar la chimenea del barco se levantan las torres cuadrangulares de Rockefeller Center. Es la ciudad de la radio que va a constituirse en arquetipo de la isla. En giróscopo del barco. En un hueco está la plaza de hielo desde donde los patinadores ven alzarse la torre de setenta pisos toda en piedra limpia y vidrio. A la altura de las cabezas hay fuentes, jardines y tiendas. En el extremo oeste, el teatro más grande y dorado del mundo. En el lindero oriental se alza el edificio de la Gran Bretaña, oloroso a tiendas de tabaco, cuero y agua de colonia; el edificio de Francia, colgado de carteles de turismo. Al edificio de Italia le cubren el nombre y la moldura de la fachada donde estaba tallada el hacha del líctor. Es la Segunda Guerra Mundial.

La ciudad desaparece en el silencio y en la sombra. No se encienden luces por la noche. Parece que todos los hombres se han marchado. Cuando suena una sirena todos alzan la cabeza hacia el cielo frío y abierto. Podría ser el aviso de una escuadrilla de aviones enemigos. La primera bomba de cuatro toneladas convertiría en granizo todo un rascacielos. Las calles se cubrirían de montañas de escombros. Cinco cuadras más allá otro rascacielos. En el tirón de las raíces se cegarían los túneles del tren subterráneo. Saldrían melenas de cables chisporroteantes por todos los huecos. Cuando los últimos surtidores y cataratas de escombros hubieran caído no quedaría nadie vivo entre los grises cráteres. Pero el mugido de la sirena se pierde y acaba sin que se haya oído

ninguna detonación. Las mujeres de uniforme vuelven a apresurar el paso.

Al terminar la guerra hubo una alegría seca y breve. Terminaba en Europa y seguía en Asia. Hubo que numerar los días. Primero fue el día "V.E.", después "V.J.". Todo el mundo estaba sobrecogido con la bomba atómica. Muchos hablaban de una crisis inminente. De millones de desempleados.

La isla se hizo más pequeña que nunca. Todas las gentes que regresaban de la guerra no parecían caber en ella. No había habitaciones en los hoteles, no había apartamentos desocupados. Un veterano, con su mujer, sus hijos y sus muebles se instaló a vivir en un bote a la orilla del río; otros acamparon en el Central Park. Aprisa acudían la polícia y los fotógrafos. Una tienda anunció que vendía medias de nylon y se forma una cola de mujeres y hombres que le daba la vuelta a la manzana.

Más que nunca las tiendas parecieron tumultos y los hoteles ferias y las calles procesiones. La isla era cada vez más un buque lleno de turistas apresurados.

En los bares apareció la televisión. Cada vez que el parroquiano, en la penumbra, sube los ojos del vaso de cerveza, mira las grises sombras de dos boxeadores que se pegan, o la cara angustiada del hombre que está tratando de contestar a la pregunta de setenta y cuatro dólares: "¿Quién anotó la primera carrera en las series mundiales de ***baseball*** en 1913?". O "¿Cuál es el que llaman el Estado del Oso, entre los de la Unión Americana?".

Cuatro millones de voces suenan por cuatro millones de teléfonos. Dando y recibiendo noticias. Porque cada tres minutos hay un matrimonio y cada cinco minutos nace un niño y cada doce horas asesinan a una persona. Y si la mujer que contesta al teléfono, de primera palabra dice el nombre de aquel cereal para el desayuno, gana un abrigo de visón, una refrigeradora, un bote de remos, la pintura de una casa y un pasaje por avión para el Africa del Sur.

Y también cada cierto tiempo un visitante de la torre de observación, sobre el piso centésimo segundo del edificio "Empire State" se lanza bruscamente al aire. Se podrían contar los largos segundos que tarda en estrellarse sobre el pavimento de la calle. Pero, sin duda, tiene tiempo de vislumbrar la isla como un barco cabeceante. Casi lo mismo que, en el bamboleo de su cuerda de ahorcado, vio Verrazzano el barco en que moría.

II

Donde se mecían, al viento del estuario del Hudson, los tulipanes de la Nueva Amsterdam, se alzan ahora las inmensas torres de la baja Nueva York. Quizá nada exprese mejor el contraste entre lo que fue y lo que es, que la brutal diferencia entre un tulipán y un rascacielos, que es casi la misma que hay entre un burgués de los Países Bajos que fuma su pipa

de espuma, lee su Erasmo, cultiva las flores y los repollos de su huerta, y cuida de su barba en el oro de luz que entra por la emplomada vidriera que dejó entreabierta Vermeer, y uno de esos atareados seres que pululan entre los sombríos troncos de las inmensas y apiñadas torres.

De la vieja villa holandesa, a la orilla del mar, con su fuerte, su muralla, sus galeones y su burgomaestre, no queda sino alguna hoja seca que vuela en un retazo del cielo, el cementerio de la iglesia de la Trinidad y los nombres pueblerinos y melancólicos de las calles. Lo demás está enterrado y desaparecido bajo las inmensas moles de cemento armado, o de concreto, como con poético sentido dicen los arquitectos.

La iglesia de la Trinidad es un pedrusco negro y puntiagudo, olvidado sobre un paño de grama, que apunta hacia el paño de cielo que asoma allá lejos, iluminado, entre las sombras de los rascacielos. Algunas borrosas lápidas señalan las tumbas entre el césped. Son de gentes que se durmieron en el XVII y en el XVIII, entre el borde del "rococó" y el del mar de las luchas imperiales. Allí yace la doncella a quien conmemoran sus padres inconsolables y el capitán que regresó enfermo del último viaje de té para morir en la calle del Cerezo. Y allí está también, un poco a la intrusa, Fulton, abandonado de sus humeantes y ruidosos émbolos y calderas y Hamilton, arrullado por el rumor de las taquillas de los Bancos.

Pero ya no hay huella del Cerezo en su calle. El turista en Manhattan, que entra a la ciudad baja, encuentra los nombres y la angostura de las viejas calles, pero ahora ya no son calles sino el angustioso fondo de una profunda y estrecha garganta cavada en la lisa piedra, donde la luz desciende acobardada y difusa. Cuando alguien abre la vista desde el agitado, incesante y oscuro hormiguero, logra ver en lo alto un estrecho callejón de cielo. Las gentes no caben en las angostas aceras e invaden la calzada. Clavados profundamente, a lado y lado de la estrecha calleja, los tremendos edificios suben sin término por la escala de sus ventanas iluminadas. El fastial penetra en las hilosas nieblas sucias de humo fabril. En veces, un avión extraviado choca con una torre.

Los seres que se mueven en el fondo de esas vertiginosas y elaboradas gargantas llegan a parecerse todos y a adquirir un aire de uniformidad que impresiona. Andan de prisa, desde luego, pero con una prisa aún más indiferente y absorta que la de aquellos que se ven en la ciudad alta. Salen de una majestuosa puerta llena de dorados, atraviesan algún delgado callejón y se sumen por otra gran puerta dentro de una inmensa sala que arde en luces.

Detrás de las ventanas iluminadas están los dueños de la riqueza del mundo. Las tres cuartas partes del dinero de la humanidad se concentran en este oscuro y magno pedazo de la isla de Manhattan Millares de contabilistas anotan, por medio de sus máquinas, a cada segundo, los mínimos resultados del movimiento de flujo y reflujo de todo lo que el ser humano compra y vende en toda la redondez de la tierra. Una menuda cifra, añadida a las infinitas columnas de números es la elegía o el epinicio

que condensa toda la novela que ha vivido el criador argentino o el cosechero de algodón del Perú o el comprador de arroz de Siam, o la del barco que acaba de destrozarse sobre un arrecife del Mar Rojo. Sin saberlo, no hacen sino inscribir epitafios. De una breve orden de uno de estos hombres, que tienen su escritorio junto a la nube, en el piso cincuenta, resulta que millares de cultivadores salgan con sus enormes maquinarias a sembrar trigo en el Canadá o que los mineros del estaño tengan que reducir su trabajo a la mitad, o que empiece a levantarse la obra de un ferrocarril o de un acueducto en una ciudad de los Andes o del Golfo Pérsico.

Nunca ningún Aladino tuvo en sus manos tanto poder material como estos hombres joviales, canos, vestidos de paño gris, y nunca, tampoco, tanto poder material ha sido disfrutado con menos imaginación. Tal vez para fortuna de los demás hombres. El poderío para estos Aladinos de las cifras rara vez llega a transformarse en botín y en fruición.

Sobre el cuadriculado de la desaparecida villa holandesa se alza ahora este reducto. Nada queda que justifique el nombre de las viejas calles. La calle del Cedro, la del Canal, la de la Doncella, la de Juan, la del Castor, la del Pino, la del Muro. Todo es igualmente poderoso, inhumano y frío: la piedra, las gentes, el ambiente. No queda la puntiaguda casa de Juan, ni el muro que separaba de las salvajes soledades, ni el canal con sus barcas cabeceantes, ni el empinado cedro rumoroso en la esquina. El panorama de ahora es piedra lavada y está fuera de la medida de nuestros sentimientos. Es como el lecho de una corriente subterránea que nadie sabe a dónde va. Son unas catacumbas donde se huye de algo y donde algo se engendra que no es lo que estamos habituados a ver.

En ciertas horas el turista llega a olvidarse de que aquí, entre las torres de la baja Nueva York, hay hombres y mujeres. Más parecen seres de otra raza, los marcianos, o una artificial casta de termitas deformados para el trabajo. Lo cierto es que en esta exagerada impresión hay algo de la reacción temperamental del que mira asombrado un mundo que no puede ser el suyo. Pero aun así, lo que predomina en el fondo de estas gargantas es un tipo humano que se parece más al hombre que a la mujer, es decir, al ser desaparecido, indiferenciado, en una tarea. Vemos, ciertamente, mujeres; pero tienden a hablar, a gesticular y a caminar como los hombres. Sólo les quedan, irreductibles, como una bandera de nostalgia, las magníficas y cuidadas cabelleras de las americanas, que florecen en lo gris como una encendida planta erótica. Su intuición, seguramente, les ha enseñado lo que la vieja sabiduría talmúdica descubrió con mucho ver y mucho reflexionar; que los cabellos son también una desnudez.

Los extraños pobladores circulan verticalmente por entre sus torres: torres de cemento, torres de cifras, torres de luces y casi nunca pueden pasar, sin trasformarse, de los límites precisos de su ciudadela. Ya a sus espaldas los acecha la Quinta Avenida, donde los hombres vuelven a ser hombres, porque está llena de mujeres, y la Plaza de

Washington, con su arco viejo, sus árboles y sus casas georginas tan fragantes a hogar y a vida interior. O también, al frente, la sucia marina, llena de casuchas, de cajones rotos, de frutas aplastadas, de hierro viejo, de letreros tuertos, de carbón, de escamas de pescado, a la inmensa y geométrica sombra de un puente inmenso. Esta tampoco debió ser la marina de la Nueva Amsterdam. Es una ribera inorgánica y descomedida. Recala en ella el turbio rezago de la inmensa marea de este nuevo mundo, tan confuso. Los marinos y los maleantes son tal vez los mismos de Cardiff o de Cartagena o de Marsella. Las mismas gorras negras, las mismas franelas azules, los mismos tatuajes, las mismas pipas, los mismos agrietados rostros sin afeitar. Hasta las mismas cantinas con los mismos nombres –Bar de la Media Luna– pero sin leyenda. Hay en este trozo de viejo puerto algo que falta, algo que no acopla, algo que rompe la sinfonía. Algo que tal vez está representado en aquel incongruente letrero que dice: "Antonio Lo Verde.-fishing".

Dentro de estos límites estrechos se alza, sobrehumano y aplastante, el reducto con sus extraños habitantes. Quien se aventura en él por primera vez comprende que ha entrado en un mundo distinto. Nada allí está hecho a la medida del hombre.

De la vieja aldea holandesa no quedan sino los nombres sin sentido de las calles, y las tumbas de la iglesia de la Trinidad, y alguna *Biblia* olvidada en la gaveta de un banquero, porque ni siquiera la penumbra recuerda a Rembrandt. Es, para ello, demasiado gris y le falta oro. Todo el oro que yace muerto en los vastos sótanos, más abajo de las callejuelas.

III

En Manhattan la tierra es más cara que el alabastro, las alcobas están más altas que las torres de las catedrales, hay más riquezas reunidas que en todo el resto del mundo y la acumulación de seres humanos, cosas, máquinas y edificios desmesurados es la más impresionante que en ninguna época haya existido en el planeta. A veces parece la fantasía de un geómetra puritano y a veces un escenario para las hazañas terroríficas de Gargantúa. A veces parece un ser vivo, entero, distinto e indiferente a todo lo demás y en ocasiones, también, por su vertiginosa y mecánica fuerza de crecimiento, da la impresión de lo inhumano y hasta de lo inorgánico.

Ha sido el campo de algunas de las más grandes hazañas materiales y morales del hombre. Muchas de sus cosas carecen de semejanza o de precedente con ninguna otra. Hay la más alta torre y el hombre más rico del mundo, y el semental más caro, y el niño que toma más leche, y el crimen perfecto, y los mejores y más admirados atletas. Pero de todas estas cosas y muchas otras que no nombro, la más impresionante es la de la soledad en que viven y actúan las gentes. Manhattan viene a ser, por sobre todo, la isla de los solitarios. Un mínimo islote poblado por

millares de solitarios, apresurados, abstraídos en invisibles fines, incomunicados dentro de la campana neumática de la soledad.

En donde está el hombre está la soledad como su sombra, que lo sigue, lo acecha, lo espera. Más dramático que el destino de Pedro Schlemyl, cuando vendió su sombra, ha de ser el de la persona que llega a vender su soledad. Y hasta casi podríamos decir que cada hombre tiene la soledad que merece, y que hay algunos que no han merecido ni merecerán ninguna.

Los millones de solitarios de Manhattan no gozan de la mejor clase de soledad; sufren más bien de una forma de ella inferior e involuntaria.

No es, en general, la de ellos la rica y fecunda soledad que Dios regala a algunos elegidos y que es el reino donde el hombre entra para luchar sin tregua por encontrarse a sí mismo y vislumbrar el rostro de su Deidad y las luces de su destino. La de ellos es más bien una soledad física, pobre y estéril, que borra y destiñe al hombre, y que es ignorada por quienes la sufren, como hay quienes ignoran que están enfermos o que son desgraciados.

El curioso que se detiene a observar las gentes que pasan por las calles congestionadas de Manhattan advierte de inmediato que todas están solas. Cada unidad parece ignorar a todas las otras, y revela en los gestos, en la acelerada angustia del paso, la sensación interior de estar abandonada a sus propios recursos y no poder comunicarse con nadie. No es una expresión serena o gozosa la que sus rostros revelan, como suele ser la de los que gozan de los paraísos secretos de la meditación solitaria, lo que, en uno de sus aspectos, llamaba France las silenciosas orgías del pensamiento; aquellas sublimes voluptuosidades en las que fueran doctos, desde San Antonio y Erasmo, hasta Tartarín, toda la vasta gama de los hombres dotados de vida interior. Ni saben que están condenados a la soledad, ni tienen el gusto, ni el arte, ni la ocasión de gozarla.

Ciertamente debe haber en la isla de Manhattan muchos que cultivan una soledad creadora, pero quienes la caracterizan no son éstos, sino los millones de solitarios transeúntes que desconocen su propia condición.

Están en todas partes. Son casi toda la gente que llena las calles, los teatros, que se paran en las esquinas a mirar los matices cambiantes de los avisos luminosos y las noticias de los diarios.

Yo he visto estos solitarios apretujados en increíbles racimos en los andenes y en los coches del tren subterráneo. Apenas queda espacio para mantenerse en pie dentro del denso rebaño, y sin embargo todos van solos, nadie está acompañado; entre el ruido de las ruedas y los mugidos del motor es raro oír una voz humana, y cuando se oye todos los que la alcanzan se vuelven como recién despertados, llenos de sorpresa y hasta de desazón. Cuando alguien quiere informarse sobre el itinerario se dirige al plano mudo que está en la pared, con el gesto con que el peregrino en el desierto o en el mar mira las estrellas para consultar el rumbo. Tampoco casi nadie mira a otro, y cuando por azar dos miradas

se cruzan, instantáneamente se desvían llenas del temeroso presentimiento de haberse asomado al más allá. En los andenes esta masa se forma sin soldaduras ni unidad, y se deshace sin desgarramiento, con la silenciosa mecánica con que las moléculas de los líquidos se yuxtaponen y se separan. Moléculas de soledad.

Las tiendas también están repletas de solitarios. Yo he visto florecer la admirable comunicación de la simpatía humana entre mercaderes y compradores y simples curiosos en los zocos árabes, donde hasta los camellos y los asnos parece que entran en el diálogo abierto y en el interés de lo que se debate. Y recuerdo también la viva comunidad de relaciones que florece en voces, interpolaciones, regateos, testimonios y consultas en las tiendas de España, Italia o Francia. La más grande tienda del mundo en la isla de Manhattan no se parece a nada de esto. Está repleta de enfermos de soledad. Nadie parece enterarse de que allí hay otros seres humanos. Y cuando al final, después de una silenciosa preparación, alguien se dirige al hortera, en voz baja y rápida, recibe una contestación más breve todavía. Es un ser que, en una encrucijada de su destino, consulta a la pitonisa y recibe la enigmática respuesta que ha de resolver por sí solo.

Pero donde estos solitarios llegan a lo más hondo de su condición es en esos grandes refectorios donde entran por un instante a comer lo imprescindible para alimentar el cuerpo. Allí no es necesario gastar una palabra. El solitario toma de largos mostradores y va colocando en una bandeja el magro condumio que necesita y luego se sienta en una mesa, abstraído mientras come sin tregua. No se percata de que otros tres solitarios se han sentado a la misma mesa, y hay momentos en que parece que han llegado al milagro de hacerse invisibles los unos para los otros. No llegan a compartir ni el pan, ni la palabra, ni menos el sentimiento.

Al hombre de otro mundo que ha caído en esta isla termina por formársele un complejo de angustia ante tanta soledad sin provecho. Llega a creer que es necesario que un día llegue algún profeta a la isla y emprenda de inmediato una gran cruzada, o un gran despertar. Por medios mágicos congregará a los habitantes de la isla para decirles que no pueden seguir como están, que es necesario que aprendan a estar juntos, a estar en compañía, a disfrutar del maravilloso don de la presencia de otros seres humanos.

Pero mientras llega a ocurrir esta revelación, la isla de Manhattan continúa poblada por millones de solitarios que ignoran que están solos.

IV

La isla de Manhattan asoma hacia el mar su ancha cabeza de hipopótamo semisumergido. El verde hueco de su respingada nariz derecha es el Parque de Battery. Su pequeña oreja negra se mueve en el ángulo

saliente de la línea de muelles con el cuerpo del Queen Mary. Y su pesado lomo se va hundiendo y adelgazando entre los brazos del río hacia el norte.

Pero no es animal, sino mundo. Mundo aparte, inorgánico, complejo, con su difícil y turbia geografía.

En la escuela de las gaviotas, que lo ven como un muelle interminable que da vueltas sobre sí mismo, temblando en estrías, le conocen las fronteras.

Por el lado del Sur limita con la estatua de la Libertad y los estrechos que conducen al Atlántico. Por el lado del Poniente mira hacia la costa de chimeneas, humo y ruido de hierros de Nueva Jersey custodiado por fúnebres barcazas de carbón. Por el Este y el Norte, más allá del agua del río, mira las chatas, monótonas y provincianas villas de Bronx, Brooklyn, Queens, donde hay seres humanos que viven en casas y los trenes corren por entre árboles.

Pero esos límites sólo los conocen las gaviotas o los que se asoman a los muelles o suben a las torres. Para los hombres de la calle limita a lo ancho con paredes y a lo largo con humo y con cielo.

La geografía de este mundo es difícil y extraordinaria. Sus montes no son de tierra, sus ríos interiores no son de agua, sus minas no son de minerales. La cumbre de su cordillera central es el mástil del edificio Empire State. Su principal hoya hidrográfica es la de "Broadway", cuajado río de gente. La Quinta Avenida no es río, es un recto canal artificial. Los socavones del tren subterráneo son sus minas.

Y está cubierto de regiones, de países, de reinos, de razas, de tundras, de selvas, de mesetas, de gargantas, de zonas, de climas.

Comienza en el extremo sur con el abrupto macizo de Wall Street. País sin sol, húmedo, todo en desfiladeros y veredas de donde nace la corriente de Broadway. La toponimia revela que una vez hubo un pino, que una vez hubo un cedro, que una vez hubo un cerezo. Pero todo ello pertenece a edades geológicas desaparecidas. Hoy no queda sino la piedra lavada, angosta y en penumbra. Hay un frío de metal acumulado. El frío acumulado en toneladas de oro frío que traspasa la piedra de las bóvedas y el pavimento de la calle.

Huele a pescado y es tierra de colina y de cavernas la que sostiene la romántica jaula de hierro del puente de Brooklyn. El puente de los suspiros de los viejos beodos del Bowery. Es tierra inundada por una vieja creciente donde todo se ha quedado en charcas muertas, en esqueletos de animales devorados, en olor de viejas cosas ocultas. Lo hace tempestuoso el paso del tren elevado.

Al lado aparecen en un aire de tifón los espectros de sauces, los fetos de serpientes y los faroles de papel del Barrio Chino. Es una tortuosa y menuda aldea en una nava. No hay agua sino de aguador. Y todo está amarillo de hambre y de sabiduría. Su fauna es de gusanos de papel, de dragones de cartón, de caballos de terracota, de elefantes de marfil

y de escarabajos de jade. Su flora es de crisantemos de seda. Su calendario y su intimidad no se conocen.

Todo es plaza abierta y tiempo de cosecha en la abigarrada Italia que le sigue. Las casas desbordan por las puertas en tomates, quesos, panes, calientes voces. Hay música de organillos. Todo grita, corre, habla y se agita. Hay un chirriar de aceite de oliva en caldero. Es tierra de calor donde el sol hace fuertes sombras.

Muy distinto es el país nocturno que queda hacia el Poniente. Gente silenciosa y lenta sale en el atardecer. Las paredes están cubiertas de figuras y de manchas. Se oyen acordeones. Todos parecen tener fiebre. Andan como gatos, miran como ciervos. En los oscuros patios hay raíces de mandrágora y de adormidera. Nadie mira las cosas que lo rodean y tan sólo los guías de los autobuses de turistas dicen que aquel itsmo entre sombras se llama Greenwich Village. Si hay una paloma es de San Marcos, si asoma una cigüeña es de Estrasburgo. Vienen de muy lejos esos hombres y esas mujeres ojerosos y pálidos. Es una colonia de búhos en un bosque de sombras. Huele a ron, a ajenjo, a rosas muertas. Un hombre fantasmal se asoma a una esquina como a un escenario. Por las ventanas se traslucen cuadros y libros. Es el país de las botellas vacías y de los gatos enfermos.

Tierras bajas de diques, de tulipanes y de ladrillos rojos son las de la meseta contigua. En fila las rígidas casas negras, rojas y blancas montan guardia al arco cuáquero de Washington. No es arco, sino compuerta de la esclusa. Allí empieza el canal de la Quinta Avenida. Que bordea en derechura las cumbres de la cordillera central: el Flat Iron, el Woolworth, el Empire State, el Rockefeller Center. Es el país de los hacendosos ánades y de los iluminados pavos reales. Compuertas de luz derraman oro. Se deslizan grandes automóviles como témpanos de cristal. Las mujeres son como curiosos animales de cabeza de plumas y cuerpo de espesas y brillantes pieles.

Por el lado del Poniente se abre el país de las visiones, los despojos y los fantasmas. De grandes camiones panzudos bajan ristras de trajes que tiemblan vacíos en el aire. De todos los colores, de todos los tamaños, de todas las formas. Flotan como hojas secas, se arremolinan, llenan la calle: muselinas blancas, sedas verdes, lanas rojas. Millares de mangas vacías, millares de faldas vacías, de pie, dobladas, tendidas, aplastadas. Los trajes vacíos de un mundo. Un mundo en ausencia temblorosa. Todos sus hombres, todas sus mujeres, todos sus niños, como moldes plegados en la tela fría que los aguarda. No cuerpos, sino trajes; no manos, sino guantes; no cabezas, sino sombreros. Un mundo muerto de visiones vacías, de formas desmadejadas, de huellas, de evocaciones, que unos cuantos hombrachones toscos manipulan y ajan.

Pero a poco trecho los fantasmas inertes se animan. El río de Broadway llega a su máxima profundidad y poderío en torno a la roca del edificio del *Times*. Imágenes gigantescas de hombres y de mujeres se asoman sobre un hervor de luces vivas de todos los colores al turbio

caudal humano que rueda abajo. Siluetas luminosas se mueven, saltan, aparecen y desaparecen. Todos los tiempos, todos los apetitos, todas las latitudes palpitan en la agitada incandescencia. Hay calor y color de fragua. Hay muchedumbre de incendio. Todos miran hacia arriba.

Por una puerta asoma la silueta de un vaquero, en otra se abre inmensa la sonrisa y el nombre de una mujer, en otra se alza un pirata, en otra un avión de bombardeo, en otra el rey Enrique V, en otra Santa Juana de Arco. Grandes voces trepidan anunciando prodigios. Distintas músicas van y vienen en resaca. Una placa luminosa dice "Oklahoma", otra "Aída", otra "Paisan", otra "The Respectful Prostitute", otra, otra. Quien penetra al través de las puertas encendidas puede contemplar a Isolda cantando sobre el cadáver de Tristán, a Ana Bolena en la prisión, la trágica vida y muerte de un vendedor, las doscientas piernas de las "rockettes" subir y bajar al unísono, un duelo de ametralladoras entre pistoleros de Chicago, y hermosas bocas abiertas, hermosos ojos entornados, cantando las mil variaciones de un mismo ritmo dulzón que dice las mismas palabras de posesión, de despecho, de amor, de deseo. Todos los trajes del mundo están vestidos y hablan y gesticulan. Es el país del museo vivo de las figuras de cera, los rehenes de Gengis Kan, las visiones palpables del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso de la comedia de la humanidad que rueda en el hirviente cauce de Broadway.

El río humano entra y sale por las doradas puertas de aquellas cavernas de Alí Babá. En el momento en que Ethel Merman, apoyada sobre un rifle, alza su canto sobre la cabeza de Búfalo Bill, se mece el coro de South Pacific, se detienen un segundo las bailarinas de Radio City y el beso de Ingrid Bergman a su galán se va reflejando de pantalla en pantalla, de acera en acera, hasta perderse en un sombrío cine de barrio. Ese es el momento en que Rocky Graziano toca con un *jab* la quijada del *challenger*, en que Sonja Heine entre plumas y diamantes abandona el hielo por el aire, en que Gene Autry baja de su caballo para tocar la guitarra y en que la sirena de la ambulancia de la película sale aullando a la calle a llevarse el herido que se desangra en la esquina, de una herida verdadera.

Es un país polar, de pulido hielo luminoso y transparente. No hay sombras. No se ven sino espejismos, reflejos, descomposiciones de la luz en el cristal. Y los que allí están dan vueltas y vueltas sin poderse escapar.

Los que se escapan pueden llegar a descubrir los prados y los lagos que se abren entre los altos farallones de piedra. Es una región de caballos y de arboledas donde el día es más largo que la noche y la noche trae sombras. Es tierra de tránsito y de encuentro. Todos los que pasan quisieran detenerse, pero tienen que seguir galopando en el caballo. Pasan tribus errantes y desorientadas: llevan niños, comidas, fardos. Se tumban bajo unos árboles. Los hombres y las mujeres se hacen el amor. Comen los niños. Hasta que oyen rugir los leones, o mirar la silueta de la pantera sobre la roca y huyen hacia otra arboleda, hacia otro lago,

donde van a tumbarse de nuevo, a comer de nuevo, a acariciarse, tal vez a levantar una tienda, pero después de un tiempo vuelven a marcharse. Lo que parecían esperar es el largo encuentro de la noche y el día. Cuando se ha consumado salen hacia los lejanos farallones de piedra. Cada rincón tiene una historia, cada árbol un nombre, cada roca un testimonio. El policía pasa al trote de su caballo junto al banco donde asesinaron a la muchacha en la noche de invierno, y el viejo soñoliento recuesta la cabeza sobre el corazón que tiene grabado el tronco de un árbol con una inscripción que dice: "John Loves Mary".

Donde termina la pradera abierta se alzan las fronteras de un mundo primitivo. Se oye un son de tambor. Huele a selva y a trópico. Brilla el sol sobre los rostros sudorosos de los negros. Corren niños descalzos y hombres pensativos se sientan en las escalinatas de los portales. No se ven plantas, pero se siente la presencia de la caña de azúcar y del algodón. Hay una sombra de selva que sale por las húmedas bocas de los sótanos. Todo se mueve con un ritmo sordo, acompasado y profundo. Gruesas voces se arrastran como serpientes. Por una ventana brota una música entrecortada y sacudida y se miran las siluetas de hombres y mujeres contorsionados en secos espasmos rítmicos. Toda la calle y todos los que en ella están con sus voces, sus andares y sus miradas están dentro del compás. El suelo es de oscura tierra fluvial. En la sombra hay cocos y helechos.

Pero más allá lo que hay son islas. Empieza el archipiélago de los antillanos. Bongó, arroz, español sincopado. Junto a una puerta hay diez tenduchos llenos de clientes que no salen. Huele a café tostado. Se habla a gritos de una acera a la otra, de la más alta ventana a la calle. Se alzan pomposas palmeras de voces. Todos se asoman a la calle como a un espectáculo.

La isla se adelgaza para morir frente a las vastedades del Bronx. Las gentes están como más apeñuscadas en ese último extremo de tierra que ya no da más espacio. En cada habitación duermen cinco. En cada portal hay un faro. Cada calle es una feria. El más grande y final apeñuscamiento se cuaja en el estadio de Polo Grounds. A una sola voz la muchedumbre aúlla siguiendo la pelota que ha disparado un bateador, que se estabiliza en el azul y que parece que va a rebasar la isla.

Todo esto es lo que los exploradores dicen que han visto. Muchos tan sólo lo oyen contar y nunca se aventuran más allá de la tierra que conocen y del clima en que nacieron. Porque las diferencias son tan grandes que hacen difícil la adaptación y ponen en peligro la vida del que trasmigra. Del Harlem tropical y sudoroso no se puede pasar al país de pieles, de hielo y de metales que se refleja en el canal de la Quinta Avenida y en los *Icebergs* de Park Avenue. El clima, la dieta, los hábitos son distintos. En Harlem se comen bananas y ñames antillanos. En las heladas cavernas de la cordillera central de Manhattan hay caviar y trufas en metal y en vidrio. O en témpanos de hielo labrado.

Del húmedo clima de las colinas del Bowery, que dan cebollas, ajos y papas, no se puede pasar al país nocturno de Greenwich Village, sólo de ajenjos y alcoholes y de flores maceradas.

Las costumbres y los valores son distintos. Con lo que paga por una comida un viejo banquero dispéptico en el Café Chambord se hartan los apetitos de treinta viandantes en el mostrador de la Botica o en el columbario del Automático. Seis metros de cola humana a las puertas de "Radio City" valen lo que la más rubia caja de tabacos del "humidor" de "Dunhill". El azuloso abrigo de tres cuartos que pasea la modelo en el salón de "Revillón" un instante, vale lo que los cinco más monótonos años de trabajo de un ascensorista, que es como ir de la tierra a la luna por el hueco de un ascensor oyendo a las mismas personas decir las mismas cosas sobre el tiempo y recitando cada tres metros: "Cuidado al pisar".

Las cosas cambian de ser y de valor. Adquieren un valor de exotismo y de dificultad. De calor en hielo o de hielo en calor. El huevo que sirven en el Stork Club vale lo que seis huevos de los Child's, lo que ocho de las cafeterías del Broadway central, donde los clientes comen de sombrero sin mirar a los clientes de los otros tres lados de la mesa; lo que dieciséis de los huevos de jungla del Spanish Harlem y lo que treinta y dos huevos de los tenduchos del Bowery.

Y no un abrigo oscuro y espeso de los que se pasean coronados por la barba de un rabino por las sinagogas de Brooklyn, sino hasta diez grandes abrigos de rabino, se compran con lo que apenas alcanza para pagar un sombrerito de paja con tres plumas de gallina que está en la vitrina de Hattie Carnegie.

El tiempo tampoco es el mismo. Cuando es el mediodía en los verdes de Riverside hay sombras en Down Town. Nunca llega el sol al fondo del cañón donde pululan las termitas de Wall Street. Harlem está en el trópico. Pero el sol de medianoche y la aurora boreal brillan perpetuos en las rías de Times Square.

Cuando todos están despiertos en la calle 42, todos duermen hacinados en los soportales, en las aceras, en las alcobas del bajo East Side.

V

El pintor que tuviera que hacer el elogio plástico de los claros varones de Manhattan tendría que pintarlos ensimismados, en un sueño de poderío abstracto, entre sus ruedas dentadas, sus curvas estadísticas, de espaldas a una ventana que domina un bosque de rascacielos y contemplando en la mano un segmento de la blanca lombriz aplastada que mana del teletipo con las últimas cotizaciones. A lo sumo, como nota de fruición y de alegría, en la pared, la silueta triangular del gallardete de una universidad deportiva.

Son los amos de un mundo cuyo botín se resuelve en cifras.

Nunca podría ocurrírsele al pintor encargado de inmortalizarlos ponerlos en el momento de gozar de los sazonados frutos de la tierra.

Sentarlos a la cabeza de una caótica mesa de Renacimiento donde todos los climas de la Tierra han delegado sus frutas y sus animales, o en el centro de la resonante boda flamenca, con derramados vinos y risas, que todavía gira en algún Brueghel.

Y es que las gentes de esta isla no tienen ni el gusto ni el arte de la comida. Apenas dedican tiempo a alimentarse en una forma somera, desabrida y rápida. Los mira uno ingerir con apresuramiento y sin dedicación un *sandwich* o una ensalada, mal sentados en la estrecha silla de un mostrador, con el sombrero puesto y el diario bajo el brazo. Hay quienes no toman sino una pintoresca ensalada de hierbas. Esa ensalada verdi-blanca que desborda de las cazoletas de madera es la única fantasía de su alimentación. Pero el plato típico preferido y ponderado que se come en los hoteles de los millonarios y en las fritangas de los muelles es el jamón con huevos fritos y el pastel de manzana. O acaso el "perro caliente".

Lo que un pueblo come retrata su historia y su psicología. La cocina es una de las más elaboradas formas de la cultura. Algunas salsas significan tanto culturalmente como un estilo arquitectónico o como una forma poética. Algunos vinos están tan entrañablemente mezclados a una raza y a un suelo como la propia lengua en que se expresan. La aptitud para sublimar el contenido de las necesidades primarias es el verdadero signo de la cultura. La transformación del refugio rupestre en catedral barroca no es muy diferente, como hazaña y marca de una cultura, a la transformación del bocado de carne asada en *tournedos* Rossini.

El pueblo griego, con el mismo impulso sagrado con que hizo el Partenón y creó la filosofía, transformó el acto animal de alimentarse en el noble ambiente del *symposium*, el banquete socrático en el que junto con la comida y la música de las flautas tiene lugar el rito del diálogo. Son también las sobremesas de los alejandrinos cargadas de gracia escéptica, y las de las villas florentinas bajo los Médicis, y las del París de la Restauración, cuando Talleyrand, con sublime elevación, explicaba el difícil arte de tomar una copa de *fine Champagne*. Un arte no menos complicado, sutil y simbólico que el que los chinos han madurado en milenios para preparar y servir el té.

Esa refinada estilística de la cocina, que adquiere tan extraordinario esplendor en la cultísima nación francesa, es una de las mejores vías de acceso hacia la intimidad espiritual de un pueblo. El Chianti, la polenta y las pastas son la parte más viva y asequible de la historia cultural italiana. El *sauerkraut* y la cerveza dicen más sobre el alma alemana que el falso Arco de Brandeburgo. El cocido de Castilla y el arroz de los valencianos son de las expresiones más reveladoras de la vida de la meseta y del mediterráneo español. Y la diferencia tónica y conceptual del vino de Burdeos y del vino de Borgoña reflejan la más rica de las contraposiciones del alma de Francia.

Lo que el hombre de Manhattan come es de lo más pobre e insignificante de la cocina universal. El refinado arte de las salsas le es desconocido. El vino y el aceite, que son dos de los más extraordinarios alimentos de la cultura antigua, le son ajenos. El maíz, que es la planta naturalmente más ligada al misterio telúrico del continente americano, les llega puro, en hábito de trigo, sin los significativos procesos de preparación y de fermentación que los indios han llevado a los pobladores de otras zonas, y que son la arepa, la chicha, la mazamorra, y todos esos conceptos en los que sobrevive y se transmite el sentimiento de una raza casi muda en la historia.

Comen poco, desabridamente y con premura. Las más de las gentes entran de carrera al mediodía al mostrador de una farmacia y a medio sentar comen un *sandwich*. Es ese mismo *sandwich*, que a esa misma hora, hora *standard* del Este, comen uniformemente millones de hombres y mujeres. Algo sin duda tiene que ver esta alimentación con la historia de la isla, con su arquitectura, con su paisaje y con su espíritu. Forma parte de una sensibilidad, de una manera de entender la vida. Algo del rascacielos, y del inmenso estadio de pelota, y del luminoso sol de invierno, y del color del Hudson, se refleja en el *sandwich* y en el vaso de Coca-Cola con que almuerza el hombre que los habita, los construye y los ama. El mongol que hizo su historia a caballo, que se calentaba con estiércol, y que se adornaba con crines, también se embriagaba con leche de yegua. La comida es una de las formas fundamentales de conocimiento y una de las mayores expresiones de la sensibilidad. Lo que fundamentalmente puede diferenciar los rascacielos de los palacios de Gabriel y la *java* rezongada en acordeones en los fonduchos franceses de la monótona cantata de los *ozarks* resalta más contrastadamente entre el hombre que almuerza con *sandwich* y Coca-Cola en el mostrador de una farmacia de Nueva York y el locuaz obrero que en una acera de París se instala a comer un elaborado guiso, mientras rebana un grueso pan sostenido bajo el brazo y empina repetidamente la botella de vino rojo que siempre está a su lado con poderosa presencia. En esa botella de vino la historia y la geografía de Francia entran en comunión con su pueblo. Es un caldo espiritual que los nutre de la esencia mágica de su tierra. El obrero de París tiene una noción precisa de los finos matices que distinguen a Anjou, de Alsacia y de Burdeos al través de los matices del cuerpo y del espíritu del vino en que cada región se expresa. Nada de esto ocurre en Nueva York. La Coca-Cola es igual desde el Atlántico hasta el Pacífico y las ensaladas higiénicas son hechas de las mismas desabridas y limpias yerbas en toda la extensión de la Unión.

Taine, en sus grandes hazañas de teorizante, trató de explicar una vez algunas de las diferencias de la expresión artística en los pueblos tomadores de vino y en los pueblos bebedores de cerveza por la influencia de estas bebidas. El arte del mundo latino estaría en gran parte influido y explicado por el vino, como la inorgánica, oscura y aletarga-

da expresión de los sajones por la cerveza. El teorizante de la historia cultural y de la sensibilidad de este pueblo, que siendo tan universal tiene tan marcado acento localista en su vida, tendrá que escudriñar bastante en la significación de la Coca-Cola. No es el americano pueblo de vino o de cerveza. El hispanoamericano, que tampoco lo es, tiene, en cambio, su bebida tónica, su licor de trance, su caldo espiritual en el concentrado y profundo café. Pero esta bebida yerta que no ha pasado y salido enriquecida con los fermentos y las decantaciones, esta agua industrial y sin misterio no toca la sensibilidad ni la tiñe.

En el proceso de hacer en esta isla una vida con estilo, el terrazgo de una cultura, no se habrá adelantado mucho mientras no haya una cocina y un licor. Mientras no forjen sus propias salsas, sus guisos ambientados, su bebida emocional. Mientras no tengan la sensación de redonda y perfecta unidad que uno adivina entre la pagoda, la moral confuciana, el puente abovedado, la escritura ideográfica, los palitos de comer arroz y el té de los chinos. Entre tanto, y en medio de todas las magnificencias y los esplendores de su crecimiento, serán gente incompleta, no aclimatada en su tierra.

Este hombre del Hudson, que come apresuradamente su magra e incolora ración, no conoce la sobremesa. Y éste es también un grave inconveniente para la formación de una cultura. La sobremesa es la ocasión en que el tono de los alimentos sazonados pone su nota en las ideas y en los conceptos. Es el momento en que la naturaleza muerta de la mesa se transforma en fermento vivo del pensamiento creador. Es la hora de la unidad cultural, en la que después del banquete, sobreviene la música socrática. Lo que las musas y los dioses revelan allí ya estaba en la cocina. No pocas veces lo divino se mueve entre los pucheros, como lo sabía Santa Teresa.

Este hombre sano, fuerte, resuelto y apresurado, apenas acaba de comer se levanta. Se levanta a hacer algo. No conversa después de la comida, ni hay ninguna vinculación visible entre lo que puede decir y lo que ha comido. El comer no forma parte armoniosa de su existencia, sino que la interrumpe, la corta por un breve momento con la necesidad de alimentarse de la manera más simple, más rápida, más insignificante.

VI

Quien hojea las llamativas y tumultuosas páginas de *Harper's-Bazaar*, *Fortune*, *Life*, *Vogue*, o *Holiday*, se percata inmediatamente de que están compuestas no sólo de dos partes distintas, sino además de dos distintos sistemas de expresión.

Una parte pertenece al pasado, es la lectura tradicional de la vieja gaceta, en la que por medio de palabras se narra o se dice algo, o se transmite alguna especie de pensamiento. Es el texto. Un texto de mayor o menor valor literario: un cuento de Hemingway o una insoportable carta de consejos maternales de la señora Dorothy Dix. Lo que es sin

duda un modo de expresión ya viejo en la cultura occidental. En esa misma forma se escribían los libros y los almanaques y las horas antes de descubrirse América.

Puede que haya mayor lujo de imprenta y seguramente mayores recursos gráficos que en los viejos periódicos europeos del siglo XIX, aunque no siempre mayor belleza y gusto (páginas hay en la Biblia de Gutenberg no superadas en belleza de composición y en tino artístico), pero el sistema de expresión sigue siendo europeo, ajeno, tradicional y, por tanto, profundamente distinto de la vida que crece y palpita en Manhattan.

En cambio, hay otra parte en las revistas, claramente diferenciada y nueva, donde un acento poderoso de otra vida resuena y donde se ve brotar una manera de expresión que ya no se parece a lo que vino de Europa. Son las páginas destinadas a la publicidad. Allí habla con términos propios, aunque todavía confusos, la cultura que está naciendo de la confluencia de razas y de pensamiento humano en esta isla del Hudson.

El esbozo del estilo y del medio de expresión de esta existencia que todavía aparece tímidamente en sus monumentos, en su pintura, en su música, se revela con énfasis en esas curiosas composiciones de los anuncios. No hay exageración en esto. Los más de los rascacielos no son sino inmensos cimientos habitados, sobre los que, en los dos o tres últimos pisos de la cúspide, se posa, como un buque encallado sobre un arrecife, una mansión gótica, un templo románico o un palacio del Renacimiento. La pintura es un pálido reflejo que sale por las ventanas de los museos. Y la música es casi toda europea o negra, o ambas cosas mezcladas, y, por añadidura, algunas veces expresada con la desterrada nostalgia del judío, como en el esplendoroso caso de Gershwin. Pero, en cambio, esas páginas de *Fortune* o de *Vogue*, donde con medios propios y alterados se manifiesta algo que se parece a esta isla más que nada, son de Manhattan, han nacido aquí y tienen poco que ver con las catedrales, los frescos y la literatura europea.

Si fuéramos a clasificar el sistema expresivo empleado en estas obras diríamos que tiene algo de la poesía. Su facultad de multiplicar los medios y las significaciones y de asociar e iluminar. Y también de la escritura ideográfica, de los pescados y los ibis enigmáticos de los jeroglíficos, de los petroglifos de los pueblos primitivos y de aquellos poemas, atontados por la excesiva carga de significaciones, que Apollinaire llamó "Caligramas".

En general presentan, sugieren o evocan los temas más persistentes de la vida americana. Sus diversiones, sus comidas, sus golosinas, sus bebidas, sus preocupaciones, sus objetos usuales: automóviles, radios, refrigeradoras, escobas mecánicas, sus medios de transporte, sus placeres y sus ideales.

Es un lenguaje directo, que presenta de una vez su mensaje, y en el que se aproximan palabras y grabados de manera tan concreta y vertiginosa, que necesariamente hacen surgir, con fácil espontaneidad, imágenes que no sería fácil expresar, sin limitarlas, con palabras. En este

sentido, este arte creado por la publicidad no está muy lejos del realismo mágico de sus propósitos inefables.

A veces se trata tan sólo de una palabra. Una palabra que puede carecer de significación propia, ser un patronímico o una marca de fábrica, y junto a ella una imagen neta que se presenta en lo ilimitado. Y allí está contenido un mensaje, profundo y complejo como toda cosa humana, que leen con una mirada los amontonados seres que desembocan por las puertas del tren subterráneo. Hay una evidente correspondencia entre el ritmo en que viven, los valores de su experiencia y los símbolos de ese sistema expresivo, o para decirlo con la palabra más justa, de ese arte.

Los símbolos de ese arte nacen de la circunstancia en que esta gente vive, y constituyen las formas en que su sensibilidad tiende a expresarse. Sus dos mayores ansias, de una u otra manera, están siempre presentes: el cuerpo de la mujer y el aire libre. Labios que sonríen, cabelleras torrentosas, y piernas, o anchas perspectivas de bosques, ríos, lagos y playas. Los vasos llenos de dorados licores emergen de un cofre del tesoro de un pirata, o vuelan en el tapiz mágico de la leyenda árabe, que son las representaciones usuales de su instinto de evasión.

Cantan también a los automóviles y a los goces de la vida familiar. Hay siempre un árbol de navidad o unas pantuflas junto al fuego o un niño dormido. Y solicitan directamente la reacción más espontánea de la sensibilidad. Por ejemplo, la atracción del fresco en verano y la del calor en invierno.

Los hombres que trabajan con esta rica materia y forjan estos símbolos son los publicistas. Desde las altas torres, donde están sus oficinas, crean diariamente las formas en que se expresa el alma de esta isla, su arte verdadero y, sin duda, lo más sincero y revelador de la cultura que está naciendo en ella.

Son generalmente anónimos, como los constructores de las catedrales o como los miniadores de los libros de horas, que son sus antecesores en otro momento de la larga pasión de la civilización occidental. El hombre de la calle que repite sus cortas sentencias contundentes o tararea sus canciones asociadas a un mensaje, termina por deber a ellos más que a su escuela, por ser la hechura de esas manos invisibles que lo están haciendo y deshaciendo a cada instante.

Más interesante, y sin duda más importante, que lo que se escribe en las páginas de texto de las revistas es lo que se expresa en las ricas y heterogéneas páginas dedicadas a la publicidad. Allí está naciendo una nueva expresión. Quienes quieran conocer el alma de estas gentes y las reacciones de su sensibilidad deben abandonar los artículos, los ensayos y los cuentos que en su mejor expresión son todavía coloniales, para husmear en ese género autóctono que están creando los publicistas. Junto a uno de esos textos escuetos –poema, mensaje, vida– en que con una sola frase y una estampa está dicho en una mirada lo que uno

de estos seres anhela, sueña o espera, William James y Mencken y hasta Walter Winchell resultan europeos, gente de otra lengua y otro espíritu.

Algún día, este nuevo sistema expresivo, todavía en formación, va a invadir las páginas de texto. Los poemas, los ensayos y los cuentos actuales habrán de desaparecer y lo que ellos pretenden decir ahora lo dirán entonces los cargados y fulgurantes jeroglíficos que están actualmente confiados a la sección de publicidad.

Este es ciertamente el fenómeno cultural más significativo que está ocurriendo en esta roca sagrada que es Manhattan. Un arte, o un sistema de expresión, tan nuevo y tan asociado a las condiciones más intrínsecas de una época, como lo fue el de los vitrales para el mundo gótico.

Son los jeroglíficos que el hombre de los rascacielos está creando para expresar su idea del mundo, de la vida y del destino y por los que habrá de ser reconocido y revelado mañana. Los jeroglíficos de su obelisco.

VII

Siete millones de seres humanos, por sobre los brazos del río, vienen a hormiguear en la isla. El peregrino se angustia buscando el rostro de la ciudad inmensa. Todas las razas, todas las fisonomías, todas las expresiones, todas las lenguas se mezclan en la poderosa corriente humana que llena las calles y se apretuja en las celdas de los ascensores. Todos los estilos y las formas posibles de la arquitectura se mezclan en el infinito telón de sus muros y su cielo. Desde la mínima capilla gótica hundida entre los hongos, y los dorados arcos de alguna iglesia bizantina, hasta las lisas torres inagotables que oscilan entre la niebla de las nubes, pasando por las impresionantes moles cuadradas que, por las noches, se hacen aéreas, y comienzan a flotar con las luces de sus diez mil ventanas encendidas, la más alta junto a la luz de la más baja estrella.

Siempre hay en las ciudades alguna obra de arquitectura donde a la primera vista uno comprende que está presente el translúcido rostro del ser colectivo Quien mira el arco de Tito mira al través de él, como por los huecos de la pintura de Dalí, el pulido y fuerte rostro de Roma París está en Nuestra Señora y Toledo en el puente de Alcántara. Está infundido, en estas obras de piedra, el espíritu de los pueblos que las levantaron a su imagen y que dejaron la huella de su ser profundo en ellas.

El peregrino en la isla de Manhattan anda por días mirando edificios flotantes y vastas muchedumbres que pasan sin adherir a ellos. No parece estar el espíritu de esta ciudad extraordinaria en algún parque, en un templo o siquiera en un puente. Míranse desmesuradas obras que sobrecogen el pensamiento porque son perpetuas hazañas técnicas. Pero no siente uno que está allí presente esa misteriosa relación que hace de pronto de un solo monumento toda la explicación y hasta la justificación de una época.

Pero al penetrar un día en la Gran Estación Central o en la Estación de Pensylvania, una brusca iluminación se hace en nosotros y comprendemos que está allí más que en otra parte la fisonomía de la ciudad inmensa.

Son como los templos de un monstruoso dios del tiempo que devora los hombres. Bajo la gigantesca y pesada bóveda que podría cobijar nubes, reposa una luz ahumada y un poderoso rumor de mar o de torrente. Y abajo, más abajo de los altos zócalos de mármol y de las elaboradas bases de las titánicas columnas, se extiende la parda mancha de la muchedumbre espesa, agitada, trama de infinitos hilos que teje y desteje un invisible movimiento de conjunto.

Al nivel de la corriente flotan las caras ensimismadas de las unidades que integran este continuo y confuso rito. Van entregados a una ineludible consigna de no detenerse, de no distraerse, de no mirar de lado o hacia atrás, como si llevaran resonando en lo inconsciente el eco del gong de cada segundo y no pudieran evadirse de un secreto ritmo que los fascina y gobierna. Pasan por entre las mágicas puertas que se abren solas, desfilan inmóviles, como momias de su propio movimiento, parados por un instante sobre los escaladores mecánicos, o yacen encallados y sustraídos de la corriente en las rígidas colas que se forman frente a las taquillas. A ratos resuenan por los altoparlantes voces colmadas de cifras, de nombres de trenes, y de la repetida invocación de horas, minutos y segundos. El llamado vuela sobre el inorgánico desplazamiento de la masa. El piso trepida con el paso subterráneo de los trenes. En todos los pasadizos hay tiendas, barberías, cantinas, restaurantes. Las paredes están marcadas con flechas y señales itinerarias. Grandes grupos se renuevan frente a las pizarras en las que se inscriben números, signos cabalísticos y horas. La muchedumbre sin sosiego pasa por todas las puertas, llena todos los espacios, corre hacia todos los andenes, come de pie con prisa en los congestionados mostradores, mira fugazmente hacia las pizarras y, como el río de Heráclito, siempre es la misma y cada momento está compuesta de unidades nuevas.

En este ámbito parece revelarse la expresión y el sentido de lo que en las calles, oficinas y parques constituye impresión más superficial. Esa impresión de que todos van solos, incomunicados dentro de la multitud. Esa mirada vaga y absorta que tienen los innumerables solitarios que transitan casi sin verse por las hondas galerías blancas y sordas del tren subterráneo. En estas inmensas fábricas se hace evidente que el rasgo que caracteriza a estas gentes y determina los aspectos peculiares de su vida es su sentido del tiempo.

Son gentes vendidas al tiempo. Que cuentan los segundos como sangre que se les escapa de las venas. Que viven perseguidos, atropellados, maltratados por el tiempo. Estas gigantescas estaciones son en realidad los templos del Moloch de Manhattan, que es el tiempo.

Es como si este pueblo admirable que ha vencido casi todos los obstáculos materiales de la naturaleza, que produce calor y frío a volun-

tad, que ha puesto las formas prácticas del bienestar y de la comodidad al alcance de las multitudes, que ha derrotado la distancia hasta reducirla casi a una abstracción (cada día, mil millas significan una magnitud menor), hubiera tenido que pagar como precio de estas milagrosas victorias su incondicional sumisión al tiempo. El tiempo es su Mefistófeles. San Francisco, a ocho horas de vuelo, está hoy en lo que era el suburbio de Nueva York en tiempos de Jefferson; pero un minuto de ahora en la Bolsa de Wall Street pone más viejo que una semana en tiempos de Peter Stuyvesant.

Otras civilizaciones, que no han podido vencer la distancia, ni realizar la más pequeña de las hazañas materiales que abundan en la existencia de esta ciudad han logrado en cambio someter el tiempo y plegarlo al ritmo de su propia vida. Los chinos tienen milenios de haber alcanzado esa victoria. Cierto día, cuya memoria se ha perdido en algún remoto año del Cerdo o de la Serpiente, se olvidó la última clepsidra inútil. Desde entonces los filósofos que dialogan a la sombra de las torres de porcelana o el campesino que cultiva su arroz, o el artífice que talla el marfil y el jade, o el hombre de tiro que arrastra la pesada barca por la ribera del río Amarillo, son todos señores del tiempo. Tampoco están sometidos al tiempo los marchosos ibéricos. Ni el indio americano, que pareció dejarlo enterrado bajo la piedra de su calendario.

El tiempo es el mito fundamental de la isla y de sus prisioneros. Todas las formas de su vida están condicionadas por esta sensación pánica de la presencia imperiosa del tiempo. Si alguien pudiera sustraerlos por un momento a él, se sentirían perdidos y no se reconocerían. Estarían como un pez fuera del agua.

Esta ansia los lleva a vivir sin sosiego. La maldición fáustica de no poder decir: "detente", al minuto que se va, se cumple en ellos cabalmente. Nadie parece estar en la posesión de lo que está haciendo en el momento, sino en la inquieta víspera de otra cosa que ha de hacer luego. El que va por la calle no camina, sino que se acerca apresuradamente a algo que va a comenzar cuando termine de andar. Para ellos el caminar no es estar en el camino y posesionarse de la andadura, que es lo que hacen los andaluces, o los escoceses, o los bávaros, o los bostonianos, o los seres de cualquier otra raza que no hayan vendido su alma al tiempo. El que come, también lo hace de prisa, sin gusto, aguijoneado por la urgencia de lo que inmediatamente después ha de hacer. Y el que lee lo hace mientras come o mientras viaja. Y al terminar la función los teatros se vacían vertiginosamente como si hubiera incendio. Los textos, en algunas revistas, están encabezados por el anuncio de los minutos que se invierten en la lectura. No parecen vivir en el segundo presente, sino en la víspera del segundo que va a venir.

Y porque van arrastrados sin tregua, van llenos de alegre sorpresa. Todo lo que pasa es tan inesperado, gratuito y ajeno que provoca pueril alegría y fácil risa. Hay un fondo de confiado gozo en las pupilas de las elásticas doncellas, de lisos tacones y suelta cabellera, que con un reflejo

de Diana cazadora, emergen de las vitrinas de las tiendas. Ríen fácilmente y con espontaneidad. Pasan sobre las cosas con la desarmada y jocunda sorpresa del que no puede detenerse en ellas.

Es la velocidad del tiempo la que los lleva a gozar candorosamente con la vida. A alegrarse del espectáculo cambiante y vertiginoso que la existencia llega a parecer para quien pasa tan de prisa. Un espectáculo que se anuncia diariamente en los grandes titulares de los rotativos y que es siempre curioso y excitante.

Ese mismo sentido del tiempo es el que dispone su peculiar actitud ante la muerte. Son cara y cruz de una sola medalla. El forastero tiene la sensación de que Nueva York es una ciudad sin cementerios. En todo caso es una ciudad sin duelos. La muerte no parece sino un accidente de la vida ordinaria que hasta ahora no se ha podido evitar. Nada hay que recuerde el culto hispánico de la muerte, que hace de ella no sólo el mayor acaecimiento, sino además el que condiciona todas las horas de la existencia, hasta el punto de que un ser llega a vivir madurando su muerte. La muerte de la isla no tiene eco, ni resplandor, ni imperio. Toca tan sólo al que se lleva y apenas alcanza a poner una breve sombra en un limitado día. El concepto del tiempo no permite que la honda sombra se extienda y fructifique, hasta marcar indeleblemente otras vidas y hacer perpetuo en ellas el momento de su misterioso paso.

Si este pueblo dispusiera del ocio de los griegos habría elaborado el poético mito de su emoción pánica del tiempo. Un mito o una simple alegoría, en la que un semidiós, por medio de un trueque mágico, les habría cambiado el espacio por el tiempo. El espacio desaparecería a su capricho, pero quedarían encadenados a la vertiginosa fuga del tiempo. Y en esa virtud, nunca tendrían que sufrir ni gozar con el espacio inagotable que puede llegar a separar dos puntos, y que hace que el veneciano gaste algunas de las más azules y doradas horas del día para ir apenas desde la punta de la Salute hasta la plaza de San Marcos.

VIII

Haciendo el bojeo de la isla de Manhattan, desde el agua de acero del río –río del Norte, río del Este, brazo de Harlem– descubre uno que pertenece por entero al aire y a la piedra. No pertenece ni a los animales, ni a los árboles, ni a los hombres.

Las gaviotas vuelan sobre el borde de la ribera de piedra anunciando con dolorosos gritos el peligro. Más altas que ellas pasan incesantes los aviones. El aire no deja de vibrar en su ronco zumbido. Las largas patas de los reflectores dan zancadas en las nubes nocturnas mientras, como un gusano de luz devorando las hojas de la sombra, un dirigible enciende y apaga en el cielo sus letreros de publicidad.

Lo que a ratos se divisa abajo no son árboles. Es como musgo de humedad que mancha el borde de la piedra levantada en la calle hacia el cielo.

No se ven los hombres que habitan esas calles alzadas hacia el cielo. Nadie atraviesa los canales de aire vacíos y transparentes. A lo sumo se distinguen unos oscuros insectos que pululan en los oscuros empotramientos de donde las calles se levantan hacia el cielo. O que asoman su apagada e imperceptible cabeza por una ventana inundada de luz.

El explorador que hace el bojeo piensa que se acerca a la ciudad de los titanes. La ciudad que abandonaron los titanes, llena ahora de desproporcionada soledad.

La abandonaron los titanes y la invadieron las hormigas humanas.

Millones de oscuras hormigas laboriosas e infatigables corren imperceptibles por las bases de aquellas calles de aire y piedra que alzaron sobre el cielo los titanes. No levantan más allá de los más bajos zócalos. No llegan a perturbar la abandonada grandeza de aquellas moles que no les pertenecen.

La ciudad abandonada por los titanes ha sido ocupada por las inquietas y temerosas hormigas humanas. Ocupada temporalmente, precariamente, desproporcionadamente.

No pueden sentir que les pertenece. Saben que no la han hecho. Que para hacerla y habitarla se necesitarían otras dimensiones, otros hábitos, otros órganos. Están allí como de paso, por un momento, mientras los dejan.

Mientras vuelve el fabuloso titán que afiló la aguja sobre el edificio Chrysler, o el que dispuso como nichos de palomar, para su apetito gigantesco, las ringleras de ventanas del edificio Empire State, o el que dejó su arco sobre el río del Norte que ahora llaman el puente George Washington.

Entre tanto la habitan como pueden. Se adaptan como pueden a sus dimensiones inhumanas. Procuran arreglárselas por medio de ingeniosas combinaciones. Convierten una esquina en una aldea. No miran más arriba de los tres primeros pisos. Y parece que tienen prisa por marcharse. Saben que están de paso. Y viven como si estuvieran de paso.

Todos están de paso en Nueva York. Es como si nadie naciera allí y nadie pensara morirse allí. Es un andén. Un mercado. Está lleno de transeúntes. Afluyen de todas partes. Pero por un momento, para dispersarse luego. Sabiendo que van a dispersarse luego. Son los feriantes en la feria.

Todos parecen haber llegado de otra parte. Han venido a mirar aquello. A buscar algo que está en aquello. Se lo adivina uno en los rostros que tan a las claras dicen a dónde van.

Vienen de todas partes. De Europa. De Asia. De Long Island. Se oyen todas las lenguas, todos los dialectos. Las gentes que cuentan y miden dicen que hay medio millón de irlandeses, medio millón de alemanes, medio millón de polacos, un millón de rusos, trescientos mil puertorriqueños. Millares de italianos, de chinos, de griegos, de sirios.

Vienen de los Estados Unidos. Los Estados Unidos empiezan en la costa de Nueva Jersey, al otro lado del río de Harlem, y en la isla de Long

Island. Allí hay casas humanas y ciudades humanas y aldeas humanas. Gentes que nacen y mueren en su lugar. Que plantan árboles y tienen animales. Que han nacido allí, se conocen y quieren vivir sus vidas en sus lugares. Pero un día van también a Nueva York. Van por una vez a mirar lo desconocido, a recorrer la feria, a mirar lo desproporcionado y lo increíble. Se quedan en una aventura que se complica y llega a hacerse permanente.

Creen que han encontrado lo que buscaban o que van a encontrarlo. Pero aun así, procuran no ir a la ciudad sino para las horas de la tarea. Buscan una casa con árboles en una aldea cercana y vienen en los trenes de la mañana para marcharse en los trenes de la tarde. Medio millón de personas hacen esto diariamente. Diariamente repiten la aventura que Nueva York representa en sus vidas. Vienen de paso a la ciudad, en la que no quieren vivir, a buscar algo y a dejar algo. Tres partes de su vida se consumen entre una mesa de oficina y un asiento de ferrocarril. Están entrando y saliendo de andenes todos los días. Todas las mañanas tienen la ilusión de que llegan y todas las tardes tienen la ilusión de que se van.

Todos vienen en busca de algo. Vienen en busca de la extraordinaria oportunidad. La oportunidad de la riqueza y de la fama. Traen en la cabeza un cuento de hadas. El del inmigrante que desembarcó con los calzones remendados y llegó a ser director de un Banco o el dueño de un ferrocarril. Por aquella esquina pasó el mozo Carnegie buscando trabajo. En aquella oscura cantina empezó a cantar la que es hoy una de las más famosas y ricas estrellas del teatro y del cine. De aquella barriada miserable salió Irving Berlin y de aquella otra Fiorello La Guardia. Es la deslumbrante feria de la fortuna abierta para todos. El más desconocido puede tener éxito y el éxito es desmesurado como la ciudad desmesurada. Significa millones en el Banco, casa de invierno en Miami y de verano en el Norte, dos secretarios, tres automóviles, cuatro esposas, cinco ciudades que visitar todos los años.

Y a los que esperan la fortuna, mientras llega y mientras no llega, les ofrece el espectáculo, el color y el olor de la fortuna. La gran feria abierta de las formas más populares de la riqueza. La ciudad colmada de torres de mármol, los teatros convertidos en Alhambras de oro, las vitrinas de las tiendas transformadas en botines de pirata. Toda la masa de lo dorado, de lo brillante, de lo sedoso, de lo pulido, de lo transparente, de lo labrado, de lo luminoso.

La feria tiene su centro nocturno en Times Square. La gran rueda de la fortuna deshecha en miriadas de bombillas eléctricas que hacen letras, figuras, colores, cascadas, escaleras, temblor de incendio y espasmo de fragua. Pasan por ella arrastrados, con los ojos en blanco, como los ahogados de un río de fuego manso. Dorados de luz, teñidos de arco iris, deslumbrados en una especie de víspera perpetua de Aladino. Todo se les ofrece, todo se les promete, todo se les insinúa. Todo viene hacia ellos y parece llamarlos en temblor luminoso. Aquella cascada de estrellas de oro va a derramarse sobre sus cabezas.

Pasan encendidos en el oro de la luz. No pueden detenerse. No se sabe quién es el rico, ni quién es el que espera ser rico. Todos esperan la fortuna. La milagrosa especulación que va a verter la catarata de oro sobre ellos. El invento que llevan en la cabeza, la nota que llevan en la garganta, el golpe fulminante que llevan en el puño. Todos van a la feria de la fortuna.

No se sabe quiénes son los que llegan ni quiénes son los que se van. No están sino en busca, sino en espera de una cosa. Para irse después. Miran los relojes en busca de la hora de los trenes. Va a salir el tren de las nueve para Nueva Jersey. Salió el tren de las diez para Chicago, sale el tren de la medianoche para Washington. Va entrando en el andén, que tiembla, el tren que viene de San Francisco. A las cinco de la mañana en la palidez de la madrugada, pita el tren que lleva para White Plains los últimos en arrancarse del oro de la luz de la feria.

En la cabeza llevan la última cita, el último trozo de oferta, la última cotización, la vislumbre de un ascenso. Para dormir febrilmente unas cuantas horas hasta tomar otro tren que vuelva a lanzarlos al hervor de la calle y sus luces.

Todos se van, todos esperan irse. Cuatrocientos mil hombres toman los trenes de la tarde y huyen hacia los campos. Se hacen la ilusión de que huyen. De que van a regresar a las mujeres, a los niños, a los árboles, a las gallinas. A comerse una lechuga que sembraron.

Esperan huir definitivamente algún día. Cuando la fortuna les dé lo que buscan. Esperan cada día lo mismo los que nada alcanzan, y esperan cada día más los que alcanzaron el deseo del día anterior. Giran atontados, imposibilitados de irse, como los jugadores en torno de la mesa de juego.

En los días feriados ensayan la huida. La muchedumbre de fugitivos se amontona en las estaciones de los ferrocarriles, el hormiguero ennegrece los grandes andenes. Salen los trenes colmados de gente, salen los autobuses repletos. Salen cuatro millones de personas. Salen trescientos mil automóviles. Las carreteras se coagulan. Todos quieren salir a la primera hora, lo más pronto posible. Huyen como de la asfixia, como de un pecado contra la condición humana.

La ciudad parece quedar abandonada. Devuelta a la piedra y el aire, que son sus elementos propios. Pero pronto vienen otros, los que vienen del país humanamente habitado y quieren acercarse a la feria titanesca. Sanos americanos de la pradera, de la granja, de la tienda de la pequeña ciudad, que el día de fiesta se acercan al sobrehumano monstruo de piedra y respiran por un instante el letal olor de la fortuna.

Recorren las calles, entran a los teatros, husmean la feria encendida en la noche, miran con curiosidad los rostros curtidos de sombra y de cueva de los vendedores del tren subterráneo y se marchan antes de que el tóxico sutil les llegue a la sangre. Antes de que los fugitivos regresen a su condena.

Regresan del mar. Porque viven en una isla pero no les parece que han visto mar. Regresan del bosque, porque no les parece que en la ciudad han visto árboles. Regresan de comer y reír y conversar solazadamente porque les parece que no lo han hecho nunca en la ciudad. Que aquel jamón con pan tiene un sabor distinto y es como un maravilloso manjar nuevo comido junto al mar, junto a la brisa, entre rostros y casas humanos.

La primera sirena de policía que pasa con su alarido de angustia es para recordarles que están de nuevo en la prisión. Que están custodiados, atados, cogidos. Y que cuando salgan del trabajo no será sino para entrar en el bar más oscuro, frente a una pantalla de televisión donde pasan fantasmas de boxeadores, de jugadores de pelota, de caballos de carreras en la pista, de mujeres cantando con unos dientes inhumanos. Entre luces eléctricas. O para meterse entre luces eléctricas por los tragaderos ominosos del tren subterráneo. Con la cabeza enterrada en las hojas de un periódico sobre el retrato de un boxeador, de un jugador de pelota, de un caballo de carreras llegando a la meta con cien dólares para cada boleto ganador. Arriba, en la calle, pasa la baraúnda estridente de los carros de incendio.

No se resignan a estar. Piensan que están de paso. Mientras logran aquello que esperan. No es de ellos aquella ciudad. No les parece ni siquiera una ciudad. Una ciudad es otra cosa Hay una plaza, hay vecinos, hay la casa del señor tal y de la señora cual. Hay gentes que son de allí.

Se mueren inesperadamente. Se quedan un día en el tren o en la oficina muertos de aquel ataque al corazón, sin pensar que iban a morir allí, creyendo que un día alcanzarían lo que buscaban y se retirarían a vivir, a empezar a vivir humanamente, en una casa de la Florida bajo árboles y junto a un canal, que tendrían un huerto, que podrían tocar tierra con las manos y hasta cultivarla y comerse un tomate que hubieran sacado de la tierra.

Algunos lo logran y entonces parece que se marchan definitivamente. Se marchan lejos, temerosos, con el botín apretado en las manos.

Nadie quiere pertenecer a la ciudad. No se dan por vencidos en el anhelo de lograr irse algún día.

Algunos hay, sin embargo, que se dan por vencidos. Están congregados en un extremo de la isla. El Bowery es su barrio. Borrachos harapientos que entreabren los ojos torpes al sentir pasar sobre sus cabezas el estrépito del tren elevado. El puente del tren elevado hace la calle nocturna a toda hora. Se oye música de radios, canciones de ciego, las puertas de las tabernas son tristes. Toda la calle parece llena de casas de prestamistas y de tiendas de cosas usadas. En cada soportal duerme un ebrio, por cada escalera baja un grito, en cada esquina hay un grupo que parece esperar a alguien para asesinarlo. Pasan viejas haraposas vestidas con trajes de 1890, con sombreros de 1905, con zapatos de 1914.

Son los únicos que ya nada esperan. Cuando escupen a la puerta de la cantina parecen escupir sobre el rostro de la ciudad inhumana que los defraudó. Están refugiados en aquel extremo que han logrado hacer distinto de la ciudad. No se aventuran en ella. Viven bajo el trueno y la sombra del tren elevado. Hace años que no han visto la silueta de un rascacielos. Pero también son los únicos que no quisieran irse. Los únicos que tienen la sensación de vivir en una ciudad que han hecho ellos mismos. Una ciudad que se les parece y a la que pertenece su alma.

Lo demás es la ciudad de nadie. Llena de feria y poblada de gente de paso. Todos son pasajeros. La ciudad está llena de hoteles, millares de hoteles de todos los tamaños y todas las reputaciones. Y muchos viven por años en hoteles. Viven y mueren de pasajeros. Hay parejas que tienen veinte, treinta y cuarenta años viviendo en el mismo apartamento de un hotel de lujo. Entrando por las tardes con las maletas de los que llegan y saliendo por la mañana con las maletas de los que se van. Sienten que es aquélla una vida normal en la ciudad de pasajeros. Si no estuvieran de paso...

Por eso la ciudad no pertenece a nadie. Y en rigor nadie le pertenece. No tiene raíz humana, intimidad humana, forma humana. No está hecha a la imagen y semejanza de ningún sosiego del hombre. Aun los que creen pertenecerle lo que aman es la fortuna, el botín o la embriaguez que ella les depara.

No pertenece a ningún país. En la otra ribera de los ríos que la rodean empiezan los Estados Unidos, que es un país tan distinto de ella como lo es la aldea de Polonia o la isla de Grecia que dejó el inmigrante. Un país de donde vienen turistas asombrados a visitarla y al que huyen a vivir humanamente los que logran alcanzar la fortuna que ella ofrece.

Tampoco pertenece a ninguna civilización, a ningún estilo, a ninguna tradición. Deforma a los seres de todos los estilos, de todas las tradiciones, de todas las civilizaciones que llegan a ella.

Llegan buscando algo en ella que no es ella misma. Es un gran andén de piedra, sin tierra, sin horizonte, sin paisaje, tan grande que no se ven los trenes; es un gran puerto, tan grande que no se ven los barcos ni se oyen las grúas. Pero trepida de trenes, de barcos, de aviones, de autobuses, de coches. Como si todos los que la habitan estuvieran llegando o como si todos estuvieran partiendo. Nadie va a quedarse. Todos sienten que algún día, cuando todos obtengan lo que buscan en ella, se quedará sola, con sus desfiladeros y sus abismos de piedra devueltos a un vacío lunar.

IX

Al principio del invierno hay una hora de perfecta soledad en el Parque Central. Ha caído nieve durante lo más del día. El aire gris ha estado lleno de rayas y puntos blancos. Las ramas de los pinos se acolchan de nieve. Uno camina lentamente hundiendo los pies en la

espesa y quieta blancura. En la última hora del atardecer el cielo se ha despejado y se ha hecho transparente con una primera y desnuda estrella a un lado. No se oye ruido. No se mira movimiento.

Toda la nieve azulea con la vecindad de la noche. Hay una profunda sensación de abandono, de magia y de agreste soledad. Las lejanas moles oscuras de los edificios, hacia el sur, se diluyen en la penumbra, como acantilados de una costa inaccesible.

De lo oscuro de un tronco desnudo se desprende a saltos rápidos una ardilla oscura. Se acerca temblorosa y alza las patas suplicantes. Uno le tiende la mano y ella acerca la boca móvil a los dedos, buscando alimento. Como pudiera hacerlo el primero o el último hombre en la perfecta soledad.

Cuando el animalito se aleja de nuevo ya todo parece más transparente y despoblado. El aire está como detenido por el frío. Y el humo de nuestro aliento lo empaña a ratos como un vidrio.

Es entonces cuando el solitario se detiene y siente que va a ocurrir el prodigio.

En lo más penumbroso del horizonte, más allá de las ramas nevadas, empieza a levantarse una visión sobrecogedora. No hay ser humano que haya podido verla más grandiosa.

Es como si el cielo fuera creciendo y ahondándose con una inmensa colmena de luces. Pequeñas lámparas que se sobreponen, se juntan, se extienden, se confunden. Cuadrados de luz que cuelgan arracimados de la sombra como un telar de estrellas.

Es como si del fondo de aquel desierto de nieve y de soledad se hubiera alzado de pronto un simún de hojas de oro encendidas.

Toda la sombra está cuadriculada de luces hasta lo alto. Es un tapiz de fuego quieto y frío que cuelga de dos o tres estrellas. Y que está vivo de encenderse y apagarse sin término.

Y uno lo mira tan alto y tan resplandeciente que siente más inverosímil la proximidad de aquel milagro.

Es como un mosaico de oro que ha cubierto las nubes y las sombras. Todo en reflejos, en palpitación luminosa, en dimensiones y contornos inalcanzables. Como las moscas de Constantinopla debían ver los mosaicos de oro de Santa Sofía.

Nada tenemos en las manos ni en las palabras para responder a este prodigio. Para tratar de acercarnos a este prodigio que no es el que han hecho los hombres. Que los sobrepasa y los abandona.

Lo único que sabemos es que no son las luces de una ciudad. Los que ven las luces de la ciudad no ven el prodigio.

El prodigio podría ser el tablero para el juego del cielo y del infierno, o para el juego de la muerte y de la inmortalidad.

Puede ser la ciudad de luz y de sombra que sería prometida algún día a los hombres que habitan la ciudad de piedra y de hierro.

O puede que sea la encendida montaña de cristal que ha de estar al fin del mundo. Al fin del mundo que conocemos y padecemos.

Esos caminos de luz, esas señales, esos saltos, esos despliegues de vuelo inmóvil no pueden ser el simple reflejo de las lámparas de hombres que se afeitan, de hombres que escriben números, de hombres que cuentan dinero en billetes opacos. Deben ser otra cosa. Como las luces de un altar a un Dios que va a salvarnos. El reflejo infinito de unas llamas votivas que están vivas y temblorosas de esperanzas.

Deben ser fuego de hogar y luz de amor multiplicados que invitan al hombre a arder en la más encendida montaña.

Hay que estar solo y lejos para ver toda la visión de aquella inaccesible soledad luciente. Para sentir el dolor y el ansia de acercarse. De entrar en toda la aérea tibieza de aquella lumbre que palpita cubriendo el cielo. De aquel enjambre de brasas que se para en la sombra.

Tamaña grandeza de visión no puede ser un don gratuito. Debe tener palabras y significaciones y anuncios para toda pequeña soledad humana que la vislumbra.

Y las tiene. Pero sólo resuenan en lo más transparente del silencioso pensamiento angustiado.

Palabras que han nacido de la angustia de esta visión sobrecogedora.

Como aquella voz transida que nos llama hijo y nos habla de amor:

What do you seek so pensive and silent?
What do you need camerado?
Dear son do you think it is love?

Y la reconocemos. Amaba la gente de las calles y gustaba de conversar al conductor del tranvía de caballos. Y soñaba con más gentes y más casas y más atareadas muchedumbres. Vivió en las raíces de las que iba a brotar esta visión aérea. Y nos dice con orgullo jactancioso que es

Whitman, a Kosmos, of Manhattan the son.

¿Se ha alzado este fulgor temeroso, acaso, sobre esa fe serena del labrador que siembra, y del albañil que levanta su pared de ladrillos y de los hombres que cantan en su tarea llenos de indestructible contentamiento?

¿O es una visión satánica de inhumano orgullo que va a caer como lava ardiendo sobre los que se le acercan deslumbrados? Hay el rumor quejumbroso de un canto de negros que canta con poderoso quejido rítmico. Que canta y anuncia hasta lo más apartado de la soledad:

Joshua fit de battle ob Jerico,
Jerico, Jerico,
Joshua fit de battle ob Jerico,
An de walls come tumblin down

Al son de las roncas voces cargadas de dolor parece temblar todo el oro vivo de la visión. Son voces de hombres vivos con dolores vivos. De hombres oscuros con dolores oscuros. Por allá abajo hay muchos que tienen hambre, pero que además están hambrientos sin nada en que soñar. Que es lo que murmura aquel eco de Lindsay, tan rítmico: "Not

that they starve, but starve so dreamlessly". No es que tengan que sembrar, sino que tan rara vez cosechan. "Not that they sow, but, that they seldom reap". No es que estén condenados a servir, sino que no tengan dioses a quienes servir. "Not that they serve, but have no gods to serve". Y no es que hayan de morir al fin entre los vericuetos de piedra, sino que mueran como ganado. "Not that they die but that they die like sheep". Que es lo que dice la lenta voz que parece venir de la visión.

Porque hay otra que parece no verla. Que lo que ve es un desierto de áridos cactus y de tierra muerta. Donde no se alza sino una mano muerta suplicante bajo la luz de una estrella que se extingue. Que es lo que se percibe en aquella palabra que pasa, que es de Eliot y que viene de tan lejos:

This is the dead land
This is cactus land
Here the stone images
Are raised, here they receive
The supplication of a dead man's hand
Under the twinkle of a fading star.

Pero también habría una desesperada manera de arrojarse al torrente inescrutable. Entrar hablando a gritos, comprando y vendiendo, poniendo nombres en todos los avisos luminosos, todos nuestros nombres en todos los avisos luminosos. Que es lo que haría Hart Crane ya resuelto a morir:

Stick your patent name on a signboard
brother-all over-going west-young man
Tintex-Japalac-Certain-teed overalls ads
and lands sakes.

O estaré quieto, desde la sombra, sin avanzar, hasta no encontrar la palabra que resuelva el enigma. De esta esfinge de vida o muerte que nos mira con sus millones de ojos de luz. Acaso como Edipo resolvió el enigma de la perra que habla. Pero:

Señora it is true the Greeks are dead,
It is true also that we here are Americans.

Porque también debajo de la luz de cristal hay hierro y piedra, y sudor y zapatos llenos de blandos pies y miradas llenas de deseo. Una ciudad viva y atormentada de vida. Una robusta ciudad que grita y se estremece con todos los que dentro de ella gritan y se estremecen. Una ciudad de anchas espaldas que aman y cantan hombres de anchas espaldas:

Stormy, husky, brawling
City of the Big Shoulders.

X

El cielo azul resplandece sin una nube y el sol labra las moles de ladrillo oscuro y piedra blanca de la Universidad de Columbia, cuando empiezo a bajar la escalera del tren subterráneo. He depositado la moneda del pasaje al pasar las aspas giratorias de la entrada y ya estoy en un mundo nocturno.

Ya empiezo a bajar a saltos la escalera con todos los que la bajan a saltos. Hasta llegar a la plataforma de espera. A la chata nave fría, apuntalada por postes de hierro, blanca de losas de hospital o de carnicería, fría, de luces eléctricas que nunca se apagan, donde a veces palpita como una llaga una luz verde o una luz roja.

Todos los que han bajado conmigo se asoman al andén, miran a ambos lados a las dos largas bocas de túnel que se abren a los dos extremos, contemplan un momento los rieles pulidos dentro del estrecho foso y piensan que, al llegar el tren, habrá por un espantoso segundo la perfecta oportunidad de suicidarse: en un salto y en un segundo. Se alejan del borde y miran a los demás con ojos de sospecha. Caminan con las manos a la espalda, o con las manos en los bolsillos y mascan. A cada momento suena el "trac" de las máquinas automáticas adosadas a los postes que venden por un centavo, por aquel centavo liso y suave entre las ásperas monedas de plata que la mano palpa en el fondo del bolsillo, una tableta de chocolate o una lámina de goma de mascar.

Todos mascan. Y dejan de mirarse. Y a ratos y en grupos se detienen frente al puesto de periódicos lleno de luces y derramado de todos los colores de las portadas de las revistas. Ven al desgaire las brillantes portadas, mujeres desnudas y vestidas que sonríen en las portadas, o los negros titulares de los diarios. Del diario de la mañana que salió por la noche. Del diario de la tarde que sale por la mañana. "Los rojos tienen la bomba atómica". "Los Dodgers le ganaron al San Luis". "No me divorciaré", dice el marido de la Bergman. "Veterano loco mata trece en doce minutos". Cada quien compra un periódico. Y en todo el andén aletean las hojas.

Se oye el trepidar del tren que llega. Los primeros vagones pasan con tanta velocidad como si no fueran a detenerse. Un golpe de aire tormentoso se desplaza a su paso. Pasan vagones y pasan vagones hasta que llega uno que se va amohinando y deteniendo frente a nosotros. La puerta corrediza se abre de un golpe. Los que salen y los que entramos nos apretujamos un momento. Hay algunos puestos desocupados en el largo banco amarillo de esterilla que se alarga a ambos lados del vagón. El tren arranca con un golpe seco.

Los que están sentados se sacuden. Los que están de pie dan un traspiés. Los que cuelgan con una mano de las agarraderas blancas del techo se bambolean adheridos al periódico que sostienen en la otra mano.

Nadie parece mirar a nadie. Yo observo a todos los que no miran. Los que están en fila sentados en el largo banco frente al mío. A través de los cuerpos de los que están de pie a uno y otro lado. A nadie conozco. Todos los rostros son distintos. A veces las ropas se parecen. A veces los zapatos son iguales. Pero aquellas narices lustrosas son tan diversas, aquellos ojos tan distintos los unos a los otros. Aquellas manos que sostienen el periódico o que reposan sobre la rodilla están tan asociadas a la sola vida de una sola persona que no podrían ser las manos de más nadie. Son las manos de aquella nariz, de aquel sombrero, de aquel peinado, de aquel periódico. Y ahora recuerdo a Chesterton que dijo que carece de sentimiento religioso quien no comprende que aquel hombre que está sentado frente a nosotros en el tren subterráneo es tan importante para Dios como William Shakespeare. Aquel Guillermo Agitalanza.

Por los pedazos de ventanilla que se miran entre las cabezas desfilan las vertiginosas siluetas de los postes de hierro que sostienen el túnel y algunas luces fugitivas. Sentimos que vamos a una velocidad excesiva. Que la más pequeña falla del más pequeño tornillo podría estrellarnos contra la cerca de postes, y el trueno sordo y sostenido del viaje transformarse en infernal explosión de metales y gritos. Como una deflagración irrumpe rozándonos un tren que pasa en sentido contrario.

Sobre las cabezas están inmóviles las aspas de los ventiladores. Entre las aspas y las cabezas se extiende el friso multicolor de los carteles de publicidad. Con figuras de hombres y mujeres jóvenes y hermosas que sonríen. Que sonríen con un tubo de pasta dentífrica en la mano, con un jabón, con un paquete de té, con una botella de Coca-Cola. "Yo prefiero el Camel", dice la cara de un conocido cantante. "Yo prefiero el shampoo Kreml", dice una estrella de cine. "El señor Robert Smith, de Kansas City, se ha cambiado para el whisky Calvert". "Si tiene usted talento para cantar, venga a verme". "Johnnie Maize, bateador de los yanquis, es un comedor de *Wheaties* desde hace diez años. Compre usted su paquete mañana".

En la estación de la calle 96 entran muchos negros y algunos puertorriqueños menudos con pequeños bigotes. Un negro alto y triste se para frente a mí y sostiene con su gruesa mano la blanca agarradera. La otra mano cuelga inerte un poco más abajo de mis ojos. Es una mano grasienta, pulida. Tiene una sortija de oro con un rubí. El botón marrón está a la altura de mis ojos. Alzando la vista le miro la camisa y la corbata también marrones. Este no es de los jornaleros del Aseo Urbano. Es hombre elegante y debe venir de los *dancings* de Lenox Avenue. Me imagino que debe saber bailar un "jitterbug" descoyuntado sobre las más altas notas del saxófono.

Palabras en español me llegan de la conversación de dos puertorriqueños que no puedo ver. "Ahí se consigue trabajo. Yo te lo digo. Yo lo sé. Pagan hasta cuarenta dólares por semana. No te digo". "Y ¿desde cuándo no ves a Carmen?". "Mejor es que no me hables de eso". El

rumor vertiginoso del tren se funde con las conversaciones. Cruzamos blancas bahías de estaciones sin detenernos.

Por entre el brazo bamboleante del negro miro a la colegiala que está sentada frente a mí, entre otras colegialas. Una camisa hombruna, unos pantalones arremangados de lona azul, calcetines blancos y lisos zapatos. Tiene sobre las piernas los libros, sobre los libros los brazos, sobre los brazos la cara sonriente que parece una de las de los avisos del friso. La de la muchacha del té Lipton. O la del laxante de limón. Hablan en algarabía que se añade a la de los hierros.

Bamboleándose, un borracho barbudo da empellones y voces. Parece decir una arenga. Son imprecaciones a todos los que no le oyen. De la puerta de algún bar oscuro, sin saber cómo, se descolgó por una boca del subterráneo. ¿Qué era lo que le decía al barman? Lo que decía a aquellos otros hombres acodados en el mostrador. Lo que dice ahora a todas estas gentes que le evaden la vista. Cuando el tren se detiene está a punto de caerse. Se ha levantado para salir una señora madura de sombrero de plumas. El borracho mira el asiento vacío y se desploma sobre él. Entre una mujer y un hombre. La mujer, que tiene los ojos metidos dentro de un libro abierto, se encoge para evitar el contacto. El hombre que está al otro lado, duerme. Tiene una gorra metida hasta los ojos, una sucia camisa de trabajo, unas gruesas manos de trabajo cruzadas sobre las piernas, unos zapatos negros cuarteados y terrosos. Duerme profundamente. El borracho está casi tendido sobre él y sigue hablando sin cesar, dando manotazos en el aire.

Nadie lo mira. La mujer que está al lado está como metida dentro de su libro. No alza los ojos sino cuando el tren se detiene en alguna estación. Por entre los dedos logro verle el dibujo de la portada. Es una novela histórica, que se está vendiendo por millares de ejemplares diarios. Es la misma que tiene otra mujer que diviso cerca de las colegialas y otra que se bambolea agarrada de su gancho cerca de la puerta. Es la romántica historia de Jacques Coeur. Andan, dentro del libro, por un París de campanas, estandartes y torres medievales. Otra lee el grueso tomo de *El Egipcio*. Mira salir a un sacerdote cubierto de oro del hipogeo. Otros leen otros libros. En sus cabezas flotan imágenes de lejanos países, de bellas mujeres encendidas de amor, de ricos trajes, de maravillosas aventuras. "El que fume o escupa en el suelo será castigado con multa de cien dólares, o prisión de quince días, o ambas", dice el letrero junto a la puerta.

Se oye una música de saxófono que se acerca. Es un ciego que recorre los vagones mendigando. "Llévame al juego de pelota", es la pieza que toca. Pasa por entre las espaldas, los hombros, los sombreros. Tropieza con los pies del obrero dormido. Con la capa de pieles de una elegante mujer que deja de leer su revista ilustrada para arrojar una sonora moneda en la cantimplora que el mendigo lleva atada al instrumento. Con las rodillas de la colegiala. Con el brazo del negro. Su oscuro sombrero pasa rozando las agarraderas. Siguiéndolo veo el fez rojo y dorado y

la borla negra de un "Shriner". Es hombre rubicundo y risueño. Debe de ser de otra parte, y ha venido a la ciudad como millares de otros cofrades para la convención de su orden. La Antigua y Mística Orden de los Caballeros del Noble Santuario. Desfilarán con sus rojos feces y sus estandartes de opereta oriental, comerán y beberán copiosamente y regresarán con mil cuentos a sus granjas, a sus talleres, a sus barberías, en una ciudad del Oeste.

A mi lado se sienta un hombre grueso de pelo canoso; lleva como abrigo una espesa camisa de lana a cuadros rojos y negros, tiene nariz o quijada de boxeador. Abre su periódico, desplegándolo por cuartos. Lo que diviso son columnas de cifras. Es la página de las carreras de caballos. El hombre se abisma en números y nombres. Saca un lápiz y traza algunas marcas de un modo seguro y punzante. Guarda el lápiz, vuelve las páginas. Ahora se detiene en las tiras cómicas. Veo el mechón de Lil Abner y la silueta de pimpina de miga del "schmoo". El "schmoo" es gordo, luciente, manso, risueño, no come, ni corre, y cuando alguien lo mira con hambre se muere de contento. Se muere convertido en tierna carne asada o en pollo frito, sin huesos. Hay una luz de alegría infantil en los ojos del hombre de quijada de boxeador. El mundo debería tener "schmoos", piensa. No andaría él colgado de aquel gancho subterráneo, ni saldría de allí para meterse en una caseta de teléfono, hedionda a colilla y a tos, a llamar a todos los que saben en cuántos minutos hizo la milla el segundo caballo de la tercera carrera en Jamaica, y para concertar la apuesta del tonto más tonto que lo espera en la puerta de la tienda de cigarros y periódicos envuelto en el resplandor de Tarzanes amarillos, de Supermanes rojos, de Frankensteins verdes, de Patos Donald azules.

Y piensa también en los "schmoos" aquel hombre flaco, desgonzado que dejará el periódico con la tira del "schmoo" sobre el asiento al levantarse, para dejar el vagón, subir la escalera, meterse por la puerta de una botica y pasar junto a la caseta de teléfonos, donde alguien concierta las apuestas de las carreras de caballos, para comerse un *sandwich* de *chicken salad* y una taza de café con crema. Un *sandwich* de emulsión rosada que penetra al pan y sabe a apio. Pero el "schmoo" tierno es el que se convierte en tierna carne asada al mirarlo. Es una carne mejor que la que comen los clientes de Gallagher a cuatro dólares la libra. Con sólo mirarlo.

La velocidad del tren varía. Es como si se deslizara a ratos con dificultad por zonas de mayor resistencia. Por entre las enmarañadas raíces de los viejos edificios, por debajo de los sótanos de los más oscuros hospitales, entre las tuberías que llevan la sangre del último riñón abierto, del último pedazo de pulmón extraído. Bajo un suelo de algodones sanguinolentos y sábanas sucias. O por entre las huesas del Museo de Historia Natural, donde las orejas del elefante están heladas junto a la vértebra del megaterio y el aire se espesa con el olor de ballena embalsamada.

Un hombre gordo y melancólico lee un periódico escrito en caracteres hebreos. Toda la página está salpicada de temblorosos trazos que parecen deslizarse hacia abajo. ¿Cuáles noticias leerá ese hombre en esas letras de seis mil años? Con sus letras flota fuera del tiempo y del espacio. Irá a la calle de los negociantes en ropas, o irá a los almacenes de los pollos muertos o de las lechugas, pero antes tendrá que descender de aquella nube mágica de letras, restregarse los ojos abstraídos, y preguntar, con el acento más nasal que le quede en el pecho, de qué se trata.

Lo siento tan solo con sus letras, tan separado por aquella jaula de caracteres, que pienso que no podrá comunicarse sino con los que andan en otros pedazos de su jaula. Y que los que están fuera lo miran como prisionero. Tiene el sombrero redondo metido hasta las orejas. Unos lo ven con indiferencia, yo con interés, otros con desdén. Del apartamento en Brooklyn hasta el negocio en Manhattan va metido en su jaula. Con aquellas letras está escrito el nombre del rey Salomón en el libro santo. Y con aquellas letras acaso lea la noticia de que millares de refugiados, después de años de sufrimiento, han logrado al fin entrar en Tel Aviv.

La muchacha que viaja a su lado lee una revista. Es hermosa y viste con sencillez. Lee en su revista la historia de la oficinista que se casó con el joven y romántico presidente de la compañía. Que es la misma revista que lee la casera gorda, que lleva su paquete de compras recogido bajo las piernas. Es la misma revista que millones de mujeres han empezado a leer esta mañana. Trae la historia de la caprichosa hija del millonario a quien el amor hizo someterse a la autoridad de un muchacho pobre. Tiene un artículo que dice: "La vida empieza a ser divertida a los cuarenta años". Y otro que dice: "Le doy gracias a Dios por ser neurótico". Y un aviso: "Usted también puede ser atractiva". Y un reportaje que asegura que no existen mujeres feas. Y muchas páginas con grabados donde se enseña cómo se puede cocinar y fregar platos conservando las más hermosas manos femeninas; cómo se puede transformar sin gastos aquel feo cuarto en aquel maravilloso salón de la revista; cómo de una mesa vieja y rota se puede hacer la más moderna mesita de té con la sola ayuda de una sierra y un martillo. O la manera de parecer una persona instruida e inteligente al hablar. La belleza, la salud, la felicidad, el bienestar, puestos al alcance de todos.

La mujer gorda del grueso paquete sonríe. Como a la misma hora hojeando la misma revista sonríen otras mujeres que están en las calles, en los sótanos y en los pisos altos. La que lava la ropa de los hijos en el sótano. La que limpia la salita, que sin gasto podría transformarse en una pieza de exposición. La que calienta las espinacas, que pueden servirse con poca cosa como en el restaurante francés. La que friega los platos mientras oye en la radio la quejumbrosa canción de Bing Crosby en la hora que se llama "Serenata de Amor".

Chirría el tren deteniéndose. Toda la masa de gente se mueve. Todos se empujan. Entran nuevos rostros. Tres muchachos altos, con el pelo peinado en copete, salen en el último momento atropellando a todos los que entran. La última mano del último tiene un gesto de lanzar la bola del *bowling*. El sordo rodar de la bola sobre la madera y el estruendo de las maderas cayendo en la catarata. De la escalera del *subway* se meterá en la escalera del salón de *bowling*, ancho como un garaje, donde treinta hombres simultáneamente se tuercen detenidos, lanzando treinta bolas que ruedan sordamente. Simultáneamente con otros dos mil novecientos hombres que, en millares de salones, están lanzando el trueno de la bola sobre la cancha.

Ahora está frente a mí un botones vestido de verde con botonadura de reluciente dorado. Su cabeza tocada con un chato gorro verde está debajo de aquel retrato del friso donde sonríe una muchacha, junto a un letrero que dice: "Reúnase con 'Miss Subway'. Encantadora Harriet Young, secretaria en Adelphi College. Estudiante de música, le gusta todo, desde Beethoven al 'Bebop'. Ambición: tener un automóvil nuevo y ver América".

El botones tiene cara de ansiedad. Nadie lo está llamando, no está llamando a nadie. No va dentro del eco de su voz por pasillos, salas y corredores canturreando el nombre de aquel míster Smith o míster Savacol a quien espera un teléfono acostado sobre una repisa de mármol. Pasan minutos, el tren corre y no suena ningún timbre que lo haga saltar. Va a sonar un timbre. A las siete hay que sacar el perro de la señora del 115 y llevarlo al borde de la acera, dejarlo husmear un rato y esperar a que se enarque en la defecación. A las siete y media toda la acera está cubierta de los botones del hotel. Todas las aceras están cubiertas de botones, y hombres y mujeres, y viejos y niños que sostienen por la traílla a los perros. Y todo el fondo de las calles toma un tinte de canal de matadero. Hasta las siete de la noche. En que hay que subir a buscar el perro de la señora del 115 para bajarlo nuevamente a la acera. Ya en la sombra. Lejos de la luz del farol. Y verlo enarcarse con los ojos saltados.

El tren amaina la velocidad y se detiene. Todas las gentes se ponen en movimiento. En los postes del andén hay repetido el número 42. Salen todos apresuradamente. Como si el tren pudiera arrebatarlos y llevarlos a un destino desconocido. Salen todos, menos unos pocos que permanecemos. El borracho ha aprovechado la ocasión para tenderse largo a largo en el banco. Pero nuevas olas humanas se precipitan por las puertas. Todo vuelve a apelmazarse y a endurecerse. Entran mujeres con niños y paquetes, hombres con maletas y carteras. Gentes con ojos afiebrados y narices lucientes que salen de los cines. Con los oídos llenos de disparos de revólver y de canciones. Con los ojos llenos de descomunales ojos. Hombres con el cuello de la camisa abierto, el sombrero nuevo en la nuca, un escarbadientes en la comisura de los labios y el gesto exacto del pistolero que vieron en la pantalla. Una voz

arrastrada, cantada, cortada. Y de pronto uno que suelta una carcajada corta y explosiva.

El trayecto es breve. El tren se detiene de nuevo. Bajan muchas mujeres. Con prisa. El andén está lleno de otras mujeres con paquetes. Muchas suben. Otras esperan los trenes que vienen de regreso. El tren está anclado al borde de los sótanos de las inmensas tiendas. Se ven todos los andenes y pasadizos cubiertos de luces, vitrinas y avisos luminosos. Las luces llevan a otras luces, los pasadizos a otros pasadizos. Las mujeres suben como hormigas atareadas. Y de pronto, ponen el pie en una escalera que empieza a subir sola. A rodar sola, como un témpano de hielo que se desprende lleno de pingüinos. A subir por entre horizontes de arcadas, mostradores, colgaduras, armarios, pirámides de mercancías pasando de un piso al otro como quien mete la cabeza por el hueco de una capa. Del piso de los trajes de mujer, al de la ropa de hombre, del piso de los artículos de deportes al de los muebles, de los comestibles a las máquinas de lavar, de las drogas a los libros, de las camisas a los automóviles, de donde enseñan cómo funciona la máquina de lavar a donde explican cómo se preparan los ravioli y los dan a probar. Todo está lleno de manos, de cabezas, de ojos, de hombros. Como si el vagón del subterráneo se hubiera multiplicado por cien mil. Y la escalera sigue subiendo con los pingüinos inmóviles y serios. O baja con ellos. Hasta que al pie de la última escalera, que no se mueve, se para el vagón del subterráneo y el oleaje mete la gente adentro.

Los que están de pie dan un traspiés. El tren arranca. Hay gentes que sacan papeles de los portafolios, de los bolsillos. Mujeres que sacan papeles de las carteras. Papeles con sellos, con letreros impresos, con firmas agresivas. Tienen cara de ir a hablar con policías, con fiscales, con inspectores. Aquel va a buscar un permiso para vender cerveza. Y aquel un permiso para conducir automóvil. Y aquel va porque no quiere pagarle la pensión a su mujer divorciada. Una mujer que sacaba la cabeza desgreñada por una puerta y le decía, pronunciando por las narices, horribles insultos.

Y todos van sacando mentalmente cuentas de dinero y de tiempo. A cada momento miran el reloj y se palpan la cartera. Miran el reloj. Dentro de diez minutos se desocupa la silla del dentista. Dentro de veinte minutos míster Jones tocará el timbre preguntando a la secretaria si míster Smith ha llegado. Dentro de cinco minutos sale el "ferry" para Staten Island. Dentro de treinta y cinco minutos sonará el teléfono y repicará cinco veces dentro de una oficina vacía, cuya puerta nadie abre. Dentro de una hora se cierra la subasta de cebollas.

Dentro de un cuarto de hora sonará el martillo del presidente declarando instalada la convención de los vendedores ambulantes de cepillos. Dentro de dieciocho minutos habrán subido un punto las acciones de la American Can.

Y se palpan la cartera. "Una comisión del tres por ciento no es suficiente". "Yo no vengo a venderle, vengo a traerle dinero". "Mi dinero

es tan bueno como el suyo". "La honestidad es la mejor política". "Hágalo ahora". "No hay negocios malos, hay negociantes malos". "Aproveche esta ganga". "Cien dólares no son sino el comienzo de mil dólares, mil dólares no son sino el comienzo de diez mil dólares, diez mil dólares son el comienzo de cien mil, cien mil el de un millón". "Un director de ventas que vale cincuenta mil dólares por año". "Un oficinista que vale cuatro mil". Se palpan la cartera con un gesto de despertar, entre el cabeceo del tren disparado, y miran con rápida sorpresa al hombre que está al lado.

Una corbata demasiado roja, un traje demasiado nuevo, unos hombros demasiado anchos, una afeitada demasiado reciente, unos ojos demasiado lentos, una quijada demasiado cuadrada. Por el bolsillo del pañuelo le asoman las puntas de tres tabacos. Los zapatos le deben chirriar un poco al andar.

Al lector de tiras cómicas que alza la cabeza pesada del periódico lleno de figuritas se le parece a Dick Tracy. A la mujer que masca goma y que ha salido del cine se le parece a James Cagney. Debe de tener debajo del brazo, oculta, una de esas pistolas de gángster que han estado retumbando durante dos horas en la película. Al viejo que saca el crucigrama de la última página de la revista ilustrada se le parece a los famosos pistoleros que no conoce.

El tren se detiene de nuevo. Baja mucha gente. Mujeres jóvenes de hermosas piernas con una gruesa cartera debajo del brazo. Hombres con sombreros que se parecen demasiado al que lleva el risueño mozo que está en el aviso de la sombrerería Adams en todos los periódicos. "Las mujeres prefieren a los hombres con sombrero". Baja el hombre de la quijada cuadrada. Bajan algunos viejos lentos, que parece que no tendrán fuerzas para subir la escalera que los sacará a la calle.

Voy a bajar yo. Pero no me muevo y la puerta se cierra rápida. El tren corre ahora frío y pávido, penetrando en lo más húmedo del limo. El vagón se ve grande y vacío y la luz de las lámparas es la del circo cuando el acróbata se prepara a dar el doble salto mortal sobre la cuerda. El tren baja para pasar por debajo del río. Sentimos un ahogo. A diez metros sobre nuestras cabezas duerme el agua del fondo con los zapatos de los ahogados y las más oxidadas tapas de Coca-Cola. A veinte metros sobre nuestras cabezas se desliza el trasatlántico lleno de banderas que busca su muelle. A veintidós metros sobre nuestras cabezas vuelan las gaviotas recogiendo los desperdicios que salen por los tubos de desagüe.

¿A dónde vamos? Al fondo del vagón está sentado el hombre que saca crucigramas en la revista. Cerca de mí, tendido en el asiento, ronca dormido el borracho. Al otro extremo, una mujer vestida de oscuro aprieta a su costado a una niña flaca de anteojos. Lo demás está vacío. O está lleno de algo que no vemos.

Nueva York, 1950.

El globo de colores. Caracas: Monte Avila Editores, 1975, pp. 9-69.

EL BRUJO DE GUATEMALA

EL SEÑOR PRESIDENTE ha llegado a convertirse en la más famosa y representativa de las obras de Miguel Angel Asturias.

Yo asistí al nacimiento de este libro. Viví sumergido dentro de la irrespirable atmósfera de su condensación. Entré, en muchas formas, dentro del delirio mágico que le dio formas cambiantes y alucinatorias. Lo vi pasar, por fragmentos, de la conversación al recitativo, al encantamiento y a la escritura Formó parte irreal de una realidad en la que viví por años sin saber muy bien por dónde navegaba.

Lo escribía, ¿era él solo, o era todo un pueblo de fantasmas próximos y lejanos que se expresaba por su boca de *shamán*?, aquel mozo risueño y ausente, con cara de estela maya que se hubiera escapado de una galería del Museo del Hombre para asomarse extraviado a la acera de Montparnasse en las tardes de París.

Venía de la más remota América. Mucho más allá de la de bananos, dictadores y quetzales, a la que podía volverse en quince días de navegación oceánica. Era el asombrado y asombroso sobreviviente de un largo viaje que atravesaba siglos, edades y cataclismos. Había pasado al través de toda la colonización española, había sufrido el difícil acomodamiento de lo indígena con lo hispano, había oído las lenguas de antes del diluvio que se habían conservado en los claros de la selva tropical, hablaba un castellano de Pedro de Alvarado o de Bartolomé de las Casas y se quedaba en silencio, con un silencio de brujo de Copán que aguarda la vuelta de Quetzalcóatl.

No sabía uno a ciencia cierta cuándo terminaba de contar la historia del perseguido sin tregua del tirano, o el cuento de fantasmas y barraganas de Antigua, y cuándo comenzaba la pura leyenda de la creación del mundo por los dioses del *Popol-Vuh*. O cuándo estaba hilando frases para aquel poema sin término que llevaba en la cabeza abstraída como un códice sagrado.

No era el primer hispanoamericano que llegaba a París. Desde el siglo XIX formaban parte de la crónica pintoresca de la ciudad aquellos criollos ostentosos y rastacueros, trepadores y dispendiosos, que habían llegado a París a ganar prestigio social o aceptación literaria y artística. Los había habido ridículos y conmovedores. Los que a veces asoman en las operetas de Offenbach, los que competían con dispendiosa ostentosidad por los favores de las grandes cortesanas, los de la generación del tango y la gomina, y, también, los que desde fines del siglo XIX habían ido en busca de consagración, aprendizaje y reconocimiento cerca de las transitorias *vedettes* de la literatura de París. Entre ellos iban algunos meros imitadores, como Gómez Carrillo, u hombres de genio, equivocados sobre su identidad, que aspiraban a ser discípulos de Verlaine, cuando en realidad eran los creadores de un nuevo tiempo de la poesía y de la lengua, como Rubén Darío.

Los más de ellos iban deliberadamente a "afrancesarse" y a atenuar los rasgos y las vivencias de su rica y mestizada cultura nativa. El caso de Miguel Angel Asturias fue distinto. Traía su América encima. Como uno de aquellos inverosímiles cargadores indios llevaba sobre las espaldas el inmenso hato de su mundo mestizo, con indios, conquistadores, frailes, ensalmos, brujos mágicos, leyendas y climas. Por todas las palabras y todos los gestos le salía aquel inagotable cargamento. Empezaba a conversar de una noticia literaria de París, o de los ballets rusos y desembocaba sin remedio en una historia de Chilam Balam o en la artimaña del prisionero que se escapó en un barquito pintado en la pared.

Con los hombres de la generación de Asturias había cambiado radicalmente la actitud ante lo europeo. Veían lo europeo como una deslumbrante tienda de instrumentos, como una constante incitación a la creación propia, pero no para afrancesarse sino para expresar lo americano con una autenticidad y una fe que eran enteramente nuevas.

El París que los envolvía era el de los últimos ballets rusos y el de la eclosión del surrealismo. Reinaban todavía en el mundo oficial los versos de Madame de Noailles y las librescas aberraciones de Gide, pero también reventaba de pronto, como una bomba de anarquista, una novela inesperada de Malraux, o aquel *revólver de cabellos blancos* de Eluard.

Cuando la bruma y las lámparas del atardecer convertían el boulevard en una asordinada feria pueblerina íbamos cayendo los contertulios a la terraza de la Coupole. A veces, todavía, veíamos pasar o sentarse en una mesa vecina a Picasso, rodeado de picadores y *marchands de tableaux*, a Foujita detrás de sus gruesos anteojos de miope, a Utrillo en su delirio alcohólico, al hirsuto y solitario Ilya Ehrenburg. Según los años y las estaciones cambiaban los contertulios de la mesa. Casi nunca faltábamos Asturias, Alejo Carpentier y yo. En una ocasión nos acompañó por algunos meses Rafael Alberti. Y luego gente transeúnte y pintoresca de la más variada América. El panameño Demetrio Korsi, que vivía en una novela que nunca llegó a escribir, Arkadio Kotapos, griego de Chile, músico, aventurero y gran conversador, que nos inundaba con sus recuerdos,

sus anécdotas y sus mil ocurrencias y disparates, verdaderos o imaginados, que constituían el más inagotable relato de una increíble picaresca intelectual, o Tatanacho, aquel mexicano menudo y melancólico, compositor de canciones populares que de pronto, a la sordina, nos cantaba "mañanitas" y nos metía en el amanecer de una calle de Jalapa.

La noche se poblaba de súbitas e incongruentes evocaciones. Con frecuencia hablábamos del habla. Una palabra nos llevaba a otra y a otra. De "almendra" y el mundo árabe, al "güegüeche" centroamericano, o a las aliteraciones y contracciones para fabricar frases de ensalmo y adivinanza que nos metieran más en el misterio de las significaciones. Había pasado por sobre nosotros el cometa perturbador de James Joyce. Todavía era posible ir por los lados del Odeón y toparse con la librería de la flaca y hombruna Silvia Beach, que había hecho la primera edición de *Ulises*, y hasta con un poco de suerte mirar al rescoldo de los estantes la menuda figura de barbita y gafas de ciego del mismo Joyce.

Las cosas de la vida americana nos asaltaban. Todo el arsenal inagotable de la naturaleza y de la geografía: los volcanes con nombre de mujer, los lagos poblados de espíritus, los inmensos ríos que devoraban gentes y países, las selvas impenetrables que emanaban olores y humaredas como serpientes, los animales que no conocían los fabularios, el cenzontle, el campanero, el gallito de las rocas, rojo e inasible como una llama, el quetzal embrujado, los ocelotes y los jaguares, el manatí que fue sirena y que se queja en la noche de los ríos. Y luego los hombres y su drama. Los tiranos, los perseguidos, los iluminados, los empecinados, los indios, los negros cargados de magia y los hijos de los encomenderos con su encomienda de historia remota, los Dorados perdidos en la espesura, las ciudades abandonadas, las rutas de la sed y del delirio. Aquella América de visiones y de alucinados terminaba por alucinarnos a nosotros mismos y a los hombres de otras latitudes que se nos acercaban. ¿De qué hablábamos, de quién hablábamos? De Tonatiú, resplandeciente como el sol, de la ruta infernal de Las Hibueras, de la audiencia de los Confines, de la Cubagua de las perlas, de los empalados y los torturados, de las catedrales barrocas y de las prisiones vegetales. Era la revelación o la creación de una realidad fantasmagórica, de un "peyotle" de palabras que estaba lleno de una inmensa potencialidad literaria. Todo aquello podía ser el libro que estábamos escribiendo o todos los libros que podíamos escribir. Pasábamos de la conversación al poema. En un papel del café escribíamos, renglón a renglón, sin concierto, a paso de manos y de mentes, largos poemas delirantes que eran como un semillero de motivaciones o caóticos extractos, llenos de palabras inventadas. Las que pasaron a la literatura y las que se quedaron en aquellos papeles debajo de las mesas. El tribunal de los siete mesinos, el mesino Presidente y los seis mesinos vocales o la temible evocación del Grog de Groenlandia o el mero "timón adelante de barco atrasante".

En alguna ocasión llegó a otra punta del boulevard Montparnasse Ramón Gómez de la Serna, que venía de su Pombo madrileño, como un

empresario de circo sin circo. Ramón organizó pronto una tertulia a la española en un café de viajeros. Los sábados en la noche se apeñuscaban allí las gentes más pintorescas e incongruentes. Algún académico hispanizante, el italiano Bontempelli, Jean Cassou, y algunos jóvenes exploradores, que andaban por el sueño y lo irracional como por un Congo nunca visto: Buñuel y Dalí.

En ese vaivén recibíamos las noticias del libro que se hacía o se deshacía. No tenía todavía nombre, ni estaba todavía armado en toda su redonda exactitud de círculo infernal. A veces se nos leía un capítulo. Veíamos morir al "hombre de la mulita" a manos del mendigo enloquecido en el portal de la catedral de aquella ciudad que estaba siempre bajo la luna. O veíamos brotar, como un conjuro, aquella aliteración inicial del *Alumbra lumbre de alumbre...*

El libro creció como una selva, sin que el mismo Asturias supiera dónde iba a parar. Andaba dentro de aquella máquina asombrosa de palabras y de imágenes. Ya, casi tanto como nosotros, sus contertulios cotidianos eran Cara de Angel, la familia Canales, la Masacuata y su cohorte de esbirros y soplones y todos los fantasmas y leyendas que cuatro siglos de mestizaje cultural dejaron sueltos en las calles y las casas de la ciudad de Guatemala.

Asturias creció y pasó su adolescencia en el ambiente de angustia que implantó en Guatemala por más de veinte años la tiranía cursi, corruptora y cruel de aquel maestro de escuela paranoico que se llamó Manuel Estrada Cabrera. Frío, inaccesible, mezquino, vengativo, dueño de todos los poderes, repartía a su guisa y antojo bienes y males sobre las cabezas sin sosiego de sus coterráneos. Mandaba fusilar por una sospecha, o sepultaba en letales prisiones a sus opositores verdaderos o supuestos. Como un prestidigitador del terror hacía aparecer y desaparecer las personas, inesperadamente un día podían amanecer poderosos y ricos, con la autoridad que él les regalaba, y otro podían hallarse en la infrahumana condición de perseguidos, privados de toda dignidad humana. Con la misma mano con que disponía de las vidas y las suertes, ordenaba levantar un templo a Minerva y pagaba con largueza al poeta Chocano para que le recitara composiciones de ocasión en sus fiestas de miedo.

La atmósfera de pasión, delación y venganzas secretas en la que vive el joven Asturias llega a crear una sobrerrealidad en la que los seres y las cosas dejan de ser lo que debían ser para convertirse en fantasmas o apariencias de lo que súbitamente pueden llegar a ser. Todo es transitorio, falso y cambiante. Lo único fijo y seguro es aquel impredecible y remoto señor Presidente de quien todos penden y dependen, y que puede tomar, por motivos que sólo él conoce, las decisiones más atroces e inesperadas sobre cualquier persona.

El señor Presidente es la condensación literaria de ese ambiente de círculo infernal. Toda la ciega y fatal máquina de terror está vista desde fuera. Son como círculos concéntricos que abarcan toda una sociedad.

Los une y los ata el idéntico sentido de la inseguridad y de la aleatoria posibilidad del mal. Desde los mendigos y léperos del Portal de la Catedral, que viven en su pesadilla de miseria y de embrujamiento y que pueden desatar, sin proponérselo, toda una reacción sin fin que va a torcer los destinos de las más ajenas y distantes individualidades, hasta la desamparada clase popular, enredada en el tejido de sus creencias tradicionales, sus reverencias, sus esperanzas, sus inacabables cuitas, su sentido azariento del destino y su pasiva resignación, como Vásquez, Godoy, Felina o la Masacuata, para pasar por los militares de conspiración y burdel y la clase letrada y amenazada de los juristas, los comerciantes y los dueños de haciendas, como los Canales y los Carvajal, para rematar en la inestable y constantemente renovada cúspide de los favoritos del tirano. Aquellos hombres "de la mulita", Cara de Angel o el Auditor de Guerra, condenados a tener más al precio de sentir mayor riesgo y miedo que todos los otros.

Más que círculos concéntricos constituyen una especie de espiral que dando vueltas sobre sí misma, lleva, en una forma continua, desde los mendigos hasta el señor Presidente.

Es esa atmósfera enrarecida o sofocante la que constituye la materia del libro de Asturias. Allí está lo esencial del país de su adolescencia. Ya nunca más se pudo borrar de su sensibilidad esa "estación en el infierno". En *El señor Presidente* regresa a ella, con distancia de años, para revivir lo inolvidable de aquella situación.

A todos esos personajes nos los presenta en la inolvidable verdad de su visión de testigo insomne. Conocemos a Cara de Angel, a aquel bobo de Velásquez que es el Pelele, con su quejido inagotable de huérfano de la vida, al General Canales, a sus hermanos abyectos y a la desventurada Camila, su hija. Al que no llegamos a conocer es al tirano. El autor nos presenta desde fuera aquella figura enteca y malhumorada. No llegamos a asomarnos a su interioridad o a tratar de explicarlo. Está allí y se mantiene allí por una especie de designio fatal. No lo vemos decidir, dudar o siquiera maquinar, no nos percatamos de su manera de andar por entre el vericueto de las intrigas, las denuncias, los falsos testimonios y las maniobras de todos los que lo rodean.

Tal vez Asturias quería decir con esto que, en aquella tragedia colectiva, no era lo más importante la personalidad del tirano, que había uno allí y siempre habría uno allí, sin nombres, sin personalidad, un "señor Presidente" producto y efecto de toda aquella máquina colectiva de inseguridad, desintegración y miedo.

No es fácil conocer y calificar al "señor Presidente" de la novela. Nos ayuda a comprenderlo saber que su modelo histórico fue Estrada Cabrera y que, por lo tanto, pertenecía más a la familia pintoresca y temible de los dictadores hispanoamericanos, que a la otra más restringida y representativa de los caudillos criollos. No son lo mismo y la distinción es importante. Los típicos caudillos del siglo XIX y de comienzos del actual fueron la creación social y política que el mundo

hispanoamericano dio de sí frente al caos creado por el fracaso reiterado de las instituciones políticas imitadas de Europa y de Estados Unidos. Eran hombres de la tierra, de raíz rural, que representaban a una sociedad tradicional y sus valores y que implantaban, instintivamente, un orden patriarcal animado de un sentido de equidad primitiva y de defensa de la tierra.

Todos fueron dictadores, pero en cambio, muy pocos de los dictadores fueron, en el correcto sentido de la palabra, caudillos.

Los otros dictadores fueron militares o civiles que lograban por ardides o por fuerza asaltar el poder y mantenerse en él, sin ninguna forma de legitimidad posible o alegable. El caudillo, en cambio, representaba una especie de consecuencia natural de un medio social y de una situación histórica. No era un usurpador del poder, sino que el poder había crecido con él, dentro de la nación, desde una especie de jefatura natural de campesinos hasta la preeminencia regional ante sus semejantes, a base de mayor astucia, de mayor valor o de mejor tino, para terminar luego teniendo en su persona el carácter primitivo de jefes de la nación en formación. No de un modo distinto se formaron los reinos de la Europa medieval.

El manual de angustias, que es el libro de Asturias, llegó en su hora. Un nuevo momento se marcaba para la literatura hispanoamericana. Era la hora de reencontrar a la más genuina América y traducirla y revelarla en palabras transidas de verdad. *El señor Presidente* logra precisamente eso. Del pintoresquismo criollista, del preciosismo de lo exótico, que había sido el rasgo dominante de nuestra literatura, del inventario de naturaleza y costumbres para un turismo intelectual europeo, va al otro extremo, a la presentación conmovida y conmovedora de una atormentada realidad política y social. No hay ningún propósito de eufemismo o de ocultación. Hay casi más una complacencia heroica en mostrar desnuda la realidad dolorosa.

El señor Presidente no fue solamente un gran libro de literatura, sino un valiente acto de denuncia y de llamado a la conciencia. Más que todos los tratados y análisis históricos y sociológicos, plantea con brutal presencia inolvidable lo que ha sido para los hispanoamericanos, en muchas horas, la tragedia de vivir.

Hoy, a la distancia del tiempo corrido, vemos este gran libro como un clásico de nuestras letras. Está en medio de ellas con su monumental e imperecedera presencia. Era, y es lo que el joven guatemalteco, que parecía una figura de estela maya, cargaba sobre el alma y tenía que decir para cumplir con sus dioses entrañables y exigentes. Y lo hizo de una manera esplendorosa.

Hay una gran unidad temática en la obra extensa de Miguel Angel Asturias, que mucho tiene que ver con la lentitud e interioridad de su elaboración. Es como un proceso de la naturaleza, como esas lentas fecundaciones de los lagartos y los quelonios.

Dentro de él crecía vegetalmente una conciencia y una visión del mundo, determinadas por el extraordinario medio cultural de su formación. La sensibilidad lo detiene y lo hace madurar dentro del mundo mestizo que lo rodea. Ya no escapará de él nunca más. Otros antes, se extraviaron por los alrededores españoles o franceses que los tentaban con el prestigio de sus modelos.

La condición mestiza de su cultura era, ciertamente, como un hecho biológico pero que cada día se hacía más consciente en él. Lo que había recibido de niño, lo que había entrado en su ser, por todos los sentidos, en los años de la infancia y la adolescencia crecía dentro de él, con cataclismos y rupturas y extrañas apariciones y herencias. Todo un fabuloso mundo que estaba en gran parte fuera de los libros o fuera de la literatura y casi en contradicción con ella. Sobre todo en la forma en la que la habían entendido los modernistas afrancesados.

En cierto sentido toda su obra, como toda obra auténtica, es autobiográfica. Su escritura, tan rica, no es sino la revelación lenta y continua del mundo mágico y contradictorio que lo había rodeado en su Guatemala natal.

El señor Presidente se elabora geológicamente en diez años, desde 1922 a 1932. Y todavía deberá aguardar hasta 1946 para su publicación. Literalmente vivía con la obra y dentro de la obra. Como en un clima inescapable o como en una entrada de conquistador. Hablaba de ella, la rumiaba pacientemente, la salmodiaba, la convertía en relato oral, para las mesas de la madrugada, o la sentía cambiar y transformarse en un duermevela alucinado del que no terminaba de salir nunca.

Pero aquella novela extraordinaria no es sino una forma distinta de las *Leyendas de Guatemala*.

Largos años también vivieron en Asturias las *Leyendas*, antes de que impresionaran y desconcertaran a Paul Valéry, como una droga alucinógena. Fueron largamente orales, formaron parte de su crecimiento fisiológico, las sintió hacerse y deshacerse, en infinitas versiones de viejos y de criados, de fragmentos y de síntesis, dichas en la hora soñolienta y fantasmosa de los fogones. Toda frase era esencialmente un ensalmo, un conjuro o una fórmula mágica. ¿Qué significan todos aquellos nombres, aquellos seres o aquellas casas llenas de secretos?

El único libro donde podía hallar algunas claves vino a encontrarlo precisamente en París. El sabio profesor Georges Raynaud dictaba un curso sobre él en la universidad. Era el *Popol-Vuh*, el libro sagrado de los maya-quichés. Su primera tarea francesa es la transvasación en español del texto que había traducido Raynaud. Era como un rescate de cautivos. En colaboración con J. M. González de Mendoza vierte el *Popol-Vuh* y más tarde los *Anales de Xahil* de los indios cachiqueles. Entre lo que traduce y lo que recuerda, entre lo que olvida sabiamente y lo que imagina por ansia de búsqueda, se va estableciendo una indestructible unidad.

Llega a sentir que vive como extraviado en un mundo inexplorado y desconocido. Lo consciente y lo inconsciente se mezclan. Lo consciente es la voluntad iluminada de servir a Guatemala, de dolerse por la suerte del indio viviente, de combatir las tiranías obtusas, de expresar y entender "su pueblo". Pero lo otro, y con mucho lo más rico, es lo inconsciente. Es el fenómeno vivo del mestizaje cultural que es en él su propia e indescifrable naturaleza. Está poblado de ciudades muertas. Las que destruyeron los conquistadores, y las que enterraron los volcanes y los terremotos. Las viejas ciudades abandonadas de la selva, con sus pirámides enhiestas y las fauces de piedra de sus serpientes emplumadas y las ciudades cristianas, abandonadas en ruinas sucesivas a los fantasmas y las maldiciones, con sus soportales y sus catedrales barrocas. El sube y baja por los pasadizos de la memoria que llevan de un tiempo a otro, de una ciudad enterrada a otra ciudad enterrada. Lo guía el Cuco de los Sueños y tropieza en las esquinas perdidas con el Sombrerón, con la Tatuana, con el Cadejo "que roba mozas de trenzas largas y hace nudos en las crines de los caballos". Sabía, desde antes de su nacimiento, que "seis hombres poblaron la Tierra de los Arboles, los tres que venían en el viento y los tres que venían en el agua, aunque no se veían más que tres".

Las *Leyendas* son como un primer inventario del mundo que ha conocido Asturias en su formación espiritual. Apenas parece tener tiempo de enumerar aquellos ricos y cambiantes materiales que más tarde van a aparecer y reaparecer en sus obras sucesivas que, al fin, resultan como fragmentos de una sola y lenta revelación mágica. Las *Leyendas* son como el semillero de su obra.

La aparición de esta obra constituyó una gran novedad. No había sido vista así la realidad americana. Todo lo que había podido parecer atrasado, pueblerino o pobre, frente a la moda europea, se presentaba de pronto como dotado de un nuevo ser y de un nuevo significado. Dejaban de ser pintorescos o costumbristas aquellos seres y aquellos usos para manifestar toda la profundidad de su originalidad cultural.

Por el mismo tiempo Asturias comienza a escribir ese extraño relato, suma y síntesis de toda su manera, que es *El Alhajadito*. Es una visión de embrujamiento y de asombro. Todo parece descomponerse y torcerse, en inesperadas formas y fondos, ante nuestros ojos. Todo se reviste de una condición inesperada e inusual. Una historia sin término de lluvias torrenciales y de montes, de casas viejas y galerías vacías, de pozos malditos y de fantasmas. Que no era nada extraordinario sino el mundo normal en que podía crecer un niño en Guatemala. Sólo que faltaba darse cuenta de esa extraordinaria condición que había permanecido como oculta. Más de treinta años va a tardar Asturias en publicar *El Alhajadito*. Dormía en él y se despertaba a ratos para detenerse en unas cuantas páginas más.

Era necesario alcanzar un extraordinario virtuosismo del lenguaje para expresar toda esa nueva visión. Es lo que Asturias hace con su escri-

tura poética y encantatoria, sin la cual no hubiera podido revelar lo que reveló. No era un mero buscador de palabras, sino un ser empeñado en lograr expresar lo que no había podido ser expresado. ¿Cómo hubiera podido hablar de los aparecidos con un lenguaje de escribano? O con un lenguaje de realista.

Sin embargo, no abandona en ningún momento la realidad. Está apegado estrechamente a ella, a aquella realidad que vivió y penetró en sus años infantiles, pero con todas las dimensiones fantásticas que tenía.

Esto fue lo que, más tarde, pudo llamarse el realismo mágico o lo real maravilloso. Era descubrir que había una calidad de desatada fantasía en las más ordinarias formas de la vida criolla. Tal vez fue necesario, para darse cuenta de ello, venir a Europa y mirar desde aquel cerrado armario de valores lo ajeno y original del mundo americano Muchas veces, en la mesa del café del boulevard, ante los amigos franceses embelesados e incrédulos, desplegábamos la inacabable reata de las formas inusitadas para ellos de la existencia americana. Se nos revelaba entonces, de modo espontáneo, la originalidad tan rica de aquel mundo.

Era eso lo que había que llevar a la literatura. Allí estábamos como en un milagroso ejercicio de autodescubrimiento. Era esa América la que no había llegado a la literatura, con la simpleza conmovedora de su misterio creador, y la que había que revelar en una forma que no la desnaturalizara

Hay una figura del mundo del mestizaje que reaparece con frecuencia en la obra de Asturias, es la del "Gran Lengua", el trujamán sagrado que traduce en palabras lo que estaba borrosamente en la percepción de los sentidos. Fue ése, precisamente, su destino. Servir de intérprete a una vieja y rica experiencia colectiva que había permanecido en gran parte oculta, deformada o muda. Para lograrlo tuvo que mirar su circunstancia con los ojos más deslumbradamente cándidos y buscar las inusitadas posibilidades del idioma.

En esos tres libros de su tiempo inicial está entera la originalidad del gran escritor. Lo que hizo a lo largo de todos los años restantes no fue sino profundización, retoma y enriquecimiento de ese hallazgo fundamental.

Había surgido en una hora decisiva para la literatura hispanoamericana y la iba a marcar en una forma indeleble que tiene todo el valor de una revelación.

En la primavera de 1974 andaba yo de viaje por tierras de Europa, cuando me llegó la noticia de que Asturias estaba gravemente enfermo en Madrid.

No me hacía a la idea de que aquella presencia intemporal y casi irreal pudiera desaparecer. Pude llegar para el doloroso final.

Lo que escribí en esa hora no lo quiero ni alterar, ni sustituir:

En un vasto y pululante hospital de Madrid, en la Moncloa misma de los fusilamientos, vino a morir Miguel Angel Asturias. En un largo delirio final se cerraron todos los soles y las lunas de su maravilloso delirio mágico. Llegué en las últimas horas, cuando en la antesala se hablaba en susurros y se repetían las frases y los recuerdos descosidos que se dicen junto a los moribundos.

Yo hablé poco pero recordé mucho. Recordé aquella estela de Copán que andaba por los bulevares de París en 1930, perdido y hallado en el deslumbramiento de la lengua. Nadie sintió como él la lengua como una revelación religiosa. Había que mirarlo, casi en trance, salmodiando palabras que perdían y ganaban sentidos deslumbrantes.

Había heredado de los mayas el sentido mágico del mundo tropical. Pájaros que eran espíritus, piedras que eran dioses, árboles que andaban en la noche. Todo era conjuro y podía ser conjurado. A veces nos sorprendía el alba en una terraza de café descubriendo aquel "mal doblestar" del sentido en las palabras.

Toda su vida se sintió llamado a responder al doble misterio de la visión humana y vegetal de Guatemala y de la lengua. Amaba los diminutivos y las variantes que los indígenas le habían metido al castellano. Evocaba los dioses del *Popol-Vuh* como a su más cercana familia espiritual. Kukulkán, Tohil, el Gran Tapir del Alba, los hombres de maíz. Toda la historia de su Guatemala la sentía como una continuación del *Popol-Vuh*. Estrada Cabrera o Ubico pertenecían a la raza de los brujos malvados de la leyenda. La United Fruit había tenido otro nombre en aquel pasado profético y viviente. Había que combatirla y conjurarla.

Toda su obra surge de esa sensibilidad y condición. Quería justicia para los maltrechos hijos de aquel legendario mundo y narraba su dolor y su protesta en una lengua rica en hallazgos y lujo verbal. La prosa de Asturias o la poesía, nadie sabe dónde comienza la una o termina la otra, como él tampoco sabía "¿dónde comienza el día?", pertenece a lo más primitivo y al mismo tiempo sabio de la creación de la lengua. Inventaba palabras o las descubría, o parecía inventarlas al darles nuevos e inesperados sentidos. Allá en la juventud, sonreíamos como ante un prodigioso regalo, al oírlo recitar aquellos versos, aquellos encuentros de "Emulo Lipolidón" donde aparecía el Grog de Groenlandia, y olía "a huele de noche", y por último renunciaba a la final hazaña: "y non decapito el mar, por non matar las sirenas".

Ahora era un personaje mundial. Al maya errante en las selvas de la lengua le cayeron obligaciones y los honores del Premio Nobel de Literatura. Lo llevaban como preso, como desterrado, a festivales, a academias, a paraninfos, a él que no hubiera querido estar con profesores y eruditos sino en un patio de Antigua, hablando de los aparecidos y de los perseguidos. Tenía tanto que decir de su gente y de su tradición que era mengua robarle el tiempo.

Admiraba mucho a Bartolomé de las Casas, su comprensión del indio y su pasión de la justicia. Lo evocó muchas veces y ahora, con motivo

del quinto centenario, habría podido recordarnos nuevamente a aquel "Obispo de los Confines". Su otra admiración sin límites era para un lego que vino a Guatemala en la conquista: el hermano Pedro. Le hubiera gustado que canonizaran a aquel siervo del dolor de los indios. Cuando el Papa recibió en audiencia al gran escritor, exaltado con el prestigio del Premio Nobel, Miguel Angel, con su voz mestiza y dulce, no hizo otra cosa que pedirle la canonización del hermano Pedro. Era difícil, como es difícil la justicia y como es difícil la poesía.

Vino a morir lejos de su trópico mágico. Soñaba con que algún día regresaría a aquel mundo tan extraño y tan suyo. Pero no fue así. Ha muerto en Madrid, lo llevan a enterrar a París y allí quedará por largo tiempo, hasta que algún día lo que quede de sus cenizas vuelva a la tierra del faisán y del venado, del lago y del volcán, para reintegrarse a la leyenda sin fin.

En el féretro había recobrado aquella misma cara seria y pensativa que era la suya las más de las veces. Lo único que faltaba no era siquiera el silencio, en el que con frecuencia caía cuando la vereda de sentir se le metía por dentro, sino la sonrisa, con que continuamente se le iluminaban los ojos y el gesto.

Fue la suya la más americana y mestiza de las obras literarias de nuestro tiempo. No se le entiende sin el marco y la raíz del mestizaje cultural americano. Nadie halló un acento más del Nuevo Mundo que el suyo. Toda su escritura sale de su situación y de su ficha antropométrica. Desde las *Leyendas de Guatemala* hasta esa novela o poema que estaba escribiendo cuando el pesado sueño de la muerte le cortó la palabra y le cerró los ojos cargados de visiones.

Ya no podré olvidar nunca su cálida y segura presencia, su compañía de tan abrumadora riqueza, su deslumbrante simplicidad de niño al que le han regalado el mundo. Ya no tendré dónde encontrarlo sino en el eco que nos queda en sus libros. Pero no será lo mismo.

Se ha ido a reunirse con los legendarios guías mágicos del pueblo del quiché, que tanto le enseñaron en su vida del lado oscuro e insondable de las cosas: Brujo del Envoltorio, Brujo Nocturno, Brujo Lunar, Guarda-Botín. A esperar el alba.

En la capilla ardiente del hospital de Madrid estaba tendida para siempre la estela maya que encontré en la juventud.

Fantasmas de dos mundos. Barcelona: Seix Barral, 1979, pp. 11-30.

¿QUE NOS IMPORTA LA GUERRA DE TROYA?

"¿Qué nos importa la Guerra de Troya?", "¿qué puede significar para nosotros?", se preguntan las más rebeldes promociones de estudiantes que alzan su grito de protesta contra lo que les parece la vacía e inútil enseñanza de las Humanidades, ante los requerimientos vitales de nuestro mundo de hoy.

Buena parte de lo que se ha dado en llamar la crisis de la universidad, no es sólo un repudio de los métodos tradicionales de enseñanza, disciplina y dirección de las altas casas de estudio, sino acaso más fundamentalmente un cuestionamiento de las Humanidades.

Ante un universo en transformación violenta, a ratos caótica y no pocas veces irracional, donde todas las instituciones y todos los valores, comprendidos la tradición y la revolución, están sometidos al más despiadado cuestionamiento, acaso el flanco aparentemente más atacable lo constituyen las Humanidades.

Si la cultura y el arte son el reflejo de una situación histórica del hombre, ¿qué puede significar para nosotros, que vivimos una situación histórica totalmente distinta, el recuerdo de las palabras, los hechos y las actitudes que otros hombres tomaron ante otras situaciones?

Esto nos llevaría no sólo a declarar que es inútil leer a Homero o a Cicerón, sino también a Aristóteles y a Spinoza. Y a concebir que acaso no pasa de ser una diversión suntuaria el estudio de Cervantes o de Shakespeare. Es decir, a cerrar las bibliotecas y los museos, como en su hora más exaltada lo desearon los futuristas italianos, y a vivir en el más furioso, transitorio y cambiante presente, limitados a expresar, o tratar de expresar, una actualidad fugaz y posiblemente todavía inabarcable para nosotros, en un esfuerzo por ser totalmente de ahora y solamente de ahora, lo que podríamos denominar, con un nombre de la ya vieja vanguardia, "Nunismo", que fue la denominación que el francés Pierre-Albert Birot inventó, sin éxito, para una poesía del puro presente.

Habría que preguntarse hasta qué punto es una operación realizable, con esperanzas de sobrevivencia, la amputación del pasado al hom-

bre por medio de toda una aparatosa y difícil *historotomía*. Vivir sin historia es lo mismo que vivir sin memoria o por lo menos reducido a una mera memoria de lo inmediato y reciente.

No deja de ser superficial la visión que pretende que no es relevante o necesaria la historia que ha sobrevivido. La mejor prueba de su relevancia es que ha sobrevivido con el hombre. Si la herencia del pasado hubiera sido contraria a la expansión y desarrollo de la especie, la especie habría desaparecido. La historia no ha sobrevivido gracias a una suerte de conspiración de clases dominantes e intereses creados. Ha habido poderosos mecanismos que han escapado siempre a toda tentativa de congelación y de mantenimiento del *statu quo*. Si la historia hubiera sido el dócil producto de una conspiración de los poderosos, la humanidad estaría aún gobernada por faraones divinos, entregada a la tarea de construir hipogeos funerarios y pirámides para adorar al sol.

En todo momento decisivo los creadores del futuro se han vuelto hacia un pasado, más o menos auténtico, que les parecía relevante. Los "cuáqueros" de Cronwell se volvieron hacia un cristianismo evangélico, los revolucionarios franceses se volvieron hacia el borroso y embellecido recuerdo de la República Romana, los hombres de la Independencia hispanoamericana hacia el pasado indígena, los románticos hacia una Edad Media fabulosa y los compañeros de Lenin y Trotski hacia las crónicas de la Revolución Francesa. Todo proyecto de futuro ha conllevado una invención de pasado.

Sería muy negativo que pudiéramos volverle la espalda a Homero excusándonos con la simple y superficial cuestión de "¿Qué nos importa la Guerra de Troya?". Aun reducida a historia y a arqueología, la Guerra de Troya es importante para nosotros desde muchos puntos de vista que arrojan incomparable luz sobre los orígenes de la civilización griega, que es nuestra abuela cultural. Pero además lo que Homero describe es, nada más y nada menos, que la situación de los hombres en la guerra, ante el viejo mal recurrente que se ha alzado con persistente fatalidad en su camino. Allí están descritos el odio, el temor, la pasión, la ruina, la muerte, la angustia de la existencia amenazada, el resplandor de aquella misteriosa fuerza que sostiene al ser humano en las dificultades y que Esquilo llamaba "las locas esperanzas", con un poder de expresión, con una belleza de palabra que no ha sido superada en treinta siglos. Sería una inmensa desgracia y miseria condenar a los hombres de hoy a no conocer a Homero.

Es cierto que Homero no puede significar para nosotros lo mismo que para los griegos del siglo IX o para los contemporáneos de Sócrates o para los de Alejandro. Cada época entiende el pasado a su manera. Tal vez pudiéramos decir que el poema homérico tiene muchos sentidos diferentes y superpuestos, como capas arqueológicas, sobre un sentido fundamental que se mantiene válido para los hombres de todos los tiempos sucesivos. Jean Giono contaba cómo vio nacer maravillosamente de nuevo la *Odisea* al recitarla a unos pescadores del Mediterráneo. Había

un lenguaje de hombres de mar que les llegaba, una presencia del mar que les era familiar y casi tierna. Había una Odisea viva que les pertenecía.

Toda grande obra es experiencia profunda transmutada en palabras irreemplazables. Esto es precisamente lo que la hace válida para todos los tiempos. Ver a Ulises acercarse a los muertos del Hades es una experiencia que pueden compartir, y que de hecho comparten en muchas formas poderosas, todos los hombres.

Hay una experiencia de la guerra y de la aventura desconocida de la vida que es la que le da profundidad y riqueza al hecho de vivir. Condenar a cada generación o a cada hombre a partir de cero, a enfrentarse a la experiencia sin eco, sin contraste, sin referencia, sin resonancias, sin situación, sería reducir la experiencia humana a una mera inmediatez sin sentido.

La Guerra de Troya nos sirve para sentir mejor la condición humana y para afinar la sensibilidad, el oído y la visión en la percepción de los matices que producen ese delicado y frágil equilibrio o desequilibrio que llamamos la belleza y sin el cual seríamos poco menos que hormigas entregadas a una *teckné* sin mensaje.

Las Humanidades no son, acaso, otra cosa que una insustituible vía para la toma de conciencia del hombre. Es la inagotable variedad de las situaciones, de las expresiones, de los contrastes lo que puede quedar al final del contacto iluminante con los grandes poetas de todos los tiempos.

Cuando Malraux inventaba su museo imaginario, lo que se proponía era darnos los materiales para la más rica y directa confesión del hombre. Podía decir con razón: que lo importante era "la parte del hombre" que nos era revelada, o lo que igualmente llama "la intrusión del mundo de la conciencia en el del destino".

Esta es precisamente la clase de aprendizaje que tan sólo las Humanidades pueden dar. En las otras disciplinas nos pueden enseñar a la perfección cómo ser un buen ingeniero o un manipulador eficaz de computadoras electrónicas, pero son tan sólo las Humanidades las que brindan la posibilidad del aprendizaje de ser hombre a través de la más larga y contradictoria suma de experiencia humana reducida a expresión. Es un continuo cultivo de lo humano. Por eso, entre otras cosas, se ha llamado cultura.

Lo que las Humanidades nos dan son presencias humanas en plenitud de misterio. Ya no miramos la estatua de Poseidón o de Zeus, de verdoso bronce patinado, que fue rescatada del mar después de dos mil años, con los mismos ojos con que la miraba un marino de Atenas que se iba a entregar a la aventura de la navegación, pero tampoco la podemos ver con la misma mirada que dirigimos a un simple objeto hallado al azar o a una semejanza cualquiera del hombre. Para unos hombres creadores de cultura esa imagen fue la de un Dios y allí ponían todo el poder de lo desconocido en una figura humana de contenido sobrehumano.

No aprender a verlo así es cegarse ante la larga y maravillosa pasión del hombre sobre la tierra.

Eso mismo es lo que nos enseña la estatua de Ra que arde en su granito rojo monumental sin extinguirse bajo el sol del desierto egipcio, o lo que revela un crucificado de Cimabue, tenso y doblado como un arco que va a disparar la flecha, o la torre de la catedral gótica, o los versos de San Juan de la Cruz

La acumulación de la experiencia humana para el aprendizaje de ser hombre es lo que nos enseñan las Humanidades y sólo las Humanidades.

Nadie puede negar que cada generación, en cada lugar, conoció y expresó el mundo que la rodeaba dentro de una situación definida por una suma de hechos, circunstancias e ideas. Pero la respuesta que en cada caso dieron es una de las mayores revelaciones de la naturaleza humana y de los delicados y oscuros mecanismos interiores de tomar conciencia.

Si no creyéramos en la permanencia de algunos rasgos fundamentales de lo humano en la multiplicidad de los tiempos, acercarnos a la historia y a los testimonios impresionantes de la creación poética y plástica, no pasaría de ser un vicio de curiosidad gratuita y hasta malsana.

La suma organizada de Esquilo, más Aristófanes, más Plauto, más Séneca, más el auto medieval representado en el atrio de la Catedral, más *La Mandrágora*, más el *Sueño de una noche de verano*, seguida a través de Calderón, de Racine, de *Fausto* hasta llegar a los modernos nos permite comprender y situar mejor a los modernos. *Esperando a Godot* pertenece ciertamente a la familia de los autos sacramentales y la escenificación de lo absurdo de Ionesco es una nueva flor del barroco.

Si no se tiene una visión histórica de la cultura y del arte lo que se obtiene es una visión instantánea y desarticulada de presencias gratuitas o fatales. Lo que sería como un regreso voluntario, y por lo tanto falso, a la situación del hombre primitivo.

Descubrir lo que nunca se ha visto es cosa distinta a creer haber inventado, por efecto de la ignorancia, lo que ya fue visto y dicho por los hombres que nos precedieron. Hay sin duda una manera sabia de reinventar el pasado, cierto o imaginario, que es lo que hizo Cervantes o Rabelais o, en nuestros días, Mallarmé o Paul Valéry, o lo que hizo Picasso con la primitiva escultura negra, que es precisamente uno de los mejores frutos de la cultura y de las humanidades, y otra cosa, muy distinta, ponerse como el mentecato a inventar la pólvora y la imprenta en el mundo de hoy.

Lo que Keats encontraba en una urna griega, tenía poco que ver con los griegos pero, en cambio, decía mucho sobre el romanticismo inglés. Pero si Keats no hubiera tenido un conocimiento suficiente de los griegos tal vez no hubiera podido hallar una expresión tan plena de la poesía de su propio tiempo.

Cada época enriquece, colora y recrea la visión del pasado. Son como lentes sucesivos que se acoplan los unos tras de los otros en una continua

modificación y enriquecimiento de la visión. No podríamos entender mucho de la literatura actual si prescindiéramos del trasfondo del barroco, y tampoco entenderíamos el barroco si no se hubiera apoyado sobre un neoclasicismo en buena parte inventado, que, a su vez, era el resultado de una nostálgica figuración de lo que suponían que pudo ser la antigüedad clásica. Es un proceso de formación y enriquecimiento de símbolos y significaciones muy similar al que ocurre en el lenguaje. Es otro lenguaje u otra dimensión del lenguaje.

Una obra como el *Ulises* de James Joyce perdería gran parte de su significación si quien lo lee no tiene el trasfondo de la visión de la *Odisea*. Leopold Bloom y Stephan Dédalus son el último estado de un gran mito del destino del hombre que se definió por primera vez (¿por primera vez?) en las aventuras del Ulises homérico. La *Odisea* con todo su fabuloso mundo de encuentros puede recomenzar cualquier día en una ciudad tan poco griega y mediterránea como Dublín. Pero si el lector no se da cuenta de esto habrá perdido casi toda su lectura.

El apasionado conocimiento y la incorporación de todo lo humano, presente y pasado, es el don supremo de la cultura o de lo que, con un término de otros tiempos, llamaríamos una educación humanista. Alcanzar el hombre más completo posible por medio de la incorporación más completa del hombre.

Lo demás es mutilación y empobrecimiento. Limitarse a un mero presente sin raíces, decretar el olvido de toda la obra del pasado, condenar con sospechosa desconfianza todo lo que ha sido la formación sin término de la conciencia es una empresa de barbarie o de suicidio.

Robinson pudo sobrevivir en la isla porque llevaba consigo el pasado. Un Robinson desposeído del pasado y lanzado a la isla del pleno presente estaría condenado a perecer.

Acaso en todo este cuestionamiento de las humanidades, que ha surgido en los sectores más radicales de la renovación universitaria, no haya otra cosa que una tentativa desesperada de programar hacia atrás. Se desea con apasionada exclusividad un solo y definido futuro entre todos los futuros posibles y para darle mayor grado de posibilidad se retiene del pasado sólo lo que pueda servir como alegato o fundamento para ese determinado futuro y se rechaza y condena al olvido o al menosprecio todo lo que no sea justificación y preparación de ese fin.

Esta es la pedagogía quirúrgica que se propone, por medio de amputaciones, injertos y modificaciones, la creación de un hombre nuevo y distinto.

Todo puede llegar a ser sospechoso y hostil para quien mira la historia futura como una empresa desmesurada de fabricación mental y hasta física del hombre. No es la primera vez que esto ocurre. El monasticismo occidental fue una tentativa de reconstrucción del hombre contra los instintos, contra las tradiciones, contra la experiencia y la presencia de lo visible en nombre de lo invisible y de lo inefable. De este sentido fue

también la frustrada metamorfosis humana que intentó Calvino dentro de la Reforma o Savonarola en la Florencia del Renacimiento.

Hoy se ha presenciado una experiencia de este género de idealismo procustiano en una escala nunca vista en la China de Mao por medio de la llamada Revolución Cultural. El catecismo de los pensamientos de Mao es todo lo que el hombre tiene que saber, fuera de la tecnología, para renacer física y mentalmente a una vida mejor y más feliz.

El hombre no puede reducirse sólo a un proyecto abstracto por realizar, para llegar a convertirse en hormiga de un hormiguero ejemplar. El hombre culto es la suma de todo lo humano. Es ésa su riqueza y su riesgo. Esa pedagogía abierta, esa visión sin vallas, esa experiencia conservada en palabras y obras es la única que le puede hacer susceptible de entender más y de trascenderse.

Un gran escritor francés de los años veinte, Jean Giraudoux, hoy excesivamente olvidado, escribió entre las suyas una deliciosa comedia dramática a la que puso el significativo título de *Anfitrión 38*. Lo que seguramente significaba, entre otras cosas importantes, que para poder lograr lo que Giraudoux había visto en el viejo mito de Anfitrión era menester que, desde los griegos antiguos hasta los occidentales del siglo XX, hubiera sido escrito y planteado anteriormente treinta y siete veces.

Fantasmas de dos mundos. Ed cit., pp. 31-41.

BORGES, DESDE EL BANCO DE LA SOMBRA

NUNCA LO HABIA encontrado personalmente. Las veces anteriores en que había visitado la Argentina no estaba él en la ciudad. En los muchos viajes que he hecho durante tantos años a tantas partes del mundo, nunca pude coincidir con él. Pero para mí, como para todos los que leemos español, la de Jorge Luis Borges ha sido una presencia constante e inminente.

Pensaba que ahora, al fin, en este comienzo de primavera en Europa y de invierno en el Río de la Plata de 1973, podría al fin estrechar su mano, tenerlo delante y oír su voz.

Desde el alba de mi conciencia literaria lo he oído y seguido. Desde los días remotos de *Fervor de Buenos Aires*: "desde uno de tus patios haber mirado / las antiguas estrellas, / desde el banco de la sombra haber mirado / esas luces dispersas", donde ya estaba el tono, el color y el sentido que iba a darle a las palabras, desde los olvidados tiempos cuando llegaba a la pueblerina Caracas algún ejemplar arrugado y flaco de la revista *Martín Fierro* o de *Proa* o de la polémica del meridiano cultural entre madrileños y porteños, le he adivinado el tamaño. Desde la aparición misteriosa de esas iluminaciones adivinatorias y perturbadoras de sus ficciones. ¿Es él o somos nosotros los demás, los habitantes irrecuperables de "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius"? Y junto a ellas aquella resistente veta de criollidad, de eco de milonga, de lengua de compadrito, de gusto por el pasado gaucho y la remota Argentina, por "el galerón enfático, enorme, funerario", en que el general Quiroga "va al muere". Todo eso y mucho más, como en un juego de espejos mágicos, estaba en la obra y en la figura de este hombre elusivo y difícil, que nunca había podido topar en su carne y en su circunstancia.

El día antes de salir de París para el largo viaje que me llevaría en la noche, sobre el Mediterráneo, Senegal y el Atlántico, hasta su ciudad, recibí la escueta noticia de que sería el propio Borges quien haría mi presentación en el acto de entrega del Premio Alberdi-Sarmiento en el dorado salón de *La Prensa*.

Más que vanidad, que la tuve, lo que sentí fue una inmensa alegría quieta. Al fin iba a encarnar frente a mí aquella cambiante y fascinadora imagen.

Tampoco entonces fue fácil llegar a encontrarlo. Desde que estuve en Buenos Aires no oí otra cosa sino malas noticias sobre su salud y su estado emocional. Se decía que la nueva situación política lo había afectado negativamente. Los diarios de ese mismo día publicaban unas declaraciones temerarias dadas por él en Italia, en las que condenaba el peronismo en los términos más duros y valientes. Iba a encontrarlo al día siguiente en un almuerzo del director de *La Prensa*, pero me dijeron que se había excusado por sentirse mal. En la noche debíamos comer juntos en la Embajada Británica, gracias a la encantadora hospitalidad de Sir Donald y Lady Hopson, pero a última hora llegó una dama de su amistad que debía acompañarlo y nos dijo: "Georgie está desolado de no poder venir pero se siente muy mal. Ha tenido mareos y se ha caído dos veces hoy. Prefiere quedarse en la casa a reponerse para estar mañana en el acto en que lo va a presentar".

Pensé que tampoco esta vez lograría verlo. La señora, que mucho lo conocía y que como todos sus íntimos lo llamaba "Georgie", me describió minuciosamente su estado de salud como delicado, su situación emocional como muy afectada no sólo por los sucesos políticos de su país sino además por la enfermedad de su madre. Doña Leonor ya tiene 96 años y ha sido en los más de ellos los ojos y las manos de Borges. Es ella quien le ha leído desde que su escasa visión no se lo permite y es a ella a quien le ha dictado sus obras, en una especie de tenue y compenetrado diálogo creador.

Fue la misma dama quien me ofreció que ella me arreglaría una entrevista con el gran escritor y me avisaría. Era como perseguir un fantasma, como partir a la caza del unicornio.

La imagen que guardaba de él era la de aquellos impresionantes retratos de periódico, con inmensos ojos inertes de máscara trágica y expresión tensa y ausente. También había leído entrevistas en que los visitantes pintaban la dificultad de comunicarse con él y la parca y casi defensiva calidad de sus respuestas.

En la misma mañana del 1º de junio en la que debía celebrarse el acto público, me volvió a llamar la señora para anunciarme que Borges me esperaría a las 5 de la tarde en la Biblioteca Nacional y que de allí sería bueno que yo lo acompañara hasta el lugar de la conferencia en el edificio de *La Prensa*.

A la hora fijada, acompañado de Isabel, mi mujer, que tenía mucho deseo de conocerlo, llegué a la Biblioteca.

Es un viejo edificio maltratado por el tiempo, en una calle estrecha invadida por pequeños comercios y filas de automóviles estacionados. El empleado de guardia en el vestíbulo nos indicó subir la escalera al primer piso y entrar por una puerta grande que quedaba hacia el centro del pasadizo. Nadie nos ofreció el ascensor. Llegamos arriba y al asomar-

se a esa única puerta iluminada vi a Borges, sentado en una silla de frente a la puerta, como en espera.

—Borges, aquí estoy —y dije mi nombre. Alzó la cabeza, la volvió hacia la voz, se puso de pie apoyado en un fino cayado y me tendió los brazos.

Me puse a verlo como si fuera un raro objeto de arte. Menudo, frágil, pulcramente vestido de azul oscuro, con la mirada perdida de los ciegos, y un cierto temblor en la mano y en la voz, que es suave y dulce y a ratos vacilante. La *ye* argentina lo sitúa.

Le presenté a Isabel y nos invitó a pasar a una pequeña sala lateral. Iba apoyado en mi brazo y caminaba con lentitud tanteando el piso con el bastón.

Era un despacho viejo, pequeño y casi ruinoso. En el medio hay una especie de mesa de comedor rodeada de algunas sillas gastadas y maltrechas. Nos sentamos en una esquina de la mesa. Sobre ella había trastos de pintor, con paleta y tubos de colores y en la pared un retrato grande recién comenzado donde empezaban a formarse, sobre la tela blanca, los ojos claros y la fisonomía de Borges.

Me dijo que la otra mesa en forma de casquillo que servía de escritorio la había mandado a hacer Paul Groussac, cuando fue Director, para copiar una que tenía Clemenceau. Había escasos libros y pocos papeles. Me dijo que también Groussac había terminado ciego y que había otros Directores que lo habían sido igualmente.

Pude observarlo entonces a mi gusto. No es la suya la cara de un hombre viejo, bajo sus canas muy cuidadas luce una tez fresca y rosada y una expresión inocente, triste y casi candorosa de niño enfermo. Hablaba con las dos manos sobre el bastón. A ratos venían a llamarlo para el teléfono e Isabel o yo le ayudábamos a alcanzar la puerta.

Hablamos más de una hora de muchas cosas. Con la mayor sencillez, con un aire de modestia tímida, con una profunda dulzura que le brota del tono y del sentido de las palabras. Al llegar pareció palparme discretamente para darse cuenta de mi forma física, pero no preguntó nada.

No voy a transcribir todo lo que hablamos, ni menos a intentar reproducir sus palabras textuales, sólo intento, para todos los que hubieran querido acompañarme, trasladarles algo de mi impresión.

Había llevado conmigo un ejemplar de su *Obra poética* para pedirle que se lo firmara a mi hijo Arturo, quien le profesa una ilimitada admiración. Lo hizo con evidente gusto. Tomó el libro en las manos. Buscó al tacto la primera página y con mi pluma, sin inclinar la cabeza, hizo un breve trazo irregular, que semeja la forma de tres protozoarios filiformes atrapados en una roca fósil. Están distribuidos en tres alturas, en tres islas, en tres distancias no relacionadas. Terminan con una especie de círculo roto o de jeroglífico de ave.

Comenzamos a hablar de su salud. Me refirió lo de los mareos y las caídas de los últimos días. Sentía temor de moverse. También sentía mucho temor de hablar en público. No podía leer y no veía al público. Le

dije todo lo que le agradecía el esfuerzo que iba a hacer para acompañarme y presentarme esa tarde. Sonrió con gracia y me aseguró que quería hacerlo.

Luego vino la evocación de su madre. Me refirió todo lo que había sido para él. Cómo le leía cuidadosamente, cómo oía y recogía su dictado y lo releía para que él pudiera corregir y alterar. Decía que no le había sido difícil pasar de la escritura al dictado. Siempre había compuesto silenciosa e interiormente antes de ponerse a escribir. Después lo continuaba en alta voz ante la madre atenta. Pero ahora la anciana señora está muy enferma y achacosa. Ya no puede leerle ni escribirle. Otros lo hacen. "Todas las noches, me dice Borges, reza pidiendo morir y que esa noche sea la última. Ya no quiere vivir."

Yo pienso en la terrible soledad de este hombre, tan solo, el día en que esa sombra silenciosa y constante desaparezca de su lado.

Lee poco de la nueva literatura. No le es fácil y no tiene tiempo. Conoce poco de los jóvenes. "Lo que hago es releer. Hay tanto que releer. Se descubre tanto releyendo los viejos grandes escritores."

Me dice que cada vez está más convencido del valor de la simplicidad. Nada de rebuscamientos ni de palabras raras. Las palabras ordinarias son las que hay que utilizar para mostrar toda su nobleza. También en los nuevos cuentos busca esa sencillez extraordinaria y directa "que un hombre de genio como Kipling logró en sus cuentos de juventud. Es a eso que trato de llegar ahora". Es lo que intentó en algunas de las piezas del *Informe de Brodie*. Dice que acaso los jóvenes buscan el barroquismo del lenguaje para esconderse, para no enfrentar la terrible desnudez de las palabras, para escapar a la terrible dificultad de la expresión directa.

Está completando unos cuentos más para un libro. "Pero cada vez que me pongo a escribir un cuento me sale un poema." Le advierto: "Debe ser el otro que no es Borges, quien lo hace". Sonríe. Los poemas que le salen ahora son muy cortos y concentrados. Casi sentenciosos. En *La Nación* acaba de aparecer uno de ellos que se llama reveladoramente "Yo", donde habla de "los caminos de sangre que no veo" y de "los túneles de sueño" y de "las extrañas cosas que rodean la vida", para concluir "más raro es ser el hombre que entrelaza / palabras en un cuarto de una casa."

Hablamos largamente de Lugones. Mucho lo admira, pero dice que siempre ha habido resistencia para reconocerle su extraordinaria calidad. "Cuando yo era joven a veces salía a caminar con él. Era el más grande escritor argentino y sin embargo nadie se volvía en la calle para verlo o para saludarlo."

Recuerda con emoción el suicidio de Lugones y las trágicas circunstancias de su vida. De la esposa, del hijo, de su religioso concepto de la mujer y de la relación carnal. Lo atacaban y no se defendía. Decían de él horribles cosas falsas y él no las rebatía ni negaba.

Surgió entonces, por contraste, el caso de su propia fama universal. No ha habido escritor hispanoamericano que haya alcanzado una resonancia mundial semejante a la suya. Parece extrañarle y no explicárselo. Revela recibir con asombro inagotable los homenajes y los elogios que le llegan de todos los grandes centros mundiales. "Es curioso. De repente la gente se ha puesto a leer mis cosas y a encontrarles valor".

Se acerca la hora del acto público. Se lo recuerdo. Salimos lentamente. Se apoya ligeramente en mi brazo y va tanteando con el bastón. Nos asomamos un momento, desde arriba, a la gran sala de lectura de la Biblioteca. Los lectores inclinados sobre sus libros no adivinan que desde lo alto en la sombra, como una quimera de Notre Dame, los ojos de piedra del gran poeta se pasean en lo oscuro.

Tomamos esta vez el ascensor, que ningún servidor atiende. Subimos al automóvil y llegamos al edificio de *La Prensa*. Entramos por en medio del gentío. Siento temblar la mano de Borges en mi brazo. La gente se abre para dejarnos pasar. El sigue hablando con su voz sutil casi inaudible. Lo miran con extrañada curiosidad y respeto.

Minutos después estamos en el estrado de la gran sala rococó, relumbrante de dorados y luces y llena de gente que se apretuja. Comienza el acto. Borges me susurra que él tendrá que hablar sentado, pues teme sentirse mal si se pone de pie. Se lo digo a la presidencia.

Llega el momento en que le dan la palabra y le colocan los micrófonos delante. Me pregunta entonces con sus ojos absortos· "¿Dónde está el público?". Le indico.

Comienza a oírse su voz transparente y asordinada, como un tambor a la funerala, como un eco de algo lejano y profundo. Lo entreoigo y lo entreveo a mi lado. Parece decir: "Presentar a Arturo Uslar-Pietri es presentar a muchos hombres, porque nuestro huésped puede decir, como Walt Whitman el escritor americano por antonomasia: Soy amplio y contengo muchedumbres...".

El que empezó ya a no ver bien fui yo.

Fantasmas de dos mundos Ed cit , pp 43-52.

LA HISTORIA EN LA NOVELA

ABUNDAN los críticos literarios que sostienen que la novela histórica, como género, nació en el romanticismo y tuvo por padre a Walter Scott. Aun hombres de mentalidad que se pretende moderna y hasta revolucionaria, como Lukács, lo repiten con impresionante convicción.

A mí me parece que hay un evidente equívoco en esto y que no es demasiado tarde para decirlo. Tal vez el hecho mismo de que he escrito algunas ficciones que muchos se empeñan en calificar de novelas históricas me ha llevado a esta reflexión de un modo necesario.

Aun cuando ya muy poca gente cree en los géneros y la historia literaria ha sufrido y sigue sufriendo en nuestros días la más completa y extraordinaria transformación de contenido y de concepto, todavía se habla de novela histórica como de una división neta y distinta, con características propias, dentro de la narrativa.

Cada día más se mira a la literatura como una creación de lenguaje, independientemente de los temas o de las convenciones formales que pueda aceptar. Ya no sólo no se habla de géneros, caracterizados o distinguibles, sino que se entiende que lo esencial y lo característico es el "discurso literario". Uno de los nuevos críticos franceses, Pierre Daix*, lo dice con transparente claridad: "El escritor, en el sentido moderno, es un manipulador del lenguaje. Su instrumento y su medio es esa capitalización de experiencias sociales, integrada a su propia experiencia, a su vida, que es el lenguaje. Va a transformar ese lenguaje por medio de un trabajo específico: la escritura, en una red de lenguaje organizado y comunicable que es la obra. El escritor es el revelador del lenguaje común. Es el que da a entender como el pintor da a ver". Es una visión global del acto literario, independizado de toda particularidad limitante. Tal vez sea ésta una posición extrema que el futuro de las letras puede desmentir pero, en todo caso, está más cerca de la verdad del hecho de creación

* Pierre Daix, *Nouvelle critique et art moderne*. París: Editions du Seuil, 1968.

que las arbitrarias e inútiles clasificaciones de la obra literaria por géneros y por modelos.

Aun aceptando, en principio y con toda la mala fe de un litigante curtido, que se pueda hablar de novela histórica, se tropieza de inmediato con la dificultad de definir el género.

El hecho de referirse al pasado no constituye un criterio suficiente. Todos los relatos se refieren al pasado, aun aquellos que en el momento de escribirse parecieron más contemporáneos, como las novelas de Paul Bourget. El tiempo de una manera fatal las ha convertido en testimonio histórico. Todo el repertorio de personajes, de sucesos y de escenas de Balzac, que en su tiempo parecía el retrato de la más inmediata realidad, se ha convertido para nosotros en novela histórica en el más exacto sentido de la palabra. Mucho más podemos conocer sobre la sociedad francesa de la primera mitad del siglo XIX en la *Comedia humana* que leyendo a los historiadores profesionales o a los novelistas de minuciosa reconstrucción del pasado.

El caso de Proust es semejante. Seguramente más revelador y elocuente. Proust, acaso más que ningún otro novelista, tuvo en un grado extraordinario la noción y la conciencia de que todo era tiempo y que el gran tema dramático era la muerte y resurrección del pasado en el presente. El punto de partida de su obra es la más inmediata contemporaneidad. Escribe lo que ha vivido y conocido. Sus coetáneos lo leían casi como una indiscreción escandalosa sobre las intimidades reservadas de la vida mundana y de las gentes conocidas e identificables que frecuentaban los salones elegantes. Se convirtió en un juego de sociedad averiguar o imaginar quién podía ser, en la realidad, la Duquesa de Guermantes, o Charlus u Odette. No pocos desagrados le costó al autor esta manía de identificación. Sin embargo, hoy leemos *El tiempo perdido* casi como podríamos leer las *Memorias* del Duque de Saint-Simon. La diferencia es de profundidad y de arte del narrador pero no de tono ni de contenido. La descripción de la Corte de Luis XIV nos resulta tan novela de situaciones y de psicología como la obra de Proust, la que, a su vez, podemos leer ahora y cada día más como maravillosa ficción de memorialista para conservar viva en toda su complejidad y sus contradicciones una época.

El caso de Proust no es único. Los grandes realistas del siglo XIX que trataron de retratar la vida simultánea que los rodeaba terminaron por hacer ficción histórica. El caso de Flaubert ilumina muy bien esta particularidad El gran novelista francés es autor de dos libros muy reveladores a este respecto. El propuso escribir con *Salammbô* un modelo de "novela histórica", tal como la entendía la preceptiva de su tiempo. Hizo una tediosa labor de reconstrucción arqueológica para pintarnos el Cartago de los Barca, sus costumbres, su aspecto, sus trajes, sus ceremonias, sus personajes representativos. Poco antes había publicado *Madame Bovary* que tuvo toda la significación de un manifiesto del realismo y de la presentación directa y descarnada de la sociedad francesa de su

tiempo. Nadie puede dudar de que hoy, para nosotros, *Madame Bovary* tiene más valor como historia que el aparatoso y vacío decorado de ópera que es *Salammbô*. Todos aquellos seres de su hora, que el novelista puso en torno al adulterio de Emma, nos dicen más sobre su tiempo que los documentos de los historiadores y los sociólogos.

Acaso en menor grado, pero con el mismo sentido, podría decirse que en Tolstoi *Anna Karenina* es más testimonio histórico que *Guerra y paz*.

El tema verdadero de la novela es el tiempo y en la medida en que está incorporado a ella la convierte en historia. Toda narración es por su naturaleza temporal, es decir, histórica. Tal vez la que menos contenido de tiempo real presenta es precisamente la que pretende reconstruir algún episodio del remoto pasado. En este sentido más novela histórica es *La dama de las camelias* de Dumas hijo, que toda la profusa y truculenta evocación del Renacimiento que hizo su padre en sus vastos ciclos de relatos históricos. Podría acaso decirse, sin ánimo de paradoja, que toda novela es histórica por naturaleza, menos, precisamente, el caso extremo de la novela llamada genéricamente *histórica*.

Eso que en la oscuridad del lenguaje corriente llamamos el suceder, el pasar, o el acaecer es el tema central y casi único de la ficción. El fingir de la ficción implica muchas cosas diversas y concomitantes y entre ellas una traducción en palabras de una cierta realidad y una simulación del estar en el tiempo. Acaso por eso mismo es aparente en todas las grandes novelas la sensación de que el autor no sabe mucho de lo que está hablando o no logra sino aproximarse con dificultad a la verdad sumergida de las personas y de los hechos.

El estar en el tiempo, que es la condición humana, es estar en el cambio continuo, es el estar siendo y dejando de ser en todo momento. Todo cuanto el autor dice en este sentido es testimonio de un tiempo y acaso en el más cierto sentido de dos tiempos, del tiempo del relato y del autor y los dos se superponen o se mezclan y dan la rica temporalidad de que está hecha la textura de la obra narrativa.

Este simple e inescapable hecho de estar en el tiempo convierte la obra de ficción en una tentativa de fijar el tiempo. Una tentativa que siempre es continuamente derrotada por el tiempo mismo. Porque así como no hay lectura intemporal tampoco puede haber escritura intemporal. La lengua misma es como un recipiente que se carga continuamente de significaciones temporales que hacen que una misma palabra deje de ser la misma y de significar lo mismo por el efecto de las significaciones de que la va cargando el transcurso del tiempo. George Steiner, en su libro deslumbrante y revelador *After Babel*, utilizando los instrumentos que ha acumulado la moderna lingüística, nos enseña cómo el discurso cambia de sentido con el tiempo y cómo es de intraducible todo texto no sólo a otra lengua sino a otro tiempo.

> Todo acto de lenguaje contiene un determinante temporal. Ninguna forma semántica es intemporal. Cada vez que usamos una palabra es

> como si despertáramos en resonancia toda su historia anterior. Todo texto está incrustado en un tiempo histórico específico y contiene lo que los linguistas llaman una estructura diacrónica. Leer de un modo completo es restaurar todo lo que uno puede de las inmediateces de valor y tentativa en medio de las cuales el hablar ocurre efectivamente.

Para Steiner esto no sólo significa la imposibilidad práctica de dar exactamente en una lengua lo que fue escrito en otra sino, además, la dificultad, no totalmente eliminable, de leer un texto del pasado de la misma manera que lo pudieron leer sus contemporáneos. Ni las palabras, ni los giros, ni el fantasma presente de los ecos y las referencias, pueden permanecer inalterados en el transcurso del tiempo. No podemos leer a Quevedo o a Cervantes como los leyeron sus coetáneos. Toda lectura es, en este sentido, una empresa de reconstrucción. Así como nos cuesta un esfuerzo de memoria establecer el ambiente de los trajes, los muebles, los usos y las formas de tratamiento en que vivieron los personajes del *Quijote* y que para los contemporáneos de Cervantes eran obvios y no necesitaban ser recordados, tampoco podemos lograr alcanzar satisfactoriamente lo que significaban las palabras que hoy leemos en el libro antiguo para los hombres que las leyeron cuando apareció. No son sólo las palabras que indican situaciones que han cambiado o desaparecido como "rey mago" o "caballero". Cada uno de esos nombres siguió cambiando y evolucionando con las circunstancias sucesivas que surgieron después de que quedó escrita y hoy no puede significar para nosotros sino una aproximación, más o menos remota, a lo que entonces pudo significar.

De esta manera los autores no sólo intentan sustraer del tiempo momentos de los sucesos y de la situación y carácter de las personas sino momentos de la significación de las voces.

Literalmente congelan, o intentan congelar, momentos de la vida y también momentos del discurso. En este sentido todo texto es tan enigmático y difícil de descifrar como una inscripción antigua. El caso no se da tan sólo con libros de otras edades sino con la más cercana obra del próximo ayer. No es sólo el envejecimiento rápido de los autores que estuvieron de moda ayer o anteayer, pocos leen hoy a Anatole France o a Blasco Ibáñez o a Wells, sino la distancia que se establece entre nosotros y los textos que no están escritos en nuestro más inmediato presente. Ya no podríamos leer *La condición humana* de Malraux, o el *Ulises* de Joyce, o *El proceso* de Kafka como los lectores de entre las dos guerras mundiales. Se han convertido en historia. La temporalidad los ha penetrado y alejado de nosotros de un modo irreparable. No podemos leer a Jorge Manrique o a Garcilaso como los leyeron los hombres de su tiempo, pero tampoco podemos leer *Fervor de Buenos Aires* o el *Romancero gitano* y encontrar en ellos lo que hallaron en adivinaciones y préstamos los que compartieron la hora de su aparición.

De este modo toda novela es historia porque, voluntariamente o no, se propone detener y preservar un momento del acaecer, lo que constitu-

ye inevitablemente la tentativa absurda de sustraer del tiempo un fragmento del tiempo.

Importaría poco, en este caso, que la novela tuviera por tema personajes y circunstancias del más inmediato ayer o de un remoto y restaurado pretérito. También la evocación del pasado lejano queda sometida al tiempo. La Roma de Bulwer Lytton pertenece al siglo XIX, como el relato de Telémaco, de Fénelon, pertenece al gusto y a la mentalidad del siglo de Luis XIV. Ya la visión de los Rougeon-Macquart de Zola no era inmediata. Entre él y aquel tiempo había pasado Sedán, la Comuna, el ferrocarril y la rápida evolución de las ideas.

Toda novela que se proponga dar un testimonio de lo humano es coetánea inseparable del tiempo en que se escribe y de su circunstancia, aunque trate de sucesos que ocurrieron muchos siglos antes. En este sentido la *Salomé* de Wilde nos informa mucho más y más fiablemente de la hora estética de los simbolistas que del mundo de Herodes.

El interés por la reconstrucción arqueológica del pasado la trajeron los románticos, que reinventaron toda una Edad Media tan teatral y convencional como la más gratuita imaginación. Esta preocupación no se tuvo antes. La época en que se situaba la acción de una obra literaria tenía mucha menos importancia que el discurso y que el drama humano. Todo el teatro neoclásico francés lo demuestra. Ninguna importancia le dan Racine o Corneille a la reconstrucción fiel de la historia antigua. Sus mujeres bíblicas o griegas se expresan en un presente de pasión y de confrontación, que seguramente no tiene ninguna veracidad histórica. Tampoco el *Cid* de Corneille tiene nada que ver con la realidad histórica de la Reconquista española. Los conflictos del amor y del deber que se debaten en esa obra son rigurosamente contemporáneos del autor. Los castellanos viejos, que oyeron el primitivo Cantar de Gesta, no hubieran podido comprender nada de la tragedia del autor francés.

Esa misma actitud de actualización del pasado y de menosprecio de la reconstrucción arqueológica la mostraron abundantemente los pintores del Renacimiento. Los cuadros de los flamencos y de los italianos que tienen por tema la vida de Cristo no hacen el menor esfuerzo por dar veracidad histórica al conjunto. Jesús, la Virgen y los Apóstoles aparecen rodeados de personajes de la época del pintor, la Virgen viste como una alta dama del siglo XV, toda la arquitectura en que se mueven es gótica o renacentista. Basta mirar aquel prodigioso festín veneciano que el Veronés pintó, con decenas de caballeros y cortesanas de la más rica Venecia del siglo XVI rodeando a un Cristo insolublemente extraviado en el tiempo y en el espacio, como representación de las Bodas de Caná, para percatarse de todo el orgulloso desdén que aquellos grandes artistas sentían por toda tentativa de reconstrucción arqueológica. Les interesaba lo humano, el conflicto humano y la belleza de las cosas tal como las conocían.

Tal vez por sentido inconsciente de la situación se percataban de que tan sólo podían expresar lo contemporáneo y que, por lo tanto, cuando trataban un tema del pasado podían y debían trasladarlo a la circunstancia inmediata que conocían. No les interesaba, y ni siquiera se planteaban el problema de reconstruir fielmente un pasado remoto, sino expresar en términos válidos una pasión o un drama humanos que podían tomar del fondo de la más lejana historia, como se trae una flor del campo para colocarla en un vaso de cristal en la sala de una casa.

Como el pintor del Renacimiento, el novelista puede colocarse frente a todo el pasado humano para escoger y representar en términos inescapablemente contemporáneos su deseo de expresión de lo humano. Una novela histórica que se ajustara a la muerta preceptiva de los géneros acaso dejaría de ser novela y de tener toda validez literaria para convertirse en una obra de curiosidad y paciencia.

El campo de la novela es el tiempo, pero no la época, sino la acción del pasado en el presente y la transformación continua del presente en pasado a través del personaje, sus relaciones y sus fantasmas.

Es en este sentido que toda la novela es histórica por naturaleza, porque es una tentativa de contener un tiempo y de mantenerlo vivo en términos de presente, aunque la acción que se relate haya ocurrido muchos siglos antes.

Tal vez, jugando con la etimología, podríamos decir que la novela es la nueva, la noticia del tiempo y de su paso y por eso mismo es inescapablemente histórica. Escribe historia con su lenguaje, con su forma y con su contenido y es, acaso, en ella donde hay que ir a buscar el testimonio del pretérito, el fugaz momento del río de Heráclito, y no en las destilaciones documentales de los historiadores de profesión.

Dentro del fenómeno generalizado en nuestros días de la desaparición de los géneros, de la abolición de la preceptiva y del cuestionamiento de los viejos criterios de la crítica, no podría hablarse de géneros literarios sino acaso en circunstancias extremas de ciertos tipos de literatura intemporal o marginalizada verdaderos fósiles que brotan bajo la superficie de lo contemporáneo.

Existe efectivamente en el presente y florece comercialmente bajo la explotación de la industria editorial un tipo de relato muy tipificado que compite a su manera con las reconstrucciones pintorescas y suntuosas del pasado que realiza la industria cinematográfica. En un sentido verdadero esto no pertenece a la literatura sino a lo que en inglés se llamaría *entertainment*.

La verdadera obra literaria, la que se forma de su propio uso del lenguaje y de la visión de las realidades, no puede dividirse en categorías distintas según trate del presente o del pasado. El *Virgilio* de Hermann Broch no se distingue en nada de lo que hace su calidad y su significación literaria de lo que escribe Faulkner o Pasternak. ¿No resultaría una irrisión que a estas alturas habláramos de Faulkner como de un

autor de novelas históricas o regionales? Todo gran novelista historia y regionaliza espontáneamente.

Hoy tendemos a considerar el campo literario como una vasta e ilimitada ágora indiferenciada y heterogénea, donde todo se mezcla y se modifica mutuamente. Donde el ensayo desemboca en la poesía y en la novela, donde todo parece fundirse y mezclarse en un solo discurso literario impreciso y colmado de contenidos insospechados. Podemos leer a Proust como historia y a Rabelais como farsa de la actualidad. A Joyce como poesía y a Ezra Pound como novela.

Acaso la única evidencia fundamental que nos queda es la de que estamos o no ante un discurso literario que contiene e incorpora el tiempo. Que es precisamente lo que hace que la palabra pueda convertirse o no en literatura.

Fantasmas de dos mundos. Ed. cit., pp 53-64

PROUST EN TURMERO

SIENDO yo muy joven, visité algunas veces la hacienda Guayabita, en los valles de Aragua. Era un inmenso fundo agrícola que se extendía desde la fila de la Cordillera de la Costa hasta las calles del pequeño pueblo de Turmero. La atravesaban dos ríos y estaba cubierta de selvas con venados y pumas, y de plantaciones de cacao, de caña de azúcar y de café.

La había adquirido, por los años ochenta y tantos, el general Antonio Guzmán Blanco, que andaba entonces por su segunda Presidencia. Muerto el ex Presidente había pasado a ser de sus hijos, quienes vivían en Francia, y venían ocasionalmente en breves visitas de inspección de sus vastos haberes que habían quedado en manos de administradores.

Guzmán Blanco había sido un típico afrancesado del siglo XIX. Su primera visita a Francia la había hecho, recién salido de la Guerra Federal, en tiempos de Napoleón III. La pompa y el estilo aparatoso del París del Segundo Imperio, lo habían impresionado profundamente. Desde los uniformes hasta los conceptos políticos, desde el aire cesáreo hasta el culto del progreso material fueron en él un trasunto del estilo del fallido imperio liberal. Educó a sus hijos en Francia, en un mundo de alta sociedad y riqueza, dos de sus hijas casaron con miembros de la nobleza, una con el Marqués de Noé, de viejo linaje legitimista, y otra, nada menos que con el Duque de Morny, hijo mayor y heredero del fabuloso medio hermano de Napoleón III, que llenó las crónicas mundanas de su tiempo con sus astucias políticas, sus triunfos financieros y sus aventuras galantes. Su ostentosa dispendiosidad y sus maneras de gran señor improvisado las retrató Alfonse Daudet en el personaje caricatural de su novela *El Nabab*.

Esta situación y sus largas permanencias en París abrieron a Guzmán y a sus hijos los salones de la aristocracia y de los banqueros Pertenecieron por entero al mundo dorado de la *belle époque*, se codearon con los más resplandecientes nombres y figuras de ese tiempo de esplendor crepuscular, desde el Príncipe de Sagán hasta el Boni de Castellane del matrimonio con la millonaria Gould y el palacio de mármol rosado en la

Avenida del Bosque, desde los "salonnards" más famosos hasta los artistas y los actores más cotizados. La casa de la rue Laperouse hizo mucho tiempo figura de palacete de príncipe exótico exiliado.

El mundo en que se movieron y vivieron los Guzmán en París fue precisamente aquel que luego retrataría con tan poderoso don de recreación Marcel Proust en *La busca del tiempo perdido*.

Algo de ese mundo llegó hasta la remota y dormida Guayabita. Desde Turmero se atravesaban dos pasos de río, en medio de un alto y tupido bosque de bucares y guamas que cubrían las densas y profundas plantaciones de cacao. Era una penumbra verde, tibia y olorosa a baya podrida de cacao. Al final del recorrido, al fondo de una larga avenida recta, aparecía la casa de la hacienda sobre una pequeña colina. Era una casa alta y grande, de corredores de arcadas y penumbrosas salas, que surgía como un arrecife blanco en medio del mar de verdura.

Para mi imaginación de adolescente tenía cierto aire de palacio de la bella durmiente. Nadie vivía en ella. Los criados iban abriendo puertas y puertas de habitaciones cerradas. Pesados y oscuros muebles de caoba yacían en los corredores. Ornados mecheros de cobre para luces de gas pendían de los techos o se adosaban a las paredes. Había en los muros viejos grabados ingleses con escenas de cacería a caballo. Y lo que más me impresionó, con casi infantil delectación, fue la gran abundancia de trofeos de caza. Eran cuernos y patas de ciervo, muy bien montados sobre escudos de pulida madera, con dos placas de cobre que decían, la de arriba: "Equipage de Mme. la Duchesse d'Uzés", y la de abajo: "Forêt de Rambouillet", y la fecha.

Poco sabía yo entonces de las complicadas cacerías del ciervo, del faisán y el zorro que los aristócratas europeos, con casacas rojas sobre hermosos caballos, al son de las trompas de San Huberto, organizaban en los domesticados bosques de las viejas residencias de los reyes. Pero no dejaba de percibir en aquellos trofeos como una presencia fantasmal de otro mundo y de otro tiempo que poco o nada tenían que ver con el mío.

Más tarde, cuando leí a Proust, volví a toparme con el nombre y la evocación de la Duquesa de Uzés. Entre todo aquel hormiguero de nombres y de títulos, de figuras y de evocaciones, entre aquel complicado mecanismo de las precedencias y de los tratamientos de la noble gente del Faubourg Saint-Germain, aparece junto a otros personajes de la vida real que se mezclan con las creaciones del gran escritor, la Duquesa famosa. Es precisamente con motivo de uno de esos increíbles detalles de usos y matices del trato mundano, cuando la trepadora hermana de Legrandin, la reciente Marquesa de Cambremer, descubre con asombro que la gente aristocrática no pronunciaba la *s* final de Uzés, sino que decían simplemente *Uzé*.

Un pedazo arrancado del mundo de Proust, por un juego de azares muy proustiano, había llegado hasta aquella olvidada casa de hacienda de los valles de Aragua.

Sentía desde entonces que en Proust había mucho más que simple creación literaria, y que la búsqueda del tiempo perdido era una increíble empresa de resucitar el pasado, o de rescatar un fragmento completo de él, de una manera milagrosa. Como ocurría con aquella casa de Guayabita.

Ahora, con motivo de los cincuenta años de la muerte del extraordinario escritor, he leído el asombroso libro de resurrección que le ha consagrado el erudito inglés George D. Painter. Es la más completa tentativa de rescate de Proust con todo su tiempo, tejido y mezclado con él, como las algas, el agua y los infusorios del mar suben a la superficie con el cuerpo del ahogado.

Allí está la Duquesa de Uzés, con todos los otros inagotables personajes que poblaron la imaginación y la vida del joven *snob* de fines de siglo. Es el resultado del método de Proust celosamente aprendido y aplicado a Proust y a su tiempo.

No se ha cesado de escribir sobre Marcel Proust desde que terminó de aparecer su gran obra. A cincuenta años de su muerte, en 1922, su bibliografía crece de un modo continuo e inabarcable. Se ha creado una inmensa curiosidad, una obsesión de conocer quién era y qué hizo aquel hombre extraño, enfermo, caprichoso, supersensible, mal ajustado y lleno de los más irreconciliables deseos.

Cada día más se reconoce la importancia de esa obra. Lo que al principio pudo parecer una rara mezcla de memorias de salón y de novela mundana, en una forma divagante y extraña, ha terminado por constituir, sin género de duda, una de las más grandes creaciones del genio literario. *En busca del tiempo perdido* es mucho más que una gran novela. En todo caso no se parece a ninguna otra. Es un extraño fruto, casi diríamos una extraña mutación del gran árbol de la novela occidental. En el reducido ambiente muy peculiar que había tomado por tema la novela mundana del París de fines del siglo XIX, este extraño "dilettante", este curioso *snob* trepador, va a crear una suma artística y humana que casi no tiene parangón.

Los lectores de Proust han tenido siempre la impresión muy dominante de que no era posible comprender su libro y su significado sin conocer su vida y el restringido y curioso mundo en que se movió. Hay en él una conexión más completa y estrecha entre la obra y la vida que en ningún otro autor. Esa gran obra poética es la transcripción de su experiencia y de su circunstancia, y eso es lo que demuestra de un modo incomparable y exhaustivo el *Marcel Proust* de Painter.

Es como la novela de Proust a la inversa. Se va en él por un viaje de inagotable descubrimiento y de deslumbrante erudición de Proust a la novela. Por largos años, de un modo agotador, Painter ha leído todo lo que escribió el novelista, sus libros, sus cartas, sus esbozos, sus variantes y todo lo que se ha escrito sobre él. Ha hablado con todos los que lo conocieron y aún viven. Ha recorrido los barrios, las casas, los pueblos, ha reconstruido los mobiliarios y los encuentros. Ha restaurado el Illiers

de la infancia, como un arqueólogo, hasta que vemos cómo surge y se hace Combrai con todos sus habitantes, sus casas, sus costumbres y su mercado.

Allí vemos paso a paso cómo Proust llega a darse cuenta de que es Proust y de lo que tiene que hacer, cómo descubre a través de difíciles experiencias y de grandes peligros de perderse su misión, cómo la reconoce y se lanza ávidamente a ella, cómo aquel libro que salía de su vida termina por ser toda su vida y absorberla.

Nada escapa a Painter. Las fuentes y raíces de cada personaje, de cada frase, de cada notación son buscadas y reveladas hasta su más remoto origen. Allí vemos claro el doloroso y oscuro proceso de las relaciones de Proust con su madre y de su inmenso reflejo en su obra. Allí también se agota en la búsqueda más exhaustiva el catálogo viviente del que brotan los personajes. Los varios modelos y fuentes de que están hechos Swann, o Charlus, o la Duquesa de Guermantes, u Odette. Sabemos por fin lo que en Charlus hay ciertamente del Conde de Montesquieu, y del Baron Doassan y de media docena más de caracteres menos influyentes. O cómo la figura de Oriana de Guermantes se compone con una sabia mezcla de rasgos de la Condesa de Chevigné, de la señora Straus y de la Condesa Grefulhe.

El libro de Painter ilumina de un modo extraordinario todo el escenario de esa vida en sus menores rincones. Todo el mundo de la *belle époque* parece resucitar con sus ritos, sus prejuicios, sus ridículas costumbres, su delicado arte de la etiqueta, y su complejo equilibrio de clases, de títulos y de posiciones.

Desfilan los salones literarios, las grandes damas, los grandes nombres de la aristocracia, el sutil juego de las precedencias, de las maledicencias y de las pasiones. Todo lo que va a ser el rico material que el escritor reelabora para crear su obra y recapturar el tiempo está allí en su estado original. Las cortesanas, las actrices, las intrigas de sociedad, las grandes luchas políticas, la presencia de los escritores y los artistas y todas las fórmulas finales de un refinamiento social condenado a morir.

No creo que ninguna explicación haga falta para poder entrar en una obra de arte. Una obra de arte tiene una propia y eminente autonomía que la hace suficiente en todos sentidos. Sin embargo, en el caso de Proust, que es en el fondo un memorialista a la Saint-Simon de un tiempo muy peculiar, toda esta preparación no puede menos que ayudar no sólo a comprender su obra sino la muy peculiar y estrecha relación que había entre su vida y su narración.

Painter no se detiene ante nada. En la búsqueda del fondo de la experiencia proustiana llega hasta los más repugnantes e inconfesables hechos. Las relaciones con Agostinelli, el descenso a Sodoma, el infierno de sus instintos incontrolados, la morbosa condición de su sensibilidad, la abyección, casi expiatoria, de ciertos gestos, están allí para retratar al hombre verdadero y su circunstancia.

Es un tiempo que ya tiene el evidente encanto de las cosas irremediablemente desaparecidas. Painter recrea la vida superficial y complicada de la alta clase francesa e internacional, que se reunía en los salones de París en los treinta o cuarenta años anteriores a 1914. La gente para quien lo más importante era ser invitada al salón de moda, besar la mano de la princesa Matilde o de la Gran Duquesa Vladimiro, hacer la reverencia ante la última reina de Nápoles o fumar con el Príncipe de Gales.

Y también, una vez al año, lograr ser invitado, de traje de amazona o casaca roja, a la caza de ciervos de la Duquesa de Uzés en el bosque de Rambouillet. Al regreso, por la tarde, en el patio del castillo, se exhibían los trofeos. Ciervos lustrosos y zorros encendidos tendidos ante la jauría blanca y negra con sus aullidos que se mezclaban al son triunfal de las trompas de los monteros.

De esos trofeos fue el hallazgo de mi adolescencia en los corredores frescos y oscuros de la hacienda Guayabita. De una manera muy proustiana, todo Proust estaba allí esperando que yo supiera hallarlo.

Fantasmas de dos mundos. Ed. cit., pp. 65-73.

LA ANTIAVENTURA DE ANDRE MALRAUX

LLEGO ANDRE MALRAUX a la muerte. Después de tanto buscarla, temerla, burlarla y pensarla. No tuvo otro tema a lo largo de su vida y detrás de todas las presencias y los actos de su aventura estaba ella, siempre esperada y siempre inesperada. Era su fascinación y su angustia y hubiera podido hacer suyo, con todo derecho, el verso en que Miguel Angel confiesa que nunca tuvo un pensamiento en el que la muerte "no estuviera esculpida".

Esto es lo que le da su dimensión trágica y desesperada a la fascinante parábola de su vida que es como una búsqueda o como una fuga. Buscarse por todos los vericuetos del cambiante mundo en que le tocó existir, sin hallar punto de reposo ni de resignación.

La obra y la vida están estrechamente mezcladas en él. Nunca se sintió un *homme de lettres* y posiblemente no lo fue. La literatura fue una manera de sustituir la acción o de justificarse momentáneamente ante sus propios ojos, o de clamar todo el amor sediento que tenía dentro o todo el desprecio que le brotaba incontenible.

Pertenecía a una familia no muy numerosa, pero muy significativa, de las letras francesas. Frente a los mesurados, a los reflexivos, a los disecadores de realidades y de pensamientos, él era el iluminado, el poseído, el delirante, el incoercible, el que iba arrastrado por las palabras y las visiones. Las palabras le formaban una sobrerrealidad que le completaba o le deformaba el mundo real, demasiado estrecho y demasiado pequeño. Podía reconocer sus antepasados en los grandes forjadores de máquinas verbales, en el Renacimiento de Rabelais, o en el Romanticismo de Hugo o de Delacroix o en las videncias de Rimbaud y hasta en la gran música de órgano de las oraciones de Bossuet.

Su aparición en la escena literaria fue asombrosa y atemorizante. Era aquel mozo que se había ido al más remoto Oriente, a la selva de los Budas de Angkor Vat, que había andado entre contrabandistas y rebeldes en el hervidero de las ciudades de Siam y que tenía una belleza de fiera perseguida o de joven profeta. Con unos ojos intensos, que no se

sabía si estaban llenos de desprecio o de esperanza, y una actitud concentrada y nerviosa de suicida en potencia irrumpió en las quietas aguas del mundo literario de París, entre los años de 1928 y 1933, con tres novelas detonantes como tres bombas de terrorista: *Les conquerants*, *La voie royale*, y, por último, *La condición humana*. Eran más que novelas, tres manifiestos de revuelta y de desafío frente a la sociedad demasiado segura de la primera posguerra. Exaltaba la violencia y el odio, la muerte y la revolución. Una revolución sin dogma y sin tácticas. Más bien una rebelión instintiva y total contra lo recibido y aceptado.

Era más que un escritor nuevo con éxito, era una presencia incómoda y agresiva. Era un hambriento de lo absoluto, un exiliado del último reino de Dios que no podía dirigirse a ninguna iglesia. El derivativo natural fue la acción.

Los años que anteceden a la Segunda Guerra Mundial se le brindaron de una manera abundante y continua. Era todavía el tiempo en que la revolución rusa ejercía plenamente su poderosa fascinación sobre la inteligencia occidental. Parecía haber, al fin, una manera de justificar la vida y era entregarla, en hechos y palabras, a la lucha revolucionaria. Malraux entra a la lucha política como a una Legión Extranjera, sin abandonar su irreductible individualismo y su instinto de superioridad. No aspira a ser un militante, ni un hombre de célula, sino un héroe. La lucha lo justificará, le dará la sola oportunidad de olvidarse de sus angustias congénitas y de llegar a la muerte en caliente y sin tener tiempo de pensar en ella.

Son años de tentativas fallidas de aventuras, en diversos escenarios novelescos que rematan y se coronan en la guerra de España. Aquel delirio emocional, aquella desgarradura moral, aquel gran despertar que pareció la lucha española debió fascinar a Malraux. Toda la sed de acción llegaba al fin a aquella inmensa aventura contra los molinos. ¿Qué iba a salir de allí? Acaso una nueva historia, una nueva humanidad, una posibilidad grandiosa de sobrepasar las mezquinas herencias. Poco sabemos de lo que pensaba el piloto de guerra Malraux en las madrugadas quemadas de bombardeos, mientras volaba en los cielos de Velázquez. En todo caso la aventura resultó fallida y de ella no le quedó sino un manuscrito amargo y combatiente: *L'espoir*.

¿Era que estaba condenado para siempre a regresar a la literatura, a la sola tarea solitaria y quieta de hilar palabras para una burguesía ávida de emociones domesticadas? Sin embargo, lo que se anuncia en el horizonte es el más trágico conflicto de la historia. Una inmensa ola de sangre y destrucción avanzaba sobre el mundo. Podía mirarse la confirmación de todos los libros apocalípticos.

Era, tal vez, la última de las grandes guerras de religión que Occidente iba a conocer. Era un oscuro enfrentamiento de creyentes y de credos, más que de territorios y de dominios se trataba de destruir una fe para instaurar otra. Una lucha como aquella que, en la época de las catedrales, movía a los cristianos contra los musulmanes, o más tarde, a

los católicos contra los luteranos. Se trataba de exterminar un espíritu y de borrar en la carne y en la sangre, una satánica herejía. Era, ciertamente, una guerra para Malraux. La caída de Francia hace aún más dramática y desesperada su situación. Ya no será el soldado regular del ejército de un Estado, sino un cruzado, un *chouan*, un resistente.

Las exigencias peculiares de la resistencia están hechas para su carácter y su manera. La guerra se individualiza y reduce casi a un duelo. Es el incógnito coronel Berger que no sólo comanda a un puñado de insurgentes clandestinos sino a una inmensa legión de mitos, de recuerdos y de memorias heroicas. Es uno de los jefes del *pueblo de la noche*. Fueron, posiblemente, sus años de más exaltada realización. Podía asumir y resumir en él toda una gran cauda humana y cada gesto individual suyo, sin comando y sin frontera, venía a inscribirse en la más vasta sinfonía de la historia contemporánea.

Al final de la guerra y de la resistencia, dentro de la que sin embargo ha hallado tiempo para escribir una novela, la última, que se va a llamar simbólicamente *El combate con el ángel* y de la que sólo logra salvar una parte: *Les noyers de l'Altenberg*, ocurre su decisivo encuentro con De Gaulle.

De Gaulle es la última y definitiva encrucijada de la vida de Malraux. Después de tanto buscar y pretender, aparece ante él aquel hombre del destino que, contra toda lógica, fuera de los mecanismos tradicionales del poder, surge como un resucitado de la más remota historia a hablar y actuar no como un jefe de Estado moderno sino como un héroe fundador de reino. Es aquel militar, un poco irregular, que pretende "haber tenido siempre una cierta idea de Francia". Es casi un hombre anacrónico, que se siente cargado, por una especie de imposición sobrenatural, con el destino de todo un pueblo y que habla con un vocabulario que está fuera del uso y que evoca el de las figuras legendarias del pasado. Recuerda a ratos a Napoleón, a Luis XIV, a San Luis. Es el hombre que, en el tiempo de las estadísticas y de la econometría, se atreve a hablar de la grandeza.

Fue un encuentro mágico. El guerrillero verbal se va a convertir en propagandista y el francotirador del espíritu en alto funcionario.

Cuando la experiencia de De Gaulle parece fracasar ante la vuelta de la vieja politiquería parlamentaria y partidista, Malraux, que ha perdido sus antiguos camaradas y sus simpatías con la izquierda, parece más solitario y extraviado que nunca.

Es entonces cuando, como en una droga, en un paraíso artificial, en un mundo propio y sin límites, inicia su orgullosa y solitaria exploración del arte.

No va a estudiar las obras de arte en compañía de los profesores de historia del arte y de los curadores de colecciones, sino que intenta un diálogo personal con toda la herencia artística del hombre y una especie de viaje dantesco a través del mundo del arte.

Ha pensado, desde su retiro místico, en escribir una vasta "psicología del arte", la expresión del hombre y de sus tiempos a través de la creación artística. Lo que escribe, en realidad y al final del largo periplo meandroso, es la psicología de Malraux a través del arte. La confesión exaltada y personalísima de su propia experiencia ante las grandes obras de creación. Irrumpe violentamente en aquel museo imaginario, que él ha formado con toda la herencia artística de la humanidad, como un juglar prodigioso que se atreve a todas las prestidigitaciones, contrastes y aproximaciones imaginables. Allí, como en el botín de un conquistador del mundo, están acumuladas todas las grandes obras con su tiempo a cuestas, Giacometti y los egipcios, Buda y el Angel de Reims, la Gioconda y Picasso, el Renacimiento y la escultura Khmer. Nunca nadie se había atrevido a provocar semejante "desorden sagrado" por encima de las doctrinas profesorales y de los catálogos de museos.

En esa época, que personalmente para él es de fracaso, ha encontrado la manera de reanudar el diálogo personal con las mayores figuras de la creación humana. Se va a encerrar, durante años, con los que crearon el universo de las formas y de los colores. Va a hablar con ellos de quien a quien, en el mismo lenguaje, con una especie de gesto de desdén hacia aquellos hombres demasiado comunes y corrientes que ocupan el escenario del país y del mundo.

Hubiera querido encontrarse con Alejandro. Es tal vez la figura humana que más secreta y profundamente le fascina. Toda la juventud, todo el poder, todo el mundo. La mirada de los ojos de dos colores lo va a perseguir y a atormentar.

Cuando, al fin, De Gaulle vuelve al poder, él estará a su lado. Va a ser por más de un decenio el brillante y respetado señor Ministro de la Cultura, que lavará la fachada de los antiguos edificios mugrientos y que pondrá, como un acertijo, a Chagall en el *plafond* de la Opera de Napoleón III.

Lentamente el Estado se apodera de él. No es ya el capitán de una aventura creadora sino el jefe de una burocracia rutinaria que firma oficios, inaugura dependencias y dice discursos oficiales. El resto de la greña rebelde cae ahora sobre una cabeza inclinada.

En la medida en que el gaullismo dura y se integra al pasado político, él se aleja inexorablemente de la juventud y de la revuelta. En los dorados salones del ministerio, entre aburridas comisiones, recibe ocasionalmente a los viejos compañeros de las remotas horas de la esperanza y de la lucha.

Cuando se encrespa súbitamente la instintiva revuelta de mayo del 68, él es uno de los soportes del orden. Va a desfilar, en apoyo de las instituciones y del *statu quo*, por las avenidas del recuerdo heroico.

Es evidente que ya no habrá aventura, ni sacudida, ni revelación. Cuando muere De Gaulle, y todo parece regresar al antiguo juego de la política francesa, él se retira como un soldado viejo.

Para regresar a la literatura. Ha querido evadirse de ella toda su vida, sobrepasarla, reducirla a un mero instrumento de la acción, pero es ella finalmente su verdad y su condición. No va a escribir una nueva novela, tampoco hará el recuento de la larga y frustrada tentativa de acción que ha sido su vida. Inventará, dolida o desdeñosamente, unas *Antimemorias*. No una biografía sino el suelto y divagante recuerdo de unos encuentros, de unas adivinaciones o de unas situaciones que se produjeron en aquel cambiante escenario de sus salidas.

Tal vez descubra entonces, con no confesado desengaño, que su reino nunca ha sido otro que el de la escritura. Es eso que nunca quiso ser sino circunstancial y transitoriamente: un gran escritor. Todo lo que le había sido dado estaba allí en aquella mesa solitaria donde por jornadas enteras, sacudido de angustia, rodeado de fantasmas, mira la pluma trazar su misteriosa línea sin fin. No va a confesarse. Ha dicho: "¿Qué es un hombre? Un miserable montoncito de secretos". Además sabe que "la verdad de un hombre es ante todo lo que oculta".

Las *Antimemorias* son el relato oculto y orgulloso de su propia antiaventura. El combate con el ángel nunca fue para él sino el combate consigo mismo.

Fantasmas de dos mundos Ed cit , pp. 75-83

TIEMPO DE INDIAS

CRISTÓBAL COLÓN era un hombre del Renacimiento. Pertenecía por la mente y por el estilo, por las preocupaciones y por los valores al *Quattrocento* italiano. Era un contemporáneo de Marsilio Ficino, de Leon Battista Alberti, de Brunelleschi y de Massaccio. Hernán Cortés también era un hombre del Renacimiento. Había estado en la Salamanca de Nebrija, algo debió haberle llegado de Erasmo. El que ciertamente no era un hombre del Renacimiento era Motecushoma, ni tampoco Cuauchtémoc, ni menos aún los taínos y caribes de La Española. Tampoco los negros que comenzaron a llegar a las Antillas cuando Leonardo trabajaba para Ludovico el Moro. Pertenecían a otra historia.

Este hecho simple y evidente es la base misma de la peculiaridad cultural del llamado Nuevo Mundo. No fue América el resultado del traslado mecánico de una época histórica de Occidente, sino el conflictivo fruto del encuentro de tres culturas, de tres tiempos, de tres mentalidades. Y, seguramente, esto mismo significa mucho reducir y simplificar, porque los indios de la Conquista correspondían a muchos grados diferentes de nivel social y cultural, los negros no menos y hasta los mismos europeos encarnaban la inagotable variedad que el tiempo y el lugar imponen sobre el fenómeno cultural. Decir que Colón y Cortés eran hijos del mismo fenómeno cultural es obviamente antihistórico.

No podemos decir que ambos representaban el mismo fenómeno, ni siquiera la misma hora del mundo, si es que el mundo ha tenido nunca una hora única. El Renacimiento se extendió y se manifestó por Europa con velocidades, alcances y características diferentes. No fue lo mismo el de Italia, que el de Flandes o el de Francia. Y menos aún el de España. Colón y Cortés venían de dos localizaciones, dos momentos y dos realidades distintas del vasto cambio que se estaba operando en la escena europea desde muchos años antes del nacimiento de ambos. Colón era un genovés, hombre de puerto y aventura marinera. La recién rescatada ciencia antigua debió atraer su imaginación. Andaba por la frontera de los cosmógrafos y los profetas. Cortés era un extremeño de

tierra adentro, nacido en la guerra contra el moro. El Renacimiento que llega a la Salamanca de Cortés fue más atenuado. Algo le dijo la puerta plateresca de la universidad, algo debió oír de la escandalosa crónica italiana de los Borja, algo de Platón, algo de la nueva filosofía y sobre todo la gran noticia del Descubrimiento.

Los españoles, o algunos de ellos, trajeron a la nueva tierra un posible eco, ciertos testimonios y consecuencias del gran fenómeno histórico que empezaba a sacudir el Viejo Mundo. Cierta arquitectura, nada de Lutero, algún eco de modelos italianos.

Es obvio, pero habría que repetirlo para romper el dominio nefasto de las simplificaciones deformadoras, que no hubo Renacimiento en Indias, aun cuando el Nuevo Mundo formó parte importante del complejo histórico europeo que llamamos con ese nombre. Esto no revela otra cosa sino el hecho poco estudiado y evaluado, frecuentemente entrevisto y lleno de significaciones y consecuencias que es, básicamente, la diferencia del tiempo histórico entre los dos mundos y las tres culturas.

La peculiaridad asombrosa del espacio americano fue advertida desde el primer momento. En las cartas de relación, en las primeras crónicas aparece el pasmo y el desacomodo ante las nuevas formas y las descomunales dimensiones del paisaje. Hubo una violenta ruptura de la ancestral relación del europeo con el espacio natural. Todas las relaciones del individuo con el contorno fueron alteradas. Nuevos animales, nuevas plantas, nuevas dimensiones de los hechos geográficos: mares, ríos, montes, llanuras, nuevos climas, nuevos fenómenos meteorológicos, nuevas estrellas. Las lluvias tropicales, el huracán, las inundaciones, la modificación o desaparición de las estaciones.

Debió ser profundo el desajuste psicológico ocasionado por la alteración brutal de la relación del individuo con el espacio y la circunstancia. La psiquiatría existencial puede hallar un amplio campo de estudio en las perturbaciones psicológicas provocadas por el desplazamiento en los conquistadores. Una relación ancestral quedó profundamente alterada.

El cambio de marco y de circunstancia trajo también un cambio de tiempo. La noción misma del tiempo no era igual en el indio y en el negro que en el español. No se medían el día, ni el año, ni la hora de igual manera. "Contaban los meses por lunas", nos recuerda el Inca Garcilaso sobre los habitantes de Perú. Una noción diferente del tiempo, la ausencia de memoria escrita, la visión misma del mundo casi intemporal y mágica, debieron alterar la percepción europea del presente, el futuro y el pasado.

Los historiadores han señalado que la llegada de la Edad Moderna significó en todo Occidente una aceleración del tiempo y de la vida. La existencia de todos se hizo mucho más activa, comenzó la obsesión del reloj, el atareo y el ajetreo transformaron las ciudades. Había que ir de prisa. A la simbólica y lenta Danza de la Muerte medieval sucedió una frenetica danza de la vida. Se multiplicaron los viajes, los desplazamientos, las operaciones comerciales a distancia, la movilidad social y el afán

de la celeridad. En Indias, al contrario, terminado el ímpetu de la Conquista y del sometimiento, el tiempo pareció detenerse. Pasaban años sin que llegara un barco de España, las distancias eran inmensas y pocos se aventuraban a cruzarlas, había que esperar por meses y años el resultado de cualquier gestión ante la Corte, las noticias envejecían en el viaje transatlántico y transcontinental. Se seguía acatando al rey muerto mientras el nuevo rey llevaba tiempo en el trono. De una epidemia a otra, de un desembarco de corsarios a otro, del nacimiento de un príncipe a otro, de un Día de Santiago a otro, transcurrían los más lentos y monótonos días de un año o de una década. Se vivía en el aislamiento, en la incomunicación de las estancias, en la soledad de los pueblos, protegido contra el espacio y el tiempo. La noticia de la victoria ultramarina recibida hoy ya podía estar anulada por una derrota todavía no conocida. Al final del imperio Humboldt pudo llegar hasta los asientos de las misiones jesuitas del Orinoco. Las novedades que le pidieron se limitaban a averiguar si el rey estaba en Aranjuez o si el turco se mantenía tranquilo. Era una situación casi intemporal. El tiempo parecía tan inabarcable como el espacio.

Este distinto *tempo* del acaecer tuvo su reflejo inevitable en la psicología, en el trato, en las costumbres, en la noción del destino y de la contemporaneidad.

Las gacetas no aparecieron sino muy tardíamente. Las crónicas se referían al pasado remoto, el presente y el pasado inmediato no parecían dignos ni del comentario ni de la escritura. Los más de los libros eran de devoción o de historia religiosa. Las vidas de santos no pertenecían ni al medio, ni al tiempo de la vida de los criollos. El rito religioso era inmutable. Las formas y los usos cambiaban muy lentamente. La etiqueta de los Austria duró hasta muy entrados los Borbones. El rey lejano parecía ser siempre el mismo y, en cierta forma, eterno. Su misma firma: "Yo el rey", era impersonal e intemporal.

No hubo contemporaneidad con Europa. Los grandes sucesos y transformaciones de la vida occidental no se reflejaron sino tardía y limitadamente en América. La reforma luterana no tuvo eco, tan poco significó Lepanto como la pérdida de la Invencible Armada. Algunos aspectos estéticos del Renacimiento, del "manierismo", del barroco, o del gusto de la contrarreforma, perduraron y se mezclaron, sin sucederse.

En no pocos aspectos hubo hasta cierta regresión. No sólo atrasaba el reloj americano con respecto a la hora de España sino que parecía retroceder. La España que llega es la de Garcilaso, de la *Historia de Mariana*, de la novela picaresca y de la poesía épica a la moda de Italia, la de la comedia de Lope de Vega. En América, por contraste, se regresa a la crónica medieval, al romance antiguo, al acto sacramental.

El afrancesamiento borbónico, a partir del siglo XVIII, llega tardíamente y en una forma atenuada. Combates ideológicos tan significativos como el que desemboca en la expulsión y disolución de la Compañía de Jesús, bajo Carlos III, alcanza a las Indias como una inexplicable

arbitrariedad policial. La crisis intelectual que la precedió no tuvo eco en América.

El hecho de que el acaecer llegara como información tardía hacía casi imposible la participación. Donde ocurrían cosas era en la Corte o en la Europa luterana, en una lejanía ajena y en un tiempo que ya fatalmente era pasado.

Esto ayuda a explicar la muy aparente pasividad de la vida criolla. Se vivía con retraso, se estaba siempre en un ayer que podía haber sido sobrepasado en la metrópoli. El pasado y el presente se mezclaban. La misma evolución de la lengua es un buen ejemplo. El castellano de América fue siempre y continúa siendo mucho más arcaico y conservador que el de España. Las innovaciones que se introdujeron en la metrópoli, a partir de los siglos XVII y XVIII, llegaron en poca medida o no llegaron a arraigar. Aún hoy, en el lenguaje hablado de América, se mantienen vivas voces viejas que han desaparecido en España. La instancia más significativa es posiblemente la del rechazo de la segunda persona del plural. En la América Hispana se dice *ustedes* y no *vosotros*. Es decir, se mantiene vivo el *vuestras mercedes* del siglo XVI con todo lo que significa de diferencia en la noción de relación y de distancia. Es, ciertamente, otro tiempo histórico el que sigue vivo en esa tenaz sustitución de la tercera persona del plural por la segunda.

La desaparición del *vosotros* y del *vuestro* del lenguaje viviente establece una distancia entre interlocutores tan grande, para decirlo en los términos de los manuales de gramática, como la que separa a la persona con quien se habla, de la persona de la que se habla. Ese *ustedes* y ese *suyo* establecen una distancia sin transición entre el *tu* de la familiaridad y el *usted* de la reverencia. Los filólogos podrán explicarnos los tiempos y las circunstancias en que esta importante diferenciación tan significativa se introdujo entre el español de España y el de América, pero será sin duda una explicación incompleta. Están presentes en ella aspectos psicológicos y existenciales y formas de situación histórica para los que todavía no tenemos investigación satisfactoria. Hay una situación distinta de la relación entre hombres y de su traducción al lenguaje vivo.

Ese tiempo no es solamente retrasado con respecto al coetáneo de España sino distinto. Es un tiempo histórico compuesto de otras experiencias y de otras presencias. No sólo la de hechos nuevos y distancias nuevas, sino la de formas de relación diferentes. La expresión "*una jornada*" no podía significar lo mismo para el peninsular que para el indiano. En una jornada en la península se iba de un pueblo a otro o se realizaba la faena de un día. En una jornada se iba en las Indias de una soledad a otra soledad, los días y los esfuerzos se podían deshacer en el espacio sin término. Mucho significan en este aspecto las curiosas graduaciones del lenguaje hablado sobre el tiempo. Expresiones como "ahorita mismo", "ahorita", en lugar de ahora, revelan una noción elástica de la marcha del tiempo.

Esta larga desadaptación y readaptación del hombre y del medio que caracterizó a la América colonial fue tan notable que dio pie para todas las peregrinas teorías y explicaciones pseudo-científicas que, sobre todo en el siglo XVIII, utilizaron los europeos para explicar las diferencias de la vida americana y la europea. Se hablaba de un continente que no había madurado todavía, que guardaba con exceso la humedad primigenia, donde la vida animal no alcanzaba su pleno desarrollo. La ausencia de los grandes mamíferos como el hipopótamo o el elefante, la del caballo y las bestias de carga, y la abundancia de sirenios, anfibios, serpientes y lagartos hizo creer en la existencia de un clima donde la vida no lograba madurar. Esto lo dijeron y lo afirmaron seriamente Raynal, De Paw y hasta Buffon. Todavía se puede adivinar un eco de esta visión en el calificativo de "continente del Tercer Día de la Creación" que Keyserling le dio a la América Latina con ocasión de su rápido y superficial viaje.

Los físicos y los metafísicos nos han revelado hoy que no hay estricta contemporaneidad entre dos puntos en la esfera. Los etnógrafos e historiadores culturales también nos han hablado de los retrasos y alteraciones que sufren las culturas en su trasplante a otros medios humanos y geográficos, pero siempre parecieron hacerlo con un criterio pasivo. Era algo que había venido de otra parte y que al trasplantarse había perdido su ritmo vital ordinario. El caso americano es más complejo y rico en contenido. No se trata de conocer la suerte que sufrieron el español y su cultura trasplantados al Nuevo Mundo, sino del complejo y todavía mal conocido proceso de creación del Nuevo Mundo.

Se creó un hecho social e histórico nuevo que introdujo alteraciones y tensiones dentro de los valores y conceptos aportados por el español, el indio y el negro. Una modificación profunda que no sólo se reflejó en las formas externas de vida y sucesos, de alimentos y trato, de ocupación y situación, sino también en una distinta dimensión y sentido del tiempo.

Los marinos de la carabela capitana se turnaban celosamente para no retardarse en voltear la ampolla de la hora. "Buena es la que va, mejor es la que viene", cantaban para dar fe de su vigilancia. Pero, fatalmente, ya no era el tiempo de España el que medían. Era uno nuevo y diferente que se iba formando en el nuevo espacio y la nueva circunstancia.

El hecho cultural básico de la existencia de la América Latina es la confluencia, a partir del siglo XVI, de las tres corrientes de cultura, extrañas entre sí, que allí convergen para iniciar un complejo proceso de interpenetración, mezcla y adaptación. Tres corrientes de distinto volumen, fuerza y extensión. La española, que es la dominante y que establece la lengua, la creencia, el tono, la dirección superior y el modelo, y luego, en grado variable según las horas y los lugares, la india y la negra.

Entre otras muchas cosas, cada una de ellas aportaba un concepto del tiempo, una noción o, como dicen los filósofos, una apercepción del tiempo.

El español del siglo XVI comenzaba a salir del tiempo medieval y a entrar en la concepción linear y finalista del tiempo del Occidente moderno. El indio tenía una sensación cíclica del tiempo, un tiempo ajeno y superpuesto que se repetía tras periódicas catástrofes. El negro, por su parte, como lo reflejan sus lenguas nativas, no tenía una noción clara del futuro y mezclaba las nociones de tiempo y lugar. Un especialista de las culturas africanas (John S. Mbiti, *African Religions and Philosophy*) dice: "El futuro está virtualmente ausente porque los sucesos colocados en él no han tenido lugar, no han sido realizados y por lo tanto no constituyen tiempo".

Se produjo una especie de desfasamiento de las tres culturas con respecto al tiempo. El tiempo que comenzaba a acelerarse y hacerse autónomo en las nuevas condiciones urbanas, mercantiles y monetarias de la España de la hora, regresa en América a un ritmo rural y eclesiástico. Son las cosechas, las labores y las fiestas de iglesia las que lo determinan. Es un tiempo medido por repiques de campanas y no por relojes. Sería curioso investigar cuándo llegan los primeros relojes públicos a las Indias. Para el indio y el negro el desajuste es equivalente o mayor. La sucesión de los días y las tareas, impuestos por el español, van a alterar sus viejos hábitos sociales y mentales.

Es a partir de esa confluencia y encuentro de culturas que comienza a formarse ese tiempo distinto de América, que tampoco llega a ser igual en toda ella y que podría marcar diferencias apreciables en la medida en que, localmente, predomina una u otra de las culturas.

Esta misma peculiaridad aparece en la memoria del pasado. Son tres pasados los que se mezclan. El Inca Garcilaso nos cuenta cómo en su casa del Cuzco vivía en medio de las dos memorias y las dos cronologías diferentes. Cómo pasaba de oír la Historia Sagrada y la crónica de los reyes de Castilla, en las habitaciones de su padre, el capitán Garcilaso, a oír el recuento de la dinastía de los Incas, sus creencias y sus costumbres, en quéchua, en el ala de la casa que ocupaba su madre, la ñusta Isabel. Dos versiones distintas del tiempo y del pasado se mezclaron en su mente y en su sensibilidad. No menos poderosa fue la influencia del negro. En gran parte de la América, durante el período colonial, las ayas de los niños criollos fueron esclavas negras. Eran analfabetas y conocían sólo superficialmente la cultura de sus amos, en cambio, guardaban vivo en cantos, ritmos, consejas y voces su viva herencia oral africana. Hubo una extensa y poderosa pedagogía negra, que debió transmitir a la conciencia criolla muchos de sus valores mágicos.

De este modo la herencia viva de los tres pasados llegaba a superponerse. Con la oración castellana se aprendía el conjuro negro. Tres historias vivas estaban presentes en las tres culturas, pero que forzosamente, al mezclarse, el resultado no correspondía exactamente a ninguna de las tres. Por herencia y escuela se recibía el poderoso legado de la Edad Media europea, pero se estaba en presencia de la realidad indígena y del testimonio del negro. Con los ángeles de la iglesia entraban los demonios africanos y los semidioses indígenas.

No es la menor de las características del hispanoamericano esta presencia contradictoria de lealtades opuestas. Los mexicanos recibían la historia de Carlos V, la de la Conquista de Granada, o el romancero del Cid, pero al mismo tiempo sentían como herencia viva la tragedia de Cuauhtémoc. El conquistador, el indio y el negro siguen combatiendo en el alma del criollo.

Los primeros misioneros tropezaron pronto con la dificultad insuperable de traducir los textos cristianos del español a las lenguas indígenas. Fue literalmente una tarea imposible. No correspondían las voces de una cultura americana a los conceptos de una religión judaico-mediterránea. Nociones como la de la Encarnación, la Trinidad, la Eucaristía, el suplicio de Cristo, no sólo no hallaban equivalente lingüístico sino tampoco cuadro conceptual equivalente. El caso del negro no fue distinto, sólo que no hubo problema de traducción, se le impuso externamente un vocabulario y una creencia.

Hubo un tiempo de Indias y, en buena parte, sigue habiendo un tiempo americano distinto del de Europa. Es fácil advertir esto en las grandes figuras culturales del mundo latinoamericano. ¿A qué época pertenece un hombre como Andrés Bello? Es un neoclásico o es un romántico, o es una mezcla de ambos y algo más. El mismo, anacrónicamente o americanamente, se creía llamado a resucitar la empresa de Virgilio. El caso de Sarmiento no es diferente. No encaja en ninguna de las clasificaciones o tendencias europeas de su tiempo y un libro como *Facundo* resulta incalificable a la luz de las preceptivas de su tiempo.

Rubén Darío es el ejemplo perfecto de este fenómeno de tiempos y sensibilidades mezclados y distintos. Simultáneamente se sentía español, indio, hombre del siglo XVIII francés, y "muy antiguo y muy moderno y audaz cosmopolita". Para un profesor francés de literatura estaba literalmente fuera del tiempo, de todo tiempo, porque en rigor no pertenecía a ninguno específicamente. Era un producto y un ejemplo insigne del tiempo americano.

América resulta así un caso extraordinario de diacronía viviente. Convergen y se mezclan en ella, desde el siglo XVI, tres distintos y ricos tiempos, tres tradiciones, tres historias, tres mentalidades.

El tiempo americano, producto de la mezcla y del desfasamiento histórico y espacial, no comienza sino a partir de la Conquista. Es un drama que no se inicia sino cuando se reúnen los tres protagonistas. Antes de esa hora las tres historias discurren separadas y distantes, por cauces diferentes.

Cuando se produce el difícil y dramático encuentro, en el nuevo escenario, comienza el tiempo del Nuevo Mundo.

Fantasmas de dos mundos. Ed. cit., pp. 221-234.

SOMOS HISPANOAMERICANOS

La lengua inglesa dispone de un adjetivo que, a pesar de estar tomado del latín, no tiene exacta equivalencia en español. De una obra que suscita reflexiones, ecos y repercusiones en el lector y lo estimula a lanzarse a búsquedas y consideraciones opuestas o complementarias se dice que es *provocative*. De este tipo resulta inevitablemente, para el lector hispanoamericano, el rico y concentrado artículo que Octavio Paz publicó hace algún tiempo, en el Suplemento Literario del *Times* de Londres, bajo el significativo título de "Una literatura sin crítica" y en el que pasa en rápida y penetrante revista al mundo de la América Latina, su situación y su literatura.

Octavio Paz no sólo es uno de los mayores poetas vivientes de lengua castellana sino que también, y acaso de un modo complementario e inevitable, ha sido llevado por su sentimiento dramático y universal de la cultura y por su variada erudición histórica y literaria, a convertirse en un penetrante analista de los más oscuros fenómenos del arte y la conciencia colectiva de nuestra época.

Paz reconoce que la literatura latinoamericana forma parte de la literatura occidental, aunque de una manera peculiar y hasta marginal e incompleta. En los dos extremos del espacio literario occidental han surgido las literaturas eslavas y americanas. Estas últimas divididas en inglesa, portuguesa y española. La rusa y la americana se hicieron universales. La americana de lengua española, después de ser apenas una débil rama de la literatura española hasta el siglo XIX (débil rama de una literatura que ya era débil dentro del contexto de la expresión literaria occidental) nace finalmente, al final de ese siglo, con el modernismo engendrado por el simbolismo francés y, en la segunda mitad del actual, alcanza un reconocimiento universal gracias a la obra de sus poetas y novelistas.

Nadie niega su existencia hoy, pero con ciertas características peculiares. Es rica y original en poesía y en prosa narrativa pero desproporcionadamente pobre en teatro y en obras críticas de carácter literario, filosófico o moral.

Esta falta de un pensamiento crítico importante, lleva a Paz a preguntarse con angustia si la actual literatura hispanoamericana, a pesar de su originalidad "real o aparente", es "realmente moderna". El fondo de su pensamiento se aclara cuando afirma, como un postulado, que sin pensamiento crítico no hay literatura moderna.

Al llegar a este punto el concepto de Paz sobrepasa abiertamente el campo de la literatura. Ya no se refiere específicamente a la crítica literaria, que reconoce que ha existido y que existe de un modo digno de mención en nuestras letras, por lo menos desde Bello hasta Rodó y desde Henríquez Ureña hasta Alfonso Reyes. No se puede negar la existencia de una rica y variada crítica literaria en la América Latina. El crítico francés Albert Thibaudet pensaba que la crítica literaria, tal como la conocemos hoy, es en realidad un producto del siglo XIX. Antes pudo haber críticos pero no había crítica. Todos los movimientos y tendencias críticas de Europa han repercutido entre nosotros desde la histórica y temática, hasta la marxista, la estructural y la semiológica. Barthes y su radical pelotón han invadido las escuelas de letras de las universidades latinoamericanas. Lo que Paz señala, más allá de la crítica literaria es la ausencia de un pensamiento crítico comprensivo nuevo y penetrante que pueda constituir la base o la justificación de un "movimiento intelectual original". Nada equivalente a lo que representaron los Schlegel en Alemania al comienzo del romanticismo o el grupo de Coleridge en Inglaterra o Mallarmé y sus seguidores en el gran momento de cambiar el lenguaje de la poesía.

El concepto de Paz se amplía y se aclara al extender su panorama hacia los antecedentes de la cultura española. Piensa que no ha habido pensamiento crítico en nuestra lengua. No hemos tenido un movimiento intelectual propio y original. No tuvimos siglo XVIII. Por eso mismo constituimos "una porción excéntrica de Occidente". No tuvimos Ilustración, tampoco tuvimos revolución burguesa, ni industrial, ni Romanticismo. "Bailamos fuera de compás."

Buscando las causas de la diferencia de la América Latina con el modelo europeo Octavio Paz señala la época de la Independencia como la de nuestro acceso a la Edad Moderna y observa un hecho cierto, que caracteriza a aquel proceso como una ruptura brusca. "Nuestro comienzo fue negación, ruptura, desintegración." "Nuestra revolución fue un acto de autoengaño, tanto como de autodestrucción." Paz se refiere a la falta de raíz y al fracaso de las instituciones republicanas que de una manera adventicia los hombres de 1810 impusieron por fe ideológica sobre una realidad histórica que las negaba. Evidentemente, ni entonces ni ahora podíamos comportarnos como los anglosajones del Norte de América ante las instituciones anglosajonas que poco tenían que ver con nuestra realidad y nuestra tradición. A la hora de la Independencia no había ninguna institución propia que pudiera ser mantenida en la América Latina. Todo el mecanismo político y administrativo del Imperio Español se manejaba desde fuera y no reposaba sobre ningún mecanismo

interior de representación, de renovación o de consulta. Era el caso exactamente contrario al de los Estados Unidos. Lo que hicieron los próceres de la Independencia fue proceder a la española. De una manera quijotesca y casi mágica dejaron de lado la realidad para crear de la nada las más perfectas instituciones políticas que había imaginado la ideología racionalista. No hubo ninguna coherencia entre instituciones y realidad cultural y social. El resultado fue el fracaso de las Repúblicas de la primera hora y el surgimiento de la única institución autóctona que la América Latina ha producido en su agitada historia: "el caudillismo rural". Era una actitud semejante y correspondiente a la de los españoles afrancesados del tiempo de la Ilustración y su caso podría definirse con las mismas palabras que Américo Castro dedica a aquellas minorías casi iluminadas, casi místicas, casi mágicas. "Lo utópico y a la vez trágico del afán de aquellos hombres consistía en querer prescindir de lo que España realmente era para en aquel vacío fraguar otro país con otros supuestos, con distinta sensibilidad. Querer ser lo que no se es, como no se es." Ese "intento de desvivir la propia historia" es el fondo del trágico equívoco de la historia política de la América Latina.

Esta visión del mundo hispánico no es nueva. La han sostenido y repetido muchos observadores y estudiosos, particularmente alemanes, franceses e ingleses. Se ha hablado repetidas veces de España como la tierra sin Renacimiento y también sin siglo XVIII. Cada vez que se hace una de estas afirmaciones se lleva, implícitamente, un modelo en mente.

Cuando se dice que España no tuvo Renacimiento la afirmación es el resultado de una comparación tácita con un modelo de otra región. Podría decirse, y es evidente, que España no tuvo Renacimiento a la italiana o a la inglesa. La Edad Media duró en ella más y se transformó más lentamente. No hubo crisis de conciencia, religiosa, moral o racional, como en los países del Norte. La penetración de Erasmo fue grande, como lo ha demostrado Marcel Bataillon, pero fue contrarrestada y detenida. La semilla de donde salieron Vives y los Valdés no logró cuajar. En cambio, en la gran empresa renacentista de renovar la visión del mundo y crear una nueva dimensión del paisaje humano, el papel de los españoles fue fundamental. La creación, o la invención del Nuevo Mundo, que va a transformar toda la mentalidad europea y a iniciar la Edad Moderna es una empresa hispánica.

Tampoco tuvo España siglo XVIII a la francesa, o a la inglesa. No es que se ignorara la Ilustración. Abundantemente penetraron sus modelos con el advenimiento de los Borbones, pero siempre se sintió como cosa ajena y hasta extraña. La misma palabra "afrancesamiento", con que se la designó, revela este sentimiento de alteridad.

Lo que habría que preguntarse es por qué en España no logra arraigar el movimiento de ideas que con tanto tesón representaron Feijoo, Moratín, Luzán o Jovellanos. Hubo siempre una resistencia natural hacía el racionalismo, un nunca vencido motín de Esquilache que se resistía a la conversión.

Hay un hecho curioso que merecería más estudio y reflexión porque es profundamente revelador. El concepto que sirve de base y de inspiración al pensamiento revolucionario en Occidente es el que deriva de la visión del buen salvaje y que halla su expresión formal en la *Utopía* de Tomás Moro. El mito utópico, que va a desatar todo el inmenso y no acabado proceso de la revolución en Occidente, nace de una imagen del descubrimiento de América. Es la carta de Colón de 1493, que se difunde rápidamente, y luego las publicaciones de los italianos venidos a España: Vespucci y Pedro Mártir de Anglería, los que crean la visión de un estado natural de felicidad en los salvajes americanos. El mito del buen salvaje está en la base de las visiones críticas y utópicas de la sociedad europea, que van desde Moro, Erasmo, Montaigne y Bacon hasta Rousseau y los enciclopedistas franceses, los autores de la declaración de los derechos del hombre y la revolución igualitaria de los socialistas, a partir de Saint-Simon y de Marx. Este pensamiento no penetra en España sino tardíamente y por influencia francesa e inglesa. Esta reveladora peculiaridad debe estar influida por el hecho singular de que eran precisamente los españoles los que tenían más directamente conocimiento del indio americano y que sobre él poseían una experiencia real que no podía ser sustituida por imágenes literarias. Después de la carta de Colón el testimonio de los conquistadores españoles fue profundamente negativo sobre el indio americano. Llegaron hasta dudar de que fueran seres racionales y se requirió la Bula de Paulo III para afirmar que se trataba de hombres. El cronista Oviedo refleja esta imagen que nada tiene en común con la del "buen salvaje" de los franceses. Para combatir esta idea arraigada y repetida de la "bestialidad" de los indios y de su incapacidad para asimilarse a la cultura española, con todas las consecuencias de maltratos e injusticia que tenía que ocasionar, se alzó precisamente la voz de Las Casas y de Vitoria.

La visión del "buen salvaje" fue extranjera, en el más literal sentido para España, y sólo llegó en el bagaje de las nociones de la Ilustración. Toda una experiencia existencial la negaba. Esto llega hasta el significativo extremo de que el obispo Zumárraga de México y el fraile Vasco de Quiroga, lectores convencidos de la *Utopía* de Moro, cuando se proponen llevar a la práctica las ideas del libro, lo ensayan como la realización de un modelo intelectual elaborado por un europeo y no como la preservación y mantenimiento de una sociedad real hallada en tierra americana. El caso de las "reducciones" de los jesuitas en el Paraguay fue similar. No se trató nunca de aislar y de conservar una sociedad existente entre los nativos, sino de crear, por medio de la coerción y la disciplina impuestas desde arriba, una sociedad ideal tomada de una ideología europea.

Cuando en su heroica y tenaz lucha por la justicia Fray Bartolomé de las Casas propone a la corona suprimir la institución de la Encomienda, que no era sino una forma del reconocimiento de que el indio no podía manejarse por sí solo, entre quienes se oponen aparecen no sólo conquistadores y hombres de presa sino seres tan venerables y justicieros

como el fraile Motolinía, el "fray pobreza" de los indios, y el propio Vasco de Quiroga. Los hospitales-pueblos, inspirados en la *Utopía* de Moro, no consistían en devolver su libertad al indio para que restableciera sus formas sociales precolombinas sino en la creación de un orden estricto y artificial que debía corresponder a un modelo ideal de justicia. Podríase, con alguna simplificación pero sin gran desacato a la verdad, decir que la concepción utópica, de la que nace el pensamiento revolucionario moderno y que es una consecuencia de la visión del "buen salvaje", no surge en España sino que llega tardíamente como afrancesamiento, porque los españoles tenían del indio una experiencia secular que no les daba base para una concepción utópica y literaria.

La peculiaridad de la situación española dentro de Occidente se revela en esta reiterada divergencia de España con los modelos de la Europa del Norte. Es lo que Américo Castro llama "la manera española de existir" y que, según él, "fue el resultado del entrelace de los cristianos, los moros y los judíos en la Península Ibérica desde el siglo VIII hasta fines del XV". Añade más aún el gran investigador y revelador de las peculiaridades de la cultura hispánica cuando afirma que "el orgullo, los prejuicios y un confuso sentido de los valores impiden reconocer que los españoles no fueron un pueblo completamente occidental".

No es sólo el racionalismo y el *criticismo* del pensamiento del Norte el que llega a España tardío y foráneo, como llegan sus correlatos y consecuencias, el capitalismo financiero y la revolución industrial.

Tampoco el romanticismo español corresponde al de Alemania, Inglaterra o Francia. Careció, por circunstancias propias, del aspecto de revuelta contra el rígido modelo neoclásico que había predominado desde el siglo XVII. Cuando los románticos alemanes se lanzan a luchar contra los modelos y la preceptiva neoclásica encuentran, precisamente, en la comedia española del Siglo de Oro una fuente inagotable de inspiración. Calderón, Lope y Tirso se convierten en grandes precursores del romanticismo europeo. El héroe romántico por excelencia, Don Juan, está tomado de la literatura española. La vieja comedia española, apasionada, violenta, popular y sin respeto por las unidades neoclásicas, nunca había desaparecido de España. Moratín y los afrancesados del siglo XVIII llegaron a juzgar necesario que se las prohibiera por disposición del Gobierno. No tenían los españoles neoclasicismo contra el cual lanzarse en la violenta rebelión de sus contemporáneos alemanes o ingleses. Tampoco tenían un pasado muerto que revivir. El romanticismo español careció de estos fundamentales aspectos y fue tan sólo una tardía y superficial imitación de modelos extranjeros traídos por los emigrados políticos de principios del siglo XIX.

Esta situación no podía ser diferente en la América Latina, tan estrechamente vinculada con la metrópoli. Andrés Bello recordaba que en su adolescencia, en la Caracas de 1800, compraba en ediciones baratas las comedias del Siglo de Oro español.

La realidad es que la América Latina es culturalmente, como lo dice Paz, un "polo de Occidente", evidentemente "excéntrico" en el sentido en que no corresponde exactamente con el movimiento y las características de un centro o modelo determinado.

La peculiaridad española dentro de Occidente se mantiene y complica en la América Latina por otros y poderosos ingredientes históricos y geográficos. Estamos más lejos, habitamos otro espacio y muy posiblemente otro tiempo histórico y somos, y lo hemos sido por mucho tiempo, uno de los escenarios más activos en el planeta del encuentro de culturas y de mestizaje cultural. En este sentido podemos ostentar una marcada peculiaridad con respecto al Occidente europeo. Para encontrar el equivalente de un hombre como el Inca Garcilaso o como Rubén Darío, grandes mestizos culturales, tendríamos que remontarnos en Europa a los comienzos de la Edad Media, como también para hallar el equivalente de la arquitectura barroca americana.

En este sentido de peculiaridad el mundo hispánico coincide, en muchos aspectos, con el mundo eslavo, igualmente excéntrico por referencia a los modelos ingleses o franceses.

No es Rusia tampoco un país genuinamente occidental, sino un escenario de mezcla y de encuentro. Tampoco tuvo Renacimiento a la italiana o a la inglesa, ni siglo XVIII a la francesa. Las cosas ocurrieron allí a la rusa, y es ésa su riqueza. Podría también decirse de ellos que no tuvieron un gran pensamiento crítico original ni crearon un movimiento intelectual propio. El gran proceso creador de la literatura rusa, el que pasa por Puschkin, Gogol, Tolstoi, Dostoievski y Chejov, no corresponde a nada europeo, ni al romanticismo alemán, ni al realismo francés. Habría que recordar la impresión de extrañeza y hasta de barbarie que hizo la literatura rusa cuando comenzó a ser traducida, en la segunda mitad del siglo XIX, en Occidente. El traductor francés de *Vogue* se creyó obligado a suprimir y dulcificar muchas partes de aquellos extraños libros que podían repugnar u ofender al gusto francés.

Tampoco hubo, junto a esa poderosa y original literatura, un movimiento crítico importante u original. Bastaría recordar que, tan tarde como en 1825, Pushkin deploraba que Rusia no tuviera un solo libro de crítica. La visión mística y apocalíptica del mundo siguió siendo poderosa y el arraigo hacia el eslavismo oponía resistencias y deformaciones a la occidentalización. Hasta las doctrinas científicas traídas de Occidente revistieron otro significado y carácter. Berdiáiev habla de lo que llama el aspecto religioso de las teorías científicas en Rusia.

Esa peculiaridad rusa, que es el reflejo del rico y contrastado encuentro de lo occidental, con lo eslavo, con lo bizantino y con lo asiático, no se expresó en ningún nuevo sistema de pensamiento sino en la originalidad extraordinaria de la literatura rusa que sorprendió a Europa. Fue por medio de su creación literaria que el mundo ruso halló su expresión propia, la de su peculiaridad inconfundible.

El caso de la América Latina no difiere mucho. También somos una zona de encuentro de culturas y de tiempos históricos. La tan caracterizada y peculiar manera de la cultura occidental que se desarrolló en España durante la Edad Media fue la que llegó al nuevo continente para entrar en estrecho, nuevo y poderoso contacto con las civilizaciones indígenas, con el testimonio viviente de las culturas negras llevadas por los esclavos africanos y para crear un hecho cultural y social nuevo dentro de aquella extremidad de Occidente. Esa originalidad de situación es la que se ha revelado, igualmente, en la presencia de la literatura hispanoamericana, como un fenómeno nuevo y diferente, en el ámbito de las grandes lenguas occidentales

Cierto es que la América Latina no ha creado una filosofía o un pensamiento original. La creación de pensamiento original ha sido por lo demás escasa en el mundo. Con la herencia de Aristóteles y de los griegos vivió Occidente por mil quinientos años Santo Tomás es uno de sus hijos más tardíos. Hay que esperar a Descartes y a Spinoza para tener una nueva concepción que, a su vez, va a durar en sus derivaciones directas hasta el siglo XVIII. Es en el siglo XIX cuando se producen las grandes rupturas y éstas brotan muy localizadamente en reducidos invernaderos especializados de los grandes centros de cultura de algunas universidades alemanas, francesas e inglesas. Eran el producto de una convergencia, decantación y concentración de pensamiento en laboratorios de especulación muy sensibles. Sin embargo, en todo el tiempo que va desde Hegel hasta nosotros apenas ha producido Occidente tres o cuatro nuevas vías filosóficas. La rebelión vital de Kierkegaard, la herejía de Marx, la ruptura de Nietzsche, y la fenomenología de Husserl. Valdría la pena preguntarse si la actitud mental, las condiciones y las facilidades para producir esas nuevas concepciones llegaron a estar circunscritas a esos recintos de pensamiento supersaturados que se dieron en unas determinadas disciplinas, en unos determinados lugares y en alguna determinada lengua, cuya estructura y sentido semántico la hacía particularmente apta para expresar la oscuridad metafísica y ontológica.

Todo ese pensamiento, en una u otra forma, llega a la América Latina. Mejor dicho llega en una forma peculiar, determinada por las características del hecho hispanoamericano. Llega adaptado y trasladado a otro tiempo histórico, a otra circunstancia humana y también a otro lenguaje. Adquiere lo que, utilizando la frase de Berdiáiev, podríamos llamar "el aspecto hispanoamericano de las doctrinas científicas". En esto también el poderoso fenómeno del mestizaje influye. El racionalismo que penetra en la América Latina no es el mismo que se propaga en Francia e Inglaterra en el siglo XVIII Cambia de tono, de significación y hasta de contenido. Habría que estudiar más a fondo este significativo hecho de la modificación del pensamiento al cambiar de medio cultural. El racionalismo que toman los hispanoamericanos se mezcla y se tiñe con los rezagos de la escolástica, que ha quedado de una tradición

de tres siglos, y se mezcla con el sentimiento romántico, que llega casi junto con él. Valdría la pena estudiar la suerte del concepto de razón en el mundo de "la gana" Ese racionalismo a la hispanoamericana se convierte en una actitud crítica y agresiva contra el viejo orden. Va a constituir el fermento de donde brotarán las ideas de la época de la Independencia. Esa mezcla es visible en un hombre tan local como Fernández de Lizardi y aparece igualmente en la expresión de hombres de visión más universal como Bolívar y Bello.

A mero título de ejemplo de esta condición peculiar de mestizaje podríamos citar el caso revelador de Fray Servando Teresa de Mier. El inquieto fraile mexicano va a recibir con entusiasmo las ideas de la Ilustración, pero las va a mezclar con la más extraordinaria combinación de factores históricos y míticos. Va a sostener que el cristianismo llegó a América traído por el apóstol Santo Tomás y que el recuerdo prodigioso de esa milagrosa visita se transformó en el mito de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada. Semejante mezcla de tiempos y de creencias no se daba en la mente de un monje medieval sino en la de un inquieto buscador de verdades que se creía un hijo de la Ilustración.

El caso no fue diferente, más tarde, con la tardía llegada del positivismo. El positivismo a la hispanoamericana, que tanta influencia iba a tener en la segunda mitad del siglo XIX en todo el continente, tiene poco que ver con la concepción de Comte, de Taine o de Spencer. En Hispanoamérica se convierte en un arma de lucha contra los liberales.

El caso posterior del marxismo es parecido. El marxismo, con su inherente necesidad de convertirse en política activa, se mestiza, se hace religioso y llega a adquirir formas irreconocibles. El edificio que levantó Marx en la Europa protoindustrial del siglo XIX, que Lenin y Stalin rusificaron, sufre alteraciones, añadidos y adaptaciones tan grandes como las que la arquitectura europea experimentó al trasladarse a las altas mesetas y a las muchedumbres mestizas de los Andes y de México.

Si no ha habido la creación en escala universal de una corriente original de pensamiento, que no hubiera podido ocurrir sino de un modo antihistórico y casi milagroso, ha existido, en cambio, la continua y activa presencia de una mentalidad crítica y reformista. La rebelión y el rechazo son actitudes constantes hispanoamericanas.

No sólo ha habido una larga tradición muy apreciable de crítica literaria desde el siglo XIX hasta nuestros días, el propio Octavio Paz es un destacado representante de ella, sino que, además, casi todo el pensamiento latinoamericano ha sido cuestionante, crítico y reformista en todas sus manifestaciones. El filósofo español José Gaos señalaba como su característica mayor que era un "pensamiento de educadores de sus pueblos". La novela hispanoamericana, desde José Mármol hasta García Márquez, sin olvidar los grandes ciclos indigenistas y de la Revolución Mexicana, es una novela de protesta y de lucha contra el orden recibido. La actitud del pensamiento es similar. Desde Bello y Sarmiento se prosigue la larga y brillante lista que incluye a Hostos, a Martí, a Justo

Sierra, a Ingenieros, a Montalvo, a Rodó, a Mariátegui. Es una continua y generalizada actitud de insurgencia. Se quiere, en alguna forma efectiva e inmediata, cambiar o reformar el presente. Para ello se invocan principios o doctrinas, recientes o viejas, venidas de fuera, pero se las mezcla con la mitología local y la realidad existencial.

Casi podría decirse, y es revelador, que más que un pensamiento crítico al estilo de Europa es una predicación misionera. La actitud de llevar una verdad de salvación que hay que propagar. Verdad que también sufre tantas alteraciones y adaptaciones como la sufrió la evangelización cristiana que practicaron los primeros misioneros españoles en la tierra americana. Hay también un mestizaje de la ideología, que no se diferencia del que se manifestó coetáneamente en la literatura y, además, casi por los mismos hombres. La distinción entre el hombre de pensamiento y el hombre de acción se hizo tenue. La mayor parte de los pensadores de la América Latina fueron, en una u otra forma, insurgentes. Más que en el libro su prédica se hizo en el periódico y en el panfleto, como guías o como sostenedores de la insurrección y el cambio contra el orden establecido. La dualidad es visible en los casos más insignes. En Bolívar es indistinguible el pensamiento de la acción. El mensaje de Angostura es el programa de su lucha militar y política. El caso es dramáticamente conmovedor en Martí, aquel ser de ideas, convicciones morales e intelectuales y poesía, que pasa, casi sin transición, de la prédica a la lucha armada. No puede entenderse a Sarmiento sino a la luz de esa condición tan característica. No es un Fichte que escribe discursos a la nación argentina. No es tampoco un divulgador fiel de ideas europeas. Es un hombre que conoce a fondo la condición argentina de su tiempo y que se siente inconteniblemente movido a cambiarla. Es en el mejor sentido y *avant la lettre* un militante y un escritor *engagé*. Si quisiéramos proseguirla y traerla hasta nuestros días la lista sería tan larga como la de los escritores hispanoamericanos. En grado variable, pero siempre presente esa condición de pensamiento para la acción está en todos: poetas, novelistas y ensayistas. Cuando García Moreno cae, Montalvo exclama con sincero y romántico alarde: "Lo mató mi pluma". En Bello es evidente la presencia de un programa de transformación social y cultural que aparece en sus grandes odas americanas. El caso de Neruda es demasiado reciente para tener que recordarlo.

No se creó una ideología nueva o una escuela de pensamiento en la América Latina, pero ha habido una calidad, un matiz y una manera hispanoamericana de tomar y adaptar las grandes corrientes del pensamiento de Occidente, no como cosa extraña y hasta exótica, sino como parte de la herencia histórica y para incorporarla dándole un color y hasta un contenido criollos. El liberalismo hispanoamericano está lejos de ser una mera reproducción del liberalismo europeo. Estanislao Rondón, uno de los agitadores liberales de la Venezuela del siglo XIX podía lanzar este grito que hubiera sido inconcebible en la boca de un europeo liberal del 30 o del 48: "La Federación es santa, celestial, divina".

Es tal vez necesario no sólo que hagamos con criterio histórico y social el estudio del destino y caracterización de las ideologías o del mestizaje ideológico en la América Latina, sino también que estudiemos la peculiaridad que reviste el movimiento del pensamiento entre nosotros. No podríamos tener, y sería totalmente antihistórico que la esperáramos, la posibilidad de una creación kantiana, hegeliana o marxista entre nosotros, pero en cambio ha habido y merece ser mejor conocida y comprendida la peculiaridad latinoamericana del pensamiento de Occidente que se ha manifestado, como lo hizo entre los rusos, más original y poderosamente en la literatura de creación, en la novela o en la poesía, que en la elucubración filosófica o crítica.

Es en este sentido revelador el estudio del movimiento modernista que agita y transforma las letras de la América Latina entre 1880 y 1914. Hasta dónde en la poesía de Rubén Darío hay presencia y mezcla de elementos del simbolismo francés, del romanticismo español, de la poesía popular tradicional de Nicaragua, de ecos rítmicos de Edgar Poe y del romancero español. Sería un verdadero rompecabezas para un profesor de literatura europeo colocar dentro de sus clasificaciones usuales a ese extraño pájaro tropical que era Darío.

No puede entenderse y no tiene otra significación más verdadera la literatura hispanoamericana que la de ser la más valedera y profunda manifestación de la crisis de conciencia que caracteriza al hispanoamericano. Situado en una de las fronteras espirituales, culturales y geográficas de Occidente, en presencia de un nuevo escenario, de una nueva relación del hombre con el espacio y casi con el tiempo, distintas de las que la literatura y el pensamiento europeos han expresado a lo largo de los siglos, en la confluencia pugnaz y creadora de tres culturas y de varios tiempos históricos, el hispanoamericano, en grado variable y con matices que distinguen al hombre de las mesetas altas, del de las Antillas o del de estuario del Plata, al heredero de la colonización española al de la portuguesa, ha sido y es, básicamente, un hombre en no resuelta crisis de identidad.

La historia del pensamiento hispanoamericano es la historia de esa búsqueda. Pedro Henríquez Ureña hablaba de la "busca de nuestra expresión". Es cierto pero incompleto. No buscaríamos una expresión si no tuviéramos que partir de la convicción o de la intuición de que no somos ni podemos ser exactamente europeos. Lo que nos caracteriza es la mezcla de culturas y de pasados y nuestro esfuerzo inconsciente se ha propuesto no sólo buscar un equilibrio difícil entre ellos sino averiguar finalmente lo que somos. Al *Quijote* y a la *Celestina* no podremos nunca sentirlos nuestros en la forma en que los siente un castellano, porque simultáneamente el drama del Inca Garcilaso y el folklore negro también son nuestros, en una forma en que no los puede sentir un castellano, pero que tampoco es la del africano o la del indio precolombino. Nuestra manera de leer a Bernal Díaz no puede ser nunca la de un español.

La cuestión verdadera no consiste en preguntarse si la literatura de la América Latina es o no moderna, lo cual implica una comparación con un modelo más o menos arbitrario y ajeno, constituido generalmente por la última literatura que hacen en Londres, en París o en Nueva York, sino la de preguntarnos si es o no hispanoamericana, si expresa o no la peculiar y única circunstancia del hombre hispanoamericano y su situación histórica y cultural.

Si la narrativa hispanoamericana ha alcanzado en los años recientes tanto aplauso en el mundo occidental se debe, precisamente, no a que sea moderna en el sentido del *nouveau roman* francés o de cualquiera otra experiencia de los grandes centros, sino a que presenta la poderosa originalidad de una situación que no se puede equiparar a ninguna otra.

Somos y no podemos ser otra cosa que hispanoamericanos. Aun en los momentos en que nuestros grandes artistas han pretendido o creído ser otra cosa, como en el momento del "modernismo" o en el de la novela social, lo que hizo su valor propio y les dio individualidad y carácter fue lo que tenían de hispanoamericanos. La distancia que va de Rubén Darío a Verlaine o de Pablo Neruda a Aragón no es sino la distancia de esta diferencia de condición y de situación.

Somos hispanoamericanos y es esto y no otra cosa lo que nos da dignidad, valor y presencia ante el mundo.

Fantasmas de dos mundos. Ed. cit., pp. 235-254.

EL PETROLEO EN VENEZUELA (*)

CUANDO hayan desaparecido las generaciones presentes y otras remotas y distintas las hayan sucedido en el modificado escenario de este país, es posible que, al contemplar en su conjunto el panorama de nuestra historia, lleguen a considerar que uno de los hechos más importantes y decisivos de ella, si no acaso el más importante y decisivo, es el hecho geológico de que en su subsuelo se había formado petróleo en inmensas cantidades.

El petróleo durmió ignorado en el seno de la tierra venezolana por millares de años de edades geológicas y por varias centurias de historia.

Mientras sobre la superficie del suelo pasaban las migraciones indígenas, mientras los conquistadores se lanzaban a la desesperada empresa de hallar El Dorado, mientras se fundaban pueblos, se introducían cultivos, se leían libros, se discutían ideas, se encendían guerras y revueltas, se gritaban "vivas" y "mueras", nacían y morían hombres, surgían y caían caudillos, se hablaba de progreso y de atraso, el petróleo estaba dormido en el seno de la tierra como una promesa o como una amenaza. Se conocían algunos rezumaderos naturales que lo hacían aflorar a la superficie en ciertos lugares. Los indios del Lago de Maracaibo lo llamaban "mene" y lo usaban las tripulaciones de los viejos veleros para calafatear sus cascos antes de lanzarse a la aventura del mar.

Aquel aceite negro y mal oliente no parecía servir para mucho, fuera de su utilidad para las embarcaciones y para alimentar por la noche la luz de alguna solitaria lámpara.

Pero en la segunda mitad del siglo XIX ocurren grandes transformaciones técnicas y económicas en el mundo. El petróleo halla, en rápida sucesión de hallazgos, otros empleos distintos del de combustible para lámparas. Se inventan los motores de explosión. La tracción de sangre desaparece. Los trenes y los barcos empiezan a moverse con máquinas

* Discurso de Incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela. Caracas, 1955.

Diesel. Viene la Primera Guerra Mundial que, según la frase de un político inglés, se ganó "sobre una ola de petróleo". Las vías aéreas ofrecen al hombre un mundo más asequible y más a la medida de su tamaño y de su tiempo. La Segunda Guerra Mundial se lucha con petróleo en el aire, en el mar y en la tierra. En un proceso de cien años el petróleo se ha convertido, acaso, en la materia prima más importante para el hombre.

Esta gran transformación, que es una de las más profundas y determinantes del largo período de crisis de crecimiento y de reajuste por el que ha venido atravesando la humanidad desde hace medio siglo, tiene su dramático reflejo en Venezuela. El petróleo que dormía ignorado en la tierra de aquel país atrasado, dividido y pintoresco, poblado de gentes anacrónicas, que vivía de espaldas a las grandes transformaciones del mundo, entregado a una economía de hacienda y mano esclava y a una política de guerrilleros y de rábulas, va a revelar de pronto su desproporcionada presencia.

La circunstancial y limitada explotación y refinación que a partir de 1878 hizo, en tierras de Rubio, la Compañía Petrolera del Táchira, es un valiente y pintoresco episodio, pero que no puede citarse como un antecedente válido del desarrollo del petróleo venezolano.

Desde 1904, bajo las previsiones de las antiguas leyes mineras, se había comenzado a otorgar concesiones para la extracción de aquella especie de brea. Los conocimientos geológicos, y hasta los geográficos, eran escasos. No había siquiera un mapa fidedigno de la región del Lago de Maracaibo. Eran soledades anegadizas, cubiertas de áspera vegetación, donde el paludismo endémico diezmaba a los contados pobladores.

El primer pozo exploratorio comenzó a producir en 1914. En 1917 se hizo la primera exportación. En 1922 en el campo de La Rosa, en la parte oriental del lago, el pozo "Los Barrosos Nº 2", de la Venezuela Oil Concesions Ltd. saltó violentamente en un inmenso chorro de aceite negro que estuvo fluyendo incontrolado a razón de cien mil barriles diarios.

Este espectacular suceso anunció a Venezuela y al mundo la presencia de la riqueza petrolera. Más alto que las torres y por encima de los árboles, el poderoso chorro estaba de pie como un gigante, sacudido de acometiva fuerza, dispuesto a comenzar su camino en la historia. La Venezuela de 1922 no se dio cuenta de la completa significación de aquel suceso. Los periódicos del 22 de diciembre lo comentaron de una manera superficial. Más importancia parecía tener la noticia de que un agitador italiano, jefe de un grupo de camisas negras, había tomado el poder después de una simbólica marcha sobre Roma. En los cinco días siguientes no se dijo nada más. Había muy pocos venezolanos que tuvieran un verdadero conocimiento de lo que el petróleo significaba en el mundo, y nada se sabía de cierto sobre la naturaleza de nuestro subsuelo.

Vale la pena lanzar una mirada al país en que brota el famoso chorro de La Rosa. Su población sobrepasaba escasamente los 2.800.000 almas.

Una sola ciudad, Caracas, tenía más de cien mil habitantes. Fuera de la navegación por costas y ríos, que era ocasional y lenta, no existía, prácticamente, comunicación entre las distintas regiones. Había unos setecientos kilómetros de ferrocarril, y un millar de kilómetros de carreteras de tierra, estrechas y mal trazadas. En la ciudad de Caracas sólo había un mediano hotel digno de ese nombre y dos salas de cine. De Caracas a Barquisimeto, a Higuerote o a Maracaibo se iba por mar. El presupuesto de gastos fue de 72 millones de bolívares. El total de lo asignado para Obras Públicas de Bs. 8.290.000; y el total de lo previsto para Instrucción Primaria de Bs. 2.518.000. Para Inmigración y Colonización había cien mil bolívares. El total del Situado Constitucional apenas sobrepasaba los cinco millones. El valor de las importaciones alcanzó a 125 millones. Por año y por habitante el presupuesto representaba 26 bolívares y las importaciones 44.

A partir del año de 1922 el progreso de la industria petrolera en Venezuela fue rápido. El desarrollo comenzó en las zonas del Lago de Maracaibo y de Falcón. Más tarde, para 1928, se hicieron exploraciones, con resultados positivos, en la región oriental del país y se establecieron los primeros campos de la llamada zona del Orinoco, que cubre los estados Anzoátegui, Monagas y el Territorio Delta Amacuro. Una tercera zona, con muchas posibilidades, se descubrió más tarde en la llamada zona del Apure.

El aumento del volumen del petróleo producido fue espectacular. En 1921 se había producido poco menos de 5.000 barriles por día. Diez años más tarde, en 1931, la producción alcanzaba a 321.000 barriles diarios. Veinte años más tarde, en 1941, llegaba a 625.000. En 1951, o sea treinta años después, la producción llegó a la cifra de 1.700.000 barriles por día. O sea 340 veces la producción de 1921.

Dentro de ese desarrollo los expertos distinguen varios períodos, a saber: el período inicial que llega hasta 1922; el primer desarrollo en gran escala desde 1923 hasta 1929; de 1930 a 1932 la depresión mundial se refleja en una actividad disminuida; de 1933 a 1942 hay recuperación y nuevo progreso; en 1943 la Segunda Guerra Mundial ocasiona una nueva paralización. A partir de 1944, realizada la reforma de la situación jurídica de la industria por la ley del año anterior, comienza, con ligeras fluctuaciones, el desarrollo culminante que llega hasta hoy.

Durante ese tiempo la industria petrolera de Venezuela se convierte en una de las más grandes del mundo. Poderosas empresas dirigen su desarrollo y crean grandes centros de trabajo y costosas y complicadas instalaciones. En apartados lugares se alzan las torres de perforación, se tienden los tubos de los oleoductos, se tejen los hilos de las centrales eléctricas y surgen campamentos de calles asfaltadas y blancas casas.

La industria del petróleo es una de las más tecnificadas del mundo. Científicos y profesionales de las más variadas especialidades intervienen en ella. Desde el mecánico hasta el ingeniero electricista, desde el experto en caracoles fósiles hasta el ingeniero hidráulico. Sus proble-

mas de perforación, de transporte, de refinación están entre los que necesitan utilizar los más adelantados conocimientos de la tecnología.

Al desarrollarse en Venezuela, esta industria adquiere ciertas características peculiares. De las distintas fases sucesivas, que constituyen su integración normal, sólo las de exploración y producción forman entre nosotros la principal actividad, porque los mayores centros de consumo no están en el país, sino que son los grandes mercados extranjeros. Esto le da, desde el comienzo, un carácter internacional a esa industria. Sólo la producción tiene su asiento entre nosotros, el consumo es extranjero en una proporción que nunca ha sido inferior al 95 por ciento.

Esto ha determinado que fueran extranjeras las principales empresas que acometieron el desarrollo del petróleo venezolano. Eran en realidad filiales de los más vastos consorcios petroleros del mundo, los que por su capacidad técnica y económica y su vinculación con los grandes mercados, estaban en posición privilegiada para descubrir y explotar el petróleo venezolano.

Este hecho estableció el tipo de organización que hubo de prevalecer: el capital, la técnica y la gerencia vinieron de fuera. La materia prima y el trabajo fueron venezolanos. Esta estructura, aun cuando con algunas modificaciones, es la que ha predominado hasta hoy.

Surgida la industria petrolera en esta forma súbita, sin que el país estuviera preparado para conocerla, aprovecharla y encauzarla, el problema del petróleo pareció reducirse por mucho tiempo para nosotros al de obtener para el fisco los mejores beneficios monetarios.

En medio de la general ignorancia un hecho casi providencial vino a servir los intereses de Venezuela. En nuestra legislación se había conservado de un modo tradicional y casi como una reliquia de los tiempos coloniales, el derecho regaliano del Estado sobre las minas, con la misma amplitud y casi en los mismos términos con que lo definió Solórzano en su *Política indiana* en el siglo XVII. O sea que los metales

> i las minas o mineros de donde se sacan se tengan por de lo que se llaman Regalías, que es como dezir por bienes pertenecientes a los Reyes y Supremos Señores de las Provincias donde se hallan, i por propios i incorporados por derecho, i costumbre en su patrimonio, i Corona Real, ora se hallen y descubran en lugares públicos, ora en tierras, i posesiones de personas particulares. En tanto grado, que aunque éstas aleguen, i prueben, que poseen las tales tierras, i sus términos por particular merced, i concession de los mesmos Príncipes, por muy generales que ayan sido las palabras con que se les hizo, no les valdrá ni aprovechará ésto, para adquirir, i ganar para sí las minas, que en ellas se descubrieren.

El sistema regaliano, que conservaba para el Estado la propiedad del subsuelo, y permitía conceder a las personas de derecho privado el privilegio de explotar las minas, bajo los términos y condiciones estipulados por la ley, es el que ha estado en vigencia durante toda la historia de nuestro petróleo.

A medida que el país y sus clases dirigentes fueron adquiriendo conciencia de la verdadera importancia de la riqueza petrolera, el régimen legal fue sufriendo modificaciones cuyo propósito consistió siempre en asegurar a la nación una participación más justa en la riqueza producida. Este proceso tuvo su culminación en la memorable Ley de Hidrocarburos de 1943, que vino a uniformar y a establecer sobre bases más equitativas las relaciones del Estado y de las empresas petroleras. Esta Ley acabó con la heterogeneidad que reinaba en materia de condiciones, con los chocantes privilegios que los más antiguos concesionarios tenían sobre los más recientes, en perjuicio del interés nacional: sometió toda la industria al imperio del sistema impositivo general; le dio al Estado la posibilidad de intervenir en la orientación general de la industria y en su desarrollo, y estableció las bases para obtener la participación que se considere más justa en los beneficios.

Este largo proceso es el que pudiéramos llamar el de las relaciones técnicas, jurídicas y fiscales del Estado con las empresas petroleras, que es sin duda de la más grande importancia. Pero, desde otro punto de vista, más amplio y también más verdadero, esto no representa sino un aspecto de la cuestión más general e importante que constituye la presencia de una industria como la del petróleo en un país como Venezuela, es decir, las inmensas consecuencias sociales, económicas y políticas que, en la historia y el destino de un país como la Venezuela de 1922, ha producido y puede producir el desarrollo vertiginoso de una industria que lo ha convertido en el primer exportador de petróleo del mundo.

Durante esos treinta años Venezuela ha experimentado los cambios de mayor monta que haya conocido en su historia. Vale la pena asomarse, aunque sea brevemente, a contemplar la magnitud sobrecogedora de esas transformaciones.

El espectacular desarrollo de la producción petrolera se ha reflejado de un modo directo en la economía venezolana, como lo comprueban los siguientes datos:

El ingreso nacional, es decir, la suma total estimada en moneda de todo lo que recibieron los habitantes del país, durante un año, por su trabajo o por su capital, que en 1936 se estimó en 1.500 millones de bolívares, alcanzó el nivel de 7.000 millones en 1949, y para 1954 se calcula en 10.000 millones anuales; lo que equivale a decir que, en ese lapso, el promedio de ingreso anual por habitante que era de 450 bolívares subió a cerca de 2.000, que es uno de los más altos del continente americano.

El Presupuesto Nacional ha seguido el mismo rápido desarrollo. Desde la Independencia había ido subiendo lentamente, reflejando en sus fluctuaciones la inestabilidad, el atraso y las agitaciones del país. En el año económico 1830-31 los gastos públicos sumaron poco más de cinco millones de bolívares. El primer año de la Administración de Monagas (1847-48) tuvo como Presupuesto de Gastos 12 millones... Para

1864-65 el Gobierno de la Federación gastó 23 millones. Los gastos del último año fiscal del Septenio de Guzmán Blanco escasamente rebasaron los 24 millones. Para 1889-90 los gastos del Gobierno del Dr. Rojas Paúl llegaron a 45 millones de bolívares. En una sola anualidad, del quinquenio de Crespo, llegó excepcionalmente a alcanzar el nivel de 50 millones de egresos.

En la primera década del siglo XX el promedio anual de gastos públicos es de 49 millones. Entre 1911 y 1920 el promedio es de 59. Es a partir de entonces cuando el crecimiento del presupuesto refleja poderosamente la transformación ocasionada por el petróleo. El promedio anual de gastos en la década 1921-1930 llega a 146 millones. En 1936-37 se alcanza la cifra de 215 millones de egresos. En 1938-39 la de 335. En 1944-45 la de 487, en 1953-54 la de 2.433 millones de bolívares de egresos en un año. Lo que significa que la capacidad anual de gastos del Fisco Nacional hoy, en moneda, es mayor que la suma de todo lo que la Administración Pública erogó desde la separación de la Gran Colombia hasta el fin de la Primera Guerra Mundial.

La circulación monetaria experimenta igualmente un desarrollo notable. El circulante en manos del público que era de 288 millones en 1938, pasa a 345 en 1941, llega a 536 en 1943, para subir a 2.086 millones en 1953. Es decir, que aumentó más de siete veces en el transcurso de quince años.

Junto a estos índices de la moneda, del ingreso y del presupuesto, debemos considerar los que representan el volumen de los bienes producidos o importados, el movimiento de los pagos internacionales, los precios y el costo de la vida.

Los productos agrícolas de exportación permanecen estacionarios o revelan descensos de volumen. Esto es particularmente cierto del café y del cacao que fueron los dos soportes tradicionales del comercio exterior venezolano. En cambio, en la producción destinada al consumo interno ha habido un aumento general, que pone de manifiesto el hecho importante de que todo lo que depende del mercado nacional ha sentido el estímulo de la expansión de la industria petrolera.

Ese aumento de la producción destinada al consumo interno, se manifiesta tanto en la industria como en la agricultura, y es la consecuencia directa del constante crecimiento del poder adquisitivo de la población venezolana, que se expresa en las cifras del ingreso nacional.

Aumentos notables en el volumen de producción se han presentado, desde 1938, 1943 y 1945 en las más diversas ramas. Citaremos al azar y en cifras globales algunos de esos desarrollos. Para 1951 había aumentado desde un tercio hasta menos del doble la producción de carne, leche, arroz y cigarrillos; había llegado al doble la del azúcar; era cinco veces mayor la de pescado en todas sus formas; seis veces la de energía eléctrica, galletas y bebidas gaseosas; ocho veces la de maderas; diez veces la de cauchos y cerveza; once veces la de telas y pastas alimenticias; dieciocho

veces la de cemento, y cincuenta y tres veces la de alimentos concentrados para animales.

En el quinquenio comprendido entre 1948 y 1952, según datos del Banco Central de Venezuela, la industria de materiales de la construcción aumentó al triple; las industrias de la alimentación y de artículos no durables creció en un 55%; la producción textil en un 42%; la industria del cuero casi cuadruplicó; la inversión en construcciones públicas y privadas pasó de 597 millones a 1.281 millones de bolívares. El índice general de toda la producción manufacturera (excluyendo la refinación de petróleo) aumentó en un 81% desde 1948 a 1952.

Pero donde más espectacularmente se refleja el aumento del poder adquisitivo de la población venezolana es en las importaciones. En un centenar de millones de bolívares se cifraba el nivel máximo de lo que el país podía comprarle al exterior en un año. En el año de 1913 el valor total de todo lo importado fue de 93 millones de bolívares. Esa cifra va a crecer con una rapidez impresionante. En 1936 llega a 211 millones; en 1945 a 804; en 1952 a 2.420 millones de bolívares. Es decir, que durante ese lapso, en que la población había doblado su volumen, la importación había aumentado 26 veces. Mientras que en 1913 cada habitante de Venezuela compró, en promedio, por valor de 37 bolívares de cosas importadas; en 1952 ese mismo habitante invirtió en productos importados 484 bolívares.

En algunos renglones ese incremento de la importación es más impresionante. Venezuela importó productos alimenticios en 1938 por valor de 34 millones de bolívares, para 1952 la suma correspondiente había ascendido a 390 millones, o sea más de once veces la anterior, como si por cada boca hubiera habido once, o como si los que estaban reducidos a una miserable dieta de subsistencia hubieran tenido la oportunidad de multiplicar su ración con alimentos importados. En el solo renglón de leches conservadas se pasó de una importación de 144 mil bolívares en 1922 a 82 millones en 1952, o sea una multiplicación de 570 veces en treinta años.

El aumento no es menos señalado en maquinarias, en metales, en textiles, en vehículos, en productos químicos. Es como si el país hubiera estado durante siglos sometido a la escasez y a la pobreza y comenzara por primera vez a tener los medios para comer a su hambre y para proveerse en forma creciente de todo cuanto desea, necesario y superfluo.

En cambio, si hacemos abstracción del petróleo y sus derivados, las exportaciones no han experimentado, ni remotamente, un incremento que guarde proporción con el de las importaciones. En efecto, las exportaciones tradicionales de Venezuela, es decir aquellas que tenía antes del petróleo y de las que dependía su capacidad exterior de pago, han permanecido estacionarias o han señalado pequeños aumentos. En volumen, las exportaciones de café y cacao, nunca llegaron a sobrepasar después del auge petrolero, las cifras más altas alcanzadas anteriormente, aun cuando en valor, debido a fluctuaciones de los precios mundia-

les, haya habido un aumento apreciable en los últimos años. El valor total de la exportación venezolana (sin petróleo) que, en 1922, era de 137 millones de bolívares no pasaba en 1951 de 161 millones.

El contraste entre importación y exportación se hace mucho más dramático si nos vamos a las cifras relativas, que damos en seguida. En 1952, mientras cada habitante de Venezuela, en promedio, compró productos importados por un valor de 484 bolívares, sus ventas al extranjero, excluidos el petróleo y el hierro, no llegaron sino a 38 bolívares.

Es la explotación petrolera la que ha financiado ese aparente desequilibrio. El dinero proveniente del petróleo ha ampliado el mercado interno y de esa ampliación se han beneficiado las importaciones y en segundo término la producción no petrolera.

Nuestra capacidad de importar ha dependido de nuestra capacidad de hacer pagos al exterior, y a su vez, nuestra capacidad de hacer pagos al exterior ha dependido, en grado casi absoluto, de las divisas petroleras. En 1934, hace apenas veinte años, el doctor Vicente Lecuna, estimaba el lado activo de la balanza de pagos de Venezuela en 198 millones de bolívares. Así de bajo era el nivel de nuestra capacidad de pagos al extranjero. En 1948, según estimación del Banco Central de Venezuela, el activo de nuestra balanza de pagos había llegado a la suma de 759 millones de dólares. Ese activo tan rápidamente aumentado se compone casi en su totalidad de divisas petroleras. En 1952, por ejemplo, el ingreso de divisas del Banco Central fue de 718 millones de dólares, de los cuales 707 provenían de la actividad petrolera. Es decir, que el 98,46 por ciento de las divisas controladas para nuestros pagos al exterior provenían directamente del petróleo, y tan sólo el 1,54 por ciento restante, del café, el cacao y las demás fuentes de divisas de que dispone el país.

Esa afluencia de divisas, que se ha reflejado en una tendencia del cambio a la baja, es decir en la oferta de dólares baratos, ha constituido una prima para las importaciones y una barrera para las exportaciones no-petroleras. Para contrarrestarla en sus peores efectos el Gobierno Nacional ha tenido que recurrir con frecuencia, en los últimos veinte años, al pago de subsidios, primas y cambios diferenciales a los productos venezolanos de exportación.

Junto con los dólares baratos, la afluencia de divisas ha traído el aumento de la circulación monetaria. Este aumento de la circulación ha sido uno de los factores que ha influido en el alza de precios por mayor y en el costo de la vida. El índice general de precios al por mayor pasa del nivel de 98,27 en 1940, a 134,12 en 1944; 173,50 en 1948; para llegar a 176,42 en 1952. El índice del costo de la vida en Caracas pasó de 100 en 1945, a 126 en 1948 y a 150 en 1952. Más que el efecto de una típica inflación monetaria, estos índices reflejan el aumento del ingreso exterior.

A estos movimientos ha correspondido un alza de salarios. De los estudios del Banco Central sobre los salarios en Caracas en los últimos siete años, resulta que, el salario nominal medio por día, pasó del índice

100 en el primer semestre de 1946, a 239,4 en el segundo semestre de 1952. Este aumento no sólo es nominal, es decir en moneda, sino que también es real, es decir, en poder adquisitivo. El índice del salario real, que es el que resulta de la comparación del salario en moneda con el costo de la vida señala que del índice 100 en el segundo semestre de 1946, el nivel del salario real subió a 163,3 en el segundo semestre de 1952.

Estos dólares baratos que facilitan las importaciones y obstaculizan las exportaciones; estos salarios altos que aumentan el poder adquisitivo del mercado interno pero que también hacen subir el nivel de los costos de producción venezolana por encima de los que pudiera considerarse como el nivel de los mercados mundiales, haciendo difícil a nuestra producción no sólo llegar a ellos sino hasta competir con la importación, el efecto inflacionista que han tenido muchas veces los gastos públicos, todas estas causas, entre otras, le han dado a nuestra economía uno de sus aspectos más singulares, como es el de su relativo aislamiento con respecto a los niveles de la economía mundial. Ha sido la nuestra una especie de economía en vaso cerrado, confinada al mercado interno, cuyo poder adquisitivo se alimenta con los proventos del petróleo y que permite que sus costos y sus precios no guarden relación directa con los correspondientes costos y precios mundiales. No es una economía aislada, en el sentido de la autarquía, sino más bien una economía de una sola vía, en la que la producción y las importaciones convergen al mercado interno, sin que para compensar ese movimiento se dirija al exterior, prácticamente, otra cosa que petróleo. Podríamos casi decir que Venezuela es como una *península económica*, aislada, por el cambio, los precios y los costos, del intercambio con el extranjero y unida a la economía mundial por un solo producto: el petróleo.

Esta economía en vaso cerrado o esta peninsularidad económica de Venezuela es uno de los rasgos fundamentales y más dignos de tener en cuenta de su situación actual.

El hecho de que, en grado dominante, la fuerza principal de la actividad económica venezolana sea el petróleo, ha dado a los canales de su distribución una importancia decisiva en la orientación de nuestra coyuntura económica. La riqueza petrolera entra a circular en el país por dos fuentes principales, a saber: los gastos de las compañías explotadoras en compras, inversiones y salarios; y, por otra parte, el Presupuesto Nacional.

El aumento extraordinario experimentado por el Presupuesto Nacional ha estado alimentado directamente por el petróleo. Según el análisis practicado por el Banco Central de Venezuela sobre los ingresos fiscales de 1952, resulta lo siguiente: sobre 2.395 millones de bolívares de recaudación total la renta de hidrocarburos representó el 34,33 por ciento, o sea algo más de la tercera parte. A esto es menester añadir la mayor parte del Impuesto sobre la renta, que es contribuido por compañías petroleras. En efecto, en 1952, sobre un producto total de 649 millones

de dicho impuesto, la parte pagada por las empresas petroleras sumó 524 millones, o sea el 81 por ciento de lo percibido por ese título. Esto significa que la contribución directa del petróleo al fisco sumó ese año 1.347 millones de bolívares, o sea bastante más de la mitad de los ingresos totales del Tesoro. Pero no es eso todo; en una forma indirecta otras rentas dependen de la explotación petrolera, como por ejemplo la renta aduanera, que representó el 15 por ciento de los ingresos totales de ese año.

La renta aduanera se percibe sobre las importaciones y las importaciones se pagan con las divisas de que dispone el país, las cuales en proporción de más del 98 por ciento fueron de origen petrolero en 1952. De manera que, en el presupuesto de 1952, alrededor de las cuatro quintas partes del total de ingresos dependieron directa o indirectamente de la explotación petrolera.

Esta situación fiscal ha hecho del Estado venezolano el principal centralizador y dispensador de la riqueza petrolera, y le ha dado, en consecuencia, una participación activa y creciente en todas las formas de nuestra vida económica. El Estado ha llegado a ser así gran productor, financiador y consumidor.

Se ha convertido, por ejemplo, en el mayor terrateniente. Inmensas extensiones de tierra agrícola y de pastos han pasado a su dominio. Además de las tierras baldías, desde el Caura hasta los valles de Aragua y desde el Táchira hasta la costa de Paria muchos de los mejores fundos han pasado, por diversos títulos, a ser de su propiedad. Todo el sistema de silos es del Estado y la casi totalidad del crédito agrícola, que antes del petróleo estaba en manos de particulares, depende ahora de organismos oficiales.

En materia de industrias es preponderante su participación como empresario en electricidad, azúcar, textiles, grasas, hoteles y en la industria de la construcción.

En materia de crédito se puede decir que es el principal banquero nacional. La mayor parte del crédito a largo plazo está en sus manos, especialmente el agrícola y el industrial.

En materia de transportes su actividad es preponderante. Es el solo dueño de ferrocarriles, propietario de las únicas líneas regulares de navegación internacional y de cabotaje y de dos de las tres líneas aéreas comerciales con tráfico de pasajeros que prestan servicio dentro de las fronteras nacionales. No es distinta su posición en materia de comunicaciones. Le pertenecen los telégrafos, es principal empresario de teléfonos y telecomunicaciones, y opera estaciones de radio y de televisión.

Si a esta vasta intervención como empresario añadimos la que, en virtud de las Leyes, tiene en el comercio exterior por medio de los aranceles, los cupos y los permisos de importación; en la fijación de precios, y como único propietario de todo el subsuelo minero, tendremos una imagen aproximada del verdadero y extraordinario poderío económico del Estado venezolano.

Muy lejos estamos, por obra del petróleo, de aquellos días de fines del siglo XIX, en que el fisco paupérrimo, iba a mendigar a las puertas de la banca privada y del comercio, algún mezquino anticipo para poder pagar los sueldos de los funcionarios públicos.

Si tratáramos de aplicar a lo que ha ocurrido, desde este punto de vista, en Venezuela en los últimos treinta años, alguno de los rótulos que ha creado la doctrina económica, ninguno sería más apropiado que el de *capitalismo de Estado*. Es el Estado el que, con el dinero petrolero ha actuado, directa o indirectamente, como agente, para hacer entrar la Venezuela de economía colonial, que habíamos recibido del siglo XIX, en la etapa inicial del capitalismo moderno.

Ese capitalismo de Estado, que es uno de los hechos resaltantes de la transformación que el petróleo ha causado, puede ser juzgado favorable o adversamente, según los puntos de vista doctrinarios de quienes lo consideren, pueden señalársele graves errores, pero con todo ello no constituye menos un hecho real y decisivo, cuya influencia se deja sentir profundamente en el presente y se ha de sentir en el futuro de esta nación.

La posición de gran dispensador de la riqueza petrolera, ha llevado al Estado a convertirse en empresario, en financiador, en gran productor, en gran consumidor, en gran empleador y ha concentrado en sus manos la mayor parte de lo que de la riqueza petrolera se gasta y también la mayor parte de lo que de la riqueza petrolera se ahorra y se invierte.

Sería posible imaginar un proceso distinto. Un proceso por medio del cual los propietarios del suelo lo hubieran sido también del subsuelo en el que la riqueza petrolera se hubiera distribuido regionalmente y hubiera ido en primer término a manos particulares, y en el que esos particulares hubieran sido los empresarios y los creadores del capitalismo venezolano y el Estado hubiera participado en la riqueza, por medios puramente impositivos, recibiendo su participación de las personas jurídicas y naturales que hubieran sido sus propietarios. Pero no ha sido así, no ha creado el petróleo un capitalismo poderoso que a su vez haya enriquecido al Estado, sino que es el Estado directamente el que ha recibido el flujo de esa riqueza y el que a su arbitrio, y en segundo grado, lo ha hecho llegar a las personas de derecho privado.

Esa concentración de la riqueza petrolera en manos del Estado, ha traído a su vez consecuencias políticas y sociales.

Ya hemos señalado algunas, que ahora completaremos. Para 1926 la población venezolana alcanzaba, después de un lento y difícil proceso de desarrollo, la magnitud de tres millones de habitantes. La pobreza, las guerras, la insalubridad, la escasa capacidad productiva, la baja capacidad de consumo, no le habían permitido desarrollarse. El paludismo, la mortalidad infantil, las enfermedades de origen hídrico, la diezmaban... El crecimiento vegetativo por mil habitantes llegó a bajar a 10 y hasta a 6. La inmigración era nula. En vastas regiones la población descendía y algunas viejas ciudades comenzaban a ser abandonadas y a convertirse en cementerios ruinosos. La mayor parte de esa población

era campesina, y habitaba en aldeas, caseríos y diseminadas chozas. Tan sólo el 15 por ciento de la población total habitaba en centros urbanos de más de cinco mil habitantes. Estaba concentrada en las haciendas y ciudades de la zona montañosa del Norte del país, una pequeña parte languidecía en el Llano, y más de la mitad del territorio nacional, constituido por la zona guayanesa, al sur del Orinoco estaba prácticamente deshabitada.

Para el censo de 1950 esta situación había experimentado grandes cambios. La población había alcanzado el nivel de cinco millones de habitantes, habiendo casi doblado, y lo que es más importante, más de la mitad de esa población era urbana y vivía en centros de más de cinco mil habitantes. Esto significa que, en los veinticuatro años transcurridos, Venezuela había dejado de ser el país de campesinos, que había sido desde el siglo XVI.

La población aumenta movida por una dinámica nueva. El coeficiente de natalidad por mil habitantes, que en 1935 era de 27 llega a 46 *en 1953; mientras en el mismo lapso el coeficiente de mortalidad descen*día de 16 a 10, lo que significa que el crecimiento vegetativo de la población subió en el transcurso de esos dieciocho años de 11 a 36 por mil habitantes, que es seguramente uno de los más altos del continente. La capacidad neta de crecimiento anual de nuestra población llega así a 188.000 habitantes en 1953. Este extraordinario desarrollo refleja el resultado de una mejor higiene, de una mejor alimentación, de una mejor asistencia y sobre todo de la casi completa erradicación del paludismo, que no sólo ha eliminado una de las principales causas de mortalidad sino que ha permitido abrir grandes zonas del país a la vida y al trabajo del hombre.

Esas mismas favorables condiciones nos han permitido recibir en los años recientes un considerable flujo de inmigrantes, que han venido, indudablemente, a aumentar la productividad del país y a darle el impulso de que tanto hubieron de beneficiarse otros pueblos americanos de notable desarrollo. De un saldo neto de inmigración que raramente sobrepasó la cifra de un millar por año, hemos llegado a sobrepasar en algunos años cercanos el número de 40.000, y para 1953 la suma total de extranjeros y naturalizados alcanzaba el ya importante volumen de 297.000 personas.

La población que había permanecido acorralada en la zona montañosa del Norte, en una quinta parte del territorio, comienza a invadir la llanura y a penetrar en la Guayana; las vías de comunicación y los medios de transporte se desarrollan facilitando el intercambio; para el último Censo once entidades federales sobrepasaban los 200.000 habitantes, y la zona metropolitana de Caracas se acerca en nuestros días al millón de habitantes, reflejando el inmenso y continuado proceso de centralización que se ha venido efectuando en el país.

No sólo ha aumentado la población sino que también ha crecido con ella la mecanización y la capacidad productiva por trabajador.

Según cifras del Banco Central el índice de la producción manufacturera subió de 100 en 1948 a 181 en 1952, en el mismo lapso el índice de la capacidad de producción por trabajador empleado subió de 100 a 151; lo que significa que el aumento de la producción manufacturera se debió en un 30 por ciento a aumento de la mano de obra y en un 51 por ciento a aumento de la productividad por trabajador. Este es uno de los aspectos más auspiciosos de esa transformación porque revela que, por lo menos en una categoría de trabajadores, hay más técnica, más salud y más aptitud para sacar el mejor rendimiento de su esfuerzo.

La concentración de la renta petrolera en el fisco y el capitalismo de Estado provocado por ella, han tenido otras importantes consecuencias políticas. Ha reunido una suma de poder extraordinaria en el Ejecutivo Nacional. Los estados y los municipios dependen de los situados que el Tesoro Nacional les acuerda. Los demás poderes públicos han perdido autonomía. Este acrecentamiento continuo de poder económico y político en el Ejecutivo, le da al Estado venezolano una fisonomía peculiar, que cada vez se aparta más de las concepciones doctrinarias que han encontrado expresión en nuestras constituciones. No será posible comprender la realidad política del país, ni analizar sus instituciones, ni tratar de entender el curso previsible de su historia, sin tener fundamentalmente en cuenta este hecho, que es una consecuencia de la economía petrolera venezolana. Es como si de los pozos de petróleo hubiera brotado una fuerza transformadora que se traduce cada día en fenómenos económicos, sociales y políticos.

No podemos ya contemplar nuestras cuestiones políticas con el criterio simplista de nuestros constituyentes del siglo XIX, según el cual bastaría con copiar las instituciones de los países más adelantados para lograr una situación similar a la de ellos. Hoy se nos hace más diáfana que nunca la lección que Bolívar predicó en 1819 y que Fermín Toro, cuarenta años más tarde, trató de enseñar a la Convención de Valencia. De estas realidades debe partir la acción que, reconociéndolas y modificándolas, permita alcanzar los altos ideales humanos que por tanto tiempo hemos perseguido tan vanamente.

La transformación llega también a la vida de la cultura. El viejo país aislado heredero de los valores culturales y morales del siglo XVII español, sobre los cuales habían venido pugnazmente a injertarse las teorías políticas del siglo XVIII francés, se abre vertiginosamente al mundo de hoy, impulsado por la ola del petróleo: el cinematógrafo, el radio, la televisión, llegan a todas las clases sociales, modismos regionales o extranjeros se hacen nacionales, la música, los cantos, la tradición se mestizan de aportes nuevos; por un coche de caballos surgen cien automotores; por una tertulia veinte salas de cine; llegan toneladas de libros y revistas; más de 40.000 venezolanos salen al exterior anualmente; millares de estudiantes cursan en universidades y centros docentes del extranjero; sabios, profesores y artistas del mundo entero vienen a dictar conferencias o cátedras entre nosotros; los conciertos y las exposiciones se han

multiplicado de un modo extraordinario. Todo esto significa que el venezolano medio está hoy más en contacto con el mundo y más expuesto a las influencias universales de lo que estuvo su antepasado de ninguna otra época. También significa que los valores y conceptos tradicionales que se crearon bajo el imperio de otras circunstancias, sufren y han de sufrir notables mutilaciones y modificaciones, y que el carácter nacional, en muchos de sus rasgos recibidos, está en un proceso de activa metamorfosis.

Tamaño proceso de transformación implica grandes riesgos. Enumerarlos es tarea fácil que se presta mansamente al capricho, al devaneo, a la superficialidad y a la demagogia.

Pero en toda esa transformación que vivimos hay, a mi entender, dos aspectos principales que merecen detenida consideración por parte de todos los venezolanos. Acaso no haya temas más importantes para la reflexión de un venezolano de hoy.

El primero de esos aspectos consiste en que la transformación ocasionada por el petróleo no ha sido uniforme para toda la población venezolana. Hay una parte de ella, la que habita los grandes centros urbanos y los campos petroleros, que disfruta de un gran número de beneficios y privilegios desconocidos para el resto de los habitantes.

Hay obreros venezolanos que gozan de altos salarios, prestaciones, asistencia médica, refrigeración, electricidad, transporte, casa moderna, alimentación rica y variada, deportes y diversiones y otros, en cambio, que viven en chozas semejantes a las que levantó Francisco Fajardo, y que para todo lo que se refiere a comodidades y progreso, prácticamente, no han salido del siglo XVI. Hay modernas explotaciones agrícolas con irrigación, tractores y maquinarias y hay millares de conucos donde se cultiva con los mismos primitivos métodos que el español enseñó al indio.

Coexiste un sector económico de la más alta eficiencia productiva, como es el de la industria del petróleo y muy pocas otras, con otros sectores productivos, anticuados o en iniciación y por lo tanto ineficientes.

Ante nuestros ojos surge una Caracas novísima, toda en rascacielos de cristal y acero, en viaductos, en autopistas, en dispositivos de tránsito a varios niveles que, a ratos, parece la concepción urbanística de una ciudad del futuro, que ha cortado violentamente con todo lo que representaba nuestra tradición y nuestro estilo de vida, pero en los mismos cerros que la circundan cerca de 300 mil habitantes viven en chozas. Según los datos oficiales del Censo de 1941, el 60 por ciento de las viviendas existentes en el país eran ranchos; de los cuales no menos del 90 por ciento eran de techo de paja, de piso de tierra, carecían de agua corriente, arrojaban las basuras al descubierto y no tenían letrina de ninguna clase. Más de la mitad (54%) de la población venezolana vivía en estas lamentables condiciones.

No se conocen aún las cifras correspondientes del Censo de 1950, pero es evidente que a pesar de lo mucho que se ha hecho, por los

organismos oficiales y por iniciativa particular, buena parte de nuestros habitantes continúa en las mismas atrasadas condiciones.

Una población emocional y socialmente desajustada, de conuqueros, trabajadores manuales no clasificados, de millares de niños y adolescentes abandonados, se mueve o tiende hacia las ciudades y las regiones donde brilla el azariento atractivo de la riqueza petrolera, como si quisieran pasar, por una operación de magia colectiva, de las aldeas y pueblones que no han salido todavía de lo más dormido de nuestra época colonial, a la abundancia, el dinero y el lujo de las pródigas ciudades donde se concentra la riqueza nueva.

Esto representa un difícil período de transición por el cual Venezuela, por zonas, clases y actividades, va pasando de la estrechez y el atraso a la abundancia. Esto crea violentos contrastes y graves desigualdades que llevan a concebir que, mientras este proceso no se complete, van a subsistir lado a lado dos Venezuelas profundamente distintas, con muy graves recelos y diferencias entre sí: la Venezuela que no ha salido del pasado, con sus viejas casas, sus viejas tradiciones, sus primitivos sistemas económicos; y la Venezuela del petróleo, de rascacielos, lujosos automóviles, instalaciones costosas de placer, y lujo cosmopolita; la Venezuela de terratenientes patriarcales y peones, y la Venezuela de comerciantes, constructores, industriales, técnicos y creciente clase media; la vasta Venezuela que toca arpa y se divierte en las riñas de gallos, y la de las ciudades que envía 40 millones de espectadores en un año a las salas de cine; la Venezuela de alpargata, machete, sombrero de cogollo, rancho y casabe; y la Venezuela de los hoteles de gran lujo, de los automóviles más costosos del mundo, de los más famosos modistas, de los más célebres joyeros, la que importa por 12 millones de bolívares de whisky en un año y por más de 21 millones de brandy. Es decir, una Venezuela que estaría representada en su mejor personificación en la montañosa, sosegada y laboriosa ciudad agrícola de Boconó y otra, enteramente distinta, que podría mirarse en la inorgánica, inestable, agitada y bulliciosa ciudad de El Tigre.

Estas dos Venezuelas coexistentes las ha separado el petróleo, y es, precisamente, por medio de la inversión de la riqueza petrolera como deben llegar a desaparecer integradas y fundidas en un solo país solidario, donde los niveles de bienestar, de productividad y de cultura no se rompan en violentos contrastes y fallas, sino que se integren sobre una base sana y firme de prosperidad, estabilidad y progreso, accesible a todos.

En este punto, surge el otro básico aspecto negativo de la riqueza petrolera. Este es el de la peligrosa vulnerabilidad y fragilidad de la situación económica de un país que depende de un grado tan alto del mercado internacional de un solo producto, como Venezuela depende del petróleo. Un grave colapso petrolero sería casi mortal para la Venezuela de hoy. Las cifras que hemos citado a lo largo de esta exposición revelan hasta qué grado extremo la economía venezolana depende de la exportación del petróleo. La defensa contra esa amenaza consiste simplemen-

te en aumentar la capacidad productiva de Venezuela en otros renglones. Aprovechar la abundancia de medios financieros que el petróleo nos depara para incrementar la producción agrícola e industrial para poner en valor nuevas porciones del territorio, para iniciar nuevas explotaciones mineras.

Hace ya diecinueve años que tuve la suerte de encontrar una expresión sencilla y clara que sintetizara el objetivo más perentorio de la política económica venezolana. Esa frase, que no vale más de lo que valen todas las frases, fue la de "Sembrar el petróleo". Cuando dije "sembrar el petróleo", quise expresar rápidamente la necesidad angustiosa de invertir en fomento de nuestra capacidad económica el dinero que el petróleo le producía a esta Venezuela, por tan largo tiempo desvalida.

Desgraciadamente no es esto tan fácil de hacer, como de decir. La misma economía petrolera crea obstáculos y dificultades peculiares. El dólar bajo constituye una prima para las importaciones y un gravamen para las exportaciones. Los altos costos de nuestra producción, hacen difícil producir, en los más de los casos, en la cantidad suficiente y a los bajos precios que permitirían, con beneficio atractivo, competir con los productos importados. Dar empleo a un trabajador, según cálculos aproximados recientes necesita una inversión de Bs. 40.000 en la agricultura, de Bs. 65.000 en la industria y de Bs. 20.000 en comercio y servicios. Esto significa que el aumento de nuestra población, y el consiguiente incremento de nuestra producción para mantener sus niveles actuales, requerirán una inversión no menor de 62.000 millones de bolívares en los próximos veinticinco años, lo que exige una capacidad de ahorro y de formación de nuevos capitales superior a la que hasta ahora hemos tenido.

A la conquista del mercado interno, creado por el desarrollo de la explotación petrolera debe, en primer lugar, dirigirse nuestro esfuerzo de producción, pero sin perder de vista que todo producto que no tenga posibilidades seguras de subsistir sin protección constante, lejos de constituir la creación de una nueva riqueza, representa, sin duda, una pérdida de la riqueza existente. En esa especie de predio cerrado que es el mercado interno, creado por la participación nacional en la riqueza petrolera, debemos esforzarnos en fomentar todas las formas de producción razonables, pero sin perder de vista que deben ofrecer la garantía de poder subsistir, el día, en que nuevas circunstancias hagan necesario o deseable que la valla protectora baje o desaparezca. De lo contrario no tendremos sino una producción, dentro de un invernadero de derechos protectores y primas, que jamás podrá abandonar la estufa sin perecer.

Resolver de un modo satisfactorio y progresivo estas cuestiones es la grave responsabilidad que tenemos planteada ante nosotros los venezolanos de nuestro tiempo. Una cuestión que no es de menor monta que la más grave que haya confrontado ninguna generación del pasado. Una cuestión que no es sólo de la responsabilidad de los hombres que ejercen

el Gobierno, sino de todos y cada uno de los seres que en esta tierra vivimos esta hora, una responsabilidad que no es sólo del Magistrado sino también del empresario, del agricultor, del técnico, del periodista, del profesional, del maestro, del trabajador manual, porque de la forma en que todos y cada uno acometan su parte de tarea, empezando por el Legislador y terminando por el ama de casa que al hacer su compra en el abasto puede ayudar o no a que se siembre el petróleo, depende que este país logre consolidar su riqueza presente y hacer seguro el porvenir.

De la imagen geográfica de la península económica podemos pasar sin transición a la imagen marinera. La situación descrita crea para Venezuela dos peligros contrarios e igualmente temibles. Como la nave de Ulises, se halla en el temeroso estrecho que tiene a un lado Escila y al otro Caribdis, con sus rocas y corrientes destructoras. De un lado está la engañosa tentación de abaratar los precios y facilitar la vida por medio de la supresión de aranceles protectores y barreras a la importación, que nos convertiría en una especie de vasta Aruba, poblada de petroleros y comerciantes, donde muy pocas cosas, fuera del petróleo, podrían producirse en libre competencia con los productos más baratos y especializados en todos los países del mundo. Del otro lado está el peligro de caer en la manía autárquica de producir de todo, sin consideración alguna por los costos, creando absurdos artificios protectores, financiados con petróleo, que al final habrían de afectar los costos mismos de este producto colocándolo en una situación marginal en los principales mercados. Ambas situaciones no harían sino acentuar de un modo extremo la fragilidad de nuestra situación económica y nuestra dependencia de la explotación de los hidrocarburos.

Lo razonable parece estar en seguir un difícil, y constantemente rectificado, curso medio que nos libre de aquellos dos riesgos extremos. No vamos a ser ni el país que produce de todo a los precios más altos del mundo, detrás de una muralla china de protección fiscal, ni tampoco el país que importa de todo a los precios más bajos del planeta, entregado a la extracción de materias primas del subsuelo y al comercio de importación. Cualquiera de las dos sería una solución monstruosa y mutiladora del destino de nuestro pueblo. El fin común no puede ser otro que el de constituirnos en una nación normal, con toda la producción, el comercio y los servicios que las presentes condiciones físicas, económicas e históricas permitan desarrollar sanamente. Lo demás sería despilfarrar tiempo y recursos en crear la ilusión de una producción física que acaso, en gran parte, no podría transformarse nunca en verdadera producción económica. Producir no es otra cosa que crear riqueza, es decir, lograr un producto que represente como riqueza un valor superior al de los elementos que hubo que consumir para crearlo. Si el valor mundial de la riqueza petrolera, o de su equivalente en moneda, invertida para lograr un producto determinado resulta superior al valor mundial del mismo, se está en cierto modo en presencia de un artificio económico, que a la larga puede ser peligroso aunque el

empresario, dentro de las condiciones anormales creadas en nuestro mercado interno, logre un beneficio monetario.

Hay que repetirlo: el problema fundamental de Venezuela es de producción, es decir producir más de todo lo que podamos, a precios de costo que estén lo más cerca posible de los precios mundiales: en agricultura, en industrias, en minas, en servicios. Necesitamos liberarnos, como quien se libera de un peligro de muerte, en la forma más razonable y pronta de la peligrosa dependencia en que todavía nos hallamos con respecto al petróleo. Para ello debemos invertir, al máximo de nuestra capacidad, la riqueza que directa o indirectamente nos proporciona el petróleo, en desarrollar, en el menor plazo posible, y en la forma más sana y eficiente, otras fuentes de producción y de actividad económica, en todas las zonas adecuadas del territorio nacional. De ello y de más nada, depende que el petróleo no sea una transitoria etapa de abundancia, una corta época de vacas gordas, que va a pasar indiferente a los requerimientos del porvenir del país y ligada únicamente al destino de los hidrocarburos en el mercado mundial, como ha sido tantas veces el caso de la fugaz bonanza de las regiones mineras, Klondykes y Callaos pasajeros como febriles delirios, sino por el contrario, el punto de partida definitivo y la base fundamental de una larga era de riqueza estable, creciente y diversificada para Venezuela y para todos sus habitantes.

La voluntad creadora y la vivaz inteligencia de los venezolanos, que en tantas pruebas pasadas brillaron con esplendor heroico, en las grandes horas de la conquista, de la Independencia y de la forja de la nacionalidad, no han de estar en mengua en esta otra hora no menos grande y decisiva. La posteridad no habrá de decir de nosotros el melancólico epitafio que los últimos pobladores de Cubagua pusieron al islote yermo antes de abandonarlo, terminado en catástrofe el sueño de las perlas: "...apenas levantado, cuando del todo caído", sino que, por el contrario, habrá de reconocer, agradecida, que, con los inevitables errores y desvíos, los venezolanos del petróleo supieron utilizar aquella venturosa circunstancia para crear una nación rica, próspera y feliz a la que el mundo habrá de contemplar con respeto y admiración.

Yo no soy pesimista. No hay derecho a ser pesimista en un país tan lleno de posibilidades materiales y donde la planta hombre nunca ha dejado de florecer con vigor. Tampoco soy de los que tienden a caer en ese peligroso optimismo beato de que el azar de la riqueza habrá de resolver para nosotros todos los problemas sin esfuerzo de nuestra parte. Si así fuera no seríamos dignos ni de esa riqueza, ni del nombre de venezolanos. Es mucho lo que se ha hecho y lo que se ha avanzado, pero no será posible alcanzar plenamente los vitales objetivos de nuestro tiempo a menos que todos, a una, nos pongamos con decisión a la tarea.

No es de los humanos el privilegio de escoger el tiempo de nuestra vida. A unos les tocan los siglos serenos y apacibles de cosechar y disfrutar el trabajo de los padres, a otros, en cambio, les toca el tiempo de sembrar, de enrumbar, de fundar, de crear. No sólo son los tiempos de guerra y

de escasez los difíciles, también lo son las épocas en que la riqueza y el poderío pueden escaparse de las manos perezosas. Son esos tiempos difíciles y riesgosos los que sirven para poner a prueba la textura del alma de los hombres y de los pueblos. Las generaciones que no saben comprender las tareas de su época quedan fallidas en la historia. Somos los venezolanos del tiempo de la inmensa y compleja revolución petrolera. Sepamos serlo con inteligencia, con energía y con grandeza, y habremos ganado para ese pueblo una dura y larga batalla que la posteridad no estimará menos que Carabobo o Ayacucho.

Caracas, 1955.

Venezuela en el petróleo. Caracas· Urbina & Fuentes. Editores Asociados, 1984, pp. 33-65.

GODOS, INSURGENTES Y VISIONARIOS

AMERICA HA sido una creación intelectual de Europa. Una creación compuesta de imaginación, sorpresa, desajuste y necesidad de comprender y explicar ante una realidad geográfica, natural y humana, al principio desconocida, luego mal conocida, deformada y, finalmente, nunca enteramente explicada ni comprendida.

Esta tenía que ser la consecuencia de la manera como los europeos se encontraron, abruptamente, en presencia de todo un mundo desconocido para el cual carecían de experiencia anterior y hasta de nomenclatura y conceptos adecuados. El contacto entre los bloques continentales de la primitiva isla mundial, como llamaba McKinder a los tres viejos continentes de Europa, Africa y Asia, fue inmemorial y progresivo. Desde antes de los griegos y los romanos había noticias y contactos. *Los persas de Esquilo no eran ninguna novedad ignorada por el pueblo* de Atenas, ni tampoco Egipto o las provincias africanas de Roma fueron nunca una descomunal e imprevista sorpresa para los europeos. Fueron creciendo juntos en edades y en conocimiento mutuo.

En cambio, esa súbita y desconocida masa continental, para la que ni siquiera tenían nombre, los cogió de sorpresa y sin ninguna posibilidad de entenderla y asimilarla. En apenas medio siglo los conquistadores recorrieron de sorpresa en sorpresa y de equivocación en equivocación todo un nuevo continente. No hubiera sido pensable que admitieran su ignorancia y que comenzaran por declarar la novedad y la diferencia. Ni aun, cuando después de Vespucci y de Pedro Mártir de Anglería comenzaron a llamarlo Nuevo Mundo, era, como lo decían ellos mismos, por haber sido tierras "nuevamente descubiertas" y no porque constituyeran un fenómeno geográfico y humano radicalmente diferente de lo que ellos habían conocido como humanidad hasta entonces.

EL PRIMER EQUIVOCO

El primer equívoco fundamental fue el que tuvo Colón al pensar que aquellos hombres extraños que había topado en las Antillas pertenecían al continente asiático. Llamarlos indios fue la primera e irremediable falsificación. De allí en adelante, aun después de haber sabido que se encontraban en presencia de una masa continental distinta de Asia, continuaron sucesivamente las deformaciones conceptuales. El rechazo de la realidad comenzó con el cambio de nombres, como si se hallaran ante una tabla rasa sin pasado ni vida propia. Guanahani fue San Salvador, como fue también el caso de La Española. Fue, literalmente, la asimilación del descubrimiento al bautizo del infiel hecho prisionero. Se trasladaron los nombres de ciudades y regiones españolas y las invocaciones religiosas consuetudinarias. La realidad de la geografía humana fue cubierta por un espeso manto de nombres, nociones e instituciones que nada tenían que ver con aquellas gentes desconocidas.

Fue *en el más exacto sentido de la palabra la superposición de imágenes* españolas y de visiones europeas sobre un mundo que era totalmente diferente. Una creación casi poética o totalmente poética de metáforas e imágenes europeas sobre aquel mundo sin nombre y totalmente desconocido.

Alguien ha dicho que los visionarios son precisamente los que no ven o que no logran ver, abstraídos y dominados por la visión mental que proyectan sobre lo que los rodea. No ven sino lo que quieren ver. Esto corresponde muy de cerca al caso del Nuevo Mundo. Desde el Descubrimiento hasta hoy ha sido un mundo desconocido en su realidad profunda y cubierto de visiones deformantes proyectadas desde fuera. No fueron descubridores, ni colonizadores, ni reconocedores, los que vinieron, ni los que los han sucedido en cerca de cinco siglos. Sobre América han caído como sucesivas deformaciones y desenfoques las visiones de los visionarios, de los venidos de fuera y de los que luego han brotado de su propio suelo. Prácticamente podría decirse que nadie ha querido ver la realidad y esforzarse por conocerla sino que ha proyectado con toda convicción y poder deformador su propia visión.

VISIONES Y VISIONARIOS

El catálogo de los visionarios es largo y todavía no concluye. Comienza con la carta de Colón a los Reyes Católicos de 1493 y continúa abierto. Visionarios fueron los conquistadores que buscaban El Dorado o las Siete Ciudades de Cibola, o la Fuente de la Juventud. Visionarios fueron quienes, a lo largo de siglos, se esforzaron ciegamente en convertir a caribes, incas y aztecas en "labriegos de Castilla". Visionario fue Bartolomé de Las Casas, con sus Caballeros de la Espuela Dorada o Vasco de Quiroga que le propuso a Carlos V separar a América de la civilización europea para crear la utopía de Tomás Moro en las nuevas tierras.

Visionarios fueron los jesuitas del Paraguay, como lo fueron todos aquellos alucinados que investigó durante siglos la Inquisición de Lima. También lo fueron, sin duda, los que prohijaron alzamientos de indígenas y de negros para crear formas utópicas de sociedad, como el rey Miguel, como Túpac Amaru o los comuneros, visionarios fueron Simón Rodríguez y Fray Servando Teresa de Mier, el uno quería crear una nueva humanidad y el otro pretendía que el manto de la Guadalupe era la capa del apóstol Santo Tomás que había traído el cristianismo a América quince siglos antes del Descubrimiento Quetzalcóatl era Santo Tomás. La lista puede proseguir hasta nuestros días. Visionarios fueron los hombres de la Independencia, sobre todo Miranda y Bolívar, los pensadores del siglo XIX que soñaban una América hecha sobre ideologías europeas, desde los hijos de la Ilustración francesa, hasta los positivistas y los marxistas.

No era un mero desdén de la realidad, de la cochina realidad como diría Unamuno, sino una imposibilidad de conocerla y comprenderla porque no lograban llegar hasta ella desviados y cegados por las doctrinas y las concepciones de los pensadores de Europa.

La historia del Nuevo Continente demuestra de un modo evidente cómo las creaciones del espíritu terminan por imponerse, mal que bien, sobre las realidades sociales y geográficas y llegan, a veces, hasta crear una sobrerrealidad que influye, a su vez, sobre el destino de las colectividades humanas El caso es patente en América. En Europa, como en Asia y en Africa, hubo una continuidad histórica milenaria que resiste y persiste bajo las imposiciones externas de las ideologías, pero en las nuevas tierras la continuidad se interrumpió súbitamente y se hizo subterránea e invisible, en gran parte, desde el Descubrimiento. De la noche a la mañana se pretendió crear una Nueva España en un escenario geográfico y humano totalmente diferente al de la península y, más tarde, de manera esporádica y menos profunda, se pretendió formar nuevas Inglaterras, nuevas Francias y hasta nuevos Estados Unidos y nuevas URSS. Oscar Wilde, en una forma no enteramente paradójica, dijo que la naturaleza imita al arte. O por lo menos el arte hace ver la naturaleza de una manera distinta y nueva. Sin exagerar, podríamos añadir que la historia imita a las ideologías Nunca se ha logrado que una ideología reemplace o cambie enteramente una realidad histórica, pero logra alterarla significativamente y termina por cambiar el sentido que de su propia experiencia vital tienen las colectividades. La historia hispanoamericana está llena de ejemplos de esta clase y no exageraría mucho quien la escribiera de nuevo bajo el título general de historia y ficción.

América fue una invención intelectual del Renacimiento. La increíble novedad fue conocida y vista a través de la mentalidad y las concepciones de los hombres de aquella época tan peculiar. Humanistas, sabios y poetas se apoderaron de aquella insólita revelación y de un modo espontáneo la acomodaron a sus conceptos y creencias.

La inteligencia europea había vivido entre mitos y tradiciones aceptadas. Estaba familiarizada con utopías y mitos que formaban parte importante de su concepción del mundo. Por el cristianismo creían en el Paraíso Terrenal. En su origen la humanidad fue feliz. Los males comenzaron con la expulsión por el pecado de Adán. El interés por la Antigüedad Clásica los puso en contacto con el mito de la Edad de Oro. Hesíodo les pintaba un tiempo en que los hombres habían gozado de la paz, la libertad y la abundancia.

También hubo la visión utópica del futuro. El milenarismo prometía mil años de felicidad para todos los hombres después de regresar Cristo a la tierra. La creencia en la *parusía* fue un consuelo para aquella humanidad tan maltratada por la vida.

LOS TRES ITALIANOS

El choque de la noticia del Nuevo Mundo sacudió la conciencia europea y vino a completar el panorama mental del Renacimiento. Como lo ha señalado Giuseppe Prezzolini el Renacimiento no fue, en el fondo, otra cosa que la italianización de Europa, que fue paulatina, pero efectiva, desde el siglo XIV hasta el XVI, desde Dante y Petrarca hasta la corte florentina de Lorenzo el Magnífico. Cada nación recibió esta influencia a su manera. En España tenía que españolizarse, pero es significativo que en la difusión de la gran nueva y en su primera y perdurable interpretación desempeñan un papel protagónico tres italianos: Colón, Pedro Mártir de Anglería y Amérigo Vespucci.

A su regreso del primer viaje Colón escribe para los Reyes Católicos la primera descripción de las nuevas tierras y sus habitantes que Occidente va a recibir con asombro y desconcierto. Esa carta de 1493 comenzó a circular profusamente por todo el viejo continente, despertando curiosidades, imaginaciones y memorias de todo género.

El Almirante describió con persuasiva sencillez la desconcertante dimensión del hecho. En las primeras líneas lanza el equívoco fundamental. "En 30 días pasé a las Indias". Las Indias era el Asia del legendario Preste Juan que pobló la imaginación de la alta Edad Media. Creyó haber pasado a las Indias y lógicamente encontró a los indios, sus habitantes. Indias e indios, como lentes deformantes, han desfigurado la visión inicial de América. El descubridor creía haber llegado a la costa más oriental de Asia. Habrán de pasar largos años antes de que se conozca que se trataba de un nuevo continente. En rigor hasta que, casi veinte años más tarde, Balboa encuentre el Pacífico y cambie aquella equivocada noción.

Colón buscaba el Asia y creyó haberla encontrado y en ese encuentro vio tierras de extraordinaria riqueza, mucho más ricas que todo lo que había conocido en Europa, y a unos hombres desnudos e inocentes que no se parecían en nada a los hasta entonces conocidos. Advierte, con emoción, que no tenían hierro ni armas, tan sólo aquellas cañas huecas

con las que lanzaban pequeños dardos Le parecieron "sin engaños y liberales de lo que tienen". Todo lo dan sin ninguna reserva, y "muestran tanto amor que darían los corazones".

Se percata de que aquella noticia implica un problema teológico. Hay una vasta porción de la humanidad a la que no ha llegado la revelación de la verdadera religión.

Intuitivamente él allana el camino por donde entrarán los teólogos. "No conocían ninguna secta ni idolatría", por lo que se presentaba la oportunidad para los castellanos de convertir "tantos pueblos a nuestra Santa Fe".

La noticia se extendió con rapidez y produjo efectos de todo género. Era un hallazgo inesperado que venía a trastornar las ideas recibidas y a plantear problemas de toda índole a aquellos hombres tan curiosos del saber.

En la Corte de los Reyes Católicos está el italiano Pedro Mártir de Anglería que ve llegar a Colón y va a enterarse en la propia fuente de todas las noticias que llegan sucesivamente de las nuevas tierras, hasta entrado el siglo XVI. En latín de humanista refinado escribe cartas y aquellas *Décadas del Nuevo Mundo* que es el primer libro que el pensamiento europeo consagra al hecho americano. Lo llama reveladoramente "el hasta ahora oculto mundo de las antípodas" Ya esa sola palabra echaba por tierra viejas verdades sobre la imposibilidad de que hubiera habitantes en las antípodas, porque no podrían mantenerse sobre la tierra y caerían al vacío.

Dice que "es como el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador a la vista de un avaro".

No era fácil para aquellos hombres llegar a saber en qué consistía ese tesoro, ni mucho menos incorporarlo debidamente al conjunto de su visión del mundo. Tuvieron que tamizar, filtrar, adaptar y deformar los hechos. Vieron más con la imaginación que con los ojos y, aun más que ver, lo que hicieron fue proyectar las visiones que llevaban dentro de ellos, heredadas de una historia en la que no existía América.

La circunstancia en que se hallaba Pedro Mártir era la de un humanista del Renacimiento Un humanista del Renacimiento en la España de los Reyes Católicos. Después de la visión deformante de Colón en su carta la suya fue la que conoció la Europa de los humanistas en sus cartas, desde el año mismo del regreso del descubridor hasta la publicación de sus *Décadas*, que fue la primera Historia del Nuevo Mundo que los europeos conocieron.

Pedro Mártir era un trasplantado cultural y en su actitud y en su obra expresa el conflicto con el nuevo medio en que ha venido a actuar. No hay que olvidar que España no recibe sin resistencias y modificaciones significativas esas nuevas ideas Llegan fragmentariamente y se hacen más visibles en algunos aspectos que en otros. Es un proceso gradual y limitado de asimilación, en el que España resiste, apegada a su tradicionalismo raigal, con esa actitud de "reserva y cautela" que señaló Karl

Vossler. La concepción predominante en los conquistadores, Croce lo ha dicho, era en gran parte una concepción medieval que "no estaba ya de acuerdo con la época en el siglo del Renacimiento". En su visión se mezclaban las ideas de la Edad Media castellana, un cierto concepto de la Antigüedad con sus imprecisos mitos y símbolos, la influencia tamizada de las novedades mentales del Renacimiento y el hecho desconcertante de aquel Nuevo Mundo súbitamente aparecido.

Es, precisamente, Pedro Mártir el primero que lo llama Nuevo Mundo, con todas las implicaciones que el nombre tiene. El título de *Décadas* viene de Tito Livio y es desde esa posición que él quiere acercarse al hasta entonces "oculto mundo de las antípodas". "Ha vuelto de las antípodas occidentales cierto Cristóbal Colón..." Está convencido, desde el primer momento, de que "cuanto desde el principio del mundo se ha hecho y escrito es poca cosa, a mi ver, si lo comparamos con estos nuevos territorios, estos nuevos mares, esas diversas naciones y lenguas, esas minas, esos viveros de perlas".

Cuando se refiere a los indígenas le viene espontáneamente la metáfora humanista: "para ellos es la Edad de Oro". Se ha encontrado "margaritas, aromas y oro". Así se conforma la primera imagen de tierras nunca vistas, gentes que viven en la realidad de la Edad de Oro y de inmensas riquezas.

Pronto aparece el tercer italiano y no el menos importante, Amérigo Vespucci, hijo de Florencia, servidor de los Médicis, formado en el crisol mismo del Renacimiento. Es un ser enigmático que carga con la fama de haber realizado la más grande usurpación de la historia, al darle su nombre al Nuevo Mundo. Era mercader, curioso de las ciencias, versado en astronomía y en saber clásico y, sobre todo, un hombre culto. Todo lo relativo a Vespucci ha sido tema de inagotable discusión, pero ciertamente no era un farsante, vino a América cuatro veces y sus cartas, en especial la famosa "léttera" a Pier Soderini sobre sus "cuatro jornadas", fueron la más importante confirmación que recibió Europa sobre la realidad de un nuevo continente. Hasta entonces se seguía pensando que las tierras descubiertas formaban parte, en alguna forma, de Asia. En una de sus cartas al Médici comienza por decir que "vine de las regiones de la India, por la vía del Mar Océano", que podría significar que continuaba en él la equivocación colombina, pero más adelante afirma, sin vacilación: "llegamos a la conclusión de que era tierra firme". Fue ésta la gran novedad. Se había hallado un nuevo continente hasta entonces desconocido. Lo dice en sus escritos y lo representa en los mapas que envía a sus protectores. Nada de sorprendente tiene que uno de sus ávidos lectores europeos, Martin Waldseemuller en Saint Dié, que se preparaba a completar una reedición de la cosmografía de Ptolomeo, al trazar el perfil de los nuevos territorios de acuerdo con la versión de Vespucci, convencido de que era un nuevo y cuarto continente que venía a completar la realidad del planeta, le pusiera el nombre del navegante que había descubierto ese hecho fundamental y lo llamara América.

Los tres italianos, el que descubre, el que interpreta y el que bautiza, crean la primera imagen que los europeos alcanzan del Nuevo Mundo. Es posible que Vespucci no llegara a conocer que era su nombre el que designaría toda esa nueva porción recién incorporada a la visión del globo. Murió en 1512 como Piloto Mayor y el mapa de Waldseemuller se imprimió en 1507.

El florentino recoge mucho de las visiones anteriores. Cree haber llegado cerca del Paraíso Terrenal, encuentra monstruos y, sobre todo, confirma la impresión de que los indígenas viven en una situación semejante a la que los antiguos llamaron Edad de Oro.

El núcleo central de la concepción europea de América quedaba constituido. A él vinieron a sumarse, en la mente de los conquistadores, la tradición de prodigios, portentos y milagros que les venía de la Edad Media y, con mucha importancia y grandes consecuencias la ficción desorbitada de los libros de caballería. Los más famosos aparecieron entre 1498 y 1516. Estaban en la imaginación de los conquistadores y no tiene nada de sorprendente que buscaran en el Nuevo Mundo la confirmación de muchas de aquellas descripciones fabulosas.

Hay dos visiones primeras que, en alguna forma, se mezclan y se superponen, terminan por ser la misma y tener igual significación, la del Paraíso Terrenal y la de la Edad de Oro.

EL REENCUENTRO DE LA EDAD DE ORO

Cuando Colón avista por primera vez la masa continental, en 1498, cerca de las bocas del Orinoco, reconoce que hay allí un inmenso río y que debe ser uno de los cuatro que salen del Paraíso Terrenal. Vespucci señala que "la bahía de Río de Janeiro no debe estar muy lejos del Paraíso Terrenal".

La visión de la Edad de Oro es mucho más persistente y de mayores consecuencias. Desde los griegos había formado parte del tesoro conceptual del europeo la noción de que en una época remota del pasado los hombres habían vivido en una sociedad feliz, sin guerra, sin trabajos, en la más ilimitada abundancia gratuita de todos los bienes. Hesíodo y luego Virgilio la recogen y le dan casi la categoría de un hecho histórico. La primera carta de Colón, que lanza al Viejo Mundo la noticia de las nuevas tierras, describe a los indios de las Antillas como el trasunto de los seres de aquella legendaria edad. Después de ese momento ya no se trata de una leyenda más o menos verosímil que nos llega del más lejano ayer, sino de una realidad contemporánea que ha sido vista y verificada por los mismos hombres que han hallado tierras hasta entonces desconocidas. Creyeron que la Edad de Oro existía realmente y se había conservado en sus rasgos esenciales en aquellas lejanas regiones.

Esta noticia fue, acaso, más importante que la del mero descubrimiento de un nuevo continente y sus consecuencias de toda índole fueron gigantescas.

Humanistas, cortesanos y gentes sin letras que conocían el mito se hallaban de pronto ante el hecho de que aquella edad que se pensaba imaginaria existía en la realidad, que había hombres que en aquel mismo momento no vivían en la guerra, la injusticia, la pobreza, la escasez y la codicia sino, por el contrario, en un estado de felicidad interminable, en el que no había combates, ni tuyo y mío, ni diferencias sociales, ni ninguno de los males que habían perdurado desde lo más antiguo entre los pueblos conocidos hasta entonces. Si eso era así, si había hombres que habían logrado escapar de aquellos males, o que nunca los habían conocido, todo lo que había ocurrido inmemorialmente en las sociedades europeas debía ser el resultado de alguna aberración criminal, de una desviación maléfica de lo que era la verdadera naturaleza humana.

La conclusión inescapable era que los hombres habían nacido para la libertad, para el bien, para la igualdad, para existir en la más completa fraternidad y que toda la historia del mundo conocido hasta ese momento no era otra cosa que el resultado de una enfermedad social que había desnaturalizado al ser humano.

Sobre la base de esta revelación asombrosa la imaginación de humanistas y escritores se va a disparar. Lo que ha pasado hasta entonces en la tierra conocida es una aberración de la naturaleza humana, la historia no es sino el testimonio de un largo y sostenido crimen contra la verdadera condición humana que, al fin, se ha hallado en su prístina pureza en las nuevas tierras.

Tomás Moro recoge con embriaguez intelectual tamaña novedad. Escribe, acaso, el libro más influyente en el pensamiento y en el desarrollo social del Viejo Mundo. Inventa para ello una palabra que es la clave del pensamiento europeo posterior y cuyos efectos llegan poderosos y visibles hasta nuestros días. La *Utopía* de Moro es la semilla y el programa esencial de todo el pensamiento revolucionario que va a predominar en el mundo hasta nuestros días. Moro describe un país de igualdad, bienestar general y paz que ha llegado a sus oídos por boca de un marino que acompañó a Vespucci. El marino es ficticio pero el efecto de aquella descripción fue inconmensurable. Lo recoge Montaigne, pone las bases de lo que Paul Hazard llamó más tarde la "crisis de conciencia del pensamiento europeo", y en el siglo XVIII alcanza su máxima y definitiva expresión en las obras de Rousseau. El *Contrato social* es el descendiente directo del Descubrimiento y de la *Utopía* de Moro. De allí en adelante no presenta dificultades proseguir el trazado de la línea genealógica. De Rousseau viene la Revolución Francesa, de ella la afirmación de que la Utopía es alcanzable o restituible. De esa herencia saldrán Marx, Bakunin, Lenin y casi todos los programas revolucionarios de nuestros días. No es una desdeñable descendencia.

Otras visiones deformadas o deformantes van a surgir del hecho americano, que en cierta forma se emparentan con la obsesión de la Edad de Oro.

LAS AMAZONAS Y EL DORADO

Entre esas visiones una reviste excepcional importancia, la de las Amazonas. También venía de la Antiguedad la alucinante noticia de que en alguna parte de Asia Menor existía un reino muy rico poblado exclusivamente por mujeres guerreras. Sus armas y todo lo que usaban era de oro.

Esta leyenda antigua la recogen y la transforman algunos libros de caballería españoles. No se comprende el espíritu, ni las hazañas de los conquistadores sin tener en cuenta la inmensa influencia que sobre ellos, como sobre todos sus contemporáneos, ejerció esta literatura fantasiosa y llena de prodigios increíbles. Eran héroes intachables al servicio de los más altos ideales, que luchaban sin tregua contra los poderes maléficos, y también contra monstruos, gigantes, enanos y encantadores. El gran auge de los libros de caballería coincide con el comienzo de la empresa de Indias. *Amadís de Gaula*, que fue el modelo definitivo del género, apareció bastante antes de que Cortés saliera a la conquista de México. En las cartas y documentos de los conquistadores aparece con frecuencia el recuerdo de los libros de caballería. Uno de los más populares fue el de las *Sergas del Esplandián*, que narraba las descomunales aventuras del hijo de Amadís. Una de las mayores aventuras de Esplandián fue su tentativa de conquistar el reino de las Amazonas. Las Amazonas del libro español eran, en el fondo, las mismas del mito antiguo pero con algunas importantes novedades. La reina guerrera ostenta un nombre nuevo que va a tener, gracias a la conquista, enorme resonancia histórica y geográfica. La reina se llama Calafia y su país California. Los españoles creen que pueden encontrarlo dentro de la desconocida e imaginífera geografía americana.

Ya Colón creyó haber pasado cerca de su isla en alguna de las Antillas menores. Pedro Mártir hace referencia a ellas en sus *Décadas*. Más tarde, según el testimonio de Pigafetta, Magallanes buscó su isla en la inmensidad del Pacífico.

Probablemente es Cortés el primero que concibe seriamente, como lo confirman sus *Cartas de relación*, la posibilidad de hallar la fabulosa isla en alguna parte de la costa occidental de México. Basta leer a Bernal Díaz para advertir la constante presencia de la mitología caballeresca en la imaginación del gran conquistador. Invoca a Roldán, le vienen a la boca, en su primera contemplación de la capital de los aztecas, algunos versos del romance de don Gaiferos. Más tarde enviará un destacamento a buscar en el confín occidental del nuevo país la legendaria isla. Cuando su capitán, Juan Rodríguez Carrillo, avizora por primera vez la costa de lo que hoy llamamos Baja California y la toma por una isla, la nombra naturalmente California. Hoy sabemos el destino fabuloso que tuvo esa reminiscencia equivocada.

Si no nos desviara podríamos aquí advertir que no menos fabuloso y contrario a la realidad que lo rodeaba, fue el hecho, de pura creación

imaginativa del conquistador, de llamar a aquel extraño país, poblado por hombres de una cultura totalmente diferente, con el incongruente nombre de Nueva España.

En 1542 Orellana desciende, sin darse cuenta, por el más grande río del planeta. Lleva en la imaginación el mito de las Amazonas y en algún punto del recorrido maravilloso cree haber encontrado alguna avanzada del reino de las Amazonas. Así como lo que distinguió Carrillo a la distancia no era una isla, ni mucho menos la fabulosa California, tampoco Orellana topó con ninguna avanzada del mentido reino. Pero, en cierto modo, ello carecía de importancia. Lo que sí la tenía era aquel extraordinario poder de imponer lo imaginativo y mítico sobre la realidad inmediata. Lo que había encontrado Orellana fue para él, como después lo ha sido para el mundo entero, el río de las Amazonas.

A partir de 1540 comienza a difundirse la leyenda de El Dorado. El más poderoso mito de la conquista que describía un país, no determinado geográficamente, donde estaban acumuladas las más increíbles riquezas en oro y piedras preciosas y donde el rey o jefe, en lugar de vestiduras, se cubría el cuerpo cada día con fino polvo de oro. Una extensa porción septentrional de la América del Sur, desde Quito hasta las bocas del Orinoco fue recorrida y conocida, en cortos años, por el poder alucinante de esta fantasía.

La lista de los buscadores es larga y cubre tres siglos. En 1540 topan, por un increíble azar, en la sabana de Bogotá tres expediciones: la que venía del Norte con Jiménez de Quesada, del Noreste con el gobernador alemán Ambrosio Alfinger y la que había partido de Quito con Sebastián de Belalcázar. A Belalcázar un indio le había llevado la leyenda, acaso fundada en una peculiaridad local, de que un cacique o rey tenía inmensas riquezas, se cubría de oro en polvo, y que una vez al año se dirigía con todo su pueblo a una laguna sagrada a la que arrojaba innumerables objetos de oro y muchas esmeraldas, para luego zambullirse en ella.

De esta vaga referencia brota la leyenda de El Dorado. Belalcázar parte en su busca, en el encuentro de Bogotá se divulga la creencia. Poco más tarde los gobernadores alemanes de la entonces provincia de Venezuela organizan expediciones en busca de la deslumbrante ciudad. Se la buscó desde la sabana de Bogotá hasta las riberas del Orinoco. Cada vez se creía estar más cerca de ella. Ya a fines del siglo XVI vino en su busca nada menos que sir Walter Raleigh, poeta y gran figura de la corte de la reina Isabel de Inglaterra. Raleigh hace dos viajes hasta el Orinoco en busca del fabuloso reino. Trae algunas informaciones que cree precisas. El Dorado se encontraba en las selvas de la Guayana, al borde de un lago que se llama Parima y en una ciudad, toda de oro, que se llama Manoa. Entre los dos viajes Raleigh publica un famoso libro que va a extender por toda Europa la visión fascinante de El Dorado.

La fama de las riquezas del Nuevo Mundo hacía creíble aquella fábula. En el Perú se había encontrado oro en una abundancia que los hombres nunca antes habían conocido. El pago del rescate de Atahualpa,

con la imagen de aquel aposento lleno hasta arriba de oro y de joyas, preparaba para creer todo lo que se pudiera concebir sobre riquezas ilimitadas. La busca de El Dorado fue uno de los principales móviles de aquella insólita empresa de exploración y reconocimiento que los españoles realizaron en cortos años a través de las ásperas regiones selváticas que cubren desde el Amazonas y Colombia hasta las selvas de Venezuela. Los alemanes y sobre todo Raleigh la divulgan por el viejo continente. Su último eco asoma irónicamente en Voltaire.

Es toda una secuencia de imágenes inverosímiles que deforman una realidad y se superponen a ella, mezclándose y combinándose de las más inesperadas maneras. Desde las imágenes del Génesis y de Hesíodo, desde la Fuente de la Juventud y las Amazonas hasta la visión de la Utopía.

Esa visión europea no sólo afecta a América y a su verdadera comprensión sino que, a su vez, influye directamente en la historia de las ideas del Viejo Mundo. La posibilidad de la utopía va a engendrar ideas, dudas y reflexiones y terminará por crear ideologías. Pero no se queda allí la cosa. Esa visión convertida en ideología regresa a América como novedad intelectual y como programa de acción.

El primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, leía y anotaba en el libro de Moro. Surge entonces la idea de ensayar en tierra americana, entre los indios, aquel proyecto de sociedad. Ya no era Europa que inesperadamente hallaba la Edad de Oro viva en las Indias, sino los hijos de la conquista que admiran y pretenden realizar en su nuevo medio las concepciones que llegan en libros del otro lado del Atlántico. Podríamos hablar sin exageración de un viaje de ida y vuelta de la utopía a través del océano.

Vasco de Quiroga, un protegido de Zumárraga, también ha leído a Moro y se propone con los indios de Michoacán reconstruir la sociedad fabulosa. No sólo esto, sino que llega a escribirle a la majestad cesárea de Carlos V para implorarle que aísle al nuevo continente de todo contacto con el viejo para impedir que se contagie y malogre con vicios que han llevado a la triste historia de Europa y para ensayar con los habitantes originales un nuevo tipo de sociedad fundada en la igualdad y el amor.

Mucho más tarde, los jesuitas establecerán el asombroso ensayo de las misiones del Paraguay. Por cerca de un siglo, de fines del XVII hasta mediados del XVIII, crean, en cerca de un centenar de pueblos, una sociedad igualitaria y providente, en la que no hay propiedad ni indigencia, apartada del resto del imperio y a la que no se dejaba penetrar ni a españoles ni a criollos. El padre francés Charlevoix, que la visita en la época de su apogeo, describe con entusiasmo aquella experiencia que le parece establecida "para hacer realidad las sublimes ideas de Fénelon, Tomás Moro y Platón".

No se detiene la poderosa influencia de la visión de América convertida en ideología europea sino que prosigue en muchas formas, pasa

a través de los mayores sucesos históricos, está en la raíz de la Independencia y llega a nuestros días.

EL MESTIZAJE CULTURAL

El visionarismo, que domina y altera las realidades subyacentes, lleva implícita una condición conflictiva para europeos y para americanos. Esa situación confusa y pugnaz engendra, a lo largo de los tiempos, la violencia histórica. Las cuatro fuentes culturales que han hecho el mundo americano nunca han llegado a fundirse en unidad completa y estable. Están presentes y se han mezclado en todas las formas imaginables, en grado y forma variable según el tiempo y la situación. No es difícil detectar en los sucesos y en el pensamiento su poder de deformación, creación y conflicto.

Lo más activo de esas fuentes, históricamente, lo representan los españoles que llegan. El medio geográfico y humano y el contacto con las otras culturas les modifican notablemente el vocabulario, usos, alimentación, entorno social, relación con el espacio, vivienda y familia. Cuando alguno regresa a la España de los Austria es el "indiano", aquel personaje extraño que aparece en las comedias.

Habría que estudiar todo lo que comprende y traduce la noción semántica del *indiano*. Era una forma de reconocimiento de las diferencias insalvables que habían producido entre los peninsulares y los que estaban establecidos en América, españoles o criollos. Con alguna frecuencia, en la literatura del Siglo de Oro, aparece el personaje estrafalario y caricatural que provoca curiosidad y burla. Siempre era o se le suponía rico, y como su liberalidad nunca podía ir de par con su fama de riqueza terminaba por resultar tacaño. El lenguaje que usaba detonaba por su abundancia y novedad de vocablos claros y giros inusitados. "Gran jugador del vocablo", lo llama Lope de Vega pero, por otra parte, señala que "nos cuentan mil embelecos". La casa del indiano, sus lujos, sus hábitos, eran motivo de mofa. La casa era reconocible por los negros de servicio, los loros en las perchas y el son de chaconas y areitos que cantaban los criados.

Otra visión es la que tenían los indígenas, desde las altas civilizaciones de los grandes Estados precolombinos, hasta las dispersas tribus de la vertiente atlántica. Su aporte es fundamental y en todas las manifestaciones culturales aparece, más o menos visible, su huella. Conviven estrechamente con el español y se establece entre ellos un continuo e inconsciente intercambio de nociones y valores. A su vez se modifican porque ya no podrán ser los mismos que fueron antes del hecho colonial.

No se puede desdeñar el aporte africano. A lo largo del régimen español llegaron millones de esclavos de la costa occidental de Africa. Traían culturas propias, lenguas, religiones y características peculiares de todo género. Convivieron con españoles e indios y se extendió el intercambio a tres actores. En consejas, en música, en danzas, en ali-

mentación, en ciertos rasgos psicológicos está presente su inmensa contribución aun en aquellos países en las que físicamente han desaparecido, como la Argentina.

La cuarta es el espacio nuevo. Los efectos de tan gran desplazamiento brusco y total, de aquel verdadero desalojo, se hicieron sentir en muchas formas en la mente y la conducta de aquellos españoles separados de sus raíces y de su ambiente ancestral. El padre José de Acosta, a fines del siglo XVI, recoge esa impresión de extrañeza y algunas de sus consecuencias mentales y hasta religiosas. Ante la variedad de nuevas especies animales no puede dejar de preguntarse cómo llegaron allí si sólo hubo, según las Escrituras, un solo acto de creación divina, cómo, salidos del Arca de Noé, pudieron llegar a tierra tan distante y desaparecer del mundo conocido. En su desconcierto revelador llegan a aparecer algunas premoniciones darwinianas.

El desajuste fundamental había comenzado con la nueva relación entre el español y el espacio americano. Al llegar a las Indias sufría una desadaptación y un desfase graves con respecto al marco de referencia del entorno. Una forma de relación congénita con gentes, paisaje y fenómenos naturales quedó bruscamente rota. De un clima de estaciones marcadas pasaron a otro sin estaciones como en el Caribe, o de estaciones invertidas como en el Plata, las dimensiones fisiográficas cambiaron descomunalmente. Quienes habían nacido a las orillas del Tormes, del Tajo y aun del Guadalquivir topaban asombrados con aquellos "mares de agua dulce" del Magdalena, el Orinoco y el Amazonas, en los que, comúnmente, desde una orilla no se divisa la otra. Quienes no habían conocido más montaña que la sierra de Gredos o el Pirineo se hallaron con los Andes, aquella "nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieve", a la altura de los mayores picos de Europa descubrieron poblaciones, para quienes no conocían más que las mesetas del Viejo Mundo surgieron las inabarcables extensiones planas de la pampa y los llanos. Con pasmo vieron animales, plantas y gentes desconocidas, sufrieron huracanes y terremotos para los que carecían de equivalencia en su memoria vital y cultural. El desajuste provocó grandes efectos en el espíritu y en todas las formas de relación con el espacio, que se tradujeron en alteraciones de conducta, en desequilibrio y traumática adaptación.

No menos conflictivas fueron las nociones del tiempo. Los colonizadores eran hombres del Renacimiento, con una visión lineal de la historia y del tiempo, contaban por horas, por semanas, por años y se mezclaron con hombres de culturas que tenían una noción enteramente diferente del transcurso y la significación del tiempo. Los indígenas tenían otro tiempo y una visión cíclica y repetitiva de las edades y los acontecimientos que había desaparecido de la mente europea desde el predominio de Roma y del cristianismo. Fue difícil, y a veces imposible, someterlos a un ritmo de orden cronológico que era ajeno a sus mentalidades. No sólo fue difícil sino que esas nociones diferentes, con todas

sus consecuencias subsistieron y marcaron su presencia en el proceso del mestizaje cultural. Los africanos, por su parte, tampoco tenían una concepción lineal del tiempo ni una división del día semejante. Los etnógrafos nos han dicho que en las culturas africanas no hay nada equivalente a nuestra idea del futuro.

Estas incompatibilidades se manifestaron dramáticamente en la insuperable dificultad que se presentó para someter a los indios del Caribe, que fueron los primeros con los que se entró en contacto, a un sistema español del trabajo y de la tarea. No existía para ellos noción de trabajo a la europea, ni la podían entender. Lo veían como un mal y se resistían. Los españoles ensayaron muchos sistemas para tratar de convertirlos en "labradores de Castilla", ensayando adaptaciones de las formas tradicionales de prestación de servicios, el colonato o la servidumbre medieval en la forma de la encomienda, que nunca fue aceptada por el indio y que no logró crear una verdadera relación laboral.

La forma más importante de ese proceso cultural, fluido y nunca cerrado, está en la continua y variada mezcla cultural que ocurre en todos los niveles y formas entre aquellas tres culturas protagónicas. De allí nace el principal rasgo de la vida americana, su mestizaje cultural. Las tres culturas fundadoras se han mezclado y se mezclan en todas las formas imaginables, desde el lenguaje y la alimentación, hasta el folklore y la creación artística. No escapa ni siquiera la religión, el catolicismo de las Indias nunca fue un mero trasplante del español, en ceremonias, invocaciones y en la superstición popular se tiñó de la herencia de las otras dos culturas.

El español nunca se llegó a sentir americano, demasiadas ligaduras lo ataban a la patria original. En sus hijos no se borró esta herencia. El indio y el negro tampoco llegaron nunca a ser totalmente asimilados. El resentimiento contra el dominador, las insalvables diferencias físicas y culturales y la memoria mítica de un pasado perdido en el que habían sido libres y señores, los mantenía en una actitud abierta o solapada de resistencia.

Así se planteó, para no ser resuelto nunca de manera satisfactoria, el problema fundamental de la identidad que ha atormentado por siglos el alma criolla. Era lo que Bolívar pensaba en 1819, en Angostura, cuando decía "no somos españoles, no somos indios", "constituimos una especie de pequeño género humano".

Esa situación conflictiva del criollo y de su cultura tuvo una manifestación ejemplar al comienzo mismo de la colonización en la persona del Inca Garcilaso de la Vega. Hay que acercarse a él, yo lo he hecho muchas veces, para mirar dramáticamente esa contradicción fundamental. Había nacido en el Cuzco pocos años después de la Conquista. Era hijo de un capitán español de prestigioso nombre, Garcilaso de la Vega, y de una joven peruana de alto nacimiento, nieta del emperador Inca Túpac Yupanqui, que había sido bautizada con el nombre de Isabel Chimpu Ocllo. En la vasta casa del Cuzco, en la que creció, se daba

diariamente la más clara y tajante presencia del conflicto. En un ala vivía la *ñusta* con sus viejos parientes de la familia de los reyes incas que hablaban en quéchua de su pasado. En la otra estaba el capitán Garcilaso, con sus compañeros de armas, sus frailes y sus escribanos, metido en el mundo español de América. Atravesar el vasto patio era pasar una frontera cultural, pasar del mundo de Atahualpa al de Carlos V. Pero el niño no pasaba esa raya, porque en su espíritu se mezclaban pugnazmente y con difícil acomodo las dos lenguas, las dos creencias, las dos historias, las dos culturas. Ese conflicto nunca lo llegó a resolver el Inca. Vivió en España por más de las dos terceras partes de su existencia, fue soldado y clérigo y cuando escribió la cumbre de su obra de escritor, los *Comentarios reales*, que es un monumento de las letras castellanas, en el tiempo mismo de Cervantes, no hace otra cosa que presentar reiteradamente las dos lealtades que combatían sin tregua en su alma.

Esa condición conflictiva no se limitaba a un estado de conciencia generalizado sino que se manifestaba en pugnas, rupturas e insurrecciones. Podría casi hablarse de un estado de guerra civil latente durante el período colonial, que pasa por sucesivas alternativas de mayor o menor violencia.

Las lealtades culturales no homogeneizadas hacían que el criollo no se sintiera dentro de un mundo estable y aceptado, sino dentro del choque de mundos diferentes que lo mantenían en un desajuste constante. Era el efecto de las distintas concepciones, de las diferentes condiciones mentales, de las opuestas e irreconciliables visiones.

INSURGENTES

La violencia aparece desde el primer momento. La primera y más clara es la pugna de los conquistadores con la Corona de Castilla. El insoluble antagonismo entre lo que aquellos hombres creían que eran sus derechos de conquista y el sistema que la metrópoli se propuso pronto imponer para someter a las leyes y a las estructuras tradicionales del Estado peninsular la nueva sociedad inorgánica. Fueron numerosos los alzamientos y las tentativas de alzamiento. Desde las pugnas de los primeros vecinos de La Española, pasando por Martín Cortés y las guerras de almagristas y pizarristas en el Perú, hasta la espeluznante y reveladora aventura de Lope de Aguirre, casi tres cuartos de siglo después del Descubrimiento. Era la inconciliable querella del conquistador con la Corte y con los bachilleres, ministriles y funcionarios de toda clase que querían arrebatarle su dominio de hecho, para implantar un orden impersonal de ley castellana. La carta de Lope de Aguirre a Felipe II es un documento que aún hoy no puede leerse sin emoción y angustia. Aguirre se queja ante el rey de las que llama injusticias cometidas con los hombres que han ganado las Indias. Se desnaturaliza de su vasallaje y declara guerra sin término a los hombres del rey.

Era inevitable el enfrentamiento abierto o tácito entre el hecho creado por la conquista y las pretensiones generosas de las Leyes de Indias, lo que no era otra cosa que el conflicto inevitable entre dos concepciones opuestas. La visión española de los funcionarios del rey y la visión americana y local de los conquistadores y sus descendientes.

Sobre el fondo de este enfrentamiento aparecen pronto o simultáneamente otros. El del conquistador con el evangelizador. Los frailes heroicos de aquella primera hora no sólo ven con horror las crueles realidades del proceso de dominación y explotación, sino que lo denuncian y condenan de la manera más enérgica. En sermones, en prédicas, en amenazas de excomunión atacan a los conquistadores por la manera como tratan a los indígenas. El caso más conocido y admirable en su tenacidad es el de fray Bartolomé de Las Casas. En su apasionada defensa de los indios, Las Casas llega a condenar la conquista. Semejante prédica irrita a los hombres de poder. Surge un debate, que va a revestir muchas formas, desde el escrito hasta la violencia entre aquellas dos maneras opuestas de entender el destino de las nuevas tierras. Lo que está en el fondo es la idea fundamental de si los españoles tienen el derecho de conquistar las Indias y someter a los naturales. El eco va a magnificarse y a alcanzar su máxima expresión en el debate de Las Casas con Sepúlveda y en los conceptos del padre Vitoria y, por otra parte, determina la larga serie de ensayos para crear otro tipo de sociedad en América, distinta radicalmente de la europea. No había manera de entenderse sobre lo que había que hacer en aquella nueva situación. Ese conflicto tampoco se resuelve y va a perdurar, en muchas formas, hasta la época moderna.

Se alzaban los españoles, pero también y de manera más permanente los indios y los negros. Cada uno dentro de una visión diferente. A comienzos del siglo XVI un esclavo africano llamado Miguel, que trabajaba en las minas de oro de Buria, en el occidente de Venezuela, se alza, mata y hace huir a los españoles y se proclama rey. Forma una curiosa corte en la que se mezclan reminiscencias de la realeza castellana y formas tribales africanas. ¿A cuál mundo pertenecían el rey Miguel y su transitorio reinado?

Podría hacerse una larga y pintoresca crónica de la extensa serie de las insurrecciones, a todo lo largo del período colonial, pero cuando se presenta más clara y reveladora la extraña mezcla de influencias es en el siglo XVIII. Se podría contar una reveladora historia sobre la penetración de las ideas de la Ilustración en el nuevo continente y sobre las muy diversas formas de interpretación y adaptación que reciben, según los tiempos y las circunstancias.

Hubo además del prestigio de las nuevas ideas toda una literatura europea destinada a interpretar el fenómeno americano. En general estaba mal informada y no conocía ni podía interpretar aquella difícil realidad. Pero por un curioso fenómeno de sugestión literaria los criollos empezaron a mirar su confusa circunstancia histórica con los ojos no muy

claros y con la escasa información del abate Raynal y del muy escuchado De Paw.

Como bajo una alucinación aquellos criollos sumergidos por generaciones en una circunstancia muy caracterizada y peculiar comenzaron a verla con la visión desenfocada de Raynal y De Paw. Ninguno de esos "philosophes" había estado nunca en América y no tenían sobre ella sino noticias de segunda mano en las que abundaba el eco de Las Casas. Son libros típicos de la mentalidad de la Ilustración. Ambos se publican antes de la Revolución Francesa y son leídos ávidamente y citados como autoridad suprema. Poco importa que muchas de las cosas que afirman no correspondan en nada con los hechos ciertos. Con la noticia de los negros, blancos y de los hermafroditas de la Florida, darán por buena la afirmación de que la colonización española significó el exterminio de millones de indígenas y por ver lo que los rodeaba como "un mundo trastornado por la crueldad, la avaricia y la insaciabilidad de los europeos". De Paw se propone "sacar alguna luz de tanta tiniebla". Lo curioso es que quienes no estaban en la tiniebla sino en la plena luz de la experiencia cotidiana terminaron por adoptar las nociones que aquellas obras divulgaban.

No es de extrañar que se agudice la situación conflictiva que existía en el nuevo continente entre los distintos núcleos culturales y raciales. La independencia de los Estados Unidos vino a añadir la arrolladora elocuencia de su ejemplo. Era posible establecer una república libre e igualitaria en una antigua colonia de europeos. No se percataban de que lo que ocurrió en Norteamérica mucho más que una revolución fue una ruptura. No hubo innovación social sino un corte de la dependencia superior de la corona británica, para continuar dentro de las mismas instituciones representativas y democráticas que habían existido por largo tiempo entre ellos. El caso de las colonias españolas era dramáticamente distinto y no existía en ellas ningún antecedente de instituciones representativas, ni de libertad y menos de igualdad. Se trataba, en efecto, de la riesgosa operación de trasplantar un árbol a un suelo y a un clima distintos. Sin embargo, la vieja pugna soterrada va a encontrar un inesperado y poderoso estímulo en aquellas ideologías extrañas.

La insurrección va a surgir con distintos pretextos. Algunas veces, como en el caso de Túpac Amaru, en el Perú, se pretende resucitar el imperio de los incas pero con una curiosa incorporación de ideas políticas de la Ilustración. El pretendiente Inca decreta la libertad de los esclavos y usa expresiones de indudable origen revolucionario.

Esa heterogénea combinación de motivos no se detiene allí. En las rebeliones de la zona andina, junto con la proclamación de la libertad e igualdad de la moderna revolución occidental, va a aparecer frecuentemente la invocación de un retorno en alguna forma al pasado mítico de la América precolombina. Su último eco se encuentra en Miranda. El gran precursor que participa en la guerra de Independencia de los Estados Unidos y en la Revolución Francesa como jefe de ejércitos, cuando

imagina el porvenir de su América la proyecta unificada, bajo un nuevo nombre significativo: Colombia, y con dos Incas, simbólicos y reales, a la cabeza de un gobierno que pretendía copiar la monarquía inglesa.

Los alzamientos de los comuneros de la Nueva Granada y de parte de Venezuela, que ocurren antes de 1789, protestan contra los impuestos y el mal gobierno local. Quieren deponer a las autoridades coloniales pero dan vivas al rey. Mucho más tarde, en 1810, la revolución de Independencia se inicia en Caracas deponiendo al gobernador y capitán general pero protestando su lealtad a Fernando VII.

La primera constitución hispanoamericana es la que se promulga en Venezuela en 1811. Establece la igualdad, los derechos del hombre y la libertad irrestricta. Más tarde se revelará trágicamente la incompatibilidad de esas instituciones con la realidad histórica y social. Lo que brota en el largo y cruento proceso de la guerra de Independencia que durará, en su faz guerrera, más de quince años, es la presencia explosiva de los viejos resentimientos. La ideología trata de cubrir, sin eliminarlo, el viejo problema social.

Bolívar, con su aguda penetración, se da cuenta de aquella peligrosa antinomia que amenaza con la destrucción total. Desde 1812, cuando fracasa el ensayo inicial de Venezuela, llama a aquellas instituciones sin raíz "repúblicas aéreas". A partir de 1814, se desata en Venezuela una verdadera insurrección popular, destructiva y sangrienta, que amenaza con borrar hasta los vestigios de la organización social. Los iniciadores de la revolución pertenecían en su mayoría a las clases altas y educadas que participaban fervorosamente de las nuevas ideas. La masa rural y, en particular, las hordas nómadas de llaneros se fueron detrás de un español consustanciado con el medio, aquel extraordinario personaje que se llamó Boves, y acabaron con la frágil fachada republicana. Millares de criollos que mataban, saqueaban e incendiaban en nombre del rey. Más tarde cuando después de heroicos esfuerzos los caudillos patriotas lograron avanzar en el camino de la victoria final, Bolívar, que no había olvidado la dura lección, dijo en Angostura: "¿No sería difícil aplicar a España el Código de Libertad Política de Inglaterra? Pues aún es más difícil adoptar en Venezuela las Leyes del Norte de América".

Ya para 1825, después de la victoria de Ayacucho, llega al Perú Simón Rodríguez a encontrar al Libertador, su viejo maestro y amigo que había permanecido en Europa por todo el tiempo de la guerra. Conocía las difíciles condiciones de aquella inmensa empresa de libertad y democracia y no se le ocultaba su fragilidad. El poder real no estaba en las instituciones democráticas sino en las manos de los nuevos caudillos. Su propuesta es radical. No había republicanos para formar y asentar la república más allá de la letra muerta de las constituciones. Se necesitaba forjar los republicanos y es lo que él propone por medio del más visionario y audaz plan de educación. Propone recoger los niños pobres para formarlos para el trabajo productivo y la democracia en institutos de educación concebidos de una manera enteramente nueva.

Los educandos, junto con la instrucción en ciencias, aprenderán oficios útiles y se habituarán a un sistema de discusión, libertad responsable y respeto. Para que haya república hay que romper tajantemente con el pasado. Sacar los niños de la influencia familiar para cortar la tradición del espíritu de la colonia. Como él lo decía en sus propias palabras, se trataba de "declarar la nación en noviciado". Lo que Rodríguez se propone es cortar la historia para que se pueda crear un nuevo tiempo. En este sentido es un precursor de los regímenes utópicos de nuestro tiempo que se han empeñado en crear un hombre nuevo. Al empeño de volver en alguna forma al pasado indígena, o al de crear una república sobre el modelo de Filadelfia, Rodríguez añade su asombrosa visión precursora sobre la necesidad de formar un nuevo hombre que pueda amar y sostener las nuevas instituciones.

Ninguna de estas visiones, que incidían en muchas formas sobre la realidad, podía asombrar a aquellos hombres que vivían entre la realidad mal aceptada y conocida y la utopía. Rodríguez tuvo por compañero, en sus largos años del París postrevolucionario, a aquel inverosímil y estrafalario fray Servando Teresa de Mier, que llegó a sostener con toda convicción y con las más peregrinas pruebas que el cristianismo había llegado al nuevo continente mucho antes que los españoles, pues el dios indígena Quetzalcóatl no era otra persona que el propio apóstol Santo Tomás, enviado milagrosamente por Cristo para anunciar el evangelio a aquella vasta y desconocida porción de la humanidad.

Estrechamente mezclada con la ansiosa lucha por la democracia surge la idea federal. El modelo norteamericano era federal, pero aquel federalismo que correspondía a situaciones históricas reconocibles y reales, no hallaba base de sustentación en el pasado centralista de las jurisdicciones tradicionales del imperio español. Se intentó, al comienzo, la copia ingenua del ejemplo norteamericano. Los hombres que proclaman la Independencia de Venezuela, la establecen dentro de un régimen federal que nunca había existido en el país y para el que no había justificación histórica alguna. Fracasó inevitablemente. Sin embargo, la ilusión no muere. En todas las nuevas naciones se va a luchar encarnizadamente por el federalismo, desde México hasta la Argentina. Poco tenían que ver aquellas proclamaciones ideales con la efectividad del orden existente. Bajo el nombre de federal, que debía ser sinónimo de democracia, se cobijaron toda suerte de regímenes, más o menos de hecho, que iban del endeble ensayo de Caracas hasta la "Santa Federación" de Rosas, que asentó por largo tiempo su dura mano sobre aquella región agitada y convulsa después de la supresión del aparato administrativo colonial.

Si pasáramos revista a las constituciones, frecuentes y muy parecidas, que las naciones hispanoamericanas adoptaron a todo lo largo del siglo XIX, encontraríamos, para sorpresa nuestra, que a pesar de que lo que predominó en casi todas partes fue la dictadura caudillista, las constituciones no alteraron en nada su idealista lenguaje liberal y repu-

blicano. No hubo instituciones dictatoriales, el ideal democrático nunca fue negado ni reemplazado aun en los más duros regímenes personalistas.

Esa curiosa situación es digna de ser vista con algún detenimiento. Era acaso un simple fetichismo por un inalcanzable ideal político, era la aceptación de un inconciliable divorcio entre la situación efectiva y los ideales o era un aspecto nuevo del viejo nominalismo de la colonización. La cosa y el nombre no tenían por qué corresponder, pertenecían a dos esferas distintas pero, en alguna forma, mágicamente vinculadas. No era otra cosa llamar a una ranchería Nueva Cádiz o Nueva Segovia, ni tampoco lo era fundar una ciudad, trazar sus inexistentes calles y plazas sobre el yermo desnudo, y designar entre los vecinos de la ranchería a los miembros del cabildo, cuando todavía, y acaso por largo tiempo, no había ni vestigio de lo que un europeo llamaba una ciudad. Gran parte de las Leyes de Indias son inaplicables y son elocuentes ejemplos de este nominalismo ciego. El visionario es, precisamente, quien no ve lo que está ante él sino lo que proyecta desde su mente.

El rico y confuso paisaje mental que se produce en América puede seguirse a través de algunas palabras que, como botellas al mar, flotan señalando las corrientes profundas.

GODOS

Una de esas palabras es *godo*. A través de su proteica transformación semántica se puede detectar el vaivén de tendencias y concepciones que han agitado y agitan a ese mundo.

Aquellos que para Don Quijote eran: "los de hierro vestidos, reliquias de la sangre goda", en su delirante visión de los carneros, dándole al vocablo su tradicional significación de nobleza de origen y preeminencia social, conserva el mismo significado en los escritores del siglo XVIII en España, para convertirse en boca de Feijoo en cognomento satírico, de antigualla: "hombre del tiempo de los godos", de retrasados con respecto a lo moderno, "¿qué dirían, si no que los españoles somos Cymbrios, Lombardos y Godos?".

Ese viejo nombre va a sufrir en América significativos cambios. En lo más sangriento de las guerras civiles del siglo XIX se oye el grito, casi anacrónico, de "mueran los godos".

¿Quiénes habían llegado a ser esos godos tan detestados y repudiados por las montoneras armadas? Al comienzo de la lucha por la Independencia eran llamados godos los españoles y sus partidarios en oposición a los que luchaban por la libertad política. Pero la línea de separación nunca fue clara. Los godos que comenzaron siendo los enemigos de la Independencia, terminaron siendo los contrarios de los liberales y federales de toda pinta.

Cuando en los primeros tiempos de la guerra, en Venezuela, surge esa extraña y turbadora figura de Boves la palabra cambia de significación. Boves, asturiano hecho llanero por el gusto y el tiempo, se pone

a la cabeza de una numerosa tropa sin disciplina y sin ley, que a sangre y lanza entra en los poblados para matar y destruir en nombre del rey. Era una masa popular amorfa que, bajo Boves, se lanza incontenible contra los jefes de la Independencia hasta derrotar finalmente a Bolívar en 1814. No era un oficial regular del ejército sino un jefe natural de aquella inmensa montonera de jinetes salvajes que se desborda sobre la parte más civilizada de aquella República incipiente. ¿Contra quiénes luchaban aquellas hordas temibles y a favor de quiénes estaban? Invocaban, ciertamente, su fidelidad bastante remota al rey nunca visto, y su odio a los llamados patriotas, pero en realidad no pertenecían a las fuerzas españolas, a las que nunca llegaron a estar incorporadas efectivamente, y a cuyo supremo comando tributaban apenas un acatamiento de pura fórmula, ni estaban contra una ideología política. Decididamente combatían sin descanso contra los que ellos llamaban los *godos*, que no eran otros que los criollos representantes de una vida urbana. No pocas veces llegaron a proclamar: "Mueran los blancos, los ricos y los que saben leer". ¿Cómo definir lo que se enfrentaba en esa turbia lucha? No era ciertamente la defensa del Estado español, ni menos la de una autonomía republicana al uso de los patriotas. Era una especie de espontánea insurrección popular contra los que parecían estar por encima de ellos. Nadie sabe lo que hubiera podido ocurrir si Boves triunfa. Juan Vicente González, con inmensa penetración, lo llamó "el primer jefe de la democracia venezolana".

Su estilo y su forma de lucha va a sobrevivir por largo tiempo en los caudillos criollos. Los caudillos, llámense Rosas, Facundo, Artigas o Páez y sus sucesores van a proclamarse liberales y federales. Sarmiento, con poco acierto, los llamará bárbaros. Representaban para él la barbarie. ¿Qué clase de barbarie frente a las formas externas de una pretendida civilización a la europea que se refugiaba en las ciudades? El caso de Páez es muy revelador. Surge en la guerra de Independencia como una legendaria figura heroica, lucha entonces contra los godos, que eran los peninsulares y sus partidarios criollos. Más tarde, muerto Bolívar y convertido en el jefe indiscutido del país, el general Páez se convierte fatalmente en el jefe de la parte más civilizada de la población y pasa a ser, para sus enemigos, el más poderoso de los godos.

Frente a él, paradójicamente, comenzará la propaganda liberal, para denunciarlo como oligarca y jefe de los godos, de la "godarria" como dirá el habla popular. De esa nueva división van a surgir largos años de destructora guerra civil contra los godos o contra los federales.

Los liberales fueron insurgentes, sin duda, pero los godos también lo fueron. Todos los movimientos caudillistas de origen rural se levantaron contra el predominio de los terratenientes tradicionales, los letrados de la ciudad, los comerciantes y los prestamistas.

Lo que comenzó siendo un apelativo para los llamados serviles termina significando una designación del *establishment* de cada momento.

Por un proceso continuo los insurgentes de ayer terminan siendo godos para los nuevos insurgentes.

El escenario peculiar no cambia con el predominio aparente de las nuevas ideologías aprendidas de Occidente y proclamadas superficialmente. Siempre habrá godos contra quienes luchar en nombre del liberalismo o del federalismo y más tarde del marxismo y hasta del maoísmo.

Es fascinante tratar de ubicar una figura como la del Che Guevara dentro de este marco general de referencia. Pertenece, ciertamente, a la raza de los insurgentes, tan variable y tan fértil, pero es al mismo tiempo el heredero indudable de la figura del caudillo rural. Algún día, de haber vivido, hubiera llegado a ser el godo de alguien.

En verdad, lo que parece en este panorama difícil de precisar, es el permanente trasfondo de las contradicciones culturales y las superpuestas y encontradas visiones. Visionario fue Colón y su visionarismo marcó todo el futuro del nuevo continente, pero visionarios lo fueron también los hombres de la Independencia, los caudillos de la montonera, los ideólogos de las ciudades, y todos los que en una u otra forma fueron insurgentes, en nombre de una idea o de una creencia.

LA VISION LITERARIA

Tiempo les ha tomado a los hispanoamericanos darse cuenta cabal de esa peculiar situación. Por siglos, hasta ayer, se creyeron europeos y trataron de pasar por tales en todas las formas imaginables. La imitación del modelo ultramarino fue la regla, primero el de España, más tarde el de Francia, un poco el de Inglaterra y, en nuestros días, consciente o inconscientemente, el de los Estados Unidos.

La literatura es el mejor reflejo de esa curiosa situación. Por mucho tiempo los escritores americanos vieron su realidad social y natural con ojos europeos. La literatura del siglo XIX refleja esa situación. Simón Rodríguez insurge contra ella y proclama la necesidad de ser originales: *O inventamos o erramos*. Andrés Bello, en 1823, aún no concluida la guerra de Independencia, escribe en Londres la primera parte de un largo poema que proyectaba sobre América y del que no realizó sino fragmentos. Bajo el nombre de *Alocución a la poesía* invita a los poetas criollos a ser los Virgilios de una nueva realidad, a cantar la naturaleza americana, a no imitar los modelos europeos, a atreverse a ser originales. Es también la actitud que asume Sarmiento en *Facundo*, que nunca hubiera podido ser escrito por un europeo y que refleja en su tema, en su estilo y en su concepción una nueva situación para el escritor.

Con todo ello la influencia europea siguió siendo dominante. El romanticismo inundó a América de imitaciones. El caso más patente es el de la *Atala* de Chateaubriand. El lagrimoso y dulzarrón idilio fue publicado en París en 1801. Basado en datos de segunda mano el autor francés pinta un paisaje falso, con unos protagonistas no menos falsos, una pareja

de indios americanos, que se enamoran y sufren dentro de la más refinada convención sentimental del romanticismo.

Es casi inexplicable cómo esa visión, que nada tenía que ver con la realidad, influyó durante decenios en escritores latinoamericanos que conocían al indio verdadero y convivían con él. Todavía en 1879 Juan León Mera, escritor ecuatoriano, que vivía en una región de alta densidad de población indígena, deja de ver los indios ecuatorianos con sus propios ojos, olvida la experiencia existencial de toda su vida y proyecta sobre el vacío la visión falsa de Chateaubriand.

El reconocimiento de la riqueza potencial de aquella peculiaridad cultural que contenía la posibilidad de una nueva visión más rica, más compleja, más fiel y más original, tomó tiempo en alcanzarse.

El caso de Rubén Darío es ejemplar y aleccionador. Después del Modernismo la literatura hispanoamericana asume su potente y mal definida personalidad ante el mundo.

Darío, intuitivamente, nutrió su genio poético de aquellas peculiaridades. Tal vez pretendía ser un simbolista francés pero, afortunadamente para él, no podía serlo. Con un poder no sobrepasado de expresión y de sensibilidad tradujo en poesía incomparable la rica y confusa mezcla cultural en que se había formado. Era evidente que sólo un genuino americano podía escribir semejante poesía. El eco fue inmenso, equivalió al descubrimiento de una realidad que había permanecido oculta o rechazada por la moda europeizante. América, por primera vez, hallaba una expresión literaria propia y original. Lo revela el hecho de que, en palabras de Federico de Onís, "se cambiaron las tornas" y se produjo una importante y decisiva influencia literaria de América en España.

La veta que había hallado Darío fue seguida más tarde por los grandes novelistas del Nuevo Mundo. Estaban viendo su circunstancia con ojos nuevos y se asombraban de su potencial originalidad ante el mundo. Fue el caso que comenzó con el cuadrunvirato de Gallegos, Rivera, Güiraldes y Azuela. No era sino el magnífico comienzo de una prodigiosa revelación. Detrás vendrían los creadores de esa extraña mezcla de ficción, realidad y poesía que he llamado realismo mágico. Fue el caso insigne de Asturias, Carpentier y algunos otros que por los años 30 iniciaron un nuevo lenguaje y una nueva visión que no era otra cosa que la aceptación creadora de una vieja realidad oculta y menospreciada. De *Las leyendas de Guatemala* a *Los pasos perdidos* y a la larga serie de nuevos novelistas criollos hay un regreso, que más que regreso es un descubrimiento de la mal vista complejidad cultural de la América hispana.

Esa nueva revelación se desarrolla y diversifica en grandes escritores que van desde Borges hasta García Márquez. Nada ha inventado García Márquez, simplemente se atrevió a transcribir lo que diariamente había vivido en su existencia en la costa colombiana del Caribe. Esa transcripción estaba llena de profunda y original poesía. No se parecía a nada de

lo escrito en Europa, simplemente por el hecho de que se estaba viendo la realidad americana con ojos sinceros y desprevenidos.

Macondo no es sino un caso ejemplar del vasto y vario mundo creado por la interacción ciega y fecunda de godos, insurgentes y visionarios.

No sería aventurado afirmar que más claro han visto la realidad hispanoamericana los novelistas y los artistas plásticos de nuestros días que los historiadores y ensayistas del pasado. Sobre estos últimos ha pesado mucho la dicotomía moral aplicada al pasado y las refracciones de imagen causadas por las ideologías.

No es que los creadores literarios y artísticos no sean igualmente visionarios, pero su visión, en los últimos años, brota de la aceptación de la realidad y de su transcripción en obra de arte. La distancia que hay entre García Márquez y Mariátegui, o los seguidores latinoamericanos de los grandes autores franceses, ingleses o norteamericanos, es abismal. Es abismal porque Macondo brota, casi espontáneamente, de una vivencia, y nada tiene que ver con ningún esquema ideológico o modelo de escuela, ni se propone demostrar nada.

UNA MUTACION DE OCCIDENTE

Del reconocimiento de la excepcional condición cultural de la América hispana debe partir toda concepción de su presente y su destino en todos los campos de la actividad humana, desde la creación literaria hasta la presencia ante el mundo.

No podríamos, y sería negativo, tratar de eliminar la herencia viviente de las visiones que nos vienen desde los orígenes mismos de esta sociedad *sui generis* sin comprender el precioso potencial de realidad y creación que nos viene del hecho múltiple y constante del mestizaje cultural. Es en esta condición donde hay que buscar la verdadera identidad y las posibilidades de todo género ante el presente y el futuro.

No van a desaparecer, revestidos de cualquiera de sus cambiantes formas, los godos, los insurgentes y los visionarios, y si desaparecieran faltaría el resorte que ha producido una realidad peculiar que le ha dado a ese mundo su fisonomía propia.

La América Latina, sin duda, representa una mutación, llena de posibilidades, de la civilización occidental. Por los valores fundamentales, las instituciones, el lenguaje, la creencia, es parte de Occidente, pero no es totalmente Occidente. Es como una inmensa frontera de Occidente, distinta y caracterizada por muchos rasgos propios, que es distinta igualmente de la presencia occidental en los continentes de colonización. La cultura occidental no se ha superpuesto en la América hispana a una vieja cultura propia, no se tiene lengua literaria distinta del español y el portugués, ni el sentimiento religioso general está ligado a otra creencia que no sea la cristiana, ni el universo ideológico y conceptual en que actúa es diferente del occidental. No es el caso de las poblaciones de Africa y de Asia, que sobre sus culturas milenarias han recibido,

como un instrumento de comunicación y de progreso científico y técnico, lenguas e instituciones europeas, sin eliminar ni sustituir lo que tenían como propio.

En el mundo iberoamericano no hay una superposición de culturas distintas sino la fusión de varias de ellas que han terminado por crear un hecho cultural nuevo.

Esa misma circunstancia que la diferencia del Occidente europeo y norteamericano, sin negar su participación fundamental en esa herencia, le ofrece posibilidades excepcionales de futuro.

En primer lugar esa mutación occidental le permite una vinculación directa y efectiva con el llamado Tercer Mundo. No es occidentalizada, sino occidental de una condición diferente, pero esa misma característica le permite poder identificarse al mismo tiempo y sin rupturas, con el Tercer Mundo y con Occidente, lo que constituye una posición única y privilegiada.

En el grave y creciente conflicto que enfrenta en escala mundial al Norte con el Sur, la América Latina, por sus rasgos propios, es el puente natural entre los dos mundos y la mediadora irreemplazable en la amenazante confrontación.

Pero también esa zona humana forma parte de una vasta y poderosa familia de naciones estrechamente unidas por la cultura y por la historia. Existe de hecho una comunidad iberoamericana que abarca la península ibérica, en Europa, y a los Estados iberoamericanos del nuevo continente. No hay otra comunidad comparable en el planeta. Hoy suma más de 300 millones de seres humanos, en contigüidad geográfica y en consanguinidad histórica. Para dentro de dos décadas sumará cerca de 600 millones. Será la más grande comunidad humana con unidad lingüística (portugués y español), con la misma cultura, con la misma historia y con las mismas posibilidades de futuro. Ninguna otra será más numerosa ni más potencialmente rica en recursos de todo género. Las demás comunidades culturales y lingüísticas fuera de la angloparlante no alcanzarán esos niveles.

Ha sido difícil y azarienta la evolución histórica de la América Latina. Anarquía, caudillismos de todo género, búsqueda desesperada de la identidad y del rumbo, ensayos distintos y hasta contradictorios de expresión propia, complejos de frustración, conflicto cultural, ambigua relación con Occidente y con las demás zonas culturales del mundo, continuo desajuste entre las visiones dominantes y la realidad subyacente, han caracterizado su existencia hasta hoy.

La aceptación de la peculiaridad histórica y cultural ha estado obstaculizada por prejuicios, imágenes irreales del pasado, proyectos y concepciones reduccionistas del futuro posible.

Es acaso ahora, después de la gran aventura de interpretación y sinceración que ha hecho la literatura propia, cuando por primera vez se dan las bases para una interpretación válida y abierta del hecho americano.

No sería posible entenderlo sin conocer las particularidades de los cinco siglos de historia propia, y la formación de un mundo *sui generis*. Tampoco lo será entrar fecundamente al porvenir sino partiendo de esas herencias vivas y actuantes.

Seguirá habiendo visionarios porque hay perentoria necesidad de ellos pero serán la continuación de los que ahora empiezan a ser los visionarios y videntes de la realidad y para la realidad.

Godos, insurgentes y visionarios. Barcelona Seix Barral, 1986, pp 7-44

UN JUEGO DE ESPEJOS DEFORMANTES

TODA HISTORIA, en algún grado, es una simplificación engañosa. El mero hecho de reducir complejos sucesos pasados a una visión inteligible supone deformaciones y mutilaciones inevitables, además de la inescapable limitación de que todo historiador es un hombre de un tiempo, de una ideología, de una mentalidad y de una situación determinadas, desde las cuales tiene que mirar al pasado. En cierto modo no mira al pasado sino que tiende a reducir el pasado a su mentalidad, a su manera de comprender los hombres y los hechos y a su concepción finalista de la sociedad y del destino de las colectividades. En el mayor grado de objetividad imaginable, ningún historiador ha logrado nunca escapar de su piel, es decir, de su circunstancia intelectual, de su tribu conceptual, de su filosofía de los hombres y aún más de los fines conscientes o inconvenientes que asigna a la sociedad.

Si esto fuera rigurosamente inmodificable, tendríamos que desconfiar de toda historia, no sólo de la que se aleja de nuestras convicciones y perspectivas, sino aún más de aquella que parece estar de acuerdo con ellas y justificarlas.

La historia no pasa de ser, en este sentido, más que un cálculo de posibilidades, un contraste de deformaciones que se desmienten entre sí, un rico y fascinante juego de espejos deformantes. Habría que mirar el reflejo de todos esos espejos para, a través de la suma de todas sus deformidades diferentes, poder llegar a una mejor aproximación de esa fugitiva ilusión que es el conocimiento de la realidad. Por esto, más que del pasado, toda historia parte del presente, de la posición vigente de quien la escribe y de su visión del presente. En este sentido toda historia es autobiográfica y personal.

No es ésta una fatalidad inherente a la relación de los sucesos remotos sino, también y sobre todo, de los más próximos. La manera de pensar, la ideología, las proyecciones de la actualidad y del futuro influyen en los historiadores de un modo evidente. Desde Bossuet y su historia

universal a lo divino, inspirada en los profetas del Antiguo Testamento, hasta los discípulos de Marx, que es otro profeta.

Bastaría volver la mirada a un gran suceso reciente, sobre el que abundan testimonios, documentos y fuentes, como lo ha hecho François Furet con la Revolución Francesa, para percatarse de esta fatalidad inherente a toda historia. Hay muchas historias de ese inmenso suceso, diferentes, a menudo contradictorias, que más que los sucesos de hace dos siglos reflejan la mentalidad de sus autores y de su hora. Desde Michelet, pasando por Tocqueville, hasta los marxistas de nuestros días, el gran suceso parece cambiar de carácter y significación con cada autor: casi como si no hablaran del pasado sino para justificar y apoyar sus posiciones ante el presente. Todas, en mayor o menor grado, han sido historias de opinión.

Furet dice que "no hay interpretación histórica inocente", porque todas ellas son el reflejo de los conflictos de ideas vigentes. "Los historiadores de la Revolución Francesa proyectan hacia el pasado sus sentimientos y sus juicios", dice Furet, para señalar ese persistente fenómeno de "la contaminación del pasado por el presente".

En su sagaz examen señala el historiador francés las "contradicciones flagrantes entre la sociedad revolucionaria y el mito revolucionario". Todas terminan por ser "historias de la identidad", como la entienden sus autores.

La historia de la América Latina no es excepción de esta regla sino evidente confirmación de la misma. Muy pocas veces ha logrado acercarse a la objetividad y más que los hechos del pasado parece reflejar las preocupaciones y las opiniones del presente. Las continuas antiposiciones aparecen a todo lo largo de los siglos de formación y desarrollo del mundo hispanoamericano y llegan a hacer casi inconciliables las contrarias versiones. Más que una historia ha sido un debate inacabable entre historiadores, que nunca ha llegado a resolverse ni a concluir. Ha sido una historia fundamentalmente polémica, más que la historia de un pueblo ha sido la de una disputa y una confrontación que siguen vigentes.

Se abre con la gran polémica, que en mitad del siglo XVI sostienen Las Casas y Sepúlveda y que, en lo esencial, sigue abierta todavía. Las dos grandes figuras contrapuestas personifican los dos criterios extremos sobre la conquista. Las Casas que la condena apasionadamente parece reducirla casi a las horribles proporciones de un crimen colectivo, condenable desde todos los puntos de vista, y Sepúlveda, que no solamente la justifica en nombre de las enseñanzas del Evangelio y de los filósofos de la Antigüedad, sino que la convierte en un ejemplo resplandeciente de la guerra justa. Ambos son extremistas llenos de pasión. La pasión fría en Sepúlveda y la ardiente en Las Casas, que los conduce a los extremos irreductibles de considerar a todos los indios poco menos que como bestias irracionales, o a todos los españoles como criminales sin remisión.

Ese debate, bajo otros términos y en otras formas, sigue abierto en nuestros días y distorsiona fatalmente la posibilidad de una historia objetiva. Quiérase que no todo historiador termina por ser reo presunto o confeso de hispanismo o de indigenismo extremos.

Es un caso arquetípico de la traslación de los valores morales a la historia, parecería que es más importante demostrar quién tenía de su parte la razón y la justicia, entre indígenas y españoles, que la necesaria comprensión de lo que realmente sucedió y de cómo se constituyó el Nuevo Mundo. De allí arranca la no desaparecida tendencia a considerar el pasado a la luz de los valores morales y convicciones políticas del presente que llega hasta hoy, y de la que podrían citarse tantos ejemplos como hechos de importancia han ocurrido en esa historia.

El interés histórico genuino no está en saber quiénes obraban más de acuerdo con determinada razón o determinada justicia, sino en llegar a conocer y comprender cómo del choque cultural, en un extraño e inmenso escenario, entre españoles, indígenas y africanos, se formó el rico y fecundo mestizaje cultural de esa América.

La historiografía de la América Latina parece estar condicionada y determinada por dos grandes focos de distorsión, que son la Conquista y la Independencia. Ellos parecen definir toda su comprensión, provocar una división de las aguas de la que salen dos vertientes. De una parte los indigenistas extremos, que llegan poco menos que a condenar la formación de este Nuevo Mundo en nombre de una exaltación intransigente del pasado precolombino. En algunos casos parecieran considerar el gran hecho de esa creación cultural como una horrible desgracia o como un crimen sin término que les impide comprender y aún menos aceptar la nueva realidad.

De la otra, los españolizantes obtusos que siguen creyendo en la posibilidad de una presencia incontaminada y perpetua de la cultura española del siglo XVI, excluyente y dominante, sobre una masa sin voz ni presencia, condenada a imitar lo español y a olvidar un pasado enterrado, sin ninguna validez actual.

La Independencia refleja el mismo caso. Para muchos autores todavía se libra la batalla de Ayacucho, como si fueran cosa incongruente los españoles venidos a América y los nacidos en ella y como si no participaran plenamente de una misma raíz cultural y de un mismo drama histórico. Se habla de godos y patriotas como de dos especies extrañas la una a la otra y sin parentesco posible. Casi como si a principios del siglo XIX una potencia extranjera hubiera enviado sus ejércitos, al estilo napoleónico, a sojuzgar y someter a países extraños con los que nada tenía en común. Apenas hoy comenzamos a conocer la estrecha relación entre la guerra de independencia española y la hispanoamericana, la extensión a través del Atlántico del fenómeno de las Juntas de Gobierno autónomas, el estrecho parentesco entre el movimiento liberal de España y la lucha de los republicanos hispanoamericanos para crear un orden distinto del absolutismo tradicional, fundado en la libertad y la

justicia. En su más profundo sentido comenzamos a comprender hoy que la independencia de Hispanoamérica es otro frente de la lucha entre liberales y serviles en un escenario distinto al de España.

Da la impresión, en algunos casos, de que se pretende creer que la comunidad hispanoamericana surge a partir de 1810, sin antecedentes ni pasado, casi como una creación *ex nihilo*, dejando en el olvido los tres siglos de creación de una nueva sociedad que, en la tierra de América y en condiciones de originalidad, refleja los grandes sucesos del mundo y participa en las luchas ideológicas. No sólo Miranda sino todos los jefes de la Independencia americana nacen bajo el régimen colonial, se forman en él y es dentro de él que conciben el designio de llevar a sus últimas consecuencias el proceso de creación de una sociedad peculiar que había comenzado a cobrar fisonomía desde el día siguiente de la llegada de Colón.

La pérdida del sentido de la continuidad no es el menor de los daños que hace esta visión distorsionada. Da la impresión de que quienes piensan así se salen, inconscientemente, de la historia para meterse sin saberlo en los terrenos del mito y para hacer imposible alcanzar la visión totalizadora de una historia real.

Podemos decir que no son dos los focos distorsionadores sino uno solo. La Independencia se inscribe dentro de la polémica de la Conquista. No pocas veces los Libertadores invocaron los argumentos de Las Casas, que les llegaban renovados en el lenguaje de los enciclopedistas franceses.

La Independencia resulta así un capítulo, no el último pero sí el más importante, de la inacabable polémica de Sepúlveda y Las Casas, que a su vez, no es sino la expresión de la larga búsqueda de la propia identidad, en medio de un difícil proceso de mestizaje cultural y de trasplante y choque de hombres y concepciones, que no ha terminado todavía.

Podría trazarse la genealogía o las líneas de derivación de las dos posiciones de los dos antagonistas de la vieja polémica para identificar no pocos herederos y causahabientes de Las Casas y Sepúlveda.

La posición lascasiana la recoge con entusiasmo la Ilustración y le infunde nueva vida. De ella la toman los criollos y se van a nutrir los próceres de la Independencia. Los insurgentes recogen la herencia de Las Casas, desde el sentimiento de condenación moral de la Conquista hasta la mitificación del pasado indígena.

La posición de Sepúlveda resucita, en muchas formas, en los adversarios de la Ilustración. En una especie de gesto desesperado va a aferrarse a un pasado difunto para pretender conservarlo a toda costa en un tiempo distinto del mundo. No es una mera burla el haberlos llamado "godos".

Las dos posiciones las encarnan entre los criollos, no entre los jefes expedicionarios españoles, los patriotas y los realistas, con la misma pasión de los dos viejos contrincantes. La van a renovar los liberales y

conservadores del siglo XIX y va a llegar hasta nuestros días en todas las formas de la pugna entre izquierdas y derechas.

Era fatal que los historiadores tomaran posición en muchas formas en cada bando, cada uno traía o reflejaba su versión de secta. Bastaría hojear sucintamente el rico catálogo de la historiografía hispanoamericana para poder hacer con facilidad la clasificación de unos y otros. Ha habido historias españolizantes o indigenistas, godos o liberales, progresistas o retrógrados, de izquierda o de derecha, en todas las formas imaginables.

Las historias nacionales han sido distorsionadas por el nacionalismo patriotero, además de las influencias ideológicas, y a su vez han contribuido a desfigurar la posibilidad de una historia continental y aún más de la comunidad hispánica. La querella pueblerina entre bolivarianos y sanmartinianos no sólo carece de sentido, sino que dificulta la verdadera comprensión del gran proceso común de la Independencia. No pocas veces han sido historiadores foráneos los que más se han acercado a la objetividad y a una noción global de la evolución histórica de la América Latina. Entre ellos habría que destacar muchos trabajos de investigación realizados en universidades de los Estados Unidos y la obra de eminentes historiadores norteamericanos como Haring, Hanke o Griffith, entre otros.

No ha desaparecido la querella, las sombras de Sepúlveda y Las Casas y de sus descendientes espirituales sigue pesando. Ya es tiempo de escribir con el equilibrio y la objetividad posibles una historia que pronto va a cumplir cinco siglos, pero todavía queda demasiado de las distorsiones del pasado, mucho más de lo que debería quedar. Todo esto está asociado, como condición limitante, con la necesidad de definir una difícil identidad y de alcanzar una toma de conciencia que prepare para el futuro.

¿Dónde hallar la historia de la América Latina, en medio de tantas visiones parciales y parcializadas? Es un esfuerzo que está todavía, en gran parte, por hacerse. La historiografía americana es también un juego de espejos deformantes, de unos a otros la imagen reflejada cambia y parece mostrar a un ser distinto en cada ocasión.

Godos, insurgentes y visionarios. Ed. cit., pp 97-105.

REALISMO MAGICO

Desde 1929 y por algunos años tres jóvenes escritores hispanoamericanos se reunían, con cotidiana frecuencia, en alguna terraza de un café de París para hablar sin término de lo que más les importaba que era la literatura de la hora y la situación política de la América Latina que, en el fondo, era una misma y sola cosa. Miguel Angel Asturias venía de la Guatemala de Estrada Cabrera y Ubico, con la imaginación llena del *Popol-Vuh*, Alejo Carpentier había salido de la Cuba de Machado y yo venía de la Venezuela de Gómez. En Asturias se manifestaba, de manera casi obsesiva, el mundo disuelto de la cultura maya, en una mezcla fabulosa en la que aparecían, como extrañas figuras de un drama de guiñol, los esbirros del Dictador, los contrastes inverosímiles de situaciones y concepciones y una visión casi sobrenatural de una realidad casi irreal. Carpentier sentía pasión por los elementos negros en la cultura cubana. Podía hablar por horas de los santeros, de los ñáñigos, de los ritos del vudú, de la mágica mentalidad del cubano medio en presencia de muchos pasados y herencias. Yo, por mi parte, venía de un país en el que no predominaban ni lo indígena, ni lo negro, sino la rica mezcla inclasificable de un mestizaje cultural contradictorio. La política venía a resultar un aspecto, acaso el más visible, de esas situaciones de peculiaridad que poco tenían que ver con los patrones europeos. ¿Qué podía haber en común entre el señor Poincaré y Estrada Cabrera, Machado y Gómez, y qué podría identificar al maestro de escuela de Guatemala convertido en tirano, al rumbero y trágico habanero tradicional que era Machado y al caudillo rural, astuto e instintivo, que era Gómez? Lo que salía de todos aquellos relatos y evocaciones era la noción de una condición peculiar del mundo americano que no era posible reducir a ningún modelo europeo. Se pasaban las horas evocando personajes y situaciones increíbles. Estrada Cabrera y sus poetas, el siniestro hombre de la mulita que recorría solitario y amenazante las calles de Guatemala, Machado y aquella Cuba rumbosa, rumbera y trágica, y Gómez, su misterio rural rodeado de sus doctores sutiles y de sus silenciosos "chácharos".

Nos parecía evidente que esa realidad no había sido reflejada en la literatura. Desde el romanticismo, hasta el realismo del XIX y el modernismo, había sido una literatura de mérito variable, seguidora ciega de modas y tendencias de Europa. Se había escrito novelas a la manera de Chateaubriand, o de Flaubert, o de Pereda, o de Galdós, o de D'Annunzio. Lo criollo no pasaba de un nivel costumbrista y paisajista. Ya Menéndez y Pelayo había dicho que el gran personaje y el tema fundamental de la literatura hispanoamericana era la naturaleza. Paisaje y costumbrismo, dentro de la imitación de modelos europeos, constituían los rasgos dominantes de aquella literatura, que parecía no darse cuenta del prodigioso mundo humano que la rodeaba y al que mostraba no haberse puesto a contemplar en su peculiaridad extraña y profunda.

Era necesario levantar ese oscuro telón deformador que había descubierto aquella realidad mal conocida y no expresada, para hacer una verdadera literatura de la condición latinoamericana.

Por entonces, Miguel Angel Asturias, que trabajaba en *El señor Presidente*, publicó sus *Leyendas de Guatemala*. Produjo un efecto deslumbrante; en ellas expresaba y resucitaba una realidad casi ignorada e increíble, resucitaba el lenguaje y los temas del *Popol-Vuh*, en una lengua tan antigua y tan nueva que no tenía edad ni parecido. Por el mismo tiempo, Carpentier escribió su novela negra *Ecue Yamba O*, llena de magia africana y de realidad sorprendente, al igual que yo terminé y publiqué mi primera novela *Las lanzas coloradas*.

Se trataba, evidentemente, de una reacción. Reacción contra la literatura descriptiva e imitativa que se hacía en la América hispana, y también reacción contra la sumisión tradicional a modas y escuelas europeas. Se estaba en la gran época creadora y tumultuosa del surrealismo francés, leíamos, con curiosidad, los manifiestos de Breton y la poesía de Eluard y de Desnos, e íbamos a ver *El perro andaluz* de Buñuel, pero no para imitarlos o para hacer surrealismo.

Más tarde algunos críticos literarios han querido ver en esa nueva actitud un mero reflejo de aquellos modelos. Alguna influencia hubo, ciertamente, y no podía menos que haberla, pero es desconocer el surrealismo o desconocer esa nueva corriente de la novelística criolla pensar que son la misma cosa bajo diferentes formas y lenguaje.

El surrealismo es un juego otoñal de una literatura aparentemente agotada. No sólo se quería renovar el lenguaje sino también los objetos. Se recurría a la incongruencia, a la contradicción, a lo escandaloso, a la búsqueda de lo insólito, para producir un efecto de asombro, un choque de nociones y percepciones incoherentes y un estado de trance o de sueño en el desacomodado lector. Era pintar relojes derretidos, jirafas incendiadas, ciudades sin hombres, o poner juntos las nociones y los objetos más ajenos y disparatados como el revólver de cabellos blancos, o el paraguas sobre la mesa del quirófano. En el fondo era un juego creador, pero sin duda un juego que terminaba en una fórmula artificial y fácil.

Lo que se proponían aquellos escritores americanos era completamente distinto. No querían hacer juegos insólitos con los objetos y las palabras de la tribu, sino, por el contrario, revelar, descubrir, expresar, en toda su plenitud inusitada esa realidad casi desconocida y casi alucinatoria que era la de la América Latina para penetrar el gran misterio creador del mestizaje cultural. Una realidad, una sociedad, una situación peculiares que eran radicalmente distintas de las que reflejaba la narrativa europea.

De manera superficial, algunos críticos han evocado a este propósito, como antecedentes válidos, las novelas de caballería, *Las mil y una noches* y toda la literatura fantástica. Esto no puede ser sino el fruto de un desconocimiento. Lo que caracterizó, a partir de aquella hora, la nueva narrativa latinoamericana no fue el uso de una desbordada fantasía sobrepuesta a la realidad, o sustituta de la realidad, como en los cuentos árabes, en los que se imaginan los más increíbles hechos y surgen apariciones gratuitas provocadas por algún poder sobrehumano o de hechicería. En los latinoamericanos se trataba de un realismo peculiar, no se abandonaba la realidad, no se prescindía de ella, no se la mezclaba con hechos y personificaciones mágicas, sino que se pretendía reflejar y expresar un fenómeno existente pero extraordinario dentro de los géneros y las categorías de la literatura tradicional. Lo que era nuevo no era la imaginación sino la peculiar realidad existente y, hasta entonces, no expresada cabalmente. Esa realidad, tan extraña para las categorías europeas, que había creado en el Nuevo Mundo, tan nuevo en tantas cosas, la fecunda y honda convivencia de las tres culturas originales en un proceso de mezcla sin término, que no podía ajustarse a ningún patrón recibido. No era un juego de la imaginación, sino un realismo que reflejaba fielmente una realidad hasta entonces no vista, contradictoria y rica en peculiaridades y deformaciones, que la hacían inusitada y sorprendente para las categorías de la literatura tradicional.

No se trataba de que surgiera de una botella un "efrit", ni de que frotando una lámpara apareciera un sueño hecho realidad aparente, tampoco de una fantasía gratuita y escapista, sin personajes ni situaciones vividas, como en los libros de caballerías o en las leyendas de los románticos alemanes, sino de un realismo no menos estricto y fiel a una realidad que el que Flaubert, o Zola o Galdós usaron sobre otra muy distinta. Se proponía ver y hacer ver lo que estaba allí, en lo cotidiano, y parecía no haber sido visto ni reconocido. Las noches de la Guatemala de Estrada Cabrera, con sus personajes reales y alucinantes, el reino del Emperador Christophe, más rico en contrastes y matices que ninguna fantasía, la maravillante presencia de la más ordinaria existencia y relación.

Era como volver a comenzar el cuento, que se creía saber, con otros ojos y otro sentido. Lo que aparecía era la subyacente condición creadora del mestizaje cultural latinoamericano. Nada inventó, en el estricto sentido de la palabra, Asturias, nada Carpentier, nada Aguilera Malta, nada

ninguno de los otros, que ya no estuviera allí desde tiempo inmemorial, pero que, por algún motivo, había sido desdeñado.

Era el hecho mismo de una situación cultural peculiar y única, creada por el vasto proceso del mestizaje de culturas y pasados, mentalidades y actitudes, que aparecía rica e inconfundiblemente en todas las manifestaciones de la vida colectiva y del carácter individual. En cierto sentido, era como haber descubierto de nuevo la América hispana, no la que habían creído formar los españoles, ni aquella a la que creían no poder renunciar los indigenistas, ni tampoco la fragmentaria Africa que trajeron los esclavos, sino aquella otra cosa que había brotado espontánea y libremente de su larga convivencia y que era una condición distinta, propia, mal conocida, cubierta de prejuicios que era, sin embargo, el más poderoso hecho de identidad reconocible.

Los mitos y las modalidades vitales, heredados de las tres culturas, eran importantes pero, más allá de ellos, en lo más ordinario de la vida diaria surgían concepciones, formas de sociabilidad, valores, maneras, aspectos que ya no correspondían a ninguna de ellas en particular.

Si uno lee, con ojos europeos, una novela de Asturias o de Carpentier, puede creer que se trata de una visión artificial o de una anomalía desconcertante y nada familiar. No se trataba de un añadido de personajes y sucesos fantásticos, de los que hay muchos y buenos ejemplos desde los inicios de la literatura, sino de la revelación de una situación diferente, no habitual, que chocaba con los patrones aceptados del realismo Para los mismos hispanoamericanos era como un redescubrimiento de su situación cultural. Esta línea va desde las *Leyendas de Guatemala* hasta *Cien años de soledad*. Lo que García Márquez describe y que parece pura invención, no es otra cosa que el retrato de una situación peculiar, vista con los ojos de la gente que la vive y la crea, casi sin alteraciones. El mundo criollo está lleno de magia en el sentido de lo inhabitual y lo extraño.

La recuperación plena de esa realidad fue el hecho fundamental que le ha dado a la literatura hispanoamericana su originalidad y el reconocimiento mundial.

Por mucho tiempo no hubo nombre para designar esa nueva manera creadora, se trató, no pocas veces, de asimilarla a alguna tendencia francesa o inglesa, pero, evidentemente, era otra cosa

Muchos años después de la publicación de las primeras obras que representaban esa novedad, el año de 1949, mientras escribía un comentario sobre el cuento, se me ocurrió decir, en mi libro *Letras y hombres de Venezuela*: "Lo que vino a predominar.. y a marcar su huella de una manera perdurable fue la consideración del hombre como misterio en medio de los datos realistas. Una adivinación poética o una negación poética de la realidad. Lo que, a falta de otra palabra, podría llamarse un realismo mágico". ¿De dónde vino aquel nombre que iba a correr con buena suerte? Del oscuro caldo del subconsciente. Por el final de los años 20 yo había leído un breve estudio del crítico de arte alemán Franz

Roh sobre la pintura postexpresionista europea, que llevaba el título de *Realismo mágico*. Ya no me acordaba del lejano libro pero algún oscuro mecanismo de la mente me lo hizo surgir espontáneamente en el momento en que trataba de buscar un nombre para aquella nueva forma de narrativa. No fue una designación de capricho sino la misteriosa correspondencia entre un nombre olvidado y un hecho nuevo.

Poco más tarde Alejo Carpentier usó el nombre de *lo real maravilloso* para designar el mismo fenómeno literario. Es un buen nombre, aun cuando no siempre la magia tenga que ver con las maravillas, en la más ordinaria realidad hay un elemento mágico, que sólo es advertido por algunos pocos. Pero esto carece de importancia.

Lo que importa es que, a partir de esos años 30, y de una manera continua, la mejor literatura de la América Latina, en la novela, en el cuento y en la poesía, no ha hecho otra cosa que presentar y expresar el sentido mágico de una realidad única.

Godos, insurgentes y visionarios Ed cit , pp 133-140.

NACION Y LIBERTAD

LOS ESPAÑOLES se encontraron inesperadamente con un nuevo continente. *Este es el hecho fundamental. No hubo preliminares, conocimiento alguno* previo, sino un brusco e inesperado encuentro entre un puñado de hombres que representaban la mentalidad de la España de fines del siglo XV, y un inmenso escenario geográfico que se fue desplegando lenta y continuamente, poblado por unos seres para los cuales ni siquiera tenían nombre y que representaban, en distintos grados de desarrollo, culturas extrañas, sin ningún contacto anterior con los europeos, y casi diametralmente opuestas en valores, conceptos y mentalidad a la que representaban y traían los navegantes transatlánticos.

Fue un encuentro complejo y total. Todo era diferente, no tenían lengua en que comunicarse, no tenían nombres para la multitud de plantas, animales y fenómenos desconocidos que hallaron y les ofrecía dudas el hecho mismo de admitir que aquellos seres fueran hombres en el mismo sentido que la palabra tenía para un español de la época de los Reyes Católicos.

Fue un encuentro difícil, confuso y lleno de equívocos. Los españoles creían haber llegado a las Indias legendarias del Preste Juan o a la tierra del Gran Khan de Catay y estaban en un continente desconocido que más tarde se llamó América.

El encuentro planteó malentendidos y conflictos de todo género. Se estaba frente a una realidad geográfica desmesurada en términos europeos y a unos seres que muy poco se parecían en hábitos, creencias y estilo de vida a los infieles con que los españoles habían lidiado durante largos siglos.

Muy pronto y precisamente por la imposibilidad de lograr que el indio antillano se adaptara a una disciplina de trabajo y a un orden municipal a la europea, aparecieron los africanos. Portadores de otras lenguas, otras culturas y otra actitud vital. Vinieron como esclavos a realizar el trabajo que el español no quería hacer y que el indígena no sabía hacer. Un poderoso y vasto proceso de adaptación mutua y mezcla

se inició desde aquel primer momento. Ya el español no pudo seguir siendo el mismo que había sido en España. La habitación, la ciudad, las relaciones de trabajo, los alimentos, el vestido, las estaciones, la naturaleza eran distintos. Tampoco el indígena pudo seguir siendo igual a como era antes de la llegada de los conquistadores. Sus hábitos de vida, sus creencias, su situación social, todo comenzó a cambiar para él. Así como tuvo que adaptar sus viejas divinidades a la nueva religión que le traían los cristianos de Castilla, con su complicada Trinidad, sus innumerables santos, su aparatoso ritual y su difícil teología, tuvo también que someterse a un nuevo orden de la ciudad, de la ley y del trabajo. No lo hizo pasivamente sino aportando sus peculiaridades y sus tradiciones. Levantaba una iglesia bajo la dirección del alarife español, pero nunca resultaba una iglesia española, en el decorado, en las formas, en el colorido quedaba la presencia visible de la otra cultura. Igual mezcla se produjo en el culto. No es único el caso de la Virgen de la Guadalupe en México y su complicada genealogía en la que se mezclan creencias aztecas y mitos americanos con formas tradicionales del catolicismo español.

Junto a la enseñanza que en hogares y escuelas se hacía de la cultura española en lengua, instituciones e historia, estuvo presente una pedagogía negra, personificada por las ayas esclavas que en gran parte del imperio español tuvieron por tres siglos la muy influyente y decisiva tarea de cuidar de los niños desde su nacimiento hasta que comenzaba la educación formal. En esa oculta escuela del aya africana analfabeta, pero rica en cultura tradicional negra, se formaron innumerables generaciones de los hispanoamericanos más distinguidos e influyentes y recibieron de ella un aporte que no es menos importante que el que se les podía dar por sus padres y preceptores. Simón Bolívar, el Libertador, tuvo su aya negra y la quiso y respetó como una madre. La llamaba "mi madre Hipólita" y ella, en el esplendor de su poder y de su gloria americana lo llamaba "mi niño Simón".

Este encuentro de tres culturas, en un escenario geográfico de extraordinario poder sobre el hombre, es el hecho fundamental que caracteriza el nacimiento del mundo hispanoamericano. Esto determinó desde el primer momento un sentimiento de peculiaridad y diferencia. El español mismo que vino a América y permaneció en ella por algunos años sufrió cambios visibles, que lo distinguían de sus compatriotas que habían permanecido en el viejo país. En la literatura española de la época abundan las referencias satíricas al "indiano", aquel personaje a quien la permanencia en las Indias había cambiado hasta el punto de hacerlo motivo de burla y curiosidad para los peninsulares. Se creó una manera americana. Si el emigrado español cambió, mucho más lo hizo su hijo nacido en el nuevo continente. Desde el primer momento el "criollo" tuvo una personalidad y un carácter que lo diferenciaban. Hubo muchos casos de mezcla de sangres en la que en innumerables formas se combinaron la herencia biológica de españoles, indios y negros

pero sobre todo hubo un continuo y múltiple proceso de mestizaje cultural. El contacto de las tres culturas fundamentales en el nuevo escenario físico afectó profundamente a los tres grandes actores de la creación del Nuevo Mundo.

No constituyeron una sociedad homogénea. Hubo profundas divisiones que perduraron en grado variable durante los tres siglos que duró el imperio español. Hubo una división determinada por los distintos orígenes culturales. Predominaba lo español en lengua, religión, instituciones jurídicas y sociales e ideales de vida que penetraba en grado variable en los herederos directos de las culturas indígenas y africanas. Hubo un cambio apreciable en el estilo de vida, en el lenguaje, en la noción del tiempo, en la actitud ante la vida. El criollo, hijo de españoles, y el peninsular comenzaron no sólo a ser distintos en muchas cosas sino a sentirse distintos y a veces contrarios. Los valores, las instituciones, la religión misma sufrieron modificaciones. Se podría hablar de un catolicismo de Indias que en sus ritos, formas de culto, sentido del milagro y concepción de la divinidad difería del catolicismo de España. Sin llegar a las formas extremas que pudo alcanzar en las misiones de los jesuitas en el Paraguay o a las tentativas de Vasco de Quiroga en Michoacán, el cristianismo de los indios, los negros y los mestizos de América revistió características peculiares y originales.

Hubo además la dura división horizontal en castas. Una sociedad piramidal, con muy poca movilidad, que convivía y se mezclaba en muchas formas pero sin abandonar sus estamentos jerárquicos. Los peninsulares, que detentaban los altos poderes de la iglesia y la Corona, los criollos blancos, descendientes de los conquistadores, que eran los dueños de la riqueza de la tierra y que dominaban la única institución política abierta a ellos, los Cabildos, y luego todos los innumerables matices de los llamados pardos, brotados de todas las mezclas posibles de las tres razas fundadoras y que en los países del Caribe y el Atlántico llegaron muy pronto a constituir lo más numeroso de la población, y al final de la escala estaban los esclavos africanos, fuerza de trabajo y base de la producción. En una situación distinta quedaron las colonizaciones que tuvieron por base las grandes y populosas civilizaciones indígenas de aztecas, mayas, chibchas e incas, a lo largo del espinazo de las cordilleras que paralela a la costa del Pacífico corre desde México hasta Chile. En ellas el indio pudo mantener su poderosa presencia difícilmente asimilable en el nuevo proceso de mestizaje cultural.

Esa sociedad distinta de la española y también de las indígenas precolombinas, va a sentir muy pronto su diferencia de una manera activa y abierta. La relación con la metrópoli va a ser continuamente conflictiva. El primer conflicto ocurre muy al comienzo y es el de los conquistadores con la Corona. Los hombres que habían ganado las nuevas tierras no se sometían fácilmente al poder de las leyes y de los representantes de los lejanos reyes. Toda una serie de rebeliones, como las de Martín Cortés, Gonzalo Pizarro o Lope de Aguirre, ensangrientan y amena-

zan la unidad desde el comienzo del orden colonial. Tampoco faltaron las rebeliones indígenas que alcanzaron su mayor forma en la de Túpac Amaru. Y fueron continuos los alzamientos de los negros en las plantaciones hasta formar comunidades numerosas de "cimarrones" que amenazaron seriamente el orden de las nuevas provincias.

Todos estos hechos eran formas de particularismo y conflicto con el orden que pretendía imponer España. Las más de las veces los criollos combatieron contra los esclavos alzados y los indígenas, pero sin que desaparecieran sus resentimientos hacia los peninsulares. A veces coincidían las actitudes de unos y otros, como en los casos de los movimientos de los comuneros, de tan reveladoras características, o en los movimientos, aparentemente parciales, contra determinadas instituciones o contra el predominio de los naturales de determinadas provincias, como en los casos de las luchas de bandos en el Potosí o en el curioso movimiento de rebelión contra la Compañía Guipuzcoana de Caracas que ocurrió a mitad del siglo XVIII. Si se mira con objetividad en la naturaleza de estos movimientos se advierte de inmediato, por encima de los pretextos alegados, la presencia de un sentimiento de particularismo. Hay expresiones en los documentos que dejaron que permitían pensar que ya tenían una noción de propia identidad de nación y de vaga o instintiva voluntad de independencia.

Habría que rastrear en la formación de la conciencia americana la influencia de ciertos mitos y motivaciones colectivas. La secular búsqueda de El Dorado es uno de ellos. No se trataba solamente de hallar otro tesoro de Moctezuma o Atahualpa u otro cerro del Potosí sino, sobre todo, la poderosa creencia de que en América podía encontrarse una concentración de riqueza de tal magnitud y abundancia que pudiera dar la felicidad a todos los hombres.

El otro podría ser la realización de la Utopía. No es una mera casualidad que Tomás Moro situara su isla de la felicidad y la justicia en algún lugar de América. La noción del Nuevo Mundo para los europeos del siglo XVI coincidía con esa esperanza. Pero el aspecto digno de señalarse fue la tenacidad con la que durante siglos y en diversos puntos del continente se intentó realizar en el hecho la visión de Tomás Moro. No es sólo Vasco de Quiroga que piensa que el Nuevo Mundo debe ser la ocasión de realizar una nueva época del hombre, de justicia, de bien y de paz, sino también la muy larga experiencia de los jesuitas en el Paraguay, que es acaso el más extraordinario ensayo de formar un hombre nuevo en una sociedad nueva hasta los programas de las modernas revoluciones, sin olvidar las tentativas de Bartolomé de Las Casas y las concepciones y proyectos que en muchas ocasiones revistió el milenarismo en América y que tuvo que perseguir la Inquisición.

No se sentían exactamente españoles aquellos criollos que comenzaron a asomarse al mundo y a tomar conciencia de su propia situación y sobre todo desde que se inicia con el siglo XVIII la nueva dinastía de los Borbones. Desde los alzamientos de los conquistadores se oyó hablar

de libertad. La invocan Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre. Habría que preguntarse ¿qué clase de libertad? ¿Cómo y para quiénes? Para ellos libertad significaba básicamente no depender más de la Corona española, sus gobernadores, sus bachilleres y sus leyes inaplicables. Pero esa libertad no iba a alterar ni a modificar siquiera el orden de gobierno y de estructura social. No era libertad para los esclavos, ni para los indios, ni tampoco para los mestizos despreciados.

Cuando ya en la segunda mitad del siglo XVIII se comienza a considerar en distintas formas la posibilidad de alguna autonomía, bien sea desde la Corona, como en el caso de Aranda o de Godoy, o bien sea como en los tempranos planes de Miranda, bajo la influencia de las ideas del racionalismo europeo, la vieja realidad de una sociedad distinta comienza a revestir las formas de un concepto de nación. Y la idea de libertad desciende de su restringida concepción de ruptura con la autoridad española a significar libertades civiles y políticas para todos los habitantes.

Cuando los precursores de la Independencia comienzan a hablar de nación y libertad, junto y aun por sobre los viejos motivos de la querella con la Corona y de los resentimientos del criollo contra el peninsular, aparece el trasunto de la ideología que los racionalistas franceses e ingleses formularon en torno a esos conceptos y el reflejo de dos grandes sucesos que tuvieron particular repercusión en la América española: la independencia de las 13 colonias inglesas de la América del Norte que constituyeron una República Federal y, desde luego, la Revolución Francesa. Posesiones europeas en tierra americana se habían insurreccionado contra su metrópoli y habían logrado instaurar un régimen republicano de gobierno representativo y libertades civiles, y en Francia se había desatado la revolución democrática y un rey de la rama francesa de los Borbones había sido depuesto y decapitado.

¿Habría que preguntarnos qué entendían bajo el concepto de nación los iniciadores de la Independencia de la América Latina? A través de sus palabras y de sus proyectos no sólo se refieren a la propia provincia nativa, sino que más frecuentemente hablan de toda la América hispana y piensan de su porvenir como una unidad. Miranda concibe un Estado tan grande como el continente, con un gobierno propio común y con una constitución calcada sobre la inglesa. Esa visión de unidad, que implica una concepción de toda la América Latina como una sola nación, persiste en todos los documentos de la época y es la que se esfuerza en realizar contra todos los obstáculos Simón Bolívar, el Libertador. Desde el comienzo de su incomparable acción Bolívar expresó de un modo claro e inolvidable esa condición: "Nosotros somos un pequeño género humano: poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil".

Las dificultades prácticas que presentaba un proyecto de semejante magnitud, en aquella época, eran insuperables. Las distancias, la inco-

municación, el desconocimiento mutuo, la falta de toda experiencia de gobierno propio y la ausencia de homogeneidad social derivada del régimen de castas y de la falta de instituciones representativas en el imperio español, hicieron fracasar el empeño de Bolívar. Sin embargo, nunca se ha abandonado esa esperanza de unidad. En muchas formas ha renacido y renace a través de los tiempos y en el fondo de la conciencia de los latinoamericanos está la convicción o el sentimiento de que están llamados por el pasado y por las exigencias del presente a integrarse y cooperar en alguna forma de organización unitaria.

La larga guerra de la Independencia sirvió para definir y afirmar el sentimiento nacional. No fue fácil. Durante todo su largo y cambiante proceso esa lucha tuvo más un carácter de guerra civil que de conflicto internacional. Surge a raíz de la ruptura brusca de la legitimidad monárquica de España con la invasión de Napoleón y la usurpación de José Bonaparte. Luego aparece un proceso en el que las viejas divisiones sociales se convierten en frentes de lucha. No pocas veces la masa popular estuvo con las autoridades españolas contra la insurgencia de los criollos blancos. Tanto como en España misma en la América, con las diferencias naturales, se refleja el duro afrontamiento entre liberales y tradicionalistas. En muchos sentidos la guerra de Independencia de la América española es un capítulo importante de la vieja pugna entre las dos Españas. Fue un antecedente del conflicto que más tarde se iba a revelar en las guerras carlistas. Muchos de los jefes militares del liberalismo español habían pasado por la experiencia americana.

La hora y la forma en que se produce históricamente la Independencia de la América española la ligan estrechamente con la forma republicana y liberal. El caso del Brasil se explica por otras razones. Con la excepción de los trágicos ensayos fallidos que se intentaron en México, independencia y república han sido sinónimos. Los nuevos Estados se constituyeron como Repúblicas, con celosa proclamación de los derechos del hombre y bajo los principios más liberales. Es importante señalar esta estrecha vinculación entre la idea de independencia y la de libertad. Las constituciones proclamaban los dogmas liberales más absolutos, la igualdad y los derechos civiles. En el hecho surgió el fenómeno del caudillismo y los gobiernos de fuerza, pero nunca se convirtieron en institución política establecida. En el texto las constituciones siguieron siendo invariablemente liberales aunque en el hecho raramente se cumplieran: la ley no llegaba a ser una norma rígida de conducta pública sino una proclamación moral y un tributo casi religioso a lo que debía ser y no era. Por lo demás no era nueva esta actitud ante la ley. Durante el régimen colonial las leyes de Indias nunca se aplicaron estricta y efectivamente. Se las miraba más como ideales y preceptos morales que como disposiciones coercitivas.

Esta fidelidad formal pero nunca negada a los principios republicanos y liberales se mantiene a todo lo largo de la historia latinoamericana. Las proclamas de los alzamientos y los programas de los caudillos invocan

los grandes principios del liberalismo y la voluntad de restaurarlos y hacerlos efectivos.

El concepto de independencia y el de república tienden a confundirse y a hacerse complementarios. Ninguna de las largas dictaduras de caudillos que ocurrieron en el siglo XIX osó nunca institucionalizar su forma de gobierno y eliminar del santuario de la Constitución los principios republicanos y democráticos. No pocas veces mientras más injusto y arbitrario era el gobierno, más liberal e idealista era la Constitución que tendía a convertirse así en una mera reliquia de esperanzas casi inalcanzables a las que no se podía renunciar formalmente.

Cuando el sentimiento de lo nacional como idea política cobra fuerza y se extiende a partir de la Revolución Francesa y de la literatura de los románticos, encuentra fácil eco en la América Latina. El viejo sentimiento particularista que se había formado bajo el régimen colonial halla un poderoso estímulo en el nuevo concepto. Pero así como la idea de independencia nace ligada estrechamente a la República democrática, también el sentimiento nacional no se aparta nunca completamente de la concepción subyacente de la comunidad de cultura, historia y destino del conjunto de las antiguas provincias españolas.

Los planes y los fines políticos de los fundadores de la Independencia fueron generalmente continentales. Hablaron siempre de la posibilidad de una América integrada en una organización política poderosa. La unión de las antiguas colonias inglesas del norte les servía de ejemplo y acicate. Las vicisitudes de la historia y las ambiciones de los jefes locales hicieron imposible la realización de ese magno propósito, pero nunca tampoco se renunció a él. Los nuevos Estados terminaron por conformarse dentro de los límites de las antiguas jurisdicciones políticas del Imperio español, pero sin renunciar abiertamente a la posibilidad y el sueño de la integración. Esta ambigüedad persistente está en el fondo y caracteriza el sentimiento nacional de los hijos de la América hispana. No se da el caso en ninguno otro conjunto continental y constituye por lo tanto una característica muy digna de ser tomada en cuenta.

Ni independencia sin república, ni nacionalismo sin apertura en alguna forma hacia la integración.

Estos rasgos caracterizan peculiarmente a la América Latina y le dan una innegable originalidad junto a otros conjuntos de pueblos de nuestro tiempo.

Godos, insurgentes y visionarios. Ed. cit., pp. 169-180.

ALEGATO POR LAS CUATRO COMUNIDADES (*)

HE VENIDO aquí movido por un impulso natural en un hombre de mi convicción y de mi tiempo que se asoma al mundo de hoy lleno de interrogantes y de angustias. Esta iniciativa, que ha tomado la Cátedra de América de la Universidad de los Andes, es ejemplar y estoy seguro de que va a producir muchos frutos. Nos estamos interrogando, hace mucho tiempo, los hispanoamericanos, qué somos, qué papel nos corresponde desempeñar ante el mundo, qué podemos hacer, qué nos exige la historia, qué nos dicta el pasado y no hemos encontrado respuesta satisfactoria, han surgido proyectos de soluciones a medias que nunca han tenido la virtud de abarcar todo el conjunto de la ardua cuestión y de presentar una salida o una respuesta aceptada por todos.

Para honra mía me han precedido en esta cátedra el ilustre presidente de Colombia, doctor Belisario Betancour, los ex presidentes de Colombia, doctor Carlos Lleras Restrepo y Alberto Lleras Camargo, admirados y queridos amigos. Han expuesto con toda claridad y con amplia penetración la dimensión del problema.

Existe un organismo que se llama la OEA. La Organización de Estados Americanos es una organización reciente que se enfrenta a un problema viejo. La había precedido, a fines del siglo pasado, un tímido esbozo que fue evolucionando y que se llamó, en su época, la Unión Panamericana. Generalmente los hombres no hacemos cosas gratuitamente, las hacemos por algún imperativo o alguna exigencia manifiesta de las circunstancias y este hecho de que tan continuamente, por no remontarnos a raíces más viejas de las que hablaremos luego, se haya pensado en que hay que establecer algún tipo de vínculo jurídico para el conjunto de las naciones que pueblan el continente americano revela que todos tenemos conciencia, y la compartimos, de que esa situación nos impone consecuencias y nos exige conductas. La Organización de

* Transcripcion de la conferencia dictada en Bogotá el 6 de septiembre de 1984, en la Cátedra de las Américas de la Universidad de los Andes

Estados Americanos, contemplada en conjunto, ha sido una gran iniciativa. Es tal vez un ejemplo único en escala mundial, en la que los países todos de un continente aceptan no solamente formar parte de un foro libre en el que puedan discutirse los problemas comunes, sino una serie de reglas, no fácilmente aceptables por países muy celosos de su soberanía, como es la renuncia a la intervención armada, el reconocimiento jurídico de la igualdad de los Estados, la proscripción de la guerra y una devoción sincera y manifiesta hacia las instituciones democráticas y hacia la cooperación para el proceso. Ya éstos son suficientes títulos para que nosotros consideráramos que esta institución es útil y necesaria. Desde luego no ha rendido todos los frutos que podríamos esperar de ella.

La cuestión fundamental del sistema americano y del conjunto de los pueblos americanos se enuncia muy simplemente diciendo que habitamos un continente en el que está el país más rico y poderoso del mundo y en el que igualmente están algunos de los países más pobres e inestables. Esa relación es difícil, provoca conflictos de todo género, reacciones sentimentales, sensibilidades, tropieza, como tropieza siempre la dura realidad con lo que los hombres pedimos o exigimos de ella. Pero esa forma de relación entre esa inmensa potencia mundial y el resto de los países americanos ha sido, en el fondo, un ejemplo para el mundo porque no existe ninguna otra parecida, no existe ninguna otra en que una potencia de esa magnitud haya aceptado someterse a reglas jurídicas, haya reconocido una igualdad con los demás Estados, haya renunciado al uso de la fuerza y se haya acogido a un sistema de derecho. Esto solo ya sería motivo suficiente para que consideráramos que esa institución es útil y es digna de ser mantenida. Claro que esa institución tiene fallas, probablemente estamos pidiendo de ella más de lo que puede dar, probablemente la hemos dejado de lado, probablemente ha estado atravesada un poco en la inmensa corriente de los grandes conflictos mundiales en los que las cosas han pasado mucho más allá del sistema de las relaciones americanas y que, de hecho, influye en modificar, en alterar o en reducir su campo de acción.

Bastaría imaginar, lo que sintetiza muy bien lo que debemos pensar, ¿qué hubiera sido de la América Latina si en el norte del continente, con todo el poderío de los Estados Unidos, hubiera aparecido una potencia napoleónica o un Estado totalitario de cualquier pinta? Esto reviste las dimensiones de una pesadilla. No ha sido así. Los Estados Unidos han sido un país que ha mantenido tradicionalmente su fidelidad al principio democrático, a los ideales de la gran revolución de 1776, que no ha renegado en ningún momento de su creencia en aquel preámbulo admirable de su Acta de Independencia que dice: creemos que todos los hombres nacen libres e iguales. Y esa proclamación no la han repudiado nunca. Es difícil mantener un principio intacto en un mundo cambiante, complejo y conflictivo como el que vivimos. Pero el hecho de que esa inmensa potencia haya mantenido esos principios y pretenda, hasta

donde es posible, ser fiel a ellos es un hecho positivo y nos corresponde a nosotros hacer que ello pase más allá de un mero reconocimiento moral, de una proclamación retórica y que se transforme en formas prácticas de cooperación eficaz.

Una de las formas que esa cooperación ha revestido, en los últimos tiempos, en las últimas tres o cuatro décadas, es la de la ayuda y la cooperación para el progreso. Esta nueva modalidad aparece hoy un poco de capa caída y, generalmente, los que la estudian piensan que no ha sido enteramente satisfactoria ni para los que dieron ayuda ni para los que la recibieron. Y esto ha traído como consecuencia que los grandes países industriales del mundo no hayan cumplido con aquel ideal de destinar un uno por ciento de su producto bruto a la cooperación internacional y a la ayuda. La verdad es que, después de la Segunda Guerra Mundial, solamente un puñado muy pequeño de países, que antiguamente fueron colonias, han logrado alcanzar un grado de desarrollo importante. La mayor parte de ellos están en el sureste asiático. Esa situación debemos, los hispanoamericanos, contemplarla con mucho realismo, no porque esto nos condene a no tener otro respiradero, ni otra salida al mundo, ni otra vía de futuro que la que pasa por la OEA, es importante esa vía, no debemos renunciar a ella, debemos ampliarla en toda la posibilidad, pero no podemos, sería absurdo, encerrarnos voluntariamente en el convento continental y darle la espalda a todo lo demás que ofrece y presenta el mundo de hoy.

Este es un mundo conflictivo, trágicamente amenazado, como nunca antes en la historia universal. En la simplificación de los comentaristas políticos se habla generalmente del enfrentamiento Este-Oeste, del conflicto latente y grave del Norte y del Sur. Pero no es tan simple el cuadro. La existencia en este instante de las descomunales superpotencias, con un poder de destrucción que el hombre jamás pudo vislumbrar, y los intereses que ellas representan, ha creado una nueva situación mundial de la que no podemos escapar. No hay manera de estar fuera de esa realidad. No hay refugio para escapar de ella. Y eso lo revela un hecho que todos los días se repite, ya no hay en el mundo conflictos locales, el más apartado que surja en el más lejano país del mundo puede ser interpretado como un hecho que amenace ese delicado equilibrio mundial y obligue a que las superpotencias se muevan para enfrentar, dirigir y controlar el pequeño conflicto local por miedo de que la otra lo haga. Esa es la realidad en que vivimos, y sería pueril cerrar los ojos ante ella y seguir haciendo proclamaciones teóricas que tienen poco que ver con la realidad. No vayan a creer ustedes que yo vengo aquí a hacer una proclamación de realismo cínico y que esté invitando a nadie, de ningún país americano, a que haga de su capa un sayo y vea como se aprovecha del desorden para medrar. Nosotros tenemos una tradición, una cultura, una historia, unos principios, y ellos nos obligan a una conducta. No podríamos pasar por sobre esas

cosas sino al precio de un envilecimiento inaceptable, de una degradación, de una renuncia a lo que somos.

Cuando contemplamos el cuadro de la OEA, no podemos olvidar que no pertenecemos solamente a una comunidad continental que se asienta en dos aspectos, que es bueno recordar, en un hecho geográfico que es el resultado evidente de habitar un mismo continente aislado de los otros, el único continente aislado del planeta, fuera de Oceanía, sino también a una comunidad de ideales y de principios morales. Los hombres que realizaron la Independencia de las naciones hispanoamericanas, los que firmaron la Constitución venezolana de 1811, los que en todos y cada uno de estos países, como en Bogotá en 1810, pensaban muy concretamente en realizar en el mundo hispanoamericano lo mismo que los colonos de las posesiones inglesas del Norte habían logrado, es decir, crear un orden republicano, un sistema de ley y democracia fundado en el respeto de los derechos humanos.

Esta es una comunidad bastante más efectiva y obligante que la mera contigüidad geográfica, que muchas veces, en todas partes, no ha llevado sino al enfrentamiento, a la rivalidad y a la enemistad, del mal vecino, mientras el compartir ideales políticos, concepciones ideológicas y principios filosóficos sobre el hombre y su destino acercan mucho más que cualquier otra vinculación que podamos imaginar.

Los países hispanoamericanos, que integran la OEA, forman parte, al mismo tiempo, de otras comunidades, más vivientes y efectivas, y de ellas quiero hablar someramente ahora.

En primer lugar, pertenecemos a una comunidad indudable y evidente, que es la de las antiguas colonias españolas de América. Constituimos un conjunto de pueblos que tienen en común todo lo que de más precioso puede servir para identificar a los pueblos. Tenemos una misma cultura, una misma historia, creemos en el mismo sistema de valores, hemos proclamado, desde el primer momento de nuestra Independencia, los mismos principios políticos, hemos intentado organizar una sociedad de democracia, de libertad, de paz y de cooperación basada en ese cimiento común, que va desde la lengua a la historia y a los grandes mitos tutelares. Por donde se la mire es una comunidad real. No existe una OEA ni ninguna estructura que traduzca la existencia de ese formidable hecho humano, pero aparece continuamente, de un modo visible y subyacente que lo revela en cada momento y ocasión. Darle la espalda e ignorarlo sería una insensatez y sólo serviría para disminuirnos.

Esto lo vieron con toda claridad los fundadores de la Independencia, al darse cuenta de que no era posible lograrla parcial y aisladamente, que tenía que ser una empresa de todos los países, sin excepción, y que mientras no se lograra esta finalidad la suerte de la Independencia en cada país aislado sería precaria y de corta vida. No se limitaron los próceres a alcanzar la independencia de la metrópoli, no era su mira ser dueños de su propia casa, les importaba no menos saber lo que iba a pasar dentro de esa casa, y en ese camino, desde el primer momento, procla-

maron como objeto supremo el establecimiento de repúblicas democráticas, basadas en el reconocimiento efectivo de los derechos del hombre.

Eso no fue posible por muchas causas y razones, porque existía poco contacto entre unos y otros países, a pesar de la similitud de situación, porque no hallaban en su pasado, para ese momento, ninguna tradición, ni menos experiencia, de gobierno propio ni representativo, no se contaba con ninguna institución sobre la cual asentar el nuevo edificio de una república democrática, igualitaria y libre.

Esas aspiraciones y tentativas heroicas de crear un nuevo orden tropezaban con la dura realidad social e institucional legada por el pasado de lo que habían sido las colonias españolas. Esas sociedades tenían un orden, pero no era un orden que brotaba de adentro, estaba impuesto desde afuera, en un sistema vertical de autoridad y de castas, sacralizado, que descendía hasta el pueblo y no subía de él, que era el del invisible, remoto y todopoderoso rey de España.

El caso de las colonias inglesas del Norte fue enteramente distinto. En ellas se habían desarrollado continuamente formas autónomas y propias de gobierno democrático. Disfrutaban de sistemas electorales y representativos, se reconocían, en el uso y en la ley, los derechos del hombre, por manera que la supresión de la autoridad del rey de Inglaterra no significó un cambio radical y menos todavía un salto en la oscuridad para aquellas comunidades, para aquellas sociedades que lo que hicieron fue continuar, bajo otra autoridad suprema, una tradición jurídica e institucional propia, en la que venían viviendo desde el comienzo de su instalación en el nuevo continente.

No fue éste el caso nuestro. Allí está la voz de Bolívar, en el Congreso de Angostura y en muchas otras ocasiones en que se asomó el arduo problema, ¿cómo lograr hacer la república sin antecedentes favorables? Es aquella angustia que él expresó alguna vez cuando dijo: "Más le temo a la paz que a la guerra", porque la guerra, desde luego, era una suerte de disciplina, un orden, ciertamente atroz, pero al fin un orden efectivo y cuando ese orden, impuesto por las exigencias del combate, cesara, ¿cómo se iba a hacer para asegurar establemente un sistema institucional efectivo y justo en aquellas sociedades desarticuladas por la guerra, y que no traían del pasado ninguna tradición institucional que les permitiera entrar con pie seguro en un nuevo tiempo y en una nueva forma de existencia tan diferente de todo lo que habían conocido por siglos?

Esa grave incongruencia la advirtieron muchos de los hombres de esa época. Entre ellos uno de los más originales, de los más valiosos y de los más ignorados, Simón Rodríguez, que fue maestro de Bolívar pero que, como él mismo lo decía con mucha razón, tenía otros títulos y, realmente, los tenía.

Cuando Rodríguez regresó a su América, después de más de veinticinco años de permanencia en Europa, en una ausencia de curioso, de estudioso, de investigador de los hechos políticos y sociales, se dio cuenta,

después de Ayacucho, de que el problema de la organización republicana en la América Latina era inmenso y desproporcionado, y fue entonces cuando dijo que no podíamos hacer repúblicas sin republicanos y la respuesta que se daba él mismo fue: vamos a hacer los republicanos. ¿Dónde iba a hacer a esos republicanos? En el único lugar en que se podía, en la escuela, y es entonces cuando él expone aquellas concepciones asombrosas que hoy han propuesto muchos de los dirigentes de las revoluciones recientes: crear un hombre nuevo, Simón Rodríguez quería crear un criollo nuevo. No era una empresa fácil, los hombres somos lo que somos por la cultura, por lo que nos han hecho las tradiciones y las creencias visibles o soterradas, y cortar y transformar esa tradición o esa realidad es casi imposible, sin embargo él se proponía realizar esa utopía, pensaba en una escuela que segregara al niño del cuadro familiar, que educara a varones y hembras para enseñarles a vivir en república y a vivir de su trabajo porque como él decía: al que nada sabe cualquiera lo engaña y al que nada tiene cualquiera lo compra, y para eso proponía con una frase hermosísima, que sintetizaba su proyecto, declarar la nación en noviciado.

Esto revela hasta donde se daban cuenta estos hombres de la difícil empresa de crear repúblicas en un medio social e institucional que no preparaba en absoluto para ello. El resultado lo sabemos todos, surgió el caudillismo lugareño que representaba la única forma de autoridad acatada que pudo aparecer después de la guerra. Los caudillos, o los más de ellos, fueron hombres sin visión muy atados a lo regional, muy celosos de cualquier disminución de su autoridad personal que por su propio interés exacerbaron hasta límites extremos un sentimiento de nacionalismo aislante que hacía muy difícil cualquier forma de acercamiento o cooperación entre su país y los demás, que no tenían tampoco ningún tipo de educación para la democracia.

Muchas veces he reflexionado sobre esto: que la América Latina tiene una devoción por la democracia mucho más allá de lo esperable y que se traduce en un hecho muy curioso, por ejemplo, no ha existido en América Latina, tal vez con la excepción superficial y transitoria de la momentánea proclamación por Getulio Vargas del *Estado Novo*, ningún régimen político que haya creado y proclamado instituciones dictatoriales; las dictaduras hispanoamericanas, casi sin excepción, se han hecho bajo una constitución liberal que no se cumple pero que se mantiene, venerada e ineficaz, como un ídolo reverenciado al cual sería peligroso renunciar o abolir, sin grave riesgo para la estabilidad del régimen. Eso revela una adhesión que va mucho más allá de lo formal y aparente que debería ser tomada muy en cuenta por todos los que nos preocupamos del porvenir político del continente.

Pertenecemos a esa comunidad de hecho de las antiguas colonias españolas, no hemos hecho mucho para activarla, sería simple y fácil hacer la estimación de lo que representaría la suma de esos países, a los que habría que añadir a España, de potencial económico, político y huma-

no. Constituimos una magnitud extraordinaria de gentes y de recursos materiales de todo tipo. El día en que, por un acto de inteligencia y comprensión pongamos sobre un plan cooperativo y abierto a colaborar todo eso para unos fines concretos podríamos hacer cosas extraordinarias, podríamos crear dos o tres de los más grandes centros científicos del mundo, podríamos entrar a tratar de quién a quién con los países que más han avanzado en la ciencia y la tecnología, podríamos poner en el espacio satélites que hablaran nuestra lengua, podríamos cooperar políticamente, no para convertirnos en ningún bloque que amenace a nadie, sino para reconocer y poner a valer un hecho histórico.

Si de esta noción de las antiguas colonias españolas y de España pasamos al paso inmediato e inevitable que está en la lógica misma del destino, que es el de la cooperación de todos los países iberoamericanos, que resultaría absurdo excluir, con el Brasil y su inmenso potencial, y Portugal con su historia admirable de país creador de mundos, si hiciéramos consciente y efectiva esa comunidad iberoamericana total con todos los pueblos del continente de habla española y portuguesa, y con España y Portugal, las posibilidades de ese conjunto serían inmensas y serían factibles, casi provoca desbocarse en imaginaciones y sueños esbozando todo lo que podríamos hacer juntos si saliéramos de la cárcel de aislamiento, en la que venimos permaneciendo encerrados dentro de las fronteras nacionales, apegados a viejos ídolos impotentes y poco válidos y sin tener visión para todo lo que nos está ofrecido con la posibilidad de ese entendimiento y cooperación para el bien de todos sin predominio de nadie.

Lo que nos separa de los lusoparlantes es mínimo, ni siquiera, propiamente, una barrera lingüística, el portugués y el español son dos lenguas hermanas y con muy poco esfuerzo los que hablamos español podemos entender a los que hablan brasilero y viceversa.

Pero desgraciadamente, ¿en qué universidad de América Latina, en qué escuela secundaria se enseña esto? Prácticamente en ninguna parte. En la Universidad Central de Venezuela no existe una cátedra que enseñe lengua, historia y cultura del Brasil, porque, sencillamente, parece que no nos hemos dado cuenta de que al lado del país existe ese inmenso país con todo su potencial de desarrollo, en cambio, cosa muy característica, tenemos una cátedra de esperanto.

Semejantes absurdos revelan hasta qué extremos hemos llegado en cegarnos ante la realidad más obvia. Si fuésemos capaces de hacer efectiva esa comunidad, esa colectividad del conjunto iberoamericano, nuestra posición ante el mundo cambiaría radicalmente, nuestra presencia, nuestro valimiento y el peso de nuestra opinión se haría sentir en todo el planeta, no con ánimo de entrar en ninguna competencia de poder, porque sería un error grave, a pesar de que no podemos, tampoco, ignorar que todas las relaciones entre los hombres, de cualquier naturaleza que sean, son, finalmente, relaciones de poder y aparece detrás de ellas ese hecho fundamental que viene tal vez de nuestra filogenia

animal. Pero la intención no puede ser convertir esa vasta familia de pueblos en una potencia agresiva, con ánimo de dominar o amenazar a nadie, sino de hacer más válidas nuestras posibilidades de poner en común lo que tenemos y reconocer el hecho real de nuestra situación. Lamentablemente da la impresión de que no logramos ni verlo ni comprenderlo.

Tenemos con la comunidad de los Estados Americanos que es importante y vital y a la que no podemos ni debemos renunciar la comunidad yacente, herencia intocada en gran parte, de los pueblos iberoamericanos. Podríamos, ahora que se acerca el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, hacer el modesto esfuerzo de un pequeño manual que llegue, a nivel de secundaria, a todos los estudiantes que presente ese hecho, que cuente y explique, de un modo sencillo y veraz, qué es la comunidad iberoamericana, qué tenemos en común en la historia y qué podemos hacer juntos en el presente y el futuro. Ese pequeño libro no existe porque no nos hemos dado cuenta de que es el más importante que podríamos poner en las manos de nuestros jóvenes.

Pero con esto no se agota la lista. Formamos también parte de otra comunidad distinta que no se funda en la historia, ni en la cultura, ni siquiera en la geografía. Nace de una similitud de situación política y económica. Es la de eso que, vagamente, se llama el Tercer Mundo, que en el lenguaje de las Naciones Unidas forma el Grupo de los 77 que ya pasan de 126 países. Son los nuevos Estados que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial como fruto del proceso de descolonización en los antiguos continentes, particularmente en Africa y Asia. Esos países surgieron a la dignidad de independientes y libres llenos de limitaciones y de carencias. Hubo algunos de ellos en que a la hora de la Independencia no habrá más de veinte graduados universitarios. Todo esto planteaba inmensos desafíos, y exigencias casi sobrehumanas. Estos nuevos Estados de Africa y Asia acudieron a las antiguas potencias coloniales para exigirles colaboración y plantearles la necesidad de que los ayudaran a asumir plenamente la dignidad de países libres e independientes, dignidad que va más allá de una bandera y una proclamación constitucional. El resultado de ese estado de espíritu ha sido acercar a esos países, separados por continentes, culturas, y tradiciones, pero coincidentes en una situación similar frente a los países industriales del mundo y a las antiguas potencias coloniales.

Las exigencias que ellos planteaban se han ido haciendo cada vez más dramáticas. Los economistas la llaman la brecha entre los países desarrollados y los países que, con eufemismo, llamamos en desarrollo, que no ha disminuido en ningún momento y es, de hecho, más grande hoy. El ingreso nacional per cápita presenta diferencias abismales, el nivel medio de vida, la miseria endémica, no solamente no ha disminuido, sino que tiende a aumentar con el fatal peso incontrolado del aumento poblacional. Mientras los países del Norte, los desarrollados, cada día tienen un nivel de vida más alto, más poder en todos los sentidos de la

palabra, el resto de la humanidad que es la mayoría, se encuentra en una situación de desventaja, pobreza y limitación que no puede ser aceptada pasivamente. Ya ha traído reacciones de todo género y ha provocado la creación del grupo de los 77, que ha permitido se reconozca la existencia de algo que se llama el Tercer Mundo.

¿Qué papel juega la América Latina dentro de ese Tercer Mundo? Sin duda, uno muy *sui generis*. Estamos y no estamos dentro del Tercer Mundo. Estamos por el hecho cierto de que somos países que no han alcanzado su pleno desarrollo, tenemos muchas lagunas y deficiencias en nuestro crecimiento económico y social, arrastramos grandes diferencias de situación social y a una inmensa población miserable que no hemos logrado elevar de nivel, pero nos diferencian otras muchas cosas.

No estamos saliendo de un régimen colonial, al cual en rigor no pertenecimos nunca. El régimen español en América era muy distinto a los sistemas coloniales del resto del mundo. En el siglo XIX no existían propiamente colonias de España sino reinos y provincias de un conjunto jurídico y político que tenía por cabeza al que era, al mismo tiempo, rey de España. El rey de España era rey de Castilla y rey de Aragón, y rey de Granada, rey de Colombia, rey de Argentina y rey de Venezuela. En el momento en que los hombres que iniciaron la independencia hicieron pública su posición, el alegato fundamental que expuso la Junta de Caracas en 1810 fue el de declarar que se había roto el vínculo. Si hubiéramos sido colonias españolas no se habría roto esa dependencia. Había un gobierno en España pero, como ellos lo decían en su manifiesto, no reconocían otra persona que el rey legítimo. El vínculo no era el de colonos de España sino el de vasallos del rey, al mismo título que lo eran castellanos o aragoneses. Eso es lo que invocan los hombres del 19 de abril de 1810 como razón válida para asumir la autonomía. Había desaparecido del trono de España la figura del rey y no debían obediencia a más nadie. Nos diferencia además otro hecho, pertenecemos a eso que se llama la civilización occidental. Yo no estoy hablando aquí en lenguaje chibcha, ni en ninguna otra lengua que no sea el español universal, nuestra lengua materna. No es igual el caso de los países africanos o asiáticos, con culturas vivas identificadas en su tradición y carácter, con lenguas, instituciones y mentalidades propias. Hoy los historiadores dan tanta importancia a eso que llaman historia de las mentalidades como la que tienen los fenómenos económicos, políticos o militares.

Nosotros tenemos una mentalidad que no es exactamente la de quienes han sentido el peso de una civilización que se les superpuso de modo adventicio, que no llegó a penetrar nunca hasta abajo. Las lenguas europeas no sustituyeron nunca las nacionales y sólo fueron aprendidas y usadas como lenguas de comunicación. En ellos hay un bilingüismo que en nosotros no existe sino en limitadas regiones donde perduran culturas indígenas, que también hablan español. Pertenecemos por la cultura, las instituciones y la mentalidad al mundo occidental. Proclamamos repúblicas a partir de 1810 y no resucitamos alguna vieja monar-

quía sagrada. Proclamamos los derechos del hombre, pertenecemos a esa civilización, somos parte de ella, hemos nacido y crecido dentro de ese juego de valores y nos sería imposible rechazarlos y repudiarlos para aceptar otros que no podrían tener vigencia efectiva.

Tenemos, además, un cierto grado de desarrollo (variable en los distintos países) de conciencia nacional y un crecimiento que establece diferencias grandes con muchos de los países del Tercer Mundo. Pero estamos también como ellos ante esa brecha que separa al Norte del Sur. Dentro de ese grupo del Tercer Mundo podemos desempeñar un papel único, que más nadie puede desempeñar. Somos el puente natural entre el Norte y el Sur, somos de Occidente de una manera peculiar –no como lo es un francés o un inglés– podemos entender qué piensan, cómo reaccionan los hombres de la civilización occidental, porque pertenecemos a ella, pero en un modo distinto. En nosotros se ha operado un proceso de mestizaje cultural, que nos hace distintos dentro de esa situación. Seríamos, necesariamente, el puente para el entendimiento, discusión y planteamiento en busca de soluciones a los problemas que dividen al Norte del Sur. Esa comunidad no podemos ignorarla.

No estoy diciendo, y sería absurdo que lo dijera, que renunciáramos a una de esas comunidades, a nuestra madre en favor de nuestro padre. Pertenecemos a ellas por vínculos de hecho que están más allá de la pura voluntad. Además de que es imposible resultaría absurdo debilitarnos y empobrecernos. Podemos y debemos mantener vivas esas cuatro comunidades, sin renunciar a ninguna, sin perder la presencia en ninguna, sin olvidar que pertenecemos a cada una con títulos válidos, que aumentan nuestra presencia en el mundo y nuestras posibilidades de actuar.

Vivimos en un tiempo peligroso, lleno de conflictos y de enfrentamientos de todo género. Básicamente en el del enfrentamiento de las dos superpotencias, que se afrontan diariamente en todos los terrenos en una tensión creciente que amenaza, a cada momento, con romper en guerra abierta. En esa tensa víspera de horror vivimos todos los hombres en esta hora. No hay paz verdadera sino una especie de tregua frágil que amenaza a todos y que haría muy útil la presencia internacional de un conjunto sólido de pueblos pacíficos que puedan favorecer la distensión entre los dos poderosos rivales. No hay que olvidar que ya no hay conflicto local y que eso que llamamos, casi irrisoriamente, la paz, tiene otros nombres más realistas como son el equilibrio del terror nuclear o la guerra fría.

Estamos también en un momento en que ante los ojos de los hombres se abren perspectivas increíbles. Una es la de la destrucción de toda vida y toda civilización en el planeta por una guerra nuclear. Otra, la de la posibilidad de que, con los maravillosos progresos científicos y tecnológicos que el hombre ha alcanzado, logremos ponernos de acuerdo para hablar constructivamente, deponer las armas, y abrir un cambio para crear una humanidad que pueda marchar junta hacia un progreso lógico

y alcanzable. Nunca antes existió ninguna de estas dos posibilidades opuestas, ni la horrible, ni la promisora, y frente a esta alternativa ningún hombre puede permanecer indiferente. No podemos esperar que otros vayan a arreglar esa cuestión de vida o muerte por nosotros. Sería indigno de nuestra condición de hombres. Tenemos que participar, en la medida de nuestras posibilidades y nuestras fuerzas para que esa alternativa se resuelva de la manera más deseable, y no podamos contar con la pequeña fuerza que representamos aislada y nacionalmente. Tenemos que poner a valer todas las comunidades a las que pertenecemos y que no son excluyentes las unas de las otras.

Parecería que estoy proponiendo un plan quimérico y difícil de llevar a la práctica porque no sería posible combinar las cuatro comunidades. No existe ejemplo más visible, más cercano y más digno de estudio que el de los Estados Unidos. Los Estados Unidos pertenecen, igualmente y en plena adhesión, a varias colectividades. La primera y fundamental, que no logramos repetir nosotros, fue la unión de las antiguas colonias inglesas de América. Pertenecen, luego, a una comunidad política, económica y militar, la de los pueblos angloparlantes. Eso que se llama el *Commonwealth* británico no es solamente lo que aparece oficialmente, es algo mucho más poderoso que es el conjunto de todos los pueblos angloparlantes unidos por vínculos sólidos en el cual está incluida la potencia más grande del mundo: los Estados Unidos. Esa situación ha tenido consecuencias que todos conocemos, desde las ya remotas en que los Estados Unidos entraron en dos guerras mundiales, saltando por sobre las admoniciones de Washington, hasta el hecho muy reciente y lamentable de las Malvinas.

Los Estados Unidos, además, pertenecen al sistema interamericano, lo han sostenido, lo necesitan y está en nuestras manos que ese sistema no sea simplemente un instrumento de la política de los Estados Unidos sino de la cooperación efectiva de todos los pueblos americanos, sin desdeñar a los Estados Unidos y sin enfrentarnos con ellos, porque tenemos que convivir con ellos y no podemos borrarlos de nuestro panorama. Tenemos muchas ventajas que obtener tratando inteligentemente con ellos, sin que esto signifique sumisión, ni renuncia, muchísimo menos si hacemos válidas las colectividades a las que pertenecemos de hecho o de derecho.

Los Estados Unidos, también, pertenecen a otra colectividad muy importante: la OTAN, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que va mucho más allá de una cooperación, es una alianza política, militar y económica para enfrentar al bloque soviético. Alianza muy fuerte, y estrecha, fundada en la decisión de contrarrestar lo que ellos consideran amenaza para su sistema, para su manera de pensar, para sus tradiciones sociales, políticas e intelectuales. Esto no significa que los Estados Unidos se hayan retirado de la OEA, ni que el hecho de pertenecer a la comunidad británica los excluya de entrar en la OTAN, ni que

el hecho de estar en estas organizaciones signifique debilitamiento del hecho fundamental de la unión de las antiguas colonias inglesas de América.

Nosotros podríamos hacer algo semejante. Si esto se hiciera consciente en la mayoría de nuestros pueblos y, particularmente, en los hombres que tienen en sus manos la posibilidad de tomar decisiones, nuestra historia podría cambiar y rápidamente podríamos pasar de ser Estados desunidos, países débiles en distintos grados de desarrollo que cuentan poco en el escenario mundial, a tener una presencia efectiva ante el mundo, a ser uno de los bloques más homogéneos, poderosos y respetables que el mundo haya conocido en los últimos tiempos. Un bloque pacífico para el progreso, para la justicia, para que se alcancen, finalmente, los ideales por los cuales creamos estas naciones y en nombre de los cuales pretendemos seguir existiendo.

Godos, insurgentes y visionarios. Ed. cit., pp. 181-198.

LA GUERRA DE LOS DIOSES Y LA CREACION DEL NUEVO MUNDO (*)

"¿QUÉ HAY en un nombre?", se preguntaba Shakespeare para que tres siglos más tarde Wittgenstein pudiera responderle, con igual perplejidad: "¿Cómo es posible representar un mundo no-lingüístico en términos lingüísticos?". Nada es más engañoso, cambiante y ambiguo que los nombres, siempre es oscuro lo que pretendemos expresar con un nombre y su relación con la cosa nombrada no es menos vaga. Nombrar es crear, toda la creación verbal del hombre, que es su mayor hazaña, tiene como base la virtud fecunda de ese descalco que, afortunadamente, no permite que lleguemos a saber todo lo que nombra un nombre, ni hasta dónde representa la cosa nombrada.

Buen ejemplo de ello lo constituye ese inmenso y nunca agotado hecho que hemos llamado de tantas maneras: el Descubrimiento de América, la Empresa de las Indias, el Nuevo Mundo o el encuentro creador de culturas extrañas entre sí. La novedad fue tan grande y tan inesperada que desquició y trastrocó los conceptos más aceptados y nada quedó indemne ante su súbita y creciente presencia. Nos acercamos al medio milenio de su aparición y está lejos de cerrarse el debate, la insegura definición y aquello que, ingenuamente, los primeros cronistas llamaron "la verdadera historia".

Los europeos no tenían antecedente de semejante acontecimiento, la súbita aparición de una inmensa porción de tierra y humanidad de la que nada se sabía. Se podría hacer un largo catálogo de los equívocos inevitables que surgieron en aquella insolitez. No era fácil comprender que había surgido una nueva geografía que invalidaba la antigua, ni una nueva humanidad que negaba la unidad histórica tradicional, ni una nueva manera de ser hombre en una naturaleza extraña.

* Discurso de instalación del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 23 de octubre de 1985, con motivo del Quinto Centenario de su nacimiento.

El primer nombre que brotó espontáneamente fue el de Nuevo Mundo. Es el que usan Pedro Mártir y Vespucci, grandes divulgadores de la nueva. La primera visión fue la de "las islas del mar occidental recientemente descubiertas". La novedad era la del hallazgo, lo que Vespucci llamaba "L'isole novamente trovatte", pero que muy pronto comenzó a conocerse como Nuevo Mundo. Este nombre, aparentemente tan simple, estaba lleno de equívocos y ambigüedades inagotables. Pedro Mártir se refiere críticamente a "las cosas del Nuevo Mundo que en España suceden", de los europeos "idos a mundos tan apartados, tan extraños, tan lejanos" y, al referirse a la primera Misa que se cantó en el nuevo suelo, apunta "en otro Mundo, tan extraño, tan ajeno, de todo culto y religión".

Desde el primer momento del largo proceso todavía no cerrado se advierte claramente la dificultad de la asimilación conceptual y mental del insólito hecho. Todo parece diferente pero se busca desesperadamente, como una seguridad para la sobrevivencia, lo que pueda parecer familiar, conocido o semejante a lo que hasta entonces habían conocido los descubridores. Comenzaron a nombrar por aproximaciones y semejanzas. Animales, plantas, fenómenos climáticos extraños recibieron apelaciones de similitud externa que eran puras metáforas. Oían cantar el ruiseñor y creían andar en el país de las Amazonas. Sería tarea de psicólogos estudiar la significación de conjuro mágico para apaciguar temores que tenía el hecho de reproducir, en aquella tan distinta realidad física, la toponimia española.

La primera acepción del Nuevo Mundo es la que le dan quienes difunden la nueva por Europa. Es un mundo nuevo y desconocido para los europeos. Más tarde, y cada vez más acentuadamente, va a comenzar a parecer un nuevo mundo en sí, caracterizado por una situación distinta. El hecho comienza cuando se hace evidente que los españoles venidos a la nueva tierra no podrán continuar dentro del mundo al que pertenecían antes de venir y que los indígenas tampoco podrán, nunca más, ser los mismos que eran antes.

Desde la mañana de Guanahaní hasta el inicio de la fabulosa aventura de Cortés corre un tiempo de preludio. Es un cuarto de siglo en el que comienza a tomar fisonomía propia el nuevo hecho humano y natural. Un rico preludio en el que aparecen ciertas constantes, que se repiten y amplían hasta dominar, como el *leit motiv* en la música wagneriana.

En primer término, el nuevo escenario natural. No se va a agotar durante siglos el asombro y el desacomodo de los europeos ante la naturaleza americana: las relaciones, los testimonios de toda índole, expresan ese desconcierto y esa dificultad de adaptación. No tienen nombres para las cosas pero tampoco tienen parangón para los hechos naturales. No han visto viento como el huracán, ni noche pareja al día, ni estrellas del Sur, ni aquellos desmesurados ríos que llamaban mares dulces, ni aquellas gigantescas sierras nevadas e inaccesibles, ni las vastas llanuras a pérdida de vista, ni el manatí que parece una sirena, ni la llama que no

parece pisar suelo, ni la profusión de pájaros desconocidos, ni la inversión de las estaciones, ni el pan, ni el habla, ni la creencia de aquellos seres fuera de clasificación.

También desde el primer momento concurren los tres personajes fundamentales del drama histórico. Aquellos españoles desplazados y aventados a lo desconocido, aquellos nativos que no se sabe cómo nombrar y que terminarán llamando metafóricamente indios, y aquellos negros esclavizados, que vienen a hacer lo que el indio no sabía y el español no quería, el duro trabajo de los labriegos y mineros de España.

Queda mucho por decir sobre el arduo problema que constituyó la dificultad casi invencible de someter los indios antillanos a un régimen de trabajo a la europea. Literalmente pertenecían a otro mundo donde no había moneda, ni salario, ni capital, ni diferencia entre ocio y labor. Eran cazadores, recolectores, cultivadores de conuco, sin faena ni horario, sin sentido de acumulación ni de ahorro, a los que fue de toda imposibilidad transformar en "labriegos de Castilla".

También se inició allí el encuentro de los dioses. La creencia casi espontánea en deidades del trueno, la muerte y la cosecha y una religión militante, combativa, afirmada en una lucha secular contra los infieles. La presencia de España en las nuevas tierras no fue meramente una empresa imperial, precursora de las que otros pueblos occidentales llevaron adelante casi hasta nuestros días. No se trataba solamente de establecer factorías, estructuras de dominio militares y políticas superpuestas, sino de un propósito abierto y confeso de conquistar la tierra y los espíritus, no para establecer una dependencia astuta y próspera sino para cambiar radicalmente lo existente y crear un hecho humano nuevo. Tan importante, y acaso más, en la mentalidad de aquellos seres, era extender el cristianismo a todos los hombres como conseguir riqueza y señorío. No era ni siquiera imaginable respetar y mantener las creencias locales, había que imponer de inmediato y por los medios más expeditivos la verdadera fe.

Por esa misma actitud surge igualmente el otro conflicto característico de aquella empresa única. La necesidad de dominar y de obtener poder y riquezas chocaba continuamente con los principios y la moral de la religión católica. Había una incompatibilidad inconciliable en la contradictoria pretensión de dominar y de evangelizar compulsivamente al mismo tiempo. Tuvo que surgir una crisis de conciencia, única en la historia del mundo. Someter a los indios y mantenerlos en la pacífica y tranquila práctica de sus cultos, con la supresión de algunos ritos inaceptables, como los sacrificios humanos, hubiera sido posible. Someterlos y cambiarles al mismo tiempo su creencia secular, parecería imposible, pero fue, sin embargo, lo que se pretendió hacer.

No tuvieron éxito en la tentativa de hacer de los indígenas "labriegos de Castilla" pero, en cambio, lo tuvieron de una manera peculiar y viviente en convertirlos a la fe católica. Lo que surgió fue una cambiante y rica forma de sincretismo religioso y cultural. Se empeñaban en hallar

trazas de coincidencias con la práctica y los símbolos del catolicismo en algunos ritos y representaciones indígenas. Se veían cruces en los monumentos mayas y aztecas y se llegó más tarde a pensar en una milagrosa predicación del Evangelio hecha por el apóstol santo Tomás.

La crisis de conciencia se plantea de inmediato desde los primeros sermones de los frailes misioneros. ¿Era posible conquistar con las armas cristianamente? Se estaban ganando nuevas tierras pero se podía estar perdiendo el alma. Este dilema, insoluble e insoluto, no se ha planteado nunca en tales términos a ninguna potencia conquistadora de la historia. No se planteaba evidentemente porque en las expansiones imperiales de los tiempos modernos no hubo ni motivación ni preocupación religiosas. Los colonos de Nueva Inglaterra querían vivir con toda pureza su propia fe cristiana, pero nunca pensaron como razón principal de su empresa la de evangelizar a los indígenas. La separación entre lo que correspondía a César y lo que correspondía a Dios fue completa.

El inagotable debate, nunca concluido, que aparece desde el encuentro va a condicionar toda la acción de la Corona en las Indias, va a provocar los más apasionados y eruditos pronunciamientos, va a alcanzar su culminación en la polémica trágica de Las Casas con Sepúlveda y va a condicionar la comprensión de la historia y la mentalidad hispanoamericana de manera indeleble.

La noción del Pecado Original, de tanta consecuencia en la mentalidad cristiana, fue trasladada, con todas sus consecuencias políticas y psicológicas, al nacimiento de un inmenso ser colectivo. Las voces que alzaron Las Casas, Vitoria y tantos otros, durante siglos, no han dejado de resonar nunca en la conciencia de la identidad hispanoamericana.

La tríada, que va a dirigir el proceso de la creación del Nuevo Mundo, queda formada desde aquel primer momento: el conquistador, el fraile y el escribano. El conquistador, que es un hijo de sus obras que todo lo tiene en el futuro y en la voraz esperanza, el fraile que se esfuerza en afirmar el propósito intransigentemente evangelizador de la empresa, y el escribano, que personifica el Estado y sus leyes. Ninguno de los tres hubiera podido actuar solo. Cada uno representaba parte esencial de una unidad de propósitos que los dominaba continuamente. El hombre que se apoderaba de la nueva tierra, el que de inmediato comenzaba a convertir a los nativos más allá de la barrera de las lenguas, de la comprensión y de la posibilidad real, y aquel otro que representaba la ley del Estado y daba forma legal y valedera a lo que de otro modo no habría pasado de simple expolio.

Una presencia real, la de un hombre que se jugaba su propio destino, y dos seres no menos heroicos, que representaban mucho más que ellos mismos, la Iglesia universal y la Corona de tantos reinos y señoríos, con su jurisprudencia, sus cortes, sus órganos de poder, sus magistrados, sus jueces, y su rey y señor.

Esa primera etapa de la Conquista define y crea las formas que va a revestir el inmenso hecho que apenas tiene allí su prodigiosa víspera.

Lo que allí se hace y define va a determinar en mucho toda la acción futura. Aparecen las nuevas necesidades y las nuevas funciones. Nada hay de semejante en el pasado que ofrezca modelo. La lucha secular contra los moros era una empresa de reconquista para recobrar lo que les había sido arrebatado y restituirlo a lo que imaginaban su verdadero ser. Van a resucitar viejos nombres y funciones de la frontera de combate de siete siglos. Reaparecerán los Adelantados, las formas de dominio de frontera, se crearán instituciones nuevas con viejos nombres, como la Encomienda, y se adaptará a las nuevas necesidades el viejo aparato administrativo peninsular.

Todos los que llegan tienen de inmediato la sensación de que se está en la víspera ardiente de nuevos e increíbles hallazgos. Desde Colón se ha recorrido buena parte del Caribe y se ha topado con la Tierra Firme. Continuamente salen nuevas expediciones que van revelando la dimensión inabarcable de aquel mundo alucinante. Todo parece posible, desde hallar el Paraíso Terrenal, hasta entrar en el reino de las Amazonas, alcanzar El Dorado, la Fuente de la Juventud, las montañas y los ríos de oro y los mares cuajados de perlas.

En la etapa antillana aparecen y toman forma las grandes cuestiones que van a caracterizar todo el largo proceso. El choque cultural que produce el encuentro, el problema de la asimilación de los indígenas, las dificultades de trasladar pura y simplemente el modelo europeo de producción y sociedad, la necesidad imperiosa de atender a circunstancias nuevas que deforman y desnaturalizan los propósitos y los planes, el surgimiento de varios estratos en los que la realidad mal definida y los conceptos formados en la experiencia histórica del Viejo Mundo entran en constante pugna y contradicción.

Acaso la institución que mejor refleja y representa este difícil acomodo entre dos mentalidades ante una situación inusitada es la Encomienda. No necesitaría más que remitirme a Silvio Zabala, que al través del luminoso estudio de esa institución *sui generis* ha penetrado hasta lo más profundo la peculiaridad inherente de la nueva sociedad. Dentro de esa creación heterogénea que es la Encomienda, se forma el instrumento más activo y poderoso de formación social. Es dentro de ella que se decide la pugna entre las aspiraciones señoriales de los conquistadores que aspiraban a recrear una Castilla medieval, y la voluntad regalista de la Corona que va a predominar. En los laboriosos pliegos de la encuesta que realizaron los frailes jerónimos en La Española está el acta de nacimiento del Nuevo Mundo.

En esta ilustre casa, que es como la conciencia de España, estamos congregados hoy para conmemorar el Quinto Centenario del nacimiento de Hernán Cortés, el 23 de octubre de 1485 y, con él, medio milenio de la aparición del Nuevo Mundo, digo mal, no de la aparición sino del comienzo del inmenso proceso de la creación del Nuevo Mundo.

El culto de los héroes siempre ha tenido la negativa consecuencia de hacernos perder de vista todo lo que hay de colectivo y de anónimo en

la obra de las grandes personalidades históricas. Con ojos de poeta épico más que de juglares, tendemos a mirar sus hechos como dones gratuitos de un azar prodigioso que poco le debe a lo ordinario, que brota fuera y por encima de las circunstancias, y que viene a realizar la misión, casi sobrenatural, que los demás hombres no eran capaces de intentar.

No hay cómo desconocer la condición heroica de Cortés en todas las acepciones que la palabra tiene, desde la de sobrepasar los límites aparentes de la condición humana, la de encarnar un gran momento, la de confundirse con su obra, la de reunir en su acción los dones heráldicos del león, del águila y del zorro, hasta la virtud suprema de hacer historia, crear leyenda y personificar mito.

Ese grandioso proceso que se ha llamado la Conquista de América, con un nombre que falsifica irremediablemente la cosa, no fue la obra inexplicable de un hombre y, ni siquiera, de un puñado de hombres, fue una de las mayores, si no la mayor, de las empresas colectivas que han llevado al hombre a sobrepasar su condición individual.

Todos tomaron parte, en grado variable, desde las señeras figuras de los Reyes Católicos, Doña Isabel y Don Fernando, hasta los hidalgos pobres de "rocín flaco y galgo corredor", los letrados, los teólogos, el cambiante mundo de la picardía, los campesinos, los frailes, todos los hombres ávidos de acción y de aventura a quienes la increíble noticia fue alcanzando, como el eco de una campana de rebato. Se había hallado una nueva tierra, se había revelado una nueva ocasión para los hombres, había sonado la hora milagrosa en la que todos podían y querían ser los hijos de sus obras.

El Estado no había hecho planes y proyectos, sino que sobre la marcha se fue adaptando al torrente de novedades para las que no había respuesta adecuada en el arsenal de la vieja experiencia histórica.

El niño que crece en la casa del hidalgo pobre, Martín Cortés, se tiene que sentir literalmente rodeado de prodigios. Parece haberse alcanzado el largo anhelo militante de unificar a España, se ha ganado Granada, se triunfa en Nápoles, y más allá del mar océano se han hallado tierras desconocidas. La conversación de los peregrinos, el relato impresionante de los que habían regresado o habían podido hablar con alguien que había regresado, era el vasto dominio de la conseja, de la leyenda, de las descomunales aventuras, mucho más alucinantes que las que por el mismo tiempo comenzaban a realizar, en las páginas de los escasos libros, los caballeros andantes.

Su padre ha resuelto que sea letrado. Debió conocerle condiciones de inteligencia que justificaban el costoso esfuerzo de enviarlo a una de aquellas cuatro lumbres de Occidente, que era la Universidad de Salamanca.

Llega a una casa famosa, servida por sus ilustres maestros. Están allí, o han dejado su huella reciente, los más célebres teólogos, filósofos y juristas. Está vivo todavía el eco de la voz de Nebrija y su afirmación de que "la lengua es la compañera del imperio". Es también un tiempo de

renovación del pensamiento entre las corrientes humanistas que vienen de Italia y la renovación de la filosofía cristiana que viene del Norte en los escritos de Erasmo. Todo revela la inminencia de un nuevo tiempo del hombre, que comprenderá desde la idea cristiana hasta las desconcertantes noticias de nuevas tierras.

Los sabios maestros de teología, metidos en sus sutiles disputas de tomistas y escotistas, nunca llegaron a sospechar que entre aquellos jóvenes que animaban con su bullicio los claustros y los patios de la venerable casa había uno que iba a ser mirado por un pueblo entero como un dios viviente.

No perdió su tiempo el joven Cortés, muchos años más tarde Bernal Díaz dirá: "Era latino y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados u hombres latinos respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta: hacía coplas en metros o en prosa. Y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica."

El dilema de su tiempo se le debió plantear dramáticamente: las armas o las letras, la vida del letrado o la fascinante aventura de la guerra en Italia o en las Indias. Cuando sale de Salamanca encontrará el camino que lo ha de llevar a la realización de su gran destino. No era un camino claro, sin desvíos y sin dificultades, el que lo va a llevar desde Salamanca hasta embarcarse a principios de 1504 para llegar al Puerto de Santo Domingo.

No llega con la impaciencia de aventuras que se le supone al conquistador. Llevan doce años los españoles en Santo Domingo. El establecimiento comienza a asentarse y a tomar una fisonomía estable. Verá partir a Colón por última vez de regreso a España, y mientras salen audaces expediciones en busca de nuevas tierras y de la fabulosa masa continental él va a permanecer en actividades casi rutinarias de colono establecido. Recibirá tierras y repartimientos de indios, desempeñará funciones de escribano y secretario, y cultivará su tierra con buen provecho. Los hombres más famosos de la conquista desfilan ante su mirada serena. Nada parece tentarlo como no sea la segura vida del rico colono y del poderoso hombre de justicia.

En 1511 va con Diego Velásquez a establecerse en la isla de Cuba. No es una aventura sino casi un tranquilo traslado para mejorar su condición. Cultiva la amistad del obeso Gobernador, se mete en los líos inevitables de la pequeña comunidad expatriada, ve salir las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalba en busca de la costa de Yucatán.

A fines de 1518, cuando ya lleva catorce años de próspero y respetado colono, oye la llamada del destino.

Una expedición bien pensada, sólidamente preparada, llevada adelante con un infatigable criterio de empresario sagaz. Pone su riqueza, que ya es de consideración, reúne otros aportes, adquiere navíos, recluta hombres, compra materiales y armas, hasta que tiene once naves, seiscientos sesenta y tres hombres, dieciséis caballos, arcabuces, algu-

nos cañones de cobre y la tranquila resolución de llegar hasta el límite de las posibilidades que se le ofrecían.

La ruptura con el gobernador Velásquez era inevitable y prevista. No iba un hombre como él a emprender aquella incomparable empresa como un simple subalterno del Gobernador de Cuba.

Desde el primer momento parece marchar en el camino de una misión claramente intuida y aceptada, va como en cumplimiento de las fatales etapas de un supremo designio. Un designio ante el que no flaquea no sólo porque cuenta con la decisión heroica de su gente, sino porque se siente asistido de un poder sobrenatural que le ha confiado el empeño insuperable de llevar la fe y la salvación a los infieles.

Aquellos hombres que venían de convivir con los indígenas de las Antillas, con tribus de cazadores y agricultores de conuco, iban a hallar ciudades que les parecerán tan grandes como las de España, con una organización completa de la sociedad y con formas de civilización urbana que nunca habían visto en las Indias.

No se pueden leer los testimonios que nos han quedado de aquella insólita hazaña sin advertir de inmediato el sentido sinceramente religioso que tiene para todos ellos.

Cada cambio de paisaje va a ser un cambio de cultura. El mundo de la dominación azteca no era homogéneo ni en lengua, ni en tradiciones religiosas, ni en sentido de la vida. Era el fruto de una reciente dominación política y militar sobre distintas civilizaciones ya antiguas. Es lo que van a ir aprendiendo, de asombro en asombro, a medida que avanzan y cambian de entorno. Han tenido la inmensa fortuna de topar con Aguilar y con la Malinche. A través de ellos cobra sentido y forma el confuso panorama humano que los rodea y sumerge.

Van descubriendo rápidamente la situación de aquel extenso país y sus conflictos internos, van a conocer con espanto los ritos homicidas de su religión y con admiración los refinamientos de su arte. La primera embajada que llega a Cortés es el deslumbrante anuncio de la extraña novedad humana, de su arte y de su riqueza. Van a aprender los nombres nuevos o a crearlos para tantas nuevas cosas. Van a percatarse de que se les mira como dioses, dioses del viejo panteón mexicano que han vuelto. Lo que conocemos de la impresión de los aztecas es revelador de una actitud de terror cósmico. Volvía Quetzalcóatl a cumplir la profecía, la Quinta destrucción del mundo iba a comenzar. Más allá de las realidades físicas, de las armas, los caballos, el arte de la guerra y la viruela, estaba el choque de dos espíritus. Lo que se abre de inmediato es el conflicto religioso que todo lo va a dominar y a determinar. No la guerra de los hombres, que podía encontrar muchas formas de acomodo, sino la guerra de los dioses que no admite tregua.

Es de esa cultura y no del proceso ordinario de establecimiento de un imperio colonial que surge la simiente del Nuevo Mundo. De la guerra de los dioses han surgido los nuevos mundos culturales. Así se hizo Occidente, no de la mera romanización que impusieron las legiones de

César, sino de la lucha abierta del cristianismo contra las inmemoriales formas del paganismo europeo. Cierto es que no se llega a destruir nunca por completo una religión local y que ella persiste en muchas formas bajo la nueva religión impuesta. La saga de la cristianización de Occidente está llena de ejemplos de esta asimilación, por la fuerza que engendra la simbiosis básica de las viejas creencias con las nuevas. Las fuentes, los árboles y las piedras sagradas del paganismo rural se absorbieron en las nuevas formas de rito y advocación impuestos por la Iglesia.

Cuando Cortés echa a rodar brutalmente los ídolos aztecas de Cempoala, abría el cruento corte para el injerto del que iba a nacer el rasgo fundamental de un Nuevo Mundo. El rápido proceso de absorción y deformación de las viejas culturas no creó una tabla rasa para implantar la española, sino que estableció las bases de una diferente y nueva realidad cultural. Desde ese momento quedaba abierto el camino para que Juan Diego tropezara un día con la Virgen de la Guadalupe, con aquella María Tonantzin que reunía en su seno la fuerza creadora de las viejas creencias para servir de base a una nueva realidad espiritual.

Apenas asegurada la dominación militar llega la otra expedición, la más ambiciosa y temeraria, la de los doce frailes franciscanos que van a cometer la impensable empresa de hacer cristiano el imperio de Moctezuma. Los atónitos aztecas vieron a Cortés, en medio de todo su aparato de conquistador victorioso, ponerse de rodillas para recibir a los doce pobrecitos de Cristo.

Ninguno de los dos mundos sobrevivirá plenamente a esa confrontación total. Uno y otro van a cambiar no sólo dentro de los límites físicos del nuevo escenario, sino mucho más allá. La incorporación de América a la geografía y a la historia universales marca el comienzo de un nuevo tiempo del hombre, de inagotables consecuencias en la vida y en el pensamiento del Viejo Mundo. De ella se alimenta aquella crisis de conciencia que va a atormentar a los pensadores europeos por siglos, desde Tomás Moro hasta Rousseau, hasta crear el mito revolucionario y transformar el destino de la humanidad.

Se conoce en todos sus detalles exaltantes y terribles la hazaña de Cortés y de sus compañeros, que en cortos años va a someter a la Corona de Castilla territorios decenas de veces más grandes que el de la Península. Lo que importa mirar ahora es el significado y las consecuencias de ese encuentro.

No se trata de un mero hecho de conquista, que tantas veces se ha dado en tantas épocas, sino de ese raro fenómeno que tiene su antecedente en el continente europeo en el tiempo que va desde la muerte de Teodosio hasta la coronación de Carlomagno. El factor decisivo en la creación de Occidente no fue la extensión política y administrativa del dominio de Roma, sino sobre todo, la asombrosa empresa de la cristianización de los paganos.

El fenómeno se da en el Imperio español de un modo mucho más dinámico y completo. En medio siglo se completará la estructura, el carácter

y las formas de integración de esa masa continental desconocida. La experiencia de México define el carácter y las peculiaridades de aquella obra unica.

La marcha de Cortés a Tenochtitlán podría ser vista, casi, como la transposición, en símbolo y alegoría legendaria, de un remoto hecho histórico, como ha pasado con las sagas de los más viejos tiempos.

Todo es simbólico y reviste casi un carácter de ceremonia sagrada para representar el hecho mítico de la fundación de un pueblo. Es simbólico, a pesar de ser real, el hecho de que Cortés destruya las naves. Era la manera de expresar que aquella empresa no tenía regreso ni vuelta posible al pasado. Es profundamente simbólica aquella llegada ceremonial de los conquistadores a Tenochtitlán.

Aquel ser divinizado por todos sus vasallos, que era Moctezuma, en toda su pompa sagrada, rodeado del complicado aparato de su cultura, a la entrada de la extraña ciudad del lago, con sus calzadas y sus torres y aquel otro ser doblemente divinizado que era Cortés para sus hombres y para él mismo, por la convicción suprema de venir en cumplimiento de un designio divino, y para los atónitos aztecas que lo veían como Quetzalcóatl regresado.

No tenían lengua para poder hablar directamente, no tenían nombres para designar las cosas que pertenecen a cada uno de los mundos. Es por aproximación, por semejanza, por deformados ecos como pueden distinguir las cosas nuevas para cada uno. Los caballos son venados gigantes, la plaza de Tenochtitlán es dos veces la de Salamanca. Con ojos asombrados Cortés y sus compañeros han visto tantas novedades increíbles, las casas, los templos, aquellas fieras, aquellas aves, aquellos peces de los palacios del soberano azteca y el maravilloso retablo del mercado de Tenochtitlán, que eran como una síntesis viviente de la presencia de un mundo desconocido. "Por no saber poner los nombres no las expresa", le dice al Emperador en su carta.

No las expresan, pero las sienten los dos protagonistas, en la violencia de la guerra y en la oscura germinación del orden impuesto, tan estrechamente unidos, tan inminentemente mezclados, tan fundidos en uno como los luchadores en su abrazo de vida y muerte.

A partir de allí habría que comenzar a contar no por años, ni por los siglos de los cristianos, ni por las sucesivas catástrofes universales de los aztecas, ni por los reinados de los príncipes, ni por los cambios de decorado, sino por las estaciones del espíritu, por las etapas del vasto drama de una nueva creación humana.

No será ya solamente México, sino las tierras del Mar del Sur, los pueblos de los Andes, de la puna, de las selvas del Amazonas y del Orinoco, de las ilimitadas llanuras, de los nuevos poblados, de las viejas urbes con sus nuevos patrones celestiales, del casi geológico acomodamiento entre fuerzas y tensiones transformadoras del paisaje humano.

Lo que comienza a surgir no va a ser una Nueva España, como pudieron desearlo los conquistadores, ni tampoco va a mantenerse el México Anti-

guo. No va a ser ni lo uno ni lo otro, sino el vasto surgimiento de una confluencia que refleja el legado de sus forjadores, con sus conflictos y sus no resueltas contradicciones en el múltiple e inagotable proceso del mestizaje cultural americano, que ha hecho tan desgarrador y vivo el problema de su identidad.

De allí va a tomar cuerpo, en toda su asombrosa variedad, esa nueva sociedad de tan viejas herencias y tan poderosas solicitaciones de futuro, que nunca fue cabalmente las Indias, ni tampoco una geográfica América casi abstracta. Los hijos de los conquistadores, los de los indígenas, los herederos de las contrarias lealtades y las opuestas interpretaciones, los que sienten la mezcla fecunda en la sangre y sobre todo en la mente, los causahabientes de los indios, de los españoles, de los negros y de las infinitas combinaciones de cultura que se produjeron y se producen, los que sienten combatir en su espíritu los llamados conflictivos del pasado y del presente, los que nunca dejaron de sentirse en combate consigo mismos, fueron y tenían que ser los actores de una nueva situación del hombre.

De esa peculiaridad creadora vendrán el Inca Garcilaso de la Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, Rubén Darío, "muy siglo diez y ocho y muy antiguo y muy moderno: audaz, cosmopolita", y los creadores del realismo mágico en la novela, que han llevado ante el mundo la inconfundible presencia de la otra América. Nada fue simple transplante o inerte yuxtaposición de formas. Desde la Catedral de México y las casas de Cuzco, que revelan las capas culturales por pisos casi geológicos, hasta Brasilia. Desde la afirmación del barroco de Indias que mezcla las sensibilidades distintas en el templo y la piedra labrada y en la poesía. Desde la pintura y la escultura, que pronto comienzan a revelar otro carácter cada vez menos enteramente asimilable al de los estilos de Europa, desde el culto y la conciencia del ser hasta el lenguaje, este castellano, tan genuino y tan propio, tan antiguo y tan nuevo, que expresa la presencia poderosa de una identidad cultural. Habría que llamar a este juicio a todos los grandes testigos de la creación y de la afirmación de ese gran hecho creador, a los fundadores, a los comuneros, a los capitanes de insurrección, a los antagonistas de la palabra y de la acción, a los libertadores, a los buscadores de un nuevo orden para aquella sociedad peculiar, a los que creyeron estar siguiendo algún modelo extranjero y se hallaron metidos en una empresa de genuina creación propia, a todos los que han sido y siguen siendo factores y creadores del mestizaje cultural.

Cuando se abre el segundo o tercer acto del gran drama de la creación del Nuevo Mundo, los hombres de la Independencia, tan cercanos de los liberales de España, toparon con el viejo enigma del propio reconocimiento. Bolívar lo sintió y lo expresó con palabras certeras que no han perdido su validez. "No somos europeos, no somos indios... somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil."

A la luz de esa condición, en presencia de lo que ha sido, de lo que ha llegado a ser, de lo que está en camino de llegar a ser esta vasta parte de la geografía y de la humanidad que todavía llamamos nueva, habría que intentar una nueva lectura desprejuiciada y valiente de tan inmenso hecho.

En ninguna parte puede encontrar mejor resonancia semejante esperanza que en esta noble casa, tan ligada históricamente a esa empresa abierta, a esa fascinante posibilidad de creación de futuro. Lo que estamos conmemorando hoy aquí, al amparo de la gran lumbre de este polo de la conciencia hispánica, siete veces secular, no es sólo el nacimiento de un gran hombre, sino su contribución a ese hecho fundamental de la historia de ayer y de hoy, a esa gran realización que habremos de seguir llamando, con toda propiedad y justicia, la Creación del Nuevo Mundo.

Godos, insurgentes y visionarios. Ed. cit , pp 199-216.

EL CERRO DE PLATA

Para comienzos del siglo XVIII, la Villa Imperial de Potosí, cuyo nombre resonaba con un tintineo de plata en el mundo entero, estaba en plena decadencia. La inmensa riqueza que allí se produjo desde que comenzó la explotación sistemática del metal precioso se hacía cada vez más difícil, escasa y costosa.

El imperio español mismo se hallaba en un momento crepuscular, terminado el reino fantasmal de Carlos II y abierto el proceso de la Guerra de Sucesión en favor de los Borbones, que por largos años iba a distraer y debilitar la presencia de la cabeza de la monarquía hasta que llegó a asentarse la autoridad final de Felipe V.

Buena parte de la grandeza de la fabulosa ciudad, con las naturales exageraciones del descontento, estaba en el pasado, y poco de halagüeño se veía para el mañana. Sin embargo, en lo más áspero e inhóspito de la cordillera andina, en extensiones gélidas y grises sin vegetación ni agua, había surgido aquella prodigiosa e increíble acumulación de hombres en desesperada búsqueda de la riqueza. Habría que pensar que, para fines del siglo XVI, en aquel paraje se llegó a formar una de las concentraciones de población más grande de la época. Los cronistas hablan de 150 mil habitantes, junto a lo cual hacen pequeño papel no sólo las grandes metrópolis virreinales del nuevo continente, sino las más poderosas ciudades de Europa. Llegó gente de todas partes por la vía de Panamá y por la vía del río de la Plata, en una corriente ininterrumpida que produjo un crecimiento artificial del cuadro urbano. No eran sólo españoles e indígenas sino gentes de toda Europa y del Mediterráneo: italianos, ingleses, polacos, entre los que no faltaron algunos musulmanes disimulados. Todo giraba y reposaba sobre la producción de plata y había que traer de fuera todo lo necesario para el lujo y la vida ordinaria. Todo parecía concentrarse mágicamente en aquel cerro cónico y pelado de tierra rojiza, junto al cual creció la ciudad, y que parecía estar penetrado hasta el fondo por múltiples e inagotables vetas del rico metal. La riqueza hallada y explotada fue mucha, pero mucha más, sin

duda, fue la riqueza imaginada y esperada. Se pensaba que bastaba llegar al prodigioso lugar para que, por arte de magia, los mendigos se convirtieran en millonarios y compitieran en los más extravagantes lujos. León Pinelo pudo escribir mucho más tarde que fue tanta la riqueza que se logró extraer del cerro que con ella se ha podido construir un camino de plata sobre la tierra y sobre el mar de más de dos mil leguas de largo, catorce varas de ancho y cuatro dedos de espesor, desde Potosí hasta Madrid.

Por ese camino alucinante anduvo la imaginación de los hombres de la época, hasta llegar a crear una situación irreal en la que lo fantástico y lo ordinario, lo real y lo imaginario se mezclaban de la manera más intrincada y total. En el siglo XVII, un pintor anónimo, muy seguramente mestizo, plasmó en un cuadro que hoy se conserva en La Casa de la Moneda de Potosí, una alucinante y conmovedora imagen del cerro fabuloso. La forma cónica se convierte en el manto de la Virgen, cuya cabeza y manos emergen de la envolvente masa. La Santísima Trinidad le coloca la corona de Reina de los Cielos, mientras a los lados el Nuevo Mundo está representado por sus actores legendarios: el emperador, el papa, el inca Huayna Capac, caballos y llamas, frutas y gente, frutos y actores del gran hecho cultural.

Las cosas que ocurrieron durante el primer siglo largo corrido desde el hallazgo de la riqueza del cerro, el año de 1545, hasta el apogeo de la explotación, que podría situarse a principios del siglo XVII, forjaron en mil formas una imagen irreal de la ciudad que afectaba tanto a los que oían hablar de ella como a los que la habitaban, y creó un verdadero clima mental de frenesí y de exceso, de esperanzas desmedidas, de pugna de ambiciones y de azarienta búsqueda de la riqueza y el poder que llegó a constituir lo que podríamos llamar un síndrome de la riqueza súbita y de la ambición descabellada. La frontera entre lo real y lo irreal era muy imprecisa y, junto a las anécdotas de los miserables velozmente enriquecidos por la mina, circulaban millares de imaginarias y deformadas aventuras de súbita fortuna, en las que lo imaginario y lo real se entremezclaban de manera inesperada.

No solamente lo real y lo imaginario sino lo natural y lo sobrenatural formaban la base misma de la vida cotidiana de la ciudad. Enriquecimientos fulminantes, apariciones sobrenaturales, milagros y mil formas de tortura visible e invisible ejercidas por legiones de demonios constituían la crónica viviente de la Villa, que se transmitió de generación en generación en un crecimiento hiperbólico que no parecía tener límite.

Muchos pusieron por escrito y hasta llegaron a publicar relaciones referentes a la historia de la Villa, pero quien estaba llamado a dejar el más grande testimonio de los hechos pasados y de las increíbles tradiciones orales fue un potosino de relativa oscuridad, quien, para los primeros años del siglo XVIII, seguramente mal resignado con la decadencia del fabuloso sitio, se puso a recoger y transcribir metódicamente

toda la información que, en archivos, memorias y recuerdos, se conservaba. Este potosino, sobre cuyo nombre verdadero hay polémica, parece haber tenido el rimbombante nombre de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela quien, desde la edad de veinticuatro años hasta el momento de su muerte, ya sexagenario, no hizo otra cosa que recoger ese inmenso conjunto de historia y leyendas en un manuscrito de más de mil quinientos folios, con el título prometedor de *Historia de la Villa Imperial de Potosí. Riquezas incomparables de su famoso cerro. Grandeza de su magnánima población. Sus guerras civiles y casos memorables.*

Esta inmensa suma de informaciones, evocaciones y relatos, que es como *Las mil y una noches* de la más fabulosa América, permaneció por siglos sin hallar editor hasta que, gracias a la labor eminente de Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, la Universidad de Brown en los Estados Unidos hizo la hazaña de publicarla en tres volúmenes en folio que constituyen uno de los mayores monumentos de información sobre el hecho americano.

Arzans escribe vuelto hacia el pasado, movido por un poderoso sentimiento de orgullo y de añoranza. Cuando él se pone a escribir su inmensa crónica, el esplendor de la ciudad ha concluido y han comenzado tiempos de estrechez, en los que el mineral se ha hecho más costoso y difícil de extraer y en los que la riqueza ha descendido notablemente. Está, sin embargo, vivo y magnificado por la añoranza del fabuloso pasado. Está, desde luego, el cerro con sus cien bocas abiertas, poblado del trajín de los mineros, están los molinos de plata de los "azogueros" a lo largo de la Ribera, y están los palacios del gobierno y de La Moneda y las suntuosas viviendas de los antiguos potosinos, para testimoniar dramáticamente aquella decadencia.

Fue gris la vida del cronista y en nada se parece a ninguna de las fabulosas historias que minuciosamente registra día a día para salvarlas del olvido, pero en aquellas largas horas en las que se encierra para recoger los recuerdos del pasado logra evadirse de la realidad y regresar a la más fabulosa presencia de la ciudad mágica. Escribe lleno de respeto por el pasado, con la convicción de recopilar el testimonio vivo de lo que fue el esplendor de la Villa. Escribe la historia, la crónica y la novela de aquella insólita concentración de sueños, de apetitos, de ostentación y de violencia, y al hacerlo no sólo recoge escuetamente los sucesos y el recuerdo de los personajes, sino que logra algo mucho más difícil, como es recrear la poderosa presencia de la sobrerrealidad que se dio en aquel lugar privilegiado.

Junto a las modernas historias cuantitativas y a las eruditas inquisiciones económicas y sociales era necesario rescatar y devolverle su presencia a aquel testimonio peculiar, sin el cual no es posible explicarse lo que allí pasó.

Ahora, gracias a su apasionante dedicación, podemos penetrar en muchas formas en las circunstancias y características peculiares que produjeron aquella creación insólita y reveladora.

Potosí fue una pura creación de la codicia y de la irracionalidad. Antes del descubrimiento de los yacimientos de plata, en 1545, era uno de los parajes más inhóspitos y desiertos de la alta sierra peruana. En la luz transparente y el aire delgado de la altura crecía apenas una vegetación rala, escaseaban los pájaros, había poca agua y no existía población indígena alguna. Es a partir de aquel momento prodigioso cuando van a converger vertiginosamente todos los elementos de los que brotará aquella ciudad súbita y casi imaginaria. Rápidamente se va a poblar la soledad, se van a trazar caminos y calles, va a surgir en el paisaje gris y casi lunar una ciudad igualmente gris, llena de arabescos y de alardes de riqueza, en la que se va a centrar el más abigarrado y sediento conjunto humano reunido frente al Cerro de Plata.

El hombre para describir aquel ambiente casi irreal y onírico, lleno de sorpresas y contrastes, hubiera sido, sin duda, el Quevedo de los Sueños. Sólo él hubiera podido darnos una imagen suficiente de aquel ambiente increíble. En cierta forma era la figuración del más exacerbado sueño barroco en hombres, en cosas, en usos, en modos y en situaciones. Desde el estrambótico y estrafalario título de Villa Imperial, todo parecía converger para crear y multiplicar aquella poderosa sobrerrealidad.

Hay un primer tiempo de arranque que va desde el descubrimiento de los yacimientos hasta la llegada, hacia 1576, del virrey, D. Francisco de Toledo, que es el primero que trata de poner orden y concierto en aquel creciente caos nacido de la pugna de todas las codicias. Es él, precisamente el que, ante el grave problema de la escasez de mano de obra para la extracción del mineral, va a establecer el tristemente célebre sistema de la mita. Con él resucitaban en alguna forma, sistemas de trabajo obligatorio que los indígenas habían prestado a sus soberanos, con lo que lograba la colaboración de los *kurakas* o jefes indios locales, que se comprometían a aportar periódicamente el contingente de hombres necesario para el trabajo. Era ingenioso y complicado el sistema de la mita. Por una semana de trabajo los *mitayos* descansaban dos y recibían un salario que les permitía muy estrechamente participar en el sistema del mercado. Las duras condiciones en que se hacía la labor de las minas, cavando empinados socavones oscuros por los que se descendía, a la luz de candiles, por frágiles escalas de tablas y bejucos, en un constante contraste entre el calor húmedo de las profundidades de la excavación y el aire glacial de las bocas a las que había que llevar el mineral, le daban a aquella tarea el aspecto de una condenación infernal. Muy grande debió ser el sentimiento de justicia histórica con que Simón Bolívar, después de completar la independencia del Perú, decretó la extinción definitiva de la mita, que para aquel momento había durado por dos siglos y medio.

No se limitaba la población indígena al número de los *mitayos*, sino que vinieron muchos indios libres, atraídos por el esplendor de riqueza de la ciudad, a participar en los mercados y en las tareas domésticas, sin

que faltaran entre ellos algunos que lograron hacer fortuna y competir con los ricos "azogueros".

La otra gran transformación que, por el mismo tiempo se hace, es la del sistema de explotación, que primitivamente consistía en triturar el mineral a mano en cuencos de piedra y extraerlo por medio de la fundición en pequeños hornos de viento que llamaban *huairas*. La gran transformación consistía, con todas sus consecuencias, en construir algunas lagunas artificiales para represar la lluvia y las escasas corrientes de agua y canalizarlas por un largo cauce que rodeaba la ciudad, al que llamaban la Ribera y a cuyo borde se establecieron numerosos molinos hidráulicos. Esta transformación se completó con el descubrimiento de las minas de mercurio de Huancavelica y la introducción del sistema de la extracción del metal precioso por el procedimiento de la amalgama. Es significativo que a los ricos empresarios de minas y molinos de la Ribera no se les llamara de otro modo que "azogueros".

La plata debía ir toda, de acuerdo con la ley, a las oficinas reales para el pago del quinto del metal producido que le correspondía a la Corona, pero en la realidad mucha parte de la producción encontraba mercado y salida por vías clandestinas, con lo que, junto a y a veces confundido con la masa de los que intervenían en el proceso legal de la producción, existía el complicado mundo de la picaresca de los que lo hacían en abierta violación de la ley, con toda clase de complicidades.

La ciudad debió crecer tan súbitamente como la riqueza sobre la que estaba fundada. El enriquecimiento múltiple y aparentemente fácil que se repetía en la realidad y en la imaginación por centenares de casos la hizo rápidamente un centro de lujo, de placer y de vicio, en el que en lo visible se ostentaba el lujo de palacios, trajes y fiestas, en lo menos visible se tejía toda una cadena de delitos, vicios y engaños.

Fuera de los indígenas de la mita y de los funcionarios españoles, toda la vida de la urbe estaba determinada por la producción y el comercio lícito e ilícito de la plata. Proliferaba la ilegalidad y los crímenes y a cada rico "azoguero" lo acompañaba una leyenda personal de descarada delincuencia. Proliferaba el juego, el robo, la prostitución y todos los tipos de crimen. La enumeración que hace Arzans en su crónica presenta todas las formas imaginables del dolo. Era una vida desenfrenada y al mismo tiempo amenazada la que llevaban las gentes de toda calaña que allí acudían no sólo de todo el imperio español y de España, sino de muchos países europeos y aún de las tierras del infiel. No sólo en la voz de los predicadores sino en la realidad de la vida diaria lo más constante y presente era aquella lucha del cielo y del infierno, que se libraba dentro de las conciencias y las imaginaciones, y en la realidad de la vida cotidiana.

Se estima que, apenas un cuarto de siglo después del hallazgo de las minas, la población llegó a alcanzar los ciento veinte mil habitantes. Para 1650 se había elevado a ciento sesenta mil, lo que hacía de aquella aglomeración urbana no solamente la más populosa de todo el continen-

te americano, sino una de las más pobladas de la Tierra, en una época en que las ciudades con más de cien mil habitantes se contaban con los dedos de una mano.

La riqueza de Potosí tuvo grande y pronta influencia en el mundo entero. Los estudiosos de los orígenes del capitalismo atribuyen en su formación un papel preponderante a aquel inmenso flujo de plata. Ciertamente, una de las primeras manifestaciones dramáticas del fenómeno de la inflación monetaria, con sus temibles consecuencias de alza de precios, se produjo por el aflujo de plata a España y por la consiguiente pérdida de valor de la moneda acuñada. Tampoco ha faltado quienes observen que la formación de la fuerza de trabajo que hizo posible la Revolución Industrial que se inició en los países del norte de Europa tuvo como base la abundancia del nuevo alimento que fue la papa. La papa seca o *chuño* era la base de la alimentación de los *mitayos*, que extraían la plata en el fabuloso cerro.

Una población tan heterogénea y numerosa producía naturalmente conflictos de toda clase y todas las formas imaginables de violencia colectiva. Se competía por medio del lujo y la ostentación pero también en lucha abierta entre distintos sectores sociales, las más famosas y recurrentes de las cuales fueron las abiertas guerras en que desembocaba con frecuencia la antipatía entre *vicuñas* y *vascongados*, pero que no eran los únicos que formaban múltiples y encontradas parcialidades enemigas.

De los socavones del cerro a los molinos y de los molinos a las cajas reales o a las oscuras vías del contrabando fluía, como la sangre esencial de aquella colectividad, la plata en lingotes o *piñas*, en las ruidosas recuas de mulas o en el desfile fantasmal y silencioso de las filas de llamas que pisan y se mueven sin ruido.

Junto al vicio y a los crímenes florecían las más fabulosas y frecuentes fiestas. En 1556, recién fundada la ciudad, los habitantes celebraron la ascensión al trono de España de Felipe II con una fiesta que duró veintiocho días y costó más de ocho millones de pesos. Lewis Hanke nos recuerda que, para fines del siglo XVI, los potosinos podían escoger entre catorce salas de baile, treinta y seis garitos, un teatro y cerca de doscientas prostitutas, algunas de las cuales fueron famosas por su lujo y ostentación. Hubo ocasiones en que para celebrar la fiesta, además de las corridas de toros y de cañas, se organizaron exposiciones de animales de toda clase y se establecieron fuentes públicas de las que brotaba continuamente vino o la *chicha* de los indios.

Todas las formas del crimen se daban abiertamente de una manera visible u oculta. Cada mañana había que recoger los cadáveres de las víctimas de la violencia por la noche, que iban a engrosar el vasto número de las almas en pena. Para un español del siglo XVI la mayor preocupación era morir sin confesión porque ello significaba la condenación eterna o la permanencia indefinida en el Purgatorio. Las almas en pena vagaban en las sombras de la noche pidiendo a los vivos oraciones y obras pías para

ganar el perdón divino. Podría decirse que, junto a la inmensa población visible que se acumulaba en la ciudad, otra no menor población invisible de almas en pena, espíritus, demonios y apariciones de toda clase llenaban de espantos sus noches y sus soledades.

Sería un grave error considerar la historia de Potosí, particularmente en su primer siglo de vida, como un caso anómalo. Formaba parte muy preciosa y conspicua del vasto imperio español de las Indias y estaba totalmente integrado a ese inmenso cuerpo social, cultural, económico y jurídico. Es evidente que mucho de lo que allí ocurrió se ha dado y se da repetidamente en todas las economías mineras dominadas y penetradas en todos sus aspectos por la explotación de un metal precioso, pero lo que allí ocurrió no significa en ninguna forma discontinuidad o ruptura con el ser moral y material del inmenso imperio, sino tan sólo exacerbación y exageración llevadas al extremo de muchos de sus rasgos fundamentales.

Habría todo un extenso estudio que realizar, lleno de muy prometedoras revelaciones, sobre la presencia de la ilegalidad en el funcionamiento del imperio español. Desde la primera hora de la Conquista, desde la institución de las primeras funciones públicas y de las primeras disposiciones legales surgió, paralelamente, toda una actividad clandestina que lograba desvirtuar en mucha parte el objeto y contenido de las leyes. Los aventureros que vinieron a la busca de una riqueza fácil no eran, precisamente, los más llamados a establecer una sociedad de orden y legalidad. Desde el comienzo vieron con malos ojos a las autoridades y las disposiciones de la Corona, las resistieron en muchas formas, algunas de ellas muy ingeniosas, y tuvieron en el fondo la noción de que la presencia de los funcionarios reales les usurpaban injustamente los frutos de aquellas conquistas que, en la mayoría de los casos, aquellos hombres habían realizado sin ayuda del gobierno y sin contar con otros recursos que los que ellos mismos podían aportar.

Esta, que podríamos llamar la querella fundamental del conquistador frente a la Corona, se manifestó durante el primer siglo en formas más o menos abiertas y graves, en toda la extensión del continente, hasta alcanzar su forma extrema en la rebelión de los Pizarro en el Perú. La carta que Lope de Aguirre, alzado en las soledades del Amazonas, escribe a Felipe II es la expresión más conmovedora y patética de ese conflicto insoluble. En tales circunstancias era inevitable que se llegara a considerar, en cierto modo, como intrusas a las autoridades y a las leyes y que se viera como plausible todo lo que significara desacatarlas e ignorarlas.

Lo que uno mira en Potosí es como el espectacular microcosmos de todas las peculiaridades grandiosas y mezquinas de la creación del Nuevo Mundo. Junto a la sociedad visible y legal, generalmente con los mismos

actores, se formaba y crecía otra ilícita y delincuente, unida a ella por una estrecha y compleja simbiosis. Se cometía dolo en la explotación y el comercio de la plata. Los miserables *mitayos* que la explotaban trataban de ocultar parte del producto. Los "azogueros" hacían otro tanto en sus molinos y lo que finalmente llegaba al control de la Casa de la Moneda estaba lejos de constituir la totalidad de la producción.

Había, por ejemplo, una costumbre absurda y respetada, que permitía a los indios trabajadores de las minas disponer de un día semanal para explotarlas libremente en su propio beneficio. De esta forma, el *mitayo* miserable dejaba cada día sin tocar lo mejor de la veta metalífera para explotarla por su cuenta en esa especie de día de revancha. No era esto, ciertamente, el mejor sistema para una explotación racional de los yacimientos y favorecía muchas formas de dolo y simulación.

Arzans es un ejemplo excelso y un testimonio invalorable de ese proceso de instalación y de creación de una nueva realidad cultural. Potosí es su mundo y se siente totalmente integrado a él. Ha pasado el tiempo de la sorpresa y de la revelación de una nueva realidad. Por eso no describe con los ojos de un testigo sino con la convicción de un actor. El es parte consciente del mestizaje cultural que está creando una realidad nueva.

Colón en su primer viaje inicia, obligado por la necesidad frente al mundo nuevo y desconocido que encuentra, lo que pudiéramos llamar el proceso de la creación verbal del Nuevo Mundo. Una tendencia fundamental del espíritu humano frente a lo desconocido y nuevo es tratar de asimilarlo a lo conocido. El primer gran fruto de ese esfuerzo de asimilación fue el hecho de darle el nombre de *indios* a los indígenas americanos. Eran desconocidos y no tenían manera de nombrarlos. Colón los asimila inmediatamente a lo conocido y buscado, es decir, más a lo que esperaba encontrar que a lo que en realidad había encontrado. Al llamarlos indios los asimilaba *ipso facto* a su cuadro mental del mundo y sentía, en cierto modo, haber vencido la barrera de lo desconocido. En la famosa carta a Santángel, hay cosas conmovedoras que revelan la presencia constante de este proceso mental. Colón dice, por ejemplo, que oyó cantar al ruiseñor. No había ruiseñores en América, pero el hecho mismo de darle ese nombre a un pájaro desconocido le aliviaba los efectos de la perturbadora noción de la extrañeza.

El caso se repite constantemente en las cartas de relación de los primeros exploradores. A una fruta tan extraña como el ananás la llaman piña, por la semejanza de su forma con el fruto del pino. Cuando Cortés contempla por primera vez a Tenochtitlán desde la distancia lo que le viene a la mente es el recuerdo de viejos versos del Romancero: "Cata Francia, Don Gaiferos, cata París, la ciudad...". En muchas formas, la necesidad de nombrar y de asimilar lo desconocido creó una especie de

sobrerrealidad verbal, que ha sido una de las principales causas de la dificultad y de los errores en el conocimiento del Nuevo Mundo.

Arzans es un criollo Cuando se pone a escribir su inmensa relación su ciudad tiene siglo y medio de fundada y ha asimilado y acoplado en un conjunto intercomunicable aquellos diferentes elementos humanos y materiales hasta formar un conjunto integrado. Es un potosino orgulloso de serlo y se siente parte de su ciudad en todas sus manifestaciones y aspectos. Toma parte y se siente incorporado al complicado tejido social de la Villa. Curiosamente si de alguno de los elementos raciales que integran la ciudad muestra reservas y distancia es de los funcionarios españoles venidos de fuera. Los demás son su gente de su Potosí, sus criollos, sus cholos, sus indios y sus negros. Siente que hay un ser colectivo, al que pertenece, del cual se muestra más orgulloso que apesadumbrado. Las luchas civiles son sus luchas, las fiestas de los indios son sus mismas fiestas cristianas, está inmerso en un gran hecho de integración.

Hay que distinguir en la historia hispanoamericana entre la etapa inicial del primer contacto y la posterior creación de una nueva sociedad. Después de la Conquista y por el proceso de creación de la nueva circunstancia, ni los indios pudieron seguir siendo lo que habían sido antes, ni tampoco los españoles, y menos aún sus hijos. El caso es igual en los africanos, el negro bozal es un extranjero, el negro criollo es parte viva de la sociedad nueva. Había terminado el tiempo de descubrir y había comenzado el largo tiempo en el que una nueva circunstancia social y cultural toma cuerpo y cobra conciencia propia.

Ya no eran los descubridores de un Nuevo Mundo, sino que eran parte de ese Nuevo Mundo, que había tomado posesión de ellos.

Lo que emerge de la amplia, meandrosa y fluvial crónica de Arzans es toda la compleja presencia de aquella contrastada sociedad hecha de elementos dispares, que termina, finalmente, por revelar una suerte de poderosa identidad subyacente. De esta manera puede verse el caso de Potosí como una síntesis extrema y reveladora de aquel proceso de pugna, fusión y acomodo.

El entretejido mosaico de actores y acciones adquiere continuamente un carácter de integración propio y real que le da su peculiaridad.

La crónica de Arzans, además de todos los méritos evidentes que tiene y de la inmensa riqueza de información que aporta, sirve para mostrar aquel continuo y vital proceso de mestizaje. Aquellos españoles, recién llegados o antiguos, aquellos criollos de larga o reciente data y de mayor o menor significación social, aquellos indios libres, y muy particularmente aquellos *mitayos*, revelan estar inmersos en un proceso de identidad común que termina por caracterizarlos.

En este sentido, más allá de la mecánica social característica de las aglomeraciones mineras, Potosí revela la presencia de las grandes fuerzas unificadoras que determinaron el hecho americano. No es sólo el predominio absoluto de una religión, el evidente de una lengua y el completo sometimiento al mismo complejo de legalidad y de ilegalidad que llegó a crear un estilo de vida, sino el hecho de que aquellos diferentes sectores y actores terminaron por ser parte de un juego de valores comunes. Los objetivos de la vida social eran los mismos como lo eran, también, los paradigmas y los fines superiores de la acción individual, y, en el vasto y complejo mundo potosino de la legalidad y la ilegalidad, de la realidad y la irrealidad, de lo natural y lo sobrenatural, participaban plenamente todos los que hubieran podido parecer actores diferentes, y hasta extraños.

Arzans continuamente recuerda y proclama su condición con mucho orgullo. Se sentía heredero y actor de la gran suma de diferencias y, por lo tanto, radicalmente distinto de lo que originalmente pudieron significar por separado las herencias de españoles y de indios.

Su libro, por sobre todo, es una vívida y rica memoria de la creación del Nuevo Mundo y de su complejo proceso creador de mestizaje cultural.

Del Cerro de Plata a los caminos extraviados. Santafé de Bogotá: Editorial Norma, 1994, pp. 9-24.

AMERICA NO FUE DESCUBIERTA

DESDE UN PUNTO de vista rigurosamente histórico, no ocurrió nada el 12 de octubre de 1492 que pudiera llamarse, con alguna propiedad, el Descubrimiento de América y que, por ello mismo, ha constituido por siglos una fuente constante de errores de apreciación y de falsa interpretación de la historia.

Muchos fueron los equívocos y las deformaciones en que incurrieron los europeos del Renacimiento cuando toparon con un continente desconocido y se empeñaron en asimilarlo superficialmente a las nociones, creencias y concepciones que traían de su propia experiencia histórica. Algunos de esos errores tuvieron que desvanecerse con el tiempo, como el de la existencia de las Amazonas, del Paraíso Terrenal o de la Fuente de la Eterna Juventud pero, en cambio, el gran equívoco fundamental de la designación de la fecha ha persistido hasta nuestros días y está en el fondo mismo de las polémicas que la conmemoración del V Centenario ha suscitado.

En efecto, todos los manuales de historia repiten la frase, casi sacramental, de que "el 12 de octubre de 1492 Colón y sus compañeros de viaje descubrieron a América". Como afirmación irracional y absurdo lógico sólo podría compararse a la afirmación de que, el año de 1609, el navegante inglés Henry Hudson descubrió a Nueva York, lo que, para descargo de los historiadores norteamericanos, no lo ha afirmado nunca nadie.

En el hecho americano se producen, desde el primer momento, dos procesos paralelos e íntimamente unidos, como son el del reconocimiento de unas nuevas tierras y sus habitantes y el simultáneo de la creación de una nueva sociedad y de una nueva situación cultural. Colón y los primeros navegantes no conocieron el nombre de América, que vino a aparecer por primera vez en 1507 por el capricho retórico de un cartógrafo de la Lorena. Por largo tiempo creyeron haber llegado a algunas islas del continente asiático, y es sólo más tarde, después de que topan con la costa de la actual Venezuela, cuando adquieren la noción de una Tierra Firme, que no se convierte en verdadera certidumbre del

hallazgo de un nuevo continente sino después del descubrimiento del Pacífico. Toda la documentación de la época no refleja otra cosa que la sorpresa de haber hallado nuevas tierras y nuevos hombres y el afán de insertar esas novedades en el conjunto de los conocimientos geográficos e históricos de los humanistas de la época.

Descubrimiento y creación marcharon juntos no sólo por las formas imaginativas en que se trataron de asimilar los nuevos hechos, sino porque de inmediato, desde los días mismos de la Hispaniola, comenzó el proceso de creación de una nueva realidad por el encuentro de la mentalidad de los europeos del siglo XV con las primeras muestras de la tierra y de los hombres del continente americano. Tampoco se le da el debido reconocimiento al papel que desempeñó en la formación de esa nueva circunstancia la presencia de los africanos. Todavía, en las conmemoraciones oficiales, se habla del "Encuentro de dos mundos", cuando en realidad lo que ocurrió fue el encuentro de tres situaciones humanas y culturales distintas: la de los españoles, la de los indígenas, que fue variando en la medida en que se entró en contacto con las grandes civilizaciones americanas, y la de los africanos, que fue numerosa, continua y de inmensa influencia en el gran proceso de mestizaje cultural, que es la característica mayor de la creación del Nuevo Mundo.

En el encuentro todos cambiaron, los indios dejaron de ser lo que habían sido para entrar en un juego de valores distintos, con grandes dificultades de asimilación que abarcaban desde la lengua española y la religión cristiana hasta un nuevo concepto de la sociedad, del hombre y de la vida. Los negros, a su vez, que, después de los indígenas, constituyeron el más numeroso aflujo poblacional, trajeron con el aporte de su fuerza de trabajo muchas formas vivientes de culturas africanas, que penetraron y se expandieron con mucha fuerza y permanencia en el nuevo hecho americano.

En rigor, lo que Colón y sus compañeros de viaje encontraron no fue sino una parte, importante pero limitada, de lo que más tarde vino a constituir el hecho americano, como fueron la realidad geográfica y natural y la presencia del indígena. A diferencia de lo que fueron las colonizaciones europeas en Asia y en Africa en el siglo XIX, el nuevo hecho histórico tomó de inmediato un papel preponderante. Haber logrado que en no mucho más de medio siglo las poblaciones indígenas y africanas se hicieran cristianas, hablaran español y entraran a formar parte de una nueva realidad social es un hecho sin paralelo en la historia moderna, que constituye el rasgo más importante y original de la historia americana.

¿Cuándo empieza a haber una América? El nombre mismo no aparece sino tardíamente y es lento en extenderse y ser aceptado. En rigor podría decirse que, a pesar de que el geógrafo lorenés estampó el nombre predestinado en el perfil geográfico de lo que hoy es el Brasil, la parte española y portuguesa, que hasta el siglo XVIII constituyó la inmensa mayoría de las tierras conocidas, empleó escasamente esa designación.

Los portugueses no hablaron nunca sino de "el Brasil" y los españoles, hasta el final del imperio, se mantuvieron tenazmente fieles al absurdo apelativo de "las Indias Occidentales" El nombre de América parece haber predominado en las colonias inglesas de la parte norte y haber cobrado particular aceptación y predominio a partir de la Independencia de los Estados Unidos y de las grandes novedades políticas que este hecho ofrece a los pensadores europeos de la Ilustración.

Buena parte de la polémica que se ha suscitado en torno a la interpretación del gran hecho proviene del malhadado problema semántico que inevitablemente suscita la idea, anti-histórica, de que América, lo que hemos llegado a llamar América al través de cinco siglos, era algo que en lo esencial existía antes de la llegada de los españoles, cuando la realidad es que lo que Colón y sus compañeros hallaron no fue sino una pequeña parte geográfica y humana del inmenso fenómeno histórico y cultural que hoy abarcamos con el nombre de América.

Lo que hoy llamamos América no existió sino muy parcialmente el 12 de octubre. Lo que allí se inició es un gran hecho nuevo que poco tiene que ver con la realidad humana del continente antes de la fecha y que tampoco es, ni siquiera parcialmente, una continuidad exótica de una cultura europea traída por unos invasores. La realidad americana que se inició inmediatamente después de la llegada de los españoles no va a ser ni transplante europeo, ni continuidad de lo indígena, sino un hecho nuevo en continuo proceso de crecimiento y complejidad, provocado por el estrecho contacto de europeos, indígenas y africanos, en una nueva circunstancia, para una nueva historia.

La idea misma del Descubrimiento pone al continente americano en una perspectiva europea. Es la noticia de los navegantes mal o bien asimilada y traducida por los que no vinieron, para los que era noticia y no experiencia; los que vinieron de paso y primer contacto como el primer Colón, y, desde luego, Vespucci. Todo es noticia veraz o deformada que dar. Los que vinieron a entrar en la aventura de la nueva experiencia y la nueva vida empezaron inmediatamente a ser otra cosa. Ya la idea misma de Descubrimiento no podía tener validez para ellos. No era descubrimiento de novedades más o menos insólitas, sino comienzo y transformación de vida nueva.

Podría pensarse que desde el primer momento se crean dos situaciones diferentes con respecto al nuevo continente. La muy numerosa e importante de los que reciben la noticia desde Europa, Tomás Moro o Montaigne, pongamos por caso, y la de los que vinieron a iniciar la nueva experiencia.

Buena parte del equívoco que acompaña desde el inicio la formación del concepto de las Indias obedece a esa mezcla y confusión inevitable.

Los que recibieron la noticia desde Europa experimentaron grandes perplejidades y curiosidades intelectuales. Los que vinieron comenzaron una nueva experiencia vital, empezaron a ser otros. No sólo ellos, los que vinieron a quedarse y los que más tarde nacieron en la nueva tierra, sino también los indígenas que los recibieron con todas las consecuencias de un inmenso choque cultural. Los indios sometidos ya no fueron nunca más lo que habían sido y comenzaron a ser otra cosa. Como también comenzaron a serla los esclavos africanos que no tardaron en ser incorporados.

Allí comienza el verdadero proceso de creación de una nueva situación humana y cultural, que cada vez tendrá menos que ver con lo que pensaban los europeos desde Europa del gran acontecimiento y con lo que habían sido los indígenas.

El concepto europeo de "descubrimiento" es por esencia extraño y ajeno a lo que empieza a ocurrir en la nueva tierra a partir de 1492. Es una visión de segunda mano, forzosamente deformada, cuyo tema principal es la novedad. El ejemplo más claro lo da el humanista italiano de la Corte de los Reyes Católicos, Pedro Mártir de Anglería, que desde allí recibe y divulga las insólitas noticias en cartas y publicaciones que alimentaron la curiosidad de los humanistas. Pedro Mártir dice, con reveladora fruición: "¡Qué manjar más delicioso que estas nuevas podría presentarse a un claro entendimiento! ¡Qué felicidad de espíritu no siento yo al conversar con las gentes de saber venidas de aquellas regiones! Es como el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador a la vista de un novato. El ánimo se engrandece al contemplar sucesos tan gloriosos".

De hecho, desde ese momento y con las más extraordinarias consecuencias va a haber dos concepciones del Nuevo Mundo. El Nuevo Mundo de los humanistas visto desde Europa, que personifica Pedro Mártir, y el Nuevo Mundo real poco conocido en Europa, que es el que viven y hacen los que vinieron a las nuevas tierras para la gran empresa histórica. Esa dualidad nunca cesó y dio origen a dos visiones o a dos concepciones simultáneas y distintas de la realidad americana que han durado hasta hoy.

Cuando Vespucci, a partir de 1500, comienza a enviar aquellas cartas, que van a convertirse en el testimonio más válido y poderoso de los nuevos descubrimientos para los europeos, conserva el acento y el punto de vista europeo y es visible el esfuerzo continuo que hace para asimilar la novedad encontrada al marco de las viejas concepciones europeas. Cuando contempla las constelaciones del cielo austral escribe, muy significativamente:

> No advertí estrella que tuviese menos de diez grados de movimiento sobre su órbita, de modo que no quedé satisfecho conmigo mismo de nombrar ninguna que señalase el Polo Sur a causa del gran círculo que hacían alrededor del Firmamento· y mientras que en esto andaba, me acordé de un dicho de nuestro poeta Dante, del cual hace men-

ción en el primer capítulo del Purgatorio, cuando finge salir de este hemisferio, y encontrarse en el otro.

Para los que vinieron y se quedaron, los conquistadores y sus descendientes, la visión y la noción misma de su situación tenía que ser profundamente distinta. Aquel no podía ser ya un mundo nuevo visto desde lejos y por referencias, sino la condición misma inmediata de su propia existencia y de su empresa vital. Aquel era su mundo, cada vez más peculiar y propio y cada vez más diferente del muy lejano de la corte y del mundo europeo en general. Los propios conquistadores desde el primer momento dejaron de sentirse los representantes de un poder foráneo, para actuar y pensar como los creadores de una situación nueva. Las sucesivas tentativas de insurrección para sustraerse del dominio de la Corona lo demuestran de manera indudable. Lo que pasó en el Perú con el largo alzamiento de los Pizarro es un ejemplo. Acaso su expresión más conmovedora y patética esté en la carta que Lope de Aguirre le dirigió a Felipe II desde las soledades del Amazonas para repudiar la autoridad real y proclamar el derecho señorial de los conquistadores.

El cambio no sólo ocurre en los españoles y sus descendientes, que lo van a sentir de manera más evidente, sino también en los indígenas. Para ellos, igualmente, de manera poderosa y conflictiva, se plantea la nueva circunstancia. Su mundo tradicional había dejado de existir para dar comienzo a uno nuevo y distinto, en el que todo parecía haber cambiado desfavorablemente para ellos. La inmensa y continua inmigración africana traída por la institución de la esclavitud creó una situación igual en los negros, que súbitamente fueron transplantados a una nueva cultura, con todas sus consecuencias.

No hay que olvidar la conmovedora gestión que el obispo Vasco de Quiroga hace ante Carlos V para plantearle la asombrosa posibilidad de sustraer el Nuevo Mundo de la influencia europea y dedicarlo por entero a la realización de los ideales sociales de la utopía de Moro. El gran proceso fundamental que se inició en tierra americana con la presencia de los tres actores culturales fundamentales es el hecho que define la peculiaridad del Nuevo Mundo. Para los que formaban parte de él no era otra cosa que su mundo verdadero, con todos sus conflictivos componentes, en el cual se planteaba la aventura de sus vidas particulares.

La idea de celebrar el Descubrimiento como cosa particular y significativa es relativamente reciente. Con mucho sentido histórico, durante muchos años el 12 de octubre se celebró como la "Fiesta de la Raza", lo que no significaba otra cosa que la conmemoración del gran hecho de la nueva situación humana y cultural de la que formaban parte todos los nacidos en las nuevas tierras. Resultaba así una conmemoración del presente y el futuro y no de un hecho aislado del remoto pasado.

La forma en que se desarrolló la guerra de Independencia de las antiguas colonias españolas se parece muy poco a los procesos de desco-

lonización de los modernos imperios coloniales en Africa y en Asia. Los hombres que concibieron y realizaron la Independencia no se proponían expulsar a un invasor extraño, y mucho menos retrotraer los países nativos a alguna forma mítica del pasado. Lo que se proponían no era una ruptura histórica sino un cambio político. Bolívar lo expresó muchas veces de manera clarividente, sobre todo en su *Carta de Jamaica* de 1815 y en su *Discurso ante el Congreso de Angostura* en 1819. Se propone crear una nueva situación política sin perder de vista la realidad cultural y social que la historia ha creado. No se propone regresar a ningún mítico antecedente sino partir del presente pleno a lo que le parecía la forma ineludible y deseable de la modernidad.

Es en este sentido, como lo demuestra la extensa y a veces insensata polémica que ha suscitado la conmemoración del 12 de octubre, que hay que entender el hecho americano como un proceso continuo de creación de una realidad nueva por medio de un inmenso proceso de mestizaje cultural que sigue vivo.

La verdad es que lo que llamamos América no fue algo que se descubrió un día de 1492, sino una nueva realidad histórica y cultural que comienza a formarse a partir de ese día y que todavía no conocemos cabalmente.

Del Cerro de Plata a los caminos extraviados. Ed. cit , pp. 29-37.

NUEVO MUNDO Y CRISTIANDAD

CON EL SENTIDO de lo esencial y de lo trascendente que la ha caracterizado desde sus remotos orígenes, la Iglesia se prepara, dentro del proyecto Arator, a conmemorar con una extraordinaria exposición, "Nuevo Mundo 1492-1992", el gran hecho del surgimiento del mundo americano, que tantas polémicas ha suscitado precisamente, acaso, por falta de haber penetrado más adentro en su verdadera originalidad y presencia. Lo va a hacer por medio de exposiciones artísticas, en las que los hombres de ese Nuevo Mundo van a dar su testimonio directo e irreemplazable del gran hecho histórico, todavía no bien comprendido.

Dentro de la larga historia de la Iglesia, tan estrechamente asociada a la expansión de la cultura occidental, el hecho americano reviste características de gran originalidad. La cristianización de Europa fue larga y lenta. Tomó siglos de lucha y de controversia, todavía no enteramente cerradas, para alcanzar la situación europea de fines del siglo XV. Lo que se va a abrir con el Descubrimiento de América es un nuevo y fundamental episodio del mismo viejo drama de la lucha cristiana, pero en condiciones y con resultados que le dan características únicas. Literalmente podría decirse que, a partir del gran hecho de 1492, el mundo americano tuvo no solamente una nueva dimensión histórica y cultural, sino hasta lo que habría que llamar una nueva alma, que es lo que aparece de su creación artística y de su expresión literaria. No solamente se adquirió un Nuevo Mundo para la cristiandad, sino que se le dio a la cristiandad un nuevo sentido ecuménico todavía no enteramente bien reconocido.

La vasta y varia polémica que ha suscitado la conmemoración del 12 de octubre de 1492 refleja de manera elocuente la proliferación de puntos de vista diversos y las dificultades para comprender un hecho tan vasto, tan rico y tan complejo. Se ha llegado a los extremos pintorescos de no poderse poner de acuerdo sobre un nombre conveniente y aceptable para el gran hecho y se habla de "Descubrimiento" con cierto tono de culpabilidad arrepentida o de "Encuentro" con un innegable matiz de

hipocresía. Hubo "Descubrimiento", ciertamente. En 1492 los europeos toparon con una tierra que les era totalmente desconocida y allí comienza para ellos el difícil y no cerrado proceso de entenderla y asimilarla a su mundo conceptual. También comenzaron de inmediato infinitas formas de contacto, de mezcla y de yuxtaposición entre los mundos culturales que representaban los europeos, los aborígenes y, más tarde, los africanos. Lo que en realidad comienza allí, y continúa todavía cinco siglos después en su inmenso proceso de fusión y de innovación, es lo que con las palabras más sencillas los humanistas, tan confundidos en muchos aspectos, llamaron con gran acierto el Nuevo Mundo. El 12 de octubre de 1492 se inició la Creación del Nuevo Mundo, que continúa todavía hoy en esencial proceso de asimilación, pugna y fusión, como lo demuestran los conmovedores testimonios de esta exposición del Vaticano.

La larga hechura del Nuevo Mundo ha sido un campo fértil de equívocos, engaños y deformaciones de la realidad. Había, sin duda, algo que los descubridores hallaron, pero tan importante como ello fue lo que creyeron haber hallado o lo que se empeñaron en buscar y no encontraron nunca. Desde la famosa Carta de Colón a los Reyes Católicos en 1493, a su regreso del primer viaje, se siembra la semilla de los grandes equívocos. El primero, sin duda, pero el menos durable fue creer que se había llegado a la costa asiática, que dejó el imborrable error de llamar a los habitantes de América indios. Pero junto a esto brotan otras muchas nociones que van a tener inmensas consecuencias. Se estaba cerca del Paraíso Terrenal, en el cercano vecindario del reino de las Amazonas con todas sus riquezas, y se anunciaba la posibilidad no sólo de hallar el perdido recinto del Edén, sino la de extender a toda la humanidad el ejemplo paradisíaco de paz, de felicidad, de abundancia y de bienes de que parecían disfrutar a primera vista aquellos hombres extraños.

De esas preguntas surgieron inmensas consecuencias que han dominado la vida del mundo en estos últimos cinco siglos. La ciencia moderna, desde Copérnico hasta Darwin, tiene su punto de partida en la inagotable sorpresa de las novedades americanas. Las consecuencias políticas no fueron menos extensas y sorprendentes. En la misma hora en que los europeos se entredegollaban en guerras continuas, en que la injusticia y la crueldad del hombre para el hombre campeaban con toda insolencia, se había encontrado una sociedad lejana y remota, pero no menos humana, en la que los hombres vivían en la paz, en el disfrute común de los bienes y, desde luego, en la felicidad sobre la Tierra. La sorpresa fue inmensa. Montaigne nos ha dejado el testimonio de ese deslumbramiento: "Lamento que Licurgo y Platón no hayan sabido esto porque me parece que lo que vemos por experiencia en esas naciones sobrepasa no solamente todas las pinturas con que la poesía ha embellecido la Edad Dorada y todas sus invenciones a imaginar una condición feliz del hombre sino, además, la concepción y el objeto mismo de la felicidad".

La utopía es americana, aunque nace de una visión europea, y su herencia directa, desde Tomás Moro pasando por Rousseau y los enciclopedistas, es la Era de las Revoluciones, que va a sacudir el mundo hasta nuestros propios días y que tiene su punto de arranque en aquella feliz visión de los indígenas americanos.

La visión utópica que está en la propia raíz de la gran novedad del pensamiento revolucionario no sólo nace de una falsa idea europea del indígena americano sino que, en un curioso viaje de regreso, va a ensayarse en tierra americana con una insistencia sorprendente y conmovedora. El primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, era lector atento de la *Utopía* de Moro, a la que veía como un modelo de organización política. En su tiempo surge la figura singular de fray Vasco de Quiroga, que no sólo ensaya en tierras de Michoacán un modelo de utopía social en sus hospitales-pueblos sino que se dirige, en un insólito planteamiento, a Carlos V para proponerle que dedique las nuevas tierras a la realización de la utopía para que no sean contaminadas con los vicios y los errores que habían marcado la historia del hombre en el Viejo Mundo.

Ese propósito de consagrar las nuevas tierras a la realización de una nueva época de la vida civilizada lo retoman y llevan a un hecho asombroso las reducciones de los jesuitas en el Paraguay. Lo que allí se proponen y logran hacer durante más de un siglo es segregar a los indios guaraníes del contacto con los vicios y errores de Europa y ponerlos a vivir en un nuevo medio social y espiritual conforme al Evangelio y a las proyecciones de los utopistas.

Mucho se podría hallar en distintas épocas y formas de esta curiosa vocación de hacer de América un mundo distinto del de Europa para que de esa manera pudiera comenzar un nuevo tiempo de la humanidad. No son sólo los religiosos los que se proponen este insólito proyecto de sustraer un continente entero de la historia universal sino que, en muchas formas, va a ser retomada la idea y va a reaparecer en las concepciones políticas de los hombres que realizaron la Independencia americana. Dentro del oscuro conjunto de las ideologías que han predominado en las naciones americanas no es difícil hallar la veta de esa vieja y arraigada vocación utópica.

La cristianización del Viejo Mundo, desde San Pablo a Carlo Magno, fue lenta y difícil. La labor misionera en los otros continentes ha sido una empresa tenaz y heroica pero limitada En cambio, la cristianización del continente americano tiene mucho de asombrosa rapidez y eficacia. Es posible pensar que en una colonización a la inglesa las más avanzadas culturas indígenas y sus religiones hubieran podido subsistir y mantenerse como lo hicieron en Asia y en Africa. En cambio, en tierra americana la Conquista española logró el asombroso resultado de hacer de la inmensa mayoría de los indígenas parte viviente de la cristiandad. Durante el siglo XVI se logró hacer una sola espiritualidad de la variedad de las creencias indígenas. En muy corto tiempo los virreyes y gobernado-

res dejaron de representar un poder político y espiritual extraño para entrar en la insólita situación de compartir las creencias fundamentales que traían de España para aquella nueva cristiandad que formaban las masas indígenas. Este hecho singular no ha sido visto todavía en toda su inmensa situación y consecuencias. La alteridad fundamental que ha dividido siempre al conquistado del conquistador se alteró en América al crearse entre peninsulares, criollos e indígenas una nueva y viviente comunidad cristiana. No fue un cambio de instituciones y de formas de gobierno sino una transformación profunda de la mentalidad y del espíritu de los conquistados. El virrey y el siervo indígena, en una generación, terminaron por compartir las mismas creencias y por sentirse sinceramente hermanos en Cristo, con todas las consecuencias políticas y sociales que esta situación implicaba.

El testimonio más elocuente y válido de ese hecho extraordinario lo dan las obras de arte y las creaciones expresivas de ese nuevo mundo espiritual. La voluntad de fusión y de integración espiritual se mantuvo viva y actuante en los tres siglos del dominio colonial español. En muchos sentidos, con una nueva cristiandad se había creado una nueva humanidad.

Bastaría recordar el caso conmovedor del Inca Garcilaso de la Vega que no tiene parangón en ninguna otra historia de colonización moderna. El Inca Garcilaso era hijo del capitán Garcilaso de la Vega, noble soldado compañero de Pizarro, y de una *ñusta* descendiente del último emperador inca. En la vasta casa del Cuzco donde nació estaba vivo el crisol del que iba a surgir la nueva situación. En un lado de la casa el capitán Garcilaso, con sus letrados, sus frailes y sus compañeros de armas, mantenía viva la presencia castellana. En la otra ala la *ñusta* Chimpu Ocllo, bautizada Isabel, convivía con sus parientes de la vieja clase dirigente incaica y, en su quechua melódico, recontaba frente al niño los grandes momentos y esplendores del pasado incaico. Le bastaba al niño ir de un ala a la otra de la casa para pasar de un mundo a otro, pero esos dos mundos ya no iban a estar más nunca separados en su espíritu porque no iba a renunciar a ninguno de ellos e iba a ser en su vida claro ejemplo de esa mezcla fecunda y creadora. Cuando, años más tarde, ido a España y convertido en sacerdote católico a la sombra de la catedral de Córdova escribe su gran obra literaria, *Los comentarios reales*, dará uno de los testimonios más claros y valiosos del surgimiento de esa nueva espiritualidad.

El inmenso proceso de mestizaje que se inició con el contacto estrecho, pugnaz y vario de los tres actores fundamentales: el español, el indígena y el africano, constituyó el rasgo más importante del hecho americano, y su expresión más arraigada y básica está en la cristianización rápida, eficaz y efectiva de la población indígena, sobre todo en las grandes estructuras estatales de la América precolombina.

No puede dejar de señalarse el hecho muy importante del interés que los misioneros españoles realizadores de esa inmensa hazaña tuvieron en penetrar el mundo espiritual de los indígenas. No fue sólo catequi-

zar y predicar el Evangelio, sino tratar de conocer las características de la espiritualidad indígena en un esfuerzo insólito de asimilar y comprender. No sólo se hicieron pronto gramáticas y vocabularios de las lenguas indígenas, sino que se trató de conocer en todos sus detalles las características de sus creencias. Fray Bernardino de Sahagún, en su obra monumental, ***Historia de las cosas de la Nueva España***, que recoge el fruto de largos años de aprendizaje con los indígenas, en su afán de entender y apreciar las características de las creencias originales realiza una de las más grandes hazañas de la antropología. Piensa que no sólo basta con predicar el Evangelio, sino que es necesario conocer a fondo la espiritualidad indígena. Con simplicidad conmovedora nos explica las razones de esa obra gigantesca incomparable al decir:

> Los pecados de la idolatría y ritos idolátricos, y supersticiones idolátricas y agüeros, y abusiones y ceremonias idolátricas, no son aún perdidos del todo. Para predicar contra estas cosas, y aun para saber si las hay, menester es de saber cómo las usaban en tiempo de su idolatría, que por falta de no saber esto en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas sin que lo entendamos; y dicen algunos, excusándolos, que son boberías o niñerías, por ignorar la raíz de donde salen –que es mera idolatría, y los confesores ni se las preguntan ni piensan que hay tal cosa, ni saben lenguaje para se los preguntar, ni aun lo entenderán aunque se lo digan–. Pues por que los ministros del Evangelio que sucederán a los que primero vinieron, en la cultura de esta nueva viña del Señor no tengan ocasión de quejarse de los primeros, por haber dejado a oscuras las cosas de estos naturales de esta Nueva España.

Habría que estudiar muy a fondo ese hecho tan singular y de tan vastas proporciones que es la cristianización de la población indígena americana. No era simplemente el traslado de una autoridad y de formas culturales extrañas superpuestas por la fuerza a una población indígena, sino una especie de inmensa transformación hacia un nuevo ser espiritual que cambió el alma indígena. La expresión más elocuente de esta inmensa innovación creadora ha quedado en el testimonio irrecusable de la expresión artística en el Nuevo Mundo.

La extensión del culto cristiano estuvo estrechamente unida a la creación de nuevas formas de expresión espiritual: nuevos templos, nueva estatuaria, nuevas oraciones, nueva visión del hombre. Las grandes civilizaciones indígenas constituían un mundo espiritual cerrado, con sus concepciones sociales y religiosas que parecían bastarse a sí mismas y que se expresaban en el lenguaje de las artes autóctonas. La magnitud y la profundidad de la inmensa empresa se manifiestan en la creación rápida de una nueva expresión artística. La más portentosa e importante de sus manifestaciones fue la construcción, en corto tiempo, de millares de catedrales e iglesias que vinieron a crear un nuevo paisaje del alma para todos los nativos. El nuevo espíritu creó su lenguaje y lo creó para todos, porque la nueva catedral va a ser definitivamente el templo

de la fe para el virrey y para el siervo, para el español recién llegado, para el criollo formado en el nuevo ambiente y para el indígena que va a transferir hacia las nuevas expresiones religiosas su vieja herencia espiritual.

Las obras que se realizan en tan corto tiempo tienen mucho de prodigiosas. Se van a alzar inmensas catedrales que quedarán entre los más grandes monumentos del mundo y que son el reflejo fiel de una nueva manera de ser. Junto con la fe religiosa vinieron de España los modelos de las nuevas estructuras y las técnicas de pintar y esculpir, pero quienes las fueron a expresar venían a su vez de un pasado cultural muy rico, al cual no hubieran podido renunciar, que formaba parte intrínseca de su manera de comprender y de expresarse.

No ha faltado quien diga, con evidente exageración, que España fue la tierra sin Renacimiento pero, ciertamente, no es claramente discernible en el ámbito español el surgimiento y predominio de ese nuevo lenguaje, que tuvo su manifestación más completa y avasalladora en la Italia de la época. Planos, esbozos, modelos y no pocos maestros de obra vinieron de España, pero desde su llegada se pusieron a trabajar estrechamente con los albañiles y artesanos indígenas conocedores de viejas y admirables técnicas. El resultado fue la proliferación de esos imponentes templos de que está todavía cubierta la América Latina y que son el mejor testimonio del contenido cultural de la creación del Nuevo Mundo. En las más antiguas construcciones, como en la catedral de Santo Domingo, el modelo transplantado aparece en aquel conmovedor ensayo de plateresco que ya parece hijo de un nuevo clima. En el imponente edificio de la catedral de México, que es una de las grandes construcciones de la espiritualidad humana, es por lo menos tanto lo que tiene de mexicano y nuevo como el eco visible de los grandes modelos europeos.

Es importante advertir una diferencia muy significativa en la hechura y crecimiento de las grandes catedrales. Las grandes catedrales del Viejo Mundo son multicentenarias. Crecieron por siglos con el paisaje humano y la historia de los hombres que las hicieron y muchas han quedado sin acabar. Las grandes catedrales americanas se construyeron en no mucho más de la vida de una generación y no pudieron ser otra cosa que la expresión del nuevo hecho espiritual.

La confluencia de las dos herencias espirituales, de las dos tradiciones religiosas, de la súbita creación de una nueva religiosidad, de la multiplicidad de influencias contradictorias que se allegan y se juntan para dar una nueva expresión a la fe común, le da su sentido profundo y propio al Barroco americano. En esas prodigiosas tapicerías de piedra de las fachadas de los templos y de los altares policromados se expresa la presencia de todos los afluentes culturales, que terminan por acordarse y presentarse en una expresión unitaria de incomparable elocuencia persuasiva. La abundancia decorativa del Barroco, con su inagotable decoración de motivos plásticos parecía prestarse adecuadamente al gran proceso de mestizaje cultural y de sincretismo espiritual de la nueva

cristiandad del Nuevo Mundo. Las combinaciones inagotables de columnas torcidas, de ramos frutales, de figuras estáticas y de esplendor multiplicado crean un clima de prodigiosa eficacia conmovedora, dentro del cual se podía manifestar privilegiadamente la originalidad creadora del hecho americano. Desde las grandes moles catedralicias hasta los maravillosos santuarios que pertenecen casi a la imaginería popular, como el de Ocotlán en México, lo que se afirma en los tonos más convincentes es la aparición y afirmación de un gran hecho cultural de insólitas características

El arte y la espiritualidad del Nuevo Mundo van juntos y no pueden explicarse el uno sin el otro y ambos, en su prodigiosa multiplicidad y permanencia, dan el testimonio más cierto de la presencia continua y renovada de ese gran hecho histórico, al que también podríamos llamar la aparición de una nueva dimensión de la cristiandad.

Del Cerro de Plata a los caminos extraviados Ed cit , pp 39-49

LOS LATINOAMERICANOS Y LOS OTROS

POR UNA ESPECIE de efecto inevitable de la ley de compensaciones, el gran esfuerzo múltiple que en los últimos años se ha venido realizando en Europa en favor de la integración y de la creación de una comunidad cada vez más efectiva parece haber provocado un resurgimiento del viejo mal de la xenofobia, del rechazo al extranjero, al distinto, al otro, al que no es de los nuestros, con resultados que comienzan a revestir aspectos de preocupante gravedad.

Los filósofos han estudiado desde hace mucho tiempo la oscura y conflictiva relación entre el yo y el otro. Esa alteridad, que por contraste nos define frente a alguien que nos parece distinto, deja de ser un problema psicológico para convertirse en uno político cuando, como parece estar ocurriendo ahora en Europa, surge un movimiento de rechazo hacia el extraño.

Para mí tengo que el problema de la identidad personal y de la relación con el otro, tan lleno de contrastes y consecuencias y una de las fuentes más ricas de la creación literaria, cambia de naturaleza y provoca otras consecuencias más peligrosas cuando se pasa del yo al nosotros. Ese nos otros, peculiar del castellano, es el que convierte el vago sentimiento de la alteridad en una fuerza histórica y política. La noción del nosotros es elástica y admite cambios. Va desde la familia al barrio, a la ciudad, a la provincia, a la lengua, a la religión, sin olvidar el agresivo nosotros del equipo de fútbol. La elasticidad misma de la noción es la que le da mayor poder y la convierte en un hecho amenazante que tiende fatalmente a desembocar en violencia. Los otros, los distintos, los que sobre muchas otras cosas esenciales no se nos parecen, son vistos como el extraño, el estorbosamente diferente, el perturbador de la comunidad y, desde luego, el enemigo.

Parece que, hoy, en España se multiplican las demostraciones de rechazo y agresividad contra la presencia de los latinoamericanos de una manera que ha desembocado en lamentables actos de violencia Son, tal vez, efectos inevitables de la presencia masiva, de la competencia en el

mercado de trabajo y de la incomunicación. Esta actitud no sólo es irracional, sino abiertamente contraria al interés mismo de los países que integran la Comunidad Iberoamericana. La Comunidad Europea es un proyecto intelectual muy audaz y ambicioso que, en muchos sentidos, va contra la historia y la realidad cultural de unos pueblos que han vivido en la separación y hasta en la hostilidad por la mayor parte de su existencia histórica. Los separan barreras culturales, lingüísticas, religiosas, de niveles de desarrollo, de maneras de entender la vida y de conducirse frente a la realidad social.

Frente a esta realidad fragmentaria y heterogénea, que difiere en tantas cosas y que tropieza con continuas antinomias históricas, la Comunidad de las Naciones Iberoamericanas presenta un contraste evidente. El proceso que comienza en 1492, eso que con mucho tino se ha llamado la Creación del Nuevo Mundo, inició y desarrolló un inmenso campo de fusión cultural que no tiene paralelo en ninguno de los otros continentes.

En un proceso de cinco siglos, a los dos lados del Atlántico se ha formado una de las comunidades más extensas y complejas del mundo. Hay una vasta comunidad de lengua española y otra de lengua portuguesa, muy favorables a la comunicación mutua, junto a una completa comunidad de religión, de valores y de cultura. El español de cualquier región está culturalmente más cerca de un hispanoamericano que de otro europeo. Forma con ellos un nosotros evidente y efectivo en que lo común es más poderoso que lo distinto.

La historia de la Creación del Nuevo Mundo no es otra cosa que la de un inmenso proceso de mezcla y unificación. Desde el cabo de Hornos hasta el río Grande hay un sentimiento predominante de pertenencia a una realidad supranacional, que no se ha dado en otro continente. La historia ha creado, de la manera más efectiva y evidente, un nosotros colectivo que abarca toda la América Latina y que ha hecho que en todas las grandes circunstancias y frente a las cuestiones fundamentales se haya dado con harta frecuencia la afirmación de una noción global de pertenencia. El gran proceso de la Independencia de los países latinoamericanos tiene un sentido y un contenido continentales y en todos los proyectos, como después en las realizaciones, se traduce el sentimiento evidente de pertenecer a una comunidad histórica, que tiene un destino común que va más allá de las empresas nacionales.

Somos muchos los que nos hemos detenido a reflexionar sobre el fundamental y fascinante fenómeno de la compleja identidad cultural del latinoamericano. Tres actores culturales muy definidos y distintos contribuyen en grado variable a su formación. Eran tan distintos como pueden serlo, sobre todo en aquel siglo, un castellano, un indígena de las numerosas culturas nativas de América y un negro, representante de las no menos variadas y numerosas culturas nativas del Africa occidental y central. Esos tres actores convergen, se oponen y se mezclan en un proceso continuo de sincretismo que va mucho más allá, en su unificación y consecuencias, de la mera mezcla racial. Desde el día siguiente

del Descubrimiento, la América hispana se convierte en el escenario del más fascinante y complejo proceso de mestizaje cultural. Se establece así una especie de contrapunto entre las fuerzas centrípetas de las distintas identidades originales y la formación inevitable de una síntesis final dominadora y cambiante.

Los agentes de la unificación fueron poderosos y efectivos y lo constituían no sólo el predominio político y cultural de los castellanos que creían posible crear Nuevas Españas sino el fenómeno capital de que, en no más de dos generaciones, conquistadores, conquistados y esclavos tienen una misma lengua, una misma religión y un mismo juego de valores dominantes. Este proceso de unificación en medio de la diversidad termina por personificarse en el criollo, el nacido en Indias, mestizo de sangre o no, que ha recibido e incorporado en grado variable la influencia de los tres actores culturales fundamentales y que en medio de las solicitaciones contrarias que representa ese legado busca su propia definición y su propio destino. El nombre mismo con que lo señalamos es un producto del equívoco fundamental. Jurídicamente eran españoles y súbditos del rey de Castilla de la misma manera que los que habían permanecido en la península, pero al mismo tiempo eran distintos, y cada vez lo fueron más del español peninsular recién llegado, en muchas de las formas esenciales de la vida de relación y del juego de valores sociales.

La huella de la experiencia americana se hizo sentir muy pronto y por ello aparece en el teatro del Siglo de Oro ese personaje tan revelador del indiano, que era el español que regresaba de América y que mostraba a cada instante los rasgos extraños que lo distinguían de los peninsulares, desde el vocabulario hasta la alimentación y las costumbres. El criollo vino a ser ese ser singular que se sentía igual a los españoles pero que tenía una relación evidente con el nuevo medio físico y social y, particularmente, con algunos rasgos culturales de indígenas y africanos. Abundan los ejemplos, algunos de ellos insignes, de estos criollos que desde la primera hora afirmaron su propia condición y peculiaridad. Como lo dijo alguna vez Bolívar, no eran españoles ni tampoco indios sino otra cosa distinta que tenía que ver con las tres culturas fundadoras pero que, al mismo tiempo, los mantenía, en el sentimiento y en el hecho religioso, lengua, costumbres, proyecto social, dentro de la órbita plena del occidente español.

Valdría la pena investigar esta peculiar experiencia del criollo, en quien la alteridad original de los actores culturales se acerca y se funde de una manera al mismo tiempo conflictiva y fecunda.

En el siglo XVIII existe ya una sociedad criolla muy caracterizada, con rasgos propios y una actitud peculiar hacia Occidente muy distinta de la que más tarde se formó en los países coloniales de Asia y de Africa.

Social y culturalmente no se sentían colonizados ni repudiaban en ninguna forma la alteridad de una cultura impuesta desde afuera, sino que formaban parte genuina y evidente de la cultura occidental al través de la modalidad española. Las universidades, las gacetas, las grandes ciudades, la rica y refinada sociedad urbana, los conventos y el cultivo de las letras y las artes alcanzan un grado superior. El mestizaje sanguíneo se va haciendo cada vez menos importante frente al mestizaje cultural. Una mexicana como Sor Juana Inés de la Cruz, que poco o nada tenía de sangre indígena, expresa con plenitud y autenticidad una nueva situación que no es diferente a la que Bernardo de Valbuena, nacido en España, expresa en los sonoros versos de su "Grandeza Mexicana".

Podría decirse que el barroco es el primer gran momento de afirmación de la presencia latinoamericana en la cultura, expresada en los monumentos arquitectónicos, en el refinamiento y autenticidad de la sociedad americana y en su orgulloso sentimiento de igualdad ante el español peninsular.

Esa sociedad está formada, con sus rasgos propios y su sentido histórico, en el siglo XVIII. Un numeroso grupo de criollos va a afirmar entonces su pertenencia a Occidente y su vinculación original con esa cultura por medio de su presencia y participación en el gran proceso de la Ilustración a ambos lados del océano. Son muchos los criollos que pasan a España y aun a otros países europeos para participar plenamente en el quehacer histórico del viejo continente, sin mengua ni desfiguración. Cuando Humboldt llega, en el alba del siglo XIX, le sorprende lo cultivado y abierto de aquellas ciudades, su conocimiento de los grandes sucesos europeos y su ávida voluntad de afirmación y de participación. A la hora en que se van a producir cambios de tan extraordinaria significación, como la independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa, los criollos, en su más alta representación, se sienten parte de ellos y en algunos casos llegan a figurar como actores del gran drama histórico de Occidente.

El venezolano Francisco de Miranda podría representarlos con indudable título de legitimidad. Nacido en Caracas en 1750, criollo de primera generación, hijo de un canario rico e influyente, llega a compenetrarse plenamente con su ciudad, con su medio y con su hora. A los veintitrés años va a la España de Carlos III a servir en las fuerzas armadas con el grado de capitán. El que llega es un ávido buscador de novedades intelectuales y lo primero que hace es comenzar a formar una colección de libros que es como la síntesis del pensamiento ilustrado de la época. Estudia lenguas clásicas, y, además, el francés y el inglés, y en su momento y en su rango debía ser uno de los militares mejor informados de las novedades ideológicas y políticas del mundo.

Es, sin duda, en esos años cuando Miranda forma su visión definitiva del mundo y de su particular vocación. Comienza entonces no sólo a coleccionar libros, sino a acumular notas, memorias, apuntes y papeles de toda clase, que a lo largo de su vida llegaron a constituir una rica y

excepcional colección de testimonios sobre el siglo XVIII en Europa y en los Estados Unidos. Junto a esa vasta acumulación de testimonios y de documentos sobre el siglo XVIII en Europa y en los Estados Unidos. Junto a esa vasta acumulación de testimonios y de documentos sobre el Siglo de las Luces en Europa, las Memorias del Caballero Casanova no van más allá de los chismes de alcoba y de la crónica mundana.

Sale de España con las fuerzas expedicionarias que van a colaborar con la naciente República de los Estados Unidos en la lucha por la independencia. No pudo haber mejor gimnasio intelectual para un hombre de la condición de Miranda. Participa en la guerra en la Florida y en las Antillas y, por causa de una alevosa intriga que más tarde, ya muy tarde, fue decidida a su favor, deja el servicio y recorre con sagaz deslumbramiento la nueva república. Como en todas partes, se reúne con los protagonistas de la historia, como Washington, Jefferson y Hamilton, y observa y estudia las costumbres y los institutos de educación civil y militar. Aquella extraordinaria experiencia política lo impresiona en muchas formas y lo arraiga aún más en sus convicciones. Lo que han logrado hacer las colonias inglesas de la América del Norte pueden hacerlo también los dominios españoles del sur, siempre que logren asociar su causa con el curso de las grandes querellas internacionales que dividen periódicamente a las mayores potencias europeas. Con la ayuda de Francia y de España se logró la libertad de los Estados Unidos y es de la más elemental lógica pensar que, en las cambiantes circunstancias internacionales, con la ayuda de Inglaterra se pueda lograr la Independencia de la América española.

Desde ese momento lo que tiene en mientes Miranda no es solamente el hecho mismo de la independencia política, sino la creación de un nuevo orden democrático, que haga entrar los dominios españoles en el gran movimiento de renovación política que sacude al mundo. En las cartas y en los testimonios que conservan sus papeles aparece repetidamente la impresión de admiración y asombro que el criollo produce a los grandes personajes políticos que encuentra en su extenso periplo. Lo ven como un hombre culto, sabio, estudioso, capaz de realizar la inmensa acción de llevar la democracia y la libertad a las antiguas posesiones españolas.

De Estados Unidos pasa a Inglaterra, que él considera el centro neurálgico privilegiado para la empresa de la Independencia latinoamericana. A lo largo de los muchos años de perseverante lucha por lograr que su proyecto de Independencia entre en los planes de la potencia británica, se confirma continuamente su convicción de no representar a un país ni a una secta política sino a un continente entero, y de dirigirse a hombres que en todas las cosas esenciales representaban la misma cultura que era la suya. Con los ministros ingleses, con los parlamentarios, con los hombres de pensamiento habla en todo momento como un representante de toda la comunidad iberoamericana. No habla en nombre de Caracas y de Venezuela, ni sus planes en ningún momento se reducen a

semejantes fines, sino que planta como un todo inseparable la empresa de lograr la Independencia para realizar la democracia con la libertad.

La concepción que Miranda llega a formarse y con la que constituye la base de su proyecto, que en muchas formas será compartido y nunca repudiado por los distintos dirigentes de la insurrección criolla, es la creación de una vasta unidad política y administrativa que comprenda todos los que hasta entonces habían sido dominios del imperio español en América. Su propósito, que quedará como rasgo permanente de todo el movimiento libertador, consistió no sólo en lograr la emancipación total de la Corona española y asumir el autogobierno sino igualmente, y acaso sobre todo, establecer un régimen democrático de libertades públicas y gobierno de la mayoría para el que le sirve de modelo la Gran Bretaña con su sistema parlamentario, su equilibrio de poderes y su vocación democrática.

Toda su larga lucha en tan diversos escenarios está al servicio de este propósito superior. Es lo contrario del nacionalismo, del parroquialismo, del particularismo, para convertirse en una vocación integradora que a todos los reunirá e identificará en una misma causa. Para ese gran proyecto de integración democrática propone un nombre que, por su misma significación, es fundamentalmente comunitario: Colombia. Este sueño de un gran Estado hispanoamericano, desde el valle del Mississippi y California hasta el río de la Plata, es el propósito de la larga lucha de Miranda y va a constituir hasta hoy una añoranza subyacente y activa en la mente de los criollos.

Entre 1785 y 1789, el año en que se reúnen los Estados Generales en Francia y en el que la historia política del mundo va a iniciar un inmenso vuelco, se dedica a recorrer Europa, desde Noruega hasta Italia, el Mediterráneo hasta Constantinopla, para penetrar, luego, en el vasto y oscuro imperio de Catalina II de Rusia. En todas partes lo reciben con interés genuino que poco tiene que ver con su circunstancia real de emigrado y perseguido, a quien los embajadores españoles miran con malos ojos. En todas partes lo consideran un hombre de la nueva causa que va a renovar el mundo y se le ofrecen simpatías y apoyos de toda índole, incluyendo la posibilidad de posiciones cortesanas tentadoras, que él rechaza invariablemente porque ello equivaldría a renunciar a la gran causa de su vida.

Miranda se ve a sí mismo como un hombre del Siglo de las Luces, empeñado en una de las más grandes empresas revolucionarias del mundo occidental, lo que hace que la dimensión de sus visiones sea continental y global.

Sus gestiones inglesas sufren de los vaivenes de la política británica y en un momento piensa que la nueva Francia revolucionaria pudiera ser la más indicada, por las circunstancias, para dar el apoyo decisivo a su gran empresa. Entra de pleno en la política francesa. Lo incorporan a las fuerzas armadas con el rango de general. Es uno de los que comanda las fuerzas armadas francesas en el legendario encuentro de Valmy, en

aquel momento en el que Goethe, que estaba en el campamento del duque de Brunswick del lado de los invasores, dijo con deslumbrante intuición: "Hoy aquí ha comenzado una nueva época de la historia."

Va a la Francia de la Revolución con el mismo propósito por el que estuvo luchando largos años en Inglaterra. Piensa que la independencia de las colonias españolas tiene que ser parte genuina del gran proyecto revolucionario de crear un tiempo nuevo para la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los hombres. Lleva su proyecto y a la hora de tomar las armas al servicio de la Revolución se le ratifica la promesa de organizar un ejército revolucionario que vaya a las Antillas francesas para, desde allí, preparar la insurrección de las colonias españolas.

No lo reciben como a un extraño. Entra pronto en los círculos políticos e intelectuales más activos. Termina por formar parte del grupo de los girondinos. El joven general Bonaparte, con el que nunca logró entenderse bien porque mantenía sobre él sospechas de que era un espía inglés, dijo cuando lo conoció: "Este hombre tiene el fuego sagrado en el alma". La vorágine de la Revolución lo arrastra con su proyecto.

Es apasionante y grandiosa la lucha de este hombre, a quien nadie objeta sus títulos de representante de un continente y que habla a los altos dirigentes de la política europea no como un extraño, sino como alguien que participa genuinamente de las causas y los ideales más altos de la hora. Ni los ingleses, ni los franceses, ni mucho menos los norteamericanos lo vieron nunca como un extraño sino como el representante de una necesidad histórica que estaba plantada para todos ellos y que no era ajena para ninguno. Quiere insertar válidamente la causa de la Independencia de la América española en el escenario de la política mundial y en este aspecto esencial nadie lo mira como un intruso, ni mucho menos como un usurpador. El servicio de esa causa lo lleva a participar plenamente en los tres mayores acontecimientos históricos de su época: la política internacional del gabinete de Londres, la Revolución Francesa y el surgimiento de los Estados Unidos de América.

Me he detenido en el caso de Miranda porque sirve para ilustrar muy ejemplarmente algunos rasgos que, por lo menos desde el siglo XVIII y desde la Independencia hasta hoy, han caracterizado la mentalidad latinoamericana. No dejó de haber, y se manifestó en muchas formas en la época colonial, una situación de desajustes e incomodidad del criollo en aquella sociedad heterogénea, en la que el poder venía de afuera y las funciones fundamentales de la autoridad estaban en manos de españoles. Esa alteridad pugnaz, que llegó a tener manifestaciones violentas en el siglo XVIII, como el caso del alzamiento de Túpac Amaru en el Perú y de los Comuneros del Socorro en la Nueva Granada, era explicable en aquella sociedad muy estratificada y al mismo tiempo muy dividida. Es entonces cuando comienza a aparecer un rasgo dominante en Miranda,

que es el de concebir el país más como proyecto y futuro que como presente Las ideas revolucionarias del siglo XVIII le dan una base muy prestigiosa y rica a este pensamiento La manera como ciertos intelectuales europeos, como Raynal y De Paw, veían deformadas las colonias españolas llegó a influir, paradójicamente, de una manera decisiva en la manera como los propios criollos ilustrados terminaron por verse a sí mismos y a sus países.

Era evidente, y no podía escapar a nadie, que había una antinomia entre los principios e instituciones de los Estados Unidos, de la Francia revolucionaria o de la Inglaterra parlamentaria y la realidad social y cultural de la América hispana, lo que complicaba lo que pudiéramos llamar el juego de las lealtades fundamentales de los criollos ilustrados. Cuando, por el azar de la invasión napoleónica a España, los cabildos americanos asumen su autonomía y abren el camino para la Independencia, el propósito de los criollos va mucho más allá y pretende cambiar súbitamente la realidad política y social que ha hecho la historia, para adoptar las instituciones de aquellos lejanos, ajenos y admirados modelos. En esta antinomia está uno de los rasgos fundamentales que van a marcar el destino de la América Latina hasta nuestros días, que se caracteriza por el repudio de la realidad histórica heredada y por la devoción a un proyecto ideal de sociedad

Podríamos preguntarnos de qué tamaño era el nosotros de Miranda cuando se esforzaba por obtener la ayuda de ingleses, franceses o norteamericanos para su proyecto de Independencia. En esa concepción debían entrar por igual y con el mismo título de legitimidad la sociedad hispanoamericana contemporánea y los modelos europeos ¿Quién podía resultar finalmente el otro para un hombre en la situación de Miranda?

Esta ambigüedad y ambivalencia de la personalidad del criollo con respecto a los otros, que se manifiesta tan claramente en los proyectos políticos de la Independencia, va a convertirse en un rasgo permanente, que explica en buena parte la historia de esos países hasta nuestros días y mucho de lo que a la ligera se ha llamado el fracaso de la América Latina o de alguna de sus nacionalidades. Las contrarias lealtades y la antinomia entre el proyecto y la realidad social han sido causas fundamentales de ese conflicto no resuelto. Como no han dejado de observarlo algunos, fueron países en guerra consigo mismos por un proyecto político concebido intelectualmente.

El caso se da en casi todos los países pero probablemente lo que mejor lo ilustra es la historia de la República Argentina, desde la Independencia hasta Perón. En la concepción de hombres como Sarmiento, Alberdi o Mitre, hay una actitud de repudio a la realidad histórica caracterizada por los caudillos tradicionales, una voluntad de romper con el pasado y de instaurar de la manera más completa y radical un nuevo modelo de sociedad, inspirado en las grandes democracias del hemisferio Norte. Para el criollo ilustrado el enemigo era el criollo tradicional y su cultura. Era ese el verdadero enemigo del progreso y había que eliminarlo física-

mente o absorberlo y transformarlo por medio de la educación y de la inmigración masiva de europeos.

La misma denominación de criollo sufre una alteración muy significativa. El portuguesismo que sirvió en el siglo XVI para designar al esclavo nacido en la nueva tierra se extendió muy pronto hasta abarcar a los hijos de españoles, es decir, a las nuevas y sucesivas generaciones de hijos y actores de la nueva realidad cultural. Miranda era y se sentía un criollo, como se sintieron igualmente en todo el continente los miembros de esa clase superior, en perpetuo conflicto con los funcionarios peninsulares y con las castas inferiores, reducidos al restringido ámbito de los cabildos coloniales. Con la extensión de las ideas de la Ilustración y de los modelos políticos democráticos, el término pierde su amplitud y empieza a designar aquellas clases populares, muy arraigadas en la tradicion, que eran la clientela natural de los criollos rurales y uno de los peores obstáculos para los planes de modernización política. Es muy significativo que el gaucho Martín Fierro, que asume la representación de esa gente despreciada, lance su grito de desafío y posponga sus esperanzas "hasta que venga algún criollo en esta tierra a mandar". En estas fragmentaciones sociales habría que rastrear las raíces de lo que, más tarde y en otras circunstancias, llegó a encarnar el peronismo.

Una antinomia tan radical no era la más favorable para la evolución progresista de una sociedad. La voluntad renovadora no se limita a provocar una ruptura con el pasado cultural, sino que llega al extremo de proponerse eliminarlo. Simón Rodríguez, que es uno de los pensadores más originales que dio la América Latina en la primera mitad del siglo XIX, proponía planes de educación cuya ambición última era eliminar y destruir el pasado cultural nativo. La escuela debía arrancar los niños del hilo de la tradición para formarlos en una nueva mentalidad moderna que sirviera de base a las instituciones democráticas. En su pequeño y extraordinario libro, *Sociedades americanas en 1828*, propone en todo detalle ese plan de ruptura por medio de instituciones que iban a crear verdaderos enclaves de nueva mentalidad y nueva cultura para poder alcanzar la democracia prometida. La audacia de esas visiones revela la insalvable profundidad de la antinomia entre la tradición y los proyectos republicanos. Como él mismo lo decía, lo que proponía era nada menos que "declarar a la nación en noviciado".

A la luz de esta circunstancia, que se da en formas variables en todos los países latinoamericanos con consecuencias que explican mucho la dificultad de la toma de conciencia de la propia identidad, es que habría que estudiar su peculiar relación con el otro, que en mucho cambió lo que ha sido la más permanente raíz de la xenofobia en sociedades más tradicionales y estables.

Hay un momento privilegiado en la historia intelectual de la América Latina que permite comprender mejor esa manera de entenderse a sí misma. A fines del siglo XIX se produce, con una extensión, variedad y riqueza incomparables, un gran movimiento de renovación literaria que

va a cambiar radicalmente el sentido de la lengua y de la expresión, y que tiene su origen y su principal representación en una deslumbrante pléyade de poetas y escritores que surgen de la circunstancia latinoamericana. En muchos sentidos son hombres que no solamente rompen con la tradición literaria, sino que parecen extrañarla y repudiarla, lanzados a la libre búsqueda de una expresión nueva y más eficaz. El caso de un poeta como Rubén Darío, que personifica en su obra esa gran innovación, permite relacionar con su condición de latinoamericano su ilimitada avidez de apertura hacia el mundo. Era una actitud de abierta aceptación de la novedad literaria de todos los orígenes que lo hacía sentirse tan cerca de la poesía tradicional de lengua castellana como de los simbolistas franceses, que es lo que él mismo expresa al definirse como "muy siglo XVIII y muy antiguo y moderno y audaz cosmopolita". Habría que volverse a preguntar ahora, ¿quiénes entraban en el nosotros de Darío y quiénes podían ser para él los otros?

La empresa ambiciosa, y casi imposible, de alcanzar ese "cambio de piel cultural" no tiene, sin embargo, como propósito destruir la comunidad. Se proponen alcanzar todas las innovaciones necesarias sin eliminar los vínculos esenciales de la comunidad cultural. Un hombre tan culto y abierto al mundo como Andrés Bello, que ya en 1823, desde Londres, en su famosa *Alocución a la poesía* había invitado a las nuevas nacionalidades hispanoamericanas a la independencia intelectual de Europa y a la creación de una literatura propia, es, sin embargo, el mismo que en 1847, en Chile, acomete y realiza una de las más grandes empresas de unidad cultural con su famosa *Gramática para el uso de los hispanoamericanos.* Bello, como hombre culto, siente el temor de las consecuencias extremas de la fragmentación política y se lanza a realizar su monumental *Gramática*, que fue la mejor que tuvo la lengua en su época, con el propósito declarado de evitar que se repitiera en América "la tenebrosa época de la corrupción del latín". En esta preocupación por preservar la unidad de la lengua como instrumento fundamental de la identidad cultural, se da un conmovedor y significativo paralelismo entre Bello y Nebrija. Cuando va a empezar la vasta empresa de la Creación del Nuevo Mundo, Nebrija publica, en el mismo 1492, su *Gramática de la lengua castellana*, que fue la primera de una lengua moderna que se publicó en el mundo. Cuando la destrucción del imperio español amenaza con la fragmentación, el particularismo y la destrucción de la unidad lingüística, Andrés Bello acomete la hazaña equivalente de publicar su *Gramática* para que, por encima de las circunstancias políticas, el hecho fundamental de la unidad lingüística, no corra peligro.

A la luz de las inmensas, rápidas e inesperadas transformaciones que el escenario del mundo ha experimentado en la última década y de las que todavía no acaba de emerger la forma aproximada de un nuevo

equilibrio o de un nuevo protagonismo compartido, no resulta enteramente ociosa la inquisición sobre la identidad del latinoamericano.

En los años en que, a la sombra de la Guerra Fría, se hicieron muchas elucubraciones y maniobras políticas en torno a la realidad de un Tercer Mundo, apareció la dificultad de meter a la América Latina dentro de esa heterogénea y simple clasificación. El motivo principal era, sin duda, que, a diferencia del caso de los países asiáticos y africanos, los latinoamericanos se han sentido durante 500 años como una parte *sui generis* pero genuina de Occidente. Los hechos fundamentales de la cultura que caracteriza a los países latinoamericanos, tales como la religión, la lengua, la mentalidad dominante y los paradigmas de progreso, son genuinamente occidentales en una forma que no se da ni en Asia ni en Africa. La contradicción frecuente, fundamental y mal reconocida, con las vicisitudes que la historia ha provocado en el continente constituye la base misma de la gran cuestión de su identidad y su destino. Las circunstancias que incorporan la América Latina a la vaga noción del Tercer Mundo no son más poderosas que las que tradicionalmente la han hecho sentirse parte real de la cultura occidental. Tal vez un Extremo Occidente, tan rico en conflictos como en posibilidades de futuro que, por las circunstancias mismas del mundo actual, va a tener cada vez más importancia en la concepción y definición de los proyectos políticos y culturales. Por muchos aspectos comparte la situación económica y política de ese mal definido Tercer Mundo pero lo hace de una manera peculiar que deriva de su fundamental inserción en Occidente. Los elementos de su identidad cultural y su larga y trabajada historia de lucha por la integración y la unidad, le ofrecen posibilidades de acción y de creación, distintas a las de Asia o Africa, como parte cierta pero peculiar que es del conjunto occidental. Su elástica noción de alteridad y su vieja lucha por la integración, así como su occidentalidad, le permiten una posibilidad de acción excepcional. La indagación del problema de su identidad y de la manera de entenderse a sí misma viene a formar casi parte de la posibilidad de protagonismo en el confuso mundo que emerge ante nuestros ojos.

Del Cerro de Plata a los caminos extraviados. Ed. cit., pp 95-112.

EL REINO DE CERVANTES

HAY UNA evidente comunidad de historia y de cultura, en muchos aspectos única en el mundo, que se ha formado a lo largo de cinco siglos entre España y los países hispanoamericanos. Sin mucha distorsión se podría ampliar el concepto a lo iberoamericano, para incluir también a Portugal y el Brasil.

Caracterizan a esa comunidad rasgos muy definidos dentro del conjunto de Occidente, que comprenden desde la lengua hasta la fe, los valores culturales y la tradición. Lo que en la Península Ibérica tomó largos siglos para conformarse en el modelo dominante de la monarquía castellana y en su gran esfuerzo de unificación vino a darse en el espacio del nuevo continente, desde 1492, en forma continua y eficaz: una sola lengua, el castellano, una sola religión, el catolicismo a la española, una tradición dominante, un juego fundamental de valores, sin presiones internas ni guerras de religión, dentro de un sentimiento espontáneo y visible de ser una sola gente, con un pasado común y una visión básica del ser y el hacer. Esa comunidad, que se extiende hoy desde la Península Ibérica hasta las dos terceras partes del continente americano, comprende diecinueve naciones hermanas, con una numerosa presencia en los Estados Unidos. Se la puede estimar en cerca de cuatrocientos millones de seres humanos para el año 2000. Han resultado poco asimilables en el medio diferente, donde conservan y reafirman su identidad cultural, y el sentimiento de pertenencia va mucho más allá de un territorio o una frontera.

No se la ha estudiado ni apreciado adecuadamente en su compleja y rica totalidad. España lleva más de dos siglos de interrogarse angustiosamente sobre su propio ser sin hallar respuesta aceptada. Desde los próceres de la Ilustración, que no se consolaban de que España no fuera Francia o Inglaterra, hasta la muy hispánica polémica entre Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, realidad o enigma del ser colectivo, pasando por la angustiosa reacción de protesta de los hombres del 98 hasta los seguidores de Ortega y el no muy claro presente de afirmación europea, la historia española y la apreciación de su peculiaridad han sido motivo

constante de apasionada polémica. Sin embargo, es poco lo que ha figurado en ese debate el mundo hispanoamericano. Ha permanecido como en un horizonte mal percibido a pesar de que algunas de las más válidas respuestas a la interpretación de lo hispano puedan encontrarse allí. De cada diez personas que hablan hoy español como lengua materna no menos de nueve son hispanoamericanas, la misma proporción se mantiene en la busca de raíces y caminos propios. Considerar el caso hispánico reducido a la sola península sin tomar en cuenta su prolongación y complemento en tierra americana es una peligrosa mutilación que no ayuda a la mejor comprensión del complejo hecho.

Porque no se tiene suficiente claridad en la apreciación de la existencia de esa comunidad se llega casi a ignorarla o reducirla a algún aspecto parcial o pintoresco o, peor aún, a algún transitorio aspecto de interés político. No han faltado esfuerzos serios para hacer comprensible esa fundamental situación.

No es banal que no tengamos un nombre aceptado para el conjunto. Se le ha llamado de tantas maneras que resulta casi como carecer de nombre: Hispanoamérica, Iberoamérica, América española, Indoamérica, la Raza, la Hispanidad, etc. La falta del nombre único ha hecho más difícil la comprensión del hecho y ha aumentado la dificultad de entenderlo cabalmente.

Para decirlo de una vez, creo que lo más característico que distingue a esa realidad cultural repartida en dos continentes en tantos Estados y situaciones se dio primeramente y se definió de manera perdurable en el siglo XVI. Es la época en que la dimensión política alcanza su plenitud desde Carlos V hasta Felipe II, es, también, la ocasión en que se define cabalmente un juego de valores característicos, lengua, religión, moral, romancero, refranero, paradigmas, convicciones y metas de vida. La síntesis suprema de ese conjunto se expresó en la obra de Cervantes. Allí está recogido y expresado lo esencial, irrenunciable y persistente de esa manera de ser extendida a dos continentes, tan múltiple y dispersa, y tan semejante a sí misma. Constituye, para decirlo con las fórmulas viejas tan cargadas de sentido, un reino, un reino cultural y podríamos llamarlo, con toda propiedad, el reino de Cervantes.

La perplejidad y el inevitable malentendido que nos provocan los nombres se aumentan cuando se refieren a fenómenos culturales. Bernard Shaw, con sabia ironía, dijo una vez que Inglaterra y los Estados Unidos eran dos países separados por una lengua común.

Con motivo de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento –denominación que por sí sola ha suscitado problemas no sólo semánticos, porque lo que ocurrió en 1492 no puede llamarse con propiedad el Descubrimiento de América lo que, en materia de absurdo, sería lo mismo que afirmar que, en 1609, Henry Hudson descubrió

a Nueva York– se ha hecho torneo de malos entendidos y deformaciones hasta el punto de pensar que no se sabe cómo llamar el gran acontecimiento. Ni descubrimiento, que fue episódico, ni encuentro, que resulta no sólo incompleto, sino mezquino y deformante, porque a partir de allí se intensifica un gran impulso de expansión y mezcla cultural que venía de la Edad Media española y se inicia, a ambos lados del océano, el vasto proceso de la Creación del Nuevo Mundo. Aquí volvemos a toparnos con el problema de la semántica. Constituye, desde luego, una comunidad, la más extensa y compacta que integran naciones independientes en el mundo junto a los anglo-parlantes hasta cierto punto. En el llamado *Commonwealth* británico entran culturas africanas y asiáticas, con otras lenguas, otras religiones y otros pasados históricos.

Forman más que regiones, reinos de la cultura, comunidades del espíritu, más permanentes y duraderas que las que transitoriamente ha hecho y deshecho la historia política. No es fácil darles nombre porque no coinciden con la geografía política, la exceden o la fragmentan. Los imperios coloniales europeos del siglo XIX extendieron el uso de lenguas pero no de culturas en Asia y Africa. No se trata sólo del uso de una lengua, sino del ser, de la mentalidad, de los valores propios y de la manera de entender la vida y la sociedad.

España, fundamentalmente Castilla, de una parte, y la América hispana de la otra, constituyen uno de los casos más completos e identificables de esos reinos.

Todo nombre deforma. Para decirlo en términos "saussureanos", todo "significante" contiene más de un "significado". En eso consiste, precisamente, la deficiencia comunicativa fundamental y la plena virtud creadora del lenguaje.

Sin duda existe una comunidad de cultura entre España y la América española pero no se ha avanzado mucho en su definición. Los antecedentes históricos complican el problema. Durante la vigencia del imperio español, los nacidos en los reinos y provincias de América eran súbditos del rey de Castilla. Las Indias estuvieron, desde el primer momento, incorporadas patrimonialmente a la Corona de Castilla y no a ninguna otra de las que poseía el rey común.

Con el advenimiento de la independencia política surge una nueva situación. Los nacidos en América habían dejado de ser súbditos del rey de Castilla o, posteriormente, del rey de España, con todas las consecuencias jurídicas y prácticas que el hecho implicaba, pero el problema de nombrarlos en conjunto persistió. El nombre de "criollos" siempre tuvo una resonancia despectiva que nunca ha llegado a perder.

Hace pocos años, el Instituto de Cooperación Iberoamericana decidió, como parte de la conmemoración del Quinto Centenario del 12 de octubre de 1492, preparar una obra de conjunto, de carácter divulgativo, destinada a presentar lo esencial del gran hecho histórico en todos los aspectos importantes, considerada en conjunto como una gran realiza-

ción colectiva y unitaria a la vez, que se define, mantiene y conforma en una presencia solidaria. Tuve la fortuna de formar parte, junto con Enrique M. Barba, José Manuel Pérez Prendes, Joaquim Veríssimo Serrão y Silvio Zavala, del grupo de personalidades que elaboraron el plan y contribuyeron a la realización de la obra. La vista de conjunto comienza con la situación de la Península Ibérica y del desconocido continente americano en el siglo XV, para continuar, vista en su consistencia unitaria, al través de las grandes etapas históricas hasta hoy. Numerosos especialistas de distintos países y disciplinas redactaron en la forma más asequible pero, al mismo tiempo, más verídica y autorizada los textos divididos en más de ochenta temas específicos.

Aporta esa obra la suficiente y necesaria confirmación de la existencia cierta de ese gran hecho histórico-cultural, formado en cinco siglos de la actividad creadora de gentes de varias vertientes y unidas por un propósito común de unidad. Se hizo una sola historia y una sola situación humana, que le dio fisonomía y sentido de identidad a varios centenares de millones de seres humanos que la representan y prosiguen hoy.

He sentido y vivido, en las más variadas formas, la realidad de ser parte viviente de una comunidad cultural. Más que en los libros y en los estudios eruditos muy valiosos, que por lo menos desde los pensadores del 98 de una y otra parte del Atlántico hallaron esa noción dominante en el fondo de su sentimiento de ser, lo he experimentado en el simple y rico hecho cotidiano del contacto entre gentes.

Mi primera novela, *Las lanzas coloradas*, la escribí en el estimulante clima intelectual de París de los años 30. Quiso el destino que me topara allí con dos jóvenes escritores hispanoamericanos de gran talento y sensibilidad que, al igual que yo, andaban buscando su camino ante el rico y confuso panorama literario de aquella hora tan peculiar. Uno era Miguel Angel Asturias, guatemalteco, física y mentalmente marcado de presencias mayas. Nunca habló quiché y al *Popol-Vuh*, que más tarde tradujo al español, lo conoció y lo hizo suyo en una erudita versión francesa más antropológica que literaria. Venía de la fantasmagórica realidad política y social de los gobiernos de Estrada Cabrera y de Ubico. Sentía profundamente la condición mágica y poética de aquella situación que iba a reflejar en sus dos primeros libros: *Leyendas de Guatemala* y *El señor Presidente*.

El otro fue Alejo Carpentier, cubano de primera generación, hijo de francés y rusa, profundamente penetrado de cultura cubana, fascinado por la mentalidad negra, por los ritos de los "ñánigos", por el "vudú", por la música popular, por el habla habanera, que vivía plenamente el drama y la gracia de la Cuba de su tiempo y que se extasiaba, con un don extraordinario de la anécdota, describiendo personajes y sucesos de las pintorescas trapisondas políticas.

Yo venía de otra situación, de una Venezuela retrasada en el tiempo y todavía bajo la dictadura de Gómez, donde el fondo cultural nunca se caracterizó por la presencia del indio ni por la del negro, sino por una fluida apertura a todas las mezclas raciales y culturales, bajo el contraste incitante entre la épica de la Independencia y el drama político de los caudillos rurales.

Con todo ello, lo primero que apareció entre nosotros fue la común condición ante el presente y el constante hallazgo de la semejanza de condición. Matices y tonos variaban, el paisaje podía ser distinto, pero era inescapable la unidad del clima moral, intelectual y cultural. Nos contábamos las cosas propias como chismes de familia. Ibamos hacia la obra literaria en una misma actitud y, además, con igual propósito: expresar aquella realidad tan compleja y tan rica que hasta entonces nos parecía que no había sido adecuadamente reflejada.

Fuera de las diferencias de las situaciones nacionales, nos sentíamos parte de una misma condición y de una peculiaridad profunda que nos distinguía por igual de gentes de otras culturas. Terminábamos por asimilar la continua revelación de la rica variedad de las situaciones comunes. Hablábamos de la misma cosa y en el fondo real éramos la misma gente.

Años más tarde pasé por otra experiencia igualmente reveladora y rica. Terminada la Segunda Guerra Mundial, circunstancias imprevistas de la vida política de mi país y las casi normales arbitrariedades de un gobierno "de facto" me llevaron a Nueva York. Tuve la buena fortuna de ser invitado a incorporarme al profesorado del Departamento de Español de la Universidad de Columbia. Aunque en el momento mismo, por razones obvias, no me pareciera así, hoy lo veo como uno de los mejores tiempos y ocasiones de mi vida. Entré en un inesperado islote de comunión hispánica dentro de la gran ciudad extraña. Tuve así la oportunidad de convivir por varios años con genuinos representativos de la comunidad hispanoamericana. Estaban allí grandes maestros españoles, como Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Angel del Río, Fernando de los Ríos, Francisco García Lorca y su admirable mujer, Laura de los Ríos, y pasaba ocasionalmente, gente como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas o Américo Castro. También, en la misma estrecha convivencia estaban allí o venían de paso muchos hispanoamericanos, como el colombiano Germán Arciniegas, el cubano Eugenio Florit o el mexicano Andrés Iduarte, sin que faltaran por temporadas o como visitantes, Haya de la Torre, Gabriela Mistral, Raúl Roa y el profesor sefardita J. M. Bernardete.

No nos sentíamos distintos los unos de los otros, el medio anglosajón que nos rodeaba acentuaba más lo que teníamos en común. Lo mismo se hablaba de Don Quijote que de Martín Fierro, las escuelas y las tendencias y las grandes figuras literarias terminaban por ser comunes y por representar partes de procesos que iban más allá de lo nacional. Más aprendí entonces sobre nuestra lengua y su naturaleza oyendo a Navarro Tomás disertar sobre el español de Puerto Rico, que en todas las gramáticas de mis años escolares.

Cerca de los edificios de la Universidad se extendía el muy empobrecido barrio negro de Harlem y, dentro de él, el "Spanish Harlem" o, por otros nombres, los "latinos", los "hispanos", los emigrantes de Puerto Rico, de Santo Domingo, de Colombia, de México y Centroamérica. No hubiera podido darse vecindad más incongruente y reveladora: la de los profesores universitarios y la de los desplazados pobres de lengua española. Sin embargo, el contacto no era raro ni, mucho menos, difícil. Se iba con frecuencia a las tiendas de aquel barrio a comprar comestibles criollos o españoles y se hablaba con los tenderos y sus clientes. Era como una momentánea inmersión en un ambiente cultural propio y vivo. Se notaba más lo que teníamos en común que lo que podíamos representar socialmente, era imposible no darse cuenta de la realidad y riqueza de una comunidad cultural en la que podían caber sin desajuste Federico de Onís, Germán Arciniegas y el "marketero" puertorriqueño.

Ha sido largo y no se cierra todavía el debate entre los historiadores españoles, sin excluir los que "unamunescamente" habría que llamar "sentidores de España", sobre el significado y el verdadero sentido del tiempo siete veces secular que se ha llamado la Reconquista, que abarca y da sentido en muchas formas a toda la confusa realidad enigmática de lo que pasó en la Península Ibérica desde la invasión musulmana hasta la final incorporación del último reino moro, el de Granada, en el propio 1492, año tan sobrecargado de acontecimientos generadores de historia.

La invadida población cristiana inició en muchas formas, a veces aisladas, un proceso espontáneo de resistencia no sólo a la gente invasora sino, sobre todo, a su cultura y a su religión. Las necesidades mismas de la lucha imponían la conveniencia de unir, en todas las formas posibles, los pequeños dominios cristianos que se habían formado en torno al dialecto propio y la tradición local. La principal fuerza unificadora fue la común herencia romano-visigoda y la religión cristiana, las Españas locales que invocaban a Santiago contra Mahoma el intruso, desde sus barreras de fe y de particularismo.

Sin pretender entrar en el erudito debate del carácter de la España medieval, hay que reconocer algunos aspectos sobre los cuales no debe ser difícil el consenso.

Desde el gran centro irradiante que vino a ser el reino astur-leonés se fue formando una tendencia integradora, expansiva y unitaria, en la que aparecen aspectos comunes a toda la España cristiana pero, también, muchos otros distintos y hasta opuestos, como los que representaron los romances diferentes, las tradiciones de fueros e instituciones y muchas formas de particularismo. A ese proceso no hay más remedio que llamarlo la castellanización de las Españas

El 2 de enero de 1492 entraron los Reyes Católicos, la castellana y el aragonés, unitariamente en Granada en la culminación aparente de una gran empresa de unidad.

En el largo esfuerzo conquistador que distingue a Castilla, se precisan y forjan algunos rasgos que van a imponerse en el dominio que se expande en tierra de Al-Andalus pero que, desde luego, no podían darse en igual forma en los otros reinos cristianos que llegaron a adquirir por herencia y con obligado respeto de cada personalidad histórica.

La lengua castellana, la fe, el romancero, las crónicas, la forma peculiar de la vividura y del poder, el individualismo y lo que en esencia expresan *Las siete partidas*.

Es eso también lo que continúa ocurriendo en América, como efecto del mismo impulso expansivo y, precisamente, desde el mismo año de 1492. El programa de castellanización se continúa en las Indias en otras circunstancias pero con un resultado pleno. Tampoco falta la excepción portuguesa que se traslada a América y forma el Brasil.

En poco más de medio siglo la Corona de Castilla logra en sus dominios de Indias lo que no había alcanzado, en los largos siglos de la Reconquista, en la península. Desde California hasta el estrecho de Magallanes se formó un solo ámbito político y cultural, no hubo fueros ni particularidades históricas que respetar, se intentó y en buena parte se logró la castellanización del espacio geográfico y humano. En el propósito unificador la Reconquista logra en América sus fines de manera más completa y cabal que la que había alcanzado dentro de la península. El programa unitario de Castilla logra en América lo que en España no había sido posible.

Hay que señalar algunas diferencias de mucha consecuencia histórica. Los indígenas nunca fueron considerados como "infieles", enemigos de la verdadera religión, sino a lo sumo como idólatras salvajes, acaso influidos por el demonio. No hubo, por lo tanto, la difícil circunstancia de la convivencia amenazada con infieles, herejes y falsos conversos. No hubo presencia judía declarada, no hubo musulmanes desafiantes o sospechosamente convertidos, ni mudéjares, ni judaizantes, ni conversos, ni moriscos. Tampoco hubo Inquisición en la forma que revistió en España en los siglos XV y XVI. En la nueva tierra la castellanización pudo avanzar y cumplirse sin esos problemas. En una generación los indígenas y los negros se hicieron hijos de Cristo en la Iglesia romana. Esta sola circunstancia tiene que haber producido inmensas diferencias en el ámbito social de las Indias con respecto al de la península.

Sin duda es un largo tiempo en el que resulta arbitrario tratar de escoger un momento privilegiado o fundamental si perdemos de vista la decisiva parte de la metrópoli en el desarrollo conjunto. Felipe II fue rey de cada uno de los reinos de Indias, los virreinatos y gobernaciones tuvieron un puente de mando en el Consejo de Indias y Olivares los metió de hecho en el juego de la política europea.

Para alcanzar una aproximada percepción de la magnitud y las características de eso que sólo puede llamarse la creación del Nuevo Mundo en una marcha de cinco siglos, habría que recurrir a un procedimiento semejante al que, con tan sorprendentes efectos, emplean los cineastas al proyectar en *reverse* las escenas de un film. Partir de lo que pasa ahora para remontar en continuo retroceso en el tiempo a los invertidos pasados.

La sucesión regresiva nos haría más fácil comprender la continuidad de los tiempos y los modos hasta percibir la manera como el presente ha tomado forma y darnos cuenta de las raíces del actual "nosotros". Evitaríamos el disparate anti-histórico de oír en boca de hispanoamericanos expresiones tan sin sentido como: "nos descubrieron", "nos conquistaron", "se llevaron nuestras riquezas", o "esclavizaron a nuestra gente" sin percibir la realidad de que los hispanoamericanos de hoy somos, al mismo tiempo, los descendientes directos, por lo menos culturalmente, de los descubridores y los descubiertos, los conquistadores y los conquistados, los esclavizadores y los esclavizados, por virtud del proceso vital del mestizaje que caracteriza la realidad cultural de esta porción de la comunidad. La Conquista es tan nuestra como la Independencia.

No se puede entender lo que ocurrió en el continente americano a partir de 1492 sin arrancar de la situación histórica de la Península Ibérica en el siglo XV.

Así como no existía, ni conceptual ni históricamente, América en 1492, tampoco había una entidad político-cultural que se correspondiera a lo que hoy llamamos España. La relativa unidad que logró alcanzar la península como provincia del Imperio Romano y que intentaron mantener de hecho los visigodos desapareció por efecto de la invasión musulmana. Esas largas centurias guerreras y aisladas favorecieron la fragmentación y el particularismo. Surgieron pequeños dominios que en continua pugna y rivalidad no tuvieron otra empresa común que la lucha y la convivencia con el poder islámico infiel pero, al mismo tiempo, parte viviente de la realidad histórica de decenas de generaciones. Se formaron varias hablas vulgares frente al ya documental y eclesiástico latín de los cristianos y del árabe literario de las cortes musulmanas. El largo proceso de lucha redujo el número de comunidades, más o menos autónomas, hasta que al final del siglo XV se llega a la realidad de varios reinos y señoríos que llegaron a tener como rey al de Castilla.

No había un reino de España, sino un compuesto heterogéneo de situaciones locales que llegaron a converger en un solo punto, en la figura común de un solo monarca, con la tenaz excepción de Portugal. El escudo de Carlos V es como la imagen de esa realidad tan compleja.

Sin embargo, se afirma el predominio integracionista de uno de aquellos reinos sobre los otros, que se realiza en la expansión territorial y cultural de Castilla la Vieja a la Nueva y luego a Andalucía, bajo el tema y razón fundamentales de la lucha contra los infieles, en un espíritu de cruzada que movilizaba todas las fuerzas sociales y las conformaba a ese

supremo fin. En la dinámica de ese desarrollo peculiar hay que colocar la "Empresa de Indias".

El Descubrimiento y la Conquista son la continuación de la expansión de Castilla en tierra americana con mucha más plenitud y eficacia que en tierra española. No era sólo una formalidad de cancillería que las Indias, "las islas y Tierra Firme", quedaran desde el primer momento incorporadas de modo exclusivo a "la Corona real de Castilla" y a ninguna otra de las que ostentaba el rey común de todas las Españas.

Es en aquellas tierras vastas y desconocidas, entre aquellos pueblos extraños con los que nada parecían tener en común, que Castilla logra realizar más plenamente su vieja vocación expansiva y unificadora. Va a someter gentes de muchas lenguas para imponer una sola, el castellano, a topar con infinitas formas de idolatrías y cultos para reducirlas a una sola, el intransigente y totalizador catolicismo de la cruzada castellana, a encontrar muchas formas de organización política pero va a imponer una sola formulación jurídica, política y social, que se expresará en el monumento de las Leyes de Indias. Es en tierra americana donde Castilla logra de manera más completa satisfacer su ancestral vocación de unificación.

Los conquistadores vinieron a las Indias a quedarse. Empezaban una nueva existencia que era a la vez prolongación de la anterior y distinta. Venían a "poblar", a fundar ciudades y a establecer solar permanente. Los cronistas reflejan claramente esta actitud mental. Empezaron a ser otros. Esto explica, en buena parte, los continuos conflictos de los "adelantados" con las autoridades que la Corona enviaba posteriormente. No hay que olvidar que la colonización del nuevo continente fue, fundamentalmente, una empresa privada, en la que los aventureros ponían todo, desde los recursos económicos y los barcos hasta los hombres. Tampoco venían a llevarse un botín sino a establecerse para siempre. La reveladora carta que Cortés le escribe a Carlos V, poco antes de morir, cansado de no recibir respuesta a sus reclamos lo confirma elocuentemente:

"Ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y a las veces ni bien ni mal, traer las armas a cuestas, poner la persona en peligro, gastar mi hacienda y edad", habla de "los grandes reinos y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes, ganadas por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado en cosa alguna, antes muy estorbado por muchos émulos y envidiosos, que como sanguijuelas han reventado de hartos de mi sangre...". Es la misma motivación que movió a los Pizarro a levantarse contra los enviados de la Corona y la que mueve a Lope de Aguirre a escribir a Felipe II para "desnaturalizarse" de los reinos de España. Empezaba con ellos una nueva vida para ellos mismos y para todo el entorno. Empezaban de hecho un nuevo tiempo y una nueva situación histórica.

"El español se hizo un hombre nuevo al llegar a América", observó Ortega y Gasset. Se hicieron de la tierra y la tierra se hizo de ellos. No fueron comandantes transitorios de tropas invasoras sino buscadores de

fortuna, de nuevo arraigo y nueva vida. Llegaron a sentir la tierra tan suya como podían sentirla los indígenas y como nunca pudieron sentirla los funcionarios transeúntes que la Corona envió para reemplazarlos en el Gobierno y contra los cuales se rebelaron.

También los africanos vinieron para quedarse y hacer suya la nueva tierra. Es por eso que comienza allí una nueva y original situación para todos que a todos los iba a cambiar y hacer distintos. Empezaban un Nuevo Mundo.

Extraviados en los nacionalismos y en los internacionalismos, condicionados por las ideologías dominantes, la noción misma de esa gran comunidad se ha atenuado, a veces, con gran detrimento de todas sus partes.

Pero así como hubo tiempos en que pareció atenuado, ha habido otros, insignes, en que ha parecido cobrar la plenitud de su conciencia. Bastaría recordar de paso algunas de esas situaciones.

La Guerra de la Independencia americana fue, precisamente, un momento culminante de su realidad pugnaz. Esa lucha es un capítulo revelador de la vieja querella de las dos Españas. No era contra España, era contra una cierta España. Liberales españoles y libertadores americanos se sentían más cerca entre sí que con los absolutistas y "serviles". Bolívar es un héroe de la comunidad, con una visión global que no excluía a España. Unamuno lo llamó: "Don Quijote-Bolívar".

La ocasión del modernismo literario, a fines del siglo pasado, le da expresión y sentido profundo a esa comunidad con sus fecundas y contrastadas diferencias. Rubén Darío es un poeta del reino, como lo fueron, acaso sin saberlo, los españoles del 98.

Hubo momentos en que la oleada vital del sentimiento desbordó el desdén rutinario. Así fue cuando España perdió la guerra contra los Estados Unidos en el mismo 98 y así fue en la emoción colectiva y en la voz de los mayores poetas en la hora trágica que en común compartieron los que sintieron como propio el dolor de la Guerra Civil.

En el libro esencial de la comunidad, el Bachiller Sansón Carrasco le dice a Sancho, en presencia del Caballero, estas palabras de tanta virtud profética: "Confiad en Dios y en el señor Don Quijote porque os ha de dar un reino...".

Del Cerro de Plata a los caminos extraviados. Ed cit., pp. 113-129.

LOS CAMINOS EXTRAVIADOS

El que finalmente llegó a desembocar en la incierta América fue un camino extraviado que se proponía llegar al continente asiático, con todo lo que de fabulosa riqueza, lujo, abundancia y esplendor significaba ese mundo para los descendientes de los Cruzados y los lectores de Marco Polo.

La toma de conciencia de lo que se había hallado fue lenta, tortuosa, contradictoria y nunca llegó a completarse de un modo satisfactorio para todos. Fue largo el tiempo de las islas, y posteriormente fue lento y fragmentario el reconocimiento de lo que hallaron originalmente en la Tierra Firme. Todo esto supuso cambiantes visiones y nociones de lo que era el Nuevo Mundo no sólo a los ojos de los europeos, sino de los mismos colonos transplantados y de los indígenas y africanos.

Podría concebirse la historia del Nuevo Mundo como una serie de visiones contradictorias que iban desde la queja por las miserias y estrecheces con que toparon la mayor parte de los que hicieron el viaje, hasta la exagerada y contrastante noción de inmensas riquezas nunca vistas que arranca de la Conquista de México. La visión deformante comienza con la Carta de Colón de 1493 para los Reyes Católicos. En ella se traduce la situación patética de quien prometió topar con las ciudades de oro de Marco Polo y el escueto recuento de la vida salvaje y de las rancherías de los indios antillanos. Sabía Colón que no había encontrado la fabulosa Catay pero se aferraba, con desesperada voluntad de sobrevivencia, en mantener abierta la esperanza de que se estaba en el buen camino y de que más pronto que tarde se llegaría a ella.

De un modo muy significativo, este episodio va a marcar el destino de lo que más tarde va a llegar a ser o a parecer la América Latina. Costó tiempo y mucha dura experiencia llegar a darse cuenta, con todas sus consecuencias, de que aquel no era el camino para llegar a Asia sino una ruta muy distinta, cuyo destino final nunca llegó a ser revelado ni conocido de manera satisfactoria.

En muchas formas fundamentales, los cinco siglos que acaban de cumplirse del inicio de la creación del Nuevo Mundo vienen a resultar como la crónica de la búsqueda de un bien incierto al través de caminos extraviados.

Costó mucho esfuerzo, y en realidad no terminó nunca, el reconocimiento de lo que se había hallado y de lo que significaba, que va desde los deslumbrados relatos de los cronistas hasta la visión de Humboldt, y desde ella hasta todas las propuestas de identidad y de rumbo que han caracterizado el tiempo corrido desde la Independencia.

Por más de un cuarto de siglo las tierras descubiertas estuvieron muy lejos de corresponder a las grandes esperanzas de riqueza que se había puesto en ellas desde el primer momento. El largo trecho, casi la vida de una generación, que va desde la llegada de Colón hasta el inicio de la Conquista de México se caracteriza por las dificultades, por la escasez de las minas de oro halladas y por la general pobreza que reinaba entre aquellos seres transplantados que habían venido movidos por una ambición irracional. Los largos años que van de la dominación de La Española a la conquista de Cuba y al desembarco en la costa mexicana corresponden muy poco a la noción de riqueza abundante que surgió con el Descubrimiento. Se habían recorrido las costas Este y Norte del continente Sur sin penetrar en ellas, se había llegado hasta Panamá y se había vislumbrado el Pacífico, pero la impresión dominante era de escasez y de pocas esperanzas. Bernal Díaz del Castillo nos cuenta, con todo candor, lo que fue aquella impresión en su espíritu de soldado que había ido hasta el istmo con Balboa. Regresaban desesperanzados "porque no había qué conquistar, que todo estaba en paz, que el Vasco Núñez de Balboa lo había conquistado y la tierra de suyo es muy corta". No hay que olvidar que la empresa de la Conquista se realizó prácticamente por iniciativa privada, sin que la Corona contribuyera con otra cosa que con las autorizaciones necesarias, por lo que no existió nunca un plan superior de exploración y conquista y todo estaba sometido al azar de las tentativas afortunadas o desgraciadas que aquellos aventureros hacían a sus propias expensas.

Buen ejemplo de esa situación y de ese estado de ánimo es el propio Hernán Cortés. Ya en la madurez de la treintena, con largos años de trabajos y servicios en La Española y con una participación activa e importante en la conquista de Cuba, es tan sólo uno más de aquellos seres que, gracias a su esfuerzo e inteligencia, lograron obtener mercedes de tierras y servidumbres de indios para alcanzar una mediana riqueza, en la que su vida parecía destinada a consumarse en la anonimia.

Con la Conquista de México se abre un nuevo tiempo de la empresa de Indias y se reenciende con más fuerza que nunca el gran mito de la riqueza por hallar. Los tesoros que Cortés encuentra y los que le manda a Carlos V sobrepasan todas las imaginaciones del tiempo y levantan una actitud colectiva de voluntad incontenible de enriquecerse. Desde la Conquista de México, a partir de 1519, hasta la desesperada aventura de

Walter Raleigh en 1617 en busca de El Dorado por el Orinoco, se desarrolla la deslumbrante aventura de la búsqueda de los imperios fabulosos de la riqueza sin límites. Muy poco después de la Conquista de México se abre la del Perú, cuya imagen más poderosa es la de aquel aposento lleno de oro hasta donde alcanzaba la mano extendida de un soldado de pie, que Atahualpa entregó a Pizarro.

Muy poco después de iniciada la Conquista del Perú surge la imagen fascinante de lo que pudiéramos llamar el Tercer Imperio Americano, que lo va a constituir el gran mito de El Dorado. Se le va a buscar por todo un siglo, desde las mesetas andinas, cerca de Bogotá, hasta la maraña impenetrable de la selva amazónica, con las expediciones de los Welser desde Venezuela o de Orellana por el Amazonas, hasta la conmovedora y fascinante imagen que Walter Raleigh le presenta a la reina Isabel de Inglaterra, prometiéndole el hallazgo y la conquista del más rico imperio de la Tierra, cuyo soberano podría llegar a ser más poderoso que el Gran Turco.

Por millares de kilómetros de valles, sabanas, bosques, selvas y ríos se extendió el camino de El Dorado. Desde el Norte de Quito hasta la sabana de Bogotá, y luego desde Lima dos veces por el Amazonas y muchas más por la costa de Venezuela y el curso del Orinoco, se desarrolló la divagante ruta, que nunca llegó a su fin pero que logró dejar el reconocimiento superficial de inmensos territorios desconocidos con los que los conquistadores no sabían qué hacer. Si se observa sobre el mapa el trazado de los caminos que se fueron haciendo al andar en busca de El Dorado, se advierte que pasan por las promisorias zonas de desarrollo agrícola y pecuario, e incluso al través de ríos ricos en aluviones de oro y diamantes que aquellos hombres obcecados con la visión de la ciudad de oro parecían no ver. Por más de un siglo la búsqueda del reino fabuloso y no el propósito normal de un proyecto de colonización movió aquellas expediciones que siempre terminaron en desastre, pero dejando tenazmente en los aventureros sobrevivientes la idea de que habían llegado muy cerca de la fabulosa meta. Tiene mucho de ejemplar esta actitud de desdeñar la realidad y llegar acaso a no verla en busca de un proyecto inalcanzable lleno de promesas irracionales. Los caminos que se anduvo en busca de El Dorado estaban todos extraviados y condenados a no alcanzar nunca su fin, pero correspondían a una cierta mentalidad mágica y antirrealista que fue el duradero y atractivo fantasma de la inmensa riqueza totalmente azarienta y totalmente gratificante.

Junto a esos caminos que, en un azar de aventura sin término, buscaban la ciudad del oro, hay otro itinerario, acaso más importante por su permanencia y sus consecuencias, que se proponía desembocar en la ciudad de la justicia.

En el origen del pensamiento revolucionario de estos últimos siglos, reafirmando y renovando los viejos sueños milenaristas, está la poderosa idea de la utopía.

Cuando Tomás Moro, en 1516, escribe su fascinante libelo, recoge de manera transparente y confiesa la visión de la vida paradisíaca de los indígenas de las Antillas, que habían descrito, para asombro de los humanistas europeos, Colón y Vespucci. Pese al equívoco del nombre con el que parece excusarse Moro, la raíz de la *Utopía* es América, y en muchas formas su búsqueda está presente en el proceso histórico de los países americanos. El testimonio inaudito y fehaciente de aquellos primeros documentos creó en los hombres de pensamiento de Europa lo que algunos han llamado "una crisis de conciencia". Si la Edad de Oro no estaba confinada al legendario pasado de la civilización greco-latina o al milenarismo prometido en los escritos proféticos de los visionarios sino que existía en realidad en la nueva tierra, con todas sus características esenciales: la paz, la abundancia, la comunidad de bienes, la ausencia de la pobreza y de la guerra y el predominio espontáneo de un equilibrio pacífico y estable, ello no podría significar otra cosa sino que la sociedad europea había incurrido históricamente en graves desvíos y caídas, que habían terminado por crear aquella abominable realidad de injusticia, de desigualdad, de miseria y de guerra.

Podría hablarse de un viaje de ida y vuelta del ideal utópico de América a Europa y luego de Europa a América. La que publica Moro es la supuesta visión de una realidad americana para asombro y reflexión de los europeos, pero la que después de su libro regresa a América es la propuesta revolucionaria de una sociedad justa y pacífica. No se le ha dado la debida importancia en los estudios americanistas al poderoso fermento del ideal utópico, que va a marcar su presencia a lo largo de los siglos en toda la historia de los nuevos países.

Fueron muchos los ensayos que se hicieron en el nuevo continente para realizar el ideal utópico. Desde el primer momento, las poblaciones indígenas que, fuera de las Encomiendas, fueron confiadas a los misioneros, comenzaron a vivir en formas de comunidad y de igualdad que estaban en abierta contradicción con las formas en que se hicieron los primeros establecimientos coloniales. El solo hecho de la presencia por largos siglos de vastos segmentos de la población indígena americana en sistemas políticos y sociales que negaban y suprimían muchas de las instituciones sociales de los europeos, constituye un elemento muy importante en la formación futura de la mentalidad colectiva.

Pero no se detiene aquí la audacia de la tentativa de la creación de un hecho político y social nuevo, sino que reviste abiertamente las dimensiones de un proyecto revolucionario, como se dio el caso, particularmente, en el ensayo fugaz de Vasco de Quiroga, en Michoacán, con los hospitales-pueblos y como, con permanencia secular, lo realizaron los jesuitas en las tierras del Paraguay hasta mediado el siglo XVIII. Vasco de Quiroga, como el obispo Zumárraga, de quien dependía, invoca explíci-

tamente la enseñanza de Tomás Moro y se lanza a proponerle a Carlos V el descomunal plan de aislar el nuevo continente de las influencias maléficas del antiguo y de crear en él una nueva sociedad que pudiera realizar los ideales utópicos. La larga experiencia jesuita en el Paraguay constituye uno de los capítulos más significativos y fascinantes del proceso de la colonización, y en ella se revela transparentemente el deseo de realizar los ideales políticos y sociales de los grandes pensadores europeos. Cuando el padre Charlevoix publica, en el siglo XVIII, su muy informativa historia del Paraguay, de manera muy reveladora promete en el título mismo del libro "un completo y auténtico recuento de los establecimientos formados allí por los jesuitas entre los salvajes nativos, en el centro mismo de la barbarie, con establecimientos dedicados a realizar las ideas sublimes de Fénelon, Sir Tomás Moro y Platón".

A partir del siglo XVII la idea de la novedad del mundo americano parece agotarse. La sucesión de infructuosas aventuras ha demostrado que no hay Tercer Imperio por encontrar y que El Dorado es un mito inalcanzable. Lo que empieza entonces es el asentamiento y formación de una nueva sociedad y de una nueva circunstancia cultural e histórica por la acción convergente de los tres grandes actores culturales: españoles, indios y africanos. El propósito obvio de extender lo español al nuevo continente, que se refleja evidentemente en nombres como la Nueva España, el Nuevo Toledo, la Nueva Andalucía, tropieza con el poder formador y deformador de la nueva realidad social y cultural. Van a surgir grandes ciudades, universidades, imprentas, conventos, pero van a tener un tono, un color y un ambiente distintos al de las grandes urbes españolas. El esplendoroso México o la hermosa Lima de la época colonial son fundamentalmente distintos en su fisonomía, en su contenido humano, en su ambiente, de las ciudades de la Península. Se hace mucho más visible la diferencia si de estas ciudades relativamente nuevas e innovadoras pasamos al escenario de un gran drama cultural, como el que sacudió y cambió, sin poder borrar ni su fisonomía ni sus raíces, a una ciudad como el Cuzco, recinto tan admirable, original y creador como pudo serlo el espíritu del Inca Garcilaso de la Vega, su hijo. Es uno de los que más temprano y con mayor grandeza revela el inmenso poder creador del mestizaje cultural que va a ser para todo el futuro la marca de la identidad hispanoamericana. Se está en aquellos recintos como entre tiempos distintos, entre contradicciones mal avenidas, entre maneras diferentes de ser hombre, que el lenguaje común, la fe común y las instituciones dominantes no lograron borrar nunca. Habría que detenerse, aunque fuera un instante, en aquella fabulosa y fabulada Villa Imperial de Potosí, levantada contra el clima y la naturaleza en lo más inhóspito de los Andes peruanos, en torno de la atracción de su cerro de plata, que produjo, por generaciones, descomunales cantidades del pre-

cioso metal que constituyeron la base principal del poder económico de los Reyes de España, que creció fantasiosa e irreal en aquel difícil paraje hasta llegar a ser una de las ciudades más pobladas del mundo y donde era posible hacerse inmensamente rico por un juego favorable de azares y vivir en el continuo entrejuego del mundo de lo visible y de lo invisible, más poblada de fantasmas y de presencias sobrenaturales que de gentes de todos los rincones del planeta.

Con admirable inteligencia, las Leyes de Indias crearon un complicado marco legal para aquella sociedad tan distinta de la española, dentro del cual fue creciendo lentamente la nueva sociedad sumergida en su inmenso proceso de mestizaje cultural.

Con el siglo XVIII y la nueva dinastía española, un espíritu de renovación, que va desde las leyes hasta las modas, penetra el extenso Imperio y abre nuevas perspectivas. Hubiera podido ser la época para que, ante las características de aquel mundo y las novedades políticas del siglo, los gobernantes españoles hubieran hallado alguna manera de crear una nueva situación política más justa y estable para las Indias. Es el siglo de la Ilustración, de los Enciclopedistas, de la exaltación de la libertad y de la creación del concepto tan radicalmente revolucionario de los derechos del hombre. Para aquellas ideas había entronques en el pasado americano que tuvieron su eco en algunos estadistas esclarecidos de España pero que no llegaron a provocar ninguna modificación política apreciable.

La Independencia de los Estados Unidos de América y la Revolución Francesa invitan a los criollos a ensayar nuevos caminos y a pensar en un futuro político de modernidad. Se comienza a pensar entonces en cierta manera que aquel sueño de felicidad y abundancia que estuvo en el fondo de las fabulosas hazañas de la Conquista podía ahora alcanzarse y hacerse efectivo por otros medios que lograran transformar el Estado y la estructura de la sociedad. Los hombres que conciben la Independencia y que comienzan a luchar por ella en muchas formas no se limitan a la mera ruptura de la vinculación con el imperio español, sino que ven aquello como la ocasión privilegiada para instaurar nuevas instituciones que le den a todos los habitantes la oportunidad real no sólo de la independencia política, sino de la libertad, la igualdad y la felicidad.

Con el proyecto político va también un proyecto intelectual. En 1823 desde Londres, Andrés Bello, en su *Alocución a la poesía*, invita a los intelectuales a volverse hacia el continente americano y a abrir el camino hacia una literatura original y propia. El proyecto político y el proyecto literario van juntos y van a determinar las peculiaridades y alternativas del siglo XIX.

La búsqueda ya no se va a dirigir hacia la resplandeciente ciudad del oro, sino hacia aquella otra nunca vista ciudad de la libertad y la justicia que va a ser posible crear por medio de las nuevas Instituciones republicanas y democráticas. Los movimientos de independencia no buscan restaurar ninguna forma mítica del pasado, como fue el caso en gran parte de Asia y de Africa, sino instaurar plenamente, sin ningún antecedente válido que no fuera la convicción ideológica, regímenes de inaudita novedad, que realizaran los sueños y proyectos de los pensadores más avanzados de Europa. En una ola de ciego entusiasmo se van a adoptar las formas más avanzadas del régimen democrático, para convertir en realidad nueva las concepciones políticas del autor de *El contrato social*.

La insensata empresa tenía que desembocar en la anarquía y la disolución social por la súbita supresión de las instituciones seculares y su reemplazo por principios abstractos de filosofía política totalmente ajenos a la realidad local. Era lo que Bolívar llamó, con doloroso sarcasmo, "las repúblicas aéreas", condenadas al fracaso, y que hicieron tan larga y costosa la lucha por la Independencia, que fue, también, la lucha por la República, a todo lo largo del siglo XIX.

La anarquía no trajo la República sino una forma espontánea y primitiva de orden social que fue la que vino a encarnar la figura del caudillo. Cuando un hombre como Simón Rodríguez regresa a su América y a la vieja y reverencial amistad de Bolívar, se percata de inmediato de esa antinomia y desde entonces va a dedicar, con tenaz vocación heroica, todos sus esfuerzos al objetivo primordial de poner a los países "en noviciado", en la gigantesca empresa de sustituir, por medio de la educación, la mentalidad y los viejos valores que habían hecho imposible la República.

El siglo XIX latinoamericano no puede verse sino como la pugna nunca resuelta entre los ideales políticos y la realidad histórica, y en ella se fue desde el extremo representado por Rodríguez de crear una nueva mentalidad en la escuela hasta las propuestas posteriores de Alberdi y de Sarmiento de cambiar la base de la población tradicional por una inmigración europea que hiciera posible el mantenimiento de las nuevas instituciones. Lo que Sarmiento llamaba la "barbarie" no era otra cosa que la cultura media social y política extendida en la masa argentina como herencia del pasado, y lo que llama "civilización" son los modelos más avanzados de libertad política y de democracia que existían en el mundo de su tiempo.

Podría decirse que la tenaz y heroica empresa de implantar la República en Hispanoamérica suponía un cambio de mentalidad y de realidad cultural de dimensiones descomunales. No había cómo continuar el pasado colonial caracterizado por la monarquía castellana, en el que nunca funcionó ninguna institución representativa y no se hallaba tampoco cómo implantar la República ideal en las condiciones adversas que la realidad histórica había creado. Lo que hombres como Páez o como

Porfirio Díaz representaron en la América del siglo XIX fue la creación de un curioso híbrido político, que se sustentaba en la realidad de un omnímodo poder personal, pero que no abandonaba nunca ni el aspecto externo de las instituciones republicanas ni la proclamación de los más avanzados principios democráticos.

Los hombres de la Independencia creyeron que la adopción de las instituciones de los Estados Unidos o de la República francesa era el camino seguro para la democracia. Los resultados estuvieron lejos de ser halagüeños y lo que vino a predominar a lo largo del siglo XIX fueron formas variadas del genuino fenómeno caudillista. Tampoco llegó siquiera a plantearse en términos suficientemente amplios la propuesta de quienes, como Simón Rodríguez, veían en la educación el camino seguro para crear una nueva mentalidad colectiva formada para el trabajo, la independencia y las instituciones republicanas, por una especie de corte horizontal o de dique que contuviera toda la inmensa carga del pasado tradicional y dejara el campo abierto para aquella nación por hacer.

La búsqueda desesperada de vías de progreso va a llegar pronto a la dramática conclusión de que no basta con cambiar las instituciones políticas y ni siquiera la educación, sino que hay que ir más lejos y atreverse a cambiar la base de la población por medio de una inmigración europea masiva. La conclusión a la que llegan Alberdi y Sarmiento va a mantener su vigencia en el pensamiento latinoamericano del siglo XIX. "Gobernar es poblar", el apotegma de Alberdi se convierte en la fórmula matriz de este propósito. Esta inmensa operación de transplante, que se proponía cambiar la composición étnica de la población, está presente en la Argentina del siglo XIX y mantiene, en muchas formas, su presencia en los programas políticos de los innovadores hasta bien entrado este siglo. Las ideas positivistas que van a predominar desde México hasta la Argentina, con gran resonancia en el Brasil, a todo lo largo del siglo XIX, con su énfasis en la raza, el medio y el momento como factores decisivos de la historia, van a contribuir a extender estas concepciones. En muchos sentidos el positivismo latinoamericano es antirrevolucionario y plantea las posibilidades de cambio sobre proyectos largos y laboriosos con modificación del medio físico y cultural. No es de extrañar que, con frecuencia, los dictadores del siglo XIX patrocinaran o intentaran revestirse con estas nuevas ideas que les aseguraban en alguna forma largos y lentos proyectos de gobierno.

Hay un hecho histórico y geográfico, cuya importancia continua y cambiante tiene que ser tomada en cuenta para tratar de comprender la evolución política de la América hispana. Ese hecho consiste en la formación, expansión y afirmación de los Estados Unidos de América en el Norte del continente, en la más inevitable vecindad y contacto. Desde

los aspectos de inspiración y estímulo que tuvieron esos contactos para la lucha por la Independencia se va a hacer visible ese ambivalente e inestable sentimiento de admiración y temor que acompaña la visión latinoamericana del poderío de los Estados Unidos.

El incontenible movimiento expansivo de aquella nueva potencia, desde el desmembramiento del Virreinato mexicano hasta las tentativas repetidas de formas de intervención y de presencia militar en la América Central y las Antillas, produce grandes cambios en la actitud de los políticos latinoamericanos hacia el gran país del Norte. Poderosas barreras culturales contribuyeron a hacer difícil el entendimiento y la colaboración. Muchos obstáculos de toda índole se alzaban entre los descendientes de la España de la Contrarreforma y los hijos de la revolución religiosa y cultural que caracteriza el Norte de Europa desde la expansión de la Reforma. Dos lenguas, dos maneras de entender la religión, dos mentalidades diferentes con respecto a los valores sociales y diferencias cada vez mayores de desarrollo y poderío no eran, precisamente, las condiciones más favorables para un acercamiento efectivo y franco.

Por acción, por omisión, por simple presencia gravitacional, la existencia de los Estados Unidos y su expansión hasta convertirse en el más grande poder económico y político del mundo han constituido un factor determinante en la acción y el pensamiento políticos de la América Latina. Esta múltiple y poderosa vecindad que provoca consecuencias de toda índole es, tal vez, el hecho más importante para entender las dificultades del pensamiento y de la acción de la América Latina desde el tiempo de su Independencia. De la imitación a la desconfianza, de la copia servil al desdén orgulloso, del pragmatismo al idealismo, es grande el registro que caracteriza esas relaciones.

Precisamente cuando se acerca a su fin el duro siglo XIX va a brotar del seno de la América Latina una gran voz desesperada que invita al más atractivo e irracional de los caminos, como fue la del uruguayo José Enrique Rodó en su famoso *Ariel*. Frente al pragmatismo materializante que parece caracterizar a los Estados Unidos se invoca la posibilidad de un camino hacia una espiritualidad indefinida. Es un poco la misma reacción que Miguel de Unamuno expresa, en un momento de mal humor, ante los repetidos progresos materiales de los Estados Unidos: "Que inventen ellos". El maestro de Ariel dice muy significativamente:

> Con frecuencia habréis oído atribuir dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad que da su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración estética y desinteresada de la vida. Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza –que, según intérpretes, ya adversos, ya favorables a ellas, convergen a destruir toda idealidad por su base– son la una, la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas, la otra (...). Sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad mediocrizándola, a un Sacro Imperio del utilitarismo.

Esa invitación a la consideración "estética y desinteresada de la vida" tiene mucho de irracional y no estaba sustentada en ninguna posibilidad cierta de alternativa válida.

Entre las dos grandes guerras mundiales de este siglo una vasta tormenta ideológica se desata sobre los intelectuales de Europa, que va a terminar por extenderse al mundo entero y de manera muy particular a la América Latina. Frente al entusiasta surgimiento de la bandera de la revolución mundial, inspirada en las enseñanzas de Marx y de Lenin, que enarbolan con el inmenso atractivo de la novedad y de la promesa del bien absoluto, se alza y define, en muchas formas, la del fascismo, primero en Italia y luego en Alemania, con su irracional y poderosa promesa de unir el socialismo con el nacionalismo. Frente a ese doble enfrentamiento, las democracias occidentales no parecieron ofrecer respuesta adecuada y ni siquiera darse cuenta cabal de la inmensidad del peligro que representaba. Ante las poderosas innovaciones del fascismo y del comunismo, las democracias occidentales parecían inadecuadas y hasta exhaustas frente a aquel brutal juego de poder que se apoyaba en las raíces más irracionales de la conducta humana. La figura patética de Neville Chamberlain agitando en la mano el pedazo de papel en el que Hitler se comprometía a poner punto final a su expansión ilustra lo absurdo de la hora y explica en buena parte la espantosa era de guerra y de paz armada en que la humanidad entera iba a entrar.

El atractivo de la Revolución rusa entre los intelectuales europeos fue extenso y profundo. Con embelesado asombro veían surgir inesperadamente la oferta cierta y perentoria de la felicidad del hombre en la Tierra y del fin de las antiguas injusticias seculares. Era también la hora de la Guerra Civil española, que traía a la más íntima proximidad de los latinoamericanos el terrible conflicto. Había que ser antifascista, con sobradas razones, pero no se advertía, porque la poderosa propaganda de los partidos comunistas lograban impedirlo, que el totalitarismo rojo no era menos temible y absurdo que el negro.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y las democracias occidentales se aliaron con la Unión Soviética, el poder ideológico se complicó todavía más, hasta los más inauditos extremos simplistas que no permitían ver todo lo que de negativo y contrario a la promesa revolucionaria fundamental contenía el régimen soviético en su marcha expansiva. Se produjo una vasta gravitación masiva de la inteligencia europea hacia la revolución encarnada por la Unión Soviética. Como lo dijo alguna vez Sartre, no se podía estar moralmente contra la Unión Soviética, y ello obligaba a cerrar los ojos y los oídos ante las graves desviaciones que se produjeron, desde los juicios de Moscú hasta la invasión de Checoslovaquia.

La promesa de la revolución mundial prendió pronto y poderosamente en la América Latina y sirvió para darle explicación, coherencia y sentido histórico a los viejos resentimientos y a las frustradas búsquedas. Está por escribir la historia verídica de la creciente sumisión de la inteligencia latinoamericana a la dirección política de la revolución comunista. De allí nace, precisamente, todo el vasto, poderoso y mal definido movimiento de la literatura comprometida que llegó a penetrar extensamente a los escritores latinoamericanos, entroncando fácilmente en las viejas causas del indigenismo, de la explotación de los campesinos y de las injusticias flagrantes de la democracia representativa.

Durante largos años la bipolaridad política y, en buena parte, ideológica que la Guerra Fría desató sobre el mundo se hizo sentir de manera muy marcada en la vida intelectual de la América Latina. El viejo e indefinido ideal de revolución y cambio que venía del cruento proceso de la Independencia y de las guerras de reforma política del siglo XIX que se extendieron desde México hasta la Argentina, no solamente tuvo eco poderoso en la inteligencia local sino que, en buena parte, junto con la acción de los políticos determinó en muchas formas la actitud de los hombres del pensamiento. Un extenso y múltiple sentimiento de repudio del pasado y de profundo deseo de cambio político y social no sólo está presente sino que explica y define lo que pudiéramos llamar los grandes temas de la preocupación colectiva. Nunca fue grande ni mucho menos poderosa la influencia directa de los partidos comunistas locales pero, en cambio, en muchas formas es visible en el lenguaje, en los temas, en la actitud frente a la historia la fuerte presencia de los planteamientos fundamentales del marxismo.

La Guerra Civil española de 1936, con su abierto enfrentamiento ideológico, tuvo una inmensa influencia en la mentalidad latinoamericana. Se sintió y se vivió apasionadamente aquel conflicto y sus huellas son visibles en la actitud mental de los latinoamericanos desde entonces.

El otro gran suceso de muy importante repercusión fue la toma del poder por la Revolución cubana en 1959. El eco y el ejemplo de aquella gesta llena de heroísmo, de sublimes ideales y de voluntad de cambio profundo se hizo sentir en todo el continente y provocó poderosas adhesiones y, en muchas formas, modelos e invitaciones para el pensamiento y la acción. No es posible entender la historia política e intelectual de la América Latina en esos largos años transcurridos desde la toma del poder en La Habana por Castro, sin tomar en cuenta la poderosa y constante influencia de ese gran hecho, que va desde la acción política y las tentativas de guerrilla hasta las muchas maneras de repercusión en el pensamiento y en la forma de concebir el destino colectivo.

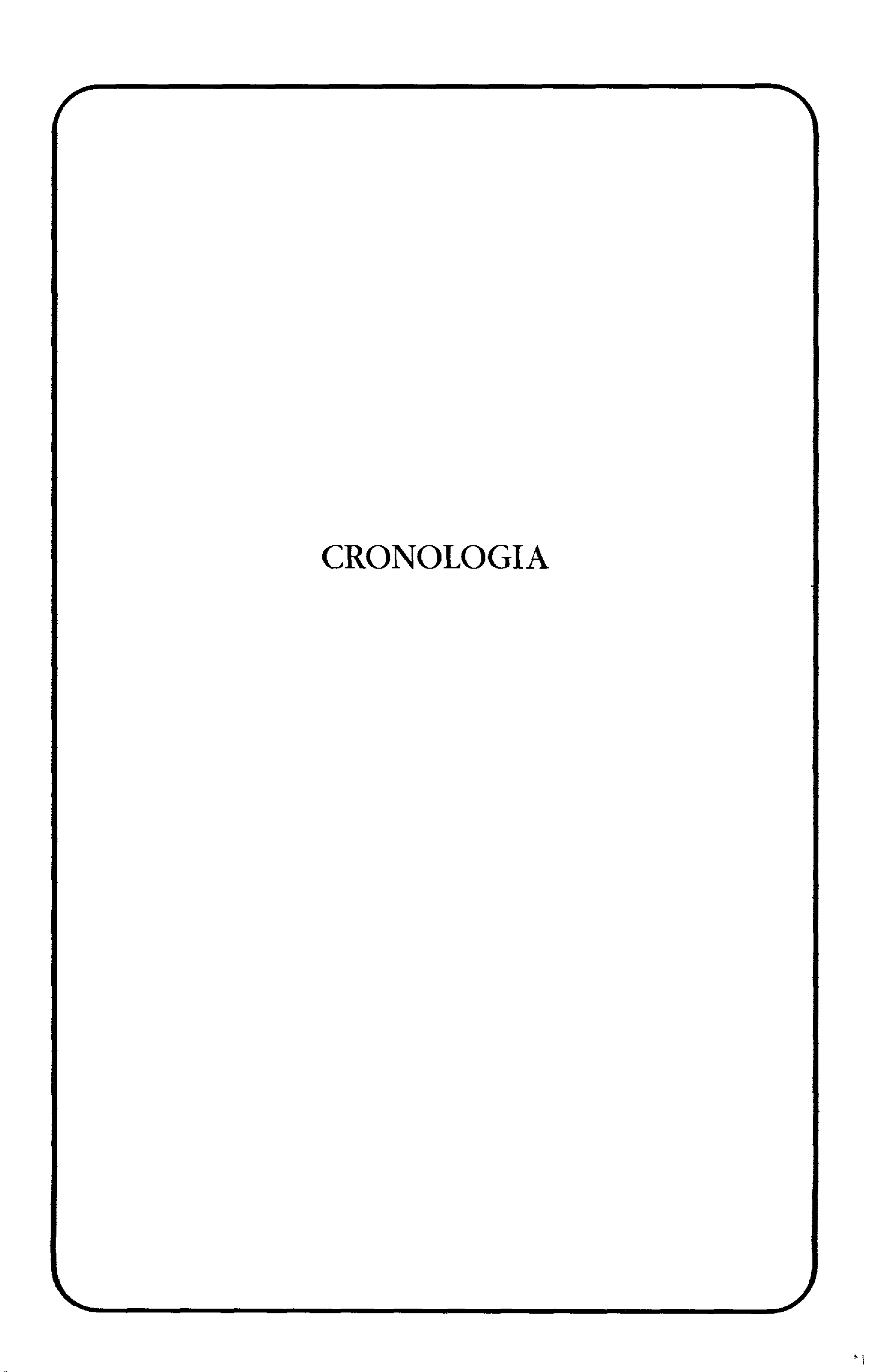
Los grandes sucesos internacionales recientes, dramáticamente simbolizados por la caída del Muro de Berlín, cambiaron radicalmente esa situación y parecieron cerrar muchas de las variadas vías de búsqueda de aquel rumbo.

La gran crisis ideológica que se extiende al mundo entero desde la desaparición de la Unión Soviética, el fin de la Guerra Fría y los fracasos del proyecto socialista, pone a la América Latina nuevamente en la difícil situación de buscar caminos. Las negativas experiencias del pasado, desde la Independencia, deben tener ahora más que nunca un valor activo de enseñanza y advertencia. Lo que parece surgir de inmediato son las fórmulas pragmáticas de la aplicación de los principios de la economía de mercado para un regreso al bienestar económico y a la paz social.

Es evidente que esto no basta y que más temprano que tarde van a surgir en el mundo nuevas propuestas ideológicas y se van a abrir caminos, ante los cuales la América Latina tendrá que adoptar decisiones difíciles.

La larga experiencia de la andanza por los caminos extraviados habrá de ser tenida muy en cuenta cuando esa hora de los nuevos compromisos y de las nuevas búsquedas comience a tomar cuerpo. Lo demás es profecía.

Del Cerro de Plata a los caminos extraviados. Ed. cit., pp. 149-167.



CRONOLOGIA

1906 Nace en Caracas el 16 de mayo. Son sus padres: coronel Arturo Uslar Santamaría y Helena Pietri de Uslar.

1912 Es inscripto en la Escuela Unitaria dirigida por Alejandro Alvarado, a quien reconocerá posteriormente como su guía en esta etapa de formación.

1913 Inicia sus estudios de primaria en el colegio de los padres franceses de Caracas, bajo la tutela del padre Benjamín Honoré.

1916 Su padre es designado Jefe Civil de Cagua, estado Aragua.
La familia se traslada a vivir a Cagua y luego a Maracay.

1917 Inscripto en la escuela municipal "Felipe Guevara Rojas" en Maracay donde culminará sus estudios de primaria.

1918 Obtiene, en compañía de Carlos Eduardo Frías y Ambrosio Perera, una mención especial en aplicación en la escuela "Felipe Guevara Rojas" de Maracay.

1919 Culmina sus estudios de primaria. Inicia bachillerato en el Colegio Federal de Varones, en Maracay.

1920 Publica sus primeros artículos de prensa. Probablemente en *El Comercio*, periódico que circula en Maracay.

1921 Incripto en el Colegio Salesiano de Valencia, como interno durante seis meses.

1922 Publica algunos versos en el semanario *Paz y Labor* de Maracay.
En la revista *Billiken*, se publica "La lucha".

1923 Su familia se establece en Los Teques. Cursa último año de bachillerato en el colegio San José de Los Teques.
Publica su primer cuento en la revista *Billiken*.

1924 Presenta tesis para optar al título de Bachiller en Filosofía: *Todo es subjetividad*. Vive en Caracas e ingresa en la Universidad Central de Venezuela a estudiar Ciencias Políticas.

1925 Bibliotecario en la Federación de Estudiantes de la Universidad Central de Venezuela.
Dicta su primera conferencia: *Ideas sobre una morfología de la historia del Derecho*. Colaboraciones en la revista *Elite*.

1926 Escribiente en el Juzgado de Primera Instancia en lo Civil del Distrito Federal (1926-1929).

Miembro del Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad Central de Venezuela.

1927 Colabora en diversas publicaciones periódicas entre ellas la revista humorística *Caricatura* en donde escribe como Bárbaro de Bulgaria, seudónimo que comparte Miguel Otero Silva.

1928 Funda la revista *válvula* en compañía de Miguel Otero Silva, Fernando Paz Castillo, Nelson Himiob, Gonzalo Carnevalli y Pedro Sotillo entre otros. Circuló un solo número del 7 de enero.

Publica *Barrabás y otros cuentos* (cuentos).

1929 Con la tesis titulada *El principio de la no imposición de la nacionalidad y la nacionalidad de origen* obtiene el Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela.

Parte a París como Agregado Civil a la Legación de Venezuela (agosto-enero 1933); simultáneamente ejerce el cargo de Secretario de la Delegación de Venezuela ante la Sociedad de las Naciones.

Trata a Paul Valéry, Robert Desnos, André Bretón, Luis Buñuel; asistió a las tertulias de Ramón Gómez de la Serna en un cafetín de Montparnasse, donde conoció a muchos escritores españoles, entre ellos a Rafael Alberti con quien entabló gran amistad y a jóvenes escritores hispanoamericanos como Miguel Angel Asturias o Alejo Carpentier.

1930 Escribe *Las lanzas coloradas* (París, primavera).

Viaja a Italia.

1931 Estará en Madrid para hacer contactos con impresores para publicar *Las lanzas coloradas.*

Viaja a Egipto en compañía de Miguel Angel Asturias.

1932 Delegado a la conferencia de la Organización Mundial del Trabajo en Ginebra.

Viaja a Marruecos.

1934 Regresa a Venezuela.

1935 Funda con Alfredo Boulton, Pedro Sotillo y Julián Padrón, la revista literaria *El Ingenioso Hidalgo*, de la cual sólo circulan 3 números.

Publica en la revista *Elite* su cuento "La lluvia" que obtiene el primer premio en el concurso de esa publicación.

Publica su primer editorial para *El Universal.*

1936 Editorialista en el diario *Ahora* (Caracas), entre ellos *Sembrar el petróleo.* Deja la redacción del mismo.

Jefe de la Sección de Economía de la Oficina de Economía y Finanzas del Ministerio de Hacienda.

Funda en compañía de otros intelectuales la *Revista de Hacienda.*

Presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela.

1937 Director de Política Económica del Ministerio de Hacienda.

Profesor de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela.

1938 Reelecto Presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela.

Promueve, junto con Tito Gutiérrez, José Manuel Hernández Ron y José Joaquín González Gorrondona, la fundación de la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales en la Universidad Central de Venezuela, origen de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

1939 Director del Instituto de Imigración y Colonización.

Ministro de Educación (19 julio-3 mayo 1941).

1940 Colabora con la comisión que redacta la primera Ley Orgánica de Educación en el país.

Doctor Honoris Causa de la Universidad de Puerto Rico.

Publica *Imágenes del occidente venezolano* (crónicas de viaje), con fotografías de Alfredo Boulton.

1941 Orden del Libertador, Grado de Gran Cordón.

Secretario de la Presidencia de la República (4 mayo-3 mayo 1943).

Profesor Titular de la cátedra de Economía Política de la Universidad Central de Venezuela a la cual renuncia en septiembre.

1942 Publica en *El Universal* dos artículos, bajo el seudónimo de Cristóbal Talamontes, que producen polémica en el partido Acción Democrática.

1943 Colombia le otorga la Orden de Boyacá, Grado Gran Oficial.

Participa en la comisión que revisa el proyecto de Ley de Hidrocarburos.

Orden Francisco de Miranda, Segunda Clase.

Ministro de Hacienda (3 mayo-enero 1945).

Vuelve a su cátedra de Economía Política de la Universidad Central de Venezuela.

Bolivia le otorga la Orden Cóndor de Los Andes, Grado de Gran Oficial.

Miembro fundador del Partido Democrático Venezolano cuyos estatutos y programa redacta.

1944 Secretario de la Presidencia (enero-julio 1945).

Diputado de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal.

1945 Miembro de la Academia de Ciencias Políticas de Nueva York.

Ministro de Relaciones Interiores (14 julio-18 octubre).

El gobierno del general Isaías Medina Angarita es derrocado por un golpe de Estado. Se exilia a Nueva York.

1946 Realiza trabajos para la prensa y radio (enero-septiembre).

Inicia su actividad docente en la Universidad de Columbia como Profesor Visitante (septiembre-junio 1947).

1947 Profesor Asistente en la Universidad de Columbia de Nueva York (septiembre-junio 1950).

Publica bajo el título "Un balance de la revolución de octubre" en el diario *El Nacional*, artículos sobre la situación económica, política y social generada en Venezuela.

1948 Inicia la columna "Pizarrón" en *El Nacional* de Caracas.

Publica en México *Letras y hombres de Venezuela* (ensayos).

1949 Regresa a Venezuela. Obtiene el primer premio en el concurso anual de cuentos del diario *El Nacional* con "El baile de tambor".

1950 Regreso definitivo a Venezuela. Director del Papel Literario de *El Nacional* (30 julio-8 enero 1953).

Premio "Arístides Rojas" por su novela *El camino de El Dorado*.

Funda la cátedra de Literatura Venezolana en la Facultad de Filosofía y Letras (hoy Humanidades y Educación) de la Universidad Central de Venezuela.

Viaja a Europa. Publica sus notas bajo el título "El otoño de Europa", en *El Nacional*.

1951 Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua (8 de octubre), pero se incorporará en 1958.

1952 Colombia le otorga la Orden de Boyacá, Grado Gran Cruz.

Ingresa en ARS Publicidad, fundada por Carlos Eduardo Frías, donde trabajará hasta 1962.

Publica *Apuntes para retratos* (ensayos).

1953 Renuncia a su cargo de profesor de Literatura Venezolana en la Universidad Central de Venezuela.

Primera edición de sus *Obras selectas.*

Inicia su programa de televisión *Valores humanos*, en Radio Caracas Televisión.

1954 Premio Nacional de Literatura 1952-1953 por *Las nubes* (ensayos).

1955 Publica *Valores humanos*, primera serie, obra que recoge algunas de sus charlas por televisión.

Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela; tema del discurso "El petróleo en Venezuela".

1956 Doctorado Honoris Causa en Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela.

1957 Estrena dos piezas de teatro *El día de Antero Albán* y *El dios invisible.*

1958 Derrocado el gobierno de Marcos Pérez Jiménez, se dirige a la Nación, a petición de la Junta de Gobierno, a través de la radio (23 enero). Redacta el Acta Constitutiva del nuevo régimen en colaboración con otros intelectuales.

Incorporación como Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, tema del discurso "Venezuela y su literatura".

Senador por el Distrito Federal.

1959 Embajador Especial de Venezuela ante el gobierno de los Estados Unidos. Pronuncia el discurso al inaugurarse la estatua de Simón Bolívar en Washington.

Estrena *Chúo Gil y las tejedoras* y *La fuga de Miranda* (teatro).

Discurso de Orden en el homenaje del Congreso Nacional a Alejandro de Humboldt.

Miembro Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua.

1960 Se incorpora como individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, tema del discurso "El rescate del pasado".

1961 Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia Española.

Publica en *El Nacional* un conjunto de artículos sobre "La Universidad y el país".

1962 Publica su tercera novela *Un retrato en la geografía.*

Edita *Del hacer y deshacer de Venezuela* (ensayos).
Miembro de la Comisión Delegada del Congreso Nacional.

1963 Lanza su candidatura presidencial como independiente, apoyado por el Movimiento Republicano Progresista.
Electo Senador por el Distrito Federal para el lapso 1964-1969.

1964 Funda el partido Frente Nacional Democrático y es designado Presidente de dicha organización.
En el Congreso Nacional pronuncia el discurso de Orden en el homenaje a Miguel Angel con ocasión del cuatricentenario de su nacimiento.
Secretario General del partido Frente Nacional Democrático y como tal propone la formación de un gobierno de "Amplia Base"
Publica *La palabra compartida*, sus intervenciones parlamentarias durante el lapso 1959-1963; también su novela *Estación de máscaras*.

1965 Los gobiernos de Francia e Italia le otorgan la Orden al Mérito, Grado Gran Oficial.
Discurso de Orden en el acto-homenaje de las Academias Nacionales a don Andrés Bello en el centenario de su muerte.

1966 Viaja a Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil.
Académico Correspondiente de la Academia Nacional de Letras de Uruguay.
Discursos de Orden en la Sociedad Bolivariana de Venezuela con ocasión del centenario de la muerte de Francisco de Miranda y en la Sociedad Bolivariana de Venezuela en el centenario de la muerte de su bisabuelo Juan Uslar.

1967 Nicaragua le otorga la Orden Rubén Darío. Discurso de Orden con ocasión del centenario del nacimiento de Rubén Darío, en nombre de las delegaciones extranjeras.
Recibe la orden Ciudad de Caracas. Discurso de Orden en la plaza Bolívar de Caracas, por el cuatricentenario de la fundación de la ciudad.
Publica *Oraciones para despertar* (ensayos).

1968 Senador por el Distrito Federal para el lapso 1969-1974.
Publica *Las vacas gordas y las vacas flacas* (ensayos).

1969 Asume la dirección del diario *El Nacional*.
Orador en la sesión especial del Congreso Nacional en Ciudad Bolívar: Discurso de Orden por el Congreso de Angostura en su sesquicentenario.

Discurso de Orden en la Academia Nacional de la Historia por el sesquicentenario de la creación de la Gran Colombia.

Publica *En busca del Nuevo Mundo* (ensayos).

1970 Viaja a Israel.

1971 Amplía el recorrido por Europa y publica en el diario *El Nacional* sus notas de viajes.

Edita *La vuelta al mundo en diez trancos* (crónicas de viajes) y *Vista desde un punto* (ensayos).

Premio Nacional de Periodismo.

1972 Argentina le otorga la Orden de Mayo, Grado Comendador.

Premio "Mergenthaler" de la Sociedad Interamericana de Prensa

El Ministerio de Información y Turismo de España le concede el Premio Hispanoamericano de Prensa "Miguel de Cervantes" 1971.

Publica *Manoa* (poemas), *Bolivariana* (ensayos)

Recibe el premio "Mergenthaler" (Santiago de Chile) y el "María Moors Cabot" (Nueva York).

1973 Premio Hispanoamericano de Prensa "Miguel de Cervantes" (Madrid).

Miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras y el Premio "Alberti-Sarmiento" (Buenos Aires).

Brasil le otorga la Orden Río Branco, Grado Comendador.

En Caracas, Orden Francisco de Miranda, Primera Clase.

Discurso de Orden en el XX aniversario de la creación del Colegio de Economistas de Venezuela.

1974 Renuncia a la dirección del diario *El Nacional*.

En mayo durante el simposio del Seguro Social Internacional, en Ginebra da una conferencia sobre "Migraciones internas en América Latina".

Viaja a la Unión Soviética en septiembre.

México le otorga la Condecoración del Aguila Azteca.

1975 Suspende su programa de televisión "Valores humanos" (febrero).

Embajador Delegado Permanente de Venezuela ante la UNESCO en París.

Designado Vicepresidente de la Reunión Mundial sobre Medios de Información (París).

1976 Miembro del Consejo Ejecutivo del Fondo Internacional para la Promoción de la Cultura de la UNESCO.

Representante del Gobierno de Venezuela en la Asamblea General de la UNESCO en Nairobi (Kenya).

1978 Organiza las "Jornadas de Venezuela" en la UNESCO (París). Se proyecta el film *Tres artistas y su pueblo*, con texto y locución de Arturo Uslar Pietri.

Miembro de la comisión que preparará la *Historia del desarrollo cultural y científico de la humanidad* de la UNESCO.

Argentina le otorga la Orden de Mayo, Grado Gran Cruz.

Vicepresidente del Consejo Directivo de la UNESCO.

1979 Renuncia a aquel cargo.

Doctor Honoris Causa de la Universidad de París X Nanterre.

En junio regresa definitivamente a Venezuela.

Reaparece su programa de televisión "Valores humanos".

Premio "Henrique Otero Vizcarrondo" al mejor artículo de prensa publicado en 1978, "Mi primer libro".

Discurso de Orden en el homenaje a Carlos III.

Publica *Fantasmas de dos mundos* (ensayos).

1980 Inicia programas de televisión sobre la historia nacional bajo el título *Cuéntame a Venezuela*.

Discurso de Orden en el Congreso Nacional en el sesquicentenario de la muerte del Libertador.

1981 Viaja a Madrid.

Profesor Honorario de la Universidad Simón Rodríguez en Caracas.

Orden Diego de Losada, Primera Clase.

Miembro del Consejo Superior del Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid.

Premio de la Asociación de Escritores de Venezuela por su novela *La isla de Robinson*.

Publica *Educar para Venezuela* (ensayos).

1982 Premio Nacional de Literatura por su novela *La isla de Robinson*.

Homenaje de la Academia de Ciencias Políticas.

Publica *Fachas, fechas y fichas* (ensayos).

1983 Miembro del jurado del "Premio Internacional Simón Bolívar", que otorgará la UNESCO en Caracas el 24 de julio de este año.

Comienza los programas de televisión *Raíces venezolanas*.
Miembro Honorario del Instituto Venezolano de Cultura Hispánica.
Preside la Feria del Libro Latinoamericano en Washington.
Publica *Bolívar hoy* (ensayos)

1984 Doctorado Honoris Causa, Universidad Simón Bolívar, Caracas.
Individuo de Número fundador de la Academia Nacional de Ciencias Económicas de Venezuela.
España le otorga la Orden Isabel la Católica, Grado Gran Cruz.
Se estrena en Seattle (Estados Unidos) la traducción inglesa *Chúo Gil y las tejedoras* (teatro).
Publica *Venezuela en el petróleo* (ensayos).

1985 Miembro Honorario de la Universidad Hebrea, Jerusalén.
Presidente de la Comisión Presidencial para el estudio del Proyecto Educativo Nacional.
Discurso de Orden en Salamanca en la instalación del Primer Congreso sobre Hernán Cortés con motivo del quinto centenario de su nacimiento.
Doctor Honoris Causa, Universidad de los Andes, Mérida (Venezuela).

1986 El Congreso Nacional le tributa homenaje con motivo de sus ochenta años.
El Instituto de Cultura Hispánica en Madrid promueve la "Semana del autor" mediante conferencias y diálogos sobre su personalidad.
Publica *Godos, insurgentes y visionarios* (ensayos); *Bello, el venezolano* (ensayos), *Medio milenio de Venezuela* (ensayos) y *Raíces venezolanas*.

1987 Académico de la Academia Portuguesa de la Historia (Lisboa).

1988 Premio "José Vasconcelos", en México.
El Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid, edita los ensayos dedicados en el volumen *Arturo Uslar Pietri (Semana del autor)*.

1989 En Madrid lo nombran Coordinador general del proyecto titulado *Iberoamérica, una comunidad*.
Premio Rafael Heliodoro Valle, México.

1990 Premio "Príncipe de Asturias de las Letras" (Madrid).
Legión de Honor de Francia.
Publica *La visita en el tiempo* (novela) y *Cuarenta ensayos*.

1991 Obtiene el Premio Internacional de Novela "Rómulo Gallegos", en Caracas por *La visita en el tiempo.*

Reedita *El globo de colores.*

1993 Nueva edición de *Valores humanos* (ensayos).

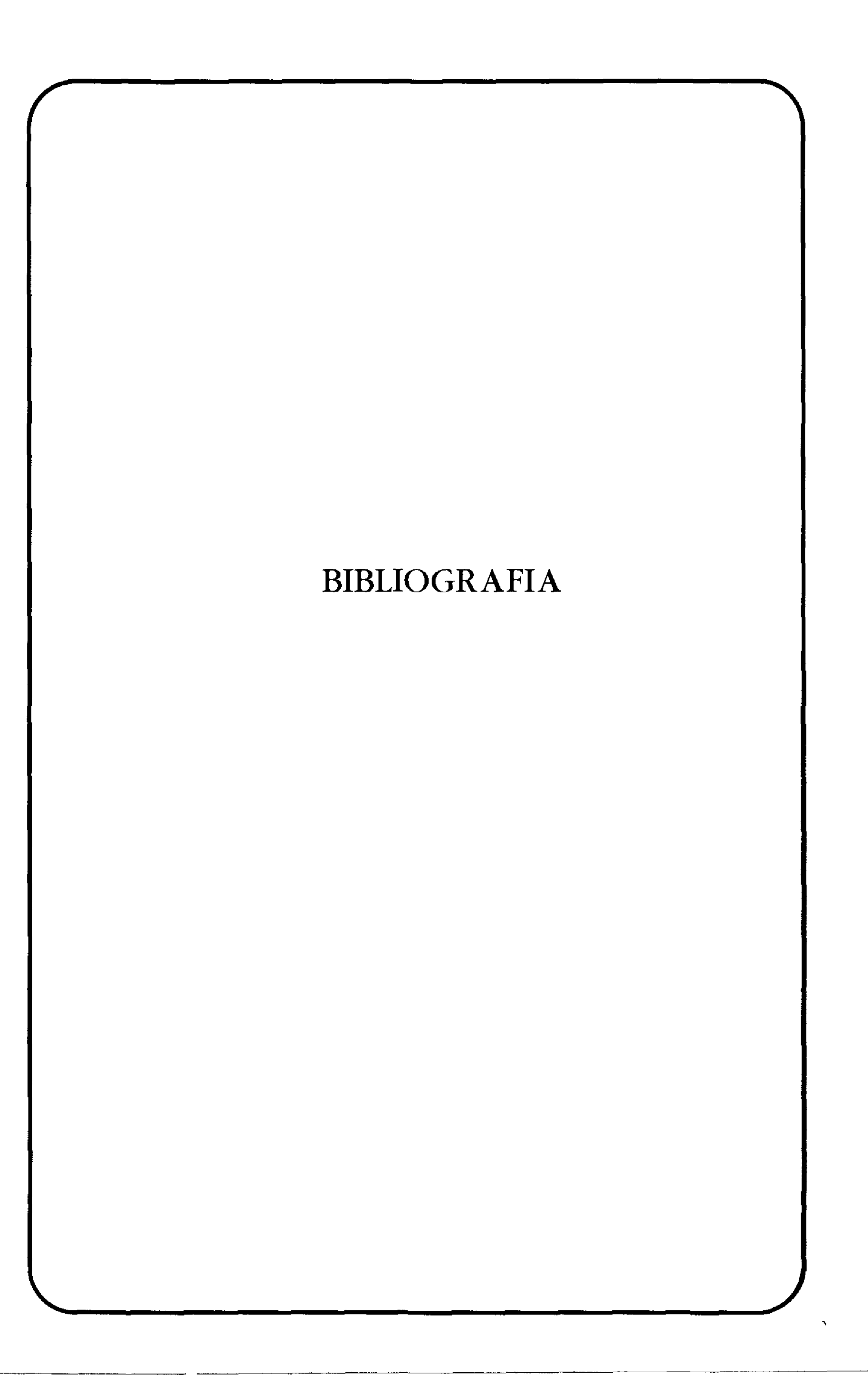
1994 Edita *Del Cerro de Plata a los caminos extraviados* (ensayos), presentado en la III Feria Internacional del Libro de Caracas.

1995 En mayo en Francia se realiza el Coloquio de Literatura y Cultura Venezolanas, preparado por el Centre d'Etudes de Littérature Vénézuélienne y la Universidad de Sorbone Nouvelle, París, donde se le rinde homenaje a su labor intelectual.

Reedita *Letras y hombres de Venezuela.*

1996 El Fondo de Cultura Económica, México, edita *La invención de América mestiza*, compilación y estudio de Gustavo Luis Carrera.

Astrid Avendaño difunde su exhaustivo estudio *Arturo Uslar Pietri entre la razón y la acción*, en Caracas.



BIBLIOGRAFIA

I. OBRAS DE ARTURO USLAR PIETRI

Todo es subjetividad. Caracas: Tipografía Vargas, 1924.

El principio de la no imposición de la nacionalidad y la nacionalidad del origen. Caracas: Tipografía Vargas, 1929.

Venezuela necesita inmigración. Caracas: Empresa El Cojo, 1937. (Boletín de la Cámara de Comercio de Caracas.)

Esquema de la historia monetaria venezolana. Caracas: Lit. y Tipografía Vargas, 1937.

Regionalismo e integración nacional. San Cristóbal, estado Táchira: Editorial Vanguardia, 1938.

Imágenes del occidente venezolano. Texto de Arturo Uslar Pietri; fotografías de Alfredo Boulton; introducción de Julián Padrón. New York: Tribune Printing, 1940.

Apuntes sobre los principales aspectos venezolanos del Programa de Economía Política de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela. Caracas: s.e., 1941.

La libertad económica y la intervención del Estado. Caracas: Tipografía La Nación, 1945.

Sumario de economía venezolana para alivio de estudiantes. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Centro de Estudios de Derecho, 1945.

Las visiones del camino. Caracas: Ediciones Suma, 1945. (Cuadernos Suma; 11.)

Letras y hombres de Venezuela. México: Fondo de Cultura Económica, 1948. (Colección Tierra Firme; 42.)

De una a otra Venezuela. Caracas: Ediciones Mesa Redonda, 1949.

La novela en Venezuela. Buenos Aires: Embajada de Venezuela en Argentina, s.f.

Las nubes. Prólogo de Mariano Picón Salas. Caracas: Ministerio de Educación Nacional. Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1951. (Biblioteca Popular Venezolana. Antologías y Selecciones; 43.)

Apuntes para retratos. Caracas: Tipografía La Nación, 1952. (Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos; 71.)

Obras selectas. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1953. (Colección Clásicos y modernos hispanoamericanos.)

Tierra venezolana. Ilustración y dirección de Alfredo Boulton. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1953.

Arístides Rojas (1826-1894). Caracas: Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1953. (Biblioteca escolar. Colección de biografías; 9.)

El otoño de Europa. Ilustraciones de Alfredo Boulton. Caracas: Ediciones Mesa Redonda, 1954.

Pizarrón. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1955. (Colección Autores venezolanos.)

El indio en la literatura venezolana. Caracas: Imprenta Nacional, 1955.

El petróleo en Venezuela. Discurso de incorporación como individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Contestación del académico doctor Rafael Caldera. Caracas: Empresa El Cojo, 1955.

Breve historia de la novela hispanoamericana. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1955. (Colección Autores venezolanos.)

Valores humanos. Charlas para televisión. Tomo I. Primera serie. Caracas: Edime, 1955. (Colección Grandes Libros Venezolanos.)

El alfarero de repúblicas. Lima, Perú: s.e., 1955. (Centro Estudiantil Peruano Venezolano; 1.)

Bello y los temas de su tiempo. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Filosofía, 1956.

Valores humanos Charlas para televisión. Tomo II. Segunda serie. Caracas: Edime, 1956. (Colección Grandes Libros Venezolanos.)

El hombre de hoy y sus problemas Caracas: Impresos de Venezuela, 1956.

Las nubes. Prólogo de Mariano Picón Salas. 2ª ed. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1956. (Colección América Nuestra.)

Los factores culturales e históricos que han formado la América Latina de hoy. Caracas: Editorial Arte, 1957. (Edición de la Fundación Creole.)

Discurso de incorporación del doctor Arturo Uslar Pietri como individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española. Contestación del Académico D. Ramón Díaz Sánchez, acto celebrado el día 20 de marzo de 1958. Caracas: Imprenta del Ministerio de Educación, 1958.

Letras y hombres de Venezuela. 2ª ed. ampliada. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1958. (Colección Autores Venezolanos.)

Valores humanos. Charlas para televisión. Tomo III. Tercera serie. Caracas: Edime, 1958. (Colección Grandes Libros Venezolanos.)

Venezuela, un país en transformación. Caracas: Tipografía Italiana, 1958.

Sumario de economía venezolana para alivio de estudiantes. 2ª ed. Caracas: Editorial Sursum, 1958.

Las responsabilidades de una democracia. Caracas: Cromotip, 1958.

Materiales para la construcción de Venezuela. Caracas: Editorial Orinoco, 1959.

Discurso pronunciado por el senador doctor Arturo Uslar Pietri en la Sesión Solemne del Congreso Nacional, en homenaje a Alejandro de Humboldt, con motivo de cumplirse el Primer Centenario de su muerte el 6 de mayo de 1959. Caracas: Imprenta del Congreso Nacional, 1959.

Memoria de Humboldt. Caracas: Creole Petroleum Corporation, 1959.

Inauguración del monumento al Libertador en la ciudad de Washington. Discursos del general Dwight Eisenhower Presidente de los Estados Unidos de América y de Arturo Uslar Pietri, embajador extraordinario en misión especial de la República de Venezuela. Caracas: Secretaría General de la Presidencia de la República, 1959.

Discurso Dr. Arturo Uslar Pietri, embajador en misión especial de la República de Venezuela en la ceremonia de inauguración de la estatua de Simón Bolívar, El Libertador, en la ciudad de Wáshington, el 27 de febrero de 1959. Caracas: Tipografía Vargas, 1959.

Discurso de incorporación del individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, doctor Arturo Uslar Pietri. Contestación del Académico doctor Guillermo Morón. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Italgráfica, 1960.

Sumario de economía venezolana para alivio de estudiantes. 3ª ed. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1960.

Un rumor de ágora. Caracas-Madrid: Editorial Guadarrama, 1961.

La imagen del hombre en el arte contemporáneo. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1961. (Espacio y Forma; 10.)

Cuaderno de Holanda. Caracas: Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, 1961.

La universidad y el país. Caracas: Presidencia del Hipódromo Nacional, 1961.

Sembrar el petróleo: veinticinco años de una consigna. Caracas: *Revista Shell*, 1961.

La construcción de un país. Caracas: Empresa El Cojo, 1961. (Ediciones de la Bolsa de Comercio.)

La universidad y el país: una posición y una polémica. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, 1962.

Los hombres de empresa y la plaza pública. Caracas: s.e., 1962.

Discurso pronunciado por el doctor Arturo Uslar Pietri en la Plaza Vargas de La Guaira, el día 10/3/1962, con motivo de celebrarse el 176 aniversario del natalicio del ilustre sabio doctor José María Vargas. La Guaira: Talleres Gráficos Mersifrica, 1962.

Política para inocentes. Caracas· Ediciones del Ministerio de Educación, 1962.

Del hacer y deshacer de Venezuela. Caracas: Publicaciones del Ateneo de Caracas, 1962.

La novela en Venezuela. Arturo Uslar Pietri y Pedro Díaz Seijas. Santiago de Chile: Prensa Latinoamericana, 1962. (Publicaciones de la Embajada de Venezuela en Chile; 5.)

La imagen del hombre en el arte contemporáneo. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, 1962. (Colección Espacio y Forma; 10.)

Presente y porvenir económico de Venezuela. Barcelona, Venezuela: s.e., 1963.

Discurso pronunciado por el doctor Arturo Uslar Pietri en la sesión solemne del Congreso Nacional el día 24/4/1964 en conmemoración del 4º Centenario de la muerte de Miguel Angel y el nacimiento de William Shakespeare. Caracas: Congreso Nacional, 1964.

Valores humanos: biografías y evocaciones. 2ª ed. Caracas-Madrid: Edime, 1964. 4 vols.

Contestación al discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia del profesor doctor Luis Beltrán Guerrero, por el Académico de Número doctor Arturo Uslar Pietri. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1964.

Frente Nacional Democrático; Justicia-Desarrollo-Soberanía. Caracas: s.e., 1964.

La palabra compartida. Discursos en el Parlamento (1959-1963). Caracas: Pensamiento Vivo, 1964.

Tres momentos de Bolívar. Caracas: Empresa El Cojo, 1964. (Ediciones de la Bolsa de Comercio de Caracas; 24.)

Intervención en la República Dominicana. Caracas: s.e., 1965.

Hacia el humanismo democrático. Caracas: Publicaciones del Frente Nacional Democrático, 1965.

Andrés Bello. Discurso pronunciado en el acto en homenaje, el día 21 de octubre de 1965. Caracas: Italgráfica, 1965. (Boletín de la Academia Nacional de la Historia; 192.)

El romanticismo en don Francisco de Miranda, discurso de incorporación como individuo de Número de don Fernando Paz Castillo. Contestación del Académico don Arturo Uslar Pietri. Caracas: Ministerio de Educación, 1965.

Homenaje a Miranda: Discurso de orden del senador Arturo Uslar Pietri. Caracas: s.e., 1966. (Congreso Nacional.)

Homenaje a la memoria del prócer Juan Uslar. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, Imprenta Nacional, 1966.

Petróleo de vida o muerte. Caracas: Editorial Arte, 1966.

Los libros de Miranda. Advertencia editorial de Pedro Grases. Caracas: Ediciones de la Comisión del Cuatricentenario de Caracas, 1966.

Discurso de orden: Sesión solemne del 25 de julio de 1967. Día del Cuatricentenario de Caracas. Caracas: Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal, 1967.

Oraciones para despertar. Caracas: Gráfica Ediciones de Arte, 1967. (Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.)

Libertad, eficiencia y democracia. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1967. (Once grandes temas de nuestro tiempo.)

El Frente Nacional Democrático y la política petrolera. Caracas: Ediciones de la Fracción Parlamentaria del F.N.D., 1968.

¿Tiene un porvenir la juventud venezolana? Caracas: Ediciones del Frente Nacional Democrático, 1968.

Las vacas gordas y las vacas flacas. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1968. (Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.)

Veinticinco ensayos. Prólogo de Mariano Picón Salas. Caracas: Monte Avila Editores, 1969. (Colección Prisma.)

En busca del Nuevo Mundo. México: Fondo de Cultura Económica, 1969. (Colección Popular; 93.)

Discurso de orden: 219 aniversario del natalicio del Generalísimo Francisco de Miranda. Los Teques: Asamblea Legislativa del estado Miranda, 1969. (Publicaciones; 2.)

Discurso del senador Arturo Uslar Pietri en el 150 aniversario del Congreso de Angostura. Caracas: Senado de la República, Dirección de Imprenta y Publicaciones del Congreso de la República, 1969.

Discurso de orden de Arturo Uslar Pietri en la sesión solemne que la Academia Nacional de la Historia celebró con motivo del sesquicentenario de la Constitución de la Gran Colombia. Caracas: Ministerio de Educación, 1970. (Colección La Palabra en el Tiempo; 1.)

La vuelta al mundo en diez trancos. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1971. (Colección Letras de Venezuela.)

Vista desde un punto. Ensayos. Caracas: Monte Avila Editores, 1971. (Colección Prisma.)

Bolivariana. Presentación de José Hoffman. Caracas: Ediciones Horizonte, 1972.

La universidad y la revolución. Caracas: s.p.i., 1973.

Los expulsados de la civilización. Prólogo de Tomás Polanco Alcántara. Madrid: Embajada de Venezuela, 1973.

De una a otra Venezuela. 2ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1973. (Biblioteca Popular Eldorado.)

La otra América. Madrid: Alianza Editorial, 1974. (El libro de bolsillo; 553.)

A Future for Latin America. Arizona, USA: Center for Latin American Studies, 1974

Letras y hombres de Venezuela. 3ª ed. Madrid: Editorial Mediterráneo, 1974. (Colección de bolsillo Edime.)

El globo de colores. Caracas: Monte Avila Editores, 1975. (Colección Letra Viva.)

Mensaje a los maestros. Turmero, estado Aragua: Centro de Capacitación Docente El Macaro, 1975. (Jornadas de Educación Primaria, Serie Nº 1.)

Viva voz. Prólogo de José Antonio Cordido Freites. Caracas: Edición de C.A. Tabacalera Nacional, 1975.

Obras selectas. 4ª ed. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1977. (Colección Clásicos y modernos hispanoamericanos.)

De una a otra Venezuela. 3ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1978.

Fantasmas de dos mundos. Barcelona-Caracas-México: Editorial Seix Barral, 1979. (Colección Biblioteca Breve. Ensayo; 442.)

Breve historia de la novela hispanoamericana. 3ª ed. Madrid: Ediciones Mediterráneo, 1979.

Escritura. Texto de Arturo Uslar Pietri sobre la obra de Jesús Soto. Caracas: Macanao Ediciones, 1979.

Bolivariana. 2ª ed. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1980. (Colección El Libro Menor; 9.)

Tierra venezolana. Ilustración y dirección de Alfredo Boulton. 3ª ed. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1980.

Veinticinco ensayos. Antología. 2ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1980. (Colección Estudios.)

Cuéntame a Venezuela. Prólogo de Rafael Fernández Heres. Madrid-Caracas: Ediciones Lisbona, 1981.

Educar para Venezuela. Madrid-Caracas: Gráficas Reunidas A.A., 1981.

Discurso pronunciado en la sesión solemne del Congreso de la República con motivo del sesquicentenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, 1981.

Oraciones para despertar. Caracas: Monte Avila Editores, 1981. (Colección Documentos.)

Valores humanos. Caracas-Madrid: Editorial Lisbona, 1982.

Fachas, fechas y fichas. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas, 1982. (Colección literatura.) Nota: 2ª ed. 1982.

Veinticinco ensayos. 2ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1982. (Colección Estudios.)

El proyecto de Bolívar. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1983.

Bolívar hoy. Caracas: Monte Avila Editores, 1983. (Colección Letra Viva.)

Cuéntame a Venezuela. Caracas: s.e., 1983.

Venezuela en el petróleo. Caracas: Urbina y Fuente Editores Asociados, 1984. (Colección Petróleo y Política.)

¿Existe América Latina? Caracas: Instituto de Altos Estudios de América Latina, Universidad Simón Bolívar, 1984.

De una a otra Venezuela. 4ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1985. (Documentos.)

Medio milenio de Venezuela. Introducción de Arturo Uslar Pietri; selección, estudio preliminar y bibliografía de Efraín Subero. Caracas: Ediciones Lagoven, 1986.

Raíces venezolanas. Caracas: Editorial Lisbona, 1986.

Bello, el venezolano. Caracas: La Casa de Bello, 1986. (Colección Anauco.)

Godos, insurgentes y visionarios. Barcelona, España: Editorial Seix Barral, 1986. (Colección Biblioteca Breve.)

Giotto y compañía. Presentación de Pedro Grases. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1987.

Los venezolanos y el petróleo. Caracas: Ediciones del Banco de Venezuela, 1990.

Cuarenta ensayos. Compilación, prólogo, cronología y bibliografía de Efraín Subero. Caracas: Monte Avila Editores, 1990. (Colección Estudios.)

Bolívar hoy. 2ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1990. (Colección Eldorado.)

El globo de colores. 3ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1991. (Colección Documentos.)

La creación del Nuevo Mundo. Caracas: Editorial Grijalbo, 1992. (Colección Tierra Nuestra.)

Golpe y Estado en Venezuela. Bogotá: Editorial Norma, 1992.

Valores humanos. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana, 1993. 2 vols. (Colección Documentos.)

Letras y hombres de Venezuela. Caracas: Monte Avila Editores, 1995. (Documentos. Serie Memorias.)

De una a otra Venezuela. 8ª ed. Caracas: Monte Avila Editores, 1996. (Colección Documentos.)

La invención de América mestiza. Compilación y presentación de Gustavo Luis Carrera. México: Fondo de Cultura Económica, 1996. (Colección Tierra Firme.)

II. PARTICIPACION EN OBRAS COLECTIVAS

AMADO, Anselmo: *Gente del Táchira*. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Oficina Central de Información, 1974. (Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses; 61.)

ANDERSON IMBERT, Enrique y Eugenio Florit: *Literatura Hispanoamericana. Antología e introducción histórica.* Arturo Uslar Pietri y otros. 2ª ed. New York: Holt, Rinehart and Winston, Inc. 1970.

ARRÁIZ, Antonio: *Obra poética.* Compilación y prólogo de Rafael Arráiz Lucca; estudios de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Monte Avila Editores, 1987. (Altazor, Serie Mayor.)

Asociación Amigos de la Biblioteca Nacional: *Carabobo para todos.* Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Editorial Arte, 1971.

Ateneo de Caracas: *Ensayos venezolanos.* Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas, 1979.

BECCO, Horacio Jorge, ed.: *Discursos académicos.* Presentación del R.P. Pedro P. Barnola; edición, notas bio-bibliográficas e índices de Horacio Jorge Becco. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, 1983.

BELLO, Andrés: *Significación histórica y vigencia moderna de la obra de Andrés Bello. Filosofía y otros temas.* Juan David García Bacca, Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: La Casa de Bello, 1989. (Anexos a las *Obras completas* de Andrés Bello; 6.)

BOLÍVAR, Simón: *Bolívar.* Prólogo Manuel Trujillo; ensayos de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1983.

BOSCH, Velia, comp.: *Teresa de la Parra. Iconografía.* Velia Bosch; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984.

BRICEÑO IRAGORRY, Mario: *Defensa y enseñanza de la historia patria en Venezuela.* Mario Briceño Iragorry; prólogo de Isaac J. Pardo; estudio de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Contraloría General de la República, 1980. (Colección Historia.)

__________: *Homenaje a Mario Briceño Iragorry en el sexto aniversario de su muerte (6 de junio de 1958-1964).* Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Editorial Arte, 1964.

BUENO, Luis Alfonso: *Coro y los corianos.* Luis Alfonso Bueno; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: 1977. (Biblioteca de Autores y Temas Falconianos.)

CHOQUECUENCA, José Domingo y otros: *Evocaciones de Bolívar.* José Domingo Choquecuenca, Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: F. Tirado García y Asociados, 1982.

Congreso de la República: *Primer Congreso del Pensamiento Político Latinoamericano (29 de junio - 2 de julio de 1983).* Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Congreso de la República, 1984. (Ediciones del Bicentenario del Nacimiento de El Libertador.)

El Nacional (Caracas): *El Nacional: 37 años haciendo camino.* Arturo Uslar Pietri y otros. 2ª ed. Bogotá: Editorial Pluma, 1982.

El Nacional: 5 siglos en un día. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Editora El Nacional, 1983.

Fundación Eugenio Mendoza (Caracas): *Acto de evocación de Justino de Azcárate.* Palabras de Eugenio Mendoza, Pedro Grases y Arturo Uslar Pietri. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1989.

__________: *Venezolanos del Siglo XX.* Coordinador de la edición Pedro Grases; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1982.

__________: *Venezolanos eminentes. Segunda serie.* Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Ediciones de la Fundación Eugenio Mendoza, 1984.

Fundación La Casa de Bello. Caracas: *Bello y América Latina. Cuarto Congreso del Bicentenario.* Ofrecimiento de Rafael Caldera; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1982.

Fundación Universidad Metropolitana: *Apreciación del proceso histórico venezolano.* Palabras preliminares de Pedro Grases; bibliografía de Horacio Jorge Becco; estudios de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Fundación Universidad Metropolitana, Fondo Editorial Interfundaciones, 1988. (Colección Seminarios.)

Galería de Arte Nacional (Caracas): *Simón Bolívar. Bicentenario de su nacimiento. 1783-1983.* Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Galería de Arte Nacional; Museo de Bellas Artes, 1983.

GRASES, Pedro, comp.: *Andrés Bello y la Universidad de Chile. Homenaje del Sesquicentenario (1843-1993).* Compilación y presentación de Pedro Grases; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: La Casa de Bello, 1993. (Anexos a las *Obras completas* de Andrés Bello; 11.)

HEITER, Guillermo: *La pintura de Heiter.* Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: C. Maggiora, 1959.

Instituto de Cooperación Iberoamericana: *Semana del autor: Arturo Uslar Pietri (1-4 de diciembre de 1986).* Jesús Aguirre, Arturo Uslar Pietri y otros. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1988.

JIMÉNEZ EMAN, Gabriel, comp.: *El ensayo literario en Venezuela.* Compilación, prólogo y notas Gabriel Jiménez Emán; ensayos de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1988-1991. (Colección Zona Tórrida.)

KLAHN, Norma y Wilfredo H. Corral, comp.: *Los novelistas como críticos.* Arturo Uslar Pietri y otros. México: Fondo de Cultura Económica, 1991. (Colección Tierra Firme.)

LECUNA, Vicente: *A los veinte años de la muerte del doctor Vicente Lecuna. 1870-1954.* Arturo Uslar Pietri, Luis Villalba Villalba y Héctor Parra Márquez. Caracas: Cromotip, 1974.

MENESES, Guillermo: *Guillermo Meneses ante la crítica*. Prólogo de Hugo Achugar. Selección y compilación de Javier Lasarte y Hugo Achugar; estudios de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Monte Avila Editores, 1991. (Colección Ante la crítica).

Ministerio de Educación. Caracas: *Primer libro de la Semana de Bello en Caracas (25 de noviembre - 1º de diciembre de 1951)*. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, 1952.

MORÓN, Guillermo, coord.: *25 clásicos venezolanos*. Coordinación e introducción por Guillermo Morón; estudios de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Meneven, Filial de Petróleos de Venezuela, 1980.

OSORIO T., Nelson: *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*. Edición, selección, prólogo, bibliografía y notas de Nelson Osorio T. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988. (Biblioteca Ayacucho; 132.)

PARRA, Teresa de la: *Teresa de la Parra ante la crítica*. Selección, prólogo, cronología, hemerografía y foro imaginario de Velia Bosch. Caracas: Monte Avila Editores, 1982. (Colección Ante la crítica.)

PADRÓN TORO, Antonio: *Juan Antonio Pérez Bonalde (1846-1892)*. Introducción, notas y selección de Antonio Padrón Toro; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1973.

PÁEZ, José Antonio: *Juicios sobre la personalidad del General José Antonio Páez*. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1974.

PÉREZ BONALDE, Juan Antonio: *Homenaje a Juan Antonio Pérez Bonalde*. Arturo Uslar Pietri y otros. Barquisimeto: Instituto Pedagógico Experimental, 1968.

PICÓN SALAS, Mariano, ed.: *Dos siglos de prosa venezolana*. Prólogo y compilación de Mariano Picón Salas. Madrid-Caracas: Ediciones Edime, 1965. (Colección Clásicos y modernos hispanoamericanos.)

PINEDA, Rafael, comp.: *Para Mariano Picón Salas*. Compilación de Rafael Pineda; estudios de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, 1966.

SEGALA, Amos, coord.: *Miguel Angel Asturias. París 1924-1933. Periodismo y creación literaria*. Amos Segala coordinador; Arturo Uslar Pietri y otros. París: Colección ALLC Archivos, 1988.

SCHWARTZ, Jorge: *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Jorge Schwartz; Arturo Uslar Pietri y otros. Madrid: Ediciones Cátedra, 1991.

SKIRIUS, John, comp.: *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. John Skirius compilador; Arturo Uslar Pietri y otros. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1990. (Colección Tierra Firme.)

RODRÍGUEZ ORTIZ, Oscar: *Ensayistas venezolanos del siglo XX: una antología*. Introducción, selección, notas y bibliografía de Oscar Rodríguez Ortiz. Caracas: Contraloría General de la República, 1989. (Colección Medio Siglo de la Contraloría General de la República; Serie Letra Viva.)

__________: *Venezuela en seis ensayos*. Oscar Rodríguez Ortiz compilador; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Monte Avila Editores, 1987.

SANTAELLA, Juan Carlos, comp.: *Diez manifiestos literarios venezolanos*. Compilación, prólogo y notas de Juan Carlos Santaella. Caracas: La Casa de Bello, 1986. (Serie Letras Venezolanas.)

Sociedad Amigos del Museo de Bellas Artes: *Venezuela, 1498-1810*. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Sociedad Amigos del Museo de Bellas Artes, 1965.

UMAÑA BERNAL, José: *Testimonios de la revolución en Venezuela*. José Umaña Bernal; Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Tipografía y Litografía Vargas, 1958.

Universidad Central de Venezuela. Caracas: *Andrés Bello. Homenaje de la Universidad Central de Venezuela*. Compilación de Ildefonso Leal; estudios de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Ediciones del Rectorado, 1982.

__________: *Historia de la Cultura en Venezuela*. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Ediciones Edime, 1955-1956. (Facultad de Humanidades y Educación; Instituto de Filosofía; 3.) (Colección Crítica y Estudios Literarios).

Universidad de Oriente. Venezuela: *Vigencia de Andrés Bello*. Textos de Arturo Uslar Pietri y otros. Cumaná: Universidad de Oriente, Editorial Universitaria, 1966.

Universidad Metropolitana Caracas: *Doctorado Honoris Causa: doctor Pedro Grases; Arturo Uslar Pietri. Discursos*. Pedro Grases, Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Universidad Metropolitana, 1989.

USLAR PIETRI, Arturo y otros: *Perfiles de América Latina. 8 visiones venezolanas*. Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Monte Avila Editores, 1992.

VERANI, Hugo J.: *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica (Manifiestos, proclamas y otros escritos)*. Hugo J. Verani; Arturo Uslar Pietri y otros. México: Fondo de Cultura Económica, 1991. (Colección Tierra Firme.)

ZEA, Leopoldo, comp.: *Fuentes de la cultura latinoamericana*. Leopoldo Zea compilador; Arturo Uslar Pietri y otros. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. (Colección Tierra Firme.)

III. PROLOGOS

Academia Nacional de la Historia: *Testimonios de la época emancipadora.* Estudio preliminar de Arturo Uslar Pietri. Caracas: 1961. (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia; 37.)

ADRIANI, Alberto: *Labor venezolanista.* Presentación Armando Alarcón Fernández; introducciones de Arturo Uslar Pietri y otros. Caracas: Academia de Ciencias Económicas, 1983.

ADRIANI, Arturo: *Alberto Adriani, estímulo de la juventud.* Arturo Adriani; prólogos Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri. Caracas: Tip. Garrido, 1946.

ARRAIZ, Antonio: *Aspero.* Antonio Arráiz; prólogo de Arturo Uslar Pietri. 2ª ed. Caracas: Editorial Elite, 1939.

ASTURIAS, Miguel Angel: *El señor Presidente.* Miguel Angel Asturias; estudios Ricardo Navas Ruiz y otros; testimonio de Arturo Uslar Pietri. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.

__________: *Tres obras.* Miguel Angel Asturias; introducción de Arturo Uslar Pietri; notas y cronología Giuseppe Bellini. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. (Biblioteca Ayacucho; 19.)

BELLO, Andrés: *Temas de crítica literaria.* Andrés Bello; prólogo sobre "Los temas del pensamiento crítico de Bello", por Arturo Uslar Pietri. 2ª ed. Caracas: La Casa de Bello, 1981. (Sus: *Obras completas*; IX.)

BOLIVAR, Simón: *La esperanza del universo.* Simón Bolívar; introducción, selección, notas y cronología de J. L. Salcedo Bastardo; prólogo de Arturo Uslar Pietri. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1983.

__________: *Sus mejores páginas.* Simón Bolívar; selección y prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Organización Continental de los Festivales del Libro, 1959. (Biblioteca Básica de Cultura Venezolana. Segundo Festival del Libro Venezolano; 11.)

__________: *Pages choises: Choix de lettres, discours et proclamations.* Simón Bolívar; introducción de Arturo Uslar Pietri; prefacio de Caracciolo Parra Pérez. Paris: Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1966.

__________: *Para nosotros la patria es América.* Simón Bolívar; prólogo de Arturo Uslar Pietri; notas de Manuel Pérez Vila. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991. (Colección Claves de América; 1.)

BLANCO FOMBONA, Rufino: *Mocedades de Bolívar.* Rufino Blanco Fombona; prólogo de Juan Uslar Pietri; epílogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Monte Avila Editores, 1989.

BURELLI RIVAS, Miguel Angel: *Afirmación de Venezuela*. Miguel Angel Burelli Rivas; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Editorial Arte, 1971.

BUSTAMANTE, Edgar, coord.: *Maravillosa Venezuela. Una visión inédita de su espíritu, sus tierras, sus hombres, su pasado y su presente*. Edgar Bustamante coordinador; introducción de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Círculo de Lectores, 1982.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Miguel de Cervantes Saavedra; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Bilbao, España: Editorial La Gran Enciclopedia Vasca, 1982.

COBO BORDA, Juan Jacobo, ed.: *Fábulas y leyendas de El Dorado*. Prólogo de Arturo Uslar Pietri; edición de Juan Jacobo Cobo Borda. Barcelona, España: Tusquets Editores y Círculo de Lectores, 1987. (Biblioteca del Nuevo Mundo 1492-1992.)

DÍAZ, Manuel Guillermo: *Diálogo de las guerras y cuitas de don Diego de Lozada en la conquista del Valle de Caracas*. Manuel Guillermo Díaz; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Línea Aeropostal Venezolana, 1954. (Ediciones Línea Aeropostal Venezolana; 13.)

GONZÁLEZ, Juan Vicente: *Historia y pasión de Venezuela*. Juan Vicente González; selección, prólogo y notas de Arturo Uslar Pietri. México. D.F.: Unión Panamericana, Departamento de Asuntos Culturales, 1950.

GRASES, Pedro: *Escritos selectos*. Selección y prólogo Rafael Di Prisco; introducción de Arturo Uslar Pietri; cronología y bibliografía Horacio Jorge Becco. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989. (Biblioteca Ayacucho; 143.)

GRASES, Pedro y Manuel Pérez Vila, comp.: *Bolívar, Bello y el porvenir*. Pórtico de Arturo Uslar Pietri; epílogo de Rafael Caldera; compilación de textos y presentaciones por Pedro Grases y Manuel Pérez Vila. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1981.

Iberoamérica, una comunidad. Introducción general por Arturo Uslar Pietri. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.

MATA, Andrés: *Poesías completas*. Andrés Mata; prólogo de Arturo Uslar Pietri; epílogo, revisión y cuidado de los poemas a cargo de José Ramón Medina. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1956.

MEDINA ANGARITA, Isaías: *Cuatro años de democracia*. Isaías Medina Angarita; presentación de Irma Felizola de Medina Angarita; prólogo de Arturo Uslar Pietri. 2ª ed. Caracas. Fundación Isaías Medina Angarita, 1992.

MICHELENA, Eduardo: *Vida caraqueña: memorias íntimas, comentarios, anécdotas*. Eduardo Michelena; prólogo de Arturo Uslar Pietri. 2ª ed. Barcelona, España: Gráfica Suñol, 1967.

MIRANDA, Francisco de: *Los libros de Miranda*. Prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: La Casa de Bello, 1979.

Otero Silva, Miguel: *El cercado ajeno: opiniones sobre arte y política*. Miguel Otero Silva; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Pensamiento Vivo, 1961.

Parra, Teresa de la: *Memorias de Mamá Blanca*. Teresa de la Parra; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Madrid: Editorial Aguilar, 1953.

__________: *Tres conferencias inéditas*. Teresa de la Parra; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Ediciones Garrido, 1961.

Paz Castillo, Fernando: *Reflexiones de atardecer*. Fernando Paz Castillo; advertencia editorial de Oscar Sambrano Urdaneta; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1992. (*Obras completas*; 21.)

Rial, José Antonio: *La destrucción de Hispanoamérica*. José Antonio Rial; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Monte Avila Editores, 1976.

Rodríguez, Simón: *Escritos de Simón Rodríguez*. Compilación y estudio bibliográfico de Pedro Grases; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Imprenta Nacional, 1954. 2 vols. (Edición conmemorativa del Centenario de la muerte del maestro del Libertador.)

Rohl, Juan: *Letras y colores*. Juan Röhl; introducción de Arturo Uslar Pietri. México: Editorial Cultural, 1961.

Uslar Braun, Arturo: *Hasta 100 hombres: ensayos biográficos*. Arturo Uslar Braun; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Editorial Tiempo Nuevo, 1973. (Colección Letras de Venezuela.)

Uslar Pietri, Arturo: *Lecturas para jóvenes venezolanos*. Selección, prólogo y notas de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Bloque de Armas, 1985. 2 vols. (Colección Libros Revista *Bohemia*; 78-79.)

__________: *Sumario de la civilización occidental*. Selección, prólogo y notas de Arturo Uslar Pietri. 2ª ed. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1962.

Uslar Pietri, Arturo y Julián Padrón: *Antología del cuento moderno venezolano (1895-1935)*. Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Escuela Técnica Industrial, 1940. 2 vols. (Biblioteca Venezolana de Cultura; Colección Antología.)

Zumeta, César: *Hombres y problemas de América Latina (1906-1908)*. César Zumeta; selección y notas de Rafael Angel Insausti; prólogo de Arturo Uslar Pietri. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1973.

IV. CRITICA SOBRE SU OBRA

Alonso, María Rosa: *Residente en Venezuela*. María Rosa Alonso. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, 1960.

ARA, María Dolores: "Arturo Uslar Pietri". En: *Vidas venezolanas*, selección y coordinación de R. J. Lovera De-Sola, pp. 123-129. Caracas: Alfadil, 1983.

ARRAIZ LUCCA, Rafael: *Grabados*. Rafael Arráiz Lucca. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1989. (El Libro Menor; 157.)

AVENDAÑO, Astrid: *Arturo Uslar Pietri. Entre la razón y la acción*. Astrid Avendaño. Caracas: Oscar Todtmann Editores, Fondo de Publicaciones Universitarias, 1996.

BARBADILLO, Francisco. *Los artículos de "Pizarrón". Aproximación al pensamiento de Arturo Uslar Pietri.* Francisco Barbadillo. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1996.

CALDERA, Rafael: Discurso pronunciado por el doctor Rafael Caldera, en la Academia de Ciencias Políticas el 22 de septiembre de 1955. En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 273-283. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

CARRERA, Gustavo Luis: "Avío para iniciar el camino". En: Arturo Uslar Pietri, *La invención de América mestiza,* pp. 11-42. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

CARTAY, Rafael: *Confidencias literarias de 35 escritores latinoamericanos*. Rafael Cartay. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Ediciones Actual, 1984. (Colección Ensayo.)

CHIOSSONE, Tulio: *Cien años de cultura académica*. Tulio Chiossone. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1990. (Colección Argos.)

DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón: Discurso pronunciado por don Ramón Díaz Sánchez, en la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, el 20 de marzo de 1958. En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 285-293. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984

DÍAZ SEIJAS, Pedro: *Deslindes (Ensayos sobre literatura hispanoamericana y venezolana)*. Pedro Díaz Seijas. Caracas: Ernesto Armitano Editor, 1972.

__________: *El fuego de la palabra*. Pedro Díaz Seijas. Caracas: Cuadernos literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, 1977.

DOUGHERTY, Ruth Mary Rogers: *The Essays of Arturo Uslar Pietri*. Ruth Mary Rogers Dougherty. Urbana, USA: University of Illinois, 1971.

EARLE, Peter G. y Robert G. Mead: *Historia del ensayo hispanoamericano*. Peter G. Earle y Robert G. Mead. México: Ediciones De Andrea, 1973. (Historia literaria de Hispanoamérica, VI.)

ESCOVAR SALOM, Ramón: "Uslar Pietri y la política". En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 59-85. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

ESKENAZI, Margarita: *Arturo Uslar Pietri: muchos hombres en un solo nombre.* Margarita Eskenazi. Caracas: Editorial Caralex, 1988.

FERNANDEZ HERES, Rafael: "El mensaje educacional de Arturo Uslar Pietri". En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 87-134. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

GERBASI, Vicente: *La rama del relámpago.* Vicente Gerbasi; prólogo de Oscar Sambrano Urdaneta. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1984. (Colección Zona Tórrida; 3.)

GUERRERO, Luis Beltrán: *Palos de ciego (Ensayos de crítica e historia literarias).* Luis Beltrán Guerrero; prólogo de José Nucete Sardi. Caracas: Impresores Unidos, 1944.

__________: "Arturo Uslar Pietri". En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 135-148. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

__________: *Efemérides.* Luis Beltrán Guerrero; puerta por Manuel Rodríguez Cárdenas. Caracas: Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, 1988. (Colección Argos.)

LOVERA DE-SOLA, Roberto J.: *El ojo que lee.* Roberto J. Lovera De-Sola. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992. (Colección El Libro Menor; 204.)

MALDONADO PARILLI, Jorge: *Figuras de América y España.* Jorge Maldonado Parilli. Caracas: 1995. 3 vols.

MATCH DE VERA, Elvira: *El ensayo contemporáneo en Venezuela.* Elvira Match de Vera. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana, 1994. (Colección Estudios.)

MEDINA, José Ramón: *Noventa años de literatura venezolana (1900-1990).* José Ramón Medina; cronología y bibliografía de Horacio Jorge Becco. Caracas: Monte Avila Editores, 1992. (Colección Estudios.)

__________: *Acercamientos y reencuentros.* José Ramón Medina. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1991. (Colección Zona Tórrida; 20.)

__________: "Arturo Uslar Pietri". En: *Diccionario de literatura española e hispanoamericana*, dir. Ricardo Gullón, t. N-Z, pp. 1654-1655. Madrid: Alianza Editorial, 1993.

MILIANI, Domingo: *País de lotófagos (Ensayos).* Domingo Miliani. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992. (Estudios, monografías y ensayos; 148.)

__________: "Introducción". En: Arturo Uslar Pietri, *Las lanzas coloradas*, pp. 9-103. Madrid: Ediciones Cátedra, 1993.

__________: "Arturo Uslar Pietri, crítica de la democracia formal". En: *El ensayo en nuestra América para reconceptualización*, pp. 303-310. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

MORÓN, Guillermo: *El libro de la fe (Ensayos)*. Guillermo Morón. Madrid: Ediciones Rialp, 1955. (Biblioteca del Pensamiento Actual; 49.)

__________: *Escritores latinoamericanos contemporáneos*. Guillermo Morón. Caracas: Equinoccio, Editorial de la Universidad Simón Bolívar, 1979.

__________: Noticia sobre Arturo Uslar Pietri; discurso. En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 225-249 y 295-299. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

ORIHUELA, Augusto Germán: *En tono menor*. Augusto Germán Orihuela. Caracas: Editorial Simón Rodríguez, 1956.

__________: *De puño y letra (Asuntos literarios y humanos)*. Augusto Germán Orihuela. Caracas: Instituto Universitario Pedagógico, 1976.

PARRA, Teresita Josefina: *Visión histórica en la obra de Arturo Uslar Pietri*. Teresita J. Parra. Madrid: Editorial Pliegos, 1993.

PEÑA, Alfredo: *Conversaciones con Uslar Pietri*. Alfredo Peña. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas, 1978. (Colección Actualidad Política.)

PICON SALAS, Mariano: *Comprensión de Venezuela*. Mariano Picón Salas; prólogo de Guillermo Morón. Caracas: Publicaciones de Petróleos de Venezuela, 1987.

POLANCO ALCANTARA, Tomás: "Presentación del libro *Venezuela en la obra de Arturo Uslar Pietri*". En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 15-28. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

__________: *Once maneras de ser venezolano*. Tomás Polanco Alcántara. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1987. (Colección El Libro Menor; 113.)

QUINTANA, Ignacio: *Uslar Pietri. Una manera de ser hombre*. Ignacio Quintana. Caracas: Cromotip, 1982.

__________: "La ciudad de las visiones". En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 251-262. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

RAMA, Angel: "Treinta años del advenimiento de la otra Venezuela". En: *El valor humano de Arturo Uslar Pietri*, pp. 263-269. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984.

RAMÍREZ MURZI, José: *Palabras de ofrecimiento del Homenaje de los escritores venezolanos a Arturo Uslar Pietri*. José Ramírez Murzi. Caracas: Miguel Angel García e Hijo, 1981.

RODRÍGUEZ ORTIZ, Oscar: *Tres ensayos sobre el ensayo venezolano*. Oscar Rodríguez Ortiz. Caracas: Ediciones con Textos, 1989. (Colección Plural; 8.)

RUMAZO, Lupe: *Rol beligerante*. Lupe Rumazo. Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1975. (Colección Ensayo.)

SEGAL, Alicia: *Entrevistados en carne y hueso.* Alicia Segal. Caracas: Ediciones de la Librería Suma, 1977.

SILVA, Ludovico: *Clavimandora.* Ludovico Silva; prefacio de Gabriel Jiménez Emán. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1992. (Colección Estudios, monografías y ensayos; 157.)

SOUCRE, Carlos J.: *El hombre y la palabra.* Carlos J. Soucre. Los Teques, Venezuela: Gobernación del estado Miranda, 1977.

SUBERO, Efraín: "Cercanía de Arturo Uslar Pietri". En: Arturo Uslar Pietri, *Medio milenio de Venezuela*, pp. 11-19. Caracas: Cuadernos Lagoven, 1986.

__________: "Aproximación a la ensayística de Arturo Uslar Pietri". En: Arturo Uslar Pietri, *Cuarenta ensayos*, pp. 9-23. Caracas: Monte Avila Editores, 1990.

SZICHMAN, Mario: *Uslar: cultura y dependencia.* Mario Szichman. Caracas: Vadell Hnos. Editores, 1975.

VENEGAS FILARDO, Pascual: *En periodismo son muchos los caminos.* Pascual Venegas Filardo; prólogo de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Ediciones de la Presidencia, 1982. (Biblioteca de temas periodísticos de Lara; 2.)

V. HEMEROGRAFIA (SELECCION)

ALONSO, María Rosa: "*Breve historia de la novela hispanoamericana*, de Arturo Uslar Pietri". En: *El Nacional*, Caracas, 18 de agosto de 1955.

ARAUJO, Orlando: "Arturo Uslar Pietri: Tierra venezolana". En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Nº 102, pp. 143-145, enero-febrero de 1954.

ARRÁIZ LUCCA, Rafael: "Entrevista con Arturo Uslar Pietri". En: *Imagen*, Caracas, Nº 100-17, pp. 3-5, abril de 1986.

ARROYO ALVAREZ, Eduardo: "Vigencia de Uslar Pietri". En: *El Nacional*, Caracas, 3 de abril de 1983; *Papel Literario*.

ARTEAGA, Alicia: "Miscelánea para definir al hispanoamericano". En: *La Prensa*, Buenos Aires, 19 de agosto de 1979.

"Arturo Uslar Pietri". En: *Imagen*, Caracas, Nº 92-93, 15 de marzo - 15 de abril 1974. Contenido: Pedro Lhaya, Pedro Francisco Lizardo, Juan Manuel Mogollón y otros.

"Arturo Uslar Pietri". En: *Bohemia*, Caracas, 12 de mayo de 1986. Contenido: Textos de Jesús Sanoja Hernández, Raúl Sanz Machado, Héctor Mujica, Ignacio Quintana, Gerónimo Pérez Rescaniere, Rafael Caldera, Ramón Díaz Sánchez, Rafael Augusto Cadenas, Guillermo Morón, Alfredo Tarre Murzi y Abilia Moreno.

"Arturo Uslar Pietri: El señor de la inteligencia". En: *El Nacional*, Caracas, 11 de mayo de 1986; *Papel Literario*. Contenido: Textos de Ben Amí Fihman, Ibsen Martínez, Orlando Araujo, Salvador Tenreiro, Joaquín Marta Sosa, Roberto Hernández Montoya, Caupolicán Ovalles, Eduardo Liendo y Antonio López Ortega.

"Arturo Uslar Pietri: 80 años". En: *El Universal*, Caracas, 11 de mayo de 1986. Contenido: Textos de Ignacio Iribarren Borges, Carlos Rangel, Juan Carlos Santaella, Gustavo Luis Carrera, Pedro Grases, Osvaldo Sambrano Urdaneta, Ludovico Silva, Rafael Arráiz Lucca y Margarita Eskenazi.

BRICEÑO, José Hernán: "Arturo Uslar Pietri". En: *El Universal*, Caracas, 23 de marzo de 1959.

CORBIERE, Emilio J.: "Con Arturo Uslar Pietri" (Entrevista). En: *La Nación*, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1980.

DAHBAR, Sergio: "Facha, fecha y ficha de un escritor". En: *El Nacional*, Caracas, 3 de octubre de 1982; *Papel Literario.*

DÍAZ SEIJAS, Pedro: "*Las nubes*". En: *El Nacional*, Caracas, 28 de mayo de 1955; *Papel Literario*.

__________: "Arturo Uslar Pietri; la elipsis de su obra creadora". En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Nº 296, pp. 125-137, enero-marzo de 1995.

DÍAZ SOLÍS, Gustavo: "Tres ensayistas de Venezuela". En: *El Universal*, Caracas, 21 de mayo de 1955; *Indice Literario*.

FIHMAN, Ben Amí: "El intérprete magnífico". En: *El Nacional*, Caracas, 11 de mayo de 1986.

GARASA, Delfín Leocadio: "Encrucijada cultural de Hispanoamérica". En: *La Nación*, Buenos Aires, 22 de julio de 1979.

GAYOL MACÍAS, Manuel: "Al encuentro del humanismo de Arturo Uslar Pietri". En: *El Nacional*, Caracas, 5 de noviembre de 1989; *Papel Literario*.

GONZÁLEZ, Juan Manuel: "Un libro de Arturo Uslar Pietri". En: *Ultimas Noticias*, Caracas, 14 de mayo de 1953.

GOYO PONTE, Einar: "Los riesgos de la vastedad". En: *El Nacional*, Caracas, 18 de noviembre de 1990; *Papel Literario*.

GRAMCKO, Ida: "Tríptico nacional: *Las nubes*". En: *El Nacional*, Caracas, 23 de septiembre de 1952.

GUERRERO, Luis Beltrán: "A campo traviesa: La otra América". En: *El Universal*, Caracas, 7 de octubre de 1975.

GUZMÁN, Félix: "Arturo Uslar Pietri: *Letras y hombres de Venezuela*". En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Nº 133, pp. 115-116, marzo-abril de 1959.

__________: "Siete preguntas a Arturo Uslar Pietri". En: *Imagen*, Caracas, Nº 57, pp. 18-20, 1969.

HERNÁNDEZ D' JESÚS, Enrique: "Conversación con Arturo Uslar Pietri". En: ***Revista Lamigal***, Caracas, Nº 6, pp. 44-53, junio de 1985.

HURTADO, Efraín: "Conversaciones con Arturo Uslar Pietri; El árbitro". En: *El Nacional*, Caracas, 4 de junio de 1979; *Papel Literario.*

LISCANO, Juan: "Semblanza de Arturo Uslar Pietri". En: *Zona Franca*, Caracas, Nº 63, noviembre de 1968.

LÓPEZ ORTEGA, Antonio: "Venezuela: Historia, política y literatura (Conversación con Arturo Uslar Pietri)". En: ***Revista Iberoamericana***, Pittsburgh, vol. LX, Nº 166-167, pp. 397-414, enero-junio de 1994.

LÓPEZ RUIZ, Juvenal: "En el comienzo fueron los fantasmas". En: *Imagen*, Caracas, Nº 53, 15-31 de julio de 1969.

LOVERA DE-SOLA, Roberto J.: "Vista desde un punto". En: *El Nacional*, Caracas, 19 de abril de 1971.

__________: "Literatura: Uslar: Pensador de lo nacional". En: *El Nacional*, Caracas, 18 de diciembre de 1978.

__________: "Tres ensayos de Arturo Uslar Pietri". En: *El Nacional*, Caracas, 6 de agosto de 1979.

__________: "***Fantasmas de dos mundos***, de Arturo Uslar Pietri". En: ***Boletín de la Academia Nacional de la Historia***, Caracas, Nº 248, octubre-diciembre de 1979.

__________: "Uslar Pietri: predicador laico". En: *El Nacional*, Caracas, 2 de noviembre de 1982.

MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, Alexis: "*Venezuela en el petróleo*". En: *El Nacional*, Caracas, 24 de marzo de 1984.

MEDINA, José Ramón: "Arturo Uslar Pietri". En: *El Nacional*, Caracas, 11 de diciembre de 1966.

__________: "Uslar Pietri o la dignidad del escritor". En: *El Nacional*, Caracas, 10 de mayo de 1990.

MELICH ORSINI, José: "Arturo Uslar Pietri: *Letras y hombres de Venezuela*". En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Nº 72, enero-febrero de 1949.

__________: "Arturo Uslar Pietri: *De una a otra Venezuela*". En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Nº 87-88, julio-octubre de 1951.

MENESES, Guillermo: "El libro de Uslar Pietri: *Letras y hombres de Venezuela*". En: *El Nacional*, Caracas, 1947.

__________: "Uslar Pietri: hombre polémico" (entrevista). En: *Elite*, Caracas, Nº 1917, 23 de junio de 1962.

MILIANI, Domingo: "Arturo Uslar Pietri: silueta personal". En: ***Revista Nacional de Cultura***, Caracas, Nº 185, julio-septiembre de 1968.

__________: "Arturo Uslar Pietri: 70 años". En: *El Nacional*, Caracas, 16 de mayo de 1976.

MIRANDA, Julio E.: "Arturo Uslar Pietri: *Fantasmas de dos mundos*". En: *El Diario de Caracas*, Caracas, 11 de mayo de 1979.

OVALLES, Caupolicán: "Los ochenta años del Rey Arturo". En: *El Nacional*, Caracas, 11 de mayo de 1986; *Papel Literario*.

PAREDES, Pedro Pablo: "Arturo Uslar Pietri, *Obras selectas*". En: ***Revista Nacional de Cultura***, Caracas, Nº 103, marzo-abril de 1954.

__________: "Arturo Uslar Pietri, *Valores humanos*". En: ***Revista Nacional de Cultura***, Caracas, Nº 117-118, julio-octubre de 1956.

PÉREZ ORAMAS, Luis E. y otros: "La Universal (Universidad Católica Andrés Bello): Entrevista con Arturo Uslar Pietri". En: *Humanitas*, Caracas, Nº 82, octubre-diciembre de 1981.

PICÓN SALAS, Mariano: "Arturo Uslar Pietri". En: ***Revista de América***, Bogotá, vol. 3, Nº 9, septiembre de 1945.

POLO, Juan Manuel: "La maltratada América como tema en cinco siglos". En: *El Nacional*, Caracas, 22 de marzo de 1986.

PLA Y BELTRAN, Pascual: "Materiales para la construcción de Venezuela". En: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, Nº 139, marzo-abril de 1960.

RAMA, Angel: "Treinta años de advenimiento de la obra Venezuela". En: *El Universal*, Caracas, 2 de julio de 1978; Culturales.

RAMÍREZ RIBES, María: "Arturo Uslar Pietri: la firmeza frente al timón". En: ***Imagen Latinoamericana***, Caracas, Nº 100: 105-106, junio-julio de 1994.

RONDON MARQUEZ, R. A.: "*Letras y hombres de Venezuela*, el último libro de Arturo Uslar Pietri". En: *El Universal*, Caracas, 27 de marzo de 1949.

SAMBRANO URDANETA, Oscar: "Arturo Uslar Pietri: *Las nubes*". En: ***Revista Nacional de Cultura***, Caracas, Nº 96, enero-febrero de 1953.

__________: "Arturo Uslar Pietri: *Pizarrón*". En: ***Revista Nacional de Cultura***, Caracas, Nº 115, marzo-abril de 1956.

SANIN: "Palco de sombra: Uslar Pietri". En: *El Nacional*, Caracas, 11 de mayo de 1991; Crónicas.

SASSONE, Helena: "Uslar Pietri y la trascendencia". En: ***Zona Franca***, Caracas, Nº 13-14, marzo de 1965.

SILVA, Ludovico: "Uslar Pietri, humanista". En: *El Nacional*, Caracas, 8 de septiembre de 1979.

__________: "Uslar Pietri: Un hombre de la cultura". En: *Tinta Libre*, Caracas, Nº 1, agosto de 1981.

SOCORRO, Milagros: "Arturo Uslar Pietri: 'Yo he vivido todo lo que un hombre puede vivir'". En: *El Nacional*, Caracas, 6 de diciembre de 1990.

TENREIRO, Salvador: "Las cabezas de la hidra". En: *El Nacional*, Caracas, 11 de mayo de 1986; *Papel Literario*.

VALERA BENÍTEZ, Rafael: "Arturo Uslar Pietri y la crítica de la crítica". En: *El Nacional*, Caracas, 31 de diciembre de 1967; *Papel Literario*.

VARGAS LLOSA, Mario: "La modernidad a cualquier precio" (entrevista). En: *Domingo Hoy. Economía Hoy*, Caracas, 30 de mayo de 1993.

VENEGAS FILARDO, Pascual: "Autores venezolanos: Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón". En: *Viernes*, Caracas, enero-marzo de 1941.

__________: "Arturo Uslar Pietri: *De una a otra Venezuela*". En: *El Universal*, Caracas, 12 de febrero de 1990.

__________: "Arturo Uslar Pietri, *Cuarenta ensayos*". En: *El Universal*, Caracas, 22 de octubre de 1990.

VI. OBRAS DE REFERENCIA

AVENDAÑO VERA, Astrid y otros, comp.: *Contribución a la biblio-hemerografía de Arturo Uslar Pietri*. Caracas: Fundación Polar, 1989.

__________: "Fuentes y bibliografía". En su: *Arturo Uslar Pietri entre la razón y la acción*, pp. 539-574. Caracas: Fondo de Publicaciones Universitarias, 1996.

BECCO, Horacio Jorge: *Contribución para una bibliografía de las ideas latinoamericanas*. París: UNESCO, 1981. (América Latina en su Cultura.)

__________: "Notas bio-bibliográficas de los Académicos de Número". En: Academia Venezolana de la Lengua, *Discursos Académicos. Indices (1883-1983)*, t. VIII, pp. 13-140. Caracas: Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, 1983.

__________: *Bibliografía de Andrés Bello: II. Crítica*. Caracas: La Casa de Bello, 1987. (Anexos a las *Obras completas* de Andrés Bello; 3.)

Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres: *Diccionario general de la literatura venezolana*. 2ª ed. Mérida: Universidad de Los Andes, 1987.

GARCÍA G., Dunia: "Contribución a la bibliografía del doctor Arturo Uslar Pietri". En: *Boletín de la Biblioteca General*, Maracaibo, Nº 17-18, agosto 1970-junio 1971.

LOVERA DE-SOLA, Roberto J.: "Arturo Uslar Pietri. Cronología biográfica". En: *Criticarte*, Caracas, 12 de mayo de 1986.

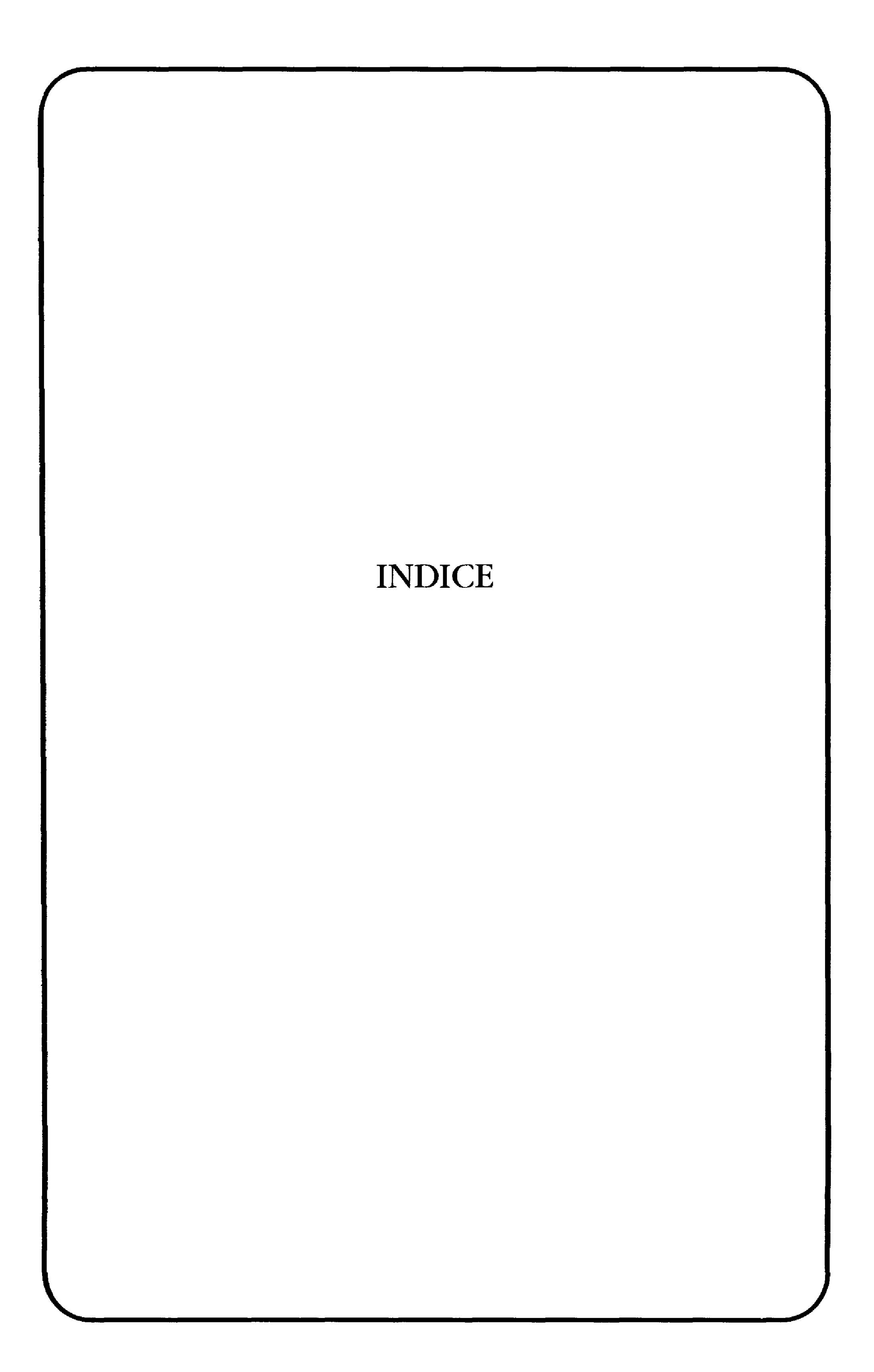
MILIANI, Domingo: "Bibliografía". En: Arturo Uslar Pietri, *Las lanzas coloradas*, pp. 105-116. Madrid: Ediciones Cátedra, 1993.

PERESOTTI MASSUTT, Margherita: *Bio-bibliografía di Arturo Uslar Pietri*. Trieste, Italia: Universitá degli Studi di Trieste, 1971-1972.

SUBERO, Efraín: *Contribución a la bibliografía de Arturo Uslar Pietri*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello; Gobernación del Distrito Federal, 1973.

__________: "Arturo Uslar Pietri, bibliografía selectiva". En: Arturo Uslar Pietri, *33 cuentos*. Selección, estudio preliminar y bibliografía de Efraín Subero, pp. 481-492. Caracas: Ediciones de Petróleos de Venezuela, 1986.

__________: "Cronología. Bibliografía ensayística de Arturo Uslar Pietri". En: Arturo Uslar Pietri, *Cuarenta ensayos*, pp. 461-473. Caracas: Monte Avila Editores, 1990.



INDICE

NUEVO MUNDO MUNDO NUEVO

TITULOS PUBLICADOS

27 / ROBERTO ARLT
Los siete locos.
Los lanzallamas

28 / *Literatura del México antiguo*

29 / *Poesía gauchesca*

30 / RAFAEL BARRETT
El dolor paraguayo

31 / *Pensamiento conservador (1815-1898)*

32 / LUIS PALES MATOS
Poesía completa y prosa selecta

33 / JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS
Cuentos

34 / JORGE ISAACS
María

35 / JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas antárticas

36 / RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos históricos

37 / PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
La utopía de América

38 / JOSE MARIA ARGUEDAS
Los ríos profundos y *Cuentos selectos*

39 / *La reforma universitaria (1918-1930)*

40 / JOSE MARTI
Obra literaria

41 / CIRO ALEGRIA
El mundo es ancho y ajeno

42 / FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar

43 / FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario político

44 / FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las democracias latinas de América. La creación de un continente

45 / MANUEL UGARTE
La nación latinoamericana

46 / JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía completa y prosa selecta

47 / *Arte y arquitectura del Modernismo brasileño (1917-1930)*

48 / BALDOMERO SANIN CANO
El oficio de lector

49 / LIMA BARRETO
Dos novelas
(Recuerdos del escribiente Isaías Caminha - El triste fin de Policarpo Quaresma)

50 / ANDRES BELLO
Obra literaria

51 / *Pensamiento de la Ilustración (Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII)*

52 / JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba

53 / ALEJO CARPENTIER
El siglo de las luces

54 / LEOPOLDO LUGONES
El payador y *Antología de poesía y prosa*

55 / MANUEL ZENO GANDIA
La charca

56 / MARIO DE ANDRADE
Obra escogida
(Novela, cuento, ensayo, epistolario)

57 / *Literatura maya*

58 / CESAR VALLEJO
Obra poética completa

59 / *Poesía de la Independencia*

60 / ARTURO USLAR PIETRI
Las lanzas coloradas y
Cuentos selectos

61 / CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica viva, moral para intelectuales

62 / FRANZ TAMAYO
Obra escogida

63 / GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La tierra purpúrea. Allá lejos y hace tiempo

64 / FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés

65 / FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México

66 / JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El carnero

67 / *Tradiciones hispanoamericanas*

68 / *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*

69 / JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana

70 / *Literatura guaraní del Paraguay*

71-72 / *Pensamiento positivista latinoamericano*

73 / JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra completa

74 / ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas americanas

75-76 / FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva corónica y buen gobierno

77 / JULIO CORTAZAR
Rayuela

78 / *Literatura quechua*

79 / EUCLIDES DA CUNHA
Los sertones

80 / FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México antiguo

81 / GUILLERMO MENESES
Espejos y disfraces

82 / JUAN DE VELASCO
Historia del reino de Quito

83 / JOSE LEZAMA LIMA
El reino de la imagen

84 / OSWALD DE ANDRADE
Obra escogida

85 / *Narradores ecuatorianos del 30*

86 / MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y ensayo

87 / CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés o la loma del ángel

88 / HORACIO QUIROGA
Cuentos

89 / EUGENIO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO
Obra educativa

90 / ANTONIO JOSE DE SUCRE
De mi propia mano

91 / MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la novela de la eterna

92 / JUSTO AROSEMENA
Fundación de la nacionalidad panameña

93 / SILVIO ROMERO
Ensayos literarios

94 / JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias

95 / TERESA DE LA PARRA
Obra (Narrativa, ensayos, cartas)

96 / JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra escogida

97 / EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral social. Sociología

98 / JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético

99 / AMADEO FREZIER
Relación del viaje por el Mar del Sur

100 / FRANCISCO DE MIRANDA
América espera

101 / MARIANO PICON SALAS
Viejos y nuevos mundos

102 / TOMAS CARRASQUILLA
La marquesa de Yolombó

103 / NICOLAS GUILLEN
Las grandes elegías y otros poemas

104 / RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra.
Prosas y poemas

105 / LUCIO V. MANSILLA
Una excursión a los indios ranqueles

106 / CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis obras

107 / JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra completa

108-109-110 / BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de las Indias

111 / MIGUEL OTERO SILVA
Casas muertas.
Lope de Aguirre, príncipe de la libertad

112 / *Letras de la audiencia de Quito (Período jesuítico)*

113 / ROBERTO J. PAYRO
Obras

114 / ALONSO CARRIO DE LA VANDERA
El lazarillo de ciegos caminantes

115 / *Costumbristas cubanos del siglo XIX*

116 / FELISBERTO HERNANDEZ
Novelas y cuentos

117 / ERNESTO SABATO
Sobre héroes y tumbas

118 / JORGE LUIS BORGES
Ficciones - El Aleph
El informe de Brodie

119 / ANGEL RAMA
La crítica de la cultura en América Latina

120 / FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía

121 / HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras

122 / VICENTE GERBASI
Obra poética

123 / AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el supremo

124 / ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
Novelas y ensayos

125 / SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
Visión del paraíso

126 / MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin destino y *Otros ensayos*

127-128 / JOSE RAFAEL POCATERRA
Memorias de un venezolano de la decadencia

129 / FRANCISCO BILBAO
El evangelio americano

130 / JUAN MARINELLO
Obras martianas

131 / HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA
Obra poética

132 / *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*

133 / *Pensamiento político de la emancipación venezolana*

134 / AUGUSTO CESAR SANDINO
Pensamiento político

135 / LUIS ALBERTO SANCHEZ
La vida del siglo

136 / EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Obra literaria selecta

137 / *Cancionero rioplatense (1880-1995)*

138 / *Relatos venezolanos del siglo XX*

139 / VENTURA GARCIA CALDERON
Obra literaria selecta

140 / *Viajeros hispanoamericanos*

141 / VICENTE HUIDOBRO
Obra selecta

142 / JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y relatos

143 / SALVADOR GARMENDIA
Los pequeños seres. Memorias de Altagracia y *Otros relatos*

144 / PEDRO GRASES
Escritos selectos

145 / PEDRO GOMEZ VALDERRAMA
Más arriba del reino. La otra raya del tigre

146 / ANTONIA PALACIOS
Ficciones y aflicciones

147 / JOSE MARIA HEREDIA
Niágara y *Otros textos*

148 / GABRIEL GARCIA MARQUEZ
El coronel no tiene quien le escriba. Cien años de soledad

149 / CARLOS FUENTES
La muerte de Artemio Cruz. Aura

150 / SIMON RODRIGUEZ
Sociedades americanas

151 / GUILLERMO CABRERA INFANTE
Tres tristes tigres

152 / GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA
Obra selecta

153 / ISAAC J. PARDO
Fuegos bajo el agua

154 / *Poesía colonial hispanoamericana*

155 / *El anarquismo en América Latina*

156 / EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina

157 / JOSE DONOSO
El lugar sin límites. El obsceno pájaro de la noche

158 / GERMAN ARCINIEGAS
América, tierra firme y Otros ensayos

159 / MARIO VARGAS LLOSA
La guerra del fin del mundo

160 / LEOPOLDO ZEA
La filosofía como compromiso de liberación

161 / ELISEO DIEGO
Poesía y prosa selecta

162 / ANTONIO CANDIDO
Crítica radical

163 / ALFONSO REYES
Ultima Tule y otros ensayos

164 / LAUREANO VALLENILLA LANZ
Cesarismo democrático y otros textos

165 / MARIANO AZUELA
Los de abajo. La luciérnaga y otros textos

166 / JUAN LISCANO
Fundaciones, vencimientos y contiendas

167 / JOAQUIM NABUCO
Un estadista del imperio y otros textos

168 / JULIO ORTEGA
Una poética del cambio

169 / ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO
Baldomera.
Las pequeñas estaturas

170 / ESTEBAN ECHEVERRIA
Obra selecta

171 / JORGE AMADO
Cacao.
Gabriela, clavo y canela

172 / PABLO ANTONIO CUADRA
Poesía selecta

173-174 / FRAY PEDRO SIMON
Noticias historiales de Venezuela

175 / JOSE OVIEDO Y BAÑOS
Historia de la Conquista y población de la Provincia de Venezuela

176 / *Historia real y fantástica del Nuevo Mundo*

177 / JORGE BASADRE
Perú: problema y posibilidad y Otros ensayos

178 / *Testimonios, cartas y manifestaciones indígenas (desde la Conquista hasta comienzos del siglo XX)*

179 / JUAN ANTONIO PEREZ BONALDE
Poesía selecta

180 / DARCY RIBEIRO
Las Américas y la civilización

181 / JOSE VASCONCELOS
Obra selecta

182 / *Poesía y poética del Grupo Orígenes*

183 / CARACCIOLO PARRA PEREZ
Historia de la Primera República de Venezuela

184 / MIGUEL ANTONIO CARO
Obra selecta

185 / *La Fundación de Brasil (Testimonios 1500-1700)*

186 / CLORINDA MATTO DE TURNER
Aves sin nido

187 / LISANDRO OTERO
Pasión de Urbino.
General a caballo.
Temporada de ángeles

188 / LEON DE GREIFF
Obra poética

189 / GABRIELA MISTRAL
Poesía y prosa selectas

190 / JUAN BOSCH
Cuentos selectos

191 / CESAR DAVILA ANDRADE
Poesía, narrativa, ensayo

192 / LUIS BELTRAN GUERRERO
Ensayos y poesía

193-194-195-196 / *Lectura crítica de la literatura americana*

197-198 / SOR JUANA INES DE LA CRUZ
Obra selecta

199 / MARIO MONTEFORTE TOLEDO
Llegaron del mar.
Los desencontrados.
Siete cuentos

200 / JUAN GERMAN ROSCIO
Obra selecta

201 / ALFREDO ARMAS ALFONZO
El osario de dios y otros textos

202 / JOSE GERVASIO ARTIGAS
Obra selecta

203 / ANGEL ROSENBLAT
El español de América

204 / *Cuentos negristas*

205 / OLGA OROZCO
Obra poética

206 / FERNANDO ALEGRIA
Obra narrativa selecta

207 / LUIS CARLOS LOPEZ
Obra poética

208-209 / GABRIEL RENE MORENO
Ultimos días coloniales en el Alto Perú

210 / ALEJO CARPENTIER
Los pasos recobrados

211 / GUILLERMO MORON
Obra escogida

212 / GONZALO ROJAS
Obra selecta

213 / RAMON LOPEZ VELARDE
Poesía y poética

214 / ANDRES ELOY BLANCO
Poesía

215 / JOAQUIN GUTIERREZ
Narrativa selecta

216 / JUAN BAUTISTA ALBERDI
Obra selecta

217 / ALBERTO ADRIANI
Textos escogidos

218 / MARTA TRABA
Obra selecta

219 / FRANCISCO LAZO MARTI
Poesía